

HISTORIA
DE LA
NACION CUBANA

TOMO V

NO CIRCULANTE

Comprado a: "Liliana Martí"

Precio: 07 No 2472

Fecha: junio 16/60

72-80 * 00

DK

HISTORIA DE LA NACION CUBANA

PUBLICADA BAJO LA DIRECCION

DE

RAMIRO GUERRA Y SANCHEZ

JOSE M. PEREZ CABRERA

JUAN J. REMOS

EMETERIO S. SANTOVENIA

TOMO V

GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS
Y OTRAS ACTIVIDADES
REVOLUCIONARIAS

DESDE 1868 HASTA 1902 (1)



1952

EDITORIAL HISTORIA DE LA NACION CUBANA, S. A.

LA HABANA



NO CIRCULANTE

PROCEDENCIA	Fondo Antiguo
NÚMERO	H51654 96 \$15.00 (100) 007
FECHA	90-10-14

ES PROPIEDAD

Copyright, 1952, by
Editorial Historia de la
Nación Cubana, S. A.

9-
His.
H
t. 6

LIBRO PRIMERO

EL FRENTE CUBANO DESDE LA PROCLAMACION DE LA
INDEPENDENCIA HASTA LA CONSTITUCION
DEL GOBIERNO EN GUAIMARO

RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ

LIBRO SEGUNDO

LA GUERRA DURANTE LOS MANDOS DE CABALLERO
DE RODAS Y DEL CONDE VALMASEDA

RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ

LIBRO TERCERO

DESDE LA DESTITUCION DE CESPEDES HASTA
EL PACTO DEL ZANJON.
PROTESTA DE BARAGUA Y REBELDIA DE BONACHEA

RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ

(CAPÍTULOS I AL IV)

JOSÉ M. PÉREZ CABRERA

(CAPÍTULO V)

LIBRO CUARTO

POLITICA EXTERIOR

EMETERIO S. SANTOVENIA

LIBRO QUINTO

EL PERIODO REVOLUCIONARIO DE 1878 A 1892

JOSÉ M. PÉREZ CABRERA



INDICE

LIBRO PRIMERO

El frente cubano desde la proclamación de la Independencia hasta la constitución del gobierno en Guáimaro

	<u>Pág.</u>
CAP. I Primeros pasos de la Revolución en Oriente y Camagüey	3
CAP. II El frente español al comienzo de la guerra. Mando del Capitán General Lersundi	23
CAP. III Mandos de Dulce y Ginovés Espinar	35
CAP. IV La insurrección en Camagüey, Las Villas y Occidente.	53
CAP. V Constitución del Gobierno Cubano. Asamblea de Guáimaro	71
Notas	89

LIBRO SEGUNDO

La guerra durante los mandos de Caballero de Rodas y del Conde Valmaseda

CAP. I El impacto de la guerra en Camagüey	93
CAP. II Controversias y crisis político-militar en el campo revolucionario en Camagüey	102
CAP. III Expediciones y política interna de la Revolución en 1870	115
CAP. IV Final del mando de Caballero de Rodas. El Conde de Valmaseda, Capitán General	126
CAP. V Fajilamiento de los estudiantes. Fracaso y relevo de Valmaseda	139
CAP. VI Problemas internos y de la guerra del Presidente Céspedes. 1871 — mediados de 1873	153
CAP. VII Cambio de rumbo de la Revolución. Destitución y muerte de Céspedes	168
Notas	178

LIBRO TERCERO

*Desde la destitución de Céspedes hasta el Pacto del Zanjón.**Protesta de Baraguá y rebeldía de Bonachea*

	<u>Pág.</u>
CAP. I Cisneros Betancourt en la curva de la Revolución. Problemas militares	183
CAP. II Indisciplina político-militar en Oriente. Debilidad del gobierno de Cisneros. Caída de éste	194
CAP. III La segunda campaña de invasión de Las Villas. Gobiernos de Spotorno y Estrada Palma	207
CAP. IV Creciente agotamiento en el campo revolucionario. Pacto del Zanjón. Predicción del General Jovellar	226
CAP. V Continuación de las hostilidades. Protesta de Baraguá y rebeldía de Bonachea	250
Notas	261
Fuentes	262

LIBRO CUARTO

Política Exterior

CAP. I Proyecciones de los libertadores	269
CAP. II Misión de Sickles	280
CAP. III Acción directa	295
CAP. IV Europa y América	311
Fuentes	325

LIBRO QUINTO

El período revolucionario de 1878 a 1892

CAP. I La Guerra Chiquita: la conspiración	329
CAP. II La Guerra Chiquita: la insurrección	343
CAP. III Otras actividades y tentativas revolucionarias	357
Fuentes	372

LIBRO PRIMERO

EL FRENTE CUBANO DESDE LA PROCLAMACION
DE LA INDEPENDENCIA HASTA LA
CONSTITUCION DEL GOBIERNO
EN GUAIMARO

LIBRO PRIMO

EL PRIMER LIBRO
DE LA HISTORIA DE
LA CIUDAD DE
MADRID

CAPÍTULO I

PRIMEROS PASOS DE LA REVOLUCION EN ORIENTE Y CAMAGÜEY

EL último censo de población de Cuba antes de 1868 corresponde al año 1860-1861. Con un total de 1,359,000 habitantes, el aumento de la cifra de los mismos hasta 1868 no tiene especial significación histórica. El dato más importante con respecto a esa población era su marcada falta de homogeneidad racial, de status político y social, de situación económica y de niveles de vida. El sector más numeroso de los habitantes, estaba formado por la gente blanca, unas 716,000 personas en cifras redondas. Seguía el de la "gente de color" —negros y mestizos de blanco y negro—, con algunos pocos millares de asiáticos —chinos y yucatecos en su totalidad—, en más crecida proporción los primeros. Los habitantes blancos dividíanse en dos grandes subsectores: los nacidos cubanos —"hijos del país", según la denominación corriente española— y "peninsulares", término este último que incluía, en lo político y lo social, a los naturales de las islas Canarias, distinguidos de los peninsulares propiamente dichos por los españoles y cubanos. El resto de la población blanca comprendía un corto número de extranjeros —norteamericanos, ingleses, franceses, hispano-americanos y naturales de algunos otros países en cifras muy cortas.

Cada una de estas categorías de pobladores variaba en número, ubicación y status social y político según quedó expuesto. Dividida la Isla, de hecho, en cuatro Departamentos en lo administrativo y lo político, y a los fines militares —Oriente, Centro o Camagüey, Las Villas y Occidente —Matanzas, Habana y Pinar del Río— aquel cuya demografía tuvo una influencia más destacada en el curso de la guerra fué el de Oriente. Dividido en ocho jurisdicciones, correspondientes a otras tantas municipalidades, se caracterizaba por su diversidad regional, la ubicación excéntrica de su capital —la ciudad de Santiago de Cuba— y otras particularidades de valor histórico. De los 264,000 habitantes registrados en el censo —1860-1861—, unos 137,000 se agrupaban en las cinco jurisdicciones de la mitad occidental del Departa-

mento —Jiguaní, Bayamo, Manzanillo, Tunas y Holguín—; el resto, 127,000 pobladores, residía en las tres restantes jurisdicciones —Santiago de Cuba, más generalmente “Cuba”, Guantánamo y Baracoa—. De los 137,000 habitantes de la mitad occidental, 88,000 eran blancos y unos 49,000 “de color”, de los cuales 40,000 eran libres y poco más de 9,000 esclavos. Salta a la vista que en estas cinco jurisdicciones, aquellas en que estalló y se extendió rápidamente la insurrección, había mayoría de blancos, y sobre todo muy fuerte mayoría de negros y mestizos libres, cifras que arrojan un total de más de 126,000 personas libres, y sólo poco más de 9,000 esclavos, un 7.7% aproximadamente. En esas mismas cinco jurisdicciones, la población peninsular era reducidísima, localizada en Manzanillo y Gibara, dedicados los peninsulares al comercio principalmente. De toda la población cubana blanca y de color libre, una minoría residía en ciudades y poblados; la gran mayoría en los campos, población rural o campesina, viviendo de los frutos de la tierra casi exclusivamente. La evidencia es, por tanto, que la insurrección estalló y se propagó rápidamente, en una vasta zona oriental de población libre, blanca y negra —cerca del 90%—, con muy fuerte mayoría —84.2%— de población rural. En esa zona existía sólo un número cortísimo de esclavos y otro menor aún de peninsulares. La población blanca de “hijos del país”, contaba con un número de profesionales —abogados y médicos en su gran mayoría—, hallábase en posesión de la mayor parte de la propiedad urbana y rústica, en positiva mayoría, también dentro del sector, terratenientes, hacendados y ganaderos, en crecido número. Profesionales y terratenientes, en el disfrute del más alto nivel de vida colectivamente, eran los directores naturales de la opinión y los inspiradores y promotores de la acción social y política, en las condiciones prevalecientes en la época, con cerca del 84.2% de población rural analfabeta casi en su totalidad, vegetando en un grado extremo de estrechez y pobreza, “precaristas” en gran proporción, o en estrecha dependencia de los terratenientes, dueños, a veces, de fundos más o menos extensos. Francisco Vicente Aguilera, Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Maceo Osorio, Pedro Figueredo, Donato Mármol, Calixto García, Vicente García, Félix y Luis Figueredo, Manuel Calvar, Jaime Santiesteban, Julio y Belisario Grave de Peralta, Ricardo Céspedes, Tomás Estrada Palma, Bartolomé Masó y otros alzados con Céspedes en La Demajagua, o que se sumaron inmediatamente a la insurrección, pertenecían todos a esa clase profesional, terrateniente, o sencillamente distinguida a virtud de su mayor instrucción y una posición económica desahogada. Estas personas representativas,

con las cuales se hallaba vinculado todo el resto de la población blanca, negra y mestiza, urbana y rural de las cinco jurisdicciones de la mitad occidental de Oriente, fueron los promotores de la conspiración precedente a la guerra, y las que respondieron inmediatamente a la audaz decisión de Céspedes, uno de ellos, y de sus compañeros, en La Demajagua. Alzáronse todos en armas como mejor pudieron, sumándose con su ejemplo a la juventud blanca más instruída de las poblaciones, y arrastraron con ellos gente de campo blancos, negros y mestizos, que las reconocían y acataban como sus jefes naturales, y sentían por instinto, a causa de la dureza de la vida, la aguda necesidad de mejorar de suerte y llevar una existencia menos estrecha o miserable.

Al tomar la iniciativa del alzamiento y la proclamación de la independencia, Céspedes contaba cincuenta y un años de edad. Pertenecía a una familia acomodada, de abolengo en Bayamo; abogado en ejercicio, administraba por sí mismos sus bienes, propiedades rústicas la mayor parte, dedicadas a potreros, y su ingenio La Demajagua, adquirido sólo dos años antes de 1868. Su instrucción elemental la había recibido en Bayamo; cursó el bachillerato en la Habana y casado a los veinte años, (nació el 18 de abril de 1819) (1), con su prima María del Carmen Céspedes, al año de celebrado su matrimonio trasladóse a Europa, en viaje de estudios. Siguió sus cursos de Derecho en la Universidad de Barcelona, y el título de Licenciado en Leyes lo obtuvo en Madrid. Viajó después por Francia, Italia, Alemania y Gran Bretaña durante dos años, sumados a los dos de su residencia en España, regresó a Cuba, y fijó su residencia en Bayamo en 1844. Con aficiones de escritor y de poeta, colaboró en periódicos y revistas de la época, sin alcanzar renombre como tal. Inclinado a toda clase de ejercicios físicos, sobresalió como jinete, en la natación, la esgrima y el manejo de otras armas. Entregado al trabajo de su bufete, al manejo de sus propiedades rústicas y a una vida social activa en Bayamo y Manzanillo, conquistó una posición distinguida, fué una personalidad influyente y se ganó la consideración y el respeto de sus convecinos en ambas poblaciones. Su afición al cultivo de las letras, y sus producciones poéticas, aparecidas en periódicos y revistas, lo hicieron conocido en Santiago de Cuba y otros lugares de Oriente, en Camagüey y en la Habana, ampliadas sus relaciones sociales más allá de sus conterráneos bayameses y manzanilleros (2). Ingleses y americanos lo hubieran podido caracterizar como un elevado tipo de caballero español, por sus maneras, su cortesía, su porte, su carácter, la atención al manejo de sus asuntos y sus intereses, su dominio de sí mismo y su reconocido valor personal, celoso también

en cuanto a la prestación de servicios públicos a la comunidad, conmovida por los peligros y los horrores de la llamada *Conspiración de "La Escalera"*. Sucediéronse después a cortos intervalos, relativamente, la crisis económica mundial, con efectos desastrosos en Cuba, de 1846-47; los terribles huracanes de dichos dos años; la ruina de la producción cafetalera cubana; las conspiraciones y tentativas contra España de anexionistas y separatistas; las expediciones del general Narciso López a Cárdenas y a Las Playitas; la ejecución de Pintó y otros perturbadores acontecimientos. No se mostró Céspedes indiferente a los mismos, en una colonia privada de derechos y libertades, sin garantías de seguridad, libertad ni paz. Sus manifestaciones de descontento y de inconformidad con el régimen se hicieron notorias a las autoridades locales civiles y militares, y en Bayamo y Manzanillo se le tuvo como enemigo de España. En 1851 y 1852 fué ya vigilado y perseguido con imposición de penas de prisión y extrañamiento, y en 1855 impúsosele una condena más severa que las precedentes. La destructiva crisis económica de los años 1855-56 lo obligó a concentrarse en los asuntos de su bufete, la atención a sus propiedades rústicas y sus negocios ganaderos. No se señaló en el movimiento reformista, a virtud de estar ya decisivamente inclinado al separatismo, por más que estuvo de acuerdo y estimó muy merecedores de aprobación los informes presentados contra los males de todo orden del régimen colonial, en el curso de las sesiones de la Junta de Información, en Madrid. Disuelta la Junta, calificada de fracaso completo y lamentable la brillante labor de los diputados cubanos, al no ser tomada en consideración por el gobierno supremo, y decretado por éste el impuesto directo sobre la renta, fué muy activa la participación tomada por Céspedes, en los trabajos preparatorios de la conspiración iniciada en Bayamo en 1867, hasta el alzamiento por él realizado en La Demajagua.

Conocedor del carácter implacable y feroz de las guerras libradas en las ex-colonias españolas para la conquista de su independencia, Céspedes previó que la lucha en Cuba asumiría iguales formas de crueldad, destrucción y barbarie, no obstante el cambio de los tiempos. En ese aspecto España no mostraba progreso alguno en sentido humanitario, según lo testificaban las violencias terribles de las más recientes luchas armadas intestinas del pueblo español en la Península. Sublevada Cuba, produciríanse irremediabilmente, inmensas pérdidas de vidas y de propiedades. Una pavorosa carga de sacrificios y de sufrimientos físicos y morales caería sobre el pueblo de Cuba, obligado a pagar al más alto precio de sangre, lágrimas y ruinas, su independencia y su bienestar.

Aparte de ello, al adoptar la trascendental determinación de proclamar con las armas en la mano la independencia y hacer estallar la guerra con la Metrópoli, él, Céspedes, no se hallaba previamente facultado por sus conterráneos para dar tal paso, y mucho menos por sus compatriotas de toda la Isla, ni tampoco para dirigir la guerra personalmente. Su decisión de lanzarse a la lucha, esa convicción abrigaba, merecería la aprobación de los orientales, pues no era él de los más impacientes; pero en lo tocante a ocupar por sí la jefatura de la revolución no abrigaba igual certidumbre. Imponíase por tanto justificar el paso aventurado y audaz de iniciar la protesta armada, de fijar con toda precisión y claridad los elevados fines humanos y patrióticos de la guerra; y de exponer la forma en que ésta sería conducida. Era esencial, asimismo, dejar constancia de la absoluta libertad y de la plenitud de potestad, con que una vez terminada la dominación española, el pueblo cubano procedería, por votación popular, a elegir las personas a cargo de las cuales quedaría la misión de discutir, aprobar y someter a ratificación nacionalmente, su propio régimen de gobierno.

A los fines expuestos, Céspedes redactó y dió a la publicidad un documento titulado "Manifiesto de la Junta Revolucionaria de la Isla de Cuba", dirigido a sus compatriotas y a todas las naciones. En la exposición de motivos, antecedentes históricos y causas inmediatas de la guerra, el Manifiesto limitóse a reproducir las más graves imputaciones de la opinión liberal cubana y del separatismo contra el régimen opresor de la Metrópoli, agravados por una Administración vergonzosamente corrompida. Nada nuevo, en verdad, podía añadir al inmenso catálogo de dichas imputaciones, excepto las últimas exacciones del impuesto directo sobre la renta, y la forma escandalosa en su extremado carácter abusivo, en que los agentes del Banco pretendían cobrar, cuadruplicándolas o quintuplicándolas, las cuotas del impuesto, en medio de la pavorosa crisis que arruinaba al país.

En cuanto a principios políticos, económicos y sociales, el Manifiesto consignó clara y concisamente los dos "venerables" de "libertad e igualdad". Los cubanos separatistas amaban la tolerancia, el orden y la justicia; respetaban la vida y la propiedad de todos los ciudadanos pacíficos, inclusive de los españoles residentes en Cuba; admiraban el sufragio universal, garantía de la soberanía del pueblo; deseaban la emancipación gradual, con indemnización a los propietarios, de la esclavitud (fórmula del Reformismo presentada ante la Junta de Información); el libre-cambio con las naciones que usasen de reciprocidad; la representación nacional para decretar las leyes e impuestos, y la estricta

observancia de todos los derechos imprescriptibles del hombre. En correlación indisoluble con los principios mencionados, el objetivo primero y sine qua non de los insurrectos era constituir a Cuba en nación independiente porque "así cumplía a la grandeza del futuro destino del pueblo cubano. Este aspiraba a constituir una nación grande y civilizada. Tendía un brazo amigo y un corazón fraterno a todos los pueblos, inclusive a España, si ésta, a título de una buena madre, dejaba a Cuba libre y tranquila, pero si la Metrópoli persistía en imponer su sistema de dominación y despotismo", tendría que exterminar a todos los cubanos que tomaban las armas, y generación tras generación a todos los que se sucediesen.

A la exposición de los principios cardinales y los fines inmediatos, añadíase en el Manifiesto el plan trazado para la conquista de la independencia y la forma de llevarlo adelante. Un jefe único había sido designado para la dirección de las operaciones militares, autorizado para designar un segundo jefe, bajo su exclusiva responsabilidad y todos los demás subalternos necesarios en los ramos de una Administración bien ordenada, designaciones todas limitadas al período de duración de la guerra como máximo. Una comisión gubernativa, compuesta de cinco miembros, había sido designada también, con la misión de auxiliar al general en jefe "en la parte política civil y los demás ramos de un país bien reglamentado". Todos los derechos, impuestos, contribuciones, tasas y demás exacciones establecidas por los gobiernos españoles quedaban totalmente suprimidos, sustituidos, a título de "ofrenda patriótica", por un cinco por ciento de la renta conocida en el trimestre octubre-diciembre de 1868. La cuantía de la ofrenda podría ser aumentada en caso de resultar insuficiente para cubrir los gastos, o se podrían efectuar operaciones de crédito si así lo acordaban las juntas de ciudadanos que en tal caso deberían celebrarse. Los servicios a la patria recibirían adecuada remuneración, en los negocios públicos y privados, se observaría la legislación vigente interpretada en un sentido liberal, hasta que otra cosa se determinase; y finalmente, todas las disposiciones tendrían carácter transitorio, en vigencia sólo "hasta que la nación, ya libre de enemigos y más ampliamente representada, se constituyese en el modo y forma que juzgasen más acertados". Suscribió el Manifiesto una sola firma, Carlos Manuel de Céspedes, prueba de haber sido designado general en jefe del movimiento insurreccional.

El contenido del Manifiesto en cuanto al sumario de agravios, de los fines, los objetivos generales e inmediatos y del propósito esencial de la conquista de la independencia, no se apartaba de las concepciones ge-

nerales del pensamiento liberal separatista cubano; no cabía esperar, por tanto, que provocase sorpresa alguna, ni aún en lo concerniente al procedimiento a seguir para la abolición de la esclavitud. Pero la enfática repetición en el Manifiesto de la declaración favorable a los principios de libertad e igualdad, en su alcance político y social, extensivos a todos los habitantes de Cuba, sin diferencias raciales o de ninguna otra clase, excepto de ciudadanía extranjera, resultaba ser particularmente significativa. Marcaba una diferencia esencial en el Manifiesto, en cuanto a la acepción y el contenido de ambos vocablos, radical en lo concerniente al de *igualdad*, expresivo de un nuevo principio introducido en los ideales político-sociales cubanos.

De "igualdad" en el concepto social y racial del término, no hablaron nunca en Cuba colonial, ni los más avanzados representantes jóvenes o de cualquiera otra edad, del pensamiento liberal cubano antes de 1868, a causa, cabe colegir, de la difícil cuestión de la esclavitud y del problema de la seguridad interior, en relación con la posible abolición de aquella. Sin embargo, ahora, "Queremos —decíase textualmente en el Manifiesto— ver libres e iguales, como hizo el Creador a todos los hombres", y se agregaba: "Nosotros consagramos estos dos venerables principios: Nosotros creemos que todos los hombres somos iguales". Es evidente que el segundo de los dos principios, el de igualdad, se destacó aisladamente, dándosele un énfasis particular innegable. La palabra "igualdad" usábase en el Manifiesto en su acepción más general, no cabía interpretarla restrictivamente en el concepto de igualdad política, circunscrita a borrar la desigualdad de esa denominación entre cubanos y españoles dentro del régimen colonial. Dada la forma aislada, enfática y general en que se hacía la declaración de la creencia de que todos los hombres son iguales, el carácter absoluto del principio proclamado era manifiesto, sin que cupiesen interpretaciones limitativas (3).

Las apreciaciones que anteceden sobre el alcance y la significación de las declaraciones referentes a la igualdad, consignadas en el Manifiesto cespedita, el autor de esta obra las expuso con amplitud en otro de sus libros, editado en 1950 (4). Con posterioridad, no ha tenido motivos para rectificarla, sino, a la inversa, para reafirmarse en sus juicios sobre dicho importante particular de la historia cubana. En su biografía de José Agustín Caballero, el Dr. Roberto Agramonte sigue paso a paso el desarrollo de las ideas sobre la esclavitud a partir de las últimas décadas del siglo XVIII, hasta la Guerra de los Diez Años, sin encontrar oportunidad de referirse a la cuestión de la "igualdad" con

respecto a la raza negra, porque esta cuestión no se consideró asunto o materia de discusiones públicas hasta 1868, pero el Dr. Agramonte cita el precepto contenido en el inciso cuarto de las Constituciones del Colegio de San Carlos, redactadas en 1769, por "el nada retardatario en otros órdenes", a su juicio, Obispo Echeverría, inciso "que excluye de la posibilidad de ser seminaristas a los que proceden de negros, mulatos o mestizos, aunque su defecto se halle escondido tras de muchos ascendientes, y a pesar de cualesquiera consideraciones de parentesco, enlaces, respetos, y utilidades, porque todo es menos que la autoridad, decoro y buena opinión del seminario, que vendría a caer en desprecio y a merecer una sospecha general contra todos sus alumnos, si tal... etc., etc." (5). El Dr. Agramonte consigna en su obra que sería necesario llegar al gesto explícito del patriota camagüeyano Joaquín de Agüero, quien por escritura de 23 de enero de 1843, existente en el Archivo de Protocolos de la provincia de Camagüey, hoy confiada al Patronato del Museo Ignacio Agramonte, concedió libertad a sus esclavos para hallar un convencido antiesclavista. Fué preciso, agrega, para que tal actitud cobrase carácter general revolucionario, llegar al 10 de octubre de 1868, en que en el ingenio de La Demajagua, el *Padre de la Patria* (subrayado del Dr. Agramonte) Carlos Manuel de Céspedes, dió libertad a sus esclavos, como parte del ejercicio de todas las libertades para toda la población. Más adelante reitera que "la plenitud de la doctrina de la integración de la población cubana, cuajaría en las fórmulas definitivas de justicia social del Apóstol Martí, quien matuvo que peca contra la humanidad aquel que fomenta o propague odio de razas, y considera vitanda transgresión todo lo que especifique, aparte o acorrale. *Dígase hombre y se dicen todos los derechos*, he aquí, la básica doctrina martiana" (6). Tal doctrina de la integración, y la frase citada de Martí, coinciden fundamentalmente en su generalidad, con los términos del Manifiesto de 10 de octubre de 1868 sobre el particular: "Creemos en la *igualdad de todos los hombres*", puesta en práctica el mismo día de la declaración de la independencia, en La Demajagua, en las filas del Ejército Libertador, por Carlos Manuel de Céspedes.

Antes de entrar en acción contra el enemigo, efectuada la proclamación de la independencia, procedióse en La Demajagua a la confección de la bandera revolucionaria. Bien porque no se recordasen en el momento los colores ni la disposición de éstos en la creada por el general Narciso López en unión del poeta Miguel Teurbe Tolón y algunos otros cubanos en Nueva York, el 28 de junio de 1848, tremolada en la toma de Cárdenas; o bien porque se desease de intento el adoptar otra

distinta, Céspedes combinó su bandera con los colores de la de Chile, nación hacia la cual sentían vivas simpatías los separatistas cubanos por hallarse todavía en estado de guerra contra España, y porque un agente especial de Chile en los Estados Unidos, Benjamín Vicuña Mackenna, escritor conocido, en su periódico *La Voz de América*, editado en Nueva York, atacaba rudamente la dominación española en las Antillas y a los adversarios del separatismo en Cuba y Puerto Rico, e instaba fuertemente a cubanos y puertorriqueños a sublevarse contra la Metrópoli, asegurándoles que serían ayudados por el gobierno de su país. Personalmente, Céspedes tomó un lápiz, y usando los colores de la bandera de la nación chilena, pero dándoles distinta disposición, creó "la bandera de La Demajagua", conocida también por "Bandera de Yara".

Dispuestos a entrar en acción los sublevados, en horas de la tarde del mismo día 10, marcharon a ocupar el poblado de Yara, lugar donde se libró en las primeras sombras de la noche una escaramuza desfavorable para la improvisada y corta tropa cubana, con muy escasas armas de fuego y ninguna preparación militar. Con noticias de la sublevación, las autoridades militares españolas de Manzanillo enviaron alguna tropa a guarnecer el poblado, situado en una posición estratégica en el camino de Manzanillo a Bayamo. Arribada al lugar breve tiempo después la tropa insurrecta, con la información de que en Yara hallábanse sólo de servicio algunos salvaguardias o cabos de ronda, penetró descuidadamente en el lugar, para sufrir la sorpresa de ser recibida con fuertes descargas cerradas. Desbandados los insurrectos en la confusión de la retirada, Céspedes quedó sólo al frente de doce hombres, bastantes, manifestó a alguno del grupo desalentado por el fracaso, para continuar la lucha por la independencia. Diez años de larga y sangrienta guerra quedaron iniciados con este primer episodio, que hizo memorable el nombre del pequeño poblado en la historia de Cuba.

A la mañana siguiente, en la hacienda Palmas Altas, en la cual acampó Céspedes, fueron reuniéndosele hora tras hora numerosos grupos de insurrectos, acaudillados por jefes que estaban iniciados en los trabajos de la conspiración. El más numeroso de todos estos grupos estuvo formado por trescientos hombres, gente de campo casi en su totalidad, al mando de Luis Marcano, natural de Santo Domingo, quien poseía experiencia militar por haber servido como oficial de milicias a las órdenes del presidente Santana, favorecedor de la incorporación de Santo Domingo a España, por temor a las invasiones haitianas. Retirada España del territorio dominicano al renunciar a la anexión, combatida por un aparte de la población dominicana, muchos de los jefes y ofi-

ciales de las milicias de Santana, pasaron a Cuba, donde llevaron una vida estrecha y difícil, en Oriente, dedicados a trabajar en los campos, a virtud de lo cual llegaron a relacionarse y compenetrarse estrechamente con la gente campesina cubana. Los brigadieres de milicias Francisco Heredia y Modesto Díaz hallábanse en Bayamo, formando parte de la guarnición. Otros milicianos de menor graduación y más modestos, los hermanos Luis y Francisco Marcano, Máximo Gómez y algunos otros más, contáronse entre los que no sólo estaban compenetrados con sus convecinos cubanos en el trabajo en los campos, sino con las aspiraciones a la independencia y a la libertad de los mismos, de manera que se sumaron inmediatamente a la revolución. En la hacienda Céspedes tuvo ya que proceder a dar alguna organización al numeroso contingente insurrecto y a tratar de impartirle alguna preparación militar a los reclutas, organizándolos en partidas o escuadrones, para poder dirigirlos en los combates. Esta misión confiósela a Luis Marcano, a quien designó teniente general, jefe de operaciones. Bartolomé Masó, Jaime Santiesteban, Manuel de Jesús Calvar y otros propietarios de haciendas de crianza o influyentes entre sus convecinos por motivos de diversos órdenes, alzados con Céspedes en La Demajagua o incorporados poco después, recibieron también grados altos en el Ejército Libertador con las denominaciones de los del ejército español, los más conocidos por los insurrectos. Con noticias muy satisfactorias de alzamientos en las jurisdicciones de Jiguaní, Tunas, Holguín y Cuba, y de la ocupación de los poblados de Jiguaní, Baire, Santa Rita y algunos otros caseríos por Donato Mármol, Calixto García, Rafael Bárzaga, Félix Figueredo y otros improvisados jefes, Céspedes les envió a Máximo Gómez, con el grado de brigadier, a fin de que los ayudase a organizar y disciplinar sus partidas; a los hermanos Peralta, que rodeaban y atacaban a Holguín, les despachó el general venezolano Manuit. El, Céspedes, por su parte, se movió con todas sus fuerzas contra Bayamo, la segunda ciudad de Oriente, con fuerte guarnición española, mandada por el teniente gobernador Udaeta. En Barrancas, acampado el 17 de octubre casi a la vista de Bayamo, dispuesto al ataque en cualquier momento, recibió la noticia del alzamiento de Francisco Vicente Aguilera en su vasto fundo de Cabaniguán, celebrada con gran júbilo por Céspedes, por estimarla una prueba decisiva del éxito inicial de la revolución. Puesto ya en marcha al frente de sus bisoñas tropas contra Bayamo en la mañana del 18, recibió una delegación de la Junta Revolucionaria de la ciudad, encabezada por Pedro Figueredo, con tres vocales de la corporación, encargada de informarle que en junta de la

noche anterior habíase acordado reconocerlo jefe superior de la revolución. Altamente satisfecho, Céspedes designó a Pedro Figueredo, a quien le unían estrechos lazos de amistad, teniente general, jefe de Estado Mayor, y designó a los otros tres comisionados miembros de la junta asesora del general en jefe, de acuerdo con los términos del Manifiesto del día 10. Atacada e invadida Bayamo, el gobernador Udaeta, con las fuerzas de infantería y caballería bajo su mando, encerróse en el cuartel del centro de la ciudad, donde resistió durante cerca de cuarenta y ocho horas para terminar rindiéndose a Céspedes, previa capitulación. La toma de la ciudad fué una resonante victoria que dió fuerza y prestigio a Céspedes e imprimió fuerte impulso a la revolución.

Frustrados los intentos de los coroneles españoles Quirós y Campillo, cumpliendo órdenes directas de Lersundi, de recuperar a Bayamo, Céspedes pudo dedicarse a continuar la organización de las fuerzas insurrectas, y a organizar también, en la medida de lo posible, de conformidad con los términos del Manifiesto del 10 de octubre, la administración municipal de Bayamo y de Jiguaní. Sin otra variación que sustituir el personal español por personal cubano. En el entusiasmo del momento sintióse la necesidad de un himno, como antes se había sentido la de la bandera, compuesto muy pronto por Pedro Figueredo, cantado con gran entusiasmo en las calles bayamesas, el "Himno de Bayamo", en la actualidad, Himno Nacional de Cuba. Paseada en triunfo por las calles bayamesas, la Bandera de La Demajagua fué bendecida solemnemente en la iglesia parroquial de la ciudad, recibido Céspedes bajo palio, a título de Capitán General de la Isla.

Las medidas dictadas y puestas en práctica para la reorganización municipal de Bayamo y Jiguaní estuvieron acordes, según se ha expuesto, con los términos del Manifiesto del 10 de octubre. El sistema no sufrió alteración en cuanto a la observancia de la legislación vigente. Bayamo, al propio tiempo que se reorganizaba su ayuntamiento, quedó proclamada capital provisional de la Isla, sede o asiento del gobierno de la Revolución. Ya en funciones éste, al jefe del mismo, Céspedes, dentro del marco de la legislación en vigor, vinieron a corresponderle la denominación, las facultades y los deberes de la autoridad superior central de la Isla. Impúsose esto, a juicio de Céspedes, porque con tal autoridad superior central, el Capitán General —el más alto jefe político, administrativo y militar de la Isla— estaban obligados a mantener relaciones prescritas por la ley, los reglamentos y demás disposiciones gubernativas vigentes, los tenientes gobernadores, los concejos munici-

pales, los funcionarios de la Hacienda y de las demás instituciones de gobierno. Los funcionarios de todo orden, inclusive, en la medida regulada por la ley, los jueces y demás agentes del poder judicial, así en la esfera de lo criminal como de lo civil, estaban subordinados en la legislación colonial declarada vigente de manera provisional, al Capitán General de la Isla. Las relaciones mencionadas eran fundamentalmente de subordinación y obediencia. Las leyes prescribían que todos los organismos oficiales y los funcionarios y empleados reconociesen la autoridad superior del Capitán General de la Isla, y con ésta, la de las demás autoridades y los funcionarios en orden jerárquico, con obligación de secundarlos, seguir sus instrucciones y cumplir sus órdenes.

Mantenido en "Cuba Libre" el sistema local, vino a resultar lo más fácil, propio y hacedero, a juicio de Céspedes, el mantenerlo en lo general. Era la manera más sencilla y expedita de hacer marchar el gobierno y de resolver problemas y obviar dificultades, dentro de un régimen administrativo y político en el cual el Capitán General lo era todo. Lo indicado y lo procedente, si se aplicaba la legislación vigente en lo local, era aplicarla igualmente en lo tocante al gobierno general, única forma de no tener que legislar de improviso, sin la adecuada representación. Tomada esa vía, usaríase el procedimiento revolucionario de sustituir las personas. El Capitán General español, dependiente de la Metrópoli, autoridad superior de la Isla, debía ser substituído por un Capitán General de Cuba Libre, que cesaría inmediatamente a la terminación de la guerra. A título de jefe supremo de la Revolución, el cargo correspondía a Céspedes. Realizada la substitución de personas, las autoridades y los funcionarios locales podrían seguir cumpliendo lo prescripto en las leyes respecto a sus relaciones con la autoridad superior de Cuba. Esa autoridad no era ya Francisco Lersundi, representante de España en el Palacio de Gobierno de la ciudad de la Habana. Era Carlos Manuel de Céspedes, jefe superior de la Revolución, en la ciudad de Bayamo y en todo el territorio de Cuba Libre.

Expeditivo en su simplicidad, el arreglo ofrecía en el apremio del momento, la ventaja adicional para Céspedes de que, revestido como estaba el Capitán General de Cuba por la legislación colonial de amplísimos poderes, en nada se mermaba la amplitud de facultades que le había sido conferida al general en jefe cubano, según lo preceptuado en el Manifiesto firmado en La Demajagua. Ofreció, en la práctica, no obstante, el grave inconveniente de que asumía, aun cuando fuese provisionalmente, un cargo repudiado por los revolucionarios y la opinión liberal cubana en general (7).

La estrategia de los insurrectos cubanos, además de tender a pagar y afianzar la revolución en la mayor extensión posible del territorio, y apoderarse de las poblaciones del interior que pudieran servir de base de operaciones al enemigo, los llevaba a asediar estrechamente las ciudades y poblaciones costeras, fortificadas por los españoles, bases utilizables por éstos para los avances al interior. Estos objetivos estratégicos se hicieron ostensibles con la toma de Jiguaní, Baire, Bayamo y varios poblados de mayor o menor número de habitantes; con los ataques a Holguín y Tunas, y con la estrecha vigilancia, prácticamente un asedio, de Manzanillo, Santiago de Cuba, Manatí, y Gibara, puertos los dos últimos de Tunas y Holguín respectivamente. Las fuerzas españolas después del doble esfuerzo inútil de los coroneles Campillo y Quirós, dirigidos en combinación con el objetivo de recuperar a Bayamo, se concentraron en la defensa de Holguín y Tunas, en la protección de Manzanillo y Santiago de Cuba, en la de Manatí y Gibara, y en mantener abiertas las líneas de comunicación entre todas sus bases y centros de operaciones. Estas actividades, esencialmente defensivas, les permitirían ganar tiempo y acumular tropas y material de guerra en número suficiente para los avances ofensivos posteriores en el interior.

Céspedes designó al general Donato Mármol, bajo la superior dirección de Luis Marcano, Teniente General Jefe de Operaciones, para el mando del vasto sector militar de Cuba, que comprendía las jurisdicciones de Cuba, Jiguaní, Guantánamo y Baracoa. Holguín tuvo su jefe local, el general Julio Grave de Peralta.

Con su considerable extensión y su posición estratégica al oeste, intermedia entre Oriente y Camagüey, Tunas constituyó un mando aislado, con Vicente García al frente del mismo y Francisco Muñoz Rubalcava, de segundo jefe. La importante jurisdicción de Bayamo, al norte y sur del Cauto, y la de Manzanillo, triángulo con su base en la línea limítrofe con Bayamo y su vértice en Cabo Cruz, quedaron al mando de los generales Modesto Díaz, Francisco Vicente Aguilera, y Luis Marcano. Las fuerzas de estos jefes tuvieron como objetivos el mantener activa la insurrección en las dos jurisdicciones y en constante alarma a Manzanillo, vigilado y asediado estrechamente, hasta que se pudiese disponer de elementos ofensivos para el asalto de la plaza. Con los jefes mencionados operaban otros igualmente distinguidos: Manuel Calvar, Bartolomé Masó, Francisco Javier de Céspedes, Jaime Santiesteban, Luis Figueredo y varios más (8).

Las dos plazas interiores de Tunas y Holguín no fueron las únicas que resistieron a los insurrectos. La villa del Cobre, en una zona de

cafetales, resistió igualmente, organizado por los numerosos e importantes cafetaleros de la jurisdicción un cuerpo de caballería de cincuenta hombres armados por el capitán de partido, quien no tardó en pasarse a la insurrección con su gente. La villa, atacada por las fuerzas insurrectas de Jiguaní, y auxiliada por columnas españolas procedentes de Santiago, cambió de manos varias veces, para quedar en último término en las de los españoles. Sin artillería, con pocos fusiles de precisión y muy escasas municiones, los cubanos apreciaron muy pronto que los ataques a posiciones españolas fortificadas, defendidas por tropas regulares del Ejército, eran infructuosos y costaban numerosas bajas de muertos y heridos.

Los camagüeyanos se lanzaron al campo insurrecto el 4 de noviembre de 1868 en condiciones muy distintas de las de Oriente, no sólo en cuanto a la topografía sino al número y la proporción de los distintos elementos de la población, el carácter de la economía y otros varios factores importantes. A diferencia de Oriente, Camagüey se caracterizaba en lo geográfico por ser casi totalmente llano, por su uniformidad o carencia de diversidad regional, por la forma maciza y rectangular de su territorio y por la ubicación de su capital, Puerto Príncipe, único centro urbano importante, en una posición central equidistante de ambas costas y de todos los lugares del Departamento. Los habitantes avicinados en la capital príncipeña, muy elevados en número en proporción a los de todo el territorio camagüeyano, aseguraban a la ciudad una absoluta hegemonía en todo Camagüey, carente de otros núcleos urbanos fuertes que compitiesen con la cabecera natural, geográfica, gubernativa y política de la región. Nuevitas, puerto de la capital, al norte; Cascorro y Guáimaro, en posición interior al este; y Santa Cruz, embarcadero de Puerto Príncipe en la costa meridional, eran pequeños poblados sin vida propia, en estrecha dependencia de la capital, única urbe camagüeyana importante. Los partidos de Ciego de Avila y Morón, que habían formado parte, el primero, de la tenencia de gobierno de Sancti-Spíritus, y el segundo de la de Remedios, tenían por cabecera los poblados de muy escasa importancia que daban nombre a ambos partidos. Camagüey comprendía sólo dos jurisdicciones, cuatro más tarde, siendo las más importantes Puerto Príncipe y Nuevitas, subordinada ésta en todos los órdenes a la primera.

Sumados los habitantes de Camagüey, incluyendo Ciego de Avila y Morón, resultaba un total de 71,399 vecinos, un 27% de la población de Oriente. La composición de la población acusaba 45,475 blancos y 25,929 mestizos y negros. De éstos, 11,467 eran libres y 14,457 es-

clavos. La proporción de la población blanca de todo Camagüey contrastaba con la de la jurisdicción de Cuba en Oriente, donde los habitantes mestizos y negros constituían la mayoría. En la jurisdicción de Cuba (Santiago), de un total de 96,028 pobladores, los blancos alcanzaban a 27,743, el 26%; en Camagüey, los 45,475 blancos eran el 65% del total de 71,399 vecinos de todo el Departamento. Otra diferencia, ésta con todo Oriente, era que Camagüey contaba con un número proporcionalmente mayor de personas mestizas y negras esclavas que libres, lo contrario que en Oriente, donde había una fuerte mayoría de población de color libre, en comparación de los esclavos. Comparado Camagüey con las cinco jurisdicciones occidentales de Oriente, contaba con una proporción de esclavos mucho más alta, 24% contra 6%.

La peculiaridad distintiva de la economía camagüeyana era el indisputable predominio de la ganadería, con 1,554 haciendas de crianza y potreros, y un estimado de 350,000 cabezas de ganado. De éstas, 22,171 pertenecían al ganado caballar, cifra elevada, gracias a la que Camagüey pudo organizar sus escuadrones en la guerra, adecuados para operar en tierra llana, mientras que en Oriente predominó la infantería, tropa de montañas. Camagüey contaba también con una fuerte industria azucarera, 101 ingenios, de los cuales una cifra alta, 24, era de vapor, la mayoría de éstos ubicados en los partidos Caonao, Maragúan y Najasa. Los sitios de labor y las estancias eran muy pocos, 633 en total. Esta corta cifra contrasta con las muy altas de Oriente, donde un sólo pequeño partido, el de Baire, con 8,130 vecinos, contaba con 1,250 estancias y sitios de labor y 250 vegas de tabaco. Esta diferencia debíase a que el mayor número de los 85,200 mestizos y negros libres de Oriente eran pequeños sitieros y estancieros, junto con millares de labradores blancos, sitieros y estancieros también.

La concentración ya apuntada de un alto tanto por ciento de los habitantes de Camagüey en la ciudad de Puerto Príncipe, residencia habitual de los ganaderos y hacendados de la región, había facilitado el desarrollo de algunas industrias para el abastecimiento local y creado condiciones que hacían posible una vida social intensa, a lo cual contribuía el estar mucho menos distante de la Habana y tener más fácil comunicación con ésta que Santiago.

Unidad y uniformidad geográficas, alto tanto por ciento de población blanca, predominio de la ganadería en haciendas de crianza y potreros de gran extensión, ingenios bastante numerosos en ciertos partidos, y concentración de los habitantes blancos cubanos en una sola

ciudad populosa, eran, en resumen, los más peculiares aspectos de Camagüey en 1868. Las condiciones geográficas, económicas y sociales del Departamento facilitaban la unidad política de éste. Las personalidades más destacadas de la ciudad de Puerto Príncipe ejercían una influencia decisiva, de hecho, sobre la gran mayoría de los habitantes de toda la región, gracias a lo cual se aseguraba la unidad de miras y de acción de los camagüeyanos, caso muy distinto del de Oriente (9).

Camagüey distinguióse también de Oriente, por tener dos personalidades de muy diferente edad y condiciones de carácter, como las dos más destacadas y de mayor influencia en el campo revolucionario: Salvador Cisneros Betancourt e Ignacio Agramonte y Loynaz. Persona acaudalada y de respeto, Cisneros Betancourt, Marqués de Santa Lucía, alcalde que había sido de Puerto Príncipe en los años 1862 y 1863, Presidente de la Sociedad Filarmónica de Camagüey, era muy estimado por sus contrerráneos; muy particularmente por los conspiradores camagüeyanos, quienes lo consideraban el jefe civil de la revolución en Puerto Príncipe. Cisneros Betancourt que contaba 47 años de edad, recibía el apoyo de una juventud numerosa y entusiástica, entre la que se destacaban Ignacio Agramonte, su primo Eduardo Agramonte y Piña, Angel del Castillo, Bernabé de Varona y otros muchos compañeros.

Nacido en la ciudad de Puerto Príncipe el 23 de diciembre de 1841, Agramonte no había cumplido 27 años de edad cuando Céspedes hizo estallar la insurrección en La Demajagua. Formado hasta los 14 años en el ambiente de Puerto Príncipe, de costumbres muy severas en los años de su niñez, Ignacio como su primo Eduardo, pertenecía a una familia de elevada posición económica y social, reputada por sus virtudes y su honorabilidad. Sus primeros estudios los realizó en su ciudad natal. A partir de 1851 los continuó en la Habana, en el Colegio El Salvador, de Luz y Caballero, por corto tiempo, y en Barcelona, España, donde se hizo Bachiller. Finalmente, cursó Leyes en la Universidad de la Habana, y se graduó en Derecho Civil y Canónico en febrero de 1866.

La formación mental de Agramonte prodújose, dada la fecha de su nacimiento, con posterioridad a la gran conmoción revolucionaria europea de 1848, acontecimiento que tuvo repercusión inmediata en Cuba con respecto a los problemas de la esclavitud. Años más tarde, la influencia de dicho extenso movimiento revolucionario, se fué haciendo sentir con gran fuerza en el desarrollo de las ideas liberales entre los cubanos de más alto nivel de instrucción y cultura, y entre la juventud cultivada, de espíritu romántico. En los años en que Agramonte

era un adolescente, estudiante en la Universidad de la Habana, el liberalismo, después de haber sido batido a continuación de las explosiones revolucionarias de Francia y otros países de Europa en 1848, ganaba terreno en la lucha pacífica de las ideas. En un ambiente de mayor libertad que en los años del predominio de Metternich, los ardientes mantenedores y defensores de las doctrinas liberales luchaban por hacerlas prevalecer en la resolución de los grandes problemas humanos del momento. A virtud de su producción exportable y de su comercio, Cuba se hallaba en comunicación frecuente no sólo con España, sino también con Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y otros varios países del Viejo Mundo. El realizar viajes de placer y de estudio a Europa, e importar de ésta artículos corrientes de comer y vestir, y otros más costosos, de lujo, bien de uso individual o para la comodidad en el hogar y el embellecimiento de éste, eran prácticas corrientes de los cubanos acomodados de mayor cultura. Recibíanse asimismo, periódicos, revistas y libros, que mantenían al corriente de los acontecimientos más importantes del extranjero. En uno de los países con los cuales se sostenía un intercambio activo, la Gran Bretaña, cuyas instituciones admiraba Saco y daba a conocer en sus escritos, el liberalismo continuaba sus avances de manera efectiva. Los grandes terratenientes conservadores no habían logrado prevenir la extensión del comercio libre, firmemente establecido, a la vez que los industriales partidarios del "dejar hacer" tampoco habían podido impedir la extensión de la legislación favorable al trabajo. El unionismo había comenzado a desarrollarse. Junto con las uniones de trabajadores, aparecieron las sociedades cooperativas obreras, a partir de la fundación de Rochdale, establecida en 1844. Gradualmente, las asociaciones cooperativas se multiplicaban, ampliaban sus funciones y establecían relaciones las unas con las otras. Muy lejos todavía del milenio, las clases obreras británicas hallábanse mucho mejor en 1860 que en las primeras décadas de la Revolución Industrial.

En lo que a Francia toca, la revolución que en 1848 derribó a Luis Felipe de Orleans, eligió una Asamblea por sufragio universal y directo. Los asambleístas proclamaron la segunda república francesa; ensayaron poner en vigor disposiciones para garantizar el trabajo a todo el que lo necesitase, mediante la creación de los talleres nacionales, demandados por los socialistas con Luis Blanc a la cabeza; abolieron la esclavitud en las colonias francesas, y establecieron una comisión especial encargada de preparar un programa de leyes sociales. Alarmados, al cabo de corto tiempo a causa del fracaso de sus propias medidas ra-

dicales, la mayoría de los asambleístas cambió de postura; acabó por fijarle bases políticas y sociales a la nueva república, en conformidad con los deseos y las miras de los elementos moderados. Elegido Presidente de "la Francia", el Príncipe Luis Napoleón, no tardó en traicionar la República y proclamar un nuevo Imperio, pero ni él ni sus ministros hicieron esfuerzos por impedir que las ideas liberales continuaran progresando en la nación e irradiándose a la mayor parte de Europa.

A semejanza de lo que ocurría en Gran Bretaña, acaso de modo más extremista, la literatura francesa se inclinó marcadamente al romanticismo, lo difundió en Europa y lo hizo llegar a las Américas. En asociación más o menos estrecha con las corrientes del liberalismo, el movimiento romántico cruzó el océano en las obras de los más destacados escritores y artistas franceses, italianos y españoles, e hizo sentir sus efectos en Cuba, de manera no menos intensa que en los demás países americanos (10).

En comunicación constante con los Estados Unidos, la influencia democrática norteamericana pesó también en la Isla, estimulada por motivos de vecindad geográfica, de intercambio comercial y de la labor de prédica y divulgación de los anexionistas cubanos, entre los cuales se destacó siempre en primera línea Gaspar Betancourt Cisneros, prócer camagüeyano de gran prestigio en su región y en toda Cuba.

Vivamente interesados en estas prédicas, muchos liberales cubanos y los anexionistas de buena fe, participaron de las mismas cautivadoras esperanzas, propagadas en la Isla, de una manera o de otra, desde 1848.

Los grandes acontecimientos políticos y las corrientes del liberalismo, el romanticismo, el libre cambio mercantil, el abolicionismo, el nacionalismo y el irredentismo, de Europa y de los Estados Unidos, repercutían fuertemente en Cuba. Avivaban el entusiasmo de la juventud y promovían la efervescencia de las ideas en el campo de la literatura. Contribuían también a crear corrientes renovadoras en los sectores de la educación y la economía, e inevitablemente alcanzaban vigorosa repercusión en el campo de la política. El resultado inevitable no se hizo esperar. Quebrantado el anexionismo en la década 1850-1860, cobró fuerza temporalmente el Movimiento Reformista. Fracasado éste, quedó libre el camino al Separatismo, sin temor alguno a las consecuencias de una revolución en Cuba y sin que lograra impedirlo la "cortina de hierro" de la censura española (11).

En efecto, aun las más fuertes medidas de represión y de vigilancia para que no entrasen en Cuba del extranjero obras y publicaciones que

se estimaran perjudiciales, no lograron impedir que la juventud habanera —y hasta una parte de la de los principales centros urbanos del interior— acogiesen con entusiasmo cuanto pudiera filtrarse del exterior a través de la censura, sobre acontecimientos políticos, avances del liberalismo, novedades más en boga en el campo de las ideas, y progresos de las ciencias, las artes y la educación. Las luchas de los pueblos oprimidos por la dominación de los más poderosos o por sus propios gobiernos autocráticos, despertaban la mayor admiración y se seguían con el más vivo interés. La lectura de las más románticas obras referentes a la revolución francesa de 1789, la *Historia de los Girondinos*, de Lamartine, y las de Víctor Hugo y otros escritores, *El Año Terrible*, *El Hombre que Ríe*, *Los Miserables*, etc., circulaban ocultamente de mano en mano, tanto más leídas cuantos mayores esfuerzos hacía la autoridad para impedir su circulación. Las producciones poéticas de Mendive, Luaces, Fornaris y otros, se suponían, con razón o sin ella, llenas de alusiones a la independencia y a la libertad, mientras que en el extranjero publicábanse colecciones de poemas o antologías de Teurbe Tolón, Pedro Santacilla, José Agustín Quintero, Leopoldo Turla y otros, como *El Laúd del Desterrado*, editado en 1857, y las poesías patrióticas de Heredia. Aunque el régimen colonial imponía restricciones severas a la prensa y al derecho de reunión, la gente joven asistía a las veladas literarias y artísticas en el Liceo de Guanabacoa, en la casa de Nicolás Azcárate, en la misma villa; y en particular, en las de los hogares de José Ramón Betancourt, José Silverio Jorrín y Rafael María Mendive, en la Habana, altamente estimado el último, como poeta y por su consagración a la educación de la niñez y la juventud.

Entre los jóvenes intelectuales influenciados por las corrientes del romanticismo y del irredentismo, contábanse estudiantes pertenecientes a familias acomodadas —la mayoría de ellos—, Ignacio Agramonte, Eduardo Agramonte y Piña, Luis Ayestarán y Moliner, Federico y Luis Victoriano Betancourt, Francisco Javier Cisneros y Antonio Zambrana, unidos por vínculos del más amistoso compañerismo con otros jóvenes de su edad, que tenían la experiencia de las estrecheces y los agobios de una vida llena de trabajos y de dificultades —Rafael Morales y González, Manuel y Julio Sanguily, Enrique Piñeyro, Tomás y Cristóbal Mendoza—, maestros en colegios privados o *pasantes* en los mismos, maestros a domicilio, amanuenses en bufetes y escribanías, o con empleos en otras varias ocupaciones escasamente retribuidas por lo común. Estos jóvenes de escasos recursos mostraban a virtud de los duros trabajos de su existencia, un interés muy vivo por las cuestiones econó-

micas y sociales. Conocían y admiraban, de cerca o de lejos, al Conde de Pozos Dulces, a Alvaro Reynoso, a Tranquilino Sandalio de Noda, a Esteban Pichardo, a Antonio Bachiller y Morales, y a cuantos cubanos dedicábanse a estudiar las condiciones generales del país con miras a los progresos materiales y morales, del mismo. Hallábanse también imbuídos de constante preocupación respecto de la difusión de la enseñanza entre los trabajadores, la mejora de las condiciones de vida de niños, adolescentes y aun adultos de la clase pobre. Abogaban por la supresión radical y efectiva de la Trata y de la esclavitud; por la protección de la mujer y del niño, y pertenecían a sociedades antiesclavistas como la del *Vientre Libre* y otras que contribuyesen a elevar el nivel intelectual y moral de Cuba.

En general, todo el sector juvenil de la década de los sesenta, aun cuando en los primeros años de la misma no militaban, propiamente hablando, en las filas del separatismo, porque después de los gobiernos de los capitanes generales Francisco Serrano y Domingo Dulce en el primer período, las esperanzas de poderse llegar a una substancial reforma del régimen colonial fueron grandes. El movimiento político que se denominó *Reformismo* y tuvo por principal órgano el periódico *El Siglo*, dirigido por Pozos Dulces, agrupó en sus filas a muchas de las personalidades más admiradas de la gente joven, y fué visto con simpatía por otros que, sin incorporarse a "los reformistas" estaban en la actitud de "esperar y ver", esperanzados unos, escépticos otros, pero en expectativa todos del resultado final del gran movimiento político en cuestión. Por tanto, la gente joven con preocupaciones político-sociales conteníase en su propensión a inclinarse a un radicalismo mayor en sus ideas, y a un más fuerte antagonismo con todo lo español; pero cuando fueron debilitándose las esperanzas de que la Junta de Información alcanzase un éxito positivo en sus gestiones; sobrevino la retirada de España de Santo Domingo; estalló la guerra del Pacífico entre las repúblicas de Perú y Chile con España; se produjo la desastrosa crisis económica de 1866-1867; y se implantó el impuesto directo sobre la renta, la profunda decepción que acarreó, de hecho, la frustración del Reformismo, llevó a la gran mayoría de la gente interesada romántica e intelectualmente en las cuestiones públicas, a las filas del separatismo, por convicción y sentimentalismo patriótico.

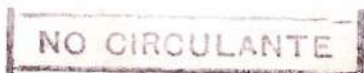
La proclamación de la independencia y el reto armado a la Metrópoli por Céspedes, inflamó de entusiasmo los corazones juveniles, y para muchos no hubo ya otro camino que trasladarse a Oriente y Camagüey a empuñar las armas por la libertad de Cuba.

CAPÍTULO II

EL FRENTE ESPAÑOL AL COMIENZO DE LA GUERRA. MANDO DEL CAPITAN GENERAL LERSUNDI

25
LA proclamación de la independencia de Cuba por Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, el 10 de octubre de 1868, en su ingenio La Demajagua, jurisdicción de Manzanillo, al frente de una partida de unos 36 hombres armados, fué el inicio de la larga, sangrienta y destructiva lucha conocida con la denominación de Guerra de los Diez Años, a virtud de la duración de la misma. Secundado el alzamiento de Céspedes con gran rapidez en toda la zona manzanillera, Jiguaní, Baire, Santa Rita, Bayamo, Cauto del Embarcadero, Holguín, Tunas y otros lugares de la actual provincia de Oriente, el movimiento insurreccional, aún cuando no desprevénido, tomó por sorpresa al capitán general español en la Isla, general Francisco Lersundi, quien ya había ejercido anteriormente el mando superior en Cuba.

5091654
Triunfante en España la llamada Revolución de septiembre, 1868, y destronada la reina Isabel II, fugada a Francia, constituyóse en los primeros días de octubre en Madrid un Gobierno Provisional bajo la dirección de los generales Francisco Serrano, Juan Prim, el almirante Juan Bautista Topete y varias significadas personalidades políticas. Decidido isabelino, rígidamente conservador, de opiniones políticas radicalmente contrarias a las de los promotores de la revolución septembrista, Lersundi hallóse frente a una situación en extremo difícil. Militar de rigurosos principios disciplinarios, la responsabilidad de conservar para España su rica posesión de Cuba, sobrepúsose en su espíritu a todo otro género de consideraciones. No introdujo alteración alguna en la marcha del Gobierno, limitóse a notificar oficialmente a las fuerzas armadas —soldados, milicianos y voluntarios— en una orden del día que en la Península se habían producido graves sucesos, que felizmente reinaba la tranquilidad material, y que a los militares de servicio en Cuba, a sus órdenes, a quienes se dirigía a título de capitán general, les correspondía el deber, dada su reconocida lealtad, de velar por el orden y la paz, a fin de mantener a toda costa la integridad nacional,



altas obligaciones al cumplimiento de las cuales todos debían hallarse firmemente dispuestos. En un bando dirigido a los habitantes de Cuba, dictado al propio tiempo, hizo a éstos iguales advertencias y recomendaciones encargándoles de velar por el sosiego público y la integridad de la patria española con tanta firmeza como la fuerza militar.

Recibidas las primeras noticias del alzamiento, Lersundi no dió mucha importancia a éste. Muy pronto, la ocupación de la ciudad de Bayamo por los insurrectos al mando de Céspedes, precedida por la de Jiguaní, Baire, Santa Rita y otros poblados con gran rapidez por otros jefes insurrectos, y los ataques a Holguín y Tunas, resistidos por sus guarniciones, convencieron a Lersundi de la extensión y gravedad del movimiento revolucionario. Como primera providencia de carácter militar, dictó órdenes a los gobernadores de Santiago y Manzanillo de que despachasen fuerzas militares en acción combinada contra Bayamo. En cumplimiento del tal orden, de Santiago partió una columna al mando del coronel Quirós y de Manzanillo otra, a las órdenes del coronel Campillo. Contenidas y obligadas a retroceder en su avance, con bajas de consideración, en el lugar llamado Ventas de Casanova la primera, combate en el que usóse el machete como mortífera arma cubana en un ataque ordenado por el general Máximo Gómez bajo el mando superior de Donato Mármol, y la segunda en el paso del riachuelo Babatuaba, entre Manzanillo y Bayamo, por partidas insurrectas mandadas por Francisco Vicente Aguilera y Modesto Díaz, la ciudad de Bayamo continuó en poder de Céspedes, convertida en sede del improvisado gobierno revolucionario. Dictadas sus primeras órdenes militares, en la Gaceta Oficial de la Habana el día 20 de octubre, dió publicidad Lersundi a un bando en el que fijó a los jefes militares la acción represiva a seguir contra los insurrectos y las medidas de represión y castigo a poner en práctica en general para restablecer la tranquilidad pública. Con arreglo a tal bando, las Comisiones Militares, institución odiada por la opinión pública liberal cubana desde los tiempos del general Tacón, creadas para juzgar a los acusados de delitos contra la tranquilidad pública, suprimidas años más tarde y restablecidas por Lersundi, mediante decreto de 12 de enero de 1868 a título de medida preventiva en vista de la agitación reinante en el país, quedaron encargadas de conocer, con exclusión de toda otra jurisdicción, de los delitos de traición, sedición y rebeldía. A virtud de esta disposición, quedaba sujeta al juicio y al fallo de consejos de guerra verbales toda persona que se alzase en armas contra la integridad nacional; que bajo cualquier pretexto se rebelase contra el gobierno o las autoridades constituídas, que trastor-



FRANCISCO VICENTE AGUILERA

FRANCISCO VICENTE AGUILERA. Opulento y prestigioso patricio bayamés, iniciador con Francisco Maceo Osorio y Pedro Figueredo Cisneros de la conspiración que produjo la Guerra de los Diez Años. Presidente del Comité Revolucionario de Bayamo, Aguilera representa en las reuniones de los conspiradores orientales y camagüeyanos la tendencia conservadora o de los más comedidos, frente a Carlos Manuel de Céspedes que asume la dirección del grupo de los impacientes o impetuosos. Pronunciado Céspedes, Aguilera, patriota ejemplarísimo, acepta la jefatura de su resuelto y afortunado émulo y se dispone a ayudarle en seguida con sus parciales. General de División, Secretario de la Guerra, Mayor General, General en Jefe del Ejército de Oriente, Vicepresidente de la República; comisionado por el Presidente Céspedes para poner paz entre los discolos emigrados cubanos en los Estados Unidos, armonía que a la postre permita organizar fuertes e indispensables expediciones; peticionario infatigable, en París, cerca de los conterráneos de alta significación social y de fortuna, el honradísimo Aguilera viene a morir, decepcionado e incomprendido, en Nueva York, a los cincuenta y seis años de edad, en 1877. Sobre su cadáver, expuesto en el salón principal del Ayuntamiento de la gran urbe norteamericana, Juan Manuel Macías coloca reverente la bandera que —*primus in Cuba*— flameó a los vientos en el asalto y toma de la ciudad de Cárdenas, el 19 de mayo de 1850.

El grabado que se publica ha sido tomado de la obra de Eladio Aguilera Rojas, hijo y biógrafo del glorioso prócer, intitulada *Francisco V. Aguilera y la Revolución de Cuba de 1868*.

nase en cualquier forma el orden público, que redactase, imprimiese o circulase escritos con noticias subversivas; que interrumpiese las comunicaciones telegráficas o hiciere otros daños; que conspirase y auxiliase a toda persona que cometiese los mencionados delitos, así como a sus cómplices y encubridores. En la tramitación de las causas sería obligatorio observar los términos breves y perentorios marcados en las ordenanzas del Ejército, y en la designación de las penas, las leyes comunes del Reino vigentes en Cuba. Tales penas eran de extrema gravedad, en primer término, la de muerte en garrote vil o fusilamiento, según las circunstancias. De hecho y de derecho, el bando dejó establecida una guerra a muerte en Cuba por delitos políticos.

Convencido día tras día de la gravedad de la situación, Lersundi designó al Segundo Cabo, general Blas de Villate, Conde de Valmaseda, jefe general de operaciones, con plena autoridad y libertad de acción, al objeto de asegurar la unidad de mando y la constante actividad de las operaciones, sujetos todos los jefes subordinados a la más estricta obediencia y disciplina. Valmaseda había sido gobernador del Departamento Oriental, el único donde se había producido la insurrección hasta entonces, conocía la topografía del territorio, tenía amplias relaciones con los españoles radicados en el mismo, lo que le daba la seguridad de poder contar con el concurso de éstos incondicionalmente. Vía del Surgidero de Batabanó, el Conde debía partir inmediatamente para Manzanillo con las fuerzas disponibles al objeto de asegurar la defensa de la plaza, amenazada por los insurrectos, batir a éstos en toda la zona manzanillera, recuperar a Bayamo, dirigirse a Tunas y marchar a Puerto Príncipe, centro de rebeldía latente. Imponer respeto en el Departamento Central, mantenerlo sumiso y aplastar cualquier intento de alteración del orden eran cuestiones esenciales para Lersundi, informado como estaba por el gobernador general Lemery de que en la ciudad de Puerto Príncipe se conspiraba y advertíase mucha agitación revolucionaria.

A su arribo a Manzanillo, con las no numerosas fuerzas de que pudo hacerse acompañar, Valmaseda enfrentóse con una situación más seria de lo previsto por él en la Habana. Manzanillo hallábase rodeado por fuerzas insurrectas situadas a no lejana distancia, en disposición de atacar la plaza en cualquier momento y cerrar el paso a cualquier columna que se organizase con intento de marchar sobre Bayamo, de manera que nada pudo por el momento emprender para desalojar a Céspedes de la ciudad ocupada por él en el primer empuje revolucionario. Valmaseda tuvo, no obstante, una noticia alentadora en Manzanillo. Entre

los insurrectos de Oriente hallábase, procedente de Camagüey, o sea del Departamento del Centro, el hacendado camagüeyano Napoleón Arango, muy influyente en unión de su hermano Augusto entre los camagüeyanos inclinados al separatismo. Arango, quien trataba de prevenir una sangrienta y desastrosa guerra si era posible, había celebrado conferencias con algunos jefes insurrectos orientales, motivo de su traslado a Oriente, con el propósito de ver si podría llegar a ser posible el tratar de lograr un arreglo con España, a base de que se aplicase en Cuba "el Programa de Cádiz", o sea el conjunto de reivindicaciones prometido solemnemente por la Revolución de Septiembre al pueblo español. Después de haber tenido alguna comunicación con Arango, esperanzadora para él, Valmaseda trató de atraerse a los jefes insurrectos de la zona manzanillera con proposiciones de paz bajo la bandera española, las cuales fueron rechazadas enérgicamente por Francisco Vicente Aguilera y Modesto Díaz, jefes insurrectos de Manzanillo.

Mientras Valmaseda completaba sus informaciones sobre la situación, situado cerca del foco principal insurrecto de Oriente, fortificaba Manzanillo y preparaba sus primeras operaciones, Lersundi recibió en la Habana urgentes avisos de Lemery. La situación en Puerto Príncipe agravábase por momentos, si bien quedaba la esperanza de que Napoleón Arango, regresado ya de Oriente, lograra obtener éxito en sus gestiones favorables a un arreglo con España. Tomando en consideración los apremios de Lemery, el capitán general varió un tanto sus planes, con la orden a Valmaseda de aplazar el ataque a Bayamo, al objeto de dirigirse inmediatamente a Puerto Príncipe para continuar sus tratos con Arango y prevenir la insurrección de los conspiradores camagüeyanos. Usando la vía marítima, Valmaseda dirigióse sin pérdida de momento de Manzanillo a Santa Cruz del Sur, con el mayor número de soldados de que pudo disponer. A su arribo a Santa Cruz, informóse de que en las cercanías del embarcadero, bloqueando el camino a Puerto Príncipe, existían ya grupos armados dispuestos a oponerse a su marcha rumbo a la capital de Camagüey. Sin embargo, la influencia de Napoleón Arango sobre su hermano Augusto, que había asumido el mando superior de los todavía escasos alzados de Camagüey, logró que no se hostilizara el avance del Conde, que, sin disparar un tiro, arribó a la ciudad principense el 19 de noviembre. Las ofertas de franquicias y de concesiones políticas de parte del gobierno de Madrid, hechas por Valmaseda en una alocución, inmediatamente de su llegada a la ciudad, no produjeron efecto alguno en el ánimo de los cubanos partidarios de la independencia. En junta de los principenses que habían tomado las

armas desde el 4 de noviembre, celebrada en el lugar llamado Las Minas el 26, 7 días después del arribo de Valmaseda a Puerto Príncipe, la mayoría de los jefes insurrectos presentes opúsose a los planes de Napoleón Arango y adoptó la decisión de proseguir la lucha contra la dominación española en Cuba. Frustrados sus propósitos pacificadores, el Conde cambió brusca y totalmente de actitud. En su condición de jefe de las operaciones militares dictó un bando similar al de Lersundi de 20 de octubre, en el que declaró reos de penas severísimas, inclusive la de ser pasados por las armas, a cuantos se mantuviesen en rebeldía después de un corto plazo fijado en el bando, penalidad que no tardó en ser aplicada con el primer fusilamiento en Camagüey.

Falto de tropas en número suficiente para marchar por tierra contra Bayamo, el Conde dirigióse a Nuevitas con el propósito de trasladarse por mar a la Habana a conferenciar con Lersundi. En Bonilla, sobre la línea del ferrocarril Puerto Príncipe-Nuevitas, sostuvo combate con los camagüeyanos, que recibieron en el lugar su bautismo de fuego, a las órdenes de Augusto Arango. Causaron bajas de muertos y heridos a la columna de Valmaseda, pero no lograron cerrarle el paso, de manera que el conde arribó a Nuevitas y partió por mar para la capital de la Isla. En conferencia con Lersundi, Valmaseda recibió instrucciones de ocupar a Bayamo a toda costa, logró algunos refuerzos de tropas y de material de guerra y procediendo con gran rapidez, dos días más tarde, el 22 de diciembre, inició desde San Miguel de Nuevitas su marcha contra la ciudad bayamesa al frente de una columna de 2,000 hombres de las tres armas. Hostilizado a lo largo de su avance por las todavía escasas y mal organizadas partidas de Camagüey y por las de Tunas, desde donde salieron tropas a apoyarlo, descansó dos días en esta plaza para reanudar su marcha venciendo los obstáculos a su paso.

En los cruces del Río Salado y del Cauto, venció la resistencia de las bandas insurrectas mal armadas, sin organización militar todavía, fatigadas por una larga y penosa marcha desde cerca de Santiago de Cuba, al mando de Donato Mármol. Hizo en dichas bandas una gran carnicería, siguió adelante y el 16 de enero entró en Bayamo, reducida a cenizas la ciudad por sus pobladores, en vista de no poder defenderla contra la poderosa columna del jefe español.

En Camagüey, mientras tanto, la insurrección había tomado impulso. Tenía a su frente a Salvador Cisneros Betancourt, Ignacio Agramonte y Loynaz, Eduardo Agramonte y Piña, Angel del Castillo, Bernabé de Varona y otros distinguidos vecinos de la capital principense.

Despachado desde Sancti-Spíritus, con fuerzas enviadas a toda prisa desde la Habana, el coronel Francisco de Acosta y Albear, muy conoedor de la región espirituana, donde poseía extensas propiedades, efectuó una rápida marcha a través de la provincia camagüeyana hasta la ciudad de Puerto Príncipe, en la que las principales familias principieñas, pertenecientes a los jefes y oficiales de las fuerzas insurrectas del Departamento, se habían trasladado casi todas a sus residencias campestres, en las grandes haciendas de crianza. Mermada en muchos de sus habitantes, la ciudad hallábase sitiada, de hecho, por los cubanos en armas, prácticamente incomunicada por sus dos salidas al mar de Nuevitas y Santa Cruz. El propósito de Acosta y Albear no había sido otro que el de levantar el espíritu de los españoles en Camagüey, ofreciéndoles la evidencia de que no tardarían en ser socorridos.

Un mes escaso a contar de haberse lanzado al campo el 4 de noviembre los camagüeyanos, recibieron un poderoso refuerzo. Tuvo la forma de una expedición procedente de Nassau, desembarcada en la Guanaja, norte de Camagüey, el 27 de diciembre, al mando de Manuel de Quesada y Loynaz, perteneciente a una antigua y distinguida familia camagüeyana. Mezclado en la sublevación de Joaquín de Agüero en 1851, Quesada, perseguido por las autoridades españolas, había emigrado a México. En lucha Juárez contra los invasores franceses, el exilado cubano incorporóse a las fuerzas del caudillo de México, distinguióse por su valor, ganó ascensos hasta alcanzar el grado de general, con experiencia militar y reputación de audacia y de heroísmo. Pagada en gran parte por el patriota camagüeyano Martín del Castillo Agramonte, que sacrificó su fortuna por la independencia de Cuba, la expedición condujo a bordo del pailebot *Galvanic*, rápido velero, 2,540 fusiles Emfield, 150 rifles Spencer, medio millón de tiros, 200,000 cápsulas metálicas, un cañón de campaña, granadas para éste y gran cantidad de pólvora. Acompañaron a Quesada en el *Galvanic* unos 50 jóvenes salidos ocultamente de la capital de la Isla para incorporarse a la revolución. Contábanse entre ellos Julio Sanguily, Rafael Morales y González, Victoriano y Federico Betancourt, Antonio Zambrana, Ramón Pérez Trujillo, Francisco la Rúa, José Payán, los hermanos Tomás y Cristóbal Mendoza, José María Aguirre, y otros, todos los cuales distinguieron más tarde en los campos de la revolución, bien como jefes y oficiales de las fuerzas insurrectas, o prestando servicios como miembros del gobierno revolucionario. Atacada la expedición por embarcaciones de guerra españolas casi en el momento del desembarque, todavía en la playa el cargamento, Quesada dirigió hábil y valerosamente el

combate, rechazó las embarcaciones enemigas, obligadas a retirarse por disparos de cañón, y asumió, de hecho, el mando superior de las fuerzas insurrectas en la región camagüeyana. En Oriente, la lucha proseguíase activamente por los jefes de las distintas jurisdicciones contra Valmaseda. Reocupada Bayamo, el jefe español habíase visto obligado durante varias semanas a permanecer en la ciudad, con el propósito de hacer de la misma una base de operaciones para toda la zona del valle del Cauto, mantener abiertas las comunicaciones entre Manzanillo, Bayamo, Jiguani y Cuba, y desde Bayamo, con Holguín, sitiado por los insurrectos al mando del jefe holguinero Julio Grave de Peralta, y con Tunas, sitiada también por el jefe insurrecto de la zona, general Vicente García.

Las regiones pertenecientes a las actuales provincias de Las Villas, Matanzas, la Habana y Pinar del Río, no habían llegado a insurreccionarse, no obstante contarse en ellas grupos de conspiradores dispuestos a alzarse a la primera oportunidad tan pronto pudieran disponer de algunas armas y municiones. Los jefes militares de las cuatro provincias y los gobernadores y tenientes gobernadores de las Jurisdicciones de las mismas, mantenían informado a Lersundi del estado de inquietud e inseguridad prevaleciente. Sin tropas regulares disponibles ni aún en la capital de la Isla por haberlas enviado todas a campaña en Oriente y Camagüey, el capitán general sólo logró acudir en auxilio de Lemery, el gobernador camagüeyano, mediante el despacho de una expedición al mando del brigadier Lesca, dado que la situación en la aislada ciudad de Puerto Príncipe hacíase más grave por momentos. Desde el desembarcadero de la Guanaja, marchó Lesca a través de la sierra de Cubitas, abriéndose paso en un recio combate en el que tuvo fuertes bajas, en su marcha a la ciudad principieña, donde arribó levantando el espíritu de los españoles un tanto.

En su escasez de tropas regulares, Lersundi acudió a un expediente que había de tener consecuencias incalculables. Estimuló en muy diversas formas, el patriotismo de los españoles avecindados en la Isla, dedicados al comercio en su gran mayoría, les hizo ver el peligro que corrían su seguridad y sus intereses a la par que la integridad nacional, y los convocó a ingresar en los cuerpos de voluntarios, milicia existente en Cuba desde la década 1850-1860. Proporcionóles armas y municiones, ellos mismos se proporcionaron sus uniformes o se los proporcionaron los propietarios de los establecimientos mercantiles, erigidos en oficiales y jefes de compañías y batallones, y cuando fueron adquiriendo alguna preparación militar, les confió gradualmente la defensa de las ciuda-

des, pueblos, ingenios, zonas azucareras y las vías férreas, principalmente en Las Villas, provincia con muchos habitantes, numerosa población española, amplio desarrollo azucarero, y ganadero, desde la cual si estallaba y se fortalecía la insurrección, podría desbordarse sobre Matanzas y la Habana, que, por su mayor riqueza azucarera, era la principal fuente de ingresos del Fisco español en la Isla. Con un número y una proporción mayor de vecinos peninsulares ambas provincias, los voluntarios fueron más numerosos en ellas, y dominaron más la situación, como ocurrió en ciertas zonas azucareras de Las Villas, principalmente Cienfuegos, Remedios y Sagua. Respondiendo a las incitaciones del capitán general, la población peninsular respondió en gran número al llamamiento de Lersundi, creándose batallones, compañías, y escuadrones de voluntarios en todas las ciudades y poblaciones de importancia. En manos de esas fuerzas irregulares vinieron a quedar, de hecho, todos los habitantes de Cuba.

En la Habana, donde los partidarios de Cuba Libre, muy numerosos, sentíanse dispuestos a actuar al servicio de la insurrección en todas las oportunidades y las formas posibles, Lersundi, además de mantener una constante vigilancia con el concurso de los voluntarios, vióse obligado a atender también a cuestiones políticas, surgidas a virtud del triunfo de la revolución de septiembre en España y de la insurrección armada a favor de la independencia en Oriente y Camagüey.

Los cubanos que habían tomado parte activa en el llamado "movimiento reformista", con su núcleo más importante en la Habana, y que lograron elegir una mayoría de diputados o representantes de Cuba a la Junta de Información habían disuelto de hecho el partido, después de lo que se consideró el fracaso total de la Junta. Pero en Madrid residían cubanos del extinguido movimiento reformista, estrechamente relacionados con Serrano, Prim, y otros significados jefes de la Unión Liberal, ahora al frente del gobierno revolucionario, encabezado por Serrano, regente del Reino, y Prim, jefe del Gabinete. En la Habana, esos cubanos reformistas eran más numerosos, no obstante que muchos de ellos habíanse inclinado ya al separatismo. Los de Madrid y de la Habana, entendían conjuntamente que la guerra significaba una pérdida enorme de vidas y de riquezas para Cuba, daño irreparable que podía prevenirse mediante un entendimiento con el Gobierno septembrista, a base de hacer extensivas a Cuba las libertades ya establecidas en la Península, en camino de ser ampliadas. Unidos en sus esfuerzos, procuraron desde el primer momento, contar con el concurso de perso-

nalidades españolas de espíritu liberal o moderado, interesadas también en evitar la prolongación de un movimiento insurreccional desastroso en la Isla, con pérdidas inmensas de todas clases, para España y para Cuba.

Después de laboriosas gestiones, llegóse en la Habana a un acuerdo en principio entre los cubanos y los peninsulares interesados en los planes de pacificación, respecto a unirse y a realizar y activar de común acuerdo gestiones en Madrid, encaminadas a lograr que se hiciese extensivo a Cuba "el programa de Cádiz". Era necesario para organizarlas, solicitar previamente una enterevista conjunta con el General Lersundi, exponerle la aprensión de que la rebeldía cobraría fuerza si no se daban seguridades de que la provincia de Cuba habría de disfrutar de las mismas libertades y derechos reconocidos a las de la Península, y tratar de obtener el apoyo de la autoridad superior de la Isla, en ésta y en Madrid, para el logro de los fines indicados. Como paso previo, si Lersundi convenía en el plan, debía autorizar la celebración de reuniones públicas en las que se pudieran discutir las cuestiones de interés general, y conceder alguna libertad para publicar periódicos encargados de dirigir y encauzar la opinión (1).

Recibida la comisión mixta de cubanos y peninsulares por Lersundi en el Palacio de la Capitanía General el 24 de octubre, encontrósele malhumorado, muy prevenido contra la misma, y fundamentalmente opuesto a lo que estaba seguro que de él habría de solicitarse. Serio y adusto, escuchó las manifestaciones de algunos de los miembros de la comisión, en particular de José Manuel Mestre, quien habló con vehemencia y fijó con toda claridad el propósito perseguido por los comisionados de obtener libertades públicas similares a las ya decretadas en España, como garantía de paz, pues los hijos de Cuba no eran, ni aceptaban ser, súbditos españoles de inferior categoría. Impaciente y con creciente irritación Lersundi, interrumpió al Dr. Mestre, manifestó que las palabras de éste coincidían punto por punto con las de los traidores alzados en armas contra la integridad nacional, y que no estaba dispuesto, en ningún sentido, a apartarse de la línea de conducta que seguía respecto de los traidores enemigos de la patria. La entrevista, por tanto, quedaba terminada; podían retirarse. José Morales Lemus, la personalidad quizás más distinguida y respetable del antiguo "reformismo" y de la comisión, procuró calmar al General Lersundi aclarándole, algunos conceptos. Sin dar trazas de ceder en su irritación, el Capitán General declaró que bien podía él, Morales Lemus, ejercer su influencia para que el periódico "El Siglo", no continuara divulgando,

ideas destinadas a soliviantar los ánimos y a apoyar de manera encubierta, a Céspedes y demás criminales sublevados en Oriente y Camagüey.

Contraproducente el resultado de la entrevista, en lo que a los cubanos correspondía, la mayoría de éstos quedó convencida de la inutilidad de todo esfuerzo pacificador. De España, nada podía esperarse. El nuevo gobierno español, con alardes de liberalismo, guardaba absoluto silencio respecto a la concesión de libertades a la Isla y mantenía al frente de la Capitanía General al despótico y reaccionario Lersundi, enemigo acérrimo del menor cambio en el régimen colonial. Para los cubanos sólo había una salida decorosa y una esperanza de poder ponerle término al régimen tiránico y arbitrario existente en Cuba: sumarse a la revolución y apoyar en todas las formas posibles a los patriotas que en Camagüey y Oriente luchaban con las armas en la mano por la independencia.

Conocido en las esferas del Gobierno en Madrid el resultado contraproducente de la entrevista de la Comisión cubano-española con el General Lersundi en la Habana, Prim comprendió la necesidad de hacer a la mayor brevedad alguna declaración encaminada a tranquilizar los ánimos en Cuba, pues podía entenderse que Lersundi empujaba con sus drásticos procedimientos a los cubanos a tomar las armas y sumarse a la insurrección. Por tanto, algo más segura ya la situación en España del gobierno provisional, éste podía proceder con alguna mayor libertad de acción, y en cablegrama de 28 de octubre, anunció a Lersundi la remisión, por el vapor correo del 30 de octubre de dos documentos, un manifiesto del Gobierno y una circular del Ministro de Ultramar, en los que se consignaban "declaraciones en extremo satisfactorias para los habitantes de Cuba, que, en un todo serían tratados como los demás españoles". Ordenábasele además a Lersundi, el dar publicidad al cablegrama y anunciar que se otorgarían diversas gracias por el Gobierno a él personalmente, y al ejército. Lersundi había decidido de manera definitiva, desde el día del destronamiento de Isabel II, no continuar al frente de la Capitanía General de Cuba, leal como era él a la Reina y opuesto, a toda clase de reformas liberales en el régimen colonial. Firme en tal propósito, desde el primer momento presentó su renuncia al nuevo gobierno, si bien manifestóse dispuesto a cumplir el deber de continuar al frente de su puesto en Cuba, hasta hacer entrega al nuevo Capitán General que se designase para sustituirlo. Aguardaría a que se efectuase dicha designación, al sólo fin de conservar el orden en la Isla y la integridad del territorio español en momentos de general

confusión. Así pues, recibido el telegrama de Prim del 28 de octubre, cablegrafió inmediatamente no a éste sino al jefe del gobierno, General Serrano, reiterándole la renuncia ya presentada y manifestándole que la interpretación y ejecución de las medidas que se anunciaban dada la índole y la profundidad de las mismas, correspondía aplicarlas a su sucesor. El, Lersundi, respondía de la Isla únicamente mientras al Gobierno no procediese con precipitación, o bajo la impresión de peligros exagerados para la dominación española en Cuba. De no convenir el Gobierno en los puntos, debía venir sin demora otro general que viese las cosas de distinta manera; un Capitán General que tuviese fe en medidas que eran a su juicio desastrosas para España y para Cuba. Si después de recibido su cable, transmitido después del parecer de la Junta de Autoridades en la Habana, el Gobierno disponía que diese publicidad al cablegrama del 28 del General Prim, él aguardaría la ratificación de la orden. La respuesta del Presidente del Consejo General Serrano, recibida prontamente, fué satisfactoria para Lersundi. El Gobierno Supremo dejaba al criterio de la primera autoridad de la Isla, el publicar o no el cablegrama. Se tendría en cuenta, además, lo expuesto por el Capitán General sobre los demás particulares. Complacido con la decisión de Serrano, Lersundi dió publicidad al cablegrama del 18 con una modificación esencial en el texto del mismo. La frase "Los habitantes de Cuba serán atendidos en un todo como los demás españoles", la substituyó por la de que "el correo del 30 de Octubre sería portador de un manifiesto que contenía declaraciones satisfactorias para los habitantes de Cuba, que serían justa y debidamente atendidos". Resuelta en esa forma la mayor dificultad del momento, Lersundi sintióse tranquilo; mientras él no fuese substituído no se implantarían reformas en la Isla. El Gobierno Provisional de la Metrópoli, comprendió a su vez, que no le cabía más salida que la de activar la substitución del Capitán General de Cuba por un jefe de confianza del Gobierno, comprometido con las miras políticas de éste respecto de la Isla.

Calificados de criminales de la peor especie por los bandos de Lersundi, los revolucionarios cubanos, mientras los de España pasaban a ser poder; sustraídos al juicio de los tribunales civiles ordinarios; sometidos a las comisiones militares y a los Consejos de Guerra verbales, sin apelación, los jefes españoles de las tropas en campaña, procedieron a continuar aplicando las medidas de castigo y de represalias en su forma más extrema. Contáronse entre éstas, la destrucción por medio del fuego de las propiedades de los insurrectos; el dar muerte a las reses vacunas de los campos que las columnas españolas no pudiesen conducir

a las poblaciones guarnicionadas, el desjarretar cuanto res caballar pudiesen apresar las tropas, sin poderlas conducir a los poblados; debíanse estas medidas al decidido apoyo de la población campesina a la insurrección, dispuestos los jefes españoles a privar a aquélla y a ésta de toda clase de recursos.

Las peores consecuencias de las disposiciones de Lersundi y de la política de guerra de Valmaseda, aplicadas implacablemente en su forma más rigurosa, fueron el ahondar las divisiones ya existentes entre españoles y cubanos, y crear condiciones que habrían de imprimirle a la guerra un carácter terrible de odio, venganza y exterminio, verdadera lucha a muerte, entre ambas partes contendientes.

CAPÍTULO III

MANDOS DE DULCE Y GINOVES ESPINAR

EL general Lersundi estaba en lo cierto al comprender que el cablegrama de Prim de 28 de octubre, anunciándole el envío por el correo del 30, de declaraciones "altamente satisfactorias para los habitantes de Cuba que en un todo serían tratados como los demás españoles", significaba que el gobierno provisional establecido en Madrid se proponía hacer extensivas a Cuba las libertades proclamadas en la Península e introducir otras substanciales reformas en el régimen colonial, a las cuales era él firmemente opuesto. De aquí su negativa, de hecho, a publicar el texto completo del cablegrama y su insistencia en pedir su inmediata sustitución en la capitanía general de Cuba.

La nueva situación política española no estaba dispuesta, en efecto, por una variedad de motivos, a mantener sin cambio alguno el sistema colonial vigente en Cuba, ni a dejar de tomar en cuenta el descontento y el espíritu de protesta que había llevado a Céspedes y demás elementos separatistas a proclamar la independencia y a levantarse en armas. El empleo de medidas de represión solamente, estaba en abierta contradicción con los principios de la revolución septembrista, cuyos elementos directores habrían de ser acusados, con sobra de razón, de inconsecuentes. El empleo de severas y crueles medidas de represión, prácticamente de guerra a muerte o de exterminio, puestas en práctica por Lersundi, y por su jefe de operaciones militares, el Conde de Valmaseda, debía ser sustituido sin tardanza. El orden y la tranquilidad públicos era forzoso mantenerlos con la debida firmeza; pero la opinión cubana debía ser satisfecha en sus aspiraciones justas y razonables, sobre todo, en cuanto a no ser tratados los habitantes de la Isla como españoles de una clase inferior, sometidos arbitraria y despóticamente, sin esperanza, al régimen establecido en la Isla desde 1825.

Serrano y Prim, dispuestos a introducir modificaciones sustanciales en el régimen colonial, necesitaban, evidentemente, tener al frente de la Isla un nuevo capitán general de especiales condiciones. En primer

lugar, era forzoso que fuese un militar de la absoluta confianza del Gobierno Provisional por su lealtad al cumplimiento de sus deberes y su espíritu de disciplina; en segundo extremo, requeríase compenetración a fondo con la política de la Revolución Septembrista; en tercer término, imponíase que fuese un jefe capaz de inspirar confianza a la opinión liberal cubana y española de la Isla, de reconocido valor, entereza y firmeza de carácter, para hacerle frente a todas las dificultades por graves que fuesen; de inspirar confianza también a los elementos conservadores sanos de la Isla, cubanos y españoles. Un militar poseía todas las condiciones requeridas en mayor grado que cualquiera otro: el general Domingo Dulce. Reunía éste, además, el antecedente de haber sucedido al general Serrano en la capitanía general de Cuba; el de haber gobernado con rectitud y firmeza, y el de haberse ganado la simpatía de los hombres de ideas liberales en la Isla, españoles y cubanos; en particular de éstos últimos, a quienes declaró, al cesar en la capitanía general, casado ya con una joven cubana, que regresaba a España siendo "un cubano más". Ningún otro jefe contaba con antecedentes tan recomendables para sustituir al reaccionario Lersundi.

Dulce estuvo estrechamente unido, también, a los jefes de la Unión Liberal en su oposición a Isabel II y a los políticos palaciegos que contribuyeron a hacerla profundamente antipática a la mayoría del pueblo español. Al disponerse la Unión Liberal a conspirar para derribar el gobierno isabelino por procedimientos revolucionarios, Dulce se sumó a los conspiradores. Al ser éstos desterrados a las Canarias, Dulce formó parte del grupo condenado al extrañamiento. Cuando al almirante Juan Bautista Topete decidió pronunciarse contra el gobierno al frente de la escuadra en Cádiz, bajo su mando, y envió a las Canarias un buque de guerra para conducir los deportados al puerto gaditano, e iniciar el pronunciamiento anti-isabelino de 18 de septiembre (1868), Dulce formó parte también del grupo repatriado. En el manifiesto lanzado "A los Españoles" en la ciudad el día 19, con el anuncio del pronunciamiento contra el gobierno, la firma de Dulce apareció a continuación de las del Duque de la Torre y de Prim, seguida por la de otros jefes de la Unión Liberal, políticos en su mayoría, por la del general Antonio Caballero de Rodas y la del almirante Topete. No obstante, para la ardua misión que había de afrontar Dulce en Cuba, presentábanse dos graves inconvenientes. Cuarenta años de dura vida militar, comenzados a los veinte, en las más duras campañas, habían quebrantado físicamente a Dulce en grado extremo, afectado de graves dolencias físicas a causa de las numerosas heridas recibidas en los combates.

Sólo su energía indomable suplía la carga de los años y de su precaria salud.

El otro inconveniente era de carácter político. Sus antecedentes liberales, cabía esperar que inspirarían confianza a los cubanos reformistas descontentos pero no desafectos a España, y en cierta medida a los que habían tomado las armas contra la Metrópoli. En este sentido, podía considerársele el militar más indicado para el gobierno de Cuba en las circunstancias del momento. Pero en la Isla no había sólo cubanos. Los peninsulares más intransigentes y de espíritu más conservador en Cuba, muy numerosos, eran acérrimos enemigos de cambios en el régimen colonial, que pudiesen disminuir o hacerles perder, en todo o en parte, los privilegios de que gozaban a título de "buenos españoles", denominación que se aplicaban a sí mismos. Dulce era para ellos un enemigo contra el cual se hallaban en la peor disposición. Podía darse por un hecho que lo combatirían reciamente desde el momento mismo en que se le designara para el mando superior en Cuba. Y con esos españoles, los más incondicionales de la "integridad nacional" había que contar. No obstante, el Gobierno Septembrista, obligado a decidir sin demora, designó a Dulce, salido con urgencia para Cuba.

Agravado el mal estado de su salud a causa de las molestias del largo viaje, desde el 17 de diciembre, 1868, a 4 de enero, 1869, Dulce arribó a la Habana en estado casi cadavérico, según la impresión de las pocas personas que concurrieron a recibirlo: Lersundi, con el segundo cabo, Ginovés Espinar; los jefes militares francos de servicio; la Audiencia y los altos funcionarios de la Administración; algunos amigos fieles de años atrás, hizo ostensible la frialdad o la indiferencia hacia el nuevo capitán general de la gran mayoría de los peninsulares habaneros, reflejo de la disposición de ánimo de los más influyentes inspiradores de los mismos. Tomada posesión inmediatamente de la capitanía general, Dulce puso de manifiesto la actividad y la decisión con que estaba dispuesto a proceder en cuanto a cambios en el régimen. Preparadas con sus auxiliares durante las tres semanas del viaje, en la Gaceta Oficial, dió inmediata publicidad a sus primeras significativas disposiciones.

La revolución, declaró Dulce en su alocución a los cubanos, había barrido una dinastía, arrancado de raíz la planta venenosa que empozoñaba hasta el aire, devuelto al hombre su dignidad, y al ciudadano sus derechos. En el ejercicio de su indispensable soberanía, no había querido que sobre la voluntad de los pueblos prevalecieran las imaginarias prerrogativas de la herencia y la tradición. Era su propósito que la legalidad política y administrativa, llamada a fijar para lo futuro

los destinos del país, arrancase de las entrañas más hondas de la sociedad por medio del sufragio universal. Dentro de poco, los cubanos acudirían a los comicios a elegir los diputados que habrían de representarlos en las Cortes Constituyentes. Recabarían en éstas, poder supremo de la nación, las reformas que exigía la legislación colonial, las mejoras reclamadas por la Administración, y los derechos de orden moral y político, conquistas de la sociedad civilizada. Insulares y peninsulares eran todos hermanos. Reconocían un solo Dios, hablaban el mismo idioma; una misma bandera les daba sombra. A partir de la fecha de la alocución, Cuba podía contarse ya en el número de las provincias españolas.

Una variación radical de la organización del gobierno, sería estéril y hasta peligrosa en sus resultados, agregó Dulce, si no la precedía el examen público de todo aquello que pudiera ser remedio de los males presentes y esperanza de mayor engrandecimiento en lo porvenir. La necesidad de las grandes reuniones electorales, aconsejadas por el buen sentido y sancionadas por la costumbre, estaban basadas en esa sabia experiencia. De ahí, la necesidad de que los hombres de imaginación y de saber, se consagrasen a la discusión prudente, razonada y fría, que hacía de la imprenta un elemento de vida para las sociedades modernas.

La posesión de los tres derechos básicos que la revolución de Septiembre no vacilaba en reconocer a Cuba —representación en las Cortes, libertad de reunión, libertad de imprenta— expresión de la prudencia y la sabiduría del Gobierno Provincial, constituía por sí la verdadera libertad política de un país. En este punto, Dulce dirigióse a los separatistas para hacerles una terminante notificación. No había libertad sin orden y sin respeto a las leyes. En el caso de que las malas artes convirtiesen la noble aspiración del siglo, en una bandera de insurrección o en un grito de independencia, el Capitán General habría de ser inflexible y duro en el castigo. Un malvado sería quien, voluntariamente, abandonase el terreno legal que por primera vez se le brindaba. En tal caso, debía ser juzgado por los tribunales de justicia. Comenzada la alocución dirigida a los cubanos, Dulce la terminó de manera más amplia a "insulares y peninsulares" conjuntamente. Hablaba en nombre de España, madre de unos y de otros. Unión y fraternidad, olvido de lo pasado, esperanza en lo porvenir, esas eran las palabras de orden. Tres días más tarde, Dulce pasó de las palabras a los hechos. La alocución comenzó a hacerse efectiva mediante los dos primeros decretos de mucha trascendencia, aparecidos en la Gaceta Oficial (6 de enero de 1869). Por el primero, suprimió la censura de la pren-

sa; por el segundo, las comisiones militares. Los fueros de los tribunales civiles quedaron restablecidos. Tres días más tarde, dos nuevos pasos, en lo que consideraba sus medidas pacificadoras destinadas a ganarse la opinión cubana, se hicieron públicos oficialmente. El primero, un decreto de amnistía. Si por el descreimiento de los menos y la impaciencia de los más había estallado la insurrección de Yara con agresiones violentas a la tranquilidad de Cuba, hora era ya de emplear, declaró Dulce, todos los remedios prudentes y recomendables propios para poner término a tanta y tan lamentable desventura. No importaba que en los Departamentos Oriental y Central de la Isla se tremolase todavía el estandarte de la rebelión. Había venido a Cuba, a resolver dificultades de administración y de gobierno con criterio liberal. Proseguiría por ese camino, hasta el desarrollo completo de la libertad, en sus más necesarias manifestaciones; hasta fijar un cimiento sólido del gobierno del país por el país. No sería culpa del Gobierno Provisional de la nación, ni de la autoridad que en su nombre había devuelto ya importantes derechos políticos a Cuba, si desgraciadamente continuaba por más tiempo la lucha fratricida. El artículo primero del decreto, pasando del preámbulo a la parte dispositiva, concedía a todos los que se hallasen sufriendo condena o estuviesen procesados y en prisión por causas políticas la inmediata libertad. Podrían regresar a sus domicilios, sin que se les molestase por sus hechos, y sus opiniones anteriores a la publicación de la amnistía. Disfrutarían de igual derecho, por el artículo segundo, todos los que depusiesen las armas en el término de cuarenta días. Prescribía por el tercero, que las causas por delitos políticos, cualquiera que fuese el estado en que se encontrasen, se considerarían terminadas y se remitirían a la Secretaría del Gobierno superior de la Isla. Los gobernadores y tenientes-gobernadores darían cuenta al Capitán General del cumplimiento del decreto (1).

Dictadas las disposiciones precedentes, Dulce decidió tratar de hacerlas efectivas mediante un atrevido paso político: el de tratar directamente con Céspedes para poner término a la insurrección. Dispuso al efecto el envío de dos comisiones formadas por cubanos, una a Camagüey, y otra a Oriente, a fin de comunicarse rápidamente con Céspedes en uno u otro Departamento, ambas con la misión de hacer llegar a manos del jefe cubano una carta del Capitán General, en la que éste lo invitaba a negociar los términos de la supresión del alzamiento, a base de los derechos y las libertades ya concedidas a Cuba, y de otras reformas que pudieran convenirse. De la rapidez con que procedió Dulce a llevar adelante su programa, da idea de que la primera

comisión, formada por Ramón Rodríguez Correa y Hortensio Tamayo, funcionarios del gobierno, y José de Armas y Céspedes personalidad de relieve, fué despachada seis días a contar de la toma de posesión de Dulce. Tratábase evidentemente de medidas pensadas de antemano, en España, o durante el largo viaje de Cádiz a la Habana. La segunda comisión, compuesta por Francisco Tamayo Fleites, Joaquín de Oro y José Ramírez Vila, dirigióse con igual rapidez a Manzanillo y de allí a Santiago de Cuba. Ambas comisiones debían pasar al campo insurrecto para el cumplimiento de la misión a ellas encomendadas.

El conjunto de disposiciones dictadas y puestas en práctica por Dulce con inusitada brevedad, produjeron una variedad de reacciones en el elemento peninsular y en los cubanos. En la fecha en que Dulce ocupó la Capitanía General y procedió a llevar adelante su programa, los cubanos estaban ya divididos en varias tendencias. Los que después de la entrevista de 24 de octubre en Palacio con Lersundi, habían quedado definitivamente convencidos de que de España nada podía esperarse, habíanse hecho intransigentes separatistas. Resueltos a no quedar inactivos, tomaron la decisión de apoyar a Céspedes en todas las formas que les fueron posibles. Constituyeron, al efecto, una "junta revolucionaria", secreta, en la que figuraron José Morales Lemus, personalidad la más destacada, jefe reconocido de la misma; José Manuel Mestre, José Antonio Echeverría, Antonio Fernández Bramosio y otros expromotores y directores del Reformismo, a los que se sumaron otras personas de distinción y arraigo. Con ellos hallábanse en estrecha compenetración, estudiantes, profesionales, escritores, periodistas, profesores, tabaqueros, y gente del pueblo de diversas clases, dedicados más o menos todos al *laborantismo* (2). Este soliviantaba y exasperaba a los "buenos españoles", con su elusiva propaganda antiespañola constante, facilitada por el malestar económico y la franca hostilidad más y más manifiesta entre los peninsulares e "hijos del país", como solían decir los primeros, cada bando con sus colores distintivos: el azul, de que hacían uso los simpatizadores de la "causa" y los laborantes; y el rojo y gualda, los del bando peninsular.

Entre los cubanos del Reformismo, había una minoría de personalidades distinguidas que desconfiaban de la capacidad de los países latino-americanos, Cuba inclusive, para vivir independientes en una forma ordenada y pacífica. Consideraban imposible una victoria cubana sobre la fuerza mayor de España, y temían además a una brusca emancipación de los esclavos, o no eran partidarios de la independencia por otros motivos. Distinguidos entre ellos fueron, el Conde de Pozos

Dulces, José Alfonso, José Valdés Fauli —Marqués de Pinar del Río—, el hacendado Juan Poey, José Ignacio Rodríguez, el abogado y escritor Nicolás Azcárate, residente en 1868 en Madrid, Carlos de Sedano y otros cubanos menos destacados.

Por su parte, los peninsulares hallábanse divididos también en dos bandos o sectores: los "españoles ilustrados", y los "buenos españoles". Los primeros, personas adineradas en mayor número que distinguidos por una superior ilustración, no eran enemigos de la Revolución de Septiembre no hacían oposición a Dulce, ni se hallaban dominados por sentimientos de odio y marcada animosidad contra los cubanos, con los que alternaban "en sociedad". Profesionales y escritores de espíritu abierto, o comerciantes y propietarios enriquecidos la gran mayoría de ellos, bien relacionados y enlazados no pocos con familias cubanas acomodadas, convenían en la necesidad de introducir reformas en el régimen de la colonia. Era necesario, reconocían, dar alguna satisfacción a algunas justas demandas de los hijos del país, particularmente en los encaminados a facilitar el desarrollo de la riqueza de éste, mantener el sosiego público, evitar los estragos de la insurrección e impedir más derramamiento de sangre, mayores odios y divisiones más irremediables.

Puestos en el plano de hacer algo a favor de sus ideas, los cubanos inclinados a secundar las medidas conciliadoras de Dulce, comenzaron por explorar el ánimo de algunos "españoles ilustrados" de mayor sensatez y buen juicio. Los encontraron en disposición favorable y convinieron, en principio, que los cubanos se reuniesen en junta, acordasen un programa y lo sometiesen a la consideración de los "españoles ilustrados" mediadores en el asunto. Si el programa ofrecía una base aceptable para la discusión, podrían reunirse dos comisiones, una de cada parte, discutir el plan, ajustarlo a los intereses generales de todos, utilizarlo como un medio, con entera buena fe, para apoyar y secundar las medidas pacificadoras del Capitán General. Celebrada una reunión preliminar de dichos cubanos a invitación de Valdés Fauli, procedióse a un cambio de impresiones, con el acuerdo final de celebrar el 13 de enero otra sesión con mayor número de invitados, antes de intentar una reunión conjunta con los peninsulares ilustrados.

Un suceso de mucha resonancia perturbó y excitó los ánimos antes de que la segunda junta se celebrase. Las autoridades policíacas fueron informadas de que en una calle apartada de un barrio habanero se almacenaban armas y municiones, en connivencia con un plan de alzamiento en San Antonio de los Baños, promovido por Carlos García, hombre de campo fuera de la ley, declarado a favor de la independen-

cia. Los agentes policíacos que trataron de ocupar el depósito, encontraron resistencia armada de los que lo guardaban, prodújose un cambio de disparos, y fueron detenidos dos jóvenes artesanos, Francisco León y Agustín Medina. La demanda de los voluntarios fué inmediata y terminante: pasarlos por las armas, sin necesidad de juicio alguno, a lo que opúsose Dulce, con la orden de que se formase causa con arreglo a la ley, negativa del Capitán General que enfureció a los voluntarios contra la superior autoridad de la Isla. En un ambiente tenso, a causa del suceso y de las exigencias frustradas de los voluntarios, efectuóse la segunda junta de los conciliadores cubanos. Dificil el acuerdo en una reunión algo numerosa, designóse a José Ignacio Rodríguez ponente para la preparación de un proyecto de reformas, a discutir en una tercera sesión. A esta nueva y última junta concurrieron Morales Lemus, varios de sus amigos, pasados ya el separatismo, quienes se opusieron firmemente, en el curso del debate, a una declaración favorable a mantener la integridad nacional. Terminada la tercera junta sin llegarse a un acuerdo, pensóse en la celebración de una cuarta, no efectuada a causa de las violencias desatadas casi inmediatamente por los voluntarios en la Habana, y del asesinato de Augusto Arango, en la ciudad de Puerto Príncipe, a la cual se dirigió amparado por un salvoconducto del gobernador español de Nuevitás, en el curso de las negociaciones entabladas con la comisión enviada por Dulce a Camagüey. Ambos acontecimientos condujeron al fracaso total de los planes del Capitán General, con lo cual tuvieron fin todos los intentos de conciliación.

Desatadas durante los días 22 a 25 de enero, 1869, las agresiones de los voluntarios con disparos de éstos al teatro Villanueva, donde una compañía de bufos cubanos ponía en escena obras de acentuado sabor cubano, una forma de "laborantismo", según los peninsulares más intransigentes, corrióse la versión de que en el curso de una representación la noche del 21 de enero, algunas personas lanzaron vivas a Cuba Libre y a Carlos Manuel de Céspedes. Irritados los voluntarios, a la siguiente noche un grupo de los más violentos, reuniéronse en las cercanías del teatro y abrieron fuego contra éste lleno de público, justificando su ataque con la versión de que desde el teatro se les había agredido con disparos de revólver. Iniciados los desórdenes en esa forma, los voluntarios atacaron el café El Louvre y otros centros de reunión de los habaneros, saquearon la casa de Domingo del Monte, al fondo del "Palacio de Aldama" y recorrieron en grupos los barrios de la ciudad, disparando contra toda persona que estimaban sospechosa u hostil.

Durante cuatro días, el terror imperó en la ciudad, con un balance de numerosos muertos y heridos, de muchas personas reducidas a prisión, acusadas de agresión a los voluntarios, y daños a la propiedad.

Sin tropas de línea o regulares, a disposición de Dulce para reprimir los desórdenes, éstos fueron terminándose gradualmente, sin desaparecer el estado de aprensión y de terror; pero transmitida la noticia de los mismos al interior de la Isla, en la forma de una justa represalia contra los traidores y los laborantes, estallaron en Matanzas, Cienfuegos y otros lugares, y posiblemente fueron la causa —o contribuyeron— al asesinato de Augusto Arango en Camagüey.

Los cubanos separatistas comprendieron que, en definitiva, no había posibilidad alguna de que se pudiese llegar a la independencia de Cuba por la vía de un entendimiento con España. La insurrección con la mayor fuerza y extensión posible era el único medio efectivo para poner término a la dominación colonial. Había que intensificar la lucha en todas partes. La Junta Revolucionaria de la Habana manteníase en comunicación frecuente con los conspiradores villareños, en espera de armas para sublevarse. Miguel Jerónimo Gutiérrez, Antonio Lorda, Eduardo Machado, los hermanos Federico y Adolfo Fernández Cavada, Mateo y Rafael Casanova y otros representativos villareños, después de entrevistarse Gutiérrez y algún otro comisionado con Morales Lemus en la Habana, muy ligado a Las Villas durante el movimiento reformista, decidieron lanzar la provincia a la insurrección, en la confianza de que en el término de un mes recibirían armas y municiones desembarcadas en los lugares convenidos de las costas villareñas. Fiados en tal promesa y apremiados por las circunstancias, circulándose los avisos a las distintas localidades y el 6 de febrero, Las Villas, en muy difíciles condiciones, se lanzaron a la insurrección abiertamente.

El alzamiento en Las Villas, el 6 de febrero, vino a poner remate al fracaso de los planes de Dulce, e indujo a éste a un cambio completo de la política de pacificación sustituida por otra de represión, llevada hasta los últimos límites. Comunicadas las primeras órdenes por telégrafo, en la noche víspera de la insurrección y en la del día 7, efectuáronse numerosas detenciones de cubanos sospechosos de separatismo en Las Villas, Matanzas, y la Habana, y en menor número en Pinar del Río, sometidos a una preventiva vigilancia. La lucha tomaba una extensión y un carácter mucho más grave, sin entendimiento posible. En Madrid, la noticia de la insurrección villareña produjo una reacción semejante a la provocada en Dulce. Alarmado en gran extremo el gobierno provisional de Serrano, ordenóse por cablegrama de 10 de fe-

brero al capitán general de Cuba, la suspensión de todas las garantías y las libertades concedidas, y la intensificación, en la forma más activa posible y enérgica, de las operaciones militares. Después de expresar al gobierno metropolitano su completa conformidad con las órdenes recibidas, dos días más tarde dictó Dulce dos drásticos decretos represivos. Por el primero, precedido de un extenso preámbulo doctrinal, restableció la previa censura para la prensa y suprimió las reuniones públicas. Por el segundo, dispuso que los delitos de "infidencia" se sus-trajesen al conocimiento de los tribunales civiles, y fuesen juzgados por consejos de guerra ordinarios. Toda agresión de obra o de palabra contra cualquiera de los agentes o delegados del gobierno, se consideraría delito de atentado a la autoridad, sujeto el autor a consejo de guerra verbal. En el término "infidencia" quedaban comprendidos, aclaróse en disposición oficial al día siguiente, los delitos de traición o lesa majestad; insurrección, conspiración; sedición; receptación de rebeldes y criminales; inteligencia con los enemigos; coalición de jornaleros o trabajadores y ligas; expresiones, gritos o voces subversivas o sediciosas; propalación de noticias alarmantes; manifestaciones, alegorías y todo lo demás que, con fines políticos, tendiese a perturbar la tranquilidad y el orden público, o atacase, de algún modo, la integridad nacional. Los robos en despoblado, cualesquiera que fuere el número de los ladrones, y en poblado pasando éstos de tres, serían juzgados también por consejos de guerra, lo mismo que el portar armas prohibidas. Testifica la fecha de los decretos, que la política conciliadora de Dulce duró cinco semanas escasamente. La historia producíase con la mayor rapidez.

La sustitución por una política severísima de represión de la de libertades públicas otorgadas por Dulce, no bastó para satisfacer a los extremistas del partido peninsular en la Habana. Mucho menos a los voluntarios, dueños prácticamente de la situación a virtud de no poder disponer Dulce de tropas regulares, según se dejó expuesto. Dulce no logró captarse con sus severas medidas contra los separatistas y laborantes, el apoyo, ni logró el respeto de los buenos españoles y de los voluntarios que atribuían a las terminantes instrucciones del gobierno metropolitano, el cambio de política del capitán general. En tal virtud, los voluntarios continuaron extremando sus violencias contra los cubanos supuestos auxiliares o simpatizadores de los infidentes o simplemente desafectos a la Metrópoli. Entre otras medidas brutales, exigían el fusilamiento del gran número de personas detenidas en las cuatro provincias de Occidente, en los primeros días del alzamiento de Las Villas, conducidas todas a la Habana, y encerradas en la fortaleza de

La Cabaña. Por su propio impulso, o dejándose llevar por las exigencias de los voluntarios, temerosos de que éstos realizasen sus bárbaras amenazas contra los presos, Dulce solicitó por telégrafo del gobierno metropolitano, en 27 de febrero, autorización para deportar los varios centenares de presos acusados de infidencia, al presidio africano de Fernando Poo. Recibida favorable respuesta del Ministro de Ultramar, dictó órdenes para que el transporte San Francisco de Borja, surto en el puerto de la Habana, tomase a su bordo a los detenidos, en número de 250, y zarpase inmediatamente para el insalubre y horrible presidio africano. El 21 de marzo, a la una de la tarde, congregóse una gran muchedumbre junto al canal del puerto habanero, para presenciar la salida del transporte, escoltado por la fragata *Lealtad*. La tumultuosa turba de voluntarios, marineros, dependientes de las tiendas inmediatas y vagabundos congregada en el lugar, enardecida dando vivas y mueras ensordecedores, pronto entregóse a los mayores desórdenes. Un mestizo, persona joven, mezclado con la turba, fué acusado, según algunos de dar vivas a Cuba Libre; según otros, de haber sustraído una bolsa a uno de los espectadores. En medio de grande vocerío, los voluntarios y demás miembros de la enfurecida muchedumbre exigieron el fusilamiento inmediato del preso. Muy próximas al lugar donde se producían los hechos, las autoridades superiores —segundo cabo, comisario superior de policía, y otras— procuraron inútilmente calmar y apaciguar a los vociferantes, a pocos pasos la turba del Palacio de la Capitanía General. Conocedor Dulce de lo que ocurría, marchó a pie al Castillo de La Fuerza, donde los agentes de la autoridad habían introducido al preso en evitación de que fuese asesinado. Ya en el Castillo, en su presencia, algunos miembros de la turba dieron muerte a un comisario de policía por haber afirmado, mostrando el cuerpo del delito, que el detenido se había limitado a hurtar una bolsa de una persona de la muchedumbre, y también dieron muerte e hirieron a algunos agentes policíacos que trataron de proteger al preso. Decidiéndose por el mal menor, plegóse Dulce, para salvar el principio de autoridad, a que se simulase la celebración de un Consejo de Guerra, efectuado en el momento, que condenó al preso a la última pena. En su condición de suprema autoridad de la Isla, Dulce aprobó la sentencia de muerte, fusilada la víctima a las seis de la tarde. Dispersa la enfurecida turba por las calles adyacentes, dieron muerte e hirieron a otras varias personas, a pocos pasos del Palacio de la Capitanía General.

Puesto ya en el plano de extremar las medidas represivas, Dulce no tardó en acceder a otra de las insistentes demandas de los volunta-

rios y los buenos españoles más extremistas: la de que se dictase la orden y se procediese al embargo de los bienes de los cubanos alzados en armas y de todos los sospechosos de infidencia o de laborantismo. En vías de acceder a la demanda, Dulce fundó su resolución en los términos de un manifiesto o alocución de la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico, radicada en Nueva York, documento dirigido a los habitantes de las Antillas, en el que solicitaba el auxilio de éstos a los insurrectos cubanos, con recursos destinados a satisfacer los gastos y a acrecer las proporciones del alzamiento en armas de los cubanos. Ante tal petición de la Junta, declaraba Dulce en su resolución de embargo, era una legítima previsión disponer de los bienes de los infidentes de Cuba para frustrar el propósito de que proporcionasen fondos a los enemigos de España. El 6 de abril, 1869, dictó ya Dulce una circular dirigida a los gobernadores y tenientes gobernadores en la que pidió "notas conceptuadas", de todos los que hubiesen tomado parte activa en el movimiento insurreccional, y de sus cómplices e instigadores presentes o ausentes, medida preliminar para expedir sin demora las disposiciones sobre el embargo de bienes. Llenado éste y otros trámites, decretó el embargo gubernativo de los bienes pertenecientes a los enemigos, reales o supuestos, de España. La primera disposición dictóse el 15; otra el 17, por la cual creóse el Consejo Administrativo de Bienes Embargados. Constituido con la mayor premura, celebró su primera sesión dos días más tarde.

Los embargos se llevaron a cabo con gran rapidez, autorizado Dulce por el gobierno metropolitano para proceder libremente, como mejor conviniese a la defensa de los intereses de España. En 16 de abril, efectuáronse ya los primeros embargos, elevados, cinco meses más tarde, en 31 de agosto, 1869, al número de 1,184. Un primer inventario de bienes embargados, comprendió sólo 177, de los embargos de que ya se tenían datos completos en la citada fecha de 1869. Dió a conocer que los propietarios de los bienes embargados, eran dueños de tres millones de pesos en efectivo; de una riqueza en acciones, fácil de hacer efectiva; de créditos y censos sobre fincas rústicas y urbanas con un monto de más de otros seis millones; y de ciento noventa y seis fincas rústicas, ingenios, cafetales, vegas de tabaco, potreros, sitios, estancias y haciendas —en las que estaban ocupados 4,839 negros esclavos, hembras y varones, y 2,070 asiáticos—. Esas fincas contenían numeroso ganado de todas clases, valioso material de industrias agrícolas, algún material marítimo, y abundante cantidad del destinado a almacenaje, conservación y transporte de frutos y mercaderías. Según los cálculos más moderados, los 177 embargos sumaban un total de \$ 17,433,233.

Continuada la práctica de tales extorsiones, a fines de 1870 los embargos sumaban más de 4,000, por valor de una enorme cantidad de millones de duros (3).

El embargo en grande escala de los bienes de infidentes, laborantes y sospechosos de desafección a la integridad nacional, no le granjeó a Dulce la menor buena disposición de sus acérrimos y enconados adversarios. Creóle, a la inversa, una mayor y más virulenta hostilidad, a causa de la codicia, la envidia, el odio y la venganza, en el ambiente de rivalidades, sospechas y celos, enrarecidos por los que se disputaban los valores y las propiedades de los cubanos desposeídos. Corrompida la Administración en la forma más escandalosa, el mefítico ambiente permitía las más infamantes y vergonzosas imputaciones. Muchas de ellas dirigíanse contra los gobernadores y tenientes gobernadores y jefes militares en operaciones, en particular a aquellas que por respeto al propio honor y al honor del Ejército y de la nación española, no se prestaban a ser instrumentos del odio, la venganza y la torpe ambición de quienes procuraban crear, por todos los medios, aún los más bajos y repugnantes, un estado de pánico que les facilitase el apoderarse de los bienes de todo cubano poseedor de alguna riqueza (4).

En mayo 14, después de la publicación de unos artículos firmados por *Juán Rodríguez*, seudónimo usado en ese caso por el periodista español, "de los buenos", Gonzalo Castañón, aconsejándole a Dulce las medidas de fuerza que debía tomar, lanzados ya a una ofensiva final contra Dulce y contra cuantas autoridades y jefes militares eran un obstáculo a los planes de despojo y exterminio, circulóse en la Habana y se remitió a España, una hoja suelta encabezada con la palabra *Alerta!!!* en la que se hacían las más graves imputaciones al Capitán General y a algunos tenientes gobernadores y jefes militares. A esa hoja, siguió otra, el 15, de mayor virulencia, titulada "La situación de Cuba en 15 de Mayo de 1869". Hacíanse en esta última, severísimos cargos de inmoralidad, peculado y falta de actividad a numerosos jefes militares, unidos a los de maltrato al soldado en operaciones, mal alimentado y mal vestido, obligado a marchas inútiles, causa de enormes bajas, a fin de justificar con simulados gastos, las fuertes cantidades de que se apropiaban los funcionarios de la Administración y jefes militares, en vergonzosa complicidad. Entre los jefes acusados, denunciábase la supuesta conducta infame de los generales Peláez, Buceta, Letona, Modet y otros brigadieres y coroneles, y tenientes coroneles del Ejército en operaciones que no seguían métodos de expoliación ni de guerra inhumanos, y de los comandantes y capitanes de partido, que

no se prestaban a los procedimientos de exterminio de los "buenos españoles" ni a las inmoralidades y abusos de éstos. Todos ellos, decíase en la hoja suelta, ponían precio a su patriotismo de un modo escandaloso y cínico, manchadas sus manos con el vil metal de la insurrección. "Sólo luchaba por España la Milicia ciudadana" (los voluntarios). "Su conducta, su abnegación y su patriotismo no tenían ejemplo en la Historia."

Noticias recibidas telegráficamente desde Madrid por Dulce el 23 de mayo, informábanle del quebranto que comenzaba a hacerse ostensible de la Unión Liberal en España, hecho del cual hallábanse al tanto los inspiradores y autores de las hojas sueltas del 14 y del 15. Dos días después, el 25, en la residencia del brigadier Malcampo, jefe de la Marina, celebraron con éste, una reunión privada el regente de la Audiencia, el superintendente de Hacienda, el Gobernador Político de la Habana, López Roberts, el general segundo cabo Espinar, el general Venent, Inspector de los voluntarios, el general Clavijo, inspector de la artillería y otros jefes militares y autoridades convocados para considerar la situación agravada por momentos, y determinarse una línea de conducta, ante la exigencia de los voluntarios, en demanda de la inmediata renuncia del general Dulce. El acuerdo, recaído fué el de que dos de los más autorizados entre ellos, se entrevistasen con Dulce y le expusiesen la gravedad de las circunstancias, a causa de la excitación de los ánimos y de la intranquilidad reinante en la población. Recibidos por Dulce los dos comisionados, discutióse el caso. La reticencia de los representantes de la junta, hizo comprender a Dulce que a él le correspondía apreciar las cosas y ofrecer una solución. A su juicio, no cabía otra que la renuncia al mando, e informó a los dos comisionados de su resolución de pedir inmediatamente su relevo al Gobierno Supremo, con carácter irrevocable. En cable al General Prim, renunció al mando de Cuba, si bien guardó reserva durante los días 23 a 27, en espera de la resolución superior. Los rumores de que se producían hechos de carácter extraordinario, hicieron crecer la agitación de hora en hora. El 28, Dulce recibió la esperada respuesta del Gobierno. Dados los términos de su renuncia, se le manifestaba había sido aceptada, designado para sustituirlo el general Antonio Caballero de Rodas, que arribaría a la Habana el 15 de junio. No era Dulce, hombre que se amilanara ante ningún peligro. Dió publicidad a lo resuelto en Madrid, pero en ejercicio todavía de sus funciones, dictó la orden de que se dispusiesen a dejar la Isla y embarcar para España en el correo del 30, bajo partida de registro, las cuatro señaladas personas más directamente

responsables a su juicio, de lo que estimaba una conspiración contra la autoridad superior de la Isla: al oficial de voluntarios de artillería, antiguo funcionario del gobierno superior civil, Eduardo Alvarez Mijares; el cura párroco de la iglesia de Nuestra Señora de Monserrate, Anacleto Redondo; el director de *La Voz de Cuba* Gonzalo Castañón y el abogado Basilio Díaz del Castillo. Ya en la certidumbre de la caída de Dulce, los voluntarios no se sintieron dispuestos a tolerar el ser agredidos en sus inspiraciones y directores, ni a aguardar hasta el 15 en que debía arribar Caballero de Rodas, puesto que Dulce no vacilaba en imponer castigos a quienes consideraba más responsable del cese en su cargo. En la excitación de los ánimos prevalecientes, informados los voluntarios habaneros por los de Cienfuegos, de que el General Peláez, uno de los acusados por ellos salía para la Habana, tomaron el acuerdo de vejar y humillar a Peláez con una cencerrada frente al hotel en que alojóse en la noche del 30 de mayo de 1869. Se le impondría un castigo y se le forzaría a renunciar inmediatamente y marcharse a la Península. A la siguiente noche, ya en estado de completa rebeldía, planearon lo mismo contra el General Modet, también trasladado a la capital, para conferenciar con Dulce. Dueños los voluntarios de la situación, el estado de efervescencia, más propiamente hablando, de insurrección contra la primera autoridad de la Isla, era manifiesto e incontenible en la ciudad. Convocados por repetidos toques de corneta en todos los barrios, miles de voluntarios se reunieron armados frente al edificio de la Capitanía General, ya directamente contra Dulce. Estruendosos mueras! a los traidores, generales Peláez, Modet, y el propio Capitán General, con amagos de invadir la casa del Gobierno, indicaban claramente el propósito de los amotinados.

No acobardado Dulce, dispúsose a disolver a los voluntarios, con un cortísimo número de soldados de fuerzas regulares, formado por un número de guardias civiles al mando del coronel Baile, y un escuadrón de la Reina, a las órdenes del coronel Franch. Ambos jefes le manifestaron que sus fuerzas no estaban dispuestas a cargar contra los indisciplinados voluntarios e incumplieron la orden. Inminente la posibilidad de que la Casa del Gobierno fuese invadida de un momento a otro sin encontrar resistencia, los generales Espinar, Venent, y Clavijo, bajaron a la Plaza de Armas, pusiéronse al habla con los revoltosos y subieron al despacho del Capitán General con algunos delegados de los miles de hombres armados ante el Palacio de Gobierno. Dichos delegados, en tono respetuoso pero firme, expresaron a Dulce la demanda de la muchedumbre armada de que resignase el mando inmediatamente.

Dulce negóse a acceder. Bajo la presión de la amenaza, su decisión final se aplazaba para las primeras horas de la mañana del 2. Formados los batallones de voluntarios en la Plaza de Armas, debían enviar sus representantes a la autoridad superior, para la resolución definitiva de ésta. Aceptada la fórmula propuesta, reunidos los batallones en la Plaza de Armas, los delegados de los mismos, en presencia de los generales mencionados y de otras autoridades militares, mantuvieron en firme las peticiones de la noche. Acusóles Dulce, de proceder de manera peor y más grave para España, que los cubanos insurrectos; les manifestó que abusaban de la confianza en ellos depositada por él para mandar todas las tropas de línea contra la insurrección, y declaró que procedería a entregar el mando inmediatamente al General Espinar, quien con su silencio, manifestó su disposición a aceptarlo, en contra de las prescripciones de la disciplina militar. De uniforme, con las más altas condecoraciones otorgadas por distintos gobiernos, en más de 44 años de servicio, el General Dulce, tres días más tarde, marchó altivo y severo, a través de las silenciosas filas de los voluntarios en formación, desde el Palacio de los Capitanes Generales hasta el Muelle de Caballería. Una falúa lo condujo al *Guipúzcoa*, buque destinado a transportarlo a España; a los pocos minutos, enfiló el canal rumbo a Cádiz.

La hostil disposición de los "buenos españoles", hízose manifiesta no sólo contra Dulce, Peláez y Modet. Produjose en la misma forma contra otros muchos jefes, acusados de no proceder con la implacable política de exterminio demandada por los voluntarios y sus voceros, contra los enemigos de la integridad nacional en diversos lugares de la Isla. López Pinto, gobernador de Matanzas fué destituido. Igual suerte corrieron los tenientes gobernadores de Cárdenas, Güines, y el General Buceta, víctima en Santiago de Cuba de los mismos ultrajes que se prepararon en la Habana, contra Peláez y Modet. Acusóse asimismo, de lenidad o de traición, a otros tenientes gobernadores y jefes de columnas del interior, donde las cosas no pasaron a mayores, porque los acusados disponían de tropas de línea disciplinadas bajo su mando. Cinco meses y 28 días había durado el segundo, tomentoso mando de Dulce en la Capitanía General de Cuba. El interino del segundo cabo, Ginovés Espinar, de un mes escaso de duración, sirvió básicamente, para dejar manos libres a los voluntarios y los "buenos españoles" más extremistas, de los cuales había sido instrumento Ginovés Espinar para la deposición de Dulce. En la Capitanía General, por un corto número de semanas, estaba, enteramente, en manos de los más extremistas voluntarios.

El sustituto en propiedad de Dulce, anunciada ya la designación por el gobierno metropolitano, Antonio Caballero de Rodas, era, como Dulce, el jefe a quien sustituía, un general adicto a la Unión Liberal, firmante también del Programa de Cádiz. Veterano de muchas campañas, gozaba de una reputación de militar entendido, enérgico y valeroso. Antes de su designación para suceder a Dulce, había ganado crédito entre los revolucionarios de Septiembre, por haber cumplido rápida y firmemente, sin incurrir en extremados excesos de rigor, y a poco costo de combates y sangre, la misión de combatir y vencer en el sur de España una sublevación de republicanos y otros elementos hostiles a la Unión Liberal. La noticia de su elección para el mando de Cuba, unióse a la versión muy significativa de que vendría a Cuba acompañado de fuerzas militares regulares para respaldar su autoridad.

Dispuestos a defenderse y a mantener su posición en la Isla, frente a Caballero de Rodas o cualquier otra autoridad que quisiese imponérseles, los buenos españoles y los voluntarios decidieron aprovechar la interinatura de Espinar para afianzar su poder en toda la Isla, y coordinar su acción de partido español por excelencia. Primeramente, ejercieron fuerte presión sobre el capitán general interino, al propósito de que hiciese objeciones a la orden recibida de Madrid de retirar algunas tropas regulares del campo de operaciones, con destino a respaldar la autoridad superior de la Isla, en la Habana. Los buenos españoles, informó Espinar al Gobierno por cable, eran, "eliminadas las causas de su patriótico descontento", los más firmes mantenedores del orden y la seguridad en la Habana y demás poblaciones de Cuba. Cooperaban eficazmente con el Ejército en todas sus partes, sin reparar en sacrificios, contra los enemigos de la integridad nacional, en las operaciones a cargo de las fuerzas regulares.

Obtenida la ventaja esencial de continuar dueños del campo en la Habana, los buenos españoles y los voluntarios lograron también de Espinar que efectuase los cambios de personal administrativo y militar solicitados por ellos a favor de sus parciales, y con la misma mira de robustecer y consolidar su poder, gestionaron autorización para fundar un centro, aparentemente de recreo, político en realidad, el *Casino Español de la Habana*, y lograron que el capitán general interino les concediese el permiso y les aprobase el reglamento. A partir de ese momento, dispusieron de un lugar permanente de reunión, dedicado a actividades puramente políticas. Promovieron de inmediato la fundación de otros casinos españoles en todas las poblaciones donde hubiese un número suficiente de peninsulares, coordinándolos en un poderoso

instrumento de acción y de presión políticas, en Cuba y en la Península. No había tiempo que perder, y en 26 de junio, en los días finales de su interinatura, Espinar autorizó la creación y aprobó el reglamento de los casinos, unos sesenta y dos horas antes del arribo, con quince días de retraso, de Caballero de Rodas. Este encontró, por tanto, elegidas las juntas directivas, en la Habana y otras ciudades, organizadas y dispuestas a la lucha, la fuerza más efectiva atravesada en su camino, durante su permanencia en la capitanía general de Cuba. Aparte de lo expuesto, Ginovés Espinar mantuvo la política de guerra de exterminio implantada por Lersundi, Dulce y Valmaseda, y la de incautación de la riqueza cubana, mediante el embargo de bienes de los infidentes, por procedimientos de la más escandalosa y vergonzosa inmoralidad.

CAPÍTULO IV

LA INSURRECCION EN CAMAGÜEY, LAS VILLAS Y OCCIDENTE

VIVAMENTE interesado Céspedes en que Camagüey, el Departamento Central, se uniese a Oriente y aceptase su jefatura para asegurar un frente revolucionario, tan pronto recibió noticias de la decisión de la Junta Revolucionaria de Puerto Príncipe de lanzarse a la guerra el 4 de noviembre de 1868, y de que algunos más decididos e impacientes se habían adelantado ya a alzarse a las órdenes de Bernabé de Varona, Angel del Castillo, Manuel de Jesús Valdés, Pedro Recio Agramonte, Lope Recio Borrero y algunos otros jefes, ocupando a Guáimaro después de vencer la resistencia del corto destacamento de guardias civiles del lugar, trasladóse a Tunas, pasó a Camagüey y se puso al habla con los sublevados, en solicitud de que se aceptase su mando como jefe de la Revolución en lo militar y lo político. En parte por espíritu regionalista o de localismo, y en parte disgustados porque Céspedes se había lanzado a la guerra sin previo aviso, contraviniendo acuerdos tomados conjuntamente con los delegados camagüeyanos, sin prevenir al Camagüey, negáronle de primera intención el reconocimiento por él solicitado, y procedieron a constituir su propia organización, primero representada por la *Junta Revolucionaria de Camagüey*, del período conspirativo, sustituida poco después por el *Comité Revolucionario de Camagüey*, firme en la reunión en Minás, y finalmente reemplazado el Comité por la *Asamblea de Representantes del Centro*.

Constituída durante el proceso de la conspiración, anterior al 10 de octubre, puede admitirse que la Junta Revolucionaria de Camagüey, funcionó o que continuó existiendo, de hecho o nominalmente, hasta la mencionada asamblea o reunión celebrada por los alzados camagüeyanos en Minás, el 26 de noviembre de 1868, para decidir si se harían negociaciones con Valmaseda, como proponía Napoleón Arango, a base de la proclama del jefe de operaciones español, lanzada en Puerto Príncipe, o si se proseguía la lucha armada contra la Metrópoli.

Derrotada por mayoría la proposición de Arango, aceptóse la renuncia de éste de jefe revolucionario de Camagüey, se designó para sustituirlo a su hermano Augusto Arango, con tradición de luchador contra el régimen colonial desde 1851, y se acordó crear un *Comité Revolucionario de Camagüey*, formado por Salvador Cisneros Betancourt, en función de Presidente, asistido de Ignacio Agramonte y Loynaz, destacado por su enérgica oposición a las proposiciones de Napoleón Arango, y por Eduardo Agramonte y Piña, vocales. Dos días después de la asamblea de Minas, constituido ya el Comité, libróse el combate de Minas con Valmaseda, en marcha a Nuevitás.

Desde el primer momento de su sublevación, los camagüeyanos adoptaron una bandera distinta de la de Céspedes, la creada por Narciso López en 1848, enarbolada por Joaquín de Agüero en su intento revolucionario de 1851, indicación de que Camagüey no se subordinaría al jefe oriental.

En 26 de febrero, 1869, sublevadas ya Las Villas, y mucho más extendida la revolución en Camagüey que en la fecha de la constitución del *Comité Revolucionario*, inspirados en consideraciones de carácter democrático, los camagüeyanos acordaron celebrar una elección general para constituir una organización de base popular más amplia, respaldada mayoritariamente, por tanto, con mayor potestad, integrada no por tres, sino por cinco miembros. Electos los tres miembros del Comité, Salvador Cisneros Betancourt, Ignacio Agramonte y Loynaz y Eduardo Agramonte y Piña, ingresaron también en la Asamblea, elegidos en las mismas votaciones, Francisco Sánchez Betancourt, camagüeyano, persona de respeto, muy generalmente estimada, y Antonio Zambrana Vázquez, matancero, representante, de hecho, del grupo de jóvenes habaneros de la expedición del *Galvanic*, arribados con Quesada, los cuales vinieron a ser, en su conjunto, la representación de Occidente —Matanzas, la Habana y Pinar del Río—. La admiración por Céspedes, nacida de la audaz y heroica decisión de éste, no podía borrar, sin embargo, las distancias ideológicas, y por diferencias de edad, formación cultural, condiciones de carácter, etc. de la juventud instruída con él. De manera que, fuertemente inclinados a la acción política, a la par que a la guerra contra la opresión colonial metropolitana, Céspedes encontraría en ellos, encabezados por Ignacio Agramonte, Rafael Morales y González, Ramón Pérez Trujillo y otros compañeros de estudios y de ideales, los más fuertes opositores a su programa de dirigir unipersonalmente la Revolución. Debíase la disparidad, a haber asumido Céspedes facultades "dictatoriales"; a haber adoptado el título de Capitán General; a haber dispuesto mantener en vigor la

legislación colonial y a aplazar para después de la expulsión de España de Cuba el establecimiento de un régimen republicano-democrático, con plenitud de los derechos ciudadanos consignados en la Constitución de los Estados Unidos, proclamados universalmente por la Revolución Francesa de 1789. Esos derechos habían sido llevados a las Constituciones de todas las Repúblicas Americanas, si no a la práctica. Cuba no podía ser menos. A causa de las múltiples disimilitudes entre Oriente y Camagüey, y de las diferencias de criterio entre camagüeyanos y orientales durante el período conspirativo, el jefe oriental, colocado por su propia determinación al frente de la Revolución en Oriente, con la aspiración a que su jefatura y su programa de guerra fuesen aceptados en toda la Isla, tropezó con graves obstáculos en Camagüey, colocado decididamente al lado de los camagüeyanos todo el grupo juvenil integrante de la expedición conducida a la Guanaja por Manuel de Quesada, más los compañeros y amigos incorporados por otras vías a los insurrectos de Camagüey. De esta manera, los jóvenes habaneros quedaron indisolublemente unidos a Ignacio Agramonte, el admirado compañero y amigo de estudios en la Universidad de la Habana. Dos gobiernos revolucionarios funcionaron, pues, con entera independencia al frente de los dos Departameitos insurreccionados, con aspiración a ser reconocidos por toda Cuba, el encabezado por Céspedes en Oriente, y el *colegiado* de Camagüey, pentarquía que suponíase con mayor respaldo popular.

Desde el momento de su constitución, independientemente de la marcha de las operaciones militares, poco activas en Camagüey, porque el general Dulce hallábase en espera de mayores refuerzos solicitados del gobierno de Serrano y Prim, y el gobernador del Departamento del Centro, general Antonio López de Letona se consideraba con tropas insuficientes para operar con éxito contra los insurrectos, la *Asamblea de Representantes del Centro* se apresuró a dictar una serie de medidas legislativas de gran importancia, en estrecha coordinación para la implantación de una política propia: la abolición de la esclavitud, la creación de una *Corte Marcial* para juzgar delitos políticos, y una solicitud de anexión a los Estados Unidos, en comunicación ésta de 6 de abril de 1869, dirigida al general Ulises Grant, una vez que tomó posesión de su elevado cargo el 4 de marzo de 1869.

El acuerdo de abolir la esclavitud fué tomado por la Asamblea en 26 de febrero de 1869, ocho días antes de quedar instalado en la Casa Blanca el Presidente Grant, con el objetivo político, cabe colegir, de ganarse la simpatía de éste. "La institución de la esclavitud traída a Cuba por la dominación española —declaró la Asamblea en su breve

preámbulo de seis líneas— debe extinguirse con ella. Teniendo en consideración los principios de eterna justicia, en nombre de la libertad y del pueblo que representa, decreta:

- 1º Queda abolida la esclavitud.
- 2º Oportunamente serán indemnizados los dueños de los que hasta hoy han sido esclavos.
- 3º Contribuirán con sus esfuerzos a la independencia de Cuba, todos los individuos que por virtud de este decreto le deben su libertad.
- 4º Para este efecto, los que sean considerados aptos y necesarios para el servicio militar, engrosarán nuestras filas, gozando del mismo haber y de las propias consideraciones que los demás soldados del Ejército Libertador.
- 5º Los que no lo sean, continuarán mientras dura la guerra, dedicados a los mismos trabajos que hoy desempeñan, para conservar en producción las propiedades y subvenir al sustento de los que ofrecen su sangre por la libertad común; obligación que corresponde de la misma manera a todos los ciudadanos hoy libres, exentos del servicio militar, cualquiera que sea su raza.
- 6º Un reglamento especial prescribirá los detalles del cumplimiento de este decreto.

Patria y Libertad. Camagüey, Febrero 26 de 1869. La Asamblea. Salvador Cisneros Betancourt, Eduardo Agramonte, Ignacio Agramonte, Francico Sánchez Betancourt, Antonio Zambrana" (1).

La Corte Marcial para juzgar los delitos políticos, a imitación de la Revolución Francesa, creóse con el propósito esencial de perseguir y castigar a Napoleón Arango y a sus seguidores, por la actitud anti-revolucionaria en que se habían manifestado en la asamblea o reunión de Minas, actitud en la cual había persistido Arango con posterioridad, retraído de todo apoyo a la Revolución y en constante censura del Comité Revolucionario de Camagüey y de la Asamblea de Representantes del Centro, desde la constitución de ésta. Quedó formada la Corte por el Presidente de la misma, Luis Victoriano Betancourt; un vocal, Ramón Pérez Trujillo, y el Secretario, Rafael Morales y González, del Departamento de Occidente los tres.



CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES

CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES. El glorioso Padre de la Patria, cuyo ánimo resuelto y temerario hizo posible, sin reservas ni aplazamientos enojosos e imprudentes, el comienzo de la Guerra de los Diez Años, aunque para ello tuviera que anticipar, con sólo un puñado de valientes, el día señalado para el alzamiento. Como aseguró uno de sus contemporáneos que le conociera y tratara muy de cerca, el héroe de *La Demajagua* jamás se dejó imponer por ningún revés ni nunca peligro alguno, por grande que fuera, logró alterar su semblante ni el reposo y la dignidad de sus modales distinguidos. A nadie, ni aun siquiera a los que obstaculizaban su gestión e intrigaban contra él, dirigió nunca una frase descompuesta o mal sonante, un denuesto o una amenaza. Amaba la gloria y mantuvo siempre una fe ciega, incommovible en el triunfo definitivo de la libertad contra la tiranía. Para Martí, Céspedes, "hombre de mármol", fué el caudillo "refinado y primario, imitador y creador, personal y nacional, augusto por la benignidad y el acontecimiento, en quien chocaron, como en una peña, despedazándola en su primer combate, las fuerzas rudas de un país nuevo, y las aspiraciones que encienden en la sagrada juventud el conocimiento del mundo libre y la pasión de la República".

El retrato que se publica está tomado de la obra *Carlos Manuel de Céspedes*, por Carlos Manuel de Céspedes y Quesada, hijo y biógrafo del Padre de la Patria.

Suscrita en 6 de abril de 1869, poco más de treinta días a contar de la toma de posesión de Grant de la Presidencia de los Estados Unidos, en condición de miembros de la Asamblea de Representantes del Centro los firmantes, la histórica comunicación decía textualmente:

"Al Presidente de los E. U.:

"La Asamblea de Representantes del Centro ha sabido con júbilo vuestra elevación a la silla presidencial de la Gran República. Los liberales de Cuba conciben las más gratas esperanzas al ver al digno jefe del partido radical al frente del gobierno de los E. U.

"Cuba es hoy ciertamente merecedora de simpatías del Mundo entero y muy especialmente de las de la Unión Americana, porque los hijos de Cuba pelean y mueren por la libertad y han destruido una institución abominable para cuyo exterminio acaba de realizar con heroísmo inmensos sacrificios el pueblo que gobernáis. Por el Decreto de que os acompañamos copia impresa, podéis ver que la esclavitud de los negros no existe ya, y por las noticias que de nuestros combates probablemente tenéis, debéis comprender que la dominación española en Cuba, último resto de barbarie en América, desaparecerá bien pronto.

"Parece que la providencia ha hecho coincidir estos acontecimientos con la exaltación al Poder del partido radical que representáis, porque sin el apoyo de ese partido que aguardamos, puestos en lucha los cubanos con un enemigo sanguinario, feroz, desesperado y fuerte, si se consideran nuestros recursos para la guerra, vencerán, sí, que siempre vence el que prefiere la muerte a la servidumbre, pero Cuba quedaría desolada, asesinados nuestros hijos y nuestras mujeres por el infame gobierno que combatimos; y cuando según el deseo bien manifiesto de nuestro pueblo, la estrella solitaria que hoy nos sirve de bandera, fuera a colocarse entre las que resplandecen en la de los E. U., sería una estrella pálida y sin valor.

"Si es cierto lo que asegura un periódico de este país; si estáis autorizado para reconocer nuestra independencia, apresuraos, a prestarnos vuestro valioso, vuestro decidido apoyo, dando así al Mundo un testimonio elocuente de lo que significa con respecto al destino de los pueblos, el partido cuya jefatura y representación os está encomendada.

"Patria y Libertad. Camagüey, Abril 6 de 1869. La Asamblea. Salvador Cisneros Betancourt. Miguel de Betancourt. Francisco Sánchez Betancour. I. Agramonte Loynaz. Antonio Zambrana" (2).

La rapidez con que la Asamblea de Representantes del Centro se apresuró a adoptar las resoluciones mencionadas debíase, en buena parte, a motivos de mucha importancia. Las Villas se habían lanzado a la revolución desde los primeros días de febrero. Sin constituir un gobierno propiamente dicho, designaron una junta presidida por Miguel Jerónimo Gutiérrez, asistido por Antonio Lorda, Eduardo Machado, Tranquilino Valdés y algunas más personalidades villareñas, entre otros objetivos, con el de entrar en relaciones con el Gobierno de Céspedes. Esta junta o comisión, procedió a designar jefes para los miles de hombres alzados, la gran mayoría sin otra arma que los machetes de trabajo y el corto número de escopetas de caza, para enfrentarse con fuertes columnas de tropas de línea o regulares, situadas en posiciones estratégicas, con muchos miles de voluntarios alistados, armados y con alguna instrucción militar, movilizados y guerrilleros, organizados todos por la numerosa población española y canaria de Las Villas, esta última, en la extensa jurisdicción de Remedios principalmente.

Los jefes de la conspiración de Las Villas se lanzaron al campo, no obstante su falta de elementos de guerra, atendiendo a indicaciones de Morales Lemus, quién tenía muchos amigos personales y políticos en la región desde el movimiento reformista. Lemus les había expuesto la urgencia de apoyar a Céspedes, extendiendo la insurrección lo antes posible, a fin de impedir que el mando español prosiguiese concentrando grandes fuerzas a las órdenes de Valmaseda en Oriente, para aplastar la insurrección donde se manifestaba más peligrosa y con mayores facilidades para prolongar la lucha. Pronto, aseguró Morales Lemus a Miguel Jerónimo Gutiérrez y sus compañeros de comisión, recibirían Las Villas armas y municiones por las costas, pues en los Estados Unidos, los emigrados reunían fondos, compraban armas y municiones y adquirirían buques para transportarlas.

Presidente de la Junta Revolucionaria de la Habana, Morales Lemus manteníase en comunicación con Céspedes desde octubre. En los últimos días de enero, cuando celebró sus entrevistas con los jefes villareños, pocos días antes de tener que escaparse a los Estados Unidos, les expuso también la necesidad de que todos los revolucionarios constituyesen un frente único, al objeto de facilitar las gestiones ya iniciadas en los Estados Unidos y algunas repúblicas de la América hispana para el reconocimiento de la beligerancia a los cubanos. Era su consejo, asimismo, que apoyasen a Céspedes frente al paso dado por los camagüeyanos de constituir otro gobierno aparte. La Asamblea de Representantes del Centro conocía estos antecedentes. Comprendía, asi-

mismo, la urgencia de unir el frente revolucionario con respecto a la política interna y exterior de la Revolución; y aunque Céspedes y Agramonte se habían entrevistado más de una vez sin poder llegar a un acuerdo, Ignacio Mora, presente en las últimas entrevistas entre ambos jefes, había quedado junto a Céspedes para persuadirlo a trasladarse a Camagüey y concurrir a una asamblea a la que también asistirían delegados de Las Villas, para constituir un gobierno unificado. En 6 de abril, la reunión de la asamblea de los tres Departamentos podía darse por un hecho, razón por la cual la Asamblea de Representantes del Centro quiso adelantarse en su iniciativa de dirigirse a Grant.

Al tomar las armas, los villareños se enfrentaron con dificultades mucho mayores que las de los orientales y los camagüeyanos. El alzamiento de Céspedes y la rápida propagación del mismo en la mayor parte de Oriente, tomó por sorpresa a Lersundi, según se expuso ya en esta obra. La salida al campo de los camagüeyanos en 4 de noviembre, era también de preverse en noviembre de 1868, pero Lersundi no había podido reforzar a Valmaseda en Camagüey por no haber recibido todavía las tropas urgentemente solicitadas del Gobierno Supremo, aparte de que su mayor preocupación era recuperar a Bayamo.

En Las Villas, había dispuesto de tiempo, de acuerdo con los jefes militares de cada una de las seis grandes jurisdicciones villareñas, Santa Clara, Cienfuegos, Trinidad, Sagua, Remedios y Sancti-Spíritus, para situar fuerzas regulares en los lugares estratégicos más inseguros, y para alistar, equipar y dar alguna preparación militar a miles de voluntarios, destinados a guarnicionar las ciudades, pueblos o ingenios, a proteger las vías férreas y a reformar las tropas en operaciones.

El número y la composición de la población de Las Villas favorecía a los españoles, lo mismo que las condiciones geográficas de la provincia y el grado de desarrollo económico de ésta. Según el censo de 1861-62, Las Villas contaban con más de 289,000 habitantes, unos 26,000 más que todo Oriente, mucho más extenso. Los vecinos blancos sumaban 174,600 inclusive 14,000 españoles y canarios, cifra mayor también que la del Departamento Oriental. La "gente de color", mestizos y negros, alcanzaban a 114,800 (40% de la población total) más alta que la de Oriente, de los cuales 72,800 eran esclavos, y sólo 32,000 libres, el 15% de la población de la provincia. En Oriente, la población de color libre, que era la gran mayoría, uniósese casi en su totalidad, en una forma u otra, a la Revolución. En Las Villas, faltaba este fuerte apoyo contra la Metrópoli.

La población esclava estaba desigualmente distribuída en Las Villas, a semejanza de Oriente; en mayor proporción en las zonas azucareras de Cienfuegos, Sagua y Trinidad, seguidas de Remedios, Sancti-Spíritus y Santa Clara. Las jurisdicciones de Cienfuegos y Sagua producían, cada una, tanto azúcar como Oriente. La industria azucarera había promovido en Las Villas, sobre todo en las zonas llanas de Cienfuegos y Sagua, el desarrollo de las vías férreas, favorable al rápido movimiento de tropas españolas. Como en Oriente, en Las Villas predominaba en lo geográfico una marcada diversidad regional, topografía que hacía difícil la unidad de mando en el campo insurrecto. Lersundi y Dulce dispusieron de tiempo bastante para poner en práctica medidas de prevención de todas clases en el territorio villareño, inclusive la vigilancia de los sospechosos de infidencia. Todo ello hace evidente los mayores obstáculos con que tropezaron los insurrectos villareños, los más faltos de armas al lanzarse a la rebeldía y los más tenazmente perseguidos por grandes fuerzas enemigas desde el mismo 6 de febrero.

No obstante la preparación y la vigilancia españolas, el alzamiento villareño prodújose en grande escala, bajo la dirección de Miguel Jerónimo Gutiérrez, Antonio Lorda, Arcadio García, Tranquilino Valdés, Eduardo Machado y otros jefes de la conspiración villareña. En Cienfuegos, tomaron las armas Juan y Antonio Díaz de Villegas, Carlos Cerice, José González Guerra, los hermanos Eduardo y Miguel Entenza, Luis de la Maza Arredondo. Antonio de Armas, Rafael Fernández Bullón, y otros jefes locales de poblados y barrios de la jurisdicción. En Trinidad se sublevaron los hermanos Federico y Adolfo Fernández Cavada y Juan Bautista Spotorno; en Sancti-Spíritus, Serafín Sánchez, Honorato del Castillo, los hermanos Mateo y Rafael Casanova, Marcos García y otros; en Santa Clara, además de los jefes civiles ya dichos, Francisco Villamil y Salomé Hernández; en Remedios, Carlos Roloff, Cecilio González, los hermanos Andrés y José Boitel; y en la zona de Sagua, Guillermo Lorda y Manuel Torres eran los jefes más destacados.

Para la jefatura en jefe de la provincia, nombróse al principio a Mateo Casanova, de una distinguida familia espirituana, descendiente de militares españoles, con preparación militar en el Ejército Español de la Península (3). Poco después fué sucedido por Federico Fernández Cavada, veterano con el grado de comandante, ganado en la Guerra de Secesión de los Estados Unidos, junto con su hermano Adolfo, a las órdenes de Grant y otros generales norteamericanos.

El Departamento Occidental, cuyos jefes incitaron a los cubanos a alzarse, comprendía en 1868, propiamente hablando, las actuales pro-

vincias de Matanzas, Habana y Pinar del Río, con un total de 322,800 habitantes blancos; 24,000 negros y mestizos libres y 238,800 esclavos, que constituían el 40% de la población total del Departamento. La corta cifra de la población de color libre, la altísima de los esclavos, y la muy alta y muy fuertemente concentrada de la población española en las tres provincias, representaban un tremendo obstáculo para la insurrección, atravesados como estaban, además, sus territorios, sobre todo Matanzas y la Habana, por numerosas vías férreas.

El grado extremo de la peculiar composición demográfica del Departamento de Occidente en cuanto a cifras máximas de esclavos, y de proporción de éstos con respecto a las cifras de la población provincial, correspondía a la actual provincia de Matanzas. De un total de 200,700 habitantes, los blancos sumaban 79,900, con 93,800 esclavos y sólo 11,500 mestizos y negros libres; es decir, un 43.8% de esclavos, pues el censo incluía 15,300 chinos y mexicanos, población casi en estado servil también.

La excepcional demografía matancera debíase al extraordinario desarrollo de la industria azucarera. En Matanzas se contaban 370 ingenios de vapor, más 31 trapiches, con una producción azucarera superior a la de todo el resto de la Isla. En ciertos "partidos" marcadamente azucareros, la proporción de los esclavos elevábase al 70% de la población total, con cifras mínimas de mestizos y negros libres. Dedicado al productivo negocio de financiar los ingenios para el cultivo de la caña y las reparaciones de las fábricas durante el llamado "tiempo muerto" y el largo período de la zafra, existía un numeroso y fuerte comercio español extendido en la provincia. Otro mucho más numeroso y fuerte, tenía a su cargo el almacenamiento del azúcar en los puertos, los embarques directos del dulce y aguardiente al extranjero y la importación de cuanto en los ingenios se necesitaba. Los dos emporios comerciales eran los puertos de Matanzas y Cárdenas, con mayor movimiento ambos que el de Cienfuegos. Muchos acaudalados españoles del comercio habanero, matancero y cardenense, poseían ingenios muy importantes en la provincia, otro gran elemento de fuerza para la Metrópoli.

La ciudad de la Habana y la provincia matancera concentraban una cifra de habitantes peninsulares, de las Baleares y de las Canarias, sumamente numerosos, célibes en gran parte, dispuestos a defender sus posesiones y sus riquezas hasta el límite. Aparte de otros motivos adicionales, Occidente era, en razón de lo expuesto, el principal baluarte de España en Cuba, a la vez que una fuente de ingresos casi inagotable

para el Fisco español y para los miles de peninsulares enriquecidos en el comercio interior y exterior, el financiamiento de los ingenios, y la parte muy importante que tomaban los comerciantes peninsulares en la producción de los dos grandes renglones exportables, azúcar y tabaco. En una guerra como la de Cuba, toda esa masa de población peninsular, establecida durante años con mayor o menor arraigo en la Isla, habría de defender por todos los medios sus bienes personales. Los gobernantes peninsulares no ignoraban los hechos expuestos. La preservación del orden y la seguridad en todo Occidente, la continuación de la zafra de Las Villas a la Habana y las grandes cosechas de tabaco en Pinar del Río eran factores de los que dependía el poder mantener la bandera española en Cuba.

No obstante, en las adversas condiciones imperantes para una intensa labor separatista en toda la parte oeste de Cuba, Matanzas, la Habana y en alguna proporción Pinar del Río, contribuyeron tenazmente y ardentemente al servicio de "la causa", como era usual decir. Sacrificaron, para ello, tranquilidad, vidas y riquezas, con indecibles sufrimientos de toda clase y un tesón indomable, en las varias formas en que pudieron hacerlo. Alzamientos intentaron varios, frustrados todos, sangrientamente en la gran mayoría de los casos, dado que la desproporción de las fuerzas organizadas a favor de los españoles era aplastante. Sin embargo, nunca la Metrópoli, los capitanes generales ni los jefes militares de las tenencias de Gobierno y de los partidos en que se dividían, se sintieron seguros en el Departamento Occidental. Tuviron, por tanto, que mantener estancadas fuerzas de reservas en guarniciones y destacamentos, del Ejército regular, la Marina, la Guardia Civil, las milicias blancas y de color y voluntarios, sin poderlas usar en Las Villas, Camagüey y Oriente.

Juan Manuel Macías y Juan Arnao, matanceros ambos, e inveterados enemigos de la dominación española, aprovecharon el fuerte descontento causado en la Isla por el pánico o crisis mundial de 1866, imputado al fracaso de la Junta de Información y el establecimiento del impuesto directo sobre la renta, para intentar promover una insurrección con el concurso de Juan Bellido de Luna, tan firme enemigo del régimen colonial como ellos, recluso poco después en prisión, el 23 de octubre de 1868. Leopoldo Zarragoitia, bayamés, residente en Matanzas, intentó también encabezar un alzamiento en 1869. Fracasó y se le deportó a España. Otros conatos hubo, el más importante de todos, el de Gabriel García Menocal, administrador del central Australia, sublevado al frente de una partida de cien hombres, con el concurso

de José Payán, mexicano, de Gabriel González, villareño, del procurador de Colón, Elías Guerra y de vecinos de Jagüey Grande, el Roque, Palmillas y otros lugares del centro y sudeste de la provincia. Menocal y los suyos ocuparon a Jagüey Grande, lugar del que se vieron forzados a retirarse, al no ser secundados en Macagua, Cárdenas, Matanzas y otros lugares de la provincia comprometidos a alzarse. Los escuadrones de voluntarios "Chapelgorris", de Guamutas y otros pueblos, de movilizados y de guardias civiles, persiguieron constante e implacablemente a los alzados, y a cuantos consideraron complicados en el intento o sospechosos de infidentes, sembrando el espanto y la muerte en poblados y zonas rurales. Fusilaron mucha gente campesina, al procurador Elías Guerra y a otros acusados. Diez o doce campesinos que buscaron refugio en San Juan y Martínez, Pinar del Río, fueron presos y fusilados todos, a virtud de avisos de los "Chapelgorris" matanceros, imputándoles haberse sublevado y huído después. La bárbara matanza fué ejecutada por un destacamento de voluntarios de la Habana de servicio en San Juan.

Fracasado su alzamiento, García Menocal acogióse a la amnistía decretada por Dulce el 6 de enero. Sin embargo, Matanzas no quedó tranquila. Los voluntarios continuaron realizando todo género de persecuciones, violencias y criminales intentos de represión, llegando al extremo de provocar incidentes con el capitán general Dulce.

En la Habana, además de constituirse la Junta Revolucionaria, organismo en comunicación frecuente con Céspedes, para cooperar al éxito de la insurrección, promoverla en Occidente si era posible y mantener una infatigable propaganda de "laborantismo", hubo intentos de alzamientos en el barrio de Luyanó, con agitaciones separatistas en Bejucal, Quivicán, y de mayor intensidad en San Antonio de los Baños, la de este último lugar en combinación con Carlos García y con León y Medina, los dos encargados de un depósito de armas en la Habana. Agustín Santa Rosa, ardiente revolucionario pinareño, desde las expediciones de Narciso López, fraguó con Francisco Javier Cisneros y otros habaneros y pinareños, un movimiento insurreccional en San Cristóbal. Fracasó a causa de que en el viaje de la Habana a San Cristóbal de un grupo conductor ocultamente de armas para las sublevaciones, con Santa Rosa al frente, muchos fueron aprehendidos, algunos de ellos en Candelaria y otros en las lomas de San Cristóbal.

La principal labor de los habaneros, agrupados secretamente en la Junta Revolucionaria, o procediendo por su propia iniciativa independientemente o en connivencia con amigos inspirados en los mismos pro-

pósitos, consistió, sin embargo, en mantener una "guerra de nervios" contra los voluntarios y demás defensores del régimen, a quienes mantenían en constante alarma y enfurecimiento: el *Laborantismo*. Cada habanero era, en esencia, y potencia, *un laborante*, actividad subterránea en mil variadas maneras, punzantes todas para los "buenos españoles" y los voluntarios, lucha anónima en la que se jugaban constantemente la vida en el garrote o en el fusilamiento los laborantes.

La contribución de Occidente a la lucha por la libertad, prodújose en otras varias formas, muy efectivas, entre otras, la incorporación a las fuerzas revolucionarias de numerosos jóvenes; la organización de clubs, comités, juntas y otras organizaciones en los Estados Unidos y algunas repúblicas hispano-americanas por los emigrados para recaudar fondos, comprar armas y municiones, adquirir buques y equiparlos para transportar expediciones de auxilio a Cuba; la realización de una tenacísima propaganda en el extranjero a favor de la independencia y contra la Metrópoli, denunciando los métodos de guerra sin cuartel que seguía en la Isla en violación de todos los principios de humanidad generalmente respetados por todas las naciones civilizadas. Occidente, con heroicos sacrificios, hizo su parte en la lucha por la libertad y la independencia desde los primeros momentos.

Quedó apuntado en páginas anteriores, que las violencias, inevitables en toda insurrección armada, y las violencias y crueldades de los voluntarios y demás fuerzas irregulares españolas, determinaron a miles de familias cubanas a buscar refugio en el extranjero, la gran mayoría de las mismas en los Estados Unidos. El éxodo, comenzado poco después de iniciada la insurrección, se produjo en escala extraordinaria a partir del ataque de los voluntarios al teatro Villanueva, y de las bárbaras violencias a que se entregaron en los restantes días del mes. Algo más tarde, a mediados de abril, cuando se decretó y se puso en vigor el embargo de los bienes de los infidentes, reales o supuestos, la emigración volvió a tomar incremento. Seguida del drástico cambio de la política conciliatoria del general Dulce por otra de guerra a muerte, la sublevación de Las Villas expuso las familias cubanas a una inseguridad tal, que fueron presa del pánico y forzadas a escapar precipitadamente a los Estados Unidos y otros países. En muchos de los "diarios" llevados con gran sencillez por las madres y las esposas llenas de angustia, existe el irrecusable testimonio de la horrible situación de ánimo en que se hallaban. Presentóse entonces, según el historiador español Justo Zaragoza, el espectáculo de una emigración tan considerable y vertiginosa, que hubo días en que disputaron los pasajes con

violencia y llenaron hasta las bodegas de los buques que salían para el extranjero. De todos los puntos de Cuba acudieron presurosas a la capital las familias fugitivas. Una autoridad española indubitable, calculó que por el puerto de la Habana se embarcaron mensualmente de 2,000 a 3,000 familias de más de cinco individuos cada una, en el tiempo transcurrido de febrero a septiembre de 1869. Asegura ese testigo de los hechos que más de 100,000 habitantes, la dozava parte de la población, abandonaron en aquel período sus hogares para vivir fuera de la Isla. "Con papeles firmados por el autor de este libro —dice Zaragoza— como Secretario del Gobierno Político de la Isla, salieron del puerto, del 26 al 30 de enero de 1869, 299 familias, pudiéndose calcular en esta proporción el número de los emigrantes, desde aquellos días hasta que el general Caballero de Rodas se posesionó del mando en la Isla" (4).

La emigración cubana se dirigió en su mayor número a los Estados Unidos, el país más cercano con el que se mantenían más frecuentes comunicaciones marítimas, y donde los cubanos habían encontrado siempre refugio al emigrar de Cuba por motivos políticos o económicos. Esta nueva emigración era más hostil a España que todas las anteriores, víctima como era de los más brutales atropellos, de manera que, abiertamente unos, o reservadamente otros, prestaron auxilios en la medida de sus recursos a la insurrección y calorizaron la propaganda en contra de la Metrópoli o la realizaron sin cesar ellos mismos.

Numerosos motivos inducían a los insurrectos cubanos a fijar, por tanto, la mirada en la nación vecina. Los Estados Unidos habían salido de la dura prueba de la guerra civil convertidos en una potencia de primer orden por la pujanza militar demostrada, digna de respeto y de admiración por la grande y humanitaria obra del Presidente Lincoln al abolir la esclavitud en la República. La Unión desarrolló importantísimas industrias militares durante la guerra. En los arsenales y armerías del Gobierno federal existían grandes depósitos de armas y pertrechos de todas clases. Millares de veteranos licenciados de los ejércitos del Norte y de los del Sur podían sentirse inclinados, dados los sentimientos y las ideas prevalecientes en su país, a luchar por la independencia de Cuba. El más importante sector de las relaciones exteriores para los revolucionarios, por los motivos expuestos y por el hecho de la proximidad entre uno y otro país, no podía ser otro que el de los Estados Unidos.

Céspedes lo entendió así desde el primer momento. Procuró asegurarse el apoyo de los viejos emigrados en la Unión y el de la opinión

americana, aún antes de que se produjese el gran éxodo de familias cubanas. Con ese doble propósito designó, propuesto por Donato Már-mol, un agente especial de su gobierno, José Valiente, de abolengo revolucionario desde 1849, miembro de una distinguida familia de Santiago de Cuba, representante de su gobierno en los Estados Unidos. Provisto de documentos que acreditaban su representación, Valiente trasladóse a Nueva York, púsose en contacto con un comité de patriotas cubanos existente en la ciudad y con la Junta Republicana de Cuba y Puerto Rico e inició la prestación de sus importantes y valiosos servicios a la causa de la independencia.

Las circunstancias eran favorables para la labor a emprenderse porque en los Estados Unidos prevalecía un estado de ánimo en todo el Norte, que había elegido a Grant, contra tres naciones en particular que habían intentado a juicio de los gobernantes de Washington aprovecharse de las dificultades internas de la Unión para tomar ventajas sobre ésta: Gran Bretaña, España y Francia, contra las cuales prevalecía un sentimiento de profunda enemistad en el pueblo y en el gobierno de los Estados Unidos.

La expedición contra México, acordada en Londres en 31 de octubre de 1861, empeoró las relaciones de los Estados Unidos con los tres poderes, agravadas en lo correspondiente a España con la anexión de Santo Domingo y la guerra de España con Chile y Perú.

En un ambiente muy favorable a sus gestiones, los miembros del Comité de Patriotas que funcionaba en Nueva York, los de la Sociedad Republicana de Cuba y Puerto Rico en la misma ciudad, los de la Junta Revolucionaria de la Habana y los numerosos emigrados cubanos que afluían un día tras otro, halláronse en una situación propicia para tratar de obtener el apoyo del pueblo americano y el del gobierno de Washington a favor de los insurrectos de Cuba.

En las postrimerías del gobierno del presidente Jonhson no existía la posibilidad de que éste pudiese hacer algo efectivo a favor de la revolución cubana, a causa del expansionismo de Seward y de otros varios importantes motivos. Los pretendidos avances de Seward en sus planes de anexiones en el Caribe fallaron todos, pero Seward no quiso comprometer el porvenir ayudando a la independencia de Cuba, a fin de poder lograr la anexión de ésta a los Estados Unidos junto con otras más en el Caribe.

Había, además, otro grave obstáculo que contenía al Secretario de Estado norteamericano en todo intento de apoyo a los revolucionarios de Cuba: la reclamación a la Gran Bretaña, pendiente de ser resuelta,

de una fuerte indemnización por los daños causados a la Unión norteamericana durante la Guerra de Secesión por el crucero sudista *Alabama*, construido en los astilleros del puerto británico de Liverpool, el cual se hizo a la mar para perseguir la marina del Norte. La reclamación norteamericana basábase en que el gobierno británico había reconocido la beligerancia al Sur indebidamente y no había tomado medidas eficaces para detener el *Alabama*. La cancillería washingtoniana no podía por lo tanto, incurrir en la contradicción de reconocerle la beligerancia a los cubanos, en condiciones inferiores, e invalidar con ello sus propios alegatos contra los ingleses.

Elegido Grant Presidente de los Estados Unidos en noviembre de 1868, para tomar posesión el cuatro de marzo de 1869, con un Congreso dispuesto a secundarlo, las posibilidades de ayuda de los Estados Unidos eran mucho mayores, inclinada como estaba la opinión norteamericana a favor de la causa de la independencia. El nuevo Congreso comenzó sus funciones el primer lunes de diciembre, antes de tomar posesión Grant. Esperanzados los representantes de la revolución en los Estados Unidos, y los emigrados cubanos, actuaron intensamente cerca de algunos congresistas, con resultados favorables que no se hicieron esperar. En las dos ramas del Congreso, Cámara y Senado, presentaron proposiciones de ley con recomendaciones al jefe del Ejecutivo en el sentido de que procedía reconocer la beligerancia y la independencia de Cuba. Tales iniciativas congresionales, alentaron mucho a los viejos y nuevos emigrados en Nueva York, para proseguir sus propagandas, reunir fondos y enviar expediciones con armas y municiones de guerra a la Isla.

Penetrada de la importancia de la acción exterior para el éxito de la insurrección cubana, la Junta Revolucionaria de la Habana cooperó muy activamente a la realización de esa labor desde el momento mismo de su constitución. Como primer paso, envió a Nueva York a Francisco Javier Cisneros, miembro de la Junta, comisionado por ésta para la compra, con fondos reunidos por la misma, de armas y pertrechos, y su remisión a Céspedes, de acuerdo con el comisionado oficial, Valiente. Cisneros logró salir ocultamente de la Habana en 17 de noviembre, y en diciembre hallábase ya en Nueva York dedicado con la mayor actividad al cumplimiento de su misión, de acuerdo con Valiente y la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico.

Al constituirse en octubre de 1868 con el propósito de secundar a Céspedes, la Junta Revolucionaria de la Habana quedó integrada por cubanos de muy elevada posición social, cultura, experiencia en los ne-

gocios y de la política, conocedores a fondo de la situación de la Isla y de los problemas internacionales. Una vez que la Junta estableció comunicaciones regulares con Céspedes, solicitó de éste autorización para actuar en los Estados Unidos coordinadamente con el comisionado Valiente, y en las naciones extranjeras donde se creyese provechoso y no existiesen ya comisionados o agentes representantes del Gobierno Provisional de Cuba Libre, enviándolos o designándolos la Junta con autorización de Céspedes. La misión de los agentes sería negociar el reconocimiento de la independencia de la Isla con los gobiernos y obtener auxilio moral y material para la revolución. Céspedes tenía en el mayor aprecio a las personalidades integrantes de la Junta habanera, de manera que concedió a la Junta la autorización solicitada. Muy pronto, en comunicación de 12 de enero de 1869, la Junta informó a Céspedes detalladamente de los trabajos ya realizados, de los planes ultimados y puestos en marcha, susceptibles de mayor desarrollo, y de los medios más seguros y rápidos de mantener una comunicación regular entre el gobierno provisional de Céspedes y la Junta. Esta manifestaba a Céspedes su disposición a realizar los mayores esfuerzos para proporcionarles a él personalmente y al Ejército Libertador todo el apoyo material y moral al alcance de la Junta. Con ese propósito había remitido ya fondos de alguna consideración a los Estados Unidos y continuaba recolectándolos a fin de enviar remisiones semanales. Notificábale también que haciendo uso de la autorización conque le había honrado Céspedes, había considerado conveniente nombrar dos comisionados para Nassau, por ser éste el lugar llamado a servir de depósito de armas, pertrechos y voluntarios deseosos de pasar a Cuba. También habían sido designado un comisionado para Nueva Orleans y otro para Cayo Hueso. Para Santo Domingo había elegido, asimismo, una persona bien relacionada en dicho país, capacitada para obtener auxilio. La Junta se interesaba en buscar agentes de confianza para el desempeño de iguales comisiones en Jamaica, Francia, Chile, Perú y Bogotá.

La más importante iniciativa de la Junta fué otra, sin embargo. Consistió en designar un comisionado de la misma en los Estados Unidos, con la misión de acuerdo con Valiente, de entenderse con el gobierno norteamericano y ajustar importantes negociaciones que, a juicio de la Junta, habrían de ser las que ayudasen a los cubanos a terminar la guerra y conquistar la independencia en el más breve plazo. A ese fin, el comisionado llevaría instrucciones para entenderse con el de México, coordinar de común acuerdo sus actividades y dar todos los pasos conducentes a lograr los auxilios necesarios en Cuba. La Junta

habíase dirigido ya a Valiente, en solicitud de que éste manifestase a Céspedes que la misión del comisionado de la Junta no debía ser privada o particular, sino oficial, a virtud de la elevada posición social, el prestigio y la respetabilidad del comisionado, quien tenía extensas y excelentes relaciones en los Estados Unidos. La Junta esperaba mucho del efecto moral que la aparición de dicho comisionado habría de producir, en Cuba, los Estados Unidos y la misma España.

Con respecto a la Metrópoli, la Junta hacía también muy importantes manifestaciones a Céspedes, en la citada comunicación de 12 de enero. Tenía, decidido, decíale, nombrar un comisionado secreto en Madrid. Este iría antes a los Estados Unidos, al propósito de que de acuerdo con los otros comisionados y con el Gobierno de Washington "tratase de escogitar los medios de conseguir de España el reconocimiento de la independencia de Cuba". "Si se manejaba bien el asunto y se hacía algún sacrificio monetario, no de momento sino para pagar a plazos", la Junta no creía imposible lograr su propósito. Si este plan se llevaba adelante de acuerdo con el comisionado cubano en los Estados Unidos, entendía la Junta que podría obtenerse casi seguramente la garantía del Gobierno norteamericano para el pago de la indemnización, si tal exigencia era demandada por España.

En 21 de enero prodújose en la Habana el ataque al teatro Villanueva, seguido a continuación de las violencias ya mencionadas en otras partes de esta obra. En 30 del mismo mes, Morales Lemus, que era el comisionado designado por la Junta para pagar a los Estados Unidos, logró escapar de la Habana rumbo a Nueva York, e inmediatamente tomaron el mismo camino Antonio Fernández Bramosio, José Antonio Echeverría y otros varios de los más significados miembros de la Junta, la cual de hecho quedó instalada en Nueva York. La presencia de todos ellos en la ciudad neoyorquina determinó un movimiento político importante. Reunidos muchos de los emigrados en Asamblea, discutióse en primer lugar el problema de la disolución de la Junta habanera, puesto que en Nueva York esta constituida ya la representación del Gobierno revolucionario cubano. Morales Lemus opúsose con firmeza a la disolución. Lo urgente, a su juicio, era constituir una comisión directa ejecutiva, de la revolución, formada por varios miembros, con un presidente facultado para adoptar todas las decisiones ejecutivas que fuesen necesarias, sobre todo en los casos urgentes que exigiesen sigilo, o que, por cualquier motivo fundado, no se creyese conveniente someter a la discusión y consulta de toda la junta o del comité ejecutivo. Después de prolongados debates, pues los viejos emi-

grados recelaban de los ex-reformistas y no se resignaban a someterse a la dirección de éstos, constituyóse una Junta en la forma propuesta por Morales Lemus, integrada por distintos comités; de guerra, recaudación de fondos, adquisición de armas y toda clase de equipo, organización de las expediciones, propaganda, etc.

La organización del frente cubano en el exterior establecida de la manera que se deja expuesta, no tardó en tener a su frente a Morales Lemus. Con espíritu muy elevado, Valiente entendió que debía cederle el puesto, en beneficio de la causa, prestándole su cooperación a Morales Lemus. El Comité de patriotas, por su parte, entendió que debía desaparecer de la escena para refundirse en una corporación de campo más vasto, a la cual se dió el nombre de Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico. Céspedes, conocedor de los grandes servicios que Morales Lemus y demás miembros de la refundida Junta Revolucionaria de la Habana podían prestar a la Revolución, designó Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Cuba en los Estados Unidos de América, Apoderado General del Gobierno de la misma, Agente de la Revolución y Presidente de la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico que acababa de constituirse, a Morales Lemus. La representación de Cuba quedó constituida en esa forma, encabezada por una de las personalidades más respetadas, distinguidas y capacitadas de Cuba, intelectual y moralmente en la época. José Manuel Mestre, otra relevante personalidad de la época, de no menor prestigio, talento y capacidad que Morales Lemus, más joven y más enérgico en su hostilidad al régimen colonial y a sus intransigentes mantenedores, logró escapar de la Habana el 13 de marzo de 1869. Establecido en Nueva York, Morales Lemus lo propuso vocal de la Junta Central Republicana. Aceptado por unanimidad, dióse entrada también en la misma a Antonio Fernández Bramosio, José A. Echeverría, Enrique Pyñeiro, Francisco Fesser y a ex-vocales de la Junta Revolucionaria de la Habana, unidos con Morales Lemus por vínculos de amistad, respeto y consideración personal. De esta manera, en los mismos días en que se celebraba la Asamblea de Guáimaro, para unificar la Revolución bajo un solo gobierno representativo, acatado por todos, quedaba organizada, como creación del propio proceso unificador, el frente diplomático exterior, integrado por la mayoría de la brillante plana mayor del antiguo "Reformismo". Esta fué una importantísima contribución más de Occidente a la causa revolucionaria.

CAPÍTULO V

CONSTITUCION DEL GOBIERNO CUBANO. ASAMBLEA DE GUAIMARO

EN armas Oriente, Camagüey y Las Villas, y contribuyendo a la lucha por la independencia todo lo posible los cubanos separatistas de Occidente (Matanzas, Habana y Pinar del Río) con intentos subversivos, laborantismo, aporte de fondos y otros múltiples servicios en Cuba y en el exterior —éstos, por los emigrados de Occidente, la gran mayoría— el problema de mayor apremio para los cubanos al comenzar el mes de abril de 1869 era unificar el frente interno, y constituir un gobierno representativo del pueblo de Cuba opuesto a la dominación española. Un gobierno de ese tipo, regularía el reclutamiento y la organización del Ejército Libertador sobre iguales bases en todo el territorio cubano; permitiría operaciones combinadas de mayor efectividad contra el enemigo; fijaría normas para el régimen de la población civil en Cuba Libre, indispensable al quedar destruido por la Revolución el de la colonia; definiría y canalizaría las relaciones de los civiles entre sí, y de éstos con el Ejército Libertador recíprocamente; y produciría en el extranjero el efecto de tener que reconocer la existencia, aunque fuese *de facto*, de un gobierno representativo de los cubanos en armas. Ese gobierno sostendría la guerra con la aspiración justa y legítima de la independencia, acordaría la abolición de la esclavitud y significaría la fundación de una república más en la América, con garantías para las libertades y los derechos esenciales del hombre. En consecuencia, estaría asistido del derecho a ser reconocido beligerante y a disfrutar de los privilegios de tal. En las circunstancias del momento, en los Estados Unidos prevalecían estados de opinión muy favorables para ese reconocimiento. Urgía, por tanto, proceder al establecimiento del gobierno unificado cubano con la mayor rapidez posible.

El terreno estaba preparado para dar el gran paso en cuestión, dado que las diferencias hasta entonces existentes eran las de los orientales y los camagüeyanos, inclinados ya a llegar a un arreglo, cediendo una

parte y la otra mediante las conferencias o entrevistas entre Céspedes y Agramonte, y las persistentes y persuasivas gestiones de Ignacio Mora para inducir a Céspedes a una transacción. A Guáimaro concurrirían representantes de los tres departamentos alzados en armas. Estarían presentes también y habrían de tomar parte en la asamblea, los jóvenes de Occidente arribados en la expedición del *Galvanic* o llegados de otra manera a Camagüey, agrupados en torno de Ignacio Agramonte. La Asamblea habría de ser eminentemente representativa, por consiguiente. Los camagüeyanos habían dado ya un paso en ese sentido, incluyendo en su delegación a Antonio Zambrana, representante del grupo habanero.

La delegación de Oriente, encabezada por Céspedes, quedó formada por Antonio Alcalá y Jesús Rodríguez, de Holguín; José María Izaguirre, de Jiguaní, y confiada a Céspedes, en particular, la de Bayamo y Manzanillo, aun cuando el jefe oriental podía considerarse representante y vocero de todo el Departamento.

Esta delegación constituyó en Guáimaro un grupo representativo flojo, en comparación a la alta categoría revolucionaria de Oriente. Debióse ello, a que los jefes de mayor prestigio y autoridad de la conspiración y del alzamiento —Francisco Vicente Aguilera, Francisco Maceo Osorio, Pedro Figueredo, Donato Mármol, Luis Figueredo, Vicente García, Manuel Calvar y otros— no figuraban en la delegación junto a Céspedes, a la par que la presencia de no pocos de ellos en Guáimaro ponía de manifiesto, no obstante, el primer lugar de Oriente en la guerra.

Camagüey contó con una representación muy fuerte, formada por Salvador Cisneros Betancourt, Ignacio Agramonte, Miguel Betancourt Guerra y Antonio Zambrana. Genuinamente camagüeyana por sus tres primeros miembros, la adición de Zambrana, elocuente vocero por el momento de los jóvenes habaneros, estudiantes universitarios y profesionales casi todos, la hacía aparecer respaldada por Occidente.

De Las Villas compareció en Guáimaro una prestigiosa representación. Encabezábala el "respetable y honradísimo" Miguel Jerónimo Gutiérrez, jefe nato por su edad, la estimación general de sus provincianos villareños y su espíritu conciliador y sereno. Entrado en años el presidente de los delegados de las Villas, el resto de los miembros de la delegación, cinco, junto a Gutiérrez, hallábase en plena juventud, con la impetuosidad y la exaltación de la gente moza. Eran Eduardo Machado, Antonio Lorda, Honorato del Castillo, Tranquilino Valdés y Arcadio García. Machado, quizás el más fogoso del grupo, era hijo

de familia acomodada, hacendado y terrateniente su padre. Durante ocho años había permanecido en el extranjero, estudiando y observando las cosas y los hombres; el primero de dichos años, en los Estados Unidos, en 1856; los otros siete en Europa: Inglaterra, Francia, España, Alemania y Rusia. Honorato del Castillo, estudiante de medicina, con treinta años de edad y un espíritu marcadamente juvenil, representaba a Sancti-Spíritus en la delegación villareña.

Los villareños partieron de su provincia con la decidida inclinación de sumarse a Céspedes y apoyarlo. No obstante, una comisión enviada por Agramonte a conferenciar con ellos antes de llegar a Guáimaro, los hizo vacilar en su determinación y colocarse en la posición de ánimo de aguardar a la reunión de la asamblea para decidirse.

El ambiente de Guáimaro en los días inmediatamente anteriores a la reunión, ya inminente, de la Asamblea, y durante la celebración de ésta, fué de entusiasmo, regocijo y fiesta, paralizadas como se hallaban entonces las operaciones militares españolas en Camagüey por falta de tropas en cantidad suficiente. En esos días de expectación, Agramonte y sus amigos jóvenes, en particular los habaneros, con quienes congeniaban Eduardo Machado, el "dantoniano" Antonio Lorda y el muy atrayente y particularmente estimado Honorato del Castillo, unidos a Zambrana y a Rafael Morales y González, dedicáronse con marcado empeño y firme propósito a preparar y predicar, en constantes reuniones públicas, la idea de establecer una república marcadamente democrática. Las arengas que pronunciaban a todas horas, estaban, como dijera Manuel Sanguily, uno de los del grupo, "sobradas de lirismo y de espiritualismo político". El ambiente que prevaleció en Guáimaro antes de la Asamblea, durante la misma e inmediatamente después de su terminación, así como la "Carta Constitucional" que hubo de aprobarse, hubieran hecho pensar a Lamartine, escribió Manuel Sanguily, que aquellos jóvenes ardorosos, por el intercambio de un libro suyo muy popular, "se habían amamantado a los pechos de la Gironda" (1).

En la atmósfera de excitación y de fervor creada por los jóvenes, la debilidad, comparativamente hablando, de la reservada representación oriental, resultó más acentuada, inevitablemente. Contribuyó a ello, en no pequeña medida, la presencia en el poblado camagüeyano, sin ostentar el carácter de representante oficial de Oriente, de Francisco Vicente Aguilera, quien, como algunas otras personalidades concurrentes a Guáimaro, sabíase no inclinado a la política cespedita, y simpaticizante con las ideas de la juventud camagüeyana y habanera. Céspedes inspiraba, no obstante, respeto y admiración, tanto por su inquebran-

table entereza de carácter como por ser "el hombre de La Demajagua", el que había retado a muerte a España, proclamando la independencia, ocupando a Bayamo, "triunfo resonante y decisivo de la revolución en sus comienzos", y creado y dirigido el primer gobierno de Cuba Libre (2).

La apertura de las sesiones de la convención fijóse para el 10 de abril, pero en cambios de impresiones previos, trazáronse las líneas generales de los acuerdos a adoptar. En la mañana del citado día 10, constituídas las delegaciones en Asamblea, otorgóse por unanimidad la presidencia a Céspedes, quien, aparte de su alta jerarquía revolucionaria, resultaba ser la persona de mayor edad entre todos los delegados. Las dos secretarías que se acordó establecer, recayeron en Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana, representantes de la juventud. El primer paso de la Asamblea al entrar de lleno en la realización de sus labores, después de las mencionadas designaciones, consistió en aprobar las bases de la transacción política a que se había llegado previamente.

Al adoptarse dichas bases, planteóse una cuestión fundamental: la de la representación en la Asamblea Constituyente de los cuatro departamentos en que estaba dividida la Isla —Oriente, Camagüey, Las Villas y Occidente—. Oriente contaba con 264,000 habitantes en números redondos; Camagüey con 71,000. La población de Camagüey era entre el 26 y 27% de la población de Oriente, y, aproximadamente, solo el 5% de la de toda la Isla. Era evidente que si se adoptaba el principio democrático de la representación proporcional a la población, Camagüey tendría un corto número de representantes en la Asamblea.

Los camagüeyanos, sin embargo, siguiendo las normas de la Asamblea de Representantes del Centro, estaban decididos a ser los árbitros de las resoluciones en Guáimaro. Se habían adelantado, a ese efecto, a atraerse a la representación villareña y proponíanse darle representación al Departamento Occidental, contando como cuerpo electoral del mismo, al cortísimo número de jóvenes habaneros que rodeaban a Agramonte, de entre los cuales se escogería necesariamente los representantes del Occidente, adictos desde luego a las miras de los camagüeyanos. Para sostener esa solución antidemocrática, que lo llevaría a la Asamblea Constituyente de Guáimaro y más tarde a la Cámara de Representantes, Antonio Zambrana, hábil en sofismas y en una oratoria altisonante y efectista, proclamó la irreductible oposición de Camagüey a lo que él llamó *la tiranía del número* (3). Una población como la de Oriente, cuatro veces mayor que la de Camagüey,alzada contra España varias semanas antes que los camagüeyanos y que había

hecho frente a Valmaseda y a casi todo el peso de la fuerza española durante seis meses, ejercía, según Zambrana, *la tiranía del número*, al reclamar una representación proporcional a su alta cifra. Camagüey, vocero de la democracia contra la dictadura, rechazaba dicha tiranía enérgicamente. Una población como la de Camagüey, la cuarta parte aproximadamente que la de Oriente, no ejercía dictadura alguna al exigir la misma representación que los orientales; "velaba por la pureza de los principios democráticos".

En realidad, la lucha no era de principios, sino respecto a qué Departamento había de dominar en Guáimaro, si Camagüey u Oriente. Los camagüeyanos estaban absolutamente resueltos a que fuesen ellos. Antonio Zambrana, el mantenedor de la oposición contra *la tiranía del número*, no podía dejar de reconocerlo así. Lo consignó pocos años después, en vida aún la mayoría de los testigos y contemporáneos, en su libro *La República de Cuba*, publicado en Nueva York en 1873. Las razones "para que los miembros de la Primera Cámara Legislativa que había de funcionar en la nueva república no fuesen elegidos con arreglo a la población", escribió, "determinaron a la Constituyente a establecer la anomalía". "Se quería sólo, al exigir que cada Estado enviase el mismo número de mandatarios a la Cámara Legislativa, impedir la preponderancia exagerada de alguna de las agrupaciones (*Oriente*), en que por virtud del curso de los acontecimientos se encontraba dividido el país, y tener una garantía, *para decir toda la verdad*, de que ciertos principios fundamentales no se conculcasen con el tiempo, ya que en esos distintos grupos no se había mostrado el mismo interés por su reconocimiento y observación." "Había intereses encontrados entre los dos Departamentos y por último Carlos Manuel de Céspedes, admirado y venerado por todos por su intrepidez, su patriotismo y sus nobles cualidades, no era el elegido de un pueblo sino la expresión de una provincia, de un partido." Céspedes no podía dejar de comprender el objetivo perseguido por los camagüeyanos, cuyo vocero respecto del particular era Zambrana, al sostener éste su falaz oposición "a la tiranía del número". No obstante, después de replicar a la misma alegando el derecho de una mayor representación proporcional de Oriente, terminó por allanarse a la exigencia camagüeyana de igualdad de representación.

Adoptadas sin un voto de disenso las bases, éstas fijaron las grandes líneas de la política revolucionaria, y de la forma en que habría de constituirse el nuevo gobierno unificado de la revolución. Quedó, de esa manera, de manifiesto, el entendimiento previo de orientales y camagüeyanos, con el que se solidarizaron y al que contribuyeron anticipadamente también, habaneros y villareños.

Abierto el camino para la adopción de todos los acuerdos posteriores de la Asamblea, en la sesión mañanera, aprobáronse las siete resoluciones siguientes:

1. Los representantes reunidos en Guáimaro para establecer un gobierno general democrático, en virtud de las circunstancias que atravesaba Cuba, se consideran autorizados para asumir la representación de toda la Isla y acordar la guerra conducente al indicado objeto, con la reserva de que sus acuerdos serían sometidos para su ratificación o enmienda a los representantes de los diversos pueblos pronunciados, y de que más tarde, cuando fuese posible que el país se encontrase legal y completamente representado, estableciese, en uso de su soberanía, la Constitución que hubiere entonces de regir.

2. Las discusiones que se habrían de verificar, se sujetarían a las formas habituales en los cuerpos parlamentarios.

3. La Isla de Cuba se consideraría dividida en cuatro Estados: Occidente, Las Villas, Camagüey y Oriente.

4. La Cámara legislativa se constituiría por el concurso de los representantes de los cuatro Estados.

5. La mayoría, en los casos de votación, se constituiría por la mitad y un voto más de los que se dieren.

6. En virtud de no poder establecerse en las circunstancias del momento una representación enteramente legal del país, vendrían a la Asamblea en nombre de las Villas los miembros de la Junta Revolucionaria de Villa Clara que se hallan en Guáimaro y en nombre del Occidente los que fuesen elegidos por los cubanos de aquel Estado que se encontrasen en el territorio pronunciado.

7. Todos los americanos que desearan la ciudadanía cubana, quedarían equiparados a los naturales de la Isla de Cuba.

Con arreglo a estas bases, encomendóse a los Secretarios la formación de un proyecto de "ley política", resolución con la cual terminó la histórica sesión de la mañana.

En la de la tarde, comenzada a las cuatro, después de abierta la sesión con una alocución de Céspedes sobre el objeto del acto, dióse lectura al proyecto de Constitución, se aprobó éste en conjunto, y se entró en la discusión del articulado.

Los artículos primero a sexto, inclusivos, fueron aprobados por unanimidad: 1. El Poder Legislativo residirá en una Cámara de Representantes; 2. A esta Cámara concurrirá igual representación por cada uno de los cuatro Estados en que se considera desde este instante dividida la Isla; 3. Estos Estados son: Occidente, Las Villas, Camagüey y Oriente;

4. Sólo pueden ser representantes los ciudadanos de la República mayores de veinte años; 5. El cargo de representante es incompatible con todos los demás de la República; 6. Cuando ocurran vacantes en la representación de algún Estado, el Ejecutivo del mismo dictará las medidas necesarias para la nueva elección.

El artículo séptimo, referente a los nombramientos del Presidente de la República, del General en Jefe, del Presidente de la Cámara y de los empleados de ésta, todos los cuales debían ser hechos por el organismo legislativo, promovió el primer debate. Eduardo Machado y Miguel Jerónimo Gutiérrez propusieron que el General en Jefe fuese nombrado por el Ejecutivo. Rechazada esta enmienda por los votos de los demás representantes, Céspedes propuso en forma de enmienda que se agregase al artículo lo siguiente: "El General en Jefe está subordinado al Ejecutivo y debe darle cuenta de sus operaciones", que fué aprobada por unanimidad. Los artículos noveno, décimo y undécimo, referentes a que la Cámara de Representantes podía deponer libremente a los funcionarios cuyo nombramiento le correspondía; que las decisiones legislativas de la Cámara necesitaban para ser obligatorias la sanción del Presidente; y que si no la obtuviesen volverían inmediatamente a la Cámara para nueva deliberación, aprobáronse por unanimidad. Al artículo doce, que concedía al Presidente el término de diez días para impartir su aprobación a los proyectos de ley o negarla, Cisneros Betancourt propuso la reducción del término a cinco días, enmienda que fué desechada. El artículo decimotercero, que hacía forzosa la sanción del Presidente una vez que la Cámara hubiese ratificado su resolución después de oír las objeciones del Ejecutivo, fué aprobada por la Asamblea, después de rechazar una enmienda de Céspedes que autorizaba un segundo veto del Presidente de la República. Los artículos catorce y quince fueron aprobados después de desecharse dos enmiendas de tipo federalista de Salvador Cisneros Betancourt. El artículo décimosexto, "El Poder Ejecutivo residirá en el Presidente de la República", fué aprobado sin discusión. Al décimoséptimo Céspedes propuso una enmienda: la edad para ser Presidente de la República debía elevarse a más de los 20 años propuestos por los ponentes, pasando a ser 30. Céspedes propuso, además, que para poder ser Presidente de la República se exigiese la condición de haber nacido en Cuba. Ambas enmiendas, que dieron lugar a un largo debate, fueron al fin y al cabo aprobadas.

Los artículos dieciocho, diecinueve y veinte, referentes a que el Presidente de la República estaría facultado para celebrar Tratados los cuales sometería a la aprobación de la Cámara; que designaría a los

Embajadores, Ministros y Cónsules de la República; que recibiría a los Embajadores, cuidaría de que las leyes se ejecutasen fielmente y expediría todos sus despachos a todos los empleados de la República, fueron aprobados por unanimidad. El artículo veintiuno del Proyecto de Constitución, "El Presidente nombrará los Secretarios de Despacho" fué objeto de una enmienda propuesta por Céspedes, a virtud de la cual resolvióse que los Secretarios de Despacho los propondría el Presidente y los aprobaría la Cámara. Esta enmienda cespedita, contraria a los propósitos que se le atribuían de querer concentrar la mayor autoridad en sus manos, fué recibida con simpatía y aplaudida con calor. El artículo 22 no provocó discusiones entre los asambleístas; limitábase a establecer que el Poder Judicial sería organizado por una ley una vez constituido el organismo legislativo. Céspedes echó de menos una prerrogativa propia del Poder Ejecutivo: la de indultar a los delincuentes políticos. Propuso que se incluyese en la Constitución pero estimando, sin duda, que esta era una facultad peligrosa en manos del Presidente, la asamblea negóse a incluirla en la Constitución después de discutirse largamente el punto.

Con la aprobación del artículo 23 quedó prácticamente aprobada la ley fundamental del gobierno revolucionario de Cuba Libre. Los restantes cinco artículos del proyecto no suscitaron polémicas, aprobados sin vacilación en el texto del proyecto. Este completóse con un artículo por el cual se prohibía a los ciudadanos de la República el admitir honores o distinciones de un país extranjero.

X El 11 de abril, en horas de la tarde, celebróse la tercera y última reunión de la Asamblea Constituyente. El espíritu regionalista levantó la cabeza en la Asamblea, que aspiraba a ser genuinamente nacional, con la proposición del delegado Izaguirre de que el orden en que se mencionaban los cuatro Estados en que se dividía la Isla —Occidente, Las Villas, Camagüey y Oriente— se modificase para fijarlo "según la cronología de la revolución", o sea, Oriente, Camagüey, Las Villas y Occidente. La primacía revolucionaria era reclamada en esa forma por los orientales. Basada en una cuestión de hecho, era en cierto sentido irrefutable, por lo cual fué aprobada sin modificación. El espíritu de negación cerrada de las tradiciones del pasado, no prevaleció en la Asamblea, cuando Machado propuso y fué rechazado, el nombre de Cubanacán para designar el Estado de Las Villas.

En la parte final de la sesión planteóse el problema con que se enfrentó Céspedes al proclamar la independencia en La Demajagua: la elección de una bandera para la República. Compuesta y enarbolada

por Céspedes, según quedó expuesto en lugar oportuno, en Oriente usábase desde el comienzo de la insurrección la llamada "bandera de Bayamo".

Los villareños y los camagüeyanos tenían una preferencia por otra insignia que hablaba a sus acendrados sentimientos separatistas. Para ellos, la bandera de Cuba revolucionaria era aquella por la cual habían derramado ya su sangre los cubanos en Las Villas y en Camagüey, aparte de haber flotado también en Cárdenas y en la desgraciada expedición del general Narciso López a Pinar del Río: la bandera actual de la República, adoptada por López y sus compañeros de conspiración en Nueva York. Los camagüeyanos y los villareños, apoyados por la representación de Occidente en la Asamblea, propusieron que se adoptase la bandera cubana actual. Céspedes reclamó que no se olvidasen los triunfos de la bandera que se alzó en Yara. No tomar en cuenta la misma, constituiría un acto de ingratitud, después de los triunfos por ella alcanzados y de la sangre derramada a su sombra, ingratitud tan marcada como la que Honorato del Castillo e Ignacio Agramonte temían que se cometiese con la bandera de Narciso López y de Joaquín de Agüero. Los títulos adquiridos por el Departamento Oriental, expresó Céspedes, no debían olvidarse ni agravarse por los constituyentes. La votación de la Asamblea favoreció la bandera actual, pero acto seguido después de concluida la misión confiada a los representantes o asambleístas, constituida la Cámara de Representantes bajo la presidencia y la vice-presidencia de Salvador Cisneros Betancourt y Miguel Jerónimo Gutiérrez respectivamente, con las dos secretarías y vice-secretarías cubiertas por Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana las primeras, y Miguel Betancourt y Eduardo Machado las segundas, el primer acuerdo de la Cámara fué una medida de conciliación política y de consideración a Céspedes y a Oriente, que acababan de ser excluidos de la mesa del organismo del Poder Legislativo: el de adoptar, a propuesta de Antonio Zambrana que había abogado calurosamente a favor de la bandera actual de la República, la proposición de que "el primer acuerdo de la Cámara de Representantes, consistiese en disponer que la gloriosa bandera de Bayamo se fijase en la sala de sus sesiones y se considerase como una parte del tesoro de la República".

Después de este primer paso de cordialidad política representado por el acuerdo referente a la "bandera de Bayamo", la Cámara, por aclamación unánime, designó a Céspedes Presidente de la República, jefe del Poder Ejecutivo, y en igual forma, a Manuel de Quesada, jefe militar superior de Camagüey, General en Jefe del Ejército Libertador.

La designación de Manuel de Quesada, que en la fecha de la constitución del Gobierno en Guáimaro no se hallaba todavía ligado a Céspedes por vínculos de parentesco político, fué una designación camagüeyana. El General Quesada, que asumió por sí mismo la jefatura militar de Camagüey desde su desembarque en La Guanaja, cargo en el que fué ratificado primeramente por el Comité del Centro, y con posterioridad por la Asamblea de Representantes del Centro, era un típico hijo de Camagüey.

Honrado y enaltecido por la Cámara, con el reconocimiento de sus méritos revolucionarios y políticos al designársele Presidente de la República, Céspedes, en el plano de borrar pasadas diferencias y hacer pública manifestación de aprecio a una de las más relevantes figuras de Oriente, y de las de mayor significación revolucionaria, propuso a la Cámara para Secretario de la Guerra al prócer bayamés Francisco Vicente Aguilera. Esta iniciativa cespedita fué acogida con gran satisfacción por la Cámara y por todos los reunidos en Guáimaro. La Cámara apresuróse a aprobar por unanimidad la proposición de Aguilera efectuada por Céspedes, e hizo constar en acta las vivas demostraciones de aplauso a la proposición del Presidente de la República aprobada unánimemente por los legisladores. En un breve discurso, Céspedes dió un segundo paso muy significativo y muy aplaudido en el orden político. Expuso su amor y su respeto al nuevo orden de cosas, establecido por la Asamblea, desprendió de su traje las insignias de jefe militar de la revolución que había usado hasta entonces, y las puso a disposición de la Cámara, a fin de demostrar que todos los jefes debían desnudarse ante el organismo legislativo, la suprema autoridad de la República, de la autoridad de que habían estado investidos hasta aquel momento. La Cámara recibió con beneplácito y mucho entusiasmo, según hizo constar en acta, este nuevo paso político del Presidente.

La primera sesión del organismo legislativo se cerró con un acuerdo propuesto por los camagüeyanos anticipadamente: el de tomar en consideración una solicitud presentada por un número de ciudadanos, con firmas recogidas por entusiásticas damas camagüeyanas presentes en Guáimaro, de una proposición de sentido anexionista de la República de Cuba a la República de los Estados Unidos. Esta grave cuestión no podía dejar de ser tomada en consideración por la forma en que habían sido recogidas las firmas y se había presentado el documento a la Cámara, el cual era, además, de hecho, una ratificación de una medida similar aprobada por la Asamblea de Representantes del Centro de Camagüey, comunicada al Presidente de los Estados Unidos Ulyses Grant

en carta de 6 de abril. El acuerdo de la Cámara consistió en designar una comisión compuesta por los diputados a la Cámara Miguel Jerónimo Gutiérrez, marcadamente inclinado al anexionismo, Antonio Lorda, Honorato del Castillo, Miguel Betancourt y Jesús Rodríguez, para que estudiase el asunto y preparase un dictamen a la Cámara. La mayoría de la Comisión era villareño-camagüeyana, con un solo voto, no muy significado, de Oriente, el de Jesús Rodríguez.

Cumplida en lo fundamental la misión de la asamblea y designados los ciudadanos que habían de integrar el Poder Legislativo de la República, ocupar la Presidencia y la jefatura superior del Ejército Libertador, el día 12 fué el de los actos solemnes de las investiduras. Carlos Manuel de Céspedes quedó en posesión del cargo de Presidente de la República en funciones, desde el momento; Manuel de Quesada juró el de General en Jefe, y la Cámara de Representantes constituyóse en sesión permanente. La composición del Gabinete, iniciada por Céspedes al proponer a Aguilera para la Secretaría de la Guerra, procedió a completarla con las proposiciones de Pedro Figueredo para Sub-secretario de la Guerra con Aguilera; de Eligio Izaguirre para la Secretaría de Hacienda; para la de lo Exterior, de Eduardo Agramonte y Piña; y para la de Relaciones Exteriores, al profesor Cristóbal Mendoza. Aguilera, cuyas simpatías por los camagüeyanos, recíproca, era bien conocida así como su compenetración con Ignacio Agramonte, asumió, con Céspedes y Quesada, la responsabilidad de dirigir la guerra. Eduardo Agramonte y Cristóbal Mendoza, camagüeyanos de sentimientos y de representación, integraron con Aguilera una mayoría en el gabinete que, en ningún sentido podía ser un instrumento de Céspedes. Al constituir su consejo de gobierno en esa forma, Céspedes fué consecuente con su criterio favorable al régimen parlamentario, puesto de manifiesto en la Asamblea Constituyente con su proposición de que los secretarios del despacho fuesen sometidos por el Ejecutivo a la aprobación de la Cámara. De hecho, en el Gabinete sólo contaba con un oriental que podía considerarse adicto a su política, Eligio Izaguirre.

Apreciada en su conjunto, la labor de la Asamblea de Guáimaro, tuvo el alto sentido político de ser una transacción entre las ideas y las tendencias de Céspedes y las de los camagüeyanos asociados a la juventud habanera reunida en torno de Agramonte, con el refuerzo de los villareños Eduardo Machado, Honorato del Castillo y Antonio Lorda. Sobradas de lirismo y de espiritualismo político —calificación de Manuel Sanguily— las arengas, más o menos inspiradas en las de los girondinos de la revolución francesa, de Agramonte, Zambrana, Rafael

Morales y González, Honorato del Castillo y el "dantoniano" Antonio Lorda, estaban muy distantes de apartarse en el fondo de las realidades políticas del momento, aún cuando apareciesen dominadas por el idealismo cosmopolita, filantrópico y humanitario que hacía pensar en un mundo de paz y de confraternidad, como escribiera también Manuel Sanguily. En Guáimaro la gente joven hizo política, "realista", muy ajustada a los objetivos corrientes de los partidos políticos en condiciones similares: lograr posiciones, obtener ventajas, hacer prevalecer criterios, ganar adeptos, asegurarse mayoría y asumir la mayor suma posible de poder. Precisamente, la gente joven, aparentemente la más susceptible de dejarse arrastrar por el lirismo y el ensueño, en ningún instante perdió de vista la controversia política planteada, transada pero no liquidada, existente entre ellos y Céspedes, desde antes de la proclamación de la independencia, acentuada a partir de aquel gesto audaz del hombre de La Demajagua. Esa gente joven, al no olvidar la disparidad política de las dos grandes tendencias de la revolución, no hizo dejación en ningún momento de su dominante voluntad de poder. No refrenaron el impetuoso deseo, con la intransigencia y el espíritu dogmático de la juventud, apenas atemperado por los convencionales de mayor experiencia y edad, de tomar en sus manos la dirección suprema de la revolución, victoria lograda plenamente por ellos. Al proceder en esa forma, hiciéronlo no sólo arrastrados por el fervor de los cortos años. Movíalos también el recelo que les inspiraba un hombre de las condiciones de carácter y la inquebrantable voluntad de Céspedes. Imbuídos de las ideas y las doctrinas de la revolución francesa de 1789, entusiásticos admiradores de los procedimientos drásticos de la misma, eran positivamente revolucionarios. Un ansia irrefrenable de reformarlo todo los dominaba por completo. Legislar y legislar sin limitación alguna; movíalos el propósito de extirpar de raíz cuanto fuese tradición colonial, erigiendo sobre sus ruinas una organización republicano-democrática, de acuerdo con los principios y el generoso idealismo de los girondinos. Rindieron un testimonio verbal de respeto, en la primera de las bases para la Constitución aprobada en 10 de abril, al principio mantenido por Céspedes de reservarle al pueblo de Cuba la potestad de resolver el sistema permanente de su organización política y social, para cuando pudiese estar más ampliamente representado, al declarar en dicha base que los acuerdos de Guáimaro serían provisionales y estarían sujetos a modificación por el pueblo cubano al hallarse éste en las condiciones expresadas por Céspedes; pero cuidaron de darle a la Constitución aprobada en la histórica Asamblea, en la cual se asegura-

ron una mayoría, el más firme carácter de permanencia, al establecer en el artículo 29, referente al respecto a las mayorías, que para enmendarla se requeriría el voto unánime de los miembros de la Cámara. Mientras hubiese un solo partidario de sus ideas en el organismo legislativo, la Constitución no podría ser modificada. Agrupados con Agramonte jefe indiscutido, los jóvenes abrigaban la convicción de que los hombres maduros y de condición templada eran útiles para el consejo y la determinación de orientaciones generales; también para prestar un sello de repetabilidad y de prestancia a los organismos del Estado. Pero no reunían, a su juicio, las condiciones necesarias para una acción renovadora radical de lo viejo y lo caduco. Esta era indispensable confiarla al ímpetu, el coraje, y el desinterés de la juventud, no cohibida por las obligaciones, los compromisos, las necesidades y responsabilidades, las dudas y las vacilaciones que atan por lo común a los hombres maduros, jefes de familia. Seguros de la rectitud de sus intenciones, convencidos de la razón que les asistía, adelantáronse a asegurarse el apoyo de los villareños tan pronto entraron éstos en Camagüey, contando, como contaban ya, con la simpatía, la aquiescencia y el respaldo de revolucionarios camagüeyanos y orientales de edad y experiencia, inconformes con no pocos de los procedimientos de Céspedes. La mayoría absoluta de que dispusieron en Guáimaro les permitió, de hecho y de derecho, asumir la dirección de la revolución, su principal objetivo. Colocaron a Céspedes, tratado con respeto, en una posición subordinada. De persistir éste en su sistema, tratando de hacerlo prevalecer en contravención de los acuerdos de la Asamblea Constituyente, podría la Cámara, sin dificultad, destituirlo. Alerta estaría la Cámara al respecto, a la vez que tomaba a su cargo el dictar las leyes renovadoras, justicieras y democráticas de Cuba republicana, independiente y libre.

El grupo camagüeyano-habanero-villareño de revolucionarios jóvenes que, con Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana a la cabeza, logró la realización de sus propósitos en Guáimaro, no triunfó por sí mismo exclusivamente, por sus propias fuerzas. Aseguróse la mayoría en la Asamblea gracias a que contó con el apoyo decisivo de varios de los más ilustres patriotas presentes, pertenecientes a la generación anterior. Estos, por sus años, su moderación, sus elevadas prendas de carácter, su experiencia y serenidad de juicio, su espíritu bondadoso y conciliador y sus firmes y arraigadas convicciones democráticas, gozaban de un bien merecido respeto y ejercían una gran influencia moral sobre los jóvenes y sobre sus compañeros de la guerra, distinguiéndose

especialmente entre ellos Francisco Vicente Aguilera, de Oriente; Francisco Sánchez Betancourt, de Camagüey; Miguel Jerónimo Gutiérrez, de las Villas; y a distancia, desde Nueva York, José Morales Lemus, de la Habana, aunque era, por nacimiento, holguinero. Ignacio Mora y otros, algo más jóvenes que los mencionados, podían incluirse en el grupo de esas personalidades. De convicciones personales y de carácter distintos en diversos aspectos, ejercía asimismo una influencia moral grande Salvador Cisneros Betancourt. Oíanse sus opiniones con gran respeto, a título de alto representante de Camagüey, de su posición social, su acendrado patriotismo y su republicanismo intransigente, marcadamente regionalista. Todas estas personalidades, a las que se unían otras menos destacadas y prominentes, simpatizaban en el orden personal con Agramonte y los suyos. Sentíanse compenetrados con la gente joven, contagiadas con el entusiasmo fervoroso de ésta. Estimaban y respetaban a Céspedes, y apreciaban sus méritos revolucionarios y personales, pero entendían que la autoridad unipersonal de que se había investido al alzarse en La Demajagua era excesiva y peligrosa. Consideraban inaceptable, en un régimen republicano y democrático, un sistema de gobierno unipersonal, con poderes demasiado amplios, como el establecido por Céspedes. No se compaginaba un gobernante con el espíritu y los ideales de la revolución ni aun temporalmente, dentro del estado de guerra. Ciertamente que debía procederse con prudencia y avanzar con cautela en las reformas de carácter político y social, mas ésto no justificaba, sin embargo, el aplazamiento de la sustitución del régimen colonial por el republicano hasta que terminase una guerra de duración indeterminada. Los hechos habían demostrado, además, que el plan concedido por Céspedes era incompleto: no se ajustaba a la situación que creaba e iba acentuando la guerra. La implantación de reformas de tipo social democrático habría de ganarle simpatías a la revolución dentro y fuera de Cuba; contribuiría a la más rápida y segura conquista de la victoria.

El apoyo desinteresado, sincero y bondadoso de Miguel Jerónimo Gutiérrez aseguró a la gente joven el respaldo de Las Villas. El de Salvador Cisneros Betancourt, Francisco Betancourt e Ignacio Mora, el de Camagüey. El de Francisco Vicente Aguilera contrapesaba en buena parte la influencia personal de Céspedes en Oriente. Morales Lemus desde la emigración, aunque en un todo favorable a Céspedes, tenía a la juventud en el justo aprecio que merecía. La opinión de todas esas personalidades, no podía dejar de hacerse sentir en el ánimo de Céspedes de sus amigos más adictos. Las evidencias históricas señalan

que Céspedes continuó creyendo en las ventajas para la guerra de una dirección centralizada, provista de amplios poderes. Entendió, pese a ello, que debía, democráticamente, acatar la voluntad manifiesta de la mayoría. No hay nada que autorice a pensar que abrigase el propósito de no proceder con lealtad respecto de esa fundamental cuestión.

El régimen establecido por la Constitución y el gobierno organizado en Guáimaro fué un régimen "mayoritario" en las circunstancias del momento. La transigencia de Céspedes en Guáimaro respecto de la sustitución de gran parte de su programa cabe colegir que se debió, por una parte, a las convicciones democrático-republicanas de Céspedes; por otra, al dominio que ejercía sobre sí mismo, así como a que la mayoría dominante en la Convención Constituyente lo trató con respeto y consideración, aun cuando desechase gran parte de las ideas del caudillo oriental. En último término, él no pudo dejar de comprender que en lo fundamental salió ganancioso en Guáimaro. Jefe sólo del Departamento de Oriente, con poderes y autoridad muy discutidos desde que los asumió en La Demajagua, y con su popularidad disminuía al cabo de los meses, en Guáimaro recibió la investidura de la Presidencia de la República de Cuba, con la autoridad constitucional y moral y el prestigio de una elección legítima, unánime y libre, del pueblo cubano de toda la Isla en armas. La elección constituía una sanción favorable de su determinación de proclamar la independencia y retar a España. Esto, en cuanto a él. En lo que a la Cámara de Representantes corresponde, era propio y admisible que el poder legislativo, con una amplia base de representación, asumiera la autoridad suprema en el campo revolucionario, como agente directo de la soberanía popular. Agramonte y sus adictos tuvieron por objetivo, y así hubieron de lograrlo, que una sola persona no tuviese la facultad discrecional de resolver las cuestiones fundamentales de dirigir la revolución. Céspedes aceptó ese punto de vista, y la Cámara convino en nombrarlo Presidente de Cuba, con poderes limitados, sin peligro alguno, puesto que la Cámara podía destituirlo en cualquier momento por un simple voto de mayoría.

Apacible y gozoso el ambiente en Guáimaro, el Ejecutivo y la Cámara, al entrar en funciones, halláronse frente a frente a una realidad que no podían ignorar, ni estaba en sus manos alterar en lo primordial de la misma: la de la guerra.

Para los cubanos, la cuestión esencial en la lucha emprendida, era la del armamento y las municiones, en imprescindible necesidad de ser importadas, con el auxilio que pudiesen prestar los emigrados cubanos.

Por lo demás, los objetivos y la táctica de los insurrectos continuaron siendo los mismos del día en que proclamaron la independencia en La Demajagua, marcadamente distintos de los del mando español. Este disponía de una absoluta superioridad de armamentos y de toda clase de material de guerra. En numerosas y bien protegidas bases costeras, y en cierto número de éstas de tierra adentro, prácticamente inexpugnables para los cubanos por el momento, faltos de artillería como se hallaban, de fusiles, y de municiones en la cantidad necesaria, el mando español, centralizado e investido de plena autoridad, respaldado en lo absoluto por el gobierno metropolitano, contaba también con la ventaja incontestable del dominio del mar. En una isla larga y estrecha como Cuba, cabía la posibilidad de establecer trochas militares que la dividiesen en secciones o segmentos incomunicados unos de otros, en los que pudieran irse concentrando el mayor número de tropas para ir las pacificando por turno, unos tras otros. Las dificultades de la guerra eran evidentes para la Metrópoli, sin embargo. Esta enviaba sus soldados por miles a morir víctimas de la fiebre amarilla, las viruelas, el paludismo, la fiebre tifoidea y otras plagas y enfermedades no menos perniciosas. Las largas marchas de las columnas, por caminos casi intransitables, rendían y agotaban las tropas, con una fuerte reducción de los efectivos disponibles. El gasto de sostener la guerra era abrumador para las cajas españolas, a pesar de los fuertes ingresos que el Fisco colonial obtenía en la Isla, y la prolongación de la lucha creaba dificultades al gobierno septembrista en la Península. La guerra, por lo tanto, no podía ser para España una guerra de desgaste, sino una lucha que debía llevarse adelante con toda intensidad y energía, a fin de terminarla en el más corto plazo.

Los condiciones del terrible conflicto eran también de extrema dificultad para los insurrectos cubanos, expuestos a las mismas plagas epidémicas que las fuerzas españolas, exceptuada la fiebre amarilla, con la agravación de todas, a causa de la falta de medicinas, de asistencia médica y de hospitalización. Era indudable, sin embargo, que el poder de resistencia cubano superaba al de las tropas peninsulares. El objetivo básico desde el punto militar era enteramente distinto, a virtud de que los insurrectos hallábanse virtualmente interesados en extender la lucha a todo el territorio cubano y en mantenerla activa en todas las jurisdicciones, así como en destruir las fuentes de ingresos del gobierno metropolitano en la Isla, imposibilitándolo para sostener la guerra indefinidamente. Una desventaja fundamental para los insurrectos, era la falta del poder ofensivo de la artillería y la extrema

escasez de fusiles, municiones, vestuario, medicinas y demás material de guerra, para sostener ésta con intensidad por tiempo indeterminado. Las dificultades para introducir armas y pertrechos en la Isla, dominado el mar a lo largo de todas las costas cubanas por la marina española, era el obstáculo más formidable para los cubanos.

En Oriente, pocas semanas después de haber recuperado a Bayamo para España, el 4 de abril, sólo seis días antes de reunirse la Asamblea de Guáimaro, Valmaseda anunció una brutal guerra de exterminio. Al abrir las operaciones militares desde la incendiada ciudad, ya recibidos abundantes refuerzos, lanzó una bárbara proclama regada en poblados y campos, destinada a tratar de acobardar las fuerzas insurrectas, y a obligar a la población rural que ayudaba a los cubanos en todas las formas posibles, a abstenerse de hacerlo y a reconcentrarse en los poblados con guarnición española, fortificados por orden terminante del Conde, con el apoyo del comercio español local, y el trabajo forzado de todo hombre útil del lugar.

Afortunadamente para las fuerzas revolucionarias, poco después de Guáimaro viéronse favorecidas y alentadas con el recibo de dos valiosas expediciones del exterior. La del vapor *Perit*, desembarcada en la península del Ramón, costa septentrional de Oriente, conducida por Francisco Javier Cisneros al mando del general norteamericano Thomas Jordan, con 300 hombres, 4,000 fusiles, varias piezas de artillería y considerable cantidad de material de guerra. Desembarcada la expedición fué atacada inmediatamente por una fuerte concentración de tropas españolas transportadas por mar. Los insurrectos perdieron gran parte del material y sufrieron algunas bajas en los primeros momentos. Reaccionaron con vigor dirigidos por Jordan, recuperaron todo lo perdido, causaron fuertes bajas a las tropas españolas, las obligaron a retirarse y pudieron los expedicionarios marchar tierra adentro y reunirse con las tropas cubanas. Jordan, que con la autorización del Gobierno había sido contratado por la Junta Central Revolucionaria de Cuba y Puerto Rico para la lucha en Cuba, fué designado jefe superior de Oriente. Secundado por Donato Mármol, Máximo Gómez, Calixto García, José de Jesús Pérez y otros jefes de las fuerzas de Cuba y de Jiguaní, dirigió un ataque infructuoso contra un cafetal fuertemente fortificado de la zona de El Cobre, que faltos los cubanos de poder ofensivo bastante, no pudo ser tomado. Poco después, llamado por el Gobierno a Camagüey, para ser designado jefe de estado mayor del Ejército Libertador, renunció a su mando de Oriente. La otra expedición fué conducida por Rafael de Quesada, en el *Anna*; desembarcó

felizmente en Nuevas Grandes. Ya a mediados de 1869, al frente de la capitanía general Caballero de Rodas, cuando éste trazaba sus planes y comenzaba sus preparativos para una fuerte campaña contra los camagüeyanos al iniciarse el período de la seca, 1869-70, el más favorable siempre para las operaciones españolas, la guerra era todavía en Camagüey poco intensa. Sin embargo, el haberse constituido el gobierno cubano en Guáimaro y el mantener su residencia durante algún tiempo en Camagüey, convertía el Departamento Central en uno de los de mayor peligrosidad por el momento para España. Camagüey hallábase, por tanto, en turno para resistir el peso de una recia ofensiva española, pocos meses después de haberse constituido en una de sus pequeñas poblaciones que pasó a ser histórica, el gobierno unificado representativo y democrático de la Revolución Cubana.

NOTAS

CAPITULO I

- (1) HERMINIO PORTELL VILÁ: *Céspedes. El Padre de la Patria*. Madrid, 1931, pág. 16.
- (2) CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES Y QUESADA: *Carlos Manuel de Céspedes*. París, 1895.
- (3) RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ: *Guerra de los Diez Años, 1868-1878*. Vol. I, págs. 47-48.

El texto del Manifiesto puede ser consultado fácilmente en la obra *Historia de la Guerra de los Diez Años (desde su origen hasta la asamblea de Guáimaro)*, por Francisco J. Ponte Domínguez, págs. 229-232.

- (4) RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ: *Guerra de los Diez Años*. Vol. I, págs. 47-48.
- (5) ROBERTO AGRAMONTE: *José Agustín Caballero y los orígenes de la conciencia cubana*. Biblioteca del Departamento de Intercambio Cultural de la Universidad de la Habana. La Habana, 1952, pág. 333.
- (6) ROBERTO AGRAMONTE: Obra citada, págs. 333 y 344-45.
- (7) RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ: *Guerra de los Diez Años*. Vol. I, págs. 59 a 61.
- (8) RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ: *Guerra de los Diez Años*. Vol. I, págs. 72-73.
- (9) RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ: *Guerra de los Diez Años*. Vol. I, págs. 86-88.
- (10) JUAN J. REMOS Y RUBIO: *Historia de la Literatura Cubana*. Tomo II, Capítulo XIV, págs. 3-45. La Habana, 1945.
- (11) RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ: *Manual de Historia de Cuba*. Cap. XXI, págs. 527-612.

CAPITULO II

- (1) RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ: *Guerra de los Diez Años*. Vol. I, págs. 181-184.

CAPITULO III

- (1) JUSTO ZARAGOZA: *Las insurrecciones en Cuba*. Vol. II, págs. 745-46.
- (2) Dióse este nombre a la propaganda, directa o indirecta, en cualquiera de sus formas, velada o abierta, a favor de la independencia, o en contra de España. A los que se dedicaban a la misma los llamaban los españoles laborantes, denominación aceptada con orgullo por los cubanos.
- (3) JUSTO ZARAGOZA: *Las insurrecciones en Cuba*. Tomo II, págs. 508 y 509.
- (4) RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ: *Guerra de los Diez Años*. Tomo I, págs. 223 y 224.

CAPITULO IV

- (1) EUGENIO BETANCOURT AGRAMONTE: *Ignacio Agramonte y la Revolución Cubana*. Páginas 81 y 82.
- (2) EUGENIO BETANCOURT AGRAMONTE: Obra citada, págs. 98 y 99.

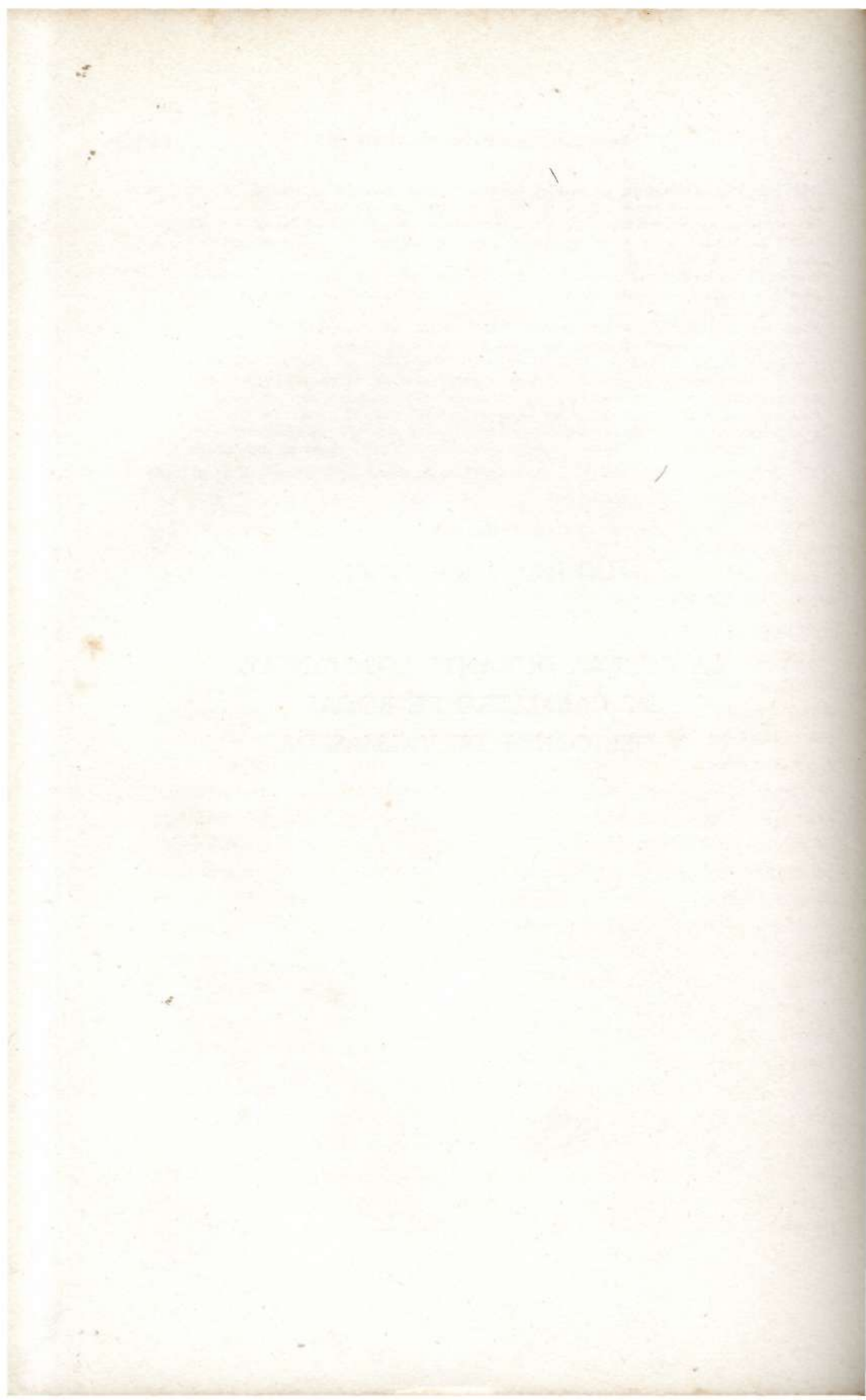
- (3) Mateo Casanova y Ximénez, nació en Sancti-Spiritus, el primero de abril de 1814. Nieto e hijo de altos jefes militares españoles, su abuelo, Mateo Casanova y Gil, fué Coronel de Infantería, con distinguidas condecoraciones españolas. Sargento Mayor del Batallón de Milicias Provinciales de Cuba y Bayamo, sirvió a las órdenes del Conde Gálvez, en la expedición de éste enviada por España en 1782 a Cuba. Pasó más tarde al Batallón de Milicias de las cuatro Villas, con residencia en Sancti-Spiritus. El coronel Mateo Casanova y Ximénez tuvo un hijo, Don Joaquín Hipólito Casanova y Súniga, Capitán de Infantería, que contrajo matrimonio en Santa Clara, donde falleció en 1863. Don Joaquín tuvo dos hijos, Mateo de los Dolores Casanova y Jiménez, que siguió también la carrera militar, sirvió en el Ejército del Norte de España a las órdenes del Conde de Luchana, fué cadete del Regimiento de Línea de León y del de Nápoles, y estuvo de guarnición en Matanzas, hasta renunciar a la carrera militar, pasar a residir en Sancti-Spiritus y sumarse a la Revolución con su hermano Rafael, al sublevarse los villareños en febrero de 1869. (Datos en poder del autor, suministrados por familiares de ambos hermanos, Mateo y Rafael, alzado el primero cuando contaba ya cincuenta y cuatro años de edad.)
- (4) JUSTO ZARAGOZA: Obra citada, págs. 374 y 774.

CAPITULO V

- (1) MANUEL SANGUILY Y GARRITTE: *Oradores de Cuba*, pág. 80.
- (2) RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ: *Guerra de los Diez Años*. Vol. I, pág. 249.
- (3) ANTONIO ZAMBRANA: *La República de Cuba*. Pág. 33.

LIBRO SEGUNDO

LA GUERRA DURANTE LOS MANDOS
DE CABALLERO DE RODAS
Y DEL CONDE DE VALMASEDA



CAPÍTULO I

EL IMPACTO DE LA GUERRA EN CAMAGÜEY

PARA sustituir a Dulce, poniéndole término al mando interino, sin autoridad ni prestigio, de Ginovés Espinar, el gobierno septembrista designó el general Antonio Caballero de Rodas, desembarcado en la Habana el 28 de junio de 1869. El nuevo capitán general era, como Dulce, un jefe firmante con Serrano, Prim y el almirante Topete, del manifiesto de Cádiz, al producirse la revolución de 18 de septiembre de 1868. Joven y aguerrido, gozaba de mucho crédito como jefe activo y valeroso, enérgico sin caer en extremismo, firmemente partidario de la disciplina militar. Apenas ocupado el poder, el gobierno lo designó para reprimir desórdenes públicos en el sur de España, causados en el Puerto de Santa María y otros de la provincia de Cádiz por jornaleros armados y sin trabajo, que se enseñorearon de la ciudad, capital de la provincia, apoderándose de fusiles, depositados en los almacenes del ejército, unidos a republicanos contrarios al gobierno. Suprimida la insurrección en Cádiz y otros lugares inmediatos, Caballero de Rodas pasó a Málaga, donde se habían producido trastornos similares con mayor fuerza, no obstante lo cual logró ponerles fin sin mucho derramamiento de sangre ni extremar las medidas represivas. Entre los jefes del ejército, ninguno gozaba de tanta confianza en el ministerio, de manera que no hubo vacilación en designarlo para el mando en Cuba, con la doble misión de poner freno a la insubordinación y las violencias de los voluntarios y de proseguir activamente, respaldado por el gobierno, que le prometió los refuerzos necesarios, el llevar adelante la guerra en la Isla, hasta ponerle término a la mayor brevedad. Su designación para Cuba suscitó prevención y temor entre los voluntarios, justificadas por las informaciones recibidas de Madrid de que el general Rodas traería con él fuerzas regulares para imponer su autoridad por la fuerza, si fuese necesario. Más tarde, cuando se tuvo noticia de que Rodas había embarcado sin las tropas, los voluntarios y los "buenos españoles", sintiéronse más tranquilos.

El arribo del nuevo capitán general al puerto habanero produjo gran expectación. Desembarcado a mediodía, prestó inmediatamente el juramento de ley ante el municipio habanero, asumió el cargo de Capitán General de la Isla y según costumbre establecida publicó una alocución preparada durante el viaje, en la cual expresaba que tres palabras resumían los propósitos de su gestión en Cuba: "España, justicia y moralidad". A los voluntarios los tranquilizó con declaraciones muy favorables para ellos: "Con vuestra actitud enérgica y decidida, decíales, habéis prestado eminente servicio a la causa del orden, la justicia y el derecho. Merecéis el bien de la patria. Un grito de alabanza resuena en toda su extensión, para quienes abandonando sus habituales ocupaciones se han convertido en soldados para la defensa nacional".

De primera intención, Rodas enfrentóse con dos cuestiones fundamentales: la primera el restablecimiento y la afirmación del poder de la Capitanía General, quebrantados por los voluntarios. La segunda, imprimir el mayor vigor a las operaciones militares, para poner término a la insurrección cubana, victoria indispensable para el éxito y la consolidación del régimen septembrista.

La primera cuestión lo llevó de inmediato a fuertes rozamientos con los "buenos españoles", dado que la aquiescencia de Ginovés Espinar a las "exigencias pacíficas" de sus cómplices contra Dulce, al ser sustituidos los empleados del Fisco con larga experiencia por los protegidos de comerciantes y voluntarios, condujo al desorden más completo, y a los fraudes más y más escandalosos; unidos al más descarado contrabando, dejaron las cajas del Erario público exhaustas. En tal virtud, en decreto de 6 de julio, después de confirmar y declarar vigentes en toda su fuerza los decretos de 12 y 13 de febrero de Dulce sobre infidencia, Rodas dispuso que los delitos de contrabando se sometiesen al juicio de los consejos de guerra. Todo acto contrario a la ley que mermase los recursos del gobierno debía considerarse un delito de traición, dado el estado de rebeldía armada en que se hallaba la Isla. Defraudador y contrabandista en grande escala el comercio, no podía dejar de recibir con pésima impresión el decreto, hiriente en grado sumo, porque en el segundo de los tres artículos de la breve disposición, el contrabando fué colocado específicamente en el mismo plano de los delitos de incendio intencional, asesinato y robo a mano armada que se imputaban a los insurrectos. Tropezó también el capitán general con los "buenos españoles" al dictar, de acuerdo con instrucciones del gobierno supremo, instrucciones reservadas a los jefes militares para humanizar un tanto la guerra. Maliciosamente, el gobernador de Matanzas, un extremista, dictó instrucciones públicas a los jefes a sus órdenes en

la provincia y a las demás autoridades, en el sentido de que se pusiesen en vigor reglas adecuadas para corregir los abusos que dificultaban la obra de pacificación y para que la guerra se hiciese sin recrudecerla con venganzas ni arbitrarias prisiones preventivas de sospechosos. El historiador Justo Zaragoza dejó constancia en su obra *Las Revoluciones en Cuba*, de que la instrucción dictada por Rodas era más de lo que podían tolerar los partidarios de la guerra de exterminio, y que la indignación de éstos fué tan fuerte que estuvo a punto "de abrir la sima donde el prestigio de Caballero de Rodas desapareciese". Tan ruda fué la reacción opositora que Caballero de Rodas, a fin de atenuarla, resolvió deportar inmediatamente a España un grupo de cerca de cuarenta laborantes y simpatizadores que guardaban prisión sin hallarse sometidos a causa alguna (1).

Pero la semilla de la oposición a Caballero de Rodas quedó echada, y en la imprescindible necesidad en que se hallaba de continuar tomando drásticas medidas para disminuir, si no podía extirpar, el peculado y la inmoralidad administrativa que unidos a los estragos de la guerra mantenían vacías las cajas del Fisco y depreciados los billetes del Banco Español, la animadversión del comercio defraudador contra él llegó a convertirse en odio. Mientras tanto, la falsa creencia de que la insurrección quedaría aplastada en cuatro o cinco meses, hallábase totalmente desvanecida en julio de 1869. Una progresiva ruina de la Isla, de la cual no podrían escapar los peninsulares, era la perspectiva inmediata, y como quiera que reconocíase unánimemente que la causa fundamental de tal desastre era la prolongación de la guerra, la línea divisoria entre los peninsulares de espíritu más moderado y los de mayor intransigencia quedó borrada por completo, acordes todos en que los insurrectos, los laborantes y sus simpatizadores, debían ser implacablemente exterminados. A esta situación se fué llegando gradualmente, sin exceptuar a Caballero de Rodas, quien hubo de plegarse a ella a causa de la presión creciente de la intransigencia de los extremistas.

Tomado el mando en el período de las lluvias, el nuevo capitán general no podía descuidar la prosecución de la guerra con la mayor intensidad, dados sus primeros pasos en la Administración y fué su preocupación primero preparar el plan de una fuerte batida contra los camagüeyanos.

Para hacer sentir al Camagüey todo el peso de la guerra, tenía Caballero de Rodas motivos muy justificados. La reunión de la Asamblea revolucionaria en Guáimaro destacó en Cuba y en los Estados Unidos el nombre al pequeño poblado del Departamento Central, al constituirse en el lugar el gobierno revolucionario y comenzar a ejercer sus funcio-

nes regularmente en el mismo. Semejante hecho irritaba vivamente a todos los peninsulares, en particular a los voluntarios de la Habana y a los "estrategas de café", quienes manifestaban su indignación en todos los tonos, sin que pudieran explicarse el hecho de permanecer allí los insurrectos, como no fuese por la indiferencia, rayana en la traición, del brigadier Antonio López Letona, jefe del Departamento del Centro. Desde Washington, el ministro español López Roberts, señalaba también la inconveniencia de que se permitiese al gobierno revolucionario seguir funcionando en Guáimaro, en momentos en que los emigrados cubanos agitaban la opinión en los Estados Unidos intensamente para el reconocimiento de la beligerancia.

Dispuesto a poner término a tan inconveniente situación, Rodas, ya en camino de la ejecución de sus planes, relevó al brigadier López Letona, lo cual complacía a la vez a los voluntarios, lo sustituyó por el general Puello, jefe de la jurisdicción de Sancti-Spíritus, para la cual designó al brigadier Zacarías Goyeneche, ascendido de coronel por su buen éxito al conducir convoyes de Puerto Príncipe a Santa Cruz del Sur y a otros lugares. Reforzó con varios batallones al nuevo jefe espirituano, le urgió a que completase la pacificación del territorio a su cargo y le trasmitió instrucciones de que tan pronto como el período de las lluvias tuviese término y disminuyesen las epidemias agravadas por el calor, apoyase con todas sus fuerzas a Puello en Camagüey, en la activa campaña en vías de preparación. Puello, que había recibido refuerzos y no deseaba que Goyeneche se le adelantase, hizo público en una altisonante proclama fechada en 13 de diciembre, el pronto comienzo de las operaciones, iniciado por él doce días más tarde, en marcha contra Guáimaro al frente de una columna de las tres armas, en la que figuraban 1,200 infantes, una sección de cuatro piezas de artillería de montaña, una compañía de ingenieros, fuerzas de caballería y numerosos esclavos, encargados del transporte del convoy militar en carretas y a lomo. Poco hostilizado en su marcha, Puello arribó a Guáimaro, reducido a cenizas como Bayamo, el 30 de diciembre, para proseguir la marcha a Palo Quemado, lugar donde se le informó que estaban los insurrectos y donde en primero de enero de 1870 enfrentóse con los camagüeyanos, en el punto llamado Minas de Juan Rodríguez, mandados por el jefe de estado mayor del ejército cubano, Tomás Jordan, y el jefe superior de Camagüey, Ignacio Agramonte. En una posición estratégica hábilmente escogida y atrincherada por los cubanos, en sitio que no podía ser flanqueado fácilmente, libróse la acción, que en no menos de setenta y cinco minutos de duración resultó ser desastrosa para las fuerzas de Puello en sus ataques frontales al atrinche-
ra-

miento cubano. La retirada, que Jordan ordenó por habersele agotado las municiones, según su versión oficial, efectuóse ordenadamente, con las cortas bajas de dos muertos y doce heridos. La columna española, en marcado contraste, sufrió pérdidas extraordinariamente altas, doscientos muertos y otros tantos heridos. En la imposibilidad de transportar en camillas sus numerosos heridos graves, Puello mantúvose en la finca inmediata, Arroyo Hondo, donde se atrincheró, enterró sus muertos, y comenzó a atender a sus heridos, inmovilizado en el lugar durante diez días, hasta que pudo al fin emprender una penosa y riesgosa retirada a Nuevitas, sin ser atacado en fuerza durante la marcha.

Hay evidencias históricas de que además de la posible escasez de municiones, otros motivos importantes hicieron sentir en la orden de retirada dictada por Jordan. Entre esos motivos parece haber figurado en primer lugar la disparidad de criterio, previamente existente, entre Jordan y Agramonte, sobre cuestiones de táctica militar, agudizada en el curso del combate con el general Puello y en los días posteriores inmediatos. Influyó también en la determinación el hecho de que Goyeneche, en marchas forzadas, arribó a la capital princepeña en 13 de enero, cuando Puello hallábase todavía detenido en Arroyo Hondo. Dió algún descanso a sus soldados y el 17 dividió sus dos brigadas en dos columnas, para operar en combinación sobre el sudeste camagüeyano, con Ciego de Najasa y el flanqueo de la Sierra de Guaicanamar, centros muy fuertes de la insurrección, como sus principales objetivos. Más fuertes que cuanto los cubanos pudieran oponerle, las tropas bajo el mando de Goyeneche sumaban seis batallones, una sección de artillería de cuatro piezas, un escuadrón de caballería y una contraguerrilla, con un enorme convoy de carretas y bestias de carga.

En el extenso campo de las operaciones de Goyeneche, en una zona amplia, dominada hasta entonces por los insurrectos y donde éstos tenían establecidos talleres de efectos militares y de otras clases, depósitos de materiales y de ganado vacuno y caballar, prefecturas y subprefecturas, residencias familiares, hospitales, etc., los camagüeyanos fueron activamente perseguidos por el enemigo, que asaltó, arrasó e incendió cuanto halló a su paso. De regreso a Camagüey, Goyeneche libró un fuerte combate con los cubanos en las alturas de Imías, lugar conocido por El Clueco, donde los cubanos esperaban a Goyeneche atrincherados como en el caso de la Mina de Juan Rodríguez. Las pérdidas españolas fueron considerables, pero Jordan esta vez, en su parte oficial informó al gobierno el grave quebranto sufrido por los cubanos, a su juicio, aunque no lo consignó en el parte oficial, porque no se siguieron sus instrucciones fielmente, a virtud de que Agramonte y demás jefes cama-

güeyanos no estaban de acuerdo con las mismas. Goyeneche, con su base en la ciudad de Puerto Príncipe, prosiguió sus operaciones hacia la zona de Caonao y en otras direcciones, y en cumplimiento de instrucciones de Caballero de Rodas comenzó a efectuar una ocupación permanente del territorio camagüeyano, mediante la fortificación de poblados, caseríos y lugares estratégicos con guarniciones adecuadas para la defensa y guerrillas de cubanos blancos y negros y peninsulares, para operar en las zonas aledañas. Cascorro, Sibanicú y Guáimaro recibieron guarniciones y una larga cadena de puestos fortificados fué creando facilidades y mayor seguridad para las comunicaciones del Departamento Central con Tunas, Holguín, Bayamo y Cuba. En posesión hasta entonces los revolucionarios de toda la parte rural de Camagüey, ésta empezó a quedar dominada por la extensa red de poblados y puestos fortificados, mientras las guerrillas perseguían a las familias cubanas de las zonas aledañas, asaltaban prefecturas y hospitales, recogían ganado, servían de prácticos a las columnas, capturaban familias en los campos y hacían otros graves daños a la revolución.

En posesión hasta entonces los revolucionarios de toda la parte rural de Camagüey, a principios de 1870 con las guarniciones para la defensa y las guerrillas como fuerza ofensiva local establecidas por Goyeneche, el territorio camagüeyano, privado de su seguridad, empezó a quedar dominado por los españoles. Los placenteros días, plenos de risueñas esperanzas, de Guáimaro, pasaron a ser sustituidos por otros de terribles sacrificios y penalidades de todo género no menores que los de Oriente y Las Villas.

La recia campaña militar española coincidió, además, con dificultades internas en el campo revolucionario y contribuyó a agravarlas. El general en jefe, Manuel de Quesada fué destituido breves días después de que Puella había lanzado su proclama con el anuncio del próximo inicio de una campaña exterminadora, avivados los recelos y ahondadas las diferencias existentes entre Céspedes y los camagüeyanos, transadas, no erradicadas totalmente, en Guáimaro. Muy irritados los adversarios políticos del Presidente con la autorización concedida por éste a Quesada para marchar al extranjero en los primeros días de enero, el Ejecutivo no logró mantenerse apartado de la controversia como era su propósito.

La constante lucha contra las columnas españolas ofreció ocasión, a la par, para que se hiciese más aguda la división de opiniones sobre táctica militar y manera de proseguir la guerra entre Jordan, que pasó a ser jefe de estado mayor, cargo equivalente a general en jefe, y Agramonte y los demás jefes camagüeyanos. Inconforme con la resis-

tencia que se oponía al cumplimiento de sus instrucciones respecto a concentrar las tropas cubanas, hacerlas realizar vida de campamento y mantener una continua ofensiva contra el enemigo, Jordan terminó por presentar su renuncia de jefe de estado mayor, en términos que la hacían de hecho irrevocable.

Tuviese o no razón Jordan respecto de los hechos que lo impulsaron a presentar su renuncia, ésta vino a crear un estado de cosas muy propenso a dificultades de otro orden, en las circunstancias del momento. Céspedes, que con el gobierno se hallaba en Camagüey, en razón de las facultades y los deberes de su cargo debía ejercer la supervisión y dirección general en todos los asuntos de la guerra. Obligábase ésto a mantener relaciones frecuentes con Agramonte, con el peligro, a causa de la disparidad de criterio entre ambos desde el comienzo de la revolución y de los recelos políticos avivados por la destitución de Quesada, de que se provocasen rozamientos entre ambos. En el gabinete de Céspedes produjéronse, en la segunda mitad de diciembre, a causa del caldeado ambiente político, renunciias equivalentes a una crisis. El 18, Pedro Figueredo presentó la dimisión de subsecretario de la Guerra y el 24 renunció la Secretaría el general Aguilera. Estas renunciias, la tirantez política que las determinaba y la incesante actividad militar española, asumieron el carácter de graves acontecimientos. Ante los mismos, algunos espíritus previsores y serenos trataron de restablecer un estado de confianza entre el Presidente Céspedes y la Cámara y Agramonte, con el resultado de que después de conferencias privadas en febrero de 1870, se reformase el Gabinete llevando a la Secretaría de Guerra y a la de lo Interior, vacante por renuncia de Eduardo Agramonte, que prefería servir en el Ejército, a los representantes Antonio Lorda y Rafael Morales, tenaces adversarios de Céspedes que al ingresar en el Gabinete se responsabilizaban con el Jefe del Ejecutivo.

Las negociaciones armonizadoras estuvieron a punto de frustrarse porque la Cámara de Representantes en sesión de 24 de febrero acordó crear el cargo de Vicepresidente de la República que no existía en la Constitución y designó a Aguilera para ocuparlo. Céspedes consideró inconstitucional el acuerdo y le impuso su veto que la Cámara desechó por mayoría.

El bien intencionado movimiento político conciliador que condujo a la formación del Gabinete de Coalición en que entraron Lorda y Morales, tropezó con obstáculos dada la condición político-militar de los Jefes de las Fuerzas Cubanas en cada una de las jurisdicciones o zonas geográficas insurreccionales. Precisamente Camagüey era una de las

más definidas de esas zonas, de las más extensas, de las de carácter propio más peculiar, e Ignacio Agramonte la personalidad política más representativa del Departamento en lo militar y político. Desde su alta posición de Presidente de la Cámara, Cisneros Betancourt ejercía también una positiva influencia política en Camagüey, no extendida a lo militar confiado a Agramonte. Este considerábase no sólo asistido del Derecho de esta Jefatura superior, sino forzado a hacerlo en servicio de Camagüey y de la Revolución. Fué por tal motivo un Jefe local o regional, más marcadamente que Donato Mármol en Cuba y Jiguaní, sin que lo superase Vicente García caudillo indiscutible de Tunas.

Terminada la Asamblea de Guáimaro con la Constitución de la Cámara y del Gobierno lo básico del problema político revolucionario quedó resuelto para el gran jefe camagüeyano. Apresuróse a asumir el mando militar en Camagüey, bajo la jefatura de Quesada, dado que no poseía aún experiencia militar ni el renombre de éste. No obstante, en el ataque a Tunas organizado y dirigido por Quesada en agosto, 1869, discrepó del general en jefe. Cuando meses más tarde Rafael Morales y Antonio Zambrana acusaron ante la Cámara a Quesada de pretender erigirse en dictador militar, Agramonte procuró al principio evitar una escisión peligrosa para la causa cubana y estuvo conforme en que se tratase de obtener mayor libertad de acción para el mando militar. Sin embargo, terminó por dejar hacer a los enemigos de Quesada, con lo que facilitó la destitución de éste. La autoridad superior de Thomas Jordan que reemplazó a Quesada, acatóla Agramonte con entera lealtad sin que dejara de serle molesto, puesto que sus criterios no concordaban con los de Jordan, desagradable situación liquidada con la renuncia del jefe superior americano a las ocho semanas escasas de haber ocupado el campo. Dueño del campo Agramonte, quedó en pie el peligro potencial de un choque con Céspedes. En el caso particular de éste y Agramonte, agravábase la posibilidad de conflictos, a causa de las fundamentales diferencias de criterios entre ambos, políticos y militares. Para el mejor servicio de la causa revolucionaria, entendía Agramonte que le era indispensable ejercer el mando con plena autoridad en Camagüey.

En la guerra cubana, el principio de la independencia del mando militar era imperativo, dado que el Jefe del Ejecutivo no disponía de medios para comunicarse rápidamente con los jefes militares, no podía seguir de cerca la marcha de las operaciones, ni contaba con elementos materiales de guerra con que prestarles una ayuda efectiva. Así, pues, el arreglo político llevado a cabo con la constitución de un Gabinete de

Coalición, según se dejó expuesto, no podía alterar las condiciones fundamentales en que la revolución seguía su marcha. Robustecida la autoridad del Ejecutivo con el nuevo Gabinete, si Céspedes se decidía a ejercerla con mayor amplitud y firmeza, los desacuerdos, rozamientos y conflictos con los jefes militares estaban llamados a ser más frecuentes y de más peligrosas consecuencias. El balance, en el equilibrio inestable del momento, era de una dificultad casi insuperable en la práctica, sobre todo en Camagüey, frente a frente Agramonte y Céspedes.

CAPÍTULO II

CONTROVERSIAS Y CRISIS POLITICO-MILITAR EN EL CAMPO REVOLUCIONARIO EN CAMAGÜEY

A las causas de carácter permanentes de discrepancia entre Céspedes y sus adversarios políticos, Agramonte el más destacado de ellos, manifiestas antes, en y después de Guáimaro, agregóse ya a fines del año otra, profundamente perturbadora. Ha quedado dicho que al ser depuesto el general Manuel de Quesada, Céspedes, lo autorizó para trasladarse al extranjero, y reservadamente le confió una importante comisión oficial. Quesada partió del norte de Camagüey para Nassau el 16 de febrero, 1870, trasladóse a Cayo Hueso y continuó por la Florida viaje a Nueva York, donde arribó el primero de marzo. Pasó en seguida a Washington, obtuvo el éxito de celebrar entrevistas muy comentadas por los periódicos con altas personalidades políticas y militares, e inclusive con el Presidente General Grant, quien le recibió en la Casa Blanca. Regresó triunfalmente a Nueva York, entró en seguida en comunicación con las organizaciones revolucionarias, en particular con la Agencia Cubana presidida por Miguel Aldama, en sustitución a la Junta Central Revolucionaria de Cuba y Puerto Rico e inició sus actividades independientemente, lo cual creó un estado de perturbación entre los emigrados y de descontento entre los representantes oficiales designados o aprobados por Céspedes que actuaban como jefes de la emigración y agentes del gobierno revolucionario.

La resonancia de la visita de Quesada a Washington, sus primeras actividades en Nueva York, con la versión de que pronto organizaría una poderosa expedición en apoyo del gobierno cubano, una vez conocidas en el campo revolucionario, sorprendieron e irritaron violentamente a los opositores de Céspedes. La reserva con que éste había procedido, los llevaba a sospechar que el Presidente y el depuesto Jefe del Ejército habían trazado un plan para que este último regresase a Cuba con fuerzas bastantes para imponer sus propia autoridad y la de Céspedes, someter o disolver a la Cámara, y tomar desquite de los adver-

sarios de ambos. Una causa adicional de perturbación para Agramonte, sumada a la causada en su ánimo por la renuncia de Jordan, consistió en la penosa noticia recibida desde Nueva York del fallecimiento de su padre, licenciado Ignacio Agramonte y Sánchez. Hubo un momento en que estuvo inclinado a trasladarse a los Estados Unidos, idea pronto desechada, dada la gravedad de la situación militar en Camagüey. Mes y medio más tarde, sin embargo, Agramonte presentó su renuncia del mando superior en el Departamento Central, y Céspedes, que había contribuido semanas antes a que Agramonte no saliese de Cuba, en evitación de las gravísimas consecuencias que tendría su ausencia para la causa cubana, aceptó la dimisión del general, el 17 de abril. Producíanse estos hechos, en los momentos en que la activa campaña militar española había comenzado a producir en Camagüey los mismos estragos que la guerra a muerte llevada a adelante por Valmaseda en Oriente. Las familias camagüeyanas, cuando abandonaron la ciudad de Puerto Príncipe y se retiraron al campo, vivieron en sus fincas con todo el refinamiento y la elegancia a que estaban acostumbrados (1). La de Agramonte y su primo Eduardo residía en "La Matilde", amplia y cómoda casa campestre del pueblo del suegro de ambos, Don José Ramón Simoni. Este estado de cosas alteróse radicalmente con la constante actividad de las columnas españolas, la acción de las guerrillas y la de los voluntarios movilizados, fuerzas mandadas en no pocos casos, en particular las guerrillas, por jefes cubanos, con reputación de activos y valientes entre los mismos españoles. Expuestas a las mayores penalidades, a ser víctimas de los desafueros de la soldadesca, y de la inhumana ferocidad de las guerrillas, las familias princepeñas residentes temporalmente en sus fincas campestres, en casi total desamparo, sintiéronse presas de pánico en muchos casos. En la alternativa de buscar refugio en ranchos improvisados en los más escondidos lugares de la provincia, faltas de seguridad y de adecuados medios de subsistencia, o de acogerse a la autoridad española, "presentándose" en la capital de la región, en los lugares guarnicionados o a las columnas en operaciones, muchas se inclinaron a esta última solución para la protección de sus hijos.

Los altos jefes militares españoles de Camagüey, a los primeros indicios de una corriente de "presentaciones", procuraron intensificarla, brindando buena acogida y ofreciendo promesas de protección y de respeto a las familias que buscaban amparo bajo la bandera de España. Entre esas familias, presentadas, figuró la de Napoleón Arango con éste a su frente, unida a otras también, con los jefes de las mismas. La presentación de Arango juzgóse, desde luego, por los jefes españoles, un rudo golpe para la Revolución. Llamado a la Habana en 20 de marzo

por Caballero de Rodas, partió para Puerto Príncipe incluído en el séquito del capitán general el mismo día. A su arribo a la ciudad principieña tres días más tarde, Rodas lanzó proclamas en las que se mezclaban las ofertas y las amenazas, a la par que Napoleón Arango publicó un extenso manifiesto con graves acusaciones contra los revolucionarios, e incitaciones a cuantos se hallaban en el campo, a que abandonasen una causa perdida y se acogiesen a la benignidad española (2).

En las críticas circunstancias en que Agramonte presentó su renuncia, en los primeros días de abril, habíanse sucedido sin intermitencia, en pocas semanas, un conjunto de hechos extremadamente perturbadores para él: los desagradables incidentes de la destitución de Quesada; el fallecimiento de su padre en Nueva York; sus desacuerdos con Jordan, seguidos de la renuncia y salida de éste de Cuba; la activa campaña de los españoles en Camagüey; la inseguridad de las familias en los campos, inclusive la suya, trasladada al oculto refugio de "El Idilio" en la Sierra de Cubitas; las numerosas presentaciones, incluída la de Napoleón Arango; la desagradable e irritante sorpresa de la comisión conferida por Céspedes a Quesada en el exterior. Un incidente relativamente de poca monta, irritó en extremo al jefe camagüeyano, quien lanzó violentas acusaciones contra el Presidente de la República y contra el general Cavada, jefe de Camagüey, por las medidas de guerra dictadas por éste, entre otras, el incendio de las fincas que pudieran servir de puestos fortificados a los españoles. Un segundo incidente de carácter personal, que hirió en su decoro a Agramonte, lo llevó al extremo de retar a Céspedes, con lo cual el rompimiento entre ambos fué completo, si bien el jefe del Ejecutivo aplazó la aceptación del reto para cuando cesase en sus funciones de Presidente de la República en guerra.

Breves días después del reto de Agramonte a Céspedes, en 25 de mayo, prodújose un acontecimiento que habría de tener decisiva influencia en el destino del jefe camagüeyano: la sorpresa en "El Idilio", refugio de su familia, por una fuerza española, con la captura de la esposa de Ignacio Agramonte, de su pequeño hijo y de todo el resto de la familia de su suegro Simoni, o sea, la esposa de éste, su otra hija Matilde, esposa de Eduardo Agramonte y Piña, con sus pequeños hijos. El capitán al mando de la fuerza enemiga, militar y valiente y caballeroso, había sido hecho prisionero por Agramonte en un combate, perdonándole la vida por su valentía, antecedente que lo llevó a tratar la familia con todo respeto y a evitar que fuera víctima de cualquier ultraje. Por otra parte, la política de pacificación de Caballero de Rodas lo llevó a tratarla también con respetuosa consideración y a permitirle marchar al extranjero.

Sin mando, ni otras fuerzas a su lado que un corto número de ayudantes y amigos fieles, al recibir en la forma más agudamente dolorosa para él el terrible impacto de la guerra, el ánimo del gran jefe camagüeyano no se dejó abatir por el infortunio. Cerrados para él los caminos de los altos mandos y las preeminencias por el momento, consagróse por entero, con decisión irrevocable, a la lucha por la independencia. Al propio tiempo, bajo el peso de la adversidad, su espíritu comenzó a adquirir rápidamente una madurez extraordinaria, y su carácter una elevación y una austeridad ejemplares. En corto tiempo habrían de colocarlo en primera fila entre los más ilustres héroes cubanos en las luchas por la independencia.

Comenzado en los primeros días de junio el período de las lluvias, disminuyeron las operaciones militares españolas a la vez que el general Manuel Boza Agramonte sustituyó a Cavada en el mando en Camagüey, con relativa satisfacción para el depuesto jefe camagüeyano, porque aparte de ser un conterráneo, Boza Agramonte había sido su segundo en el mando.

Un mes más tarde Caballero de Rodas dejó a Camagüey, rumbo a la Habana, donde no vaciló en afirmar, emulando los amaños partes de Valmaseda, que aplastado Camagüey, la victoria quedaba asegurada para España. Los españoles en la Isla no podían engañarse, sin embargo, respecto del particular, reducidos a poner su esperanza en otra nueva campaña en Camagüey en los meses de seca de fines del año 1870 y primeros meses de 1871. Rumorábase que las operaciones en perspectiva habrían de ser personalmente por el Conde Valmaseda, a quien se suponía victorioso en Oriente.

Durante el período de cerca de ocho meses en que estuvo fuera del mando, desde abril hasta los primeros días de enero de 1871, Agramonte no permaneció inactivo. Reforzado a veces el grupo de sus fieles por algunas fuerzas insurrectas de Maraguán, al mando del comadante José González Guerra, cienfueguero que le era muy adicto y se ponía espontáneamente a sus órdenes, Agramonte libró numerosos combates en el segundo semestre del año. Los más salientes fueron los de Cercado, Jimirú, Socorro, e Ingenio Grande, choque este último en el que estuvo a punto de caer en manos del enemigo, salvado por dos heroicos miembros de su pequeña fuerza (3). En los mismos meses, la Cámara se abstuvo de arriesgarse a adoptar la medida extrema, deseada por algunos representantes de los más radicales en su oposición, de destituir a Céspedes, ante el mal efecto que pudiera producirse entre los emigrados, la mayoría de los cuales veían en el Presidente el símbolo de la revolución cubana, según cartas recibidas de José Manuel Mestre y otros

prominentes emigrados residentes en Nueva York por los miembros de la Cámara. Por su parte, Céspedes, al cerrarse el mes de mayo, había salido de Camagüey con rumbo a Tunas y a Oriente, de donde se hallaba ausente desde hacía meses.

A mediados del año, el problema quesadista proseguía candente. En Santa Ana del Cayojo, jurisdicción de Tunas, donde celebraban sesiones la Cámara y el Consejo de Gobierno, el 4 de julio de 1870, discutióse con viveza el rumor circulante del regreso a Cuba del general Quesada al frente de una fuerte expedición. Las recriminaciones contra Céspedes fueron muy fuertes. Rafael Morales manifestó su propósito de renunciar la secretaría de lo Interior, crisis que al fin se abstuvo de provocar.

Pese a las controversias internas, muy agudas en el período, como ha quedado expuesto, la constante persecución de los miles de soldados españoles lanzados contra la revolución en Camagüey por Caballero de Rodas, no pudieron abatir el inquebrantable espíritu de los patriotas cubanos. Los fusilamientos y las ejecuciones en el garrote de numerosos jefes y soldados del Ejército Libertador, sumados a los muertos en desiguales combates y en las sorpresas de hospitales indefensos en míseros bohíos, sacrificados los heridos y enfermos por la saña y el odio implacables de las guerrillas, diezmaban las filas insurrectas, sin abatir el heroísmo de los libertadores, que, en medio de los mayores desastres, imponían respeto y provocaban la admiración de los enemigos capaces de apreciarlo y reconocerlo abiertamente. Cuatro ejecuciones muy señaladas en garrote, ofrecen la evidencia histórica de que la Metrópoli podía sacrificar millares de luchadores por la independencia, pero no subyugarlos ni someterlos. No registra la historia las cuatro ejecuciones como hechos excepcionales, sino en corroboración de la conclusión precedente, dada la destacada significación de los cuatro cubanos ajusticiados bárbaramente, un testimonio ofrecido por Caballero de Rodas a los voluntarios, de su implacable resolución de exterminar a los enemigos de la integridad nacional. Fueron los que subieron al tablado del suplicio en la Habana, Domingo Goicuría, anciano de 63 años de edad, y los jóvenes Luis Ayestarán, Diego y Gaspar Agüero, de la Habana el primero, perteneciente a una distinguida familia, naturales de Puerto Príncipe ambos hermanos Agüero, ingeniero graduado en París uno, y estudiante de Humanidades en los Estados Unidos el segundo. De la ejecución de Ayestarán dió cuenta el periódico *La Quincena*, fundado por Gonzalo Castañón, enemigo acérrimo de los separatistas cubanos, en términos que ponen de manifiesto la impresión causada por el sereno valor del joven representante a la Cámara. "Preso Ayestarán, publicó *La Quincena*, al norte de Camagüey, procedente de Nassau en el balandro insu-

recto *Guanabani*, fué conducido a la Habana en el cañonero *Centinela* el día 23 de septiembre, desembarcó por la mañana, fué puesto en capilla a las doce de la noche y ejecutado al siguiente día. Ayestarán fué al cadalso con completa resignación y conformidad, y sufrió el irrevocable fallo de la Ley con valor, mas sin ridícula jactancia" (4). Goicuría y los hermanos Agüero murieron con serenidad y valor no menos ejemplares, imponiendo respeto a sus victimarios. Las ejecuciones, dicen al unísono los historiadores españoles Zaragoza y Pirala, *no imponían*. "Eran y habrían de ser muchos los ejecutados en la Habana, en garrote unos, fusilados otros, notables algunos por su posición e importancia. Don Luis de la Maza y Arredondo, que invadió la jurisdicción de Güines, había sido fusilado en marzo, en Pozo Redondo, Batabanó, con su compañero Fernández Bullón del Cueto. En mayo, sufrió la misma pena en los fosos de la Cabaña, Don Ricardo Casanova, y en Puerto Príncipe, Don Oscar Céspedes, hijo del Presidente de la República" (5). Los generales Mateo Casanova y Federico Fernández Cavada, de Las Villas, y Juan Francisco Osorio, apresados en los últimos días de junio, fueron fusilados el 1º de julio en Camagüey (6).

No imponían las ejecuciones, numerosísimas, de patriotas menos señalados, o sencillamente héroes anónimos, según honradamente reconoce Pirala. La Metrópoli no podía, en verdad, afirmar su dominación en Cuba sobre la barbarie del garrote y de los fusilamientos, las deportaciones, los embargos y la ferocidad de las guerrillas. Sin embargo, en tal política habían coincidido Lersundi y Valmaseda, su jefe de operaciones, Dulce, Ginovés Espinar, Caballero de Rodas, y el gobierno septembrista que tuvo también como norma el exterminio de los rebeldes. Pese a todos sus esfuerzos, a fines de 1870, las dos más elevadas figuras del mando peninsular, Caballero de Rodas en la capitanía general y Valmaseda en la jefatura general de operaciones, reconocían que el esfuerzo por ellos desplegado no había podido aniquilar la revolución en Camagüey ni en Oriente. Después de todos sus quebrantos, en diciembre de 1870 operaban en Camagüey sobre 1,600 insurrectos, bien dirigidos, aunque mal armados, mal montados y escasos de vestuarios, medicinas y alimentos. "Daban bastante que hacer, firmes en su sistema de eludir encuentros en circunstancias desfavorables y mantener su resistencia en los campos" (7).

A mediados de agosto, terminada su estancia temporal en Oriente, iniciada en mayo, Céspedes regresó a Camagüey. No podían desconocer, ni él ni Agramonte, las consecuencias, adversas para la marcha de la guerra en el Departamento Central, del rompimiento entre ambos, con funestos resultados en todos sentidos para la revolución. Carlos Loret

de Mola, camagüeyano amigo de Agramonte, secretario de Hacienda en el gabinete de Céspedes, tomó la iniciativa al objeto de promover y asegurar una avenencia entre las dos grandes personalidades. Consultado Céspedes si estaría dispuesto a reponer a Agramonte en el mando superior de Camagüey, el presidente expresó su favorable disposición a hacerlo, si Agramonte se manifestaba dispuesto a aceptar. El mediador obtuvo una respuesta igualmente satisfactoria de Agramonte, a condición de que se le concediesen amplias facultades políticas y militares para la dirección de la guerra en Camagüey, demanda con la que Céspedes se manifestó conforme. En los mismos días comenzaba a rumormarse el relevo de Caballero de Rodas, para ser sustituido por el conde de Valmaseda, dispuesto a situarse en Camagüey para hacer sentir en el Departamento Central la fuerza aplastante de su "creciente", denominación que se había dado a la concentración de fuerzas del jefe español en Holguín para aniquilar toda resistencia cubana. Ante tal perspectiva, apaciguados un tanto los motivos de discordia en el curso de los meses, no podían Céspedes ni Agramonte colocarse en una actitud de intransigencia, la cual haría recaer sobre ambos las más graves responsabilidades, de manera que la vuelta de Agramonte a su jefatura estaba decidida al cerrarse el año. Días antes, en trece de diciembre, la sustitución de Caballero de Rodas por Valmaseda habíase realizado. La "creciente" que el Conde se proponía llevar a Camagüey, habría de tropezar en los llanos de la región, con el dique de la férrea voluntad de Agramonte al frente de sus indomables jinetes camagüeyanos.

Antes de ser Capitán General de Cuba, el conde de Valmaseda, con el objetivo de lograr la pacificación de las jurisdicciones de Manzanillo, Bayamo, Jiguaní y Cuba, había desplegado una infatigable actividad en Oriente, en 1869, a partir de refuerzos recibidos en abril. La activa campaña, comenzada en los mismos días en que los cubanos reuníanse en Guáimaro, proseguíala en julio, no obstante las dificultades del período del calor y de las lluvias, mayores en Oriente que en cualquiera otra región de Cuba. A fines de agosto, quebrantada la revolución en Manzanillo y Bayamo, en menor proporción en Jiguaní y Cuba, el jefe español había comenzado a planear y llevar adelante recios ataques contra Holguín, con la mira de extenderlos más tarde, pacificado este territorio, a Tunas y a Camagüey. La concentración de fuerzas realizada con tal propósito, fué lo que llamaron los jefes cubanos, la "creciente" de Valmaseda, en consideración a que inundaba de tropas el territorio. A su regreso a la Habana, Caballero de Rodas había solicitado con urgencia el apoyo de Valmaseda en el Departamento Central, fundado en

que, a su juicio, el centro de la insurrección hallábase en el momento, en dicho Departamento. Varias veces, con fines de propaganda personal, el Conde había declarado la casi completa pacificación de todo Oriente. Sin embargo, informaba a su jefe superior que no le sería posible realizar, por el momento, una campaña efectiva en Camagüey, ni enviar refuerzos de consideración tomados de Oriente a dicho territorio. 'Si de las fuerzas de que Ud. dispone —escribíale Valmaseda a Rodas— puede darme dos mil hombres, me comprometo, si no hay alguna complicación del exterior, a estar al mes de recibirlos, con cuatro mil soldados en Las Tunas, para ayudar en las operaciones sucesivas' (8). Si no se le enviaban no podía marchar en aquellas direcciones sino muy lentamente.

Las condiciones prevalecientes en Holguín facilitaban a Valmaseda el desarrollo de su violenta ofensiva. La parte norte de la jurisdicción, era netamente española. Compuesta en su mayoría de canarios o de hijos de éstos, la gente de campo, conocedora del terreno, formaba feroces guerrillas, de manera que el Conde pudo llevar la mayor parte de sus tropas a la zona sur de Holguín y establecer una línea de campamentos a lo largo del camino a Santiago. Limitado el territorio de sus operaciones, procedió a batir constantemente a los cubanos, en ataques combinados que incluían actividades en las jurisdicciones de Cuba, Bayamo y Cauto. Jefe de Holguín el general Máximo Gómez en sustitución de Aurrecoechea y de Julio Grave de Peralta, jefe holguinero éste, flojo y poco disciplinado en el mando, pudo Gómez, auxiliado brillantemente por Calixto García, su segundo, por Antonio Maceo y otros jefes, resistir la "creciente" sin ser ahogado por ella. Mientras tanto, las noticias recibidas por Gómez, de tarde en tarde, de la división de Cuba, eran poco satisfactorias, aun cuando la división no abandonaba el terreno ante los repetidas asaltos españoles. En Bayamo y Manzanillo, los generales Modesto Díaz, Manuel Calvar y Luis Figueredo, habíanse visto forzados al casi total abandono de sus zonas respectivas, perseguidos implacablemente y faltos por completo de suficientes armas y municiones para defenderse. Figueredo cruzó el Cauto y buscó refugio en Tunas; Díaz y Calvar en los breñales de la Sierra Maestra. Llegó un momento, al alcanzar "la creciente" su mayor intensidad, en que muy empeorada la situación, llegó a hacerse crítica. A semejanza de lo ocurrido en Camagüey, iniciáronse las "presentaciones" al enemigo, prestándose un número de los presentados, a servir de prácticos a las tropas españolas. "Los débiles fueron presa de la cobardía y no pocos se inclinaron a la traición." En consecuencia, las emboscadas y las sorpresas producíanse

a diario. Los oficiales de Estado Mayor de las fuerzas cubanas, en las marchas y en los combates, veíanse obligados a recorrer y vigilar constantemente las líneas, en previsión de deserciones (9). En las más duras condiciones, los generales Gómez y García, con el frecuente concurso de Antonio Maceo y de otros jefes de la división de Cuba, libres al fin las fuerzas cubanas de los débiles y de los acobardados, la deserción desapareció por completo, y resistieron de manera indomable, con el más heroico espíritu de sacrificio. En las filas cubanas quedaban "los puros, los resueltos a morir, gracias a los cuales la confianza se restablecía y la revolución se afirmaba". Cuando más escaso de municiones y casi sin un grano de pólvora hallábase Gómez, recibió con una comisión que le enviaba el gobierno, alguna cantidad de material de guerra procedente de la expedición del *Anna*, desembarcada felizmente. La comisión traíale la orden del gobierno de trasladarse a su residencia, en Ojo de Agua de los Melones, jurisdicción de Tunas. En marcha Gómez a la cita oficial, atravesó la zona más peligrosa de Holguín. Después de penosísimas marchas, logró arribar al campamento del general Luis Figueredo, en El Mijial, finca de la propiedad de éste, donde Figueredo hallábase al frente de 400 hombres bien armados y municionados. La zona del Mijial hallábase casi en paz. De dicho campamento, donde las agotadas y hambrientas fuerzas de Gómez repusieron un tanto, marchó a Las Arenas, ya en territorio de Tunas, habiéndosele incorporado antes con sus también desarrapadas fuerzas, el general Calixto García. Terminada la más dura de sus campañas, pudo Gómez, dejando al general García al frente de todas las fuerzas holguineras, dirigirse libre de sus más graves preocupaciones y responsabilidades a entrevistarse con Céspedes. En esa fecha la "creciente" del Conde había sido contenida, de hecho, por el dique de las casi exhaustas pero indomables fuerzas dirigidas por dos jefes de la calidad de los generales Máximo Gómez y Calixto García Iñiguez.

En Ojo de Agua, asiento del Gobierno, Gómez, a quien no se le transmitieron de inmediato instrucciones de ninguna clase, sintióse impaciente y descontento. Por consiguiente, insistió en hacerle ver a Céspedes la conveniencia de aprovechar la concentración de Modesto Díaz, Calvar, Luis Figueredo y de él, Gómez, en Tunas, armadas, y municionadas las tropas de los tres primeros con material de guerra y equipos procedentes de la expedición del *Anna*, para llevar nuevamente la guerra a las jurisdicciones que Valmaseda daba por pacificadas. El plan de él era proseguir su avance, repetía en sus alocuciones, a través de Tunas rumbo a Camagüey, hasta entrar victorioso en Puerto Príncipe.

En contraste, el plan de Gómez era que las tropas cubanas le intensificasen la guerra a retaguardia. Indecisos un tanto Céspedes y el gobierno, o lentos en sus decisiones, de una manera o de otra, Gómez, Díaz y Figueredo al frente de sus fuerzas respectivas a fines de febrero, pudieron ponerse en marcha, en acción combinada, contra Jiguaní, Bayamo y Manzanillo, respectivamente. Unidos todavía con Vicente García en la zona tunera, libraron con fuerzas españolas un largo combate de más de dos días de duración con fuerzas enemigas que le salieron al paso. De acuerdo con su personal estrategia, el general Gómez retiróse de la acción y continuó su marcha a Jiguaní hasta acampar en 24 de febrero en Altagracia, ya en la jurisdicción de Cuba. Atacado varias veces mientras reclutaba hombres para cubrir bajas, marchó derechamente a la zona de Jiguaní a fines de marzo, ante el temor de consumir sus municiones de guerra a la defensiva. A las doce del día del 30, asestó al enemigo un rudo golpe, con la toma por asalto de Santa Rita, campamento español fortificado, reducción del pueblo a cenizas y saqueo de las tiendas. Avanzó después a Calabazas, Cabezas y Cajitas, donde acampó después de haber destruido cuanta construcción habían hecho los españoles, haber dado muerte a varios traidores, recogido 50 hombres útiles para las armas y conducido a un lugar seguro a otras tantas familias que no querían estar bajo el mando de los españoles" (10). En Charco Redondo, lugar estratégico bien protegido, incorporáronse las muy aguerridas fuerzas del coronel José de Jesús Pérez. La guerra ardía de nuevo en el "pacificado Jiguaní", mientras Valmaseda lanzaba en el mismo mes de marzo alocuciones con prevenciones de guerra a muerte contra holguineros y tuneros. Modesto Díaz y Luis Figueredo operaban por su parte activamente en Bayamo y Manzanillo. En uno de los muchos combates librados en la jurisdicción de Cuba, el brigadier Calixto García sufrió una herida grave en un brazo. Desde el 20 de junio al 4 de julio Gómez fué atacado sin cesar en su zona defensiva de Charco Redondo, fecha la última en que a causa del inesperado fallecimiento de Donato Mármol, cesó el mando de Gómez en Holguín, designado por Céspedes para sustituir a Mármol al frente de la división de Cuba. Novcientos hombres integraban la división, aumentados muy pronto por 600 más reclutados por Gómez y 300 de Jiguaní, formando un total de 1,800. Gómez siguió teniendo como segundo al brigadier García Iñiguez, repuesto ya de su herida, contaba con jefes de brigadas y batallones aguerridos y de gran reputación: Antonio Maceo, José de Jesús Pérez, Camilo Sánchez, Francisco Borrero, Guillermo Moncada, Silverio del Prado y otros. En su nuevo mando, Gómez se

mantuvo en actividad constante, intensificada la guerra en las zonas que corto tiempo antes Valmaseda había dado por pacificadas.

En noviembre hallábase ya decidida de hecho, en Madrid, la aceptación de la renuncia de Rodas y la designación para sustituirlo por el conde de Valmaseda, quien tomó posesión de la Capitanía General el 13 de diciembre. En Santiago de Cuba sus parciales celebraron fiestas y un Te Deum en honor del nuevo capitán el 31 de diciembre. Los cubanos lo despidieron de otra manera. En Tunas y Holguín, las fuerzas de Vicente García y del brigadier Aurrecochea, sustitutos de Gómez en la jurisdicción holguinera, hallábanse a la ofensiva. El jefe tunero derrotó una fuerte columna española que conducía un convoy a Tunas, mientras que Holguín fué atacado la noche del 12 de diciembre por dos lugares distintos, la noche del 12, víspera de la toma de posesión de Valmaseda en la Habana, ataque repetido el 19 del mismo mes. La despedida de Gómez al conde fué más espectacular en la jurisdicción de Cuba. En la madrugada del 18 atacó al caserío de La Socapa, sobre la bahía de Santiago de Cuba, a la vista de la ciudad, cerca de la entrada del puerto. La guarnición fué hecha prisionera, se ocuparon 20 armas, se incendió el caserío y el mismo día retiróse Gómez a tres leguas de distancia. El resplandor siniestro del incendio de La Socapa a la vista de la alarmada capital de Oriente era un testimonio de la presencia real de los insurrectos a cortísima distancia de Santiago de Cuba.

En Las Villas y Occidente la situación se mantuvo en 1870 en condiciones similares a las de 1869, favorable para las fuerzas españolas, adversa para las cubanas. Apoyada por la crecida población española y canaria arraigada en las jurisdicciones villareñas, la tropa española continuó batiendo rudamente a los insurrectos. En Sancti-Spíritus, Federico Cavada mantúvose por corto tiempo frente a una situación cada vez más difícil, con Marcos García, Serafín Sánchez y otros jefes, mientras su hermano Adolfo, al mando en Trinidad con Spotorno y varios jefes de cortas partidas luchaban desesperadamente. Jefe nominal de Cienfuegos Adolfo Cavada, ningún apoyo podía prestar a los jefes de Cienfuegos, donde operaban Juan A. Díaz de Villegas, Carlos Cerice, Luis de la Maza Arredondo, José A. Fernández Bullón del Cueto, José González Guerra, Antonio de Armas y Jesús del Sol. En las jurisdicciones de Remedios, Villa Clara y Sagua veíanse hostigados sin cesar Carlos Villamil y Salomé Hernández. Estos dos últimos y Federico Cavada, sin poderse sostener con solo grupos de hombres armados a sus órdenes, viéronse forzados a cruzar la Trocha de Júcaro a Morón en

marcha a la residencia del gobierno en Camagüey, Tunas u Oriente, con el propósito de obtener armas y municiones que les permitiesen volver a Las Villas para sostener la lucha con el envalentonado enemigo.

Los insurrectos de la zona cienfueguera se lanzaron a realizar el intento audaz de marchar a la provincia de la Habana a través del sur de Matanzas con el propósito de unirse a Carlos García y encender la guerra con fuerza en las provincias de la Habana y Pinar del Río, al mando del brigadier Maza Arredondo y de Fernández Bullón con una corta fuerza de unos ciento cincuenta hombres. Perseguidos sin cesar desde que en 4 de marzo partieron de Macagua, zona de los Arabos, en Matanzas sólo pudieron continuar el avance a través de la Ciénaga de Zapata sufriendo bajas continuas a manos de tropas de línea, guardias civiles, voluntarios movilizadas y guerrillas conocedoras del terreno. Reducidas sus fuerzas a cifras casi insignificantes lograron cruzar el límite de la Habana por el sur, continuar a través de Palos, Vegas, San Nicolás y Güines hasta el partido de Melena del Sur y entrar en el de Batabanó. El quince de marzo agotados los invasores, unos cinco o seis hombres, exhaustos y rendidos de hambre y de fatiga, Maza Arredondo y Bullón del Cueto fueron capturados en la finca Plazaola al sur del paradero del ferrocarril Durán y fusilados inmediatamente. Tres o cuatro hombres más al mando del capitán Curbelo lograron escapar e incorporarse a Carlos García.

El desastre mayor para las fuerzas villareñas fué la pérdida de la expedición de El Salvador, el desembarque de la cual debía efectuarse en la playa de Tayabacoa donde la esperarían fuerzas de Las Villas. Un error del práctico llevó el buque, agotado ya el combustible, al puerto de Casilda el 22 de septiembre. Atacado inmediatamente por numerosas fuerzas españolas, el buque encayado fué capturado sin esfuerzo, mientras que los pocos expedicionarios desembarcados en los manglares de la costa fueron perseguidos sin cesar, capturados en su gran mayoría y fusilados inmediatamente. La pérdida del material de guerra muy abundante conducido por la expedición y de los valientes revolucionarios fué un desastre irreparable para Las Villas y para la Revolución de un efecto depresivo extraordinario.

En Matanzas, antes del intento de Maza Arredondo hubo nuevos brotes de insurrección promovidos por infiltraciones de cortas fuerzas insurrectas de Cienfuegos a las órdenes de Jesús del Sol y del coronel Inclán, por Limonar, Jovellanos y Macurijes. En abril el Presidente Céspedes, designó jefe del distrito de Colón al brigadier Antonio de Armas que se sostuvo valientemente hasta caer prisionero y ser fusilado en Paso del Guayabo en 31 de diciembre de 1870.

La Junta Revolucionaria de la Habana sólo pudo proseguir su propaganda laborante y prestar algún auxilio a Carlos García, no obstante que la muerte de Gonzalo Castañón en Cayo Hueso enfureció a los voluntarios de la Habana y abrió un nuevo período de terror en la ciudad, intensificado a fines del año hasta lograr el relevo del Caballero de Rodas y su sustitución por Valmaseda.

En Pinar del Río, aislado en la extremidad oeste de la Isla y fuertemente dominado desde la Habana por los hacendados en la vertiente norte, y los almacenistas y fabricantes de tabacos y cigarros, la actividad revolucionaria, casi nula, fué de muy escasa importancia en 1870.

CAPÍTULO III

EXPEDICIONES Y POLITICA INTERNA DE LA REVOLUCION EN 1870

EN el año de 1870 tropezó con crecientes dificultades el auxilio del exterior, en la forma de expediciones con voluntarios y material de guerra. No pocas de las mismas fracasaron al ser detenidas por las autoridades en los puertos de los Estados Unidos y en Nassau y Jamaica. Faltan hasta el presente datos totales de las expediciones organizadas y de los gastos de las mismas sin que haya la menor duda de que estos últimos sumaron muchos miles de pesos.

Los nombres de los buques utilizados de que se tiene segura noticia suman catorce, algunos de los cuales condujeron más de una expedición, tres con éxito. El *Virginius* fué apresado por el buque de guerra español *Tornado*, en su cuarto viaje.

El esfuerzo de los emigrados de la Guerra de los Diez Años no es comparable en diverso sentido con el de los de la guerra del 95. En esta última la emigración cubana en los Estados Unidos estaba compuesta en su inmensa mayoría por obreros e industriales del ramo del tabaco establecidos con sus familias en Cayo Hueso, Tampa, Nueva Orleans, Nueva York y algunos otros lugares de la Gran República. Estos emigrados estaban ya arraigados en sus lugares respectivos, ajustada su vida a las condiciones de los mismos, con ingresos percibidos con regularidad, a niveles más altos que los recibidos por ellos en Cuba. Constituía un sacrificio no excesivo el desprenderse de parte de sus modestos ingresos para ayudar al sostén de la revolución cubana con fondos que permitiesen el envío de expediciones al Ejército libertador en la guerra de 1895-1898.

En marcado contraste, los emigrados cubanos en 1869 y 70, años de la más fuerte emigración, eran en general familias acomodadas que pudieron salir de Cuba con algún numerario, pero que una vez que sus propiedades les fueron embargadas a partir de abril de 1869, sin empleo en los Estados Unidos, en una situación la inmensa mayoría de ellas de perentoria necesidad, resultaba extremadamente difícil, en la práctica im-

posible para la inmensa mayoría, el continuar aportando ni aún siquiera las más pequeñas cantidades para comprar buques y enviar armas a los revolucionarios. Esta es una diferencia que debe ser tenida en cuenta para formar juicios del esfuerzo de la emigración en las dos guerras. En esas condiciones la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico, y la Agencia Cubana que la sustituyó más tarde, tuvieron que depender principalmente de las aportaciones de algunos emigrados con fuerte capital entre los que se destacó Miguel Aldama cuya contribución directa en efectivo sumó varios años más de \$ 200,000 pesos, sin contar los auxilios prestados por él a muchos emigrados en extrema necesidad. El gobierno cubano trató de obtener fondos con una emisión de bonos con interés, de 25,000,000 de pesos autorizada por la Cámara, elevada con posterioridad a 50,000,000 millones. Estos bonos algunas cantidades de los cuales fueron vendidas con gran depreciación pronto perdieron todo su valor a virtud de la negativa del gobierno de los Estados Unidos a reconocerle la beligerancia a los cubanos, formulada por Grant en su primer mensaje al Congreso de 6 de diciembre de 1869, y al lanzar una dura proclama contra los cubanos separatistas en 13 de junio de 1870, en la que acusó explícitamente a la representación revolucionaria en los Estados Unidos de pretender usar los bonos para comprar el apoyo a la beligerancia o a la Independencia. Después de esta última proclama los bonos perdieron totalmente su valor, en momentos en que ya habíase producido el agotamiento de los recursos del mayor número de las familias emigradas, sin que hubiesen encontrado todavía manera segura de librar la subsistencia.

Una expedición organizada y equipada a alto costo con enorme sacrificios, cuando lograba escapar a la vigilancia de cónsules o espías de la Metrópoli y de las autoridades federales americanas estaba obligada a completar su equipo en puertos de las Antillas, la América Central, Venezuela o Colombia, países todos en los cuales España mantenía agentes consulares para dar cuenta a Cuba de los puertos donde tocaba o recalaban los barcos sospechosos de ser expedicionarios. Estos agentes realizaban los mayores esfuerzos para averiguar los lugares de la costa cubana a los cuales se dirigían y avisar a las autoridades españolas para que las tratasen de apresarlos.

El apostadero de La Habana contaba con pocos buques y corto personal para vigilar las extensas costas de la Isla al estallar la insurrección en octubre de 1868 de manera que en las primeras expediciones conducidas por Manuel de Quesada en el *Galvanic*, Francisco Javier Cisneros y Rafael de Quesada desembarcadas en La Guanaja, Nuevas Grandes y la península del Ramón hicieron evidente al gobierno español la urgente

necesidad de mantener un efectivo bloqueo de las costas cubanas. El apostadero habanero apresurose a contratar con una acreditada firma industrial americana la rápida construcción de treinta lanchas cañoneras especialmente adaptadas para la función militar a que se las destinaba de mantener un estrecho bloqueo de las costas Norte y Sur de Cuba en Oriente, Camagüey y Las Villas. La quilla de la primera de dichas lanchas quedó ya puesta el 3 de mayo de 1869. Con la cooperación del gobierno del Perú, que todavía no había firmado la Paz con España, y la ayuda de la Cancillería americana en los meses en que hacía presión sobre España para forzarla a aceptar la mediación de los Estados Unidos en la guerra de Cuba, Morales Lemus ayudado por los demás jefes de los emigrados lograron del Presidente Grant que ordenara la retención de la entrega de las lanchas, solicitada por el gobierno peruano, pero poco después de retirada la oferta de mediación por Grant y Fish, en su primer mensaje anual al Congreso de 6 de diciembre de 1879, el ya citado Grant declaró que dejaría sin efecto la orden de retención de las cañoneras. En efecto, tres semanas más tarde, en primero de enero, los españoles victoreaban clamorosamente la entrada en el puerto habanero de la primera lancha destinada a perseguir las expediciones en las costas cubanas. Una vez que contó con tales cañoneras, el jefe del Apostadero procedió a dividir en secciones las costas de Cuba destinando a cada una un número de lanchas para el bloqueo efectivo de las costas. A partir de la organización de tal servicio el riesgo de las expediciones fué mucho mayor y la posibilidad de que hecho el alijo de una expedición pudieran concentrarse numerosas fuerzas españolas por mar y por tierra para atacar a los expedicionarios y apoderarse del cargamento mayor también.

Por todo lo expuesto el tomar parte en una expedición era desde luego arriesgar la vida con las mayores probabilidades en contra. Capturado un cubano que intentaba entrar o salir por la costa, aún cuando fuese sin armas, si no era muerto en el momento de la captura, se le fusilaba después de un breve simulacro de consejo de guerra verbal, o se le conducía a La Habana para ser agarrotado, si se trataba de un insurrecto cuya ejecución podía ser, por cualquier motivo, de particular complacencia para los peninsulares más cruelmente extremistas de la capital. No obstante nunca faltó en el caso ni aún de la más riesgosa expedición, un número de cubanos, o de extranjeros generosos, norteamericanos y de las repúblicas hispanoamericanas dispuestos a enrolarse con las mayores probabilidades de no poder pisar tierra cubana o de morir en ésta, en una lucha terriblemente desigual entre la Colonia ansiosa de libertad y la Metrópoli, firme ésta en el propósito de mantener

su dominación sin detenerse en cuanto al uso de los más terribles medios de exterminio.

El año de 1870 no terminó sin que el Presidente Grant dirigiese, esta vez en 12 de octubre, otro ataque a los cubanos. Esta vez tuvo la forma de una proclama refrendada por el secretario de Estado Fish, en la que declaró venían realizándose actos delictuosos penados por la ley de los Estados Unidos por personas residentes dentro del territorio de la nación, contra poderes con los cuales los Estados Unidos se hallaban en paz; tratando de reunir fondos para organizar y armar expediciones contra territorios de dichos poderes. Esas violaciones de la ley y de la soberanía de los Estados Unidos serían rigurosamente perseguidas y una vez que las personas responsables de las mismas quedasen convictas y sentenciadas, no podrían esperar o ser objeto de clemencia de parte del Ejecutivo para salvarla de las consecuencias de sus delitos. Grant agregaba que había circulado órdenes a todos los funcionarios civiles, militares o navales de que hiciesen uso de todo su poder para arrestar y someter a los tribunales para que fuesen juzgadas y castigadas todas las infracciones contra las leyes reguladoras del cumplimiento de la sagradas obligaciones de los Estados Unidos con los países amigos (1). A virtud de esta orden, Aldama, Mestre y otros emigrados fueron reducidos a prisión en Nueva York, y si bien no tardaron en recobrar su libertad, vieron obligados a disolver las organizaciones establecidas y continuar la labor de una manera menos ostensible y con alguna menor efectividad.

La prensa norteamericana continuó la agitación de la opinión pública en favor de los insurrectos cubanos, a pesar del mensaje de Grant de 6 de diciembre de 1869. En respuesta a las incitaciones de los periódicos, en las dos ramas del Congreso presentáronse proposiciones por senadores y representantes de numerosos Estados incitados por las actividades de la Junta Central Revolucionaria Cubana en Nueva York y de los "clubs" organizados en diversas ciudades norteamericanas por emigrados cubanos y simpatizadores norteamericanos para recaudar fondos destinados a la adquisición de armas, municiones y demás material de guerra y preparación de expediciones para transportarlos a Cuba en apoyo de las fuerzas insurrectas. Esas actividades dieron motivo a fuertes protestas del Ministro español en Washington y de los representantes del gobierno de la Metrópoli en Cuba y en España. Uníanse a estas protestas las imputaciones de que los cubanos sobornaban o trataban de sobornar a elementos del Congreso, utilizando al efecto bonos cubanos aunque estuviesen depreciados para obtener acuerdos de ambas cámaras favorables a la insurrección cubana, versiones a las cuales

daban amplia circulación los agentes de España al servicio de López Roberts en Washington y en los periódicos sostenidos con fondos del gobierno español en Nueva York y algunas que otras poblaciones norteamericanas. Estas actividades de los emigrados cubanos y de sus simpatizadores norteamericanos en la prensa y en el Congreso, marcadamente contrarias a la política de Grant y de Fish, condujo a que firmes ambos en sus propósitos de no reconocer la beligerancia a los cubanos y evitar dificultades y conflictos en el exterior, especialmente con España, el 13 de junio de 1870, "separándose el Presidente Grant y su secretario de Estado de todo precedente histórico y parlamentario", dirigieran al Congreso de los Estados Unidos "su famoso mensaje con el propósito de cortar de raíz en ambos cuerpos colegisladores la discusión de los asuntos de Cuba y paralizar y anular cuantos esfuerzos habíanse hecho en ambas cámaras en favor de los insurrectos de Cuba" (2).

Tan exacto es el juicio transcrito de José Ignacio Rodríguez sobre el citado mensaje de 13 de junio que, cuando fué leído en el Senado, un senador por Ohio, Thurman, manifestó que, a su juicio, la comunicación del Presidente "más bien que una proclama dirigida al pueblo de los Estados Unidos para impedirle mezclarse en los problemas de Cuba, era un imperativo mandato a los cubanos a rendirse y deponer las armas".

Enfermo y desalentado Morales Lemus desde el cambio de la política de la Administración de Grant expresada en el mensaje de 6 de diciembre de 1869, la injusta proclama de 13 de junio precipitó su muerte lleno de angustia. Previsto el caso por el quebranto desde hacía meses de la salud de Morales Lemus, Céspedes había dispuesto el 7 de junio que el patricio cubano fuese sustituido en caso de muerte por el Dr. José Manuel Mestre como representante diplomático o agente del gobierno cubano, de manera que correspondió a Mestre, en estrecha consulta y asesoramiento con Aldama, José Antonio Echeverría y otras personalidades de la emigración, responder en alguna forma a la proclama de Grant. Los términos de dicho documento, condenatorios e hirientes en todas sus partes, eran dura y agresivamente sarcásticos en algunas de las mismas. Grant proclamó que la insurrección en Cuba estaba reducida a un irregular sistema de hostilidad, emprendidas y ejecutadas por partidas poco numerosas y mal armadas, vagando por los bosques y por los lugares menos poblados de la Isla, sin tener concentración alguna y sin fuerzas para otra cosa que preparar emboscadas, atacar convoyes y columnas poco numerosas e incendiar fincas. Yendo más allá, estampó en el mensaje que los insurrectos cubanos, no menos que los soldados españoles, eran indignos de toda justa simpatía, a vir-

tud de la bárbara manera con que los unos y los otros quebrantaban los principios de humanidad establecidos en los pueblos cultos y continuamente ultrajaban las consideraciones más elementales de moralidad y justicia.

A los emigrados cubanos, Grant los vejaba y maltrataba de manera ofensivamente sarcástica, sin consideración a la desventura de los mismos, a las causas que los habían hecho salir de Cuba ni a los deberes más elementales de la hospitalidad. "Durante todo el curso de la lucha —estampó Grant en la proclama— se ha hecho una llamativa exhibición por un número considerable de cubanos que han escapado de la Isla y evitado los riesgos de la guerra. Congregados en este país, a salva distancia de la escena del peligro, tratan de hacer la guerra desde nuestras costas, procuran incitar y lanzar a nuestro pueblo a una lucha que ellos evitan y realizan esfuerzos en contra de la ley para envolver a este Gobierno en complicaciones y posibles hostilidades con España. Difícilmente puede caber duda de que es ese el objeto por ellos perseguido, encubierto cuidadosamente bajo la engañosa y aparentemente plausible demanda de un mero reconocimiento de la beligerancia." "Se me ha afirmado —agregaba Grant— por la que tengo razón en considerar una buena autoridad, que se han emitido bonos cubanos en grandes cantidades, el pago de los cuales dependerá del reconocimiento de la beligerancia o de la independencia en los Estados Unidos. El propósito de hacer valer esos medios sobre la acción de este Gobierno es asunto de seria reflexión" (3).

A las graves dificultades creadas a los cubanos por el ofensivo mensaje, uníanse otras para complicarle la situación al Dr. José Manuel Mestre. Eran éstas, desagradables problemas suscitados por las actividades de Manuel de Quesada desde su arribo a los Estados Unidos. Otros no menos perturbadores debidos a los tenaces opositores de Céspedes en Cuba empeñados en destituirlo; el hecho de tener que aclarar su situación personal, y el tener que adoptar, de acuerdo con Aldama y la Junta Revolucionaria, las disposiciones demandadas por la nueva, sorprendente y hostil actitud del Presidente Grant.

Respecto a su posición personal, Mestre propúsole a Céspedes dos importantes alteraciones en la representación de Cuba en los Estados Unidos. El carácter y la categoría del representante del gobierno revolucionario debía cambiarse para hacerlo un simple "comisionado". El cargo de apariencias más modestas tenía en realidad un campo más vasto en el orden legal y un carácter más práctico. Los comisionados debían ser dos con iguales funciones y responsabilidades para discutir los asuntos y proceder con mayor reflexión y conocimiento de causa.



PEDRO FIGUEREDO

PEDRO FIGUEREDO. Abogado bayamés, rico en virtudes y en bienes de fortuna, que compuso a solicitud de su gran amigo Francisco Maceo Osorio la música del canto de guerra que habría de conducir a nuestras huestes, según su propia feliz expresión, a la lucha y a la victoria. Durante la heroica toma de su ciudad natal —página de gloria de la prodigiosa década— el afortunado compositor dió también a sus centerráneos enardecidos la letra de las vibrantes estrofas de aquel himno patriótico —*La Marcha de Peruché* o *La Bayamesa*, que de ambas maneras se le llamó en un principio—, que es hoy día nuestro Himno Nacional. Enfermo, casi invalidado, Figueredo cae un día aciago prisionero de las fuerzas españolas que se movían en su busca. Conducido a la ciudad de Santiago de Cuba, es condenado en seguida a muerte. "Siento como si una aureola circundara mi frente", exclamó momentos antes de ser fusilado, la mañana del día 17 de agosto de 1870.

El retrato que se publica pertenece a la Colección Figarola-Caneda del Archivo de la Academia de la Historia de Cuba.

Sugería Mestre a José Antonio Echeverría, en quien tenía gran confianza, proposiciones todas las de Mestre aceptadas por Céspedes, aunque no se hicieron efectivas hasta bien adelantado noviembre a causa de la dificultad de las comunicaciones.

En cuanto a Aldama, teniendo en cuenta los términos de la proclama de Grant y las disposiciones subsecuentes de acuerdo con la misma, dictadas contra las actividades de las organizaciones cubanas auxiliares en los Estados Unidos de la insurrección de Cuba, aprovechó la oportunidad para disolver la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico, blanco constante de la oposición y de abiertas y acres censuras de muchos emigrados descontentos. Conservó a su lado a algunos miembros en calidad de amigos particulares y tomó a su cargo los trabajos de la Agencia General. Por lo demás, Mestre, Aldama y sus amigos y colaboradores más íntimos, así como los demás emigrados, organizados o no, prosiguieron sus trabajos a favor de sus hermanos en armas en Cuba Libre, cuidando de no infringir abiertamente las leyes de la Unión Americana.

Difícil en cuanto a las operaciones bélicas, el año 1870 no lo fué menos tocante a las cuestiones de política nacional y extranjera de la Revolución.

Complicada a causa de las cuestiones surgidas con motivo de la activa campaña militar española en Camagüey, la política interna revolucionaria, agraváronse marcadamente a causa de las diferencias de criterio político-militar entre Agramonte y Jordan, la renuncia y salida de éste de Cuba, la aceptación de la renuncia del jefe camagüeyano por el Presidente Céspedes y el rompimiento personal entre ambos.

Con mayoría anticespedista la Cámara, identificada con Agramonte, persistió en su oposición contra el Ejecutivo. Los diputados más extremistas hallábanse dispuestos a llegar a la destitución del Presidente. No obstante, la Cámara no se resolvió a actuar de manera drástica como en el caso de Quesada, ni se colocó en la posición intransigente de negarle todo concurso al Ejecutivo en las cuestiones urgentes de fundamental interés revolucionario.

Acusábase a Céspedes de pretender dirigir dictatorialmente la Revolución, de acuerdo con su exclusivo criterio personal. La evidencia histórica es, sin embargo, que Céspedes procuró contar con el concurso, el consejo, la colaboración y la representación en el Gabinete de las más distinguidas personalidades revolucionarias. Además de la designación de Aguilera para Secretario de la Guerra hecha tan pronto tomó posesión en Guáimaro, llevó a la subsecretaría del Departamento a Pedro Figueredo, otra gran figura revolucionaria. En la Secretaría de Rela-

ciones Exteriores llevó a Ramón Céspedes Barrero, distinguido abogado bayamés, muy apreciado en el campo revolucionario y en la emigración, homónimo del Presidente en cuanto a su apellido, pero no miembro de la familia del Presidente, y patriota que se distinguía por la austeridad y rectitud de su carácter, unidos a su serenidad y a su devoción por la causa de la independencia. Céspedes Barrero, como Aguilera y Pedro Figueredo no eran hombres que Céspedes pudiera mantener en su Gabinete durante largos meses sin oírlos con atención, guardarles el debido respeto y las consideraciones a que eran acreedores. El llevar al Gabinete a Rafael Morales y González, Eduardo Agramonte, Francisco Maceo Osorio, Carlos Loret de Mola, personalidades distinguidas que no le eran particularmente adictas unas y que fueron fuertes opositores suyos otras, demuestran que la imputación de inclinaciones dictatoriales era obra de la exaltación de los ánimos más que de ambiciones de mando exclusivo del Presidente Céspedes. La realidad es que el encono de las controversias, naturales en el campo revolucionario, debióse al rompimiento personal entre Céspedes y Agramonte y sobre todo a la comisión confiada por el Presidente a Manuel de Quesada en el extranjero, medida impolítica de Céspedes, ofensiva para la Cámara y que suscitó los grandes recelos entre algunos de sus miembros de que ya se ha hecho mención en esta obra.

En 1870, la división aún cuando grave no llegó a ser irremediable ni causó daños de largo alcance, si se exceptúa el de la renuncia de Agramonte. No se pasó a más por respeto al cargo de Presidente de la República de que se hallaba investido Céspedes, el hombre de La Demajagua, cuidadoso de mantenerse siempre a la altura del prestigio de su cargo presidencial, en cuanto al decoro, la dignidad y la autoridad propia del mismo, puramente moral, dado que Céspedes no contaba con fuerza militar alguna a sus órdenes directas, protegido sólo por una pequeña escolta. Representativo y moral, el respeto inspirado por Céspedes no dimanaba solamente del hecho de ocupar la Presidencia elegido constitucionalmente, sino también de la firmeza de su carácter, aunada al dominio de sí mismo; de su inalterable cortesía, obligación de su alta magistratura; de su valor personal y su sangre fría, cualidades puestas de manifiesto repetidamente en los trances más difíciles de la guerra.

Frías las relaciones entre el Ejecutivo y la Cámara sin pasar a mayores, el 28 de febrero de 1870, después del paréntesis conciliador que dió entrada en el Gabinete a Antonio Lorda y Rafael Morales y en dificultad de poder reunirse en sesión con frecuencia a causa de la activa e infatigable persecución del enemigo, la Cámara adoptó el acuerdo de declararse en receso hasta el 10 de abril de 1871, aniversario de la

reunión de la Asamblea de Guáimaro, aún cuando en marzo reunióse para aprobar las leyes de administración militar y de ordenanza militar para el Ejército. Al tomar esa decisión la Cámara concedió a Céspedes más amplias facultades para dirigir la guerra durante el receso cameral.

A fines de mayo, después de larga estancia en Camagüey, el Gobierno marchó rumbo a Oriente, cuyo territorio recorrió no sin exponerse a muchos peligros y penalidades durante los meses de junio y julio y la primera mitad de agosto. En 8 de octubre, después de atravesar a Tunas, el Ejecutivo y la Cámara se hallaban en el lugar llamado Cacaotal, en territorio camagüeyano, y aunque las relaciones del Presidente y la Cámara estaban algo tirantes por diferencias de criterio respecto de un proyecto de nueva ley de organización militar con el cual hallábase inconforme Céspedes, acordóse unánimemente conmemorar la proclamación de la independencia en La Demajagua el día 10. En una amplísima casa de guano situada en el centro del campamento donde se efectuaban las sesiones del Ejecutivo y de la Cámara, celebróse el acto conmemorativo. A los dos años de proclamada la independencia, el decaimiento de la Revolución era visible en el Cacaotal. Se saludó y paseó la bandera procesionalmente y se pronunciaron discursos de un tono melancólico en general, a causa del mal cariz de la guerra en aquellos momentos. Céspedes se manifestó firme en su decisión de luchar hasta el fin y el joven Morales, miembro todavía del Gabinete, alentó a los presentes, levantó los espíritus y electrizó a todos en un arranque de feliz elocuencia (4).

La conmemoración conjunta del 10 de octubre en Cacaotal es una evidencia histórica de que aunque distanciados por criterios marcadamente distintos sobre problemas básicos de la Revolución, la Cámara y el Ejecutivo no habían llegado al extremo de romper sus relaciones personales. En verdad, marchaban juntos de campamento en campamento, sujetos a iguales contingencias, penalidades y peligros, sin dejar de colaborar entre sí en la discusión, formal o informalmente, de los más serios y urgentes asuntos, sin eximirse de las responsabilidades que sobre ellos pesaban. Los desacuerdos entre los dos poderes revolucionarios crearon dificultades a las operaciones militares y produjeron otros efectos desfavorables a la causa cubana. No obstante, no es posible considerar dichos desacuerdos y las controversias a que dieron lugar como factores decisivos en la marcha de la revolución. La Cámara y el Ejecutivo, de la misma manera que no contaban con fuerzas y recursos suficientes para asegurar la victoria, tampoco podían ser factores de derrota a causa de sus errores, porque el poder de ambos órganos del gobierno revolucionario pesaba poco en la marcha de las operaciones

militares. Acucioso observador, cuidadoso anotador en su *Diario* de los sucesos y acontecimientos políticos y militares de la guerra en Camagüey en 1869 y 1870, actor en dichos sucesos y acontecimientos junto a Agramonte, y en relación directa y constante con la Cámara y el Ejecutivo, Manuel Sanguily legó a la posteridad años más tarde, después de maduras reflexiones, en un cuadro de conjunto, sus conclusiones respecto de si los dos poderes civiles de la revolución, la Cámara y el Ejecutivo, podían crear y creaban dificultades graves a la acción de los jefes militares e impidieron a cualquiera de ellos descollar de manera decisiva y llevar la guerra a una conclusión victoriosa. La conclusión de Sanguily es enteramente negativa. En las condiciones de la guerra cubana, ni la Cámara ni el Ejecutivo podían evitar que un jefe sobresaliera decisivamente sobre los demás, se sobrepusiera a éstos, lograra hacerlos obedecer disciplinadamente sus órdenes y llevar adelante la guerra en las más favorables condiciones. Grupo pequeño, puñado de hombres los legisladores, obligados a vivir al amparo de todos, en medio del Ejército, entre el fragor de la lucha, la Cámara no podía ser "el gendarme de la revolución" para sujetar los jefes a su autoridad y dirigirlos a la victoria. El Ejecutivo, el Presidente de la República, sin fuerza propia, obligado a vivir como los legisladores, al amparo de las fuerzas armadas, no tenía en la realidad de los hechos, otra autoridad que la de una fuerza puramente moral. El ascendiente de la Cámara era del mismo género.

La incomunicación en los momentos más urgentes, la lentitud de la transmisión de las órdenes por los correos, la constante movilidad de las fuerzas al mando de cada jefe, fraccionadas comúnmente; la imposibilidad de concentrar mil o mil quinientos hombres durante dos o tres semanas en una zona sin arruinarla, agotando sus recursos mientras se preparaba un golpe de alguna fuerza contra el enemigo, la amenaza a la permanencia y la seguridad de talleres y hospitales, la insuficiencia y la diseminación de los cultivos a causa de las devastaciones del enemigo y la persecución de éste a la población rural, hacían virtualmente imposible, aunque pretendiesen ejercerla, la dictadura de la Cámara o la del Ejecutivo, sujetos ambos poderes a las mismas limitaciones. Ni Céspedes estaba en posición de poder ser dictador ni la Cámara hubiese podido asumir con efectividad la dirección de las operaciones militares, aun cuando lo hubiese deseado. Los verdaderos dictadores, todos en pequeño, fueron los jefes locales, según los llama Sanguily, los que, con sus sacrificios extraordinarios y sus estupendos esfuerzos, mantenían la guerra. Ambos grandes poderes revolucionarios no disponían de otra fuerza efectiva que la fuerza moral ya mencionada, la cual no dejaba

en cierta medida de ser grande. Limitada la efectividad de los órganos legislativos y ejecutivos de Cuba Libre, establecieronse como tipo de instituciones nacionales propias de la nación independiente y libre. Por ese sólo hecho, ambos poderes eran merecedores de respeto, deseándose que funcionasen bien y armónicamente. Motivo de satisfacción, orgullo y esperanza, era el haberlos establecido. Frente a las inmensas circunstancias desfavorables con que se enfrentaba en la guerra, el insurrecto cubano necesitaba, falto de todo, vigorosos estímulos morales para sostenerse firme y heroico contra el enemigo. Todo cuanto pudiera contribuir a deprimirlo moralmente, quebrantando sus esperanzas de victoria, era un gravísimo peligro para la revolución. Los jefes militares españoles dábanse cuenta con toda claridad de este hecho. Como medida efectiva de guerra, aprovechaban el menor indicio o la más tenue versión de divisiones en el campo revolucionario para explotarlos a su favor, amplificándolos y dándoles la mayor publicidad, así para estimular y animar a los suyos, militares y civiles, como para desalentar a los cubanos en armas, y contener y hacer vacilar a los dudosos respecto del éxito de la revolución y de una república de Cuba independiente y soberana si llegaba a establecerse. En igual forma, los espías y en la emigración los periódicos sostenidos con fondos del gobierno español exageraban y divulgaban, además de las divisiones supuestas o reales en el campo revolucionario, las existentes entre los mismos emigrados para restarle simpatías y apoyo a unos y a otros en los Estados Unidos, las repúblicas de origen hispánico de la América y la opinión que pudiera serles favorable de elementos liberales u hostiles a España en Europa. Plenamente reconocido el hecho de la limitada efectividad de la fuerza de la Cámara y el Ejecutivo, es indudable que la falta de cooperación y de unidad de miras y de acción de ambos poderes fué causa de efectos morales deprimentes entre los revolucionarios cubanos; un factor de debilidad y de peligro para la revolución.

CAPÍTULO IV

FINAL DEL MANDO DE CABALLERO DE RODAS. EL CONDE DE VALMASEDA, CAPITAN GENERAL

A su regreso a la Habana a mediados de 1870, después de la supuesta casi total pacificación de Camagüey, en su campaña de los cien días, Caballero de Rodas no pudo sentirse tranquilo en el palacio de los capitanes generales. Acontecimientos que se habían producido en la Habana a fines de enero, cerca de dos meses antes de partir él para Camagüey, crearon un espíritu de violencia entre los voluntarios de la Habana, los de toda la Isla y los peninsulares en general llamado a perturbar todo el resto del mando del capitán general, inútilmente designado para poner término a las demasías de los voluntarios. Los acontecimientos en cuestión fueron provocados por un periodista español que se distinguió por su virulencia en las violentas polémicas “henchidas de odios y sostenidas con destempladas frases y abundantes acriminaciones”, Gonzalo Castañón, director de *La Voz de Cuba*, quien, según el historiador Justo Zaragoza, no desaprovechaba “ninguna de las circunstancias que podían proporcionarle ardientes defensas de los intereses españoles”. En el período inicial de libertad de imprenta autorizado por Dulce en enero de 1869, varios amigos y paisanos del periodista Castañón, entonces cesante, deseosos de protegerlo, formaron una sociedad por acciones y reunieron fondos para que dicho escritor pudiera fundar *La Voz de Cuba* y la publicación pudiera existir algunos meses. “El calor de los escritos y los levantados arranques con que el periódico se dió a conocer, aunque contrariando en muchas ocasiones lo prescrito en el programa y bases de fundación, —dice el historiador citado, amigo muy íntimo de Castañón—, le hicieron aceptable a gran parte del público más ardoroso; pero como las exageraciones políticas sin fundamento racional y lógico son meteoros que pasan rápidamente, *La Voz de Cuba* fué decayendo y amenguando su importancia, a pesar de haber creado en el mes de febrero de 1869 una revista quincenal de noticias, primera en su género, que evitaba a los suscriptores

escribir a la península extensas cartas sobre política, pues en ella se condensaban todos los acontecimientos más importantes de la quincena."

"Viendo Castañón palpablemente el decaimiento del periódico, debido a su carácter y en gran parte a haberse separado del camino que le señalaron los socios fundadores, y recordando, al buscar los medios más oportunos para reanimarle, las prosperidades que al *Cronista* de Nueva York reportaron el desafío que con un cubano insurrecto tuvo su director José Ferrer de Couto, entró el de *La Voz de Cuba* en deseo de imitarle, lo cual manifestó al autor de este libro varias veces cuando vivían juntos en el hotel del pueblo de Marianao." "No era censurable, sin duda, —comenta Zaragoza—, bajo el punto de vista patriótico el propósito de Castañón... mas en tan delicado asunto era muy importante y decisivo saber aprovechar la ocasión para no caer de la heroicidad en el ridículo, tan frecuente en semejantes cosas cuando no se escogen buenas circunstancias, y en esto fué Castañón poco feliz, porque preocupado en su idea e impelido por la impaciencia de su natural fogoso, aceptó la primera que la casualidad hubo de presentarle." "Esta y el motivo de su desgracia fué un artículo publicado en Cayo Hueso por el periódico insurrecto "El Republicano", en el que con la mordacidad que acostumbraba en asuntos españoles, se inferían graves ofensas a los defensores de la integridad nacional en Cuba. Contestando Castañón aquel escrito, publicó en su periódico del 21 de enero un cartel de desafío, dirigido al director de "El Republicano", y contestado por aquél y encrespadas las pasiones hasta un punto en que no se podía retroceder, decidióse Castañón a pasar a Cayo Hueso con sus padrinos y exigir a Don José María Reyes, sostenedor de lo que en aquel periódico se había insertado, las satisfacciones correspondientes" (1). Por obvias razones de imparcialidad histórica transcribense textualmente los antecedentes que sobre el reto de Castañón y los motivos del mismo constan en la obra del historiador español.

Desembarcado el sábado 29 en Cayo Hueso y no aceptado el desafío por Reyes, otro cubano, Mateo Orozco, envió padrinos a Castañón para batirse con él, a lo cual se negó el director de *La Voz de Cuba*. Esta vez fué Castañón quien no aceptó el duelo, y ofuscado Orozco por lo que creía un desprecio a su persona, informado de que Castañón intentaba regresar a la Habana el día 31, dirigióse al hotel en que estaba alojado Castañón, prodújose un altercado, cambiáronse disparos, y Castañón resultó muerto.

Trasladado el cadáver a la Habana al siguiente día, el citado historiador Zaragoza redactó una hoja suelta, circulada profusamente en la Habana, incitando a que se efectuase una suscripción a favor de los

niños Rodrigo y Fernando Castañón, proposición que, acogida por el Casino Español de la Habana, produjo el resultado de reunir una fuerte suma con el propósito indicado.

Con motivo del entierro en la Habana se cometieron aquella noche varios lamentables atropellos y asesinatos, hecho que obligó a Caballero de Rodas a dictar urgentes órdenes al interior de la Isla para evitar lo que califica Zaragoza de "censurables arranques del fanatismo político" (2).

Efecto inmediato de estos sucesos fué el asesinato en el parque de Isabel II, en la Habana, del norteamericano Isaac Greenwald, heridos de gravedad dos de los tres compañeros del Greenwald. El victimario, que se irritó especialmente con la corbata azul de la víctima, llamábase Eugenio Zamora, canario, voluntario de la sexta compañía del 5º batallón mandado por el coronel Ramón Herrera.

El castigo de Eugenio Zamora resultó difícil porque los voluntarios oponíanse a que se procediese contra él, pero Caballero de Rodas, comprendiendo que la impunidad de Zamora habría de traer complicaciones internacionales difíciles, procedió con toda firmeza a someter a Zamora a un consejo de Guerra que lo condenó a muerte, sentencia que hizo cumplir el capitán general. Justo Zaragoza consigna en su historia que la actitud poco conveniente de los jefes de voluntarios que no accedieron de buen grado a la ejecución de Zamora, fué una de las causas que indujeron a Caballero de Rodas a trasladarse a Puerto Príncipe con la justificación de la campaña que allí estaba llevándose a cabo. Las ejecuciones en garrote en la Habana de Goicuría, Ayestarán y los hermanos Agüero fueron ordenadas, junto con otras muchas que se efectuaron en mayo, junio y julio, dispuestas por el capitán general, para tranquilizar a los voluntarios. En los meses sucesivos hasta diciembre 13, fecha de la entrega del mando a su sucesor el conde de Valmaseda, Rodas vióse obligado a realizar otros muchos actos de cruel e inhumana severidad para el mismo propósito de aplacar a los extremistas. El tono enérgico con que protestó del plan de mediación norteamericana rechazado al fin y al cabo por España y la publicidad que se dió a su repudiación de dicho plan respondían, igualmente, al mismo fin.

Aun cuando, según Zaragoza, el disgusto e irritabilidad de los extremistas se distrajo un tanto con las ejecuciones de Goicuría, los hermanos Agüero y Rafael Casanova (3), sabíase bien en la Habana que la guerra continuaba en Oriente, Camagüey y Las Villas, y censuraban acremente a Rodas por entender que éste había hecho demasiadas concesiones a Napoleón Arango y a otros presentados, que sólo aguardaban una oportunidad propicia para traicionar nuevamente a España.

La pérdida de autoridad de Rodas y la política de éste más inclinada cada vez a no enfrentarse con los extremistas, imprimían a la guerra un carácter de mayor ferocidad con el aumento de las guerrillas, cuya acción hacíase sentir en la persecución de las familias en los campos, el asalto a los míseros hospitales de sangre en los bosques y el asesinato sin piedad a todo hombre capturado, cualquiera que fuese su clase o condición y hubiese o no hecho armas contra España. Algunos de los jefes de guerrillas adquirieron una horrenda celebridad. En la jurisdicción de Cuba, después de pasar Máximo Gómez a mandar la de Holguín, verificáronse terribles carnicerías por las guerrillas, mandadas por el montañés Federico Echevarría (Federicón), Carlos González Boet y otros. En Camagüey destacóse un capitán Setién (El Tigre), muerto al fin y al cabo a manos de Agramonte (Guerrilla de Santa Cruz del Sur). En Las Villas, el jefe de una guerrilla en la zona de Remedios, hasta los límites de Camagüey, llamado El Brujo, con su segundo, un teniente pronto ascendido a más altos grados, con el alias de Tizón, criminal empedernido de la peor especie, realizaron toda clase de atrocidades (4). El general Rodas llegó a indignarse tanto contra el feroz guerrillero González Boet que lo sometió a un consejo de guerra y lo envió bajo partida de registro a España, donde figuró en las filas carlistas continuando sus bárbaros procedimientos.

No menores dificultades para Rodas y en parte para el gobierno metropolitano fueron las innumerables quejas y protestas a que daba lugar la corrupción e inmoralidad, puesta de manifiesto no sólo por los funcionarios de la administración, sino también en las filas del ejército, contaminado vergonzosamente, sin exceptuar a los más altos jefes, con los viles procedimientos del embargo de los bienes de los infidentes. Pirala señala numerosos casos que condena en los más enérgicos tonos en las páginas 391-392 del tomo segundo de sus *Anales*. Sin embargo, Caballero de Rodas a pesar del conocimiento de esos hechos, autorizó más de dos mil embargos sobre los aprobados por Dulce y Ginovés Espinar, práctica continuada por Valmaseda a extremo tal que en agosto de 1871 los embargos sumaban cerca de 4,000, con un monto total estimado de más de 120 millones de pesos, según el historiador Zaragoza.

Los métodos de extrema inhumanidad con que se llevaba adelante la guerra en Cuba, sin éxito efectivo, y la escandalosa inmoralidad imperante en la Isla, llegaron a producir quejas y protestas en el Congreso español. Un miembro de éste dirigió al ministro de Ultramar, en sesión de las Cortes, muy graves interrogaciones sobre la marcha que seguía la guerra en Cuba y los métodos que se empleaban, y otro, el diputado republicano Díaz Quintero, en sesión de 13 de junio, comenzó

por declarar que a virtud de lo que se proponía exponer a los diputados se le llamaría filibustero, calificación que no le asustaba, porque peor que los filibusteros eran a su juicio las personas que deshonraban en la Isla el nombre español con sus barbaridades y crueldades, convirtiéndolo en baldón de toda la Europa. Antes de prolongar la dominación en la Isla por tales métodos, Díaz Quintero declaraba preferir mil veces que se perdiese la Isla antes que faltar de la manera en que se faltaba, a los principios de la humanidad y de la civilización.

Ya en septiembre el gobierno dudaba mucho de la exactitud de los informes de Rodas al ministerio sobre la marcha favorable de la guerra para España en la Isla, informes que no convenían con las noticias recibidas de Cuba en cartas particulares y con los documentos enviados por los cónsules extranjeros a sus gobiernos. Hacía dos años, decía Moret, que era el Ministro de Ultramar en cuestión, que la insurrección duraba y que el gobierno venía recibiendo informes con esperanzas análogas a las que él, Rodas, expresaba, al anunciar que la insurrección estaba reducida al bandolerismo. El Ministro estaba dispuesto a enviarle a Rodas los reemplazos solicitados por éste, y le ofrecía diez mil hombres de refuerzo inmediatamente, pero declarábele que la guerra debía terminar. En la extensa comunicación de Caballero de Rodas a Moret tratando de desvirtuar las imputaciones que se le hacían, colocábase en abierta contradicción con el Ministro, lo cual le obligaba al abandono de la Capitanía General de Cuba. Entendiéndolo así, Rodas presentó su dimisión al gobierno supremo, acto del cual informó en carta privada a Valmaseda. El gobierno de Madrid tardó breves días en resolver. La carta de Rodas a Moret fué fechada en 12 de octubre. En primero de noviembre, Rodas telegrafió a Valmaseda que se trasladase a la Habana a asumir el mando supremo de la Isla, del cual le hizo entrega el 13 de diciembre, por haberlo dispuesto así el gobierno al admitirle su dimisión.

El conde de Valmaseda sucedió a Antonio Caballero de Rodas en la Capitanía General de Cuba el 13 de diciembre de 1870. Dos semanas más tarde el Presidente del Consejo de Ministros de España fué asesinado en Madrid. Al siguiente día de la muerte de Prim, elegido rey de España por las Cortes españolas Amadeo de Saboya, bajo los auspicios del asesinato general, desembarcó en Cartagena y arribó a Madrid el 2 de enero de 1871. Juró ante las Cortes, fué proclamado rey y encargó al general Serrano, duque de la Torre, la formación del Ministerio, quien llevó al de Ultramar a Adelardo López de Ayala, poeta y político amigo personal de Valmaseda, compenetrado con éste en los métodos de expo-

liación y de exterminio preconizados por el conde, ligado también López de Ayala con el elemento "leal" de las provincias de Ultramar, voluntarios y demás peninsulares extremistas.

Valmaseda le había imputado a los capitanes generales antecesores suyos en el período de la guerra el no tener un plan de campaña bien coordinado, causa de que la guerra continuase. Apresuróse a trazarlo, y situó a jefes de su confianza en los lugares más comprometidos: Portillo, en Las Villas; Martínez Campos, Goyeneche, Heredia y otros en Oriente y Camagüey, dispuestos a llevar adelante una intensa ofensiva entrado ya el período de la seca.

Con el decisivo apoyo del nuevo gobierno monárquico, el conde apresuróse a informarse de dos grandes cuestiones ajenas a las operaciones militares, pero de influencia considerable sobre éstas: el estado de la política internacional y el de las cuestiones económicas en la Isla.

Muy pronto vióse embargado, no obstante, por otros problemas imprevistos muy serios para él. El poeta Juan Clemente Zenea, la esposa de Céspedes, Ana de Quesada y algunas otras personas fueron capturadas en la costa septentrional de Camagüey cuando trataban de salir ocultamente para Nassau. En el momento de la captura, Zenea escapó de ser fusilado junto con el práctico naval del grupo porque mostró a sus captores un salvoconducto de puño y letra del ministro español en Washington, Mauricio López Roberts, autorizado por el Regente Serrano en nombre de su alteza real o sea de la nación española. En el documento se ordenaba a todas las autoridades de mar y tierra, y a los voluntarios de Cuba, que dejasen libre el paso a Juan Clemente Zenea para que pudiese entrar y salir en la Isla por el punto de su elección y en la forma que creyese conveniente. Comunicada la noticia de la doble captura al Capitán General, éste dispuso el traslado de la esposa del presidente Céspedes y de Zenea a la Habana. La señora Ana de Quesada fué alojada en la Casa de Beneficencia y Maternidad bajo custodia, y el poeta reducido a prisión en un calabozo de la Cabaña.

La presencia de Zenea en el campo de la insurrección en Cuba debióse a la misión confiada a Nicolás Azcárate por el ministro de Ultramar, Segismundo Moret, de acuerdo con el presidente del Consejo de Ministros, cuando se proyectó enviar a Azcárate a Nueva York para someter proposiciones de paz de Moret a base de concesiones liberales a Cuba, a la Junta Central Revolucionaria primero, y hacerla llegar a Céspedes después. La Junta no aceptó las proposiciones, pero accedió a enviar cartas a Céspedes con el comisionado que enviase Moret, dándole cuenta de las proposiciones, para que el gobierno cubano resolviese lo que estimase pertinente.

Los buenos españoles y los voluntarios hallábanse más o menos enterados de estos planes, porque Azcárate había abogado abiertamente por ellos en la prensa española, conocían las relaciones políticas y de amistad personal entre Azcárate y Moret, y sabían que el viaje del primero respondía al propósito de negociar un arreglo con los insurrectos, medida que los buenos españoles y los voluntarios consideraban una odiosa traición a España, doblemente odiosa por producirse en el momento en que Valmaseda, en quien tenían puesta toda su confianza, asumía el mando supremo en Cuba.

El plan del ministro Moret basábase en tres concesiones fundamentales a los cubanos para que éstos depusiesen las armas: amnistía general con devolución de bienes embargados; disolución del cuerpo de voluntarios; autonomía. Cada una de las tres concesiones era considerada por los extremistas agrupados en los Casinos españoles y por los voluntarios un horrendo delito merecedor de la muerte. Azcárate y Moret hallábanse fuera de su alcance; Zenea, el mensajero, encerrado en un calabozo de la Cabaña, debía ser fusilado sin demora como un escarmiento. Los voluntarios no entendían ni querían entender de salvoconductos que habían sido otorgados por un diplomático en cumplimiento de instrucciones de un ministro ya echado del Gabinete, sustituido por López de Ayala, ni de un jefe del gobierno, Prim, que había pagado con la vida sus errores y sus crímenes contra España.

Como primera providencia, Valmaseda trató, con lo que entendió ser benevolencia, a la esposa del presidente Céspedes, que desde el primer momento se condujo digna y altivamente, concediéndole autorización en 12 de enero para trasladarse a Nueva York. En cuanto a Zenea, cuyo inmediato fusilamiento demandaban los voluntarios y los periódicos extremistas, lo mantuvo en su encierro de la Cabaña, como un grave problema para él. El conde, en su perplejidad, escribió en 13 de enero a López de Ayala informándole que Zenea se encontraba sujeto a un procedimiento militar, y que sin adelantar una opinión prematura, los documentos que se le habían ocupado lo hacían aparecer culpable. La opinión, que conocía las creencias revolucionarias y la marcada y tenaz deslealtad de Zenea a España, informaba Valmaseda, deseaba un ejemplar castigo para el poeta. En el ínterin él, el conde, hallábase en una situación "engorrosa y difícil", porque "amante de la justicia, deseaba que fuese rápida y alcanzase a todos los que la anhelaban". Ocho días más tarde el Capitán General dirigióse nuevamente al ministro manifestándole que la situación se hacía cada día más delicada, por la exaltación del patriotismo, a lo que había contribuido hasta la benevolencia usada por él con la esposa de Céspedes.

"La convicción que se abriga de que se cumplirá lo que la justicia demanda, y la necesidad de conservar ileso el principio de autoridad, tienen en calma de momento los ánimos, pero no puedo menos de encaecer mucho ante la penetración y sabiduría de Vucencia, lo mucho que interesa meditar sobre la solución de este asunto, ocasionado a graves conflictos, según sea ésta" (5). En resumen, no obstante el salvoconducto de España que lo amparaba, Zenea tenía que ser fusilado.

En ansiosa espera de la decisión del gobierno, el conde estimó que lo peligroso de la situación lo obligaba a iniciar sin la menor demora su anunciada campaña en todo el territorio sublevado, novedad que a su juicio distraería un tanto a la "opinión". Con la amenaza del exterminio a los que no depusieran las armas en el término de 30 días, lanzó en 15 de enero una proclama a los insurrectos, a la vez que, desconfiando de sus propios métodos, trató de desarrollar un plan general de soborno a los más destacados jefes insurrectos, comenzando por el general Máximo Gómez, desechado con indignación por todos.

Iniciada ya por los jefes militares de su mayor confianza las operaciones ordenadas por él, el 18 de febrero se trasladó a hacer un recorrido por Las Villas, territorio cuya pacificación total trataba de lograr en primer término para evitar toda penetración de los insurrectos en Matanzas. A los dos días de hallarse en Las Villas, el general Ignacio Agramonte realizó un recio ataque a la torre óptica de Colón o Pinto en Camagüey. No pudo tomarla, pero las numerosas fuerzas reunidas por Agramonte y lo prolongado y recio del ataque, que causó fuertes bajas a la guarnición, fueron una sorpresa para los militares españoles y un motivo de indignación para los estrategas de café y los extremistas habaneros. Con el propósito de hacer más heroica la defensa del fuerte, los partes oficiales españoles elevaron el estimado de las cifras de las fuerzas de Agramonte a 500 hombres, y enaltecieron el arrojo y el heroísmo extraordinario de los defensores del fuerte, no pocos de los cuales murieron al pie de las empalizadas, heridos todos los sobrevivientes, a los cuales se les concedió la Cruz de San Fernando. El Camagüey, que se daba por pacificado totalmente, estaba en pie y producía esa extraordinaria y desagradable sorpresa. El ataque a la torre de Pinto podía ser en sí un hecho militar de poca importancia, pero revelaba que reorganizadas las fuerzas de Camagüey bajo el mando de Agramonte, variaba el aspecto de la guerra en el Departamento Central, y por consiguiente, en toda la Isla. Ocurrióle a la vez a Valmaseda que un número de los villareños refugiados en Camagüey, con algunas armas y municiones que obtuvieron del presidente Céspedes penetraron en Ciego de Avila en 28 de febrero, apenas salido Valmaseda de Las

Villas para la Habana. En primero de marzo, los villareños mandados por Villamil se batieron con tres columnas que cayeron sobre ellos en Monte Santo. Villamil dividió sus fuerzas, parte de ellas en la Sierra de Jatibonico y parte para las lomas de Banao, para correrse después hasta Remedios. En Oriente, pese a los esfuerzos de Marín, la lucha proseguíase de manera enconada. Valmaseda no podía dejar de reconocerlo, no sólo por los informes del citado jefe, que poseía toda su confianza, sino en razón de su apreciación personal de los hechos, pues positivamente alarmado, de Sancti-Spíritus y la Trocha pasó a Santa Cruz del Sur el 29 de abril, subió por el Cauto, designó un nuevo jefe para las jurisdicciones de Manzanillo, Bayamo y Jiguaní, el brigadier Mendiúña; siguió a Tunas y Puerto Príncipe, ofreciendo un ejemplo de extraordinaria actividad pese a ser muy obeso, y el 15 de mayo, después de 40 días en campaña, regresó a la Habana con el amargo convencimiento de que la guerra iba para largo.

Valmaseda se encontró con un estado de cosas inquietante a su regreso a la capital. Las pausas que dilataban el término de las actuaciones contra Zenea, y el aplazamiento del castigo de éste, tenían soliviantados a los impacientes. Recibióse, además, con mucho desagrado la elección de Rafael María de Labra para diputado a las Cortes por Asturias, elección obra del Gobierno, contra la cual protestaron violentamente los asturianos de la Habana. El discurso de la Corona, al abrir Amadeo de Saboya las Cortes produjo también mucho disgusto porque el monarca no hizo en el mismo sino una breve mención sin substancia de los problemas de Cuba (6). Por propia experiencia, Valmaseda conocía las dificultades que creaban a la autoridad suprema de la Isla en la Habana "los más exigentes y menos discretos" con la justificación de que deseaba corresponder a los agasajos de que había sido objeto al regresar de campaña, ofreció banquetes y otros halagos a los jefes de voluntarios, las personas distinguidas, los directores de periódicos de la capital y a los cónsules extranjeros, confirmado ya en el cargo de capitán general que había venido ejerciendo interinamente. Semanas más tarde, a mediados de junio, informado de que las cosas no marchaban bien en Camagüey, dirigió una alocución a los camagüeyanos aconsejándoles que depusieran las armas y partió de la Habana con rumbo a Júcaro y a Vertientes el 15 de junio.

Como en el caso de su primera visita a Las Villas, de 18 a 25 de febrero, en el curso de la cual prodújose el ataque de Agramonte a la torre óptica de Pinto, esta tercera salida de Valmaseda para Camagüey y Oriente coincidió con el desembarque de dos expediciones, una de ellas al mando de Rafael Quesada con gran cargamento de armas y

municiones y un refuerzo de más de 100 hombres colombianos y cubanos. El general Máximo Gómez, acudió en auxilio de las dos expediciones y las puso a salvo y consignó en su *Diario* que el recibo de las mismas, "alentaron la revolución de un modo prodigioso". A las seis semanas, doblemente preocupado por la poco satisfactoria marcha de la guerra y la inquietante situación prevaleciente en la capital, regresó a ésta la primera autoridad española de la Isla. La obra de Agramonte de imprimir nueva vitalidad y nuevo espíritu agresivo a la revolución mantenía inquieto a Valmaseda, vuelto a Camagüey por vía de Nuevitas el 17 de agosto. Para lo que llamaba el Conde satisfacer a la opinión durante su corta estancia en la Habana, activó el castigo de los infidentes, sin lograr calmar la impaciencia y el descontento de los directores de los extremistas, quienes en elecciones para renovar la junta directiva del Casino Español tuvieron marcado empeño en derrotar a los prohombres de un comité llamado de los "trece" que cooperaba con el capitán general, en las personas de Julián Zulueta y Manuel Calvo, personajes prominentes, vencidos en las elecciones para presidente y vicepresidente del Casino por dos oscuros representantes de los irritados extremistas. En plano de franca oposición a Valmaseda a causa de la prolongación del juicio de Zenea y del hecho de que la guerra iba para largo, una hoja suelta titulada "Las cosas del día, a la autoridad", con la firma de "El pueblo", fué introducida subrepticamente en todas las casas de las principales calles de la Habana, demostrándole a Valmaseda el carácter agudo que tomaba la oposición contra él, con rudos ataques al Ejército, a la Administración militar y a los planes militares de Valmaseda. El lenguaje de la hoja era muy rudo y las imputaciones de las cuales el responsable en último término era el Conde, sumamente graves. Sus admiradores y secuaces, los voluntarios y los impacientes de la clase media no creían ya en él (7). En Puerto Príncipe, a donde arribó en parte para alejarse del ambiente de la Habana, obtenida autorización del gobierno metropolitano, ordenó en 25 de agosto de 1871 el fusilamiento de Zenea, sacrificado al odio de los voluntarios.

En esta cuarta salida Valmaseda no tuvo mayores dificultades en Camagüey, donde el proceso de recuperación bajo Agramonte se producía con lentitud, pero en Oriente, campo de sus operaciones desde el 10 de octubre de 1868 hasta diciembre de 1870, sucedíanse los acontecimientos desfavorables para él y para España. En primer término, el general Máximo Gómez, con jefes a sus órdenes de un renombre legítimamente conquistado, Antonio Maceo, Guillermo Moncada, Leoncio Prado y otros de la División de Cuba, inició en los primeros días de agosto, después de vencer la tenaz resistencia de los defensores es-

pañoles del cafetal Indiana, la invasión de la zona cafetalera al este de Santiago, en marcha a Guantánamo, coronada por el éxito. Semanas después, en 18 de septiembre, el general Calixto García, segundo de Gómez con toda la confianza de éste, asaltó y saqueó con cuidadosa preparación el pueblo de Jiguaní. El 8 de octubre, en Camagüey, produjo el brillantísimo hecho de armas del rescate de Julio Sanguily por Ignacio Agramonte en una furiosa carga a la columna española que había capturado al segundo jefe en el mando de Camagüey. El episodio, que despertó la admiración de los propios españoles, puso de manifiesto a Marín y a Valmaseda la indomable resolución de los camagüeyanos que habían considerado abatidos y semidestruídos para no levantarse más en el curso de la guerra. Finalmente, las fuerzas cubanas de Bayamo y Manzanillo, bajo el mando superior del general Luis Figueredo, acompañado por el Presidente Céspedes y los miembros de su Gabinete, de recorrido e inspección por Oriente, atacaron, saquearon e incendiaron a Yara, convertida en campo atrincherado entre Bayamo y Manzanillo por Valmaseda, el 29 de octubre. A los diez meses de ocupar la capitania general y de mantenerse en movimiento constante para la ejecución de sus planes de guerra, la marcha de ésta le resultaba desfavorable, mientras sus opositores lanzaban contra él a causa de la situación económica más angustiosa cada día, acusaciones de tolerar el contrabando y el fraude en las aduanas.

La presencia del capitán general y su acción conciliadora entre los "leales", contuvieron algo, aunque mucho menos que otras veces según versión de Justo Zaragoza, la "intranquilidad que en la opinión existía y de la que hasta los más optimistas al nombrarse a Valmaseda participaban ya, porque ni la guerra concluía, ni los laborantes desmayaban". Informaciones recibidas de Cayo Hueso, en 10 de septiembre, un mes antes del regreso del Conde de su última salida a campaña, habían llevado la irritación de los voluntarios y de los extremistas hasta el paroxismo, porque Cayo Hueso, a causa de los numerosos emigrados separatistas y de haber sido el lugar de la muerte de Castañón, era particularmente odiado por todos ellos. Con el auxilio de amigos y laborantes de la Habana, Carlos García, que entraba y salía ocultamente en la ciudad, habíase trasladado a los Estados Unidos. Puesto al habla con el vicepresidente Aguilera y Ramón de Céspedes, designados para representar al gobierno cubano en el exterior, y conciliar las diferencias entre los emigrados, logró de Aguilera que le autorizase y le facilitase algunos recursos para formar una corta expedición con la cual desembarcar al norte de Pinar del Río o de la Habana con el propósito de promover un levantamiento y hostilizar a las tropas españolas. De

acuerdo Aguilera con el proyecto, destinó al mismo una corta suma, 4,000 pesos, y extendió a Carlos García un nombramiento de comandante del Ejército Libertador. García dirigióse a Cayo Hueso a organizar la expedición en un pequeño velero con un corto grupo de hombres y algunas armas. El vigilante cónsul español denunció los preparativos a las autoridades americanas del cayo y habló y envió información del proyecto a la Habana, con conocimiento de lo cual algunos cubanos extremistas apedrearon la oficina del consulado. La herida de la muerte de Castañón sangró de nuevo, con el consiguiente agravamiento del peligro de violencias en la capital de Cuba. Muy pocos días más tarde, un suceso ocurrido en la Habana el 20 de octubre, hizo estallar nuevamente la furia de los voluntarios. Por medio de su servicio de espionaje, las autoridades en la Habana tuvieron noticias de la llegada a la ciudad procedentes de Nueva York, de tres cubanos miembros del grupo de Carlos García con instrucciones de éste, provistos de documentación expedida por la Liga de las Hijas de Cuba presidida por Emilia Casanova de Villaverde, con la supuesta misión de incendiar la ciudad por varias partes a la vez. Localizados los tres individuos en cuestión en una calle de los barrios exteriores de la ciudad, al intentar detenerlos los agentes designados al efecto, hicieron resistencia armada a los guardias, según la versión oficial española. En el cambio de disparos fué muerto un insurrecto y heridos dos guardias. Un hermano del muerto logró escaparse, mientras que otro insurrecto apresado por los agentes, fué sometido a consejo de guerra verbal y ejecutado al siguiente día.

Indignados los voluntarios y los extremistas dispusieron a castigar por sí mismos sin más dilación, a todos los sospechosos de simpatizadores con la revolución o con los laborantes existentes en la ciudad, y obtuvieron de las autoridades locales, de acuerdo con el capitán general, la detención de 67 sujetos sospechosos de separatismo. En evitación de que los extremistas exigiesen el fusilamiento en masa de los sospechosos arrestados, Valmaseda procedió a deportarlos inmediatamente a Isla de Pinos, por orden dictada el 2 de noviembre, cinco días después de haber salido otra vez a campaña para alejarse de la capital.

La deportación sin formación de causa, con ser una medida de violencia, no satisfizo ni calmó la excitación de los intransigentes que la juzgaron muy suave, según versión de Zaragoza. Arrastrando esos intransigentes a otros de los menos discretos, consigna el historiador español, lograron, mostrándose éstos descontentos, acrecentar el malestar que ya por otras varias fatales circunstancias hacían la situación muy alarmante. Fué una de ellas, la noticia recibida dos días después, por

el correo de España de que un insurrecto condenado en Cuba al llegar encadenado a Santander con destino a un presidio, había sido puesto en libertad; otra, la falsa alarma de que algunos de los deportados a Isla de Pinos habían aprovechado la facilidad de trasladarse a Cuba haciendo ilusorio el castigo; y la tercera, la protección que algunos de aquellos mismos deportados consiguieron del Ministerio de Malcampo, de quien solicitaron gracias por medio del telégrafo, logrando que ordenaran al capitán general de Cuba la suspensión de la orden de destierro a determinados protegidos y les permitiesen embarcar libremente para la Península (8). Todos estos hechos crearon una situación de mal contenida violencia próxima a estallar en cualquier momento, con mayor peligrosidad por la ausencia de la capital de Valmaseda, nuevamente en campaña.

CAPÍTULO V

FUSILAMIENTO DE LOS ESTUDIANTES. FRACASO Y RELEVO DE VALMASEDA

LA política de resentimiento, el odio, la incontenible violencia e indisciplina de los voluntarios, aumentados lejos de ser disminuídos durante el mando de Caballero de Rodas y los primeros meses de Valmaseda en la capitanía general, de quien esperaban sus intransigentes partidarios una guerra a muerte sin la menor consideración a los derechos humanos, continuó agravando a lo largo de todo el año de 1871 el proceso iniciado la noche del 22 de octubre de 1868 de terribles violencias de los voluntarios, hasta llevarlo a hacer crisis con uno de los más horrendos crímenes de los mismos durante los diez años de la guerra iniciada con la proclamación de la independencia en La Demajagua: la inmolación, el 27 de noviembre de 1871, de los ocho estudiantes de medicina de la Universidad de la Habana, fusilados en el paredón de la Punta, no igualada en su horror, en su significación ni en su alcance por los hechos más espantosos de la guerra.

Estrechamente relacionada la criminal hecatombe con la persona del periodista español Gonzalo Castañón, a partir de la muerte de éste en Cayo Hueso, los principales antecedentes circunstanciales del hecho han sido expuestos por el historiador Justo Zaragoza, amigo íntimo de Castañón. Historiando los hechos, Zaragoza expone los antecedentes inmediatos de la gran tragedia que paso a paso, a virtud de los incidentes ocurridos en relación con Castañón y Cayo Hueso, prodújose desde fines de enero de 1871 hasta noviembre. La perturbación más o menos profunda promovida por la elección de concejales de los ayuntamientos, verificada aquellos días en la Habana con la victoria de un número de candidatos tachados de sospechosos por los extremistas, victoria atribuída a la imposición de las autoridades; las polémicas de los periódicos españoles, traídos por los correos de la Península, basadas en la producción de las notas sobre los proyectos de cesión de Cuba, publicadas en los Estados Unidos; y los pasos que daban al mismo tiempo los jefes de los voluntarios para elevar al Rey una exposición

denunciando airadamente los trabajos de los laborantes en varias ciudades de la Península, subieron al punto más culminante el desasosiego público, bastando un incidente cualquiera, por pequeño que fuese, para que se tradujera en hechos desagradables la perturbación moral. El incidente fatal llegó, y fué el que produjo el triste suceso conocido por el de los estudiantes de Medicina.

Objetivamente considerados los hechos, las evidencias históricas testifican que el fusilamiento de los estudiantes fué obra de los voluntarios, con la complicidad y el allanamiento a las exigencias de éstos de las altas autoridades militares y civiles, en ausencia del capitán general Valmaseda, que se hallaba en campaña. El sector de la población peninsular residente en la Isla que según el citado historiador Zaragoza fué directamente responsable del horrendo acontecimiento, fué el que Zaragoza distingue con la denominación de *clase media*, clasificado por sus peculiares condiciones de vida, en posición inferior en lo económico, lo social y lo político, a las de los sectores más elevados de la comunidad cubana, peninsulares o cubanos.

Los "buenos españoles" —"los leales"— como también se llamaban a sí mismos, integraban el sector de los medianos y pequeños comerciantes de la Habana y de las ciudades y pueblos importantes de las demás jurisdicciones. Muchos de ellos pertenecían a la dependencia de dichos comercios y a la de los comerciantes mayoristas inclusive, al personal del transporte terrestre y de cabotaje, a los pescadores, artesanos de diversas clases y a los trabajadores dedicados a numerosas ocupaciones no consideradas propias para ser desempeñadas por esclavos y que los cubanos, aún los más necesitados, no aceptaban por un motivo o por otro. Sumábanse a los antedichos los empleados subalternos de la Administración colonial, de la Isla y de los municipios, entre ellos, mucha "gente de pluma" —periodistas, escritores, etc.—, personas de escasos recursos generalmente. La vida de las gentes de este sector de la población peninsular, tomado en su conjunto, era dura y trabajosa. Sin alternar socialmente con los prohombres enriquecidos del alto comercio, no pocos de los cuales eran ya a mediados del siglo hacendados y usufructuarios de todas las ventajas obtenidas en proporción creciente desde la constitución de la camarilla de Tacón, estos prohombres eran los que habían venido ejerciendo mayor influencia, sustituyéndose unos a otros a lo largo del tiempo, en el Palacio de los Capitanes Generales, y en Madrid, constituyendo un grupo director que en 1871 conocíase generalmente por "los trece". La *clase media* distaba mucho en dicho año de aceptar el ser dirigida por los prohombres de la alta clase social española enriquecida, a quienes tachaban de

ser hombres autoritarios, aristocratizados, que alternaban con los cubanos de elevada posición social, partidarios de una disciplina y un orden sin obstáculos para ellos en un sistema de gobierno personal como el imperante en Cuba.

Con su centro de dirección política en el *Casino* de la Habana, secundados por los establecidos en todas las poblaciones importantes de la Isla, la clase media cuidaba de coordinar su acción. Contaba con sus periódicos propios, disponía de escritores para dirigirlos y redactarlos, se había asegurado sus exclusivos representantes en Madrid para agenciar sus demandas en los ministerios, la prensa y las Cortes, acercarse a las altas personalidades nacionales y políticas y mantenerse en estrecha y constante comunicación y cooperación con los grandes intereses peninsulares, navieros, comerciales, e industriales, monopolistas todos opuestos a cualquiera reforma liberal en Cuba que diese a los cubanos una participación efectiva en el gobierno y les permitiese obtener alguna libertad comercial.

Por su posición social subordinada, los elementos peninsulares de la clase media, factores de la política de violencia, exterminio y expoliación por ellos mantenida, colectivamente eran gente resentida, rencorosa, fácil de ser soliviantada a causa de la vida dura, casi de encierro llevada en los almacenes y bodegas de la época, y en trabajos inferiores y penosos, con jornadas diarias de labor de doce, catorce o más horas durante años y años. Irritábalos especialmente su inferioridad social respecto de la clase rica y semiaristocrática cubana, de los profesionales "hijos del país", de los "levitas" cubanos de instrucción y cultura, y aún de la gente inculta y pobre, de vida más independiente y libre, en lo individual, que el dependiente de bodega, pese a que el hombre pobre cubano tuviera iguales o mayores dificultades que el peninsular para librar la subsistencia. La clase media era, por tanto, enconada adversaria, no sólo de los cubanos separatistas, sino también de los que, aunque no enemigos de España, mostrábanse descontentos con el sistema colonial y habían militado en las filas del reformismo y apoyado la intensa labor del periódico *El Siglo*, antes de la insurrección de 1868.

Sobre el horrendo crimen del fusilamiento de los ocho estudiantes de medicina y la condena a presidio de 34 de sus compañeros del primer curso, existe un copioso material histórico. Han contribuído a acumularlo un número de contemporáneos —estudiantes condenados a presidio; actores y testigos presenciales de los acontecimientos, y muchas de las más relevantes personalidades de Cuba, de España y de otros países extranjeros. Vivido todavía el recuerdo y conmemorada

anualmente la inmolación, el material histórico continúa acumulándose de año en año, a partir de la publicación en 1872 de la obra fundamental y conmovedora de Fermín Valdés Domínguez, uno de los estudiantes condenados a presidio el 27 de noviembre de 1871.

Respecto de los hechos, lo esencial en la historia, no hay duda alguna; expuestos detalladamente por Valdés Domínguez cortos meses después de haberse producido, nadie, con evidencias históricas aceptables los ha rectificado ni desvirtuado. Están confirmados, además, por otros numerosos testimonios, muchos de ellos de fuente oficial española o de reputados historiadores peninsulares. El arresto de los estudiantes fué realizado por el gobernador López Roberts en persona, quien llevándose de falsos informes, acusó a los estudiantes de haber profanado la tumba de Castañón, ordenando el arresto de los mismos en el aula universitaria donde daban clases y dando cuenta al siguiente día al general Romualdo Crespo en funciones de capitán general por hallarse Valmaseda en Tunas.

Crespo, como era corriente cuando los voluntarios deseaban hacer alguna demostración de fuerza, ordenó el mismo día 26, después de recibida la notificación de López Roberts, la celebración de una gran parada de voluntarios a la que concurrieron, según la versión oficial española, nueve batallones de voluntarios, unos 10,000 hombres, del total de once batallones existentes en la ciudad, porque los dos restantes se hallaban de guardia en las fortalezas del Morro, la Cabaña, el palacio de la capitanía general y en la prestación de otros servicios. Al final del gran desfile produjéronse hechos que el historiador Zaragoza consignó en su obra, evidencias históricas para la posteridad. "Durante y aún antes de la gran parada, escribió Zaragoza, "se notó alguna agitación en ciertas compañías de voluntarios; y al terminarse y desfilar las fuerzas delante del capitán general interino, entre los vivas al general Crespo y a España se dieron algunos mueras a los traidores, que eran los que resonaban al principio de todo "*molote*" y en cuantas ocasiones se aproximaba algún conflicto. Verificado el desfile de los diez mil voluntarios que asistieron a la revista, ... unos 300 del quinto batallón y otros de varias compañías, en vez de retirarse a sus casas, hicieron alto en el Paseo del Prado, y luego se situaron enfrente de la cárcel, dando estruendosas voces, y pidiendo con vocinas el castigo inmediato de los estudiantes. A las dos horas de darse principio a la gritería, agrega el historiador Zaragoza, eran ya más de mil los voluntarios y se dirigieron de ocho a nueve de la noche a la Plaza de Armas, para expresar al capitán general por medio de comisiones, la necesidad de que fuesen inmediatamente castigados los profanadores,

pues se había despertado la desconfianza de los batallones que creían se trataba de salvar los presos y pedían el fusilamiento de los detenidos, previa a la vez, la formación de un consejo de guerra permanente al cual someterían los voluntarios todas las personas sospechosas por sus simpatías a la insurrección. Pretendían también que se trajesen inmediatamente los detenidos que hubiese en Isla de Pinos de los desterrados por Valmaseda poco antes para someterlos también al consejo de guerra.

Lo demás es bien conocido. Un primer consejo de guerra dictó un fallo protestado con gran vocerío por los voluntarios, quienes exigieron del general Crespo la formación de un segundo consejo integrado por nueve vocales, uno por cada uno de los batallones de voluntarios exentos de servicio, exigencia a la cual se allanó López Roberts. Todavía los voluntarios tuvieron una exigencia adicional. Cada batallón debía enviar un representante testigo al consejo para vigilar la imposición de la condena a muerte, pese a la admirable defensa de Capdevila.

Después de una noche y una mañana de tempestuoso y frenético tumulto de los voluntarios en armas, a la una de la tarde del 27, dictada la sentencia quedó terminado el juicio. Remitido el fallo inmediatamente al auditor de guerra, trámite puramente formal, llenado en cuestión de minutos por el auditor, Crespo firmó la sentencia y dió orden de su inmediato cumplimiento. El fiscal hizo comparecer ante su autoridad a los ocho estudiantes condenados a muerte, quienes, según Zaragoza, "*recibieron la triste nueva llenos de valor y de desconsoladora energía*". Cortos minutos después entraron en capilla durante media hora solamente y a las cinco de la tarde fueron fusilados en masa junto al paredón de la Punta. Los voluntarios no perdieron minuto, a fin de que ninguna orden de autoridad superior, de Cuba o de España, se atravesase en el camino de la sanguinaria violencia.

La víspera del fusilamiento de los estudiantes, Valmaseda se hallaba en Tunas, dirigiendo personalmente las operaciones contra Vicente García. Al recibir del general Crespo informes de lo que estaba ocurriendo en la Habana, temeroso de que se produjeran violencias contrarias a los intereses de la Metrópoli y a los de él mismo decidió partir inmediatamente para la Habana, vía Santa Cruz del Sur, Cienfuegos y ferrocarril hasta la capital. Para prevenir que los voluntarios procedieran por su cuenta contra los estudiantes, dirigió a aquellos un telegrama anunciándoles que estaría entre ellos el 28 "para que la justicia, representada por un tribunal, mostrase los culpables, y cuando éste, apoyado en la ley y en su conciencia, anunciase la pena a que los delincuentes se hubiesen hecho acreedores, él la haría cumplir con toda severidad". Lejos de contener a los voluntarios, el telegrama del conde aumentó el

sanguinario espíritu de violencia de los mismos y la exigencia de la ejecución inmediata. Irritados contra Valmaseda, corriéronse rumores de que preparaban una "cencerrada" y otras manifestaciones de protesta. Alarmado el general Crespo, despachó en la tarde del 28 un tren que se adelantase a encontrar el que conducía a Valmaseda y le indicase el aplazamiento de su llegada para el 28. Notificado de lo que contra él se preparaba, próximo ya a Güines, negóse Valmaseda a detener su viaje, y arribó a la Habana en horas de la noche, en un ominoso silencio. Curtido por la crueldad y barbarie de sus propios procedimientos, sintióse no obstante Valmaseda impresionado por el terrible espanto prevaleciente en la capital. Sobre España había caído una mancha imborrable, atenuada solamente por la heroica defensa de los estudiantes por Capdevila, en la cual se jugó la vida, y aunque Valmaseda comprendió, según la versión de Justo Zaragoza, "que aquellas ejecuciones vinieron a ser el pago absurdo de antiguas deudas de odio y despecho, la manifestación del grado de los sufrimientos que a los españoles mortificaban; no se encontró bien de allí en adelante". "Creyó —agrega Zaragoza— que tras de aquella que se tuvo por desgracia inevitable siguieran otras que resultasen más en menoscabo de su nombre, y trató de evitar ésto. Al efecto, se señaló un plazo para concluir la insurrección o presentar su renuncia" (1). La duda respecto de la victoria final por Valmaseda era una confesión de derrota. La insurrección cubana ponía en fuga, de hecho, a su más enconado e infatigable enemigo, aplazada cortos meses por éste para cubrir las apariencias.

No cumplido un mes todavía del fusilamiento de los estudiantes, un cambio de gobierno en España llevó a la presidencia del Consejo de Ministros a Práxedes Mateo Sagasta, y al Ministerio de Ultramar al almirante Juan Bautista Topete, con rumores en Madrid, circulantes en la Habana en 21 de diciembre, de que Valmaseda sería relevado en breve, sustituido por el general Gutiérrez de la Concha, marqués de la Habana, capitán general de Cuba dos veces en la década de los cincuenta. Los voluntarios y los directores de éstos desde el Casino Español, temerosos de que el Gobierno Supremo, presionado por la opinión pública universal en protesta por la inmólación de los jóvenes estudiantes, por la misma prensa española que condenó casi si excepción el hecho, lo mismo que por numerosos diputados en el Congreso, intentara un cambio de política en Cuba, pusieron nuevamente al lado de Valmaseda, solicitando su permanencia en la capitanía general.

Sagasta enfrentóse con el hecho de que los estudiantes condenados a presidio continuaban cumpliendo su pena como presidiarios por de-

litos comunes, situación intolerable para el Ministerio. El indulto resultaba ser forzoso, pero Valmaseda informó a Madrid que la opinión estaba dividida en Cuba respecto del asunto, y que "el indulto podría tomarse como arma para provocar conflictos". Un mes más tarde, el gobierno de Sagasta insistió sobre el asunto, solicitando de Valmaseda un informe favorable al indulto. En campaña el conde, pidió informes al segundo cabo general Ceballos, quien dictaminó favorablemente. Valmaseda así lo hizo al Gobierno, que concedió el indulto en 9 de mayo de 1872. Tomadas medidas de protección extraordinarias por Ceballos, con el concurso del apostadero de la Marina, los jóvenes indultados pudieron ser trasladados a bordo de la fragata de guerra *Zaragoza*, desde la cual fueron partiendo con rapidez a España.

Tres semanas más tarde, Valmaseda, convencido por sus operaciones en Camagüey y Oriente de que la insurrección ganaba fuerza y la guerra se prolongaría, consideró terminado el plazo que se había fijado para la presentación de su renuncia, remitida en 30 de mayo de 1872 al Gobierno de la Metrópoli. Preveía que habría años de lucha por delante y no quería cesar en peores condiciones. Terminada la guerra carlista seis días antes por el convenio de Amoravieta, el Gobierno sagastino sintióse más fuerte. Sus vacilaciones cesaron, aceptada la renuncia de Valmaseda y transmitidas al general Ceballos instrucciones de que asumiese el mando interinamente, el 11 de julio de 1872.

El general Blas de Villate y de las Heras, conde de Valmaseda, que ocupaba el cargo de segundo cabo al sublevarse Céspedes en La Demajagua, nació en Vizcaya el 3 de febrero de 1824. Con una larga carrera militar comenzada en 1837, había prestado servicios en las guerras civiles en España, en Marruecos, en Cuba y en Santo Domingo, en este último lugar durante el corto período de la anexión a España. En Cuba ocupó primero el cargo de comandante militar y político en Trinidad; pasó después a ejercerlo en Camagüey, y en 1864 fué designado comandante general del Departamento de Oriente. Había sido ascendido a Mariscal de Campo por sus servicios en Santo Domingo, y poco después de designársele comandante del Departamento oriental se le designó segundo cabo de la Capitanía General, con Lersundi. Ocupaba esta posición al estallar la insurrección en La Demajagua, y se mantuvo en el cargo durante los mandos de Dulce, Espinar y Caballero de Rodas. Militar de tan larga experiencia de soldado y gobernante, era forzoso que conociese los desastres que llevaron a España a la pérdida de sus colonias en la América, con la sola excepción de Puerto Rico y Cuba. Había visto al Ejército español obligado a retirarse de

Santo Domingo, en lucha con un puñado de decididos insurrectos dominicanos, de manera que al apreciar la situación en Manzanillo, Puerto Príncipe y en su marcha de Nuevitas a Bayamo, hostilizado constantemente por una población rebelde que llegaba al extremo de incendiar a Bayamo antes que verla pasar nuevamente a poder del Ejército español, tenía razones sobradas para comprender que la Metrópoli se enfrentaba con una nueva guerra colonial en la que habría de perderlo todo después de sacrificios inmensos para el sufrido pueblo español. Si hubiese habido en él algo de la amplitud y la profundidad de visión del hombre de Estado, con la conciencia de su responsabilidad hacia su país, la suerte de España y de Cuba habrían podido ser otras. Pero al conde de Valmaseda le correspondió el sombrío destino de ser el más típico representante de la política de guerra a muerte contra los cubanos, por el hecho de aspirar éstos a la independencia, tal como la habían conquistado, con la fuerza de las armas, los Estados Unidos, convertidos en una nación poderosa ya en 1868, y con Méjico, todas las repúblicas de origen español, espíritu de independencia del cual, en el siglo, habían los mismos españoles ofrecido heroico ejemplo en su lucha contra Napoleón. Valmaseda procedió como si ignorase todo lo expuesto para llevar la guerra por métodos de terrible crueldad, hasta sus últimos límites inflexiblemente. A mediados de 1872, su quebranto debió haber sido profundo ante el fracaso, que él no podía dejar de reconocer, de sus más elaborados planes, y constantes esfuerzos. En la fecha en que renunció y fué sustituido, la revolución cubana había rebasado los años difíciles de 1870 y 1871, y entrado en un período de mayor actividad y vigor. En marcado contraste, los gobiernos españoles manifestábanse desengañados y escépticos, ante las informaciones siempre optimistas respecto de la pronta terminación de la guerra, y la prolongación de ésta, con demandas urgentes de refuerzos de los Capitanes Generales en la Isla. Pese a todo ello, persistían en calificar de criminal la apelación a las armas de los cubanos, y habían mantenido una política de guerra implacable, de fusilamiento de cuanto prisionero caía en manos españolas, desde la fecha de la sublevación de Las Villas. Sin embargo, a mediados de 1872, los gobernantes de Madrid, como la generalidad de los políticos españoles, hallábanse en la pendiente de reconocer que no podría ponerse término a la insurrección cubana, por la fuerza de las armas solamente. Al fin y al cabo, habría que llegar a una paz negociada, visión del problema cubano que se habría paso lentamente en la conciencia de los ministros y los hombres públicos con un mayor sentido de su responsabilidad ante el pueblo español, que se desangraba en la larga lucha cubana. Por otra

parte, la prolongación de la lucha, conducía al agravamiento de la mala situación económica en la Isla, con lo que la llamada "clase media" por Justo Zaragoza perdía fuerzas como resultado contraproducente de sus violencias homicidas. En razón de lo expuesto, a fines del mando de Valmaseda, los voluntarios empezaban ya a ser mirados con desconfianza por los ministros y demás consejeros de la Corona responsables en España y por los jefes militares del Ejército regular en Cuba. Un nuevo proceso, aun cuando de manera muy lenta, estaba en marcha, evidenciado por la actitud transigente de la marinería y de la oficialidad de la fragata *Zaragoza* al acoger con muestras de simpatía y de respeto a los estudiantes indultados, fraternizar con éstos y garantizarles la protección con sus armas. Con el fracaso de los crueles e inhumanos métodos de Valmaseda produciase el de la profundamente desechada y rencorosa clase media. El bárbaro fusilamiento de los estudiantes vino a marcar la culminación de la furia exterminadora de dicha clase, estrellada contra la indomable resolución del cubano ansioso de su independencia, representada en el momento de la gran crisis histórica marcada en 27 de noviembre de 1871, por los ocho jóvenes estudiantes imberbes, llenos de valor y de energía, según testificaron para la posteridad sus victimarios, frente al piquete del fusilamiento, rodeados por diez mil voluntarios armados y enfurecidos. En aquellos meses finales del mando de Valmaseda, era su jefe de Estado Mayor el brigadier Arsenio Martínez Campos, en lucha a diario, en los breñales de Oriente, con los aguerridos veteranos de Máximo Gómez, Calixto García, Antonio Maceo, Guillermo Moncada, Francisco Guerrero, Luis Figueredo, Vicente García y otros valientes jefes y oficiales de la independencia, mientras Agramonte se llenaba de gloria en Camagüey, indomables todos, como Céspedes en su resolución de vencer o morir. Con no menos valor, actividad y decisión de vencer que Valmaseda o cualquiera otro jefe español de aquellos días azarosos y terribles, en el espíritu de Martínez Campos parece haberse ido incubando la idea, frente a la tenacidad cubana, de que la insurrección de Cuba sólo podría terminarse por un pacto o convenio con los insurrectos. Era él, no su empecinado y sanguinario jefe, el que habría de ganarse más adelante el lauro de "pacificador de Cuba". Si los gobiernos españoles no supieron llevar tiempo adelante la política de Martínez Campos a su natural culminación, sabia, honrosa y gloriosa para España, no fué de éste la culpa, aun cuando pese sobre su memoria el error, funesto y gravísimo de haber recomendado a Weyler, de la escuela de Valmaseda, para sustituirlo en la guerra de 1895-1898. Dada su mentalidad, era pedirle demasiado que recomendase a la Me-

trópoli el reconocimiento de la independencia a Cuba. En aquellas circunstancias hubiera sido, además, inútil. Santiago y Cavite estaban lejos todavía.

Del lado cubano, el hecho más destacado durante el período del mando de Valmaseda fué la labor de Ignacio Agramonte en Camagüey, con las ilimitadas facultades con que asumió el mando, en los mismos días en que Valmaseda sustituyó a Caballero de Rodas en la Capitanía General de Cuba. Iniciado el reavivamiento de la guerra en Camagüey por el jefe cubano en enero de 1871, en julio de 1872, al ser relevado Valmaseda, los resultados de la extraordinaria obra de Agramonte eran tan manifiestamente visibles y habían alcanzado tal magnitud, que habíase asegurado ya un puesto de primera fila entre los más distinguidos y valerosos jefes revolucionarios por su influencia política y sus dotes militares insuperables conjuntamente.

Al insurreccionarse Camagüey en noviembre de 1868, las familias que abandonaron la ciudad de Puerto Príncipe pasaron a vivir en sus fincas de campo, con todo el refinamiento y la elegancia a que estaban acostumbradas, según el testimonio *de visu* de Antonio Zambrana. "Y como la guerra se hacía federalmente... todo jefe de familia defendía su campo y su casa... los Recio, los Varona, los Boza, los Mola, los Agramonte, los Castillo, todas las estirpes cuyo apellido era el símbolo de alguna cualidad noble, con un espíritu feudal en las virtudes de su linaje, como los timbres de un blasón, marcaron con su sangre orgullosamente las tierras de su heredad" (2). Este tipo de guerra semi-feudal imposibilitaba la creación de una fuerza armada unificada en la región, bastante numerosa para enfrentarse con las columnas españolas. El querer sustituir ese tipo de guerra, de defensa de cada familia por la "mesnada" de pocos hombres organizada por el jefe de cada finca o cada feudo, fué una de las causas básicas de la destitución de Manuel de Quesada, y de la renuncia de Thomas Jordan. El propio Agramonte, que acababa de contraer matrimonio al comienzo de la revolución, su primo Eduardo Agramonte y Piña y los demás jefes políticos y militares de Camagüey, con sus familias en sus respectivas haciendas, estaban impedidos de hacer vida de campamento y de lanzarse a operaciones militares a distancia, dejándolas desamparadas. Mientras las fuerzas españolas, escasas en número, tuvieron que concentrarse en la defensa de Puerto Príncipe, de las salidas a la costa por Santa Cruz del Sur y Nuevitas, y en la custodia y constante reparación del ferrocarril de la capital camagüeyana a su puerto de la costa norte, muy poco pudieron operar en 1868 y 1869. Pero después que durante el mando de Caballero de Rodas, éste lanzó su campaña contra

los camagüeyanos a principios de 1870, a los jefes de familia se les creó el problema de abandonar las fincas y refugiar las familias en lugares muy retirados, fuera del alcance del enemigo. A principios de 1870 prodújose el horrible asesinato de la familia de Ignacio Mora, por soldados de una columna española en operaciones, hecho que unido a la renuncia de Agramonte en abril y a las activas operaciones de Goyeneche y demás jefes españoles, permitió reducir el número de hombres de sus columnas y multiplicar éstas, establecer numerosos puntos fortificados y organizar guerrillas en todos ellos. Ya entonces no hubo seguridad alguna para las familias en los campos, las cuales comenzaron a volver a Puerto Príncipe acogiéndose a las autoridades españolas. Muchas de las que negáronse a aceptar este procedimiento y buscaron refugio en ranchos en los bosques fueron siendo capturadas por destacamentos españoles o por las guerrillas, como fué el caso de las familias de Agramonte y de Eduardo Agramonte, entre otras muchas. El éxodo, del campo a la ciudad, con sus jefes al frente, hubo momentos en que dió la impresión de que el quebranto total de la revolución sería inevitable en Camagüey. Fué, ante tal desastrosas condiciones, que pudo efectuarse el acuerdo entre Céspedes y Agramonte. Este confió en sí mismo y en los camagüeyanos, y Céspedes puso su fe igualmente en éstos y su gran caudillo. Ayudante y secretario de Agramonte, Ramón Roa ha dejado a la historia en sus escritos un testimonio de los resultados de los esfuerzos del gran jefe de Camagüey y de la forma en que fué alcanzándolos, desde enero de 1871 hasta mediados de 1872, en los mismos días en que fué relevado Valmaseda.

Según el testimonio de Roa, tanto en el campamento como frente al enemigo, la mayor severidad presidía la observancia de los preceptos militares bajo la jefatura de Agramonte. Exigíase la venia para dirigirse verbalmente al superior jerárquico, el tratamiento de "usted" y por el grado, la rapidez y exactitud en el cumplimiento de las órdenes, demasiado severas a veces, como la de que los dragones enviados a una comisión del servicio, en el caso de que se les inutilizasen las caballerías, debían estar de regreso a la hora y en el punto señalado para dar cuenta de la misión cumplida, cargados con la montura y los arreos. Obligatoria era la lectura diaria de los artículos de las ordenanzas y de las penas afflictivas consiguientes a su incumplimiento, la prohibición de usar lenguaje soez o irrespetuoso; el esmero en cuidar los armamentos y los lomos de las caballerías, exhibido en revistas, el servicio de guardias con la mayor rigidez, rondas, avanzadas, descubiertas y piquetes de exploraciones, el pase de revista tres veces al día por lo menos y el deber de conducirse invariablemente con toda la corrección

exigida por el sistema militar más refinado y absoluto. Coronando esta obra, hizose efectiva la depuración de grados y la rebaja de categorías, para formar el escalafón del Ejército. El mismo rígido sistema militar establecióse en las prefecturas y sus dependencias, las casas de posta, los talleres de curtimbre, fustes y monturas, las fábricas de serones y sogas, de sudaderos y de calzado, las salinas artificiales, la instalación de fraguas para la herrería y la armería y la provisión inmediata de las vacantes de personal producidas por el fuego o el sable enemigos.

Del mando de Agramonte "podría decirse —expresa Roa— que fué una dictadura, ya por el aislamiento en que solía verse respecto del Gobierno, ya por las facultades que éste hubo de otorgarle, así en el orden militar como en el civil". "Bajo su férula —agrega— predominó incesantemente la justicia, no exenta desde luego, de severidad y de crudeza" (3). Sus disposiciones fueron de máxima energía, a virtud de que aun después de haber asumido el mando, continuaron las presentaciones en Camagüey, en algunos casos de amigos y jefes de la confianza de Agramonte, presentados al enemigo con parte de las fuerzas a sus órdenes. Drásticamente, Agramonte ordenó que todo el que pretendiese desertar o rehuir compromisos y juramentos de fidelidad al Ejército Libertador, fuese pasado por las armas, orden cumplida rigurosamente sin excepción hasta que los ánimos se levantaron y la reacción se produjo. A partir de tal momento, la influencia y el ascendiente de Agramonte sobre jefes y soldados pasó a ser esencialmente de orden moral. Esta era la situación de Camagüey a mediados de 1872, cuando el conde de Valmaseda fué relevado, después de haber realizado los mayores esfuerzos personales para quebrantar y aplastar la insurrección en el Departamento Central, reconocido por los jefes españoles sobre el terreno, que la caballería camagüeyana había alcanzado bajo el mando de Agramonte una organización, una disciplina, un poder ofensivo y una agresividad insuperable. Fracasado Valmaseda, levantábase la insurrección en Camagüey, emulando los mayores éxitos de Oriente.

El frente cubano en Oriente en 1871 y primeros meses de 1872, mostró, por motivos distintos que en Camagüey, también una intensificación de la guerra. En Oriente no hubo en la primera fase de la lucha, años de 1868 y 1869, un éxodo de la población a residencias campestres como en Camagüey. Ocurrió más bien a la inversa; gentes de los campos se trasladaron a las poblaciones de Bayamo, Jiguaní, Baíre, Santa Rita y otros poblados ocupados por los insurrectos. Incendiado Bayamo y ocupadas las poblaciones mencionadas, la mayor parte de la gente campesina se dispersó y regresó a sus

lugares de vida habitual. Oriente, además, a diferencia de Camagüey, contaba con una numerosa población campesina blanca, negra y mestiza, independiente en cierto sentido, afincada a la tierra, dedicada fundamentalmente a una actividad económica de subsistencia, de cultivos y crías de aves domésticas, cerdos y reses vacunas, parte de lo cual vendía para comprar algo en los mercados de los pueblos. Esta gente campesina no afluyó a los centros urbanos, sino en reducido número, porque no tenía manera de vivir en los mismos. Cuando las tropas españolas, en cumplimiento de las alocuciones de Valmaseda, comenzaron a perseguirla, refugióse en lugares apartados y abruptos, llevando una vida dura y expuesta a los ataques españoles, no muy frecuentes éstos por la mucha extensión, la especial topografía del Departamento Oriental y la falta de caminos, fuera de los cuales a las tropas españolas les era muy difícil operar. La lentitud de la marcha de las columnas hacía muy difícil las sorpresas, con tiempo la gente para huir y refugiarse en los bosques, regresando más tarde y levantando de nuevo sus bohíos incendiados por los españoles. Las fuerzas armadas insurrectas protegían a esta gente, formada en gran parte por sus propias familias, contra los ataques españoles en los valles y lugares apartados donde residía, manteniendo alguna producción agrícola, conservando algún ganado, haciéndose cargo de los heridos y los enfermos y prestando otros servicios adicionales. De todas maneras, en 1868-1870, la población rural oriental pasó por un período inseguro y difícil de acomodamiento y reajuste a las nuevas condiciones, similares en muchos aspectos a las de los palenques de los esclavos, numerosos y bien conocidos. No era gente que "se presentaba", generalmente hablando. La vida en Cuba Libre era preferible para ellos. Si la población que pudiera llamarse pacífica se acomodaba en el Departamento Oriental al nuevo sistema de vida y prestaba servicios a la Revolución, el labrador blanco, el negro y el mestizo libres, y los esclavos con sus cadenas rotas por la Revolución, incorporados a las fuerzas insurrectas, ganaban en experiencia, convertíanse en soldados veteranos dispuestos en cualquier momento a enfrentarse con la tropa española de escasa movilidad que no se arriesgaba a operar de noche y estaba obligada a regresar pronto a sus bases, con sus numerosos enfermos y heridos difíciles de transportar. La disciplina de los orientales era más laxa que la rígidamente establecida por Agramonte en Camagüey, aun cuando Máximo Gómez, Calixto García y otros altos jefes la mantenían con firmeza. Los demás, suplían su deficiencia disciplinaria con la adhesión y la obediencia espontánea de los oficiales, clases y soldados a sus órdenes, porque eran jefes salidos de las

propias filas de los soldados anónimos, llevados a lo alto por su coraje, su audacia, sus aptitudes de inteligencia y de mando, y su arrojo en primera línea frente al enemigo. Antonio y José Maceo, Guillermo Moncada, Flor Crombet, Francisco Borrero, Leoncio del Prado, José de Jesús Pérez y otros, eran todos figuras señeras, pero no las únicas. A medida que ganaban renombre, eran ejemplo para los demás, adquirían un mayor sentido de responsabilidad y se compenetraban con las exigencias y las modalidades de la vida militar. En Oriente sólo se echaba de menos la falta de armas y municiones. Había un pueblo habituado a las condiciones de Cuba Libre, simple y sencillamente dispuesto a luchar hasta el fin por la libertad, conocida por ellos plenamente sólo en los campos de la Revolución.

Quebrantadas, pero no rendidas, Las Villas eran el sector revolucionario más débil en 1871-1872, refugiadas sus desarmadas fuerzas en Camagüey y Oriente. Sin embargo, los generales Villamil y Salomé Hernández, el coronel José González Guerra y otros jefes villareños, reunían y disciplinaban a los refugiados procedentes de Las Villas, los armaban y preparaban poco a poco, en la expectativa, al oeste de Camagüey, de cruzar la Trocha y volver a su provincia, en la que Carlos Roloff, Serafín Sánchez, y otros aguerridos jefes mantenían en jaque a las tropas españolas del general Portillo, jefe de la provincia, en las más difíciles condiciones para ellos. Los españoles proclamaban la pacificación de Las Villas, pero los hechos desmentían a cada momento tales aseveraciones.

CAPÍTULO VI

PROBLEMAS INTERNOS Y DE LA GUERRA DEL PRESIDENTE CESPEDES. 1871 — MEDIADOS DE 1873

DURANTE el primer semestre de 1871 y los meses subsiguientes hasta el fin del mando de Valmaseda en julio de 1872, el Presidente Céspedes tuvo difíciles problemas militares y de política interna a que prestar continua atención. Su correspondencia muéstralo al principio de ese período, ansioso del regreso a Cuba del general Manuel de Quesada, al frente de una fuerte expedición. Más tarde su propósito es otro, con el anhelo de prevenir mayores divisiones entre los emigrados, promovidas, en buena parte, por Quesada. Su primordial interés, consiste en lograr la más firme unión entre los emigrados, vía la más segura para que pudieran obtenerse auxilios de armas y otro material de guerra adquiridos y enviados por ellos. El cómputo total de los auxilios citados remitidos por la emigración hasta mediados de 1871 había sido considerable, pero advertíanse indicios evidentes de paralización de las remisiones, a causa no sólo de las disensiones entre Manuel de Quesada y Miguel Aldama, sino a lo que era más grave y de más difícil remedio, al progresivo agotamiento de los recursos pecuniarios de los emigrados, embargadas las propiedades de los más ricos en la Isla. Sin embargo, en junio de 1871, desembarcaron en Oriente dos expediciones, mandadas por Codina la una, y por Rafael de Quesada la otra, para pasar después largos meses sin recibirse ninguna.

Los españoles llevaban en la Isla cuidadosamente la cuenta de las expediciones cubanas. Según sus cálculos, de diciembre de 1868 a junio de 1872 las expediciones eleváronse a 21, además de otras cinco pequeñas en embarcaciones desde Nassau, y cuatro desde Jamaica, pero como queda dicho, a mediados de 1871 los auxilios del exterior quedaron casi totalmente paralizados. La gravedad de este hecho, determinó a Céspedes a suprimir totalmente la representación de Quesada en el exterior, y a tomar la decisiva medida de enviar a los Estados

Unidos una amplia representación del Gobierno de Cuba Libre, caracterizada por la elevada jerarquía de las personalidades escogidas y los importantes cargos que ocupaban en el gobierno. Para ello, el presidente Céspedes escogió al vicepresidente de la República, mayor general Francisco Vicente Aguilera, al mando en el momento del Departamento de Oriente; y como su compañero, al Secretario de Relaciones Exteriores, Licenciado Ramón Céspedes Barrero. En 18 de junio, 1871, discutióse y aprobóse el envío de la misión y la designación de los dos comisionados en Consejo de Gabinete, obtenida ya por Céspedes la anuencia de ambos para el cumplimiento de la difícil misión que se les confiaba. Consistía ésta en "tratar de establecer la concordia entre los emigrados cubanos, poniéndole término a sus funestas rivalidades, extremadamente dañosas para la marcha de la Revolución; normalizar y realzar en el extranjero la representación del Gobierno Revolucionario; allegar recursos para una gran expedición al frente de la cual regresaría Aguilera, y, finalmente, dejar organizada la emigración para que siguiera suministrando los elementos necesarios al triunfo de la causa" (1). Aguilera sintióse muy complacido de tener como compañero a Ramón Céspedes, amigo de él desde la infancia, distinguido por su carácter prudente y leal, patriota de la misma calidad que el prócer bayamés. El error cometido por Céspedes al confiarle una misión a Manuel de Quesada en enero de 1869 quedó rectificado al efectuarse esas designaciones en los mejores y más elevados términos. Era de esperarse que el temor de que el general regresase a Cuba al mando de un fuerte contingente para imponerse a sus adversarios, quedase eliminado también, designado Aguilera para ser el que regresase al frente de la expedición de auxilio. En 17 de julio, Aguilera y Ramón Céspedes, más el coronel Miguel Luis Aguilera y Eladio Aguilera Rojas, hijo del prócer, ayudantes del vicepresidente, despidiéronse del Gobierno en Los Charcos. El 26 cruzaron la Sierra Maestra, dirigidos y custodiados por el coronel José de Jesús Pérez, bajaron a la costa, y embarcaron al oscurecer en Boca de Caballo, para Jamaica, isla a la cual arribaron sin novedad al siguiente día. La misión de Aguilera en el exterior, expuesta en otra parte de esta obra, quedó iniciada, con todos los grandes tropiezos, dificultades y la falta total de resultados efectivos en los seis meses subsiguientes. En enero de 1872, ningún auxilio había recibido Céspedes del exterior, por lo cual, y a virtud de los informes recibidos de Nueva York, de distintos comunicantes, y de su esposa, llegó a la conclusión de que la misión de Aguilera estaba fracasada, en momentos en que su regreso a Cuba era urgente por

importantes motivos de política interna, con respecto a la creciente hostilidad de los contumaces opositores en la Cámara del Presidente.

En razón de lo expuesto, el 5 de enero, despachóles Céspedes sendas comunicaciones, en las cuales manifestábase en términos suaves y corteses, ser un hecho reconocido la imposibilidad en que se habían hallado los dos comisionados de aunar las voluntades de los emigrados y de lograr el envío de auxilios a Cuba Libre, a pesar de los patrióticos y reiterados esfuerzos por ellos realizados. Muy dudoso el que lograsen obtener algún éxito más adelante, lo elevado e importante de los cargos de ambos, deciales Céspedes, hacía de todo punto inconveniente que continuasen por más tiempo en el extranjero, en particular Aguilera. Debían, por tanto, designar a quienes los sustituyeran, y regresar a la mayor brevedad a Cuba.

Sin recursos materiales para atender a nada, apremiado con gastos por todos lados, en la más grave y angustiosa situación, Aguilera tenía puesta aun la esperanza en que la Cámara de Representantes aprobase en Wáshington una resolución favorable al reconocimiento de la beligerancia a los cubanos, presentada por uno de sus miembros Mr. Voorhees. El 29 de enero, sometida a votación, obtuvo 73 votos a favor y 109 en contra. Abrumado por un hecho aniquilador de sus últimas esperanzas, el infortunado vicepresidente cubano consignó en su "diario" la patética expresión de su angustia desoladora, una nueva y decisiva prueba de la falta de éxito de sus gestiones ante obstáculos insuperables para él.

En Cuba, mejorado el sesgo de la guerra circunstancialmente, Céspedes sentíase más seguro frente a sus opositores. Por tanto, fracasada la misión de máxima autoridad moral confiada al Vicepresidente y al Secretario de Relaciones Exteriores, inclinábase a la riesgosa y aventurada decisión, si no había otra salida, de tratar de apoyarse en el general Manuel de Quesada, un reto final, desde luego, a la Cámara y a los jefes militares no dispuestos a someterse al ex-general en jefe. Aguilera, por su parte, no consideró en ningún momento la cuestión de dejar la Agencia para regresar a Cuba, en una pequeña embarcación, sin armas, municiones ni auxilios de ninguna clase. Volver a la Isla en esas condiciones, en el supuesto de que le fuese posible, era imponerse el reconocimiento de su propio, total fracaso. Impaciente Céspedes, al siguiente mes de febrero el Secretario de Relaciones Exteriores, Ignacio Mora, en comunicación al efecto, reiteró la llamada de los comisionados, manifestándoles que el gobierno esperaba hubieran nombrado ya sus sucesores. Tampoco esta vez los comisionados asumieron la que creían ser su responsabilidad de cesar en su misión, ni la de

designar sus sustitutos, por entender Aguilera que una u otra medida significarían, en las circunstancias del momento, el hundimiento de la Agencia.

Faltos de información de lo que ocurría, los opositores del Presidente Céspedes, acusaban a éste de retener a Aguilera en el exterior para hacer más difícil la adopción de un acuerdo, de destituir al jefe del Ejecutivo, puesto que ausente el Vicepresidente, el Gobierno de la República quedaría acéfalo. Para contrarrestar lo que creían maniobra cespedita, en sesión de 14 de abril de 1872, celebrada en El Colorado, Mayarí, la Cámara adoptó dos acuerdos: uno, llamar la atención del Ejecutivo sobre la prolongada permanencia en el extranjero del Vicepresidente, indicándole la conveniencia del regreso de dicho ciudadano; otro, designar al Presidente de la Cámara para que en caso de faltar el Presidente en ausencia del Vice, asumiese automáticamente, de manera interina, la Presidencia de la República. Justificado su proceder respecto de Aguilera por el primero de los dos acuerdos mencionados, Céspedes se consideró en posición de demandar por tercera vez el pronto regreso del Vicepresidente. Miguel Bravo y Senties, sustituto de Ignacio Mora en la Secretaría de Relaciones Exteriores, comunicó a Aguilera la resolución final adoptada en sesión por el Consejo del Gabinete: Ramón Céspedes podía continuar desempeñando el cargo de Comisionado Diplomático interinamente, pero era indispensable que el Vicepresidente regresase a Cuba sin demora. Los dos comisionados podían escoger la persona encargada de sustituir a Aguilera, la cual podría ser J. M. Mayorga, Ramón Martínez o Félix Govín, dejando liquidado el asunto.

En mensaje de 10 de marzo, dirigido a la Cámara, el presidente Céspedes manifestó a ésta que el Gobierno pasaba por el dolor de ver que a pesar de sus esfuerzos de todo género y de la actividad que indudablemente habían desplegado los comisionados Aguilera y Ramón Céspedes, iban ya transcurridos ocho meses sin recibir ningún auxilio, por lo cual ya les había transmitido instrucciones de que regresasen. El mensaje incluyó el veto al acuerdo del organismo legislativo sobre la sustitución presidencial anteriormente mencionado; veto desestimado por la Cámara. Poco a poco, de un lado y del otro, colocábanse las piezas en el tablero para radicales decisiones futuras. El 6 de junio, en carta oficial dirigida al C. Carlos Manuel de Céspedes, Presidente de la República, Aguilera manifestó su determinación de no dejar la Agencia general. Estimaba, comunicó a Céspedes, que las circunstancias exigían que él permaneciese al frente de la Agencia hasta que la situación variase o el Gobierno le designase un sustituto. La incom-

patibilidad de su permanencia al frente de la Agencia con el cargo de Vicepresidente de la República, la obviaba, como creía era su deber, con la formal renuncia de éste, de la cual suplicaba al ciudadano Presidente que se sirviera darle cuenta a la Cámara. En esa fecha de 6 de junio de 1872, Céspedes estaba en la creencia, fundado en una carta de Aguilera del 22 de abril, de que éste regresaría pronto, de manera que su descontento fué muy grande. A fines del año, Aguilera, que se había trasladado a Europa para tratar de recabar recursos de la rica colonia cubana establecida en París, continuaba, de hecho, al frente de la Agencia, interinamente cubierta, de manera nominal, por J. M. Mayorga.

Céspedes decidióse a no esperar más. Sin terminarse las disidencias de la emigración, ni recibirse auxilios de ninguna clase, la guerra manteníase en forma muy vigorosa contra los españoles, a los cuales se arrebatában armas, municiones, vestuario, subsistencias, caballerías y otros efectos. En tales condiciones, Céspedes sintióse en posición de adoptar medidas drásticas, de franco reto, en el fondo, a sus opositores. A ese efecto, en los últimos días de noviembre, 1872, entendiendo que había aguardado bastante, suprimió la Agencia y la Representación Diplomática en los Estados Unidos, resolución con la que puso término oficialmente a la misión de Aguilera y Ramón Céspedes. En lugar de los suprimidos organismos, creó una Agencia Confidencial del Gobierno de la República en el extranjero, para integrar la cual designó en 6 de diciembre, jugándose el todo por el todo, al general Manuel de Quesada y a los C.C. Carlos del Castillo y Félix Govín, quesadistas decididos ambos. En una nota o "entrada" de sólo cinco líneas en su *Diario*, fechada en 28 de noviembre, dió cuenta Céspedes de lo que indudablemente era, dadas las circunstancias, una transcendental resolución del gobierno. Según la tal nota del *Diario* cespedita, Aguilera regresaría a Cuba; en cuanto a Ramón Céspedes, pasaría a ser ministro cubano en alguna república sudamericana.

Sinceramente, o exagerando algo los hechos para influir en el ánimo de Quesada, en carta a éste, desde el campamento de Barajagua, Céspedes le explicó el cambio de la situación interna en Cuba que le había permitido adoptar las determinaciones de que le daba cuenta. Todos en el campo revolucionario, decía Céspedes, anhelaban la vuelta del general al frente de una expedición, feliz acontecimiento que facilitaría la invasión de Occidente, campaña que podría terminar la lucha. "Nada produce a los españoles el resto del territorio de la Isla, decía Céspedes. En su debilidad actual, suprimen campamentos, paralizan las operaciones, y si no llegan refuerzos de España, sus propósitos pa-

recen ser conservarse en Occidente, y sostener en Oriente y Camagüey, las plazas fuertes y las poblaciones importantes del litoral. Si se recibiesen sin tardanza los recursos que se necesitaban, y Quesada volviese a Cuba, era opinión de Céspedes que consiguieran o no los españoles el empréstito que proyectan, la guerra terminaría pronto a favor de los cubanos" (2).

Al tomar la radical determinación de designar a Quesada agente confidencial del gobierno en el extranjero, desafío de Céspedes a sus adversarios, el Presidente no podía dejar de comprender que éstos se moverían contra él con todas sus fuerzas, firmemente decididos a destituirlo. No desconocía Céspedes este peligro. Entendía, sin embargo, que si Quesada y sus compañeros lograban encauzar el envío de auxilios, como era lógico esperarlo en vista de los antecedentes de ambos hermanos Quesada, y conciliaban también las voluntades de los emigrados, la medida dictada por el Gobierno quedaría bien pronto justificada, y "acallaría las lenguas de los malquerientes". Logrado este propósito, "si otro hombre igual se hacía cargo de la Presidencia, él, Céspedes, podría descansar de tantas persecuciones y calumnias, y bajar con decoro del alto puesto a que lo había llevado la revolución en Guáimaro" (3).

Con la antedicha decisión de Céspedes, aprobada por su Gabinete, quedó terminada en firme, oficialmente, la misión de Aguilera, quien, no obstante, continuó en Europa su labor de tratar de reunir fondos para regresar a Cuba al frente de una fuerte y numerosa expedición. Más frías que nunca las relaciones entre Céspedes y Aguilera, los adversarios del Presidente sintiéronse decididos a destituirlo de su alto cargo, y en libertad de hacerlo a la mayor brevedad posible.

Los planes de Céspedes, basados en la efectividad de la labor de Quesada, habrían de frustrarse, sin que estuviese en su poder el impedirlo. En la fecha en que tomó la decisión de relevar a Aguilera y sustituirlo por el general Quesada —fines de noviembre de 1872— éste se hallaba en Colombia, y en tratos también con Guzmán Blanco, que ocupaba el poder en Venezuela, para obtener de ambos países auxilios destinados a los insurrectos cubanos. Tardó tiempo en recibir las comunicaciones de Céspedes; bastante más en terminar sus gestiones con venezolanos y colombianos, y no logró arribar a Nueva York hasta junio de 1873, seis meses después de su designación. En ese lapso de tiempo, al frente de la Agencia Confidencial Carlos del Castillo, censor muy fuerte de Aldama y de Aguilera, por no ser éstos bastantes activos, Céspedes no recibió auxilios de ninguna clase: ni un fusil, ni una caja de balas, ni un voluntario. Arribado a Nueva York en el

verano de 1873, Quesada, en el mejor de los supuestos, no tendría posibilidad de organizar y despachar una expedición para Cuba sino en el curso de varios meses. Un largo tiempo perdido para Céspedes, cerca de un año en total, a contar del reto a sus adversarios políticos y militares, a merced de la cólera de éstos. Decepcionado y desalentado por primera vez, Céspedes, en el verano de 1873, admitió la posibilidad de cesar en su alto cargo, antes de alcanzar la victoria contra los españoles. Los hechos que condujeron a tan profundo cambio en su espíritu, precipitáronse cuando él sentíase ya sin salida, irremisiblemente quebrantado y vencido.

A contar desde el 11 de julio de 1872, fecha del cese de Valmaseda, hasta el 4 de noviembre de 1873, tres generales españoles se sucedieron al frente de la capitanía general de Cuba Francisco Ceballos, con carácter interino, segundo cabo de Valmaseda, hasta mediados de abril, de 1873; Cándido Pieltaín, al proclamarse la República en España, y Joaquín Jovellar, enviado a Cuba a toda prisa por el gobierno republicano, alarmado por la falta de éxito de Pieltaín. En todo ese lapso de tiempo, la guerra fué un continuo sucederse de combates entre cubanos y españoles, a campo raso; o en asaltos cubanos a poblados, campamentos fortificados, destacamentos en lugares estratégicos protegidos por fortines y trincheras; choques sangrientos, de caballería generalmente, con columnas volantes y guerrillas, al arma blanca... Considerados en su conjunto esos combates, una vez efectuada la comparación entre los partes oficiales y las versiones de ambos contendientes, todo parece ser un confuso y caótico sucederse de innumerables encuentros, muy sangrientos a veces, reducidos a escaramuzas de escasa o muy secundaria importancia, en la mayoría de los casos. Ambos beligerantes poseían, no obstante, una estrategia y una táctica peculiares, con la mira puesta en los objetivos militares finales perseguidos por un bando y por el otro. Entre esos objetivos, destacábase para los españoles casi desde el principio de la insurrección, el esfuerzo citado en otras partes de esta obra por localizarla y aplastarla, dividiendo el territorio insurrecto por medio de "trochas" o líneas de posiciones estratégicas para aislar zonas especiales de la insurrección en un momento dado, dificultar las comunicaciones cubanas y poder desarrollar planes de campaña concentrando en un momento dado mayor cantidad de fuerzas en una región, al objeto de asegurarse una superioridad numérica aplastante y una persecución sin descanso de las fuerzas cubanas aisladas en todo o en parte.

Los objetivos estratégicos esenciales contemplados por el gobierno y los principales jefes insurrectos continuaban siendo el mantener

activa la lucha en todas las jurisdicciones, al propósito de obligar a la más amplia dispersión posible de las fuerzas españolas, y el extender la guerra al oeste de la Isla, puesta la mira en Matanzas y La Habana, en la primera región principalmente, a virtud de su enorme riqueza azucarera, de la cual obtenía el gobierno español grandes sumas para cubrir los gastos de la guerra. Si se efectuaba la invasión y los numerosísimos esclavos se incorporaban a la insurrección, dirigidos por jefes insurrectos aguerridos, podría ser un refuerzo enorme para la causa de la independencia. Los jefes cubanos, a pesar de su casi total independencia jurisdiccional en Oriente y de la falta de un general en jefe, las funciones del cual Céspedes se esforzaba por suplir infructuosamente, sin otro resultado que provocar rozamientos y crearse dificultades y conflictos con la mayoría de dichos jefes, solían efectuar también concentraciones para asestar fuertes golpes al enemigo. Los objetivos en esos casos eran varios. Obligaban, en primer lugar, al mando español, a no operar sino en columnas muy fuertes, reduciendo la extensión y la frecuencia de sus operaciones, por falta de tropas, de reemplazos y de refuerzos. En segundo lugar, en esos combates, librados casi siempre en lugares escogidos por los jefes cubanos, los españoles, luchando en masas cerradas de infantería, por temor a los bruscos ataques de la caballería insurrecta que había adquirido disciplina y acometividad, sufrían bajas que las obligaban a un pronto regreso a sus bases para la asistencia de los enfermos y de los heridos. Cuando éstos alcanzaban una cifra alta, la tropa española quedaba imposibilitada para operar, puesto que los soldados en servicio de camilleros reducían la fuerza de combate de la columna, según había señalado Antonio López de Letona desde 1869. Una acción contra una fuerte columna española causándole fuertes bajas, divulgábase como un reguero de pólvora en Cuba Libre, levantaba el espíritu y estimulaba la emulación.

Antonio Pirala, conocido cronista español, poseedor de una copiosa información referente a la Guerra de los Diez Años, gran parte de la cual expuso en los gruesos volúmenes de sus *Anales*, cita una larga serie de combates durante el mando interino del general Ceballos y del corto período de Pieltaín. Ofrece asimismo, antecedentes muy valiosos del frente español correspondientes al período de los tres mandos citados. La exposición de ese aspecto de la guerra, complétala con un informe del general segundo cabo de Ceballos, José Riquelme, puesto por su jefe al frente de las operaciones militares en toda la extensión del territorio revolucionario. En una memoria oficial sometida al gobierno peninsular, quedaron expuestos los hechos reveladores del

desastroso estado del frente español en la segunda mitad de 1872 y la primera de 1873.

Después de poner de manifiesto la gravedad de la situación militar y la urgente necesidad de no menos de 26,000 hombres de refuerzo, Riquelme, poniendo los hechos sobre la mesa, expuso claramente deficiencias en extremo vergonzosas para la administración militar española. La ración del soldado, totalmente insuficiente, consistía en 200 gramos de arroz, 100 de tocino, casi siempre rancio, y 400 gramos de galleta. En ocasiones tenía una ración extraordinaria de café, vino o aguardiente. En marcha por el campo, el soldado llevaba consigo un pequeño saco con cuatro o seis raciones. Durante los días en que se operaba, el único alimento era una sopa de arroz por la mañana, la sustancia de la cual era el tocino, y otra igual por la tarde, con la ración de galleta. En las marchas, los altos, las acampadas en los campos y en los combates, perdíase corrientemente una buena parte de las raciones, que, las mismas durante días y días hacíanse insoportables. No era posible, a juicio de Riquelme, que con alimento tan insuficiente pudiera resistirse la ruda campaña en Cuba. La escasa y deficiente alimentación debilitaba al soldado, produciéndole un estado de anemia, causa de la mayor parte de las bajas por enfermedad. El pinchazo de un arbusto o una simple rozadura producían en el organismo debilitado llagas y úlceras que duraban meses, a la par que las impresiones atmosféricas ocasionaban frecuentes fiebres malignas de las que muchos perecían. En los hospitales había un setenta por ciento de enfermos de llagas y calenturas, que significaban para el estado tres mil hospitalidades diarias de costo abrumador.

Los medios de transporte del Ejército eran hambrientos mulos y desvencijadas carretas para cruzar por montes impenetrables, sin hallar pueblos ni haciendas ni recursos durante días y semanas. Los hospitales establecidos en los campos hallábanse en el más completo estado de abandono, situados muchos de ellos sin condiciones higiénicas, en puntos poco adecuados para el curso de las operaciones. Muy amplio el informe del general Riquelme, tal como puede verse en la citada obra de Pirala, los hechos citados más arriba ofrécese sólo como un testimonio del deterioro de las fuerzas físicas, y de la moral y la disciplina militares del Ejército español, desgastado en cuatro años de lucha constante con la rebeldía cubana. Sin embargo, el general Dulce, en los días en que fué destituido por los voluntarios, en los primeros meses de 1869, declaró en telegrama oficial a Madrid que la insurrección estaba prácticamente terminada, al punto de que sólo quedaban por realizar operaciones de limpieza de partidas de bandoleros refu-

giados en lugares apartados de bosques y montañas. Ginovés Espinar, Caballero de Rodas, el conde de Valmaseda y los demás jefes españoles que les sucedieron, repitieron lo mismo que Dulce varias veces, pero la guerra seguía, se manifestaba mucho más fuerte del lado cubano que en los años 1870 y 1871, y causaba el desgaste del Ejército español apuntado por Riquelme. Frente al cuadro pavoroso que ofrecía la guerra para España en 1873 con la deuda del Banco Español aumentada enormemente, depreciada la moneda, rampante el contrabando y los fraudes en las aduanas, con falsos extremismos patrióticos para encubrir los horrores de la situación, Riquelme no tenía otra recomendación para el gobierno español, sino la de solicitar 26,000 hombres de refuerzo para el matadero de Cuba, y sumas enormes de millones de "duros" para suplir las necesidades más apremiantes de alimentación, atención médica, servicio de transporte y demás atenciones de un crecidísimo Ejército quebrantado pieza a pieza por una de las más duras guerras sostenidas para la conquista de la independencia de un país, no sólo en la América sino en el mundo entero. En sus disputas diplomáticas con los Estados Unidos, España mantenía, no obstante, la ficción de que en Cuba no había guerra, sino meros actos de bandidaje, realizados por criminales, merecedores de la muerte en el tablado del garrote vil o de ser fusilados por piquetes de soldados habituados a matanzas diarias, realizadas con horrible indiferencia y el más cruel menosprecio a la vida humana. La guerra de Cuba era en la práctica, el mismo sistema de guerra seguido en España en sus contiendas civiles en el propio territorio peninsular, en fecha muy reciente, contemporánea con la lucha de Cuba, sin necesidad de ir muchos años atrás a las luchas por la independencia de las ex-colonias españolas del continente americano. Pero lo más penoso y doloroso del cuadro era acaso, que los Estados Unidos, bajo la presidencia de Grant, aceptaron la ficción desde 1869, porque así entendió el presidente, de acuerdo con Fish, que convenía a la política de la Unión americana, y a la vez que prohibían enérgicamente y perseguían el envío de auxilios a Cuba, permitían la construcción en los arsenales americanos y la entrega al gobierno español, desde principios de 1870, de decenas de embarcaciones rápidas de vapor, armadas en guerra, para bloquear las costas de Cuba, país en el cual, casi a la vista de los Estados Unidos, no existía guerra alguna para el presidente Grant, militar por más señas. Esta actitud de España y de los Estados Unidos era una de las causas más efectivas del pesimismo del presidente Céspedes a mediados de 1873, el cual, aparente desde principios de 1870, había venido acentuándose por muy fundadas razones. En 19 de febrero de 1872, anotó en su

Diario que a consecuencia de ciertas exigencias de los Estados Unidos a España, en Cuba habían corrido muchos rumores, dando por cierto que Grant disponíase a ayudar la causa de la independencia de Cuba. El no participaba de esas lisonjeras esperanzas. Temía que Grant y Fish continuaran manteniendo la misma política favorable a España en la cuestión de Cuba. La alharaca que se había armado la promovía el propio gobierno español para provocar la exaltación del sentimiento nacional y prolongar la guerra y derramar más y mejor la sangre cubana. Empero "nosotros, anotaba Céspedes, suceda lo que suceda, tenemos preparados nuestros corazones: no desmayaremos en la resolución de vencer o morir en la lucha". Algo más tarde, casi a fines de 1872, escribía en su *Diario*, lleno de profunda amargura ante la actitud de las naciones civilizadas que veían con la mayor indiferencia la horrible lucha sostenida por el pueblo cubano por su independencia, ignorándola mediante una vergonzosa ficción diplomática. "Bien pronto habrá transcurrido un año, anotaba en su *Diario* el 9 de noviembre de 1872, desde la hecatombe de los estudiantes de medicina en la Habana. ¿Qué les ha resultado a los españoles por ese acto feroz de barbarie? ¡Nada! ¿Quién les ha exigido la reparación debida a los fueros de la humanidad ultrajada? ¡¡Nadie!!" Y continúa: "Del grito de horror universal, de las imprecaciones, de las amenazas, sólo queda la memoria. Entretanto, los españoles siguen en su carrera de crímenes atroces, que superan al que suscitó tanta indignación. Y para la filantrópica Inglaterra, para la civilizada Alemania, para la republicana Francia, y hasta para la América independiente, la España es una nación constituída, con quien no deshonra alternar, por más infamias que cometa, y los cubanos que pelean por la reivindicación de los derechos del hombre son unos bandidos, cuyo contacto mancilla, unos rebeldes a quienes es lícito exterminar por cualquier medio. Para la primera, los honores y los auxilios; para los segundos, los desdenes y las persecuciones. ¿Qué importan esos inválidos, esos moribundos, esas mujeres, esos niños degollados a sangre fría? ¿Quién los mandó a aspirar a ser libres? ¿No sabían que de todos modos es preciso respetar el derecho de la fuerza? ¡Sufran, pues, y mueran, o sepan vencer, que la victoria todo lo santifica!"

En relación a los emigrados, la amargura de Céspedes desbordábase también, en forma más que irónica, sarcástica, ya que en Cuba no se recibía de ellos el menor auxilio. "A juzgar por las cartas que escriben los emigrados (afortunadamente no he recibido ninguna)", escribió en su *Diario* el 9 de noviembre de 1872 "nos llegarán pronto grandes recursos y se realizarán altas combinaciones diplomáticas para resolver

la cuestión cubana en sentido que favorezcan a nuestras miras. Todo eso viene escrito con frases retumbantes y sibilíticas que ya para nosotros han perdido la novedad y el crédito. Armas y pertrechos, desembarcados sencillamente en nuestras costas es lo que queremos; y allá se queden las lisonjas y las magníficas promesas, con las que ninguno de nuestros soldados puede cargar su rifle" (4).

Al estampar estas amargas y resueltas expresiones en su *Diario*, Céspedes afirmaba que se pelearía hasta morir, pero no podía dejar de reconocer que la falta de material de guerra, de subsistencias y de las demás cosas indispensables para la vida en Cuba Libre, iba convirtiendo la situación en desesperada. "Nuestros soldados no disparan al enemigo sino casi a boca de jarro", escribíale en 26 de noviembre de 1872 a Ramón Céspedes. "En casi todos los distritos está hoy prohibido el gastar parque aun cuando sea para matar animales destinados a la manutención. Se fabrica alguna pólvora y se rellenan algunas cápsulas. En los combates por lo regular se le quitan municiones a los españoles, y de los pueblos nuestros amigos nos traen algunas, pero estos recursos son de muy poca importancia. Sin embargo, nuestros jefes hállanse tan resueltos a no dejar la ofensiva que en último término atacarán siempre al machete, según me han manifestado."

Los efectos de cuatro años de guerra hacíanse sentir en otra variedad de formas igualmente graves. El servicio postal, informábale Céspedes a la Cámara, era casi nulo. El 10 de marzo de 1872 el Gobierno no había recibido noticia oficial de Camagüey desde el 17 de noviembre de 1871, completamente incomunicado además con Las Villas. Sólo en el distrito de Cuba se hallaba algo regularizado dicho servicio, mediante cordones establecidos para conducir los pliegos con rapidez. En marzo de 1872 ya los caballos escaseaban tanto en Oriente que Céspedes, según consignaba en su *Diario*, andaba leguas a pie, para acostumbrarse y no sentir fatiga en caso de que se hiciese necesario andar de infantería por la falta de cabalgaduras. A mediados del año Céspedes redujo mucho el personal del Gobierno, limitando a dos los Secretarios del Gabinete, el de Relaciones Exteriores y el de la Guerra.

En los campos casi no quedaba ya ninguna familia de las que habían sido acomodadas, cuando vivían en las poblaciones o en las fincas rústicas más importantes. Sólo quedaban aquellas que por sus hábitos anteriores a la guerra podían soportar los duros trabajos de ésta, víctimas frecuentemente de la furia feroz del enemigo, y aun así, anotaba Céspedes, no desmayaban ni abandonaban las filas revolucionarias. Con honda pesadumbre, en agosto de ese mismo año de 1872, Céspedes consignaba en su *Diario* estas amargas palabras: "Cumplió hoy, día 29,

un año del desembarco de Agüero, es decir, un año en el que no hemos recibido ni un grano de pólvora ni un fusil ni un hombre. En cambio, los enemigos han recibido de todo en abundancia, y sin embargo, ¡¡no nos han vencido!! Pero han derramado arroyos de sangre inocente, aquella sangre que ni aun los salvajes beben en sus cráneos. ¿Podrá durar este estado de cosas? ¿Lo mirarán con indiferencia no sólo los extranjeros, sino los mismos cubanos a quienes hemos confiado nuestra representación? El tiempo vuela, los hechos hablan, y creo que va llegando el día en que salgan a defender a Cuba los hombres de mi confianza. Ojalá que cuando se les llame se encuentren a la altura de su misión”.

El conjunto de circunstancias que se han expuesto creaba al presidente Céspedes una situación intolerable, y a la revolución el más inminente peligro. Aisladas Las Villas, en libertad absoluta Agramonte en Camagüey, en Oriente el jefe del Ejecutivo llevaba una vida terriblemente azarosa, sin poder alguno para dirigir con alguna efectividad la marcha de la Revolución. Su autoridad era positivamente una sombra.

No obstante, manteníase firme y entero ante los demás. En 6 de marzo de 1873 James O’Kelly entrevistó a Céspedes en su campamento, dejándonos una vívida impresión del lugar y del hombre de La Demajagua. “El Presidente Céspedes es un hombre de corta estatura, posee una constitución de hierro. Nervioso por temperamento, permanece siempre en una posición recta. Los rasgos de su fisonomía son pequeños, aunque irregulares. La frente alta y bien formada, y ojos entre grises y pardos, brillantes y llenos de penetración. Su cara oval refleja las huellas dejadas por el tiempo y los cuidados. Unos cuantos libros y paquetes de papeles hallábanse colocados con orden en el bohío que servía de alojamiento al Presidente, sin más muebles que una hamaca, una mesa toscamente construída y algunos toscos asientos. A los lados del bohío veíanse algunas maletas que contenían las ropas del Presidente. Un revólver suspendido de un cinturón y un rifle winchester de 16 tiros completaban el simplísimo mueblaje de la residencia del Presidente de la república cubana”.

En situación muy estrecha y difícil, Céspedes hallábase todavía esperanzado e inquebrantable. España, dijo a preguntas de O’Kelly, no era un país republicano; la aristocracia militar nunca toleraría el establecimiento permanente de una forma republicana de gobierno. El existente duraría cuestión de meses. No podía prever de qué manera la república en España aceptaría la causa de Cuba, pero sí que no ejercería ninguna influencia sobre los cubanos en armas. Estos no acep-

tarían proposiciones excepto la de la independencia. Castelar, agregó Céspedes, había falsificado los principios republicanos al declarar que era más español que republicano; no había por qué ocuparse de él. España debía abandonar la Isla y dejar en paz los cubanos, o continuar la guerra hasta que pereciese el último combatiente. Deseamos la paz para poder dedicarnos a la reconstrucción de nuestros hogares y al bienestar del país, le expuso a O'Kelly, pero antes que todo, queremos la independencia.

Falto de elementos y de medios de acción, en su campamento trahumante de 20 bohíos, por el momento, custodiado por una pequeña escolta, perseguido sin cesar por los españoles, con una fuerte oposición política y militar en contra suya de la Cámara y de muy importantes jefes orientales, este estado de cosas contrastaba con la firmeza de sus palabras en cuanto a luchar por la independencia. Quedábale aún un resto de esperanza de llevar a buen término la revolución.

A fines de noviembre de 1872, hallábase todavía indeciso respecto a tomar las decisiones drásticas que meditaba y maduraba reflexivamente, pero antes de terminar el mes resolvió adoptarlas. Levantó en alto a Quesada, según se dejó expuesto en páginas anteriores, y quedó en espera, como último recurso, de los auxilios que éste habría de enviarle. Siete meses más tarde, en julio de 1873, sin haberlos recibido, y más recia cada día la oposición contra él en su región de Oriente, comprendió el fracaso de sus planes, desalentado y pesimista. Había jugado su última carta y le había fallado. Los acontecimientos se conjuraban y precipitaban en contra suya. En mayo, 1873, la muerte de Agramonte, que le apenó mucho, aumentó sus preocupaciones. Al caer en lucha heroica contra el enemigo, había desaparecido, con el jefe de Camagüey, colocado en primera línea entre todos los jefes cubanos, el único que podía contrapesar la fuerza de los jefes orientales, inclinados más y más cada día a unirse a la Cámara contra el Ejecutivo.

Considerándola un desastre para la revolución y para sí personalmente, la muerte de Agramonte, afligió hondamente a Céspedes. Por primera vez, al conjurarse y precipitarse los acontecimientos en contra suya, sentíase lleno de amargura, acongojado el ánimo. "Nosotros, escribía a su esposa en 2 de julio de 1873, triunfaremos de los españoles, es indudable, pero será a costa de mayores sacrificios, y más tarde, que si no se observara una conducta tan criminal (la de sus adversarios políticos) porque los enemigos, en vista de nuestra unión y sensatez, perderían más pronto la esperanza que probablemente el espectáculo de esas miserias alimenta, en perspectiva de una disolución funesta de los elementos que están combatiendo su dominación en Cuba. Y los que

sufrimos las consecuencias de todas estas luchas, los que agotamos nuestra virilidad en el cuidado y en el insomnio, los que sentimos sobre nuestra cabeza el gran peso de los años, y a la ira de los enemigos estamos expuestos, pereceremos de un modo u otro en la contienda."

"Días hace, querida Anita, agregaba, dando salida a su honda pesadumbre, que estoy muy triste y me atormenta esa terrible idea; pero no creas que por eso desmayo ni me desaliento en mi empresa, que creo asegurada, sino que los disgustos son numerosos. Por éso me ha servido de mucha complacencia la descripción que me haces de mis idolatrados hijitos. Con ella he gozado como si estuviera viéndolos; y ese será mi último consuelo, porque yo no los veré nunca; moriré sin tenerlos en mis brazos, sin conocerlos siquiera más que por muchos retratos. Sin embargo, estoy resignado a todo" (5).

El 9 de agosto escribíale nuevamente a su esposa: "Te doy gracias por lo que me dices que me tienes preparado; pero de aquí en adelante no quiero que me mandes nada. Guárdalo todo para tí y los chiquitos. Yo estoy satisfecho con lo que tengo. Vivo en una choza a la intemperie. Como lo que me dan. Ando calzado y vestido de una manera grotesca, pero honesta. No tengo necesidades. Hasta ahora me defiende la lealtad de los que me rodean; el día que me falte sabré morir no peor que Ayestarán. Trabajo sin cesar para Cuba. No puedo asegurar que lo haga con acierto, pero es con buena fe... Jamás transigiré con los españoles sino sobre la base de la independencia. Más no puedo hacer...".

La depresión de ánimo del Presidente era manifiesta. La cerrazón del horizonte la veía total. Levantábase ante él una barrera infranqueable de incomprensión, de recelos, resentimientos y hasta de odios de un primitivismo feroz, tal como los apreciaba. ¿Qué podía hacer? *Nada*. Este *nada* era una confesión de impotencia, de fracaso y derrota personal, no a manos aparentemente del español, sino de los suyos, motivo de más punzante dolor. Indudable era, como apreciaba con meridiana claridad, que el cubano triunfaría y conquistaría la independencia, pero "a costa de mayores sacrificios, y más tarde...". El *más tarde* era la premonitoria convicción, desoladora para su espíritu, de que habría de ser más allá de su muerte. Había proclamado la independencia de Cuba. No la vería realizada. Tal era el motivo de su mayor aflicción, del irremediable quebranto de su ánimo, que sólo descubría, en lo más íntimo, a su esposa, conmovido al pensar en ella y en sus hijos.

CAPÍTULO VII

CAMBIO DE RUMBO DE LA REVOLUCION. DESTITUCION Y MUERTE DE CESPEDES

EL estado de abatimiento del Presidente Céspedes, manifestado confidencialmente a su esposa en cartas de julio y agosto de 1873, induce a creer que además de la oposición de sus adversarios políticos otros más fuertes motivos pesaban sobre su ánimo. La posición en que se encontraba, agobiadora como era, no tenía salida apreciable, desvanecidas las esperanzas puestas en el envío de grandes auxilios del exterior por Manuel de Quesada. Reducido a una pequeña escolta de soldados fieles, el Presidente de la República hallábase indefenso, falto casi siempre hasta de medios de subsistencia. En abril de 1873, su desgaste físico era evidente, a juzgar por sus propias manifestaciones a su esposa y por lo que James O'Kelly pudo observar personalmente. Con el decoro de siempre y la conciencia de la dignidad de su cargo, manteníalo en pie sólo la fortaleza de su espíritu. Hombre a quien los padecimientos físicos y la falta de elementos de acción para hacer valer su autoridad no podían abatirlo, es razonable pensar que otros motivos más graves que los antedichos y la enconada hostilidad de sus adversarios políticos eran la causa fundamental de la depresión de su ánimo. La conclusión más razonable, si bien un tanto hipotética, es que había llegado a sentirse hondamente decepcionado respecto del triunfo a corto plazo de la Revolución. El quebranto de su esperanza y de su confianza en la victoria en fecha cercana alcanzada bajo su dirección, era el único motivo bastante poderoso para aplastarlo, convencido ante la realidad de los hechos de su impotencia.

Fracasados todos los esfuerzos cubanos en la emigración para obtener auxilios; muerto Agramonte, a quien Céspedes había confiado el llevar a cabo la invasión de Las Villas; mermada en gran parte la población, sobre todo la de los campos en Camagüey y Oriente, la Revolución, pese al avivamiento de la actividad bélica cubana después de los años críticos de 1870 y 1871, facilitada por el desgaste temporal del ejército español, hallábase debilitada en lo profundo. Los jefes mi-

litares cubanos, en lucha constante con éxito parcial en sus zonas respectivas, podrían no verlo con claridad; Céspedes, en posición distinta para apreciar las cosas, había llegado a la conclusión ya dicha de que los cubanos triunfarían, desde luego, pero *más tarde*, y de que los que estaban como él enfrentados con el enemigo en el momento perecerían en la contienda. Esta conclusión significaba que la labor de Céspedes hallábase virtualmente terminada antes de su destitución en octubre. Había hecho cuanto le había sido posible. Más no podía hacer, según su propia declaración. Estaba agotado física y espiritualmente. Sentíase vencido.

Mientras él sentía deslizarse por la pendiente del vencimiento, sus irreconciliables adversarios políticos juzgaban la determinación tomada por él en diciembre de 1872 de acogerse a Quesada, como un evidente testimonio del contumaz propósito cespedita de imponer sus criterios políticos personales, apoyado en la fuerza que pudiera proporcionarle Quesada, ansioso éste de desquite y de represalias. Sintieron, por tanto, compelidos a adoptar sin más demora la medida radical por ellos estimada indispensable: la destitución del Presidente. En el orden legal, los legisladores hallábanse facultados indudablemente para poder deponerlo.

En los días en que los miembros de la Cámara preparábanse a reunirla para destituir a Céspedes, la división militar de Oriente comprendía dos departamentos militares, subdivididos cada uno en dos distritos. El más importante de dichos departamentos, abarcaba el territorio de la mitad oriental de la actual provincia de Oriente; componíase de los distritos de Cuba y Holguín, y de Guantánamo y Baracoa. El otro departamento, Provisional del Cauto, se subdividía a su vez en los distritos de Jiguaní-Bayamo y Manzanillo-Tunas. Todo el resto de la Isla desde el río Jobabo a todo el Occidente, inclusive Las Villas, componían el Departamento Occidental, a las órdenes nominales por el momento, de Máximo Gómez, jefe efectivo de Camagüey. Los dos Departamentos orientales estaban a las órdenes superiores del general Calixto García Iñiguez uno, y de Vicente García el otro.

Con numerosas fuerzas veteranas a sus órdenes, bien armadas y municionadas, Calixto García había librado el 25 de septiembre el recio combate de Rejondón de Báguanos, en el cual derrotó desastrosamente al coronel español Gómez Diéguez, jefe de una columna de 1,500 hombres de infantería y Caballería en su jurisdicción de Holguín. Trescientos hombres de la tropa española quedaron tendidos sobre el campo; prisioneros, gravemente heridos el jefe de la columna, 16 oficiales y 70 soldados. El botín fué considerable: 400 rifles, 36,000 cápsulas, el

botiquín y cuanto conducía el convoy de la columna, inclusive toda la caballería de Gómez Diéguez. En operaciones de los días subsiguientes, el general García Iñiguez tomó trincheras y caseríos en las proximidades de la ciudad de Holguín, e infligió una severa derrota al coronel Esponda, quien trató al frente de una fuerte columna de batir al victorioso general cubano. Los éxitos mencionados destacaron y dieron una positiva popularidad al general García Iñiguez en todo el campo revolucionario. Con la conciencia de su poder para batir el enemigo en la misma forma, el mayor general García Iñiguez deseaba hallarse en completa libertad al mando de todo Oriente, aspiración que le llevaba a sentirse satisfecho de que la Cámara destituyera y reemplazara al Presidente de la República. El otro más destacado jefe oriental, mayor general más antiguo en el escalafón que García Iñiguez, con una reputación bien ganada de jefe insustituible en la zona de Tunas, era el general Vicente García, aspirante también al mando superior en Oriente.

La medida radical que proyectaba la Cámara respaldada por los dos más altos jefes de Oriente, no podía, al cabo de meses de labor preparatoria, cuando los rumores de que sería destituido circulaban ya en los Estados Unidos, ser desconocida para Céspedes. En las circunstancias en que se hallaba éste colocado, su posición era sumamente comprometida y difícil. La renuncia a la Presidencia, planteada ante su Consejo de Secretarios varias veces en años anteriores, presentada ahora seguida de su salida de Cuba para evitar complicaciones y recelos, lo desacreditarían ante la opinión cubana en general, ante sus opositores, y ante los españoles, dadas las reiteradas declaraciones cespeditas de que conquistaría la independencia o lucharía hasta morir. El intento de resistir, aún cuando tratase de hacerlo por medios pacíficos dentro de la Constitución y las leyes, podría complicarse en el caldeado ambiente de violencia imperante, hasta llegar a verterse sangre cubana, responsabilidad que de ninguna manera estaba dispuesto Céspedes a cegar sobre sí como un deshonesto estigma. Finalmente, si permanecía en actitud pasiva, estaba expuesto a que la Cámara tomase la iniciativa de efectuar su destitución, lo cual consideraba él "un vejamen" y se hallaba resuelto a evitarlo si era posible.

Ante esos tres caminos cerrados, el escogido por Céspedes fué el de adelantarse a plantear, de una manera pública, la cuestión de su separación de la jefatura del Poder Ejecutivo, objeto de murmuraciones y rumores. Ante la inminencia de la próxima reunión de la Cámara, el 25 de septiembre, en carta a su esposa, el Presidente explicábase su

actitud de una manera explícita. Desde hacía días anunciábase la reunión de la Cámara para chocar con él y llegar tal vez a destituirlo... Estaba procediendo con la mayor prudencia, sin precipitar acontecimientos que podían ser perjudiciales para la causa de la independencia. No se encontraba culpable de nada. Si su suerte era no poder seguir sirviendo a Cuba en el puesto en que ésta lo colocó, opinaba que sería perjudicial su permanencia en la Isla, y en contra de sus más íntimos deseos se marcharía al extranjero, donde sería quizás de alguna utilidad a la Patria. Sería un nuevo cáliz que tendría que apurar, pero al menos sus huesos volverían a descansar en su amada Cuba. Agregaba el Presidente que como era probable que si no lograba conjurar la tempestad al recibo de su carta por su esposa, ya no sería Presidente, arreglase con Rafael Quesada que viniese a buscarlo en un vapor el día, y en el punto que él señalase con anticipación, aunque no trajese carga. Su esposa no debía preocuparse por el aviso, le aconsejaba. La ingratitud de los pueblos superaba a la de los reyes. Debían ser servidos con desinterés. No por lo que pudiese ocurrir debía debilitarse el amor a Cuba ni el deseo de librarla de sus opresores. La trama, explicábale Céspedes a Ana de Quesada, estaba llevada por el marqués y Fernando Fornaris, de acuerdo con Villegas y otros en el extranjero. El pretexto era que el pueblo estaba descontento por los abusos y torpezas de que se le acusaba. No le faltaban adherentes a sus enemigos, aun cuando dudaba que fuesen muchos, ni de gran valer. Sus amigos le rodeaban, pero por su causa no se regaría sangre en el suelo patrio (1).

Sobre el 20 de octubre, 1873, concentradas en el campamento de Bijagual numerosas tropas insurrectas de Oriente, unos 3,000 hombres, bajo el mando del mayor general Calixto García, y reunida en el mismo lugar en sesión la Cámara de Representantes, Céspedes estimó fundamentalmente que ésta procedería a deponerlo. A fin de evitar el *vejamen* de que fuese la Cámara quien tomase la iniciativa, decidió plantear él la cuestión, en un Manifiesto al Pueblo y al Ejército de Cuba, el día 24. Después de hacer breve historia de su administración y de los objetivos patrióticos por él perseguidos, refirióse a la candente cuestión de actualidad. La Cámara había suscitado dificultades entre el Poder Legislativo y el Ejecutivo. Sus conciudadanos, a la par que podrían enterarse de la controversia por los documentos adjuntos, podrían asimismo juzgar quien había creado las dificultades, de parte de quién estaban la razón y el derecho, quién defendía la ley, quién era el fiel observante de la Constitución. El Presidente declaraba creer, a título de hombre colocado a la cabeza de la Revolución, para conseguir la independencia, en la absoluta e incondicional separación de España.

Creía, asimismo, que la Cámara sustentaba teorías tendientes a estrecharle y desprestigiarle. Su dignidad de hombre libre, su conciencia, la salvación de la República, que no podía surgir de un gobierno débil, le obligaban a presentar la renuncia de su alto puesto. No abrigaba la menor duda de que si así no lo hiciese, porque jamás renegaría de sus principios, su deposición sería un hecho. Había trabajado activamente en pro de la independencia, asegurado el orden, y la libertad. Desempeñaba el cargo, por creer que lo hacía con la aquiescencia y el beneplácito de todos. No trataba de prevenir los ánimos, no acusaba a nadie, no intentaba ganar adeptos; no aspiraba a formar partido ni a adquirir satélites que lo sostuvieran en su cargo. Concebía, empero, que había ocasiones en que el silencio traía responsabilidades que podían llegar a ser criminales. Esa idea le había impulsado a romperlo y a excitar a sus compatriotas a que tampoco lo guardasen. Cuando del bien de la Patria se trataba, la libre emisión del pensamiento, la publicidad, más que un derecho era un deber.

A este reto final de Céspedes la Cámara respondió sin demora. Reunida el 28 de octubre bajo la presidencia de Salvador Cisneros, quien en ausencia de Aguilera pasaría a ser automáticamente Presidente de la República, el representante por Occidente, Ramón Pérez Trujillo, propuso, sustentando su proposición un fuerte discurso acusatorio, la destitución del Presidente. Abandonada la Presidencia de la Cámara y salido del local "por cuestión de delicadeza" Cisneros Betancourt, los representantes por Oriente Tomás Estrada Palma, Fernando Fornaris y Jesús Rodríguez apoyaron la proposición de Pérez Trujillo. Eduardo Machado, Marcos García y Juan Bautista Spotorno, de Las Villas los tres, la apoyaron también, junto con Luis Victoriano Betancourt, otro representante por Occidente. Francisco Betancourt, representante por Camagüey, no concurrió a la sesión. Legal el quórum, el acuerdo era constitucionalmente válido, fuera de toda duda.

La constitución del nuevo gobierno efectuóse con máxima rapidez. Proclamado Cisneros Betancourt por la Cámara, presidida por Estrada Palma, procedióse a la designación de los miembros del Gabinete. Francisco Maceo Osorio, renuente adversario de Céspedes, fué designado Secretario de Estado. Las Secretarías de la Guerra y Hacienda quedaron a cargo del general Vicente García, con el doctor Félix Figueredo, acérrimo enemigo de Céspedes, encargado interinamente del despacho, por ausencia del jefe tunero. En dos comunicaciones oficiales dirigidas a Céspedes, a su no lejano campamento de La Somanta, Estrada Palma le notificó secamente su destitución acordada por la Cámara. El depuesto jefe del Ejecutivo acusó recibo de la notificación en el acto y

pasó a ser un simple ciudadano, libre de las responsabilidades del cargo que había desempeñado con honor durante cinco años.

Acordada con arreglo a las disposiciones legales aplicables al caso, la destitución del Presidente Céspedes era, desde luego, una medida trascendental para la Revolución. Produjo una conmoción extraordinaria en Cuba Libre y en las emigraciones, una impresión de victoriosa expectación entre los españoles en Cuba y en España, e impresionó desfavorablemente a la opinión pública en los Estados Unidos, las repúblicas hispanoamericanas y algunos otros países que seguían con cierta atención los asuntos de Cuba. La medida fué, sin embargo, la culminación de un largo proceso político que, objetivamente considerado, podía calificarse de normal en todo país constituido democráticamente. Céspedes llevaba cerca de cinco años en la Presidencia de la República, largo período en cualquier país, particularmente en tiempos de revolución. La Cámara estaba en su derecho y actuaba dentro de sus facultades, al acordar destituir al Presidente. La persona que podía sentirse más herida por el acuerdo, el Presidente de la República, Carlos Manuel de Céspedes y López del Castillo, lo entendió así desde el primer momento y procedió en consecuencia. Los despachos a Céspedes suscritos por Estrada Palma en Bijagual, en 28 de octubre, eran del mismo tenor, muy secos, extremadamente breves y sin una palabra de cortesía. En respuesta a los mismos, Céspedes cuidó de estampar la declaración de que no podía imputársele el haber abandonado el cargo, ni atribuirse su cese a cansancio o a debilidad de su parte. Algo más hizo todavía. Tres días más tarde, el 31 de octubre, dictó y firmó un último manifiesto, Al Pueblo y al Ejército de Cuba, en el que dió cuenta de su deposición, expuso los hechos y expresó su acatamiento a la resolución de la Cámara, cuidando de declarar que continuaba estando como siempre, consagrado a la causa de la libertad e independencia de Cuba, y que prestaría con todo corazón su débil apoyo a cualquier gobierno legítimo en esa misma línea; en ella estaría al lado de los buenos cubanos. Aquellos de sus adversarios o enemigos que habían afrontado la responsabilidad de atacarlo a cara descubierta y destituirlo, no podían dejar de darse cuenta de que en último término, Céspedes, vencido por ellos, sentíase victorioso, por haber cesado en la Presidencia sin que pudiera decirse que había buscado la manera de abandonarla para salir de Cuba. En su Manifiesto ya mencionado, estampó varias declaraciones altamente significativas, además de las expuestas. En primer término, la de que su deposición estaba ya prevista, por lo cual dejaba sin efecto su Manifiesto del 24, dado que había sido descargado del peso que gravitaba sobre sus hombros y quedaba a cu-

bierto de toda responsabilidad en lo futuro. La Cámara había hecho uso de su prerrogativa, y acallada la más exquisita susceptibilidad, no le tocaba otra cosa que obedecer lo preceptuado en la Constitución, código fundamental, que tanto se preciaba de venerar. El pueblo y el ejército de Cuba manifestaba finalmente, habían cumplido con su deber de sensatez y de patriotismo. Declarar esto último era, en el fondo, una manifestación orgullosa de su propio proceder. El "hombre de La Demajagua" manteníase inquebrantable en su firme posición.

Liquidada en la forma expuesta la gran controversia de principios y personalidades que dividió el campo revolucionario desde el estallido de la insurrección, si Céspedes hubiera podido salir para el extranjero, su vida es posible que hubiese concluido años adelante en el ostracismo, y la relativa oscuridad de otras grandes figuras revolucionarias. Lo mismo hubiera podido suceder si hubiese buscado refugio en algún lugar seguro, oculto en Cuba, sin producir penosas y perturbadoras consecuencias para la marcha de la revolución, y ser motivo de acaloradas y enconadas disputas hasta hoy, sin perspectivas de terminarse todavía.

El Consejo de Secretarios del Presidente interino Cisneros Betancourt, quedó integrado por señalados adversarios de Céspedes. Dos de los miembros del Consejo en importantes cargos, el Licenciado Francisco Maceo Osorio, Secretario de Relaciones Exteriores, y el Doctor Félix Figueredo, Subsecretario de la Guerra en funciones de Secretario por estar ausente el general Vicente García, parecen haber tenido motivos de hondos resentimientos con Céspedes, a juzgar por la conducta seguida por ambos respecto de éste. Solicitada por Céspedes autorización para salir del país, Maceo Osorio le negó el permiso, con aprobación del Consejo de Secretarios. Al ser depuesto, Céspedes había pasado a ser un simple ciudadano, sin derecho a privilegios de ninguna clase. Aplicándosele estrictamente los preceptos de la ley militar, no tenía derechos ni a ayudantes ni a escolta. Aquellos y ésta debían serle retirados, reintegrándose al servicio en el Ejército. Esta medida equivalía a dejar al expresidente totalmente desamparado e inermes, blanco como era de la constante persecución española, ensañada siempre contra él. El caso del cese de un presidente no estaba previsto, y ateniéndose al principio de la igualdad de todos los ciudadanos, ordenóse que los ayudantes y la escolta de Céspedes le fuesen retirados. En el plano en que se había colocado, Céspedes no hizo la menor objeción, sólo solicitó y le fué concedido, que le permitiesen a su hijo, coronel Carlos Manuel de Céspedes, y a su sobrino, José Ignacio Quesada, acompañarle en su retiro, concesión por la cual dió las gracias.

No se limitaron a lo expuesto, que era ya extremadamente grave, las medidas tomadas con respecto al expresidente. Se le ordenó la entrega del inventario de las pertenencias del gobierno y de otros documentos, entrega que era procedente y a la que dió inmediato cumplimiento Céspedes. El Dr. Figueredo no se satisfizo. En cumplimiento de acuerdos del Consejo de Gabinete dirigió día tras día a Céspedes enojosas comunicaciones oficiales en las que le planteó un cúmulo de exigencias más o menos especiosas, a las que Céspedes contestó una por una en forma mesurada, si bien con una firmeza en cuanto a su defensa personal y a los derechos de ciudadano de que se hallaba asistido que no podía dejar de ser mortificante para Figueredo. La peor de todas dichas exigencias fué la de que permaneciese en el campamento del gobierno, siguiendo a éste en todas las marchas y cambios de lugar muy frecuentes en la guerra, con el pretexto de que no estaban liquidadas todavía todas las demandas y peticiones que multiplicaba Figueredo. Céspedes estimó no sólo mortificante y vejaminosa la exigencia, sino también contraria a sus derechos de ciudadano de un país libre, de los cuales no podía ser privado sino por causa justa, apreciada por los tribunales. Inquirió de Figueredo en petición oficial escrita, si debía considerarse sujeto a arresto. Como no lo estaba, ni había fundamento para arrestarlo, Figueredo vióse obligado a contestarle que no. Obtenida esta respuesta, Céspedes insistió en términos tan terminantes como enérgicos que estaba asistido del derecho de moverse libremente. Hallábase dispuesto a prestar cualquier servicio que el gobierno demandase de él, no a deambular con el mismo de un lugar a otro en contra de su deseo, con privación de sus inalienables derechos de ciudadano. Si no se atendía esta demanda, veríase obligado a plantear las legales procedentes, no sólo en defensa de los derechos de que se hallaba personalmente asistido con arreglo a la Constitución y a las leyes, sino también al de todos los ciudadanos de Cuba. Sin salida legal alguna, Figueredo adoptó el acuerdo de manifestarle a Céspedes que quedaba en libertad de retirarse de la compañía del gobierno si así lo deseaba. Sin aguardar un día más, Céspedes retiróse con su hijo y su sobrino a las prefectura de San Lorenzo, en las alturas de la Sierra Maestra, a cargo del joven prefecto José Lacret Morlot. La prefectura estaba situada en un pequeño valle, en el que se hallaban refugiadas unas pocas familias, en casi total indefensión, sufriendo escaseces y expuestas a asaltos del enemigo. Lacret Morlot solo disponía de un cortísimo número de hombres para los servicios de la prefectura y la vigilancia de la proximidad de guerrillas o columnas españolas, para que las familias pudiesen ponerse en salvo.

Los cubanos conocedores de los métodos, los objetivos y la táctica del enemigo, estaban en la certidumbre de que si Céspedes no se alejaba de San Lorenzo, o si no se enviaba alguna fuerza suficiente para evitar una sorpresa y protegerlo, un ataque español podía producirse en cualquier momento, con la casi seguridad de la muerte del expresidente. El gobierno y la Cámara no desconocían la amenaza que se cernía sobre Céspedes, que lo era también sobre el gobierno y la revolución. En 28 de noviembre, algo más de cuatro semanas después de la deposición de su antecesor, Cisneros Betancourt, seriamente preocupado, quiso descargarse de su responsabilidad con un mensaje oficial sobre el asunto, en el que indicaba la necesidad de asegurarle a Céspedes alguna protección. El Ejecutivo, decía Cisneros Betancourt, estricto observador de las leyes, no había querido dictar por sí disposición alguna, pero sí podía recomendar, como lo hacía, a la Cámara, que se diese algún resguardo al hombre que fué el primero en proclamar en La Demajagua, la Independencia. Presidida por Jesús Rodríguez, diputado por Oriente, con Luis Victoriano Betancourt en la Secretaría, en sesión de 13 de diciembre, quince días después del mensaje de Cisneros, la Cámara, en la forma seca y hostil de todas sus comunicaciones referentes a Céspedes, acordó manifestar a Cisneros Betancourt que el asunto a que se refería su mensaje del 28 era puramente administrativo. La Cámara no podía inmiscuirse.

Las pasiones y los odios políticos difícilmente reconocen límites. Penoso es registrar en las páginas de la historia que la Cámara, cegada por la pasión, acaso por el odio, se manifestó en circunstancias tan excepcionales, en un plano muy inferior. Asunto puramente administrativo calificaba el velar por la vida de un cubano, en particular de un cubano cuya personalidad como reconocía y hacía constar el presidente Cisneros en su mensaje, estaba tan adherida a la revolución de Cuba, que el abandonarlo porque había dejado de ser Presidente sería un punible desagradecimiento.

Transcurrieron los meses, nada se hizo, y en marzo de 1874 el presidente Cisneros, que tenía facultades ejecutivas para proceder, nada había resuelto respecto de la situación de Céspedes, temeroso acaso de enajenarse la simpatía de los legisladores. Al fin, Cisneros decidióse a autorizar al mayor general Calvar, que era amigo de Céspedes, a que diese a éste la protección de una escolta de 40 ó 50 hombres. Calvar que quería evitar de todas maneras que en el territorio de su mando el enemigo asesinase impunemente al hombre con el cual él se había sublevado en La Demajagua, púsose en marcha inmediatamente hacia San Lorenzo, desde la jurisdicción de Tunas, donde se hallaba. En el

cruce del Río Salado, un vecino del lugar, interrogado sobre la marcha de las cosas en aquella zona contestóle que la única importante había sido la muerte del *presidente viejo* a manos de los españoles. Penosamente impresionado Calvar, destacóse del grueso de sus fuerzas con su estado mayor y una pequeña escolta y se dirigió a marchas forzadas camino de San Lorenzo.

Había sucedido lo que forzosamente podía esperarse, los jefes militares enemigos en la ciudad de Santiago, a no muchas leguas de distancia del refugio de Céspedes, ataron los cabos del espionaje y la traición, prepararon con fuerzas abrumadoras en el más absoluto secreto el asalto que habría de permitirles traer a la ciudad el cadáver del primer presidente de Cuba Libre, caído como había jurado, antes que ser hecho prisionero, en lucha a muerte con los enemigos, disparando sin auxilio alguno las últimas balas de su revólver, con el cuerpo destrozado a balazos y aplastado el cráneo a culatazos, bárbaro ensañamiento inútil, de los victimarios. Para Céspedes, fué éste un glorioso holocausto; para el gobierno de Cisneros y la Cámara, una dolorosa y humillante responsabilidad, unida a una falta de visión y de previsión del porvenir con funestas consecuencias para Cisneros, los representantes y la Revolución.

El agente secreto de Céspedes en la ciudad de Santiago de Cuba, que ocultaba su nombre bajo el de Leónidas Raquín, en carta a Ana de Quesada, la viuda de Céspedes, informábale a petición de la misma los siguientes hechos respecto al trato dado a los restos mortales del expresidente, antes de ser sepultado en el cementerio de Santiago: "Su cadáver llegó aquí en la mañana del primero del corriente (marzo, 1874); fué conducido al hospital civil, y puesto a la expectación pública. Por la tarde, fué conducido al cementerio, donde descansan hoy sus restos. Tengo que manifestarle en honor de la verdad que el cadáver ha sido respetado por los enemigos de aquí; pues ni siquiera hubo una ofensa, ni demostraciones bacanales como han hecho otras veces".

Acaso, en lo hondo de la subconciencia española, hacíase evidente que el sacrificio de Céspedes aceleraría, no impediría, la independencia de Cuba, proclamada por él en La Demajagua.

NOTAS

CAPITULO I

- (1) JUSTO ZARAGOZA: Obra citada, vol. II, págs. 444-45.

CAPITULO II

- (1) ANTONIO ZAMBRANA: Obra citada, pág. ...
- (2) JUSTO ZARAGOZA: Obra citada, vol. I, pág. 823.
- (3) EUGENIO BETANCOURT AGRAMONTE: Obra citada, págs. 208-209.
- (4) JUSTO ZARAGOZA: Obra citada, págs. 826 y 827.
- (5) ANTONIO PIRALA: Tomo I, pág. 749.
- (6) Juan Francisco Osorio fué el audaz sobrecargo del vapor español de cabotaje "Comanditario", del cual se apoderó en viaje a Matanzas y lo condujo a Nassau, bautizándolo con el nombre de "Cuba". RAMIRO GUERRA Y SÁNCHEZ: *Guerra de los Diez Años*, tomo I, págs. 159-160.
- (7) ANTONIO PIRALA: Obra citada, tomo I, pág. 768.
- (8) PIRALA: *Anales*, tomo I, pág. 767.
- (9) ENRIQUE COLLAZO: *Desde Yara hasta el Zanjón*, pág. 275.
- (10) MÁXIMO GÓMEZ: *Diario*, págs. 15 y 16.

CAPITULO III

- (1) JAMES D. RICHARSON: *A compilation of Messajes and papers of the Presidents*, volumen VII, págs. 91 y 92.
- (2) JOSÉ IGNACIO RODRÍGUEZ: *Vida del Dr. José Manuel Mestre*, págs. 154 y 155.
- (3) JAMES D. RICHARSON: Obra citada, vol. VII, págs. 91 y 92.
- (4) MANUEL SANGUILY Y GARITTE: *Páginas de la Historia*, págs. 89 y 91.

CAPITULO IV

- (1) JUSTO ZARAGOZA: *Las insurrecciones de Cuba*, vol. II, págs. 524-526.
- (2) ZARAGOZA: Obra citada, pág. 529.
- (3) JUSTO ZARAGOZA: Obra citada, vol. II, pág. 538.
- (4) PIRALA: *Anales*, vol. I, pág. 560.
- (5) ANTONIO PIRALA: *Anales*, vol. II, pág. 104.
- (6) JUSTO ZARAGOZA: Obra citada, vol. II, págs. 588 y 839.
- (7) ANTONIO PIRALA: Obra citada, vol. II, págs. 184-185.
- (8) JUSTO ZARAGOZA: Obra citada, vol. II, págs. 594-595.

CAPITULO V

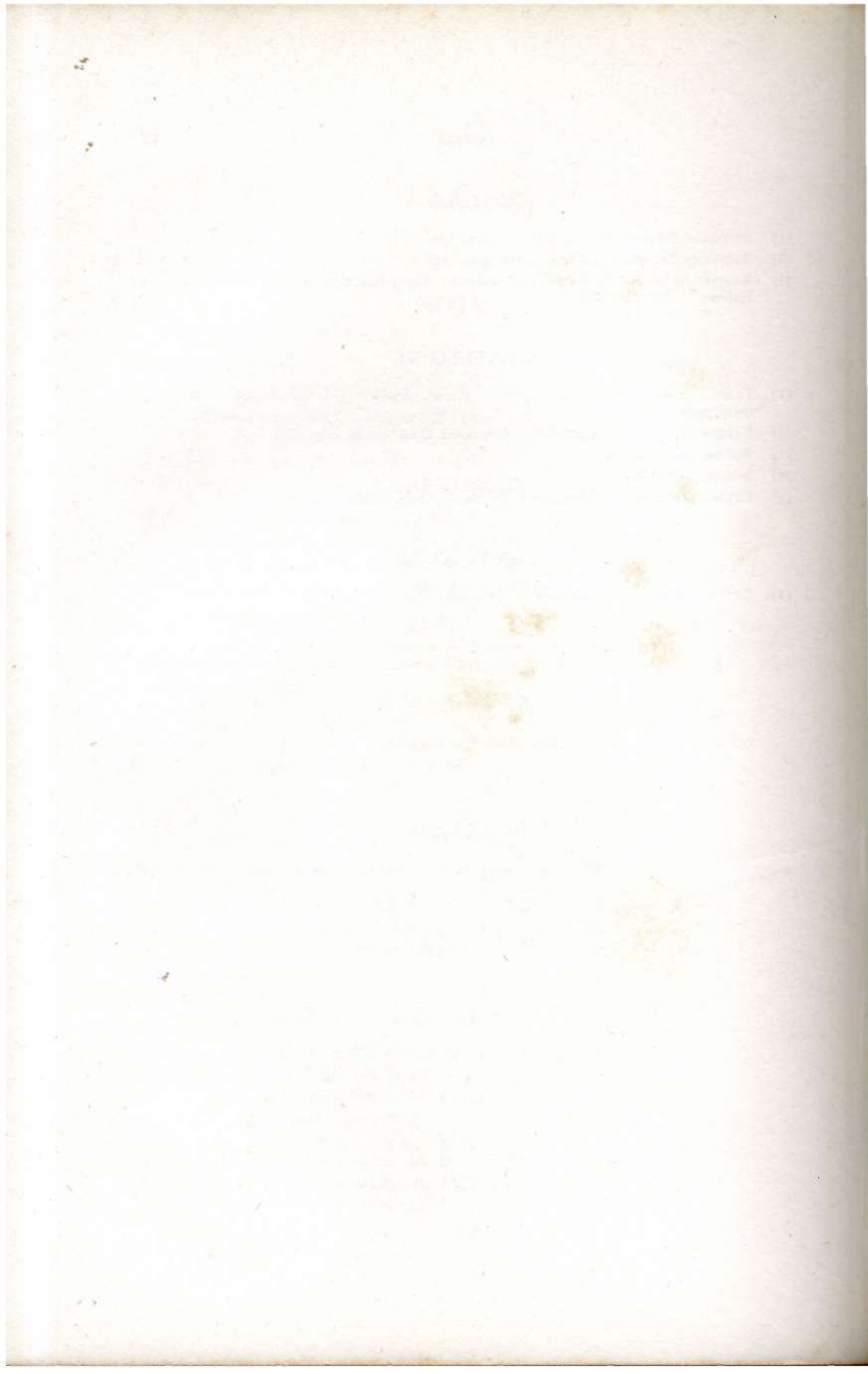
- (1) ANTONIO PIRALA: *Anales*. Vol. II, pág. 318.
- (2) ANTONIO ZAMBRANA: Obra citada, pág. 103.
- (3) RAMÓN ROA: *Con la pluma y el machete*. Compilación y prólogo de Raúl Roa. La Habana, 1950, pág. 172.

CAPITULO VI

- (1) ELADIO AGUILERA Y ROJAS: *Francisco Vicente Aguilera y la Revolución Cubana*. Primera parte, pág. 63.
- (2) CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES Y QUESADA: Obra citada, pág. 239.
- (3) Ibidem, pág. 168.
- (4) Ibidem, pág. 230.
- (5) CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES Y QUESADA: Obra citada, pág. 253.

CAPITULO VII

- (1) CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES Y QUESADA: Obra citada, págs. 259-260.



LIBRO TERCERO

DESDE LA DESTITUCION DE CESPEDES
AL PACTO DEL ZANJON.
PROTESTA DE BARAGUA Y REBELDIA
DE BONACHEA

LIBRARY OF THE

UNIVERSITY OF MICHIGAN

ANN ARBOR, MICH.

1911

1911

CAPÍTULO I

CISNEROS BETANCOURT EN LA CURVA DE LA REVOLUCION. PROBLEMAS MILITARES

AL asumir el poder, el 28 de octubre de 1873, el primer agudo problema con que se enfrentó el presidente Cisneros, motivo de seria preocupación para él, según quedó expuesto, fué la persistente actitud hostil de la Cámara y de algunos de los miembros del Consejo de gobierno contra Céspedes. La agresividad y el propósito persecutorio de la Cámara y de los miembros del Consejo podrían producir, evidentemente, reacciones peligrosas para el gobierno a favor de Céspedes. Este contaba con no pocos simpatizadores entre las fuerzas insurrectas. Caído y deseoso de salir de Cuba, el impedirselo y perseguirlo, sin cesar, sobre carecer de justificación, no podía dejar de ser perjudicial, a la larga, para el gobierno.

Para oscurecerle más el horizonte a Cisneros Betancourt, cuatro días después de haber ocupado la presidencia en Bijagual, el vapor *Virginus*, en su tercer viaje a aguas cubanas, conduciendo una fuerte expedición, que ayudaron a preparar Rafael y Manuel de Quesada, fué capturado entre Jamaica y Cuba por el crucero español *Tornado*. Conducido el *Virginus* a Santiago, los ciento sesenta y cinco tripulantes y expedicionarios capturados fueron sometidos a consejo de guerra verbal, por el brigadier Burriel, gobernador de la ciudad. Condenados a muerte, el día 4 comenzaron los fusilamientos en masa de los prisioneros. La bárbara matanza sólo fué contenida cuando ya habían sido fusilados 53 de los cautivos, debida la suspensión a la enérgica protesta del capitán de la fragata de guerra británica *Niobe*, al mando de Sir Lambton Lorraine, enviada rápidamente a Santiago de Cuba por el gobernador británico de Jamaica, con orden de impedir, con la fuerza si era necesario, la continuación de las ejecuciones. De esta manera, bajo el signo catastrófico de la pérdida de la expedición, necesarísima en aquellos momentos y de la inmolación de numerosos patriotas, comenzaba Cisneros a ejercer la primera magistratura. Como

si el destino quisiese poner de manifiesto la injusticia y la improcedencia de las enconadas persecuciones contra Céspedes, entre los primeros prisioneros fusilados contábase el gobernador de Oriente, Pedro de Céspedes, hermano del depuesto presidente, y el joven Herminio de Quesada, hijo de Manuel de Quesada, testimonio el más elocuente de todos, lo mismo que la propia expedición, de que los Céspedes y los Quesada continuaban sirviendo a Cuba, ofrendándole la vida a la causa de la Revolución. Fusilados también por Burriel, fueron Pedro Figueredo, el autor del himno bayamés, uno de los primeros conspiradores en Bayamo, amigo leal y adicto siempre de Céspedes, el brigadier Bernabé de Varona, el norteamericano O'Ryan, Jesús del Sol, que había peleado en Cienfuegos y en Matanzas, y otros muchos patriotas distinguidos. Dolorosamente impresionado por la catástrofe, Céspedes dirigió una comunicación a Cisneros manifestándole que ante tal desastre apresurábase a ofrecer sus servicios al gobierno en cualquiera forma que éste deseara utilizarlo, si lo tenía a bien, oferta declinada cortésmente por Cisneros Betancourt.

De no menor trascendencia en cuanto a sus efectos inmediatos y a las repercusiones posteriores fueron las cuestiones a resolver por el presidente, de acuerdo con el general Calixto García y otros altos jefes militares con influencia en el nuevo gobierno y en la Cámara, de la división de mandos en Oriente y de la designación de los jefes de los mismos.

Tres mayores generales destacábanse en primera línea al asumir Cisneros el poder en el campo revolucionario. Uno, el mayor general Calixto García Iñiguez, rodeado de jefes y oficiales excelentes con numerosas fuerzas a sus órdenes, en Holguín y en Cuba hasta Guantánamo y Baracoa. Antonio Maceo, jefe de Guantánamo-Baracoa, contaba en el territorio de su mando con jefes, oficiales y tropas veteranas de las mejor armadas, disciplinadas y más distinguidas de Oriente. Otro mayor general de primera fila en Oriente era el tunero Vicente García, que contaba, como su segundo José Sacramento León, con un jefe de Estado Mayor, teniente coronel Modesto Fonseca, valeroso, sensato y capaz, y una oficialidad y soldados aguerridos muy adictos todos a su jefe superior. El tercer jefe, en orden de enumeración, no en importancia, era el mayor general Máximo Gómez, sucesor de Agramonte en Camagüey, con jefes, oficiales y soldados, principalmente de caballería, de los más valerosos, agresivos y disciplinados de la revolución en 1873. Uno de los primeros asuntos a que prestó atención la Cámara fué dejar sin efecto la división de Oriente en dos departamentos militares, mandados al cesar Céspedes por Calixto García y Vicente García,



IGNACIO AGRAMONTE

IGNACIO AGRAMONTE. Hijo predilecto del Camagüey, a quien la posesión de un raro concurso de cualidades y aptitudes singularísimas hizo, desde los comienzos de la guerra, el vocero autorizado y el paladín indiscutido de sus comprovincianos en armas. Martí dijo de él: "Por su modestia parecía orgulloso: la frente, en que el cabello negro encajaba como en un casco, era de seda, blanca y tersa, como para que la besase la gloria... De cuerpo era delgado, y más fino que recio, aunque de mucha esbeltez. Pero vino la guerra, domó de la primera embestida la soberbia natural, y se le vió por la fuerza del cuerpo, la exaltación de la virtud. Era como si por donde los hombres tienen corazón tuviera él estrella. Su luz era así, como la que dan los astros; y al recordarlo, suelen sus amigos hablar de él con unción, como se habla en las noches claras, y como si llevaran descubierta la cabeza". Y Máximo Gómez, juez excepcional, aseguró que "aquel hombre... sólo por sus propios recursos, sin nociones militares de ningún género, juzgo por lo que he encontrado hecho, se había colocado en primera línea entre todos los generales que aquí combatimos y estaba llamado a ejercer grandes, altos destinos en su patria...".

Retrato tomado de la obra *Ignacio Agramonte y la Revolución Cubana*, por Eugenio Betancourt Agramonte, nieto del famosísimo Mayor camagüeyano.

reduciéndolos a uno sólo, con lo que Oriente quedaba bajo una sola autoridad militar, como estaba Camagüey bajo el mando de Gómez. Vicente García, jefe provisional del Cauto, y en particular de Tunas, aspiraba, como Calixto García, más antiguo que éste en el escalafón, a la jefatura total de Oriente. Cisneros y la Cámara, de acuerdo con García Iñiguez, designaron a éste jefe del Departamento de Oriente, a Vicente García Secretario de la Guerra y a Modesto Díaz, mayor general también, para la jefatura, más nominal que real, del Instituto de Inspección del Ejército, creado al efecto. El arreglo, salvó las dificultades del momento, pero indicó una innegable subordinación del gobierno y de la Cámara a las aspiraciones de los militares, las cuales trataron de complacer inútilmente, echando sólo la simiente de graves males futuros. Vicente García, a título de su mayor antigüedad en el escalafón, estimóse preterido, con la agravante de designársele para un cargo desagradable para él, por el doble motivo de ser casi nominales las funciones de la Secretaría y de que le separaba del mando de sus fuerzas de las Tunas, las cuales pasarían a las órdenes del general García Iñiguez. El jefe tunero, consecuente con su manera de ser, aparentó aceptar las decisiones de Cisneros Betancourt y de la Cámara; en el fondo, quedóse profundamente descontento y resentido con el presidente, los legisladores y García Iñiguez, quienes estimó habían procedido, puestos de acuerdo, contra él.

El disgusto de Vicente García no fué el único. El brigadier José de Jesús Pérez, jefe de la parte sur de la división de Jiguaní fué relevado del mando, a causa, evidentemente, de su adhesión a Céspedes, y el mayor general Francisco Javier de Céspedes, hermano del destituido Presidente, el de la división Jiguaní-Bayamo, sustituido por el general venezolano José Miguel Barreto, pasó a las órdenes de éste. Estos cambios en los altos mandos significaron necesariamente otros muchos, de jefes y oficiales. Los pertenecientes al Estado Mayor y a la escolta de Céspedes, fueron incorporados a diversas unidades militares: los tenientes coroneles Francisco Estrada Céspedes, sobrino del exPresidente y Rafael Caymarí, pasaron a mandar batallones a las órdenes de Manuel Calvar; el teniente coronel Fernando Figueredo Socarrás fué destinado a ocupar la jefatura del Estado Mayor del mismo jefe. En conjunto, el cambio de gobierno y la nueva división militar significaron un vasto trasiego de jefes y oficiales, con marcado disgusto de éstos, en la gran mayoría de los casos. Los problemas político-militares del momento parecieron quedar resueltos, si bien fué evidente que echáronse en tierra fértil las semillas de futuros trastornos, de base político-militar, muy semejantes, en el fondo, a los acontecimientos ocurridos en Bijagual.

Sin interrupción el curso de la guerra, en los mismos días en que el presidente Cisneros ocupó su alto cargo, produjéronse, contrapesando un tanto el desastre del *Virginus*, acontecimientos militares favorables a las fuerzas cubanas. En un ataque a un fuerte compamento español en La Zanja, Vicente García alcanzó uno de sus más resonantes triunfos con la derrota del enemigo, y la captura de 200,000 tiros y otro mucho material de boca y guerra. A esta victoria agregáronse las del mayor general Gómez en La Sacra y Palo Seco. La primera, el 7 de noviembre de 1873, contra una columna española, fuerte de 1,500 hombres, de las tres armas; la segunda, más decisiva y resonante, el dos de diciembre, combate en el que fué totalmente aniquilada una columna al mando del teniente coronel Vilches en una furiosa carga. Hicieron los cubanos 70 prisioneros, entre ellos un comandante segundo jefe de la columna y cinco oficiales; sobre el terreno quedaron muertos 300 españoles, entre éstos el jefe de la columna, varios otros jefes y casi todos los oficiales. Los cubanos ocuparon 208 rifles, 12,000 cápsulas, 57 caballos equipados, medicinas, ropas, machetes, provisiones, etc.

Los combates adversos, produjéronse con motivo del ataque dirigido por el mayor general Calixto García Iñiguez contra Manzanillo, de otras varias operaciones subsecuentes en las zonas de Manzanillo y Bayamo y sobre todo de un asalto desastroso para los cubanos del poblado de Santa Rita, jurisdicción de Jiguaní. En compensación de estos fracasos, García Iñiguez infligió el 5 de diciembre, 1873, una fuerte derrota al brigadier español Esponda en Los Melones, jurisdicción de Holguín, teatro de los mayores triunfos del jefe cubano.

Los sangrientos desastres de los ataques a Manzanillo y Santa Rita en los cuales los cubanos, llevando a su frente a Antonio Maceo, Flor Crombet y otros no menos valerosos jefes y soldados, bajo la dirección superior del general García Iñiguez lograron atravesar las líneas exteriores de las fortificaciones entre fuerte y fuerte y penetrar en el interior de ambos poblados para ser rudamente batidos, pusieron una vez más de manifiesto que sin artillería para derribar los fortines y sin fusiles ni municiones en cantidad bastante para dominar el fuego de la tropa española protegida por trincheras, reductos y cuarteles de gruesos muros aspilleros, todo asalto habría de resultar infructuoso, rechazado al fin y al cabo con bajas de muertos y heridos imposibles de reponer en el campo cubano. Faltaban todavía 16 años para que el capitán, más tarde almirante de los Estados Unidos, Alfred Thayer Mahan publicase su obra *La Influencia del Poder Naval en la Historia*, 1860-1873, en la que señaló el papel decisivo de la Marina en las guerras, desde los tiempos más remotos. En Cuba el hecho estaba po-

niendo de manifiesto de que el bloqueo total de las costas de la Isla por la Armada española, sin recibir los cubanos armas, municiones ni refuerzos, no podría dejar de decidir a la larga la lucha a favor de España.

En 1874, infructuosos los esfuerzos anteriores de invasión de Occidente, casi agotado totalmente Camagüey, muy quebrantado y escaso de recursos de boca y de guerra Oriente, sin poder reemplazar con un nuevo recluta cada baja cubana en el constante combatir con el enemigo a ninguno de los funcionarios del gobierno de Cisneros podía escapársele que si no se lograba encender de nuevo la guerra en Las Villas, llevarla a Matanzas para destruir la gran riqueza azucarera de la región hasta las mismas puertas de la Habana, llegaría el momento en que la situación se haría insostenible para los cubanos. Una de las grandes preocupaciones del gobierno de Cisneros a causa del motivo expuesto, fué el llevar adelante el plan de invasión de Las Villas, tan urgente para la nueva situación política como la división de mandos en vigor a principios de 1874.

La presencia del mayor general Máximo Gómez en Camagüey librando acciones tan resonantes contra el enemigo como las de La Sacra y Palo Seco, decidido partidario como era de la invasión de Occidente, constituía ya un paso preparatorio de la misma, aún cuando Gómez no podía llevarla adelante sin recibir refuerzos considerables de veteranos de Oriente. Céspedes no hubiera podido proporcionárselos en las condiciones en que se hallaba en 1873, pero Cisneros, no gastado todavía en la Presidencia, sí podía hacerlo. En los primeros meses del gobierno de Cisneros los jefes militares y la Cámara sentíanse inclinados en su mayoría a prestarle el apoyo posible para en buen éxito de su empresa.

No obstante la buena disposición hacia Cisneros, no fué fácil reunir el contingente de no menos de 500 veteranos de Oriente bien armados y mandados por jefes de la más alta capacidad, estimados indispensables. El general García Iñiguez, a quien en su condición de jefe superior de Oriente correspondía proporcionarlos, no obstante su marcada frialdad respecto del proyecto de invasión, logró reunir 400 hombres de infantería tomados de las Divisiones de Cuba y Holguín, al mando superior de Antonio Maceo, con jefes y oficiales de reconocido valor y experiencia a sus órdenes. El 30 de enero, Gómez reunióse con el Gobierno y la Cámara en San Diego, jurisdicción de Tunas, donde García Iñiguez hízole entrega de la columna expedicionaria "400 hombres escogidos, armados con Remingtons de fino calibre, y 100 carabinas adicionales para armar otros tantos más".

En marcha durante largos días a través de un extenso territorio en Oriente rumbo a Camagüey, mientras el general Gómez concentraba a su vez las fuerzas camagüeyanas con el propósito de formar una poderosa columna de infantería que se sumase al contingente oriental, y de caballería bien montada con la cual romper a través de la Trocha, no podía pasar inadvertida para el mando español ni de dejar rastros muy visibles. El brigadier Sabas Marín telegrafiaba la dirección de dicho rastro a Portillo, jefe superior de Camagüey, informándole que el brigadier Esponda seguía a las tropas insurrectas y trataba de darles alcance. El jefe español de Camagüey disponía de dos brigadas mandadas por jefes de larga experiencia en la guerra de Cuba, los aguerridos brigadieres Armiñán y Báscones, con jefes, oficiales y soldados veteranos de las tres armas, infantería, artillería y caballería. Gómez no sólo contaba con la infantería oriental. En Camagüey había logrado organizar una fuerza numerosa de infantería villareña bien provista por primera vez de armamento y municiones, al mando directo de un jefe de Las Villas de su entera confianza, el coronel José González Guerra.

El 1º de febrero, con parte de la columna expedicionaria, el Gobierno, la Cámara y los generales Vicente García y Modesto Díaz, Gómez se movió adelante, al oeste. De hecho, la invasión acababa de ponerse en marcha. Al siguiente día Gómez despachó al coronel Gregorio Benítez a recoger cierta cantidad de parque pendiente de ser entregada por el general García Iñiguez, y el 5, mientras permanecía en espera, se le incorporó el general Julio Sanguily con fuerzas de caballería camagüeyana. El citado día, teniendo a sus órdenes 400 hombres de infantería y 200 de caballería, Gómez recibió de sus exploradores, sobre las cuatro de la tarde, la información de que el enemigo hallábase a una legua de distancia con más de 2,000 hombres de las tres armas. Otros exploradores destacados inmediatamente, regresaron poco después con la información de que el enemigo estaba acampado, en disposición, aparentemente, de moverse en cualquier momento. Tratabase de la primera columna destacada por el general Portillo desde Puerto Príncipe para impedir la invasión villareña, batiendo las fuerzas insurrectas en el territorio camagüeyano. En la mañana del 10, el jefe español, brigadier Báscones, llevando como segundo al brigadier Armiñán, movió sus tropas contra el campamento de Gómez, que lo aguardó a pie firme en la posición escogida por él. Prolongado el combate durante todo el día, sin poder Báscones desalojar a Gómez de su posición, el 11, ya a la defensiva el jefe español, prosiguióse la enconada lucha de la mañana a la noche. En la oscuridad de ésta, Báscones

se pronunció en retirada, rumbo a Moja Casabe, hostilizado por Gómez quien, anotó en su *Diario*, vióse obligado a suspender la persecución por habérsele agotado el parque. Según el parte de Gómez, Báscones dejó 100 muertos sobre el campo, llevó más de 200 heridos y perdió armas y caballos. Estas pérdidas fueron un alto precio pagado por un golpe paralizador descargado por el mando español con miras estratégicas bien determinadas sobre las fuerzas cubanas en marcha a Las Villas.

Un testigo presencial y actor en el combate, el coronel e historiador Fernando Figueredo Socarrás, consignó en su obra varias veces citada, *La Revolución de Yara*, página 37, que el campo de la acción en El Naranjo quedó sembrado de cadáveres. Toda la caballería española, jinetes y caballos, estaba en tierra. La victoria había sido completa, pagada a un alto precio por los cubanos. Confundidos con los cadáveres o heridos españoles, yacían sobre el campo los de los cubanos. La oficialidad del contingente oriental quedó casi en su totalidad fuera de combate. Ante aquel cuadro desgarrador, desesperábase el general Gómez. Guillermo Moncada, Flor Crombet, los hermanos Vega, Ramón Martínez Freyre, Miguel Palacio y un gran número de jefes y oficiales compañeros de los mismos, estaban heridos más o menos gravemente. El hospital de sangre al terminar la batalla de El Naranjo, obtenía 150 camillas, en su mayor número los heridos, jefes y oficiales del contingente oriental.

Sobre la acción de El Naranjo, como sobre la de las Guásimas, librada poco después, en la cual tomaron parte cerca de 8,000 hombres, veteranos fogueados y endurecidos de un lado y del otro, mandados por jefes de gran valor, capacidad y experiencia, verdadera batalla en pequeño, se ha escrito mucho por militares, comentaristas e historiadores de ambos bandos en razón de la magnitud de los dos dramáticos y decisivos episodios y de los grandes resultados estratégicos de los mismos. El objetivo español en El Naranjo y Las Guásimas, era el de paralizar e impedir la proyectada invasión de Las Villas por Gómez. Al jefe cubano no se le escapaba el conocimiento de este hecho, de manera que muchas veces ha surgido la duda respecto a qué motivos o qué razones movieron al general Gómez a aceptar el costosísimo combate de El Naranjo y después el más largo y costoso de Las Guásimas, prolongado por el jefe cubano. Las conclusiones de los críticos militares pueden ser éstas o aquéllas. A distancia en el tiempo, el historiador aprecia los hechos globalmente, toma en cuenta muy variados órdenes de motivos, no todos militares, y llega a conclusiones más o menos valederas. Es evidente que dados su carácter, su manera

de ser y sus ideas, el general Gómez no se hallaba a gusto, ni a sus anchas en plena libertad de acción, para guiarse sólo por su criterio militar, con la presencia en su campamento situado el enemigo a corta distancia, del Presidente Cisneros, su Consejo de Gobierno y la Cámara. Sentíase observado de cerca, mediatizado, perturbado en sus determinaciones por la compañía de tan numeroso y alto elemento civil, poder supremo de la revolución. En una larga campaña, el retirarse una y otra vez ante el enemigo, ha puesto siempre a prueba a los más aguerridos, sagaces y geniales jefes militares. Maestro en eludir hábilmente los choques cuando lo consideraba indispensable, Gómez no lo hizo nunca sino para asestar un golpe contundente al enemigo a la mayor brevedad. No batir al español, teniendo en sus manos en El Naranjo y en Las Guásimas el instrumento efectivo para hacerlo era ya sin duda un fuerte conflicto mental para Gómez, el empleo de una táctica a la que no se inclinaba sino en casos de extrema necesidad. Ceder el campo en El Naranjo y en Las Guásimas, sin entrar previamente en explicaciones dilatorias con los altos poderes del Estado presentes, era algo fuera de orden, de imposible realización para él. Hay evidencias históricas de que con el enemigo acampado todavía a dos leguas de distancia en El Naranjo, lo que posiblemente le permitía la retirada, Gómez sintióse dudoso respecto a aceptar o no un combate del cual podía depender la demora o el fracaso de la invasión. Conferenció con el Presidente Cisneros y con la Cámara, al objeto de oír el parecer del Gobierno, hecho que testifica su estado de duda, paso dilatorio totalmente inútil. El Presidente y los legisladores se excusaron y se abstuvieron de opinar. Era el general Gómez, bajo su exclusiva responsabilidad, dijéronle, quien tenía plena libertad para decidir. Dadas las condiciones de carácter del general Gómez, de la comprometida situación de un jefe en circunstancias como las suyas y de la psicología corriente del militar, la respuesta del jefe del Ejecutivo y de la Cámara, echando sobre Gómez toda la responsabilidad, equivalía a lanzar a éste al combate. Así lo entendió Gómez evidentemente y de acuerdo con esa creencia determinó su conducta.

El gran consumo de parque y el extraordinario número de bajas sufridas en El Naranjo no indujeron a Gómez a interrumpir sus planes de invasión. Del 11 de febrero al 5 de marzo, el general prestó atención al traslado de los numerosos heridos a lugares apartados en los que pudiera atenderse a la curación y alimentación de los mismos en condiciones de seguridad, cuestión sagrada para él, y a tratar de concentrar y municionar en la medida de lo posible, fuerzas suficientes para continuar la marcha al oeste. Cumplidos ambos deberes, el 7 de marzo

púsose en marcha con 600 infantes y 150 caballos, el Gobierno, la Cámara y los generales Vicente García y Modesto Díaz, pertenecientes al Gobierno por los cargos por ellos ocupados. Proseguido el avance, el 10 incorporósele la División de Las Villas y el brigadier Suárez al frente de su columna. Disponía ahora Gómez de 1,000 infantes y 300 caballos, gente aguerrida y bien mandada toda. Al romper la marcha el día 15, recibióse aviso de que el enemigo hallábase en Jagüey de San Pedro, a cinco leguas de distancia. Destacados suficientes exploradores para observarlo, regresaron con la información de que una poderosa columna española de las tres armas estaba en marcha rumbo a Las Guásimas. Tratábase de un segundo intento de Portillo para batir a los cubanos y frustrar los proyectos invasores de Gómez. Dudo como en El Naranjo, el general Gómez corrió, dice el coronel Fernando Figueredo Socarrás, testigo presencial de los hechos, a consultar al Presidente Cisneros y a los legisladores. Cabe colegir que la actitud de éstos sería la misma que la de El Naranjo, puesto que el general Gómez procedió inmediatamente a planear el combate y distribuir sus fuerzas con su certero golpe de vista.

El hecho de que los altos poderes del Gobierno rehusaren opinar en dos casos en que no se trataba de un mero combate más o menos fuerte y sangriento como otros muchos, sino de un choque de posibles consecuencias decisivas adversas en una campaña de largo alcance, preparada y dirigida hasta aquel momento por el Gobierno con fines no sólo militares sino de alta política gubernamental, parece haber estado determinado por un propósito altamente censurable, de eludir sus propias responsabilidades. De todos modos, es necesario considerar también cuestiones militares complejas, entre otras, las de si Gómez hubiera podido aunque así lo quisiese, eludir el combate, permitiéndole al enemigo atacarlo en malas condiciones para él y la de si resultaba hacedero o prudente dejar a su retaguardia, continuando el avance, fuerzas enemigas poderosas sobre su rastro, lo que les facilitaría combinar su acción con las tropas españolas de la trocha y de Las Villas.

La historia militar enseña que en las decisiones más cuidadosamente planeadas de los jefes de los ejércitos y en los resultados de las mismas, entra en juego siempre el azar, combinación de factores imponderables, debidos a la falibilidad humana o a causas naturales imprevisibles, no sujetas a rígidas leyes precisas. El hecho final, lamentable para Gómez y el Presidente Cisneros, fué que destrozadas y con grandes bajas las columnas españolas en El Naranjo y Las Guásimas, acciones libradas en menos de 30 días de separación, la invasión villareña quedó impedida, objetivo de Portillo y de los ejecutores de sus planes, los briga-

dieres Báscones y Armiñán, derrotados en el orden táctico, victoriosos en el estratégico. En efecto, rodeada y sitiada en el potrero Las Guásimas la brigada al mando de Armiñán, en una masa compacta, blanco inmóvil de la fusilada constante cubana durante los días 16 y 17, sufrió bajas en enorme proporción, sin atreverse a moverse del lugar, ni aún para emprender la retirada. El 18, otra fuerte columna española de socorros, procedente de la capital principense al mando de Báscones, logró arribar al lugar de la tragedia. Unidos en horas de la noche ambos brigadieres, emprendieron juntos la retirada a Puerto Príncipe en la mañana del 19, abandonándole el campo a Gómez. Este consignó en su Diario, página 57: "Mis tropas muy fatigadas y el parque consumido. Me retiro a Jimaguayú; allí descanso y organizo; me ocupo ahora en colocar mis heridos. He tenido 29 muertos, 28 heridos graves y 109 leves. Las bajas del enemigo, 1,037 muertos y heridos, según informes". Siete días más tarde, Gómez anotó en su Diario que el movimiento de la invasión podía sufrir algún retraso a causa del combate de Las Guásimas, pero que él no desmayaba en su propósito; que iba a ayudar al Gobierno a vencer las dificultades que se presentaban.

Separado ya del Gobierno, el general Gómez ofició a éste dándole cuenta de los inconvenientes con que había tropezado para llevar a cabo la invasión de Las Villas que, declaraba, proponíase llevar a cabo por su propia cuenta, pues mientras el Gobierno tomase la iniciativa en el asunto no podía contarse con el secreto que exigía un movimiento de tal naturaleza. El Ejecutivo y la Cámara contestáronle en términos severos, ordenándole que se abstuviera de emprender la invasión sin estar autorizado previamente por el Gobierno.

Entrada a fines de mayo la estación de las lluvias con copiosos aguaceros, quedaron suspendidas las operaciones de las columnas españolas. Gómez sostuvo las suyas en actividad, tanto para mantener ocupado el contingente de Oriente como para proveer a éste en asaltos a Nuevitas, Cascorro, Sibanicú y otros lugares, de vestuario, subsistencia y otros elementos. Sufrió bajas, pero "obtuvo un gran botín". En 22 de noviembre, ya al principio del período de la seca, Gómez ocupóse en preparar el plan de invasión de Las Villas, moviendo sus fuerzas en Camagüey en diversas formas para despistar y desorientar a los españoles. La columna invasora preparada por Gómez sumaba 314 caballos de Camagüey, 150 de Las Villas y 700 infantes villareños también, fuerzas muy inferiores a las reunidas en Las Guásimas. El 2 de enero Gómez reunió en consulta a los principales jefes de las tropas bajo su mando, les comunicó su proyecto de invasión no obstante las instrucciones en contrario que tenía del Gobierno y les expuso el plan que se

proponía seguir. Si se esperaba la autorización del Presidente Cisneros y con ésta los auxilios que creía poder enviar recibiendo del extranjero, pasaría el tiempo y la invasión se frustraría por segunda vez. De acuerdo los jefes con Gómez, el 4 de enero pusieron en marcha los invasores sigilosamente divididos en dos columnas. El teniente coronel Cecilio González cruzaría la trocha con 100 infantes por el centro, Gómez con el resto de las fuerzas por el sur. En la noche del 6 efectuóse el doble cruce con exacta sujeción a los planes de Gómez. La mañana del 7 lo encontró en Las Villas.

CAPÍTULO II

INDISCIPLINA POLITICO-MILITAR EN ORIENTE. DEBILIDAD DEL GOBIERNO DE CISNEROS. CAIDA DE ESTE

MIENTRAS Gómez se lanzaba a su audaz intento de llevar la guerra a Las Villas y Occidente, desde días antes del combate de Las Guásimas corríanse rumores de conspiración contra el Gobierno en Oriente y de brotes de indisciplina militar.

La primera noticia de fuente oficial autorizada fué comunicada por el general García Iñiguez, en carta de 3 de marzo, 1874, al representante a la Cámara Ramón Pérez Trujillo. Algunos elementos militares descontentos, informaba García Iñiguez, tramaban una conspiración con el propósito de deponer al Presidente Cisneros, relevarlo a él del mando superior de Oriente sustituyéndolo por el general Vicente García, y llevar adelante otros cambios más. García Iñiguez, quien decía no creer que Vicente García estuviese mezclado en el asunto, había comenzado a actuar oficialmente al objeto de contrarrestar y eliminar de manera inmediata el peligro. De la trama se le había dado cuenta el mismo día en que escribía la carta. Tenía su centro en Tunas, ya en acción algunos de los promotores. Un comandante y un coronel de las fuerzas tuneras, Juan Ignacio Castellanos el primero, y Acosta, un venezolano, el segundo, habían dado los primeros pasos para sublevar algunas tropas contra el orden constitucional. En el mismo cuartel general de García Iñiguez el comandante Castellanos había logrado seducir algunos números. A tres leguas de distancia, en el campamento del escuadrón de Tunas, Castellanos persuadió a esta unidad a que se declarase también en rebeldía. Confirmada la versión de los hechos, el general García Iñiguez ordenó sin pérdida de momento al teniente coronel Limbano Sánchez que arrestase al comandante sedicioso. Limbano Sánchez habíase adelantado ya a actuar contra Castellanos, que fué muerto por el piquete de seis hombres encargado de detenerlo. Los promovedores de la trama decían contar con mucha gente no sólo en Oriente y Tunas, sino en Camagüey y Las Villas también. Si el

Gobierno no se sentía seguro en Camagüey, podía trasladarse a Oriente, pues él, García Iñiguez, estaba dispuesto a ahogar en sangre si fuese necesario cualquier motín militar que se intentase.

La muerte del comandante Castellanos, dada la forma en que se produjo, provocó una fuerte conmoción de desagrado en Tunas, en otras partes de Oriente y en Camagüey. Graves cargos de asesinato de Castellanos y del coronel Acosta lanzáronse contra el teniente coronel Limbano Sánchez con imputaciones severas también contra el mayor general García Iñiguez.

Apreciada por éste la peligrosa agitación existente en Tunas, distrito en el cual no había hecho acto de presencia después de haber sido nombrado jefe de Oriente, García Iñiguez propúsose pasar a Tunas para mantener la disciplina y el orden. Con fuerzas de la brigada tunera y de Holguín, ya en marcha para llevar adelante su plan reorganizador, acampado en Yariguá, recibió en las primeras horas de la noche la información confidencial de que el teniente coronel de las fuerzas tuneras, José Sacramento León, acampado a unas dos leguas del cuartel general, reunía gente de la brigada para desconocer la autoridad del general García Iñiguez. Dispuestos estaban todos los tuneros, declaraba el teniente coronel rebelde, a hacer uso de las armas para sostener sus pretensiones de que volviese a mandarlos su antiguo jefe, el mayor general Vicente García, Secretario de la Guerra. El primer impulso del indignado jefe superior de Oriente fué acudir con sus fuerzas en castigo de los amotinados; contúvose ante el hecho de que éstos ganaban prosélitos por momentos, y que habría de producirse fuerte derramamiento de sangre entre cubanos para poder reprimir la sedición. Propalada la noticia en el distrito holguinero y en el cuartel general, de la rebeldía de Sacramento León, todas las tropas tuneras abandonaron a García Iñiguez y se unieron a los amotinados. La alarma del Gobierno ante tales noticias fué grande. El Presidente Cisneros requirió al general Vicente García, cuyo segundo era el teniente coronel Sacramento León, para que se dirigiese inmediatamente a Tunas y obligase a los amotinados a someterse al orden y a la disciplina, en estricta obediencia al jefe superior del Departamento. Alegando diversas excusas, el Secretario de la Guerra eludió cumplir el mandato del Presidente, sin que se tomase medida alguna por el momento. Ante la pasividad del Gobierno y la impropia actitud del general Vicente García, miembro del Gabinete, el mayor general García Iñiguez vióse forzosamente obligado a retirarse a su jurisdicción de Holguín. El Gobierno hallábase ante un gravísimo conflicto, por consiguiente. De primera intención, el Presidente Cisneros pareció dispuesto a proceder

con toda energía, actitud muy extraña en él. Cincuenta hombres armados, con el coronel Sacramento León a la cabeza, habían comparecido ante el Gobierno, portadores de una exposición en la que se denunciaban los asesinatos de Castellanos y de Acosta y se solicitaba la separación del mayor general Calixto García Iñiguez, a quien se imputaban responsabilidades en los hechos, del mando en Tunas.

Un correo portador del parte-acusación del jefe superior de Oriente contra el teniente coronel León, cruzóse en su trayecto a Camagüey con otro correo del Gobierno, portador de una comunicación del Secretario de la Guerra al mayor general Calixto García Iñiguez, informándole de orden del Presidente Cisneros que el teniente coronel León y sus compañeros que habían acudido al Ejecutivo, quedaban a disposición del jefe de Oriente para ser juzgados con arreglo al código militar. La energía del Gobierno al dictar una orden que resultaba ser de extrema severidad, aplaudióse en el cuartel general oriental, pero dos días más tarde, recibióse otro despacho del Gobierno dando cuenta de que la Cámara de Representantes había concedido amnistía a los amotinados de las Tunas, a virtud de lo cual todos los sediciosos quedaban, como antes de producirse el motín militar, a las órdenes del general García Iñiguez en el mismo teatro de los acontecimientos. Al dejarse impune la sedición, la opinión general fué que era prueba de una manifiesta debilidad del Gobierno, la cual habría de conducir al quebranto de la disciplina en general del Ejército Libertador.

Vuelto a su jurisdicción de Holguín, después de su fracaso de represión en Tunas, el mayor general García Iñiguez concibió y planeó una serie de operaciones sobre distintos lugares y zonas de Holguín, Jiguaní y Cuba. Diferida la invasión de Las Villas a fines de abril, el contingente oriental regresó a Oriente con gran satisfacción de todos los miembros del mismo y del jefe superior del Departamento, quien les permitió algún descanso a los fatigados veteranos con sus familias, de las cuales habían estado separados durante meses. En los combates a que dieron lugar las operaciones mencionadas la fortuna favoreció poco a los cubanos, para terminar con un sangriento desastre cerca de Baire, poblado que se proponía atacar el general García. En marcha de la zona de cultivo de Baire donde había procedido a forrajear una crecida cantidad de convoyeros, protegida por una fuerte escolta, en regreso ya con su carga para el campamento del general García, fué atacada inesperadamente por una fuerte tropa de caballería al mando del tristemente célebre coronel Tizón, jefe de guerrillas, cuya caballería cargó sobre los convoyeros haciendo horrible matanza entre ellos. El pro-

yecto de ataque a Baire tuvo que suspenderse y las fuerzas cubanas concentradas volvieron a sus departamentos respectivos.

El mayor general García Iñiguez tuvo un motivo más de fuerte preocupación. El general José Manuel Barreto, jefe de Manzanillo, informó oficialmente que un comandante español, en funciones de fiscal en Manzanillo, le había sometido proposiciones de paz de sus jefes superiores por conducto del agente secreto de la revolución en Manzanillo Esteban de Varona. Había celebrado Barreto dos conferencias con el citado comandante, a quien acompañaba el agente cubano. El, Barreto, había enviado al Gobierno de Camagüey los documentos referentes al asunto, lo cual hizo igualmente el general García Iñiguez, quien en cumplimiento de su deber y temeroso de lo que pudiera significar el intento español, decidió trasladarse inmediatamente a la zona de Bayamo.

Las proposiciones de paz eran una maniobra oscura, de carácter local, con un propósito difícil de determinar, no favorable a la revolución ciertamente. Acompañado sólo de una escolta de unos 40 hombres de su confianza, ya en la jurisdicción bayamesa, el general García Iñiguez acampó en San Antonio de Baja, a dos leguas de Veguitas. Entregado a un corto descanso con sus ayudantes y algunos soldados y oficiales mientras la mayoría de la escolta marchaba a recoger viandas a un lugar no distante, un oficial español de las tropas de guarnición en Veguitas, de recorrido en la zona, donde las operaciones cubanas no eran muy activas, descubrió el rastro dejado en su marcha por el general García Iñiguez, siguiólo con cuidado hasta las avanzadas del campamento de San Antonio de Baja en horas adelantadas del mediodía, sorprendió una guardia y se lanzó sobre el grupo formado por el general García Iñiguez y el corto número de sus compañeros, tomados enteramente por sorpresa. Viendo caer en torno suyo el escaso número de sus acompañantes, antes que caer prisionero, el general disparóse bajo la barba la última bala de su revólver, que le salió por la frente causándole una gravísima herida. Identificado por el oficial español captor, fué conducido casi moribundo a Manzanillo y trasladado inmediatamente a Santiago de Cuba de orden del jefe superior de Oriente, Sabas Marín, se le ingresó en un hospital y se atendió a su curación, celebrada por los españoles como una gran victoria.

Eliminado el mayor general Calixto García Iñiguez, la revolución recibió un terrible golpe, no menos funesto en sus efectos inmediatos y posteriores, que la caída de Ignacio Agramonte en Jimaguayú. Con Gómez en Camagüey, firme en su propósito de invadir Las Villas, García Iñiguez no podía ser sustituido sin desventaja en Oriente en 1874.

Sólo el general Antonio Maceo hubiera podido ocupar el vacío dejado por García Iñiguez, en cuanto a dotes de mando, valor insuperable, autoridad, ascendiente personal sobre las fuerzas a sus órdenes, y seguro golpe de vista para dirigirlas en los incesantes combates contra el enemigo. Pero a Maceo no se le consideraba todavía, ni se consideraba él mismo en condiciones de ocupar el alto cargo, aparte de hallarse en Camagüey retenido por Gómez para su proyecto de invasión villareña. El mayor general Vicente García adelantóse a aprovechar su posición de Secretario de la Guerra junto al Presidente Cisneros, para lograr de éste que le designase inmediatamente jefe en comisión de todo Oriente, cargo que en las mismas condiciones de interinidad hubiera pasado reglamentariamente al mayor general Manuel Calvar, segundo de García Iñiguez. La pronta resolución del Gobierno de designar al Secretario de la Guerra jefe superior de Oriente, hirió la susceptibilidad del general Calvar, quien en privado quejóse amargamente del proceder del Gobierno.

Muy grave la situación de las fuerzas cubanas en el Departamento Oriental y en todo el campo revolucionario, pero particularmente en Oriente, Cisneros y la Cámara viéronse obligados a abandonar su cómoda y tranquila estancia en Camagüey después del aplazamiento de la invasión de Las Villas, para trasladarse a Oriente en pleno período de las lluvias, paralizadas las operaciones militares.

Cisneros, después de conferenciar con Calvar en la línea divisoria entre Tunas y Holguín, estimó necesario trasladarse a la zona de Bayamo para informarse sobre el terreno de la situación prevaleciente en las zonas de Bayamo y Manzanillo y del carácter de los tratos de Barreto con el enemigo. Informado de todos los antecedentes que le fué posible reunir, regresó a Tunas, completa la formación del escalafón del Ejército, objeto de su atención durante no corto tiempo. Las disposiciones dictadas por el jefe del Ejecutivo en la región tunera fueron de vasto alcance sobre las cuestiones militares, esencialmente. Suspendió al general Barreto del mando de la Primera División, con traslado a Camagüey o a Las Villas. Unió a Bayamo con Holguín y Jiguaní para formar una primera División al mando del general Calvar y desvanecer el descontento de éste. Con Cuba y Guantánamo formó otra División al frente de la cual puso al brigadier Antonio Maceo, llamado de Camagüey para reforzar la situación en Oriente. Además, con el propósito de evitar nuevos problemas en la zona de Bayamo, dispuso que el Dr. Miguel Bravo y Senties, considerado como un fuerte opositor del Gobierno, pasase a Camagüey a ocupar el puesto de Jefe de Sanidad Militar en una división camagüeyana. Los esfuerzos del Presidente re-

sultaron infructuosos para sacar a Barreto y a Sentíes de la zona bayamesa; uno y otro, con diversas excusas, aplazaron el cumplimiento de la orden superior. Cisneros ordenó además que los jefes de las brigadas de Guantánamo y Bayamo, brigadier Juan Ruz y coronel Leonardo Mármol permutaran sus cargos, a fin de alejar a Mármol de la jurisdicción bayamesa. Finalmente, para completar la organización de Oriente con arreglo a sus miras, designó para mandar la brigada de Cuba o del Sur, de la cual había sido jefe durante largo tiempo el brigadier José de Jesús Pérez, hasta que fué relevado después de la destitución de Céspedes, al coronel Emilio Noguera.

Acampado en Barajagua, zona estratégica de campamentos cubanos, preparado ya el Gobierno a dar por terminada su visita a Oriente y volver a Camagüey, recibióse por el Ejecutivo la inesperada noticia de que el general Gómez al frente de las fuerzas villareñas y de parte de las de Camagüey, había cruzado la trocha en la noche del 6 al 7 de enero de 1875 e invadido Las Villas. Al recibo de tal noticia el Gobierno púsose en marcha forzada inmediatamente con rumbo a Camagüey.

En la certidumbre de que el mando español concentraría y lanzaría sobre él todas las fuerzas de que pudiera disponer, Gómez despachó un jefe de su confianza a Camagüey para comunicarse con el Gobierno, al cual informaba de la forma en que había cruzado la Trocha, de los motivos que le habían inducido a hacerlo, y de la necesidad de ser reforzado con infantería oriental, como en el frustrado intento del año anterior. El Ejecutivo iba a tropezarse con dificultades mucho más considerables esta vez. El nuevo jefe de Oriente, designado ya en propiedad, mayor general Vicente García, había sido siempre decididamente opuesto a la invasión de Las Villas; el jefe tunero había emitido invariablemente su voto contrario a los planes de invasión. Era difícil, sin embargo, que el general Vicente García se negase en redondo a enviar refuerzos, tanto por su respeto y amistad al general Gómez como por la alta distinción recibida del Gobierno al designarlo para el mando superior de Oriente, y por el desastroso significado que tendría una derrota de Gómez en Las Villas seguida de un nuevo abandono forzado de la región a los españoles. Sin embargo, produjéronse acontecimientos que le facilitaron al jefe tunero la manera de aplazar el cumplimiento de la formación de un contingente oriental sin desobedecer abiertamente la orden del gobierno ni negarle al general Máximo Gómez el auxilio que éste solicitaba con urgencia. Los hechos fueron los siguientes. En el mes de febrero de 1875, cuando se planteaba la cuestión del refuerzo inmediato a Gómez, Vicente García tenía

planeado el ataque por sorpresa a un gran convoy que el enemigo preparaba en Cauto El Embarcadero para abastecer todos los campamentos españoles de Bayamo y Jiguaní. El mayor general Vicente García necesitaba concentrar gran número de tropas cubanas de diversas divisiones, en su condición de jefe superior de Oriente, entre ellas las que se hallaban al mando del general Calvar. Al dictar las órdenes para efectuar la concentración citada, bien para proceder con mayor rapidez, o por motivos de otra clase, las órdenes a las fuerzas de la división de Manuel Calvar en diversas zonas, se les dirigieron directamente, hecho que constituía una infracción de la disciplina y que Calvar consideró un acto de desconsideración a su persona como jefe de la primera división de Oriente. Para que no se le imputase el haber creado dificultades a una operación militar de importancia para la Revolución, el general Calvar ordenó firmemente a los jefes subordinados que se dirigieron a él en consulta, que cumpliesen estrictamente las órdenes del mayor general Vicente García. Al propio tiempo, dirigió una comunicación oficial de protesta a éste, junto con la cual le remitió, para que le diese curso ante el Gobierno, su renuncia a la jefatura de la primera división. Calvar manifestaba haber entregado el mando de la división al jefe a quien correspondía, de acuerdo con las disposiciones vigentes, y marchaba a Camagüey a presentar su queja personalmente al Gobierno, un nuevo conflicto, como otros muchos anteriores, planteósele al presidente Cisneros, de carácter puramente militar, en Oriente. Arribado Calvar en 29 de febrero a la residencia del Gobierno, el mayor general Luis Figueredo, Secretario de la Guerra al cesar en el cargo Vicente García, hízole saber que en poder del Gobierno obraba una comunicación de éste quejándose de la conducta de Calvar como subalterno.

El presidente Cisneros, inclinado siempre a arreglos del momento, cualesquiera que fuesen las consecuencias posteriores, deseoso esta vez de asegurar el envío a Gómez de los refuerzos por él solicitados, entendió que procedía zanjar la cuestión tratando de contentar a los dos jefes en disputa. Dirigiósele una reprensión oficial a Calvar, notificándole que se abstuviera en lo sucesivo de proceder en la forma en que lo había hecho, sin acudir antes previamente en queja al Gobierno; a la vez, para desagraviarlo, se estableció una nueva distribución territorial de los grandes Departamentos militares. Por la justificación de que invadida Las Villas procedía el cese del general Gómez en el mando de Camagüey, el gobierno creó un nuevo Departamento formado por Las Villas y todo el resto de Occidente, al mando de Gómez.

Para la vacante de Camagüey, propúsose designar al mayor general Vicente García, pero como a éste era imposible separarlo del mando en Las Tunas, unió la jurisdicción tunera a Camagüey, formando un solo cuerpo de ejército. El tercero lo constituyó Oriente, segregada Tunas. La cuestión de la designación del jefe del Oriente sometióla Cisneros al consejo del Gabinete en razón de que existían varios mayores generales entre los cuales escoger. Modesto Díaz y Manuel Calvar ocupaban los dos primeros puestos en el escalafón, pero como se trataba de satisfacer en alguna medida al general Calvar éste fué mantenido en la jefatura de la primera División para pasar a ser jefe superior del primer cuerpo, o sea de Oriente.

En Camagüey, a donde fué llamado por el Gobierno, diéronsele instrucciones a Calvar para que alistase un contingente de 400 hombres de infantería, los cuales, sumados a 100 que debía alistar el regimiento número 3 de Las Tunas, del general Vicente García, a la par que Henry Reeve, jefe de Camagüey a las órdenes del jefe tunero, debía escoger 300 hombres de Camagüey, de infantería y caballería, formando todos un contingente de 800 hombres, entre infantes y jinetes. Conforme con las disposiciones del gobierno, Calvar informó a Gómez, por un teniente coronel de la confianza de éste, que alistaría los 400 hombres que le habían sido pedidos, y se les enviaría a la mayor brevedad posible.

La actitud del general Vicente García fué muy distinta, a virtud de que no quedó satisfecho con la forma en que se dió por resuelta la queja formulada por él contra Calvar. Acudió con sus reclamaciones a la Cámara de Representantes, la cual, oída la exposición de los distintos aspectos de la controversia hecha por el presidente Cisneros, resolvió contestar al general tunero que la consideración de su solicitud quedaría pendiente para cuando le correspondiese su turno. La flojedad, tanto del Ejecutivo como de la Cámara ante el conflicto entre los dos jefes orientales, quedó de manifiesto.

Mientras se producían estos hechos, el mayor general Vicente García mantenía informados a sus partidarios y amigos en la zona de Bayamo, de la marcha de los acontecimientos, en primer lugar al general José Manuel Barreto y al Dr. Bravo y Senties, resentidos con Cisneros por las medidas tomadas contra ambos, y también a los amigos, partidarios y familiares de Céspedes, igualmente resentidos con Cisneros por considerarlo responsable de la muerte de Céspedes.

En vista del conjunto de hechos que iban produciéndose, Bravo y Senties creyó posible realizar un plan que venía madurando contra el

Gobierno, para forzar a renunciar a Cisneros, al frente del Ejecutivo en una prolongada interinidad de un año y varios meses.

En marcha el movimiento político-militar contra el Gobierno, uniéndose al mismo el brigadier Juan Rus, jefe de la división bayamesa. Pronunciadas en esa forma las fuerzas contra Cisneros, en la primera decena de abril marcharon a concentrarse en Tunas, donde el mayor general Vicente García habíase puesto a la cabeza del movimiento, alegando que el Gobierno, en vez de castigar al general Calvar, que había incurrido en una muy grave falta de disciplina, lo había designado jefe del cuerpo de Oriente. En el lugar llamado Lagunas de Varona, de la jurisdicción de Tunas, fueron concentrándose con las fuerzas tuneras las de Manzanillo, Bayamo, Jiguaní, el contingente de la segunda División del Primer Cuerpo, enviado por Maceo para reforzar a Máximo Gómez. Borrero tocó en su marcha en las Lagunas de Varona, con el resultado de que el contingente a sus órdenes se pronunciase como las fuerzas reunidas en el lugar. En Holguín, las tropas al mando directo del mayor general Calvar se le desertaron, dirigidas por el comandante Jesús Rabí y otros jefes. En total cinco regimientos completos, con un cupo de mil hombres o más, reuniéronse prontamente en Tunas. El brigadier Antonio Maceo, jefe de la división de Cuba, opuesto al movimiento sedicioso, reconoció que éste ganaba fuerza dentro de sus propias tropas, y que de hecho todo Oriente estaba pronunciado.

En 30 de abril, 1875, el mayor general Vicente García, asumido abiertamente el papel de jefe político-militar, lanzó una proclama, redactada por el Dr. Bravo y Senties, principal director espiritual del movimiento, en la cual, después de un largo sumario de cargos contra la administración de Cisneros, fijó los objetivos básicos del pronunciamiento: nombramiento de un nuevo Presidente de la República; enmienda de la Constitución, expuesta, a causa de sus deficiencias, a abusos de unos poderes sobre otros; y otras medidas secundarias.

En la convicción de que el pronunciamiento hería de muerte a su gobierno, Cisneros propúsose afrontar la situación hasta el último extremo. A ese objeto compareció en Las Lagunas de Varona acompañado de sólo dos personas, el vicesecretario de la Guerra y uno de sus ayudantes de Oriente. Temía establecer comunicación entre las tropas de Oriente y las reunidas en las Lagunas de Varona, de manera que no quiso que le acompañase escolta alguna. La Cámara envió con Cisneros, a título de observador, al diputado por Oriente Bartolomé Masó, simpatizador con los reunidos en Las Tunas. El general Calvar realizó mientras tanto esfuerzos inútiles para contener la sedición en Holguín

y las demás regiones de Oriente, teniendo al fin y al cabo que permanecer inactivo, profundamente preocupado por la marcha de los acontecimientos. El 26, reunidos en las Lagunas de Varona numerosos jefes de Oriente partidarios la inmensa mayoría de la deposición de Cisneros y opuestos al pronunciamiento un corto número, celebróse una asamblea presidida por el diputado por Oriente Jesús Rodríguez, asistido del Secretario, Bravo y Senties. Los primeros en hablar fueron opuestos al pronunciamiento, a los cuales replicó el Dr. Bravo, con la lectura de un extenso manifiesto, documento que sometido a votación fué aprobado por inmensa mayoría, con sólo cuatro votos en contra. Al siguiente día de esta junta, el 27, arribó al lugar el presidente Cisneros Betancourt, la presencia del cual produjo una sensación extraordinaria. En el acto tocóse a formación, no para rendirle los honores correspondientes, sino para hacerle resistencia, en cualquiera pretensión de hacer valer sus derechos. Por medio de su ayudante teniente Dellundé, Cisneros trasmitió instrucciones al mayor general Vicente García pidiéndole que compareciese a recibir órdenes. Después de media hora de espera presentáronse ante el jefe del Ejecutivo el Dr. Bravo, el mayor general Miguel Barreto, el licenciado Lucas del Castillo y el coronel Antonio Bello, en representación de los reunidos en las Lagunas de Varona, manifestándole a Cisneros que como particular sería bien recibido por todos, pues se le estimaba altamente, pero que sus órdenes no se acatarían como presidente de la República hasta que la Cámara de Representantes no resolviese sobre una exposición que se había acordado dirigirle. Replicó Cisneros que él era el Presidente de la República, que sólo la Cámara de Representantes estaba facultada para deponerlo, y que los allí reunidos estaban obligados a someterse a su autoridad y a acatar sus órdenes o se declaraban inmediatamente fuera de la ley. Bravo y Senties declaróle rotundamente que todos declararíanse fuera de la ley antes que obedecerlo. Ante tal actitud, el presidente Cisneros Betancourt cedió de hecho, al declarar que si él estorbaba para la buena marcha de la Revolución, el estorbo desaparecía para que aquella no se interrumpiese. Las palabras del presidente Cisneros indicaron a los pronunciados de las Lagunas de Varona que era suya la victoria fundamental a que aspiraban: el cese del Ejecutivo.

El 28 de abril, reunida la Cámara en San Nicolás, Camagüey, bajo la presidencia del diputado Spotorno, recibió la información verbal de lo ocurrido en las Lagunas de Varona en las sesiones de los amotinados los días 26 y 27, y con motivo de la llegada del presidente de la República al campamento el día 28. La Cámara adoptó el acuerdo, manifestación evidente de debilidad, de designar dos diputados, Ramón

Pérez Trujillo y Eduardo Machado, en comisión para que se entrevistasen con los sublevados en las Lagunas de Varona, se enterasen de las pretensiones de éstos, que eran ya perfectamente conocidas, e informasen al Cuerpo Legislativo. Cumplida su comisión, los diputados informaron a la Cámara que la demanda básica consistía en la renuncia o la destitución, en su caso, del Presidente de la República; convocatoria para elecciones generales de diputados, elección de un presidente interino, y otra serie de medidas de carácter político secundarias por el momento. Después de larga deliberación, una vez que se cumplió la formalidad de oír el informe verbal de los comisionados, la Cámara acordó, en 7 de mayo, en Loma de Sevilla, autorizar a Pérez Trujillo y a Machado, para dar cuenta al general Vicente García por escrito de la aceptación en principio, por la mayoría, de todas las demandas contenidas en la petición, dispuesta la Cámara a proceder a la elección de un presidente interino, a virtud de haber presentado su renuncia Cisneros Betancourt y a convocar elecciones generales. Sobre las reformas políticas de revisión y enmienda de la Constitución, creación de un Senado y otros extremos, la Cámara declaraba que sin la concurrencia de los diputados de Oriente no se consideraba en condiciones de abordar reformas de la Ley Fundamental. Sin resolverse de hecho la cuestión planteada, en 11 de junio el mayor general Vicente García, que se había manifestado en mayo un tanto moderado en comunicación a los diputados Machado y Pérez Trujillo, dió publicidad a un manifiesto en términos muy acres contra el Ejecutivo y la Cámara, dirigido a sus Conciudadanos de los Estados de Camagüey, Las Villas y Oriente. La grave crisis, de incalculables consecuencias para la Revolución, agudizábase sin resolverse.

A fines de marzo, cuando el general Máximo Gómez realizaba los mayores esfuerzos para mantenerse en Las Villas cerca de la Trocha, en espera de los refuerzos ofrecidos por el Gobierno para los últimos días del mes o los primeros de abril, el 19 de mayo consignó en su *Diario* el pésimo efecto causado en su ánimo por las noticias, que calificó de "fatales", de la sedición en Oriente, y de la actitud de Vicente García en razón de la cual se hacía imposible el envío de los refuerzos. Tomadas las medidas de mayor urgencia para mantener la situación de Las Villas, que dejó a cargo del general Sanguily, el 10 cruzó la Trocha, rumbo a San José de Guáicanamar, sede del Gobierno. La Cámara, consignó el general Gómez en su *Diario*, hallábase "ofuscada y miedosa". Había parlamentado con los sediciosos, legalizada de esa manera la actitud de éstos, un mero motín militar. El presi-

dente Cisneros había presentado la renuncia, pero la Cámara no había resuelto nada. En una reunión de jefes y de altas personalidades sin carácter oficial, a título sólo de patriotas, en vista de la gravedad del momento, el general Gómez declaró que si se estimaba procedente él estaba dispuesto a solicitar una entrevista con el general Vicente García para tratar de buscarle solución al problema. Aceptada la idea, y obtenida por Gómez la conformidad del mayor general Vicente García para celebrarla en Loma de Sevilla, púsose en marcha Gómez el 24 de junio, acompañado de tres de sus ayudantes, el brigadier Manuel Suárez, el teniente coronel Manuel Sanguily, quien en 9 de mayo había escrito una larga y elocuente carta al general García, de quien era amigo, exponiéndole los peligros para la Revolución del movimiento por él encabezado, el Dr. Félix Figueredo y Tomás Estrada Palma, ex-diputado a la Cámara por Oriente.

El plan que se propondría al general Vicente García por el general Gómez y sus acompañantes comprendía tres puntos capitales: cese de Cisneros Betancourt por renuncia, en la Presidencia de la República; presidencia interina de Juan Bautista Spotorno, constitucionalmente, por ser el Presidente de la Cámara; elecciones generales. Para la realización del plan la Cámara debía aprobar previamente la renuncia de Cisneros y derogar un acuerdo vigente que prohibía las elecciones generales. Recibidos Gómez y sus acompañantes en el campamento de Loma de Sevilla, fué necesario en primer término vencer la resistencia del general García a que la conferencia fuese pública. Resuelto este punto primordial, discutióse el arreglo a base de los puntos mencionados, informando el general Gómez que ya la Cámara había aprobado la renuncia de Cisneros y derogado el precepto prohibitivo de las elecciones generales. Larga y viva la discusión, con el general García y sus asesores, respecto a la interpretación y aclaración de los términos del acuerdo, el teniente coronel Sanguily, en discurso que el general Gómez calificó de elocuentísimo, instó a García a la concordia y a la aceptación de un plan ajustado a la ley; y evocó la larga historia de grandes hechos heroicos en servicio de Cuba, sangrante y maltrecha, del general García, hasta lograr que éste, hondamente conmovido, lo interrumpiese exclamando, que excepto a la aceptación del presidente Cisneros, estaba dispuesto a someterse a lo que resolviesen los presentes. "No quería servir de estorbo, estaba dispuesto a todo" (1). Tras un momento de emoción de todos, convínose en que se notificaría oficialmente al general García que el coronel Spotorno había asumido la Presidencia de la República, con lo cual el jefe tunero se pondría a la

disposición del Gobierno. El coronel Ricardo Céspedes, a quien podía considerársele vocero de los cespedistas en las Lagunas de Varona, se adhirió a lo manifestado por el mayor general Vicente García, sancionando también el acuerdo.

Desde su toma de posesión en Bijagual, en 27 de octubre de 1873, hasta el primero de julio de 1875, Salvador Cisneros Betancourt ejerció la Presidencia de la República un año y ocho meses aproximadamente. De hecho, un pronunciamiento militar, revestido de formalidades constitucionales, llevó a Cisneros a la Presidencia; otro, al que al fin y al cabo buscósele una base constitucional también, le forzó a abandonar la jefatura del Ejecutivo.

CAPÍTULO III

LA SEGUNDA CAMPAÑA DE INVASION DE LAS VILLAS. GOBIERNOS DE SPOTORNO Y ESTRADA PALMA

LA concepción de mayores vuelos, objetivos más amplios, planeamiento más completo y ejecución más sostenida de los cubanos en la sangrienta Guerra de los Diez Años, fué la invasión de Occidente. Comenzó la primera campaña para realizarla a principios de 1874; la segunda, al empezar el año 1875, según ha quedado expuesto en capítulos precedentes.

El primer gran esfuerzo invasor, inicióse en un período de aparente gran pujanza de la Revolución. Aparente, porque el historiador no debe confundir las apariencias con el fondo y la realidad de las cosas. Prodújose, a la par, con un período de graves perturbaciones políticas en España, y de muy serio quebranto, reconocido por los mismos altos militares españoles, de sus fuerzas en Cuba, a virtud de una serie de circunstancias que intentaron explicar de muy diversas maneras. Los cubanos infligieron a las tropas españolas, en el curso de pocas semanas, al principio de la primera campaña de invasión, algunos de los más rudos golpes al enemigo, no obstante lo cual fracasó rápidamente, librados los dos grandes combates de El Naranjo y Las Guásimas.

El vigor de la revolución en aquellos momentos parecía extraordinario, triunfantes los opositores contra Céspedes (a quien atribuían el dificultar la marcha de la Revolución con su obstinada política personal) en los primeros meses, de la presidencia de Cisneros, el candidato puesto por ellos a la cabeza del Ejecutivo. El debilitamiento real de la posible acción militar cubana estaba disimulado en sus apariencias más visibles, pero no escapaba a un número de hombres, civiles y militares, de capacidad y experiencia. El general Máximo Gómez, con su amplia y superior visión estratégica del problema de la guerra cubana,

había mantenido, todavía en el primer año de la misma, la necesidad de extenderla a todo el occidente de Cuba, objetivo en el cual mantuvo también la vista fija Céspedes, en espera de una oportunidad para tratar de alcanzarlo. En 1874, la urgente necesidad de llevar la guerra a todo el Occidente, era cuestión de triunfo o de derrota para la insurrección cubana, a un plazo relativamente corto. Al certero juicio de Gómez no se escapaba que la guerra no podía ganarse en Camagüey y Oriente. La alternativa no era otra que la invasión de Las Villas, camino de Matanzas y la Habana. Esfuerzo de tal amplitud, requería el concurso militar de Oriente, mediante un fuerte contingente de infantes veteranos orientales, armados y municionados, con jefes de experiencia, valor probado y acometividad a su frente. Los dos más altos y reputados jefes militares orientales, mayores generales García Iñiguez y Vicente García, no favorables al plan de invasión por diversos motivos, estaban, sin embargo, en posición difícil para negarle su concurso al presidente Cisneros, quien, por su parte, veía en la realización del proyecto invasor, un gran éxito para los cubanos, y un triunfo para su Gobierno y para él personalmente. Con fuerza mayor que todo lo antedicho, pesaba a favor de la invasión sin tardanza alguna, la básica debilidad progresiva de las fuerzas cubanas, inadvertida para los observadores superficiales, clara y patente para quienes miraban más allá de las circunstancias del momento.

Las causas de dicha debilidad progresiva, eran numerosas. Los años que llevaba de duración la guerra, algunos de los cuales como los de 1870 y 1871, fueron de marcado quebranto revolucionario, habían reducido de manera considerable la población combatiente cubana del Departamento Central, corto en habitantes desde antes de la guerra, y del de Oriente, devastado ya el territorio de ambas grandes regiones de Cuba de manera casi total en 1874. A consecuencia de la reducción de la población combatiente cubana, cada baja de las fuerzas insurrectas por muerte, heridos graves o captura por el enemigo, era prácticamente de imposible reemplazo. Era igualmente grave, que al comenzar la primera etapa de la campaña invasora a principios de 1874, hiciese cerca de dos años que los cubanos no hubiesen recibido, de hecho, un fusil, una caja de balas, un voluntario ni otros elementos de guerra de ninguna clase, hecho amargamente señalado por Céspedes en su correspondencia y en su *Diario* desde mediados de 1873. En El Naranjo, donde el brigadier Báscones al frente de la fuerte columna con que atacó a Gómez determinadamente, si el jefe cubano hubiera dispuesto de municiones en abundancia, la derrota del enemigo hubiera podido ser mayor, destruída quizás totalmente la tropa de Báscones. Asimismo,

si en el campo cubano hubieran existido una organización y un servicio hospitalario adecuados, al General Gómez le habría sido posible descargarse inmediatamente de los heridos, a los cuales en ningún caso abandonaban los cubanos en el terreno ni con posterioridad al combate. Si Gómez hubiera tenido a mano el número de reemplazos suficientes para suplir sus pérdidas en El Naranjo, habría estado en condiciones mucho más favorables para seguir adelante rumbo al oeste en breve plazo, mientras Báscones se retiraba maltrecho a la base española de Puerto Príncipe. En el combate de Las Guásimas, de más larga duración, más enconado, con fuerzas más considerables frente a frente de cada lado, y, por consiguiente, con mayores pérdidas en uno y otro bando, Gómez tropezó con dificultades imposibles de vencer, en cuanto a reponer sus municiones, hospitalizar sus heridos y reponer sus bajas. El resultado, inevitable no pudo ser otro que la frustración y el aplazamiento del proyecto de invasión por todo un año. En el curso de esos doce meses de espera, el Gobierno de la Metrópoli, los jefes militares españoles, con mando en la Isla, y los voluntarios y demás peninsulares del frente español, dispusieron de tiempo para prepararse a resistir cualquier nuevo esfuerzo invasor al comienzo del período de la seca de 1874-75. Si no hubiese mediado la falta de los elementos de guerra arriba indicados, que contuvo forzosamente al general Gómez, derrotado Báscones en El Naranjo y Armiñán poco después en Las Guásimas, unido a Báscones, mientras ambos jefes españoles retirábanse lentamente con un inmenso convoy de heridos a Puerto Príncipe, el jefe cubano hubiera podido cruzar La Trocha con fuerzas considerables en los primeros meses de 1874 y avanzar con poca resistencia española a través de Las Villas rumbo a Matanzas y la Habana. La debilidad básica de la revolución, apuntada con referencia a sólo los tres factores mencionados más arriba, aparte de todos los demás, fué la causa directa, imposible de contrarrestar por Gómez, del fracaso del primer intento invasor. En enero de 1874, llevábase más de un año que los cubanos no disponían de más armas, municiones y equipos que los que le tomaban a los españoles en los combates con ellos librados. En circunstancias de tal naturaleza, el llevar adelante con buen éxito un poderoso movimiento invasor en la zona donde acumulaba el enemigo sus mayores fuerzas y disponía de más abundante recursos, era una empresa titánica de máxima dificultad. No es extraño, por tanto, que se frustrase.

La segunda fase de la campaña invasora, comenzola Gómez en condiciones muy inferiores todavía a las de la primera. Contaba con muchas menos tropas; estaba marcadamente escaso de municiones y

de todo otro material de guerra; obraba en contra de instrucciones expresas del gobierno, del cual dependía no obstante para obtener el imprescindible refuerzo de veteranos de Oriente. Confiaba sólo en que los poderes supremos de la Revolución no vacilarían en enviárselos con la mayor rapidez, para hacerle posible el proseguir su campaña invasora. En marcado contraste con las dificultades de Gómez, en los mismos días en que éste se multiplicaba para tratar de vencerlas, un nuevo Capitán General hallábase en viaje a Cuba para sustituir a Jovellar: el general José Gutiérrez de la Concha, Marqués de la Habana, con la experiencia de dos mandos anteriores a Cuba, completo respaldo del gobierno metropolitano y reforzado con varios millares de soldados para aplastar la insurrección.

Cruzada la Trocha durante la noche del 6 al 7 de enero de 1874, según quedó expuesto con anterioridad, las anotaciones del General Gómez en su *Diario de Campaña*, dan a conocer la táctica por él seguida tan pronto cruzó la barrera española y penetró en Las Villas. La columna bajo su mando, antes de dividirse para el cruce, componíase de 314 caballos de Camagüey, 150 de Las Villas, y 700 infantes villareños también con sólo 22,761 tiros, trece por plaza, según el cálculo de Gómez (1). Camagüey no quedó desatendido, con 200 caballos y 462 infantes al mando de Julio Sanguily, Henry Reeve y el General Manuel Suárez. La invasión villareña efectuóse, según los datos expuestos, con un 73% de fuerzas de Las Villas, de un total de 1,164 hombres, un dato a tener en cuenta con respecto al descontento de los villareños más adelante, ocupados por camagüeyanos y orientales los más altos mandos en Las Villas. En cuanto a disponer de sólo trece tiros por plaza, para una empresa de las vastas proporciones de la invasión de todo el occidente cubano, es el testimonio más evidente de la falta de elementos de guerra a la disposición del general Gómez, al jugar éste la última carta de la Revolución cubana.

Los días transcurridos desde el cruce al 12 de enero, los empleó Gómez, sin avanzar hacia el interior de Las Villas, terreno totalmente desconocido para él, en espera de que, en cumplimiento de sus órdenes, se le uniesen el Teniente Coronel Francisco Jiménez, de Sancti-Spíritus, despachado por Gómez algún tiempo antes de salvar él La Trocha para que operase con la mayor actividad que pudiese, a fin de obligar a moverse a las tropas españolas y desorientarlas un tanto; más la otra parte del contingente invasor, bajo el mando del Teniente Coronel Cecilio González, quien de orden de Gómez cruzó La Trocha al norte de Ciego de Avila. La táctica de Gómez consistió en rehuir los primeros encuentros con las columnas enemigas lanzadas a su persecución,

aunque sin lograr evitar frecuentes escaramuzas y en algunos casos combates algo más serios. El 18 de enero, concentradas ya bajo sus órdenes fuerzas que estimó suficientes, resolvióse a destacar, con un fuerte golpe al enemigo, su presencia en Las Villas. En horas de la madrugada, asaltó el poblado del Jíbaro, guarnecido por cuarenta soldados de línea y un número aproximadamente igual de movilizados. Tras una hora escasa de resistencia, la guarnición española, sufridas ya veinte bajas, rindióse a los atacantes. El botín fué considerable: 150 armas de precisión, 35,000 tiros, 200 machetes, 150 caballos, monturas, medicinas y otros muchos efectos, aparte de que la tropa cubana se aprovisionó ampliamente en nueve establecimientos comerciales. No menos de treinta hombres del poblado se sumaron a las fuerzas cubanas. Gómez dejó en libertad a los prisioneros españoles, incendió el caserío, y distribuyó las familias en las estancias de las cercanías.

La toma del Jíbaro fué de gran resonancia, con muy importantes resultados militares. Gómez nutrió sus filas, dispuso de mayor cantidad de armas y municiones, y el enemigo vióse inmediatamente obligado a retirar muchos pequeños destacamentos de ocupación en todo el territorio y a reforzar considerablemente a las columnas en operaciones, con reducción del número de éstas. La alarma en todas Las Villas fué extraordinaria, con repercusiones en Matanzas, La Habana y hasta en Madrid. Otro puesto fortificado español, con guarnición de treinta soldados de línea y más de veinte voluntarios, sufrió igual suerte que el Jíbaro dos días más tarde, atacado por Gómez en persona y el general Julio Sanguily. Esta nueva derrota española intensificó la alarma y continuó mejorando la posición de Gómez, en armas, municiones y equipo, ventaja esencial para él. En la última decena de ese activo mes de enero, despachó un correo al Gobierno, a Camagüey, cerca de los límites de Oriente, y transmitió una orden al brigadier Suárez, en Camagüey, de reunírsele en Las Villas. Con algunas fuerzas de caballería villareñas que fueron reuniéndosele del teniente coronel Miguel Ramos, el comandante Bonachea, y cien infantes a las órdenes del comandante Carrillo, ya Gómez empezó a pensar en la manera de introducir algunas fuerzas en las otras partes de Las Villas, particularmente en Las Villas occidentales, fronterizas con Matanzas, mientras él continuaba su táctica de rehuir combates con numerosas columnas españolas, a fin de no consumir los escasos elementos con que contaba todavía. En sus planes entraba formar una sólida base de operaciones en Sancti-Spíritus, "para apoyar la invasión de las otras Villas". Infatigable en la ejecución de sus planes, la noche de 23 de enero fué empleada por él en organizar una columna de 200 jinetes al mando del

brigadier José González Guerra, despachado el día 29 a invadir a Villaclara y pasar a Cienfuegos (2).

En febrero, Gómez movió sin cesar fuerzas al mando del general Sanguily, el teniente coronel Mola, y el coronel Jiménez, la de los dos primeros jefes en la zona de Ciego de Avila, por si viniesen refuerzos de Oriente; y las del segundo, en la de Sancti-Spíritus, donde quería mantener en jaque al enemigo. El brigadier Suárez, cruzada la Trocha procedente de Camagüey, se incorporó a Gómez, que lo envió al frente de una columna de infantería a la zona de Remedios, mientras despachó otra, de infantería también, a reforzar a González Guerra, herido poco después en Cienfuegos, columna esta última en marcha a su destino el día 23, al mando del coronel Cecilio González. El mes de marzo entró sin alejarse Gómez del este de Las Villas, en espera de los refuerzos que no llegaron, los cuales el gobierno le anunció para abril. La línea de la Trocha y la zona de Cienfuegos continuaron siendo sus principales preocupaciones, o sea, recibo de refuerzos e invasión de Matanzas.

El brigadier Suárez, con el comandante Serafín Sánchez —espiritano— y el general Julio Sanguily, llegado de Camagüey con algunos refuerzos de la región, junto con el general Carlos Roloff, permanecieron próximos a la barrera divisoria con Camagüey. Operaron en la misma zona, mientras el coronel Rafael Rodríguez, uno de los hombres de más confianza del general Gómez, acompañado de varios oficiales, fué destinado a la zona de Sancti-Spíritus y a la jurisdicción de Cienfuegos.

El mes de abril transcurrió moviéndose el general Gómez en las cercanías de la Trocha. Entró mayo, y el día 19 recibió correo del Gobierno, con las noticias, que él calificó de "fatales" en su *Diario*, de la sedición de las Lagunas de Varona, y con órdenes del Presidente Cisneros de que se trasladase a la sede del Gobierno en el este de Camagüey a ayudar al Ejecutivo en sus dificultades. Con la información de que los españoles arreciaban sus operaciones en Cienfuegos, y de que el brigadier González Guerra había muerto de tétanos, el preocupado general entregó el mando a Sanguily, cruzó la Trocha el 4 de junio y a marchas forzadas arribó el día 10 al campamento del Presidente Cisneros en San José de Guaicanamar. Apremiado por la grave situación que dejó tras sí en Las Villas, y por la ansiedad de poder obtener refuerzos de Oriente, el general Gómez tomó una parte muy activa en reuniones y conferencias de personalidades políticas y jefes militares en el campamento del Gobierno. Solicitó por escrito una entrevista de Vicente García, acompañado de algunos jefes, trasladóse

al campamento del jefe tunero, hasta lograrse, al fin y al cabo, el acuerdo adoptado por la Cámara el 7 de mayo en Loma de Sevilla, a base de la renuncia y del cese inmediato de Cisneros, allanado Vicente García a una simulada solución constitucional y reemplazado Cisneros interinamente por el Presidente de la Cámara, Spotorno. Hasta mediados de julio, repasada la Trocha para Las Villas el día 15, no volvió Gómez a tomar el mando en éstas. Cuarenta y cinco días perdidos, en las más serias circunstancias, sin fecha definida para recibir los refuerzos de Oriente, fué el balance de las Lagunas de Varona en Las Villas, aparte de atizar la mala disposición localista y la indisciplina villareñas. El tres de julio, en marcha de Gómez de regreso a Las Villas, el brigadier Reeve se unió a su jefe, cuyo plan era ahora, (Diario, pág. 92) pasar él personalmente a la jurisdicción de Cienfuegos, con el objetivo de activar las operaciones en Las Villas Occidentales. Necesitaba para ello asegurar la situación en la mitad oriental villareña, donde el estado de las tropas cubanas "no era muy bueno, pues las activas operaciones del enemigo habían contribuido a desorganizarlas, además de la poca aptitud del jefe" (el general Roloff).

Comenzado el mes de septiembre, el coronel Cecilio González llegó al cuartel general procedente de Cienfuegos, y expresó a Gómez la urgente necesidad de refuerzos. Este había dado órdenes al general Roloff de que se le reuniese con sus tropas, lo cual no había cumplido, teniendo el propio Gómez que ocuparse del asunto. El 7, reemplazó a Roloff con el general Julio Sanguily, por considerar Gómez al primero "un hombre muy bueno y honrado, lleno de los mejores deseos, pero carente de dotes militares para la guerra que se hacía en Las Villas". Antes del que el mes terminase, Gómez que continúa en su idea de marchar en breve a Las Villas Occidentales, vióse obligado a zanjar dificultades ocurridas entre el general Sanguily y el coronel Jiménez ("por pequeños asuntos del servicio"). Las fuerzas de caballería al mando del coronel Jiménez las consideraba Gómez desorganizadas a causa de la debilidad de carácter del jefe. Lamentó separarse del teniente coronel Mola, que estaba a sus órdenes, pero necesitaba sustituir con él a Jiménez, medida urgente que puso en práctica. Esta sustitución, como la de Roloff por Sanguily, aumentó el descontento de los villareños. A fines de octubre, ya Gómez había llegado a la conclusión de que no le era posible pasar en persona a Las Villas Occidentales, por lo cual decidió reforzar al coronel Rafael Rodríguez en la zona cienfueguera. En noviembre 5, el Dr. José Figueroa, jefe de Sanidad de Las Villas, tuvo un choque personal con el general Sanguily; lo insultó públicamente en medio de las tropas formadas y le

disparó un tiro con su revólver, grave falta de disciplina que pasó a manos de un tribunal militar. El 15 del mismo mes, Gómez adoptó la importante decisión de destinar al brigadier Reeve a la zona de Cienfuegos, con instrucciones de invadir a Matanzas. El año 1875 terminó sin haberse recibido refuerzo alguno de los orientales.

El 16 de enero, 1876, recibió Gómez al fin la satisfactoria noticia de la llegada de algunos refuerzos de Oriente, con un año de tardanza, al mando del coronel Mariano Domínguez. Con esas tropas, llegó el mayor general Manuel Calvar, enviado por el Gobierno para que Gómez lo emplease en Las Villas. Pronto, sobre el 23 de febrero, el general Gómez dispuso que el coronel Mariano Rodríguez, con su columna de infantería oriental, avanzase por las Sierras y cayese sobre el valle de Trinidad, mientras él organizaba debidamente cerca de cuatrocientos hombres de caballería, reunidos con grandes esfuerzos, para despacharlos a las zonas occidentales de Las Villas. Los españoles habían intensificado sus operaciones, a tal punto, que Gómez tuvo que batirse el día último de febrero en retirada frente a una columna, de más de dos mil hombres, mandada en persona por el capitán general Jovellar, trasladado al frente de combate de Las Villas. En lucha con éstos, Gómez perdió 8 muertos y 22 heridos, y 15 ó 20 caballos. No obstante, ocupó a la columna de Jovellar 50 caballos y 30 fusiles, después de haberle causado no menos de 100 bajas. El enemigo, reforzado, continuó persiguiendo a Gómez, quien, fijo en su propósito de enviar refuerzos a Las Villas Occidentales, rehuyó los combates, en movilidad constante que le aniquiló la caballería, la cual ordenó pasar a descansar a la zona de Sancti-Spíritus, al mando del general Sanguily, aplazando el envío de los refuerzos a Cienfuegos. Herido el coronel Rafael Rodríguez en el Jíbaro, lo sustituyó por el momento el mayor general Calvar. En medio de estas graves preocupaciones, el general Gómez hizo esta anotación de carácter familiar en su *Diario*, el 11 de marzo: "Nació Panchito en la jurisdicción de Sancti-Spíritus", (pág. 102). Al siguiente día, recibió Gómez la mala nueva de la renuncia del mando a su cargo del general Sanguily. Ya al terminar el mes, el general Gómez revisó y reforzó el último contingente de orientales arribados a Las Villas al mando del general Francisco Borrero. El 31, la indisciplina y la desorganización aparecían acentuadas de tal manera en Las Villas, que el general Gómez sintióse desencantado, perdida su confianza, pues no dudaba de que pudiese ocurrirle lo que al general Sanguily, y anotaba que debía hacer todo lo posible "por salir del compromiso de este destino" (el mando en Las Villas). Pedida ya una conferencia con el Gobierno, transmitió órdenes al mayor general Roloff,

para que mientras durase su ausencia quedase hecho cargo del mando, y el 16 de junio cruzó la Trocha rumbo a la sede del Gobierno, al cual presentó su renuncia. No logró que se le aceptase, y el 4 de julio cruzó por tercera vez la Trocha rumbo a Las Villas.

El Gobierno de Estrada Palma tenía el propósito de mantener su plena autoridad y de establecer la disciplina, de manera que no sólo ratificó a Gómez en el mando de Las Villas, sino resolvió también que el general Julio Sanguily volviese a ocupar su destino de segundo de Gómez, en la región villareña. Poco después, en 4 de agosto, el brigadier Reeve encontró gloriosa muerte en Yaguaramas, casi en las líneas fronterizas entre la jurisdicción cienfueguera y Matanzas. Capturado su cadáver por los españoles, fué conducido a Cienfuegos y expuesto a la expectación pública. A fines de mes, el general estaba decepcionado de nuevo, a causa de la actitud de los jefes villareños en contra de todos los de Camagüey y Oriente que lo secundaban. Estudió ya el modo de dejar el mando en Las Villas, "sin que sufran perjuicios los intereses del país." Con tal motivo, citó al general Roloff para hacerle entrega del mando de la primera división, ocupado por Julio Sanguily. La resolución final de Gómez fué relevar a todos los jefes de su confianza de Camagüey y Oriente, y sustituirlos por villareños. El primero de septiembre, puso en práctica este desesperado expediente. Los coroneles Mariano Domínguez (herido), Rafael Rodríguez, E. Mola, y el teniente coronel Julio Domínguez, dejaron sus mandos, reemplazados por jefes de Las Villas; partieron para Camagüey, lo mismo que haría días más tarde el mayor general Calvar, en unión del general Sanguily. Para poder efectuar las sustituciones, Gómez dictó un indulto, pues casi todos los jefes sustitutos estaban suspensos o encausados por graves faltas militares; de disciplina, y otras. Citado por Gómez, el mayor general Roloff no compareció en los últimos días de septiembre, pero el primero de octubre, fecha de la salida de Sanguily y Calvar para Camagüey, acudió a la cita, al objeto de manifestarle a Gómez "que algunos jefes villareños creían una inconveniencia la estancia de él, Gómez, en su destino, y lo aclamaban a él, Roloff". La anotación de Gómez en su Diario fué concisa y explícita: "No he contestado una palabra, e inmediatamente le hago entrega del mando del Ejército con que pensé daríamos la última batalla al Ejército español" (Diario, pág. 109). Las palabras con que Gómez comentó los hechos expuestos, son sumamente amargas.

Ya sin mando alguno, empleó cerca de mes y medio en trasladarse a la jurisdicción de Sancti-Spíritus y arreglar la manera de realizar el

cruce de la Trocha con su familia y algunas otras muy angustiadas y ansiosas de abandonar Las Villas también.

El 14 de noviembre, 1876, fecha memorable para él, Gómez cruzó la Trocha de Júcaro a Morón, hecho que consignó en su Diario en los patéticos términos siguientes: "El 14, en marcha, paso la Trocha del Júcaro, peligrosísima, a las once de la noche, más porque voy con muy poca gente de armas y sí con una inmensa impedimenta, que la componen la infeliz de mi esposa y mis pobres niños, y unas cuantas familias más que me han suplicado no las deje aquí, así como muchos hombres enfermos de los refuerzos de Oriente, que se habían quedado abandonados. Es mi retirada una verdadera derrota...". En brazos de la esposa de Gómez, iba su hijo Francisco, de ocho meses, nacido en La Reforma, Sancti-Spíritus, cuyo destino sería morir junto a su jefe, el mayor general Antonio Maceo, en el combate de San Pedro de Punta Brava, el 7 de diciembre de 1896.

El cruce de la Trocha, en la segunda fase de la invasión de Occidente, la efectuó Gómez en la noche del 6 al 7 de enero de 1875. Con diferencia de un mes y unos cuantos días, la campaña villareña duró dos años. Durante la misma, el general Gómez enfrentóse con cinco capitanes generales españoles, que concentraron todos sus esfuerzos y todos los recursos y las tropas de que pudieron disponer, para aplastarlo e impedir la invasión del Occidente de la Isla. Esos capitanes generales fueron, Joaquín Jovellar, que ocupaba la capitanía general cuando Gómez efectuó la invasión; José Gutiérrez de la Concha, que relevó a Jovellar; el Conde de Valmaseda, designado para el relevo de Concha, y el general Jovellar, nuevamente, por tercera vez al frente de la Isla durante la guerra, unido en esta última etapa al general Arsenio Martínez Campos. Todos estos altos jefes del Ejército español, se trasladaron personalmente a Las Villas, para intensificar, en momentos críticos, la campaña contra el general Gómez, en lucha éste con los inmensos obstáculos resumidos en las páginas precedentes. El resultado final no podía dejar de ser el que fué.

El coronel Spotorno, presidente de la República interino (29, junio, 1875), por ministerio de la ley, una vez que la Cámara de Representantes aprobó la renuncia de jefe del Ejecutivo de Salvador Cisneros Betancourt, estando ausente en el extranjero el vicepresidente Aguilera, propúsose, como cuestiones esenciales de su programa de gobierno, el enviarle al general Gómez a Las Villas los refuerzos reiteradamente solicitados por éste, en la forma de un contingente de 500 orientales;



SALVADOR CISNEROS BETANCOURT, MARQUÉS DE SANTA LUCÍA

SALVADOR CISNEROS BETANCOURT, MARQUÉS DE SANTA LUCÍA. Cubano integérrimo, amante apasionado y sin claudicaciones de la libertad, figura destacadísima del Comité Revolucionario del Camagüey y de la Asamblea de Representantes del Centro, Presidente de la Cámara de Guáimaro, Presidente de la República en los días de la Guerra Grande y de la Revolución de 1895, patricio respetado y escuchado en los tiempos, más cercanos, de la Ocupación Militar norteamericana y de la República, Salvador Cisneros Betancourt aparece a nuestros ojos, tal como le vió Manuel Sanguily: "erguido, erecto en su venerable prestancia de patriarca y de profeta, a menudo solitario, pero siempre hierático y sacerdotal, misterioso y grande, semejando encina sacudida por todos los vientos de la tempestad...; vástago póstumo de aquella estirpe asombrosa de rebeldes casi sobrehumana que, contemplados a distancia, en las lejanías en que se confunden la historia y la leyenda, más que hombres, parecen, como en la visión del poeta florentino, las torres imponentes de una ciudad antigua sumergida...".

Retrato perteneciente a la Colección Figarola-Caneda del Archivo de la Academia de la Historia de Cuba.

el convocar a elecciones de diputados para renovar la Cámara de Representantes, a quien correspondía la elección del Presidente de la República en propiedad, y el velar por el restablecimiento del orden y de la disciplina en las filas del Ejército Libertador. Tenía el nuevo jefe del Ejecutivo depositada su confianza en Tomás Estrada Palma, personalidad civil la más destacada en el momento, al pasar a una posición secundaria Cisneros Betancourt con motivo de haber sido depuesto. Así pues, lo designó Secretario de Relaciones Exteriores, el cargo más importante en su reducido Gabinete de presidente interino, dadas las circunstancias del momento y el buen efecto que dicho nombramiento podría producir entre los emigrados en los Estados Unidos.

Los contactos establecidos por el general Barreto con los jefes españoles de Manzanillo, por mediación del agente secreto cubano Esteban de Varona, hecho que condujo a la captura del general García Iníguez, habían dejado la impresión de que era absolutamente indispensable el impedir toda comunicación con los españoles para negociar la paz, como las tenidas por el general Barreto, excepto sobre la base de la independencia. En España, en los Estados Unidos y aún en Cuba, corrían rumores de que el Gobierno español intentaría un cambio de política en la guerra cubana. Dirigiríase a lograr la pacificación simultaneando y llevando adelante paralelamente las operaciones militares con gran actividad para lo cual se enviarían a Cuba nuevos refuerzos y poniéndole término al sistema de guerra a muerte y de fusilamientos y tratándose de llegar a una paz negociada con ofertas de reformas en el régimen constitucional y de concesiones y ventajas a los jefes, oficiales y soldados del Ejército Libertador. En razón de lo expuesto, el nuevo gobierno consideró indispensable dictar un drástico decreto, prohibido por Estrada Palma, por el cual se disponía juzgar como espía a todo mediador, cualquiera que fuese su clase o condición, que compareciese en el campo revolucionario con ofertas que no tuviesen por base la independencia de Cuba. A los tales mediadores se les consideraría como espías y se les impondría la pena de muerte. Este decreto, que se llamó "de Spotorno", fué objeto de muchos comentarios en el campo cubano, en el español y entre los emigrados.

Para proceder a obtener en Oriente los refuerzos necesarios para Gómez, era preciso resolver un grave problema militar pendiente antes de los acontecimientos de las Lagunas de Varona. Consistía en el nombramiento de los jefes superiores del Ejército en Oriente y Camagüey, vacantes por la renuncia de los generales Vicente García y Manuel Calvar, a virtud del rozamiento entre ambos, expuesto en páginas prece-

dentes. Después de lo que pareció ser un concienzudo estudio de la situación, con sorpresa general, según el coronel Fernando Figueredo Socarrás, el Gobierno ratificó el nombramiento hecho por Cisneros en la persona del general Vicente García para el mando en Camagüey, y dióle al propio tiempo la jefatura de Oriente en comisión. A virtud de esta resolución, el mayor general Manuel Calvar marchóse a Oriente en situación de cuartel, a esperar órdenes del Gobierno, maltrato a Calvar que por haberse realizado a favor de Vicente García produjo gran indignación en Oriente (3). Mientras tanto, el general Gómez había marchado a Las Villas acompañado de un grupo de distinguidos jefes y oficiales de Oriente, confiado en el envío de los refuerzos. El general Vicente García renunció al mando en Oriente, conservando el de Camagüey y Las Tunas, con lo que se le facilitó a Spotorno designar para jefe de Oriente al mayor general Modesto Díaz.

Ansioso de asegurar la organización del contingente oriental para su marcha a Las Villas, Spotorno trasladóse a Oriente, comenzando por la jurisdicción de Holguín, al mando, como la de Cuba, del brigadier Antonio Maceo. Diligente siempre en cumplir las órdenes superiores, Maceo facilitó 200 hombres de los que mantenía bajo su mando. Poco más tarde, logró Spotorno, con el efectivo apoyo de Estrada Palma, que Modesto Díaz aportase también el contingente de Bayamo, con órdenes de unirse en la línea occidental de Holguín con la tropa facilitada por Maceo. Este contingente bayamés marchó a las órdenes del valiente coronel Mariano Domínguez, integrado principalmente por el batallón, de mucho renombre, denominado Luz de Yara. El contingente oriental así formado, con el coronel Domínguez como jefe superior, atravesó Camagüey, cruzó la Trocha y en 28 de marzo de 1876, concentróse en el lugar indicado por el general Gómez, transcurrido más de un año de haber sido solicitados esos refuerzos. Poco después, el brigadier Henry Reeve solicitó autorización como el general Calvar para pasar a Las Villas a servir con Gómez, quien tuvo en esa forma dos distinguidos y valerosos jefes a sus órdenes. El coronel Gregorio Benítez, ascendido a brigadier, quedó al frente de Camagüey.

La realización final del gobierno de Spotorno, fué la celebración de las elecciones de representantes a la Cámara, efectuadas sin dificultad. En Oriente, de los cuatro representantes electos, tres habían sido opuestos al movimiento de las Lagunas de Varona; el cuarto, doctor Bravo y Senties, había sido el jefe intelectual y principal iniciador, con el general Barreto, de la sedición que terminó por hacer cesar a Cisneros en la Presidencia de la República.

Reunidos los nuevos diputados en la Matilde, el 20 de marzo, para constituir la Cámara y celebrar sesiones, Eduardo Machado y Luis Victoriano Betancourt fueron elegidos presidente y vice respectivamente del organismo cameral, con Francisco La Rúa y el Coronel Fernando Figueredo Socarrás, secretario y vice. Organizada la mesa cameral, procedióse a despejar el camino para la designación del Presidente de la República, con el consensus general de que Tomás Estrada Palma habría de ser electo. Después de la destitución de Céspedes, el vicepresidente Francisco Vicente Aguilera no había regresado del extranjero a ocupar el cargo que por derecho constitucional le correspondía, motivo por el cual Cisneros Betancourt y Spotorno tuvieron que ser presidentes interinos. Para hallarse en posición más firme y de mayor autoridad y prestigio, con el programa de ponerlo todo en orden y restablecer la disciplina firmemente en lo civil y lo militar, Estrada Palma demandaba ser elegido en propiedad en caso de que se quisiese designársele. En atención a ese hecho, el representante La Rúa propuso a la Cámara la adopción del acuerdo de declarar vacante la presidencia de la República, medida equivalente a privar a Aguilera del cargo de vicepresidente y del derecho de ocupar la presidencia a su regreso a Cuba si podía efectuarlo. Acordó asimismo la Cámara días más tarde que los jefes y oficiales en el extranjero que no se presentasen al Gobierno dentro del plazo de cuatro meses, perderían sus grados en el Ejército Libertador. Impedido Aguilera de regresar a Cuba dentro del período indicado, la pérdida de su grado de mayor general le resultaba inevitable, de lo que, sintiéndose herido en lo más íntimo, se lamentó con profunda amargura, considerándolo un rudo golpe de ingratitud.

Despejado en esa forma el camino para la elección de Estrada Palma, en sesión de 29 de marzo, a propuesta de La Rúa, la Cámara eligió Presidente de la República por once votos contra dos a Don Tomás Estrada Palma. Acto seguido éste prestó juramento ante la Cámara y asumió el cargo de jefe del Ejecutivo.

Las más graves y urgentes cuestiones a que vióse obligado a prestar atención el Presidente Estrada Palma, de acuerdo con su programa de restablecer el respeto a la ley, la disciplina y la autoridad del Gobierno, fueron las de carácter militar, particularmente en Las Villas. Días antes de la elección de Estrada Palma, ante la manifiesta hostilidad de los jefes villareños, el general Julio Sanguily presentó su renuncia de jefe de la Primera División de Las Villas, el 12 de marzo.

Obligado Gómez a interrumpir la ejecución de sus planes de reforzar Las Villas Occidentales, dictó orden de concentrarse en La Reforma, Sancti-Spiritus, a los jefes de la citada Primera División, les dió cuenta de la renuncia de Sanguily y los instruyó de que hasta que el Gobierno designara el sustituto del general renunciante, debían entenderse con el Cuartel General directamente. El 31 de marzo, ya en la presidencia Estrada Palma, Sanguily partió para la sede de Gobierno en Camagüey. Gómez consignó en su *Diario* su desaliento ante la actitud de los villareños. Preveía que pronto se le presentaría a él personalmente el mismo problema, "por lo cual debía hacer todo lo posible para salir del compromiso de estar al frente del mando de Las Villas". En mayo, lo entregó al general Roloff, y pasó a Camagüey, llamado por el Gobierno, al cual presentó su dimisión. Firme y rápida fué la decisión de Estrada Palma, con el propósito de restablecer el principio de autoridad y reducir los indisciplinados jefes villareños a la obediencia. Las renunciaciones de Sanguily y de Gómez no les fueron aceptadas por el Presidente Estrada Palma, de quien recibieron la orden de regresar a Las Villas sin demora, y continuar al frente de sus mandos respectivos. Gómez no pudo asumir el suyo en Las Villas hasta julio 18, frente al nuevo problema de atender a la desertión de cien hombres del contingente oriental mandado por el coronel Francisco Borrero, jefe enviado por Gómez en comisión al Gobierno en Camagüey, instando a éste a tomar medidas enérgicas respecto de los desertores. Con Borrero marcharon llamados por Estrada Palma para imponerles diversos correctivos por las serias faltas en que habían venido incurriendo, el coronel Francisco Jiménez, de conducta muy desarreglada según Gómez; el Dr. Figueroa, jefe de Sanidad de Las Villas, enconado enemigo de Sanguily; y otros varios villareños, autores de denuncias y quejas al Gobierno contra el propio Gómez. Todas las medidas dictadas por el presidente Estrada sobre el asunto fueron inútiles. Persistente y más enconada la hostilidad de los villareños contra Sanguily, reiteró éste su renuncia y Gómez decidió sustituirlo por Roloff. El 1º de septiembre, tomó la radical medida, en un esfuerzo final de sustituir los jefes camagüeyanos y orientales con mando en Las Villas, por jefes villareños, según se ha dado cuenta en páginas anteriores. El 18, recibió informes de Calvar respecto al pésimo estado de la división a sus órdenes. Finalmente, en 1º de octubre hizo crisis la cuestión villareña. Los generales Sanguily y Calvar, renunciados sus mandos ante la imposibilidad de restablecer la disciplina, partieron para Camagüey, y el mismo día, el general Roloff compareció en el Cuartel General, para manifestarle a Gómez personalmente, el deseo de los villareños de que resignase el cargo de

jefe de Las Villas, para el cual lo aclamaban a él, Roloff. Sin contestar palabra alguna, Gómez dió posesión inmediatamente a Roloff y comenzó a preparar su salida para Camagüey. Cruzada La Trocha el 14 de noviembre de 1876, Gómez se declaró en su diario derrotado en Las Villas. Estaba en lo cierto, sólo que la derrota era de mucha mayor magnitud. Alcanzaba al Gobierno de Estrada Palma, impotente para imponer la disciplina y la autoridad del Gobierno en Las Villas; y alcanzaba también a la Revolución, fracasado de manera total el gran esfuerzo militar de la invasión de Occidente. Desde noviembre de 1876 en lo adelante, la Cámara y el Ejecutivo, debatiéronse en angustiosos esfuerzos inútiles, sin poder ni autoridad alguna. Tras insistentes gestiones, lograron, mediando Gómez, llevado por Estrada Palma a la Secretaría de la Guerra, que Vicente García, orgulloso con su gran triunfo de la toma de Las Tunas, único jefe aparentemente disponible, aceptase el mando en Las Villas, después de conferenciar con el Presidente Estrada. Después de largas demoras, el jefe tunero manifestó dispuesto a acatar la demanda del Gobierno. En tal sentido, emprendió la marcha rumbo a la Trocha, al frente de un pequeño contingente mixto de tuneros y camagüeyanos para pasar a Las Villas, no en la segunda quincena de enero de 1877, como había prometido, sino a mediados de marzo. El Presidente Estrada Palma había asumido el cargo de General en jefe, a lo que no se arriesgó nunca Carlos Manuel de Céspedes; el hermano de éste, mayor general Francisco Javier de Céspedes, fué designado vicepresidente de la República, y su hijo, el valeroso coronel Ricardo Céspedes, sustituyó al heroico brigadier Reeve caído en Yaguaramas, al frente de la lucha en Las Villas Occidentales y Matanzas. En el Gobierno y la Cámara, levantáronse un tanto los ánimos, esperanzados con dichas disposiciones, y cuando, transcurridas varias semanas, esperaban con ansiedad la noticia de la entrada en Las Villas del mayor general Vicente García, recibieron ya en abril la de que éste, acampado con sus fuerzas cerca de la Trocha, el 30 de marzo (1877) había asumido una actitud que presagiaba un nuevo movimiento sedicioso similar al de las Lagunas de Varona.

Los antecedentes específicos del nuevo peligro de sedición eran bien precisos. En 17 de marzo, 1877, el general García había dirigido una exposición a la Cámara "aquejando abusos de autoridad e injusticias perpetrados por el Ejecutivo, en perjuicio de los intereses de la patria y de su dignidad como ciudadano particular" (4). Transcurridos unos once días sin haber recibido respuesta, el general estimó justificado dirigir una comunicación, en 30 de marzo, fechada en Las Guásimas, irrespetuosa en grado extremo para la Cámara y el Ejecutivo conjun-

tamente. En 6 de abril, la respuesta cameral enviada a García, manifestábase haber "visto con desagrado el tono irrespetuoso, exigente y amenazador" del escrito del general, y le prevenía que se abstuviese de emplearlo en lo sucesivo. En Las Tunas, al aceptar Vicente García el mando en Las Villas, había quedado al frente de las fuerzas el brigadier Manuel Suárez, y coincidiendo con las comunicaciones de García, el Gobierno tuvo conocimiento de que los tuneros, acaudillados por sus jefes y oficiales, habíanse amotinado contra Suárez y declarado que no depondrían su actitud hasta que no volviese a mandarlos Vicente García. Una nueva sedición parecía estar en marcha, y el Gobierno partió precipitadamente, bajo la penosa impresión de la captura por los españoles del coronel Ricardo Céspedes, hijo del vicepresidente de la República, acompañado por el mayor general Máximo Gómez, designado Secretario de la Guerra (5). El 14, reunido el Gobierno con el brigadier Suárez, recibió de éste la información del amotinamiento total de las fuerzas tuneras. El gobierno acudió al expediente de sustituir a Suárez por el coronel Francisco Borrero, que había sido popular en Tunas, pero los amotinados persistieron en su actitud. Volvió el Gobierno a Camagüey, departamento al cual extendió su ofensiva militar y pacifista Martínez Campos, puesta llamativamente de relieve con el trato respetuoso y cortés dado al coronel Ricardo Céspedes, en vez de fusilarlo según los procedimientos de guerra seguidos hasta entonces por el mando español. La Cámara, de acuerdo con el Presidente Estrada Palma, adoptó el acuerdo de enviar a Oriente una misión formada por tres de sus miembros, los diputados Collado, Beola y Figueredo Socarrás, a investigar el estado de cosas prevaleciente entre los orientales y tratar de restablecer el orden y la disciplina donde estuviesen perturbados (abril 20, 1877).

No obstante que los acontecimientos de las Tunas revelaban la existencia de un movimiento sedicioso en marcha, el Gobierno, sin noticias de Vicente García, confiaba en que éste hubiese cruzado la Trocha y se encontrase en Las Villas, explicándose en esa forma la falta de informes del general. Próximo a la Trocha, el general García puso de manifiesto sus propósitos. El 10 de mayo, acampado en Santa Rita, al oeste de Camagüey, resolvió, rodeado de las tropas bajo su mando, negar obediencia al Ejecutivo y la Cámara y pronunciarse contra éstos. A ese efecto, el 11, una junta de sus jefes y oficiales de las fuerzas, presidida por el general José Manuel Barreto, adoptó el acuerdo de llamar "al pueblo y al ejército en armas a derrocar a Estrada Palma, disolver la Cámara e iniciar un movimiento de reformas político-militares, como en el de las Lagunas de Varona". El 20 recibió el Gobierno la

primera versión de los sucesos, y dos días más tarde, los manifiestos y proclamas dados a la publicidad por los "pronunciados". García, mientras tanto, regresó a Las Tunas, comunicó al gobierno no haber podido cumplir la misión de invadir Las Villas, por encontrarse enfermo, esperando reponerse en su distrito tunero, y escribió al general Gómez manifestándole "que no se encontraba animado a prestar más servicios mientras no cambiaran el orden de cosas existentes" (6). Impotente el Gobierno, sin darse por enterado de la declaración final del general García a Gómez, lo citó a recibir instrucciones, demanda a la cual accedió García, estimando que el llamamiento del Gobierno era un reconocimiento de que él no se había apartado del orden legal. Todas estas cuestiones, y el atender a la ofensiva militar y pacifista de Martínez Campos en Camagüey, ya en el mes de junio obligaron a Estrada Palma a no marchar a Oriente como era su propósito, y a despachar al general Gómez, a estudiar, conocer la verdadera situación entre los orientales, y dar solución a los problemas del momento. Tanto la misión de Collado, Beola y Figueredo, como el general Gómez, comprobaron que dirigido por el teniente coronel Limbano Sánchez y otros jefes de Tunas, parte de Huguán y otras varias zonas, el movimiento sedicioso se había extendido en el Departamento. Sólo el general Antonio Maceo, fiel a sus principios de respeto a los altos poderes revolucionarios legítimamente constituidos de acuerdo con las leyes, habíase negado a acceder a la solicitud de Vicente García de unirse al movimiento, lo había condenado en términos muy severos, y manifestóse dispuesto varias veces a jugarse la vida personalmente, tratando de imponer a Limbano Sánchez el respeto al orden y a la disciplina, hasta arrestarlo para imponerle el correctivo procedente, lo que no llevó a efecto, al llegar Gómez a Oriente, con la alta representación del Gobierno, en espera de instrucciones de éste. Larga la reseña de los múltiples incidentes del proceso sedicioso en Oriente, el resultado final resultó ser, hecha excepción de las fuerzas bajo el mando superior de Maceo, un estado de perturbación y desorganización profundo, con pérdida de toda autoridad del Gobierno.

En octubre, la crisis final era ya inminente. En Holguín, en un cantón con un simulacro de gobierno constituido, de hecho, por el representante Collado, había llevado la desorganización a un grado extremo. En la zona de Manzanillo, las cosas marchaban peores aún. El coronel Antonio Bello, jefe del regimiento Yara, accedió a invitación del brigadier español Dabán, transmitida por conducto del agente cubano Esteban de Varona y sugestión de éste, a celebrar una entrevista con el citado brigadier enemigo, la cual efectuó, en unión de otros jefes y

oficiales, en el campamento El Congo, con asistencia no sólo de Dabán, sino también del general Alfonso del Cortijo y del brigadier Bonanza. Bello escribió al presidente Estrada Palma, a Camagüey, una carta en la que le daba cuenta de la conferencia celebrada y solicitaba autorización para pasar a la sede del Gobierno a través de las filas enemigas, para nuevas conferencias que exigían los más caros intereses de la patria y el regimiento a sus órdenes. A estas nuevas conferencias asistirían también los tres jefes españoles, Cortijo, Dabán y Bonanza. Si no se aceptaban las indicaciones que debía hacer al presidente, éste podría contar con la seguridad de que se reintegraría al mando de su regimiento Luz de Yara.

Dada la política de división y pacificación del frente cubano que venía llevando adelante el general Martínez Campos, Estrada Palma entendió que la irreflexiva conducta del coronel Bello podría causar muy grave daño a la Revolución en Manzanillo y Bayamo, distritos a los que decidió dirigirse inmediatamente. Antes de partir, instruyó al general Gómez, que acababa de regresar del desorganizado Holguín, sobre los procedimientos que debía seguir, en el caso de que Bello, Varona y los demás llevaran a cabo la audacia de dirigirse a Camagüey por las líneas españolas. Recordóle también el decreto del 30 de junio de 1875, por el cual se dispuso que fuesen juzgados como espías, en consejo de guerra verbal, los que llevasen al campo cubano proposiciones de paz que no se fundasen en la independencia. El 5 de octubre en la mañana, Estrada Palma, acompañado del mayor general Vicente García, que debía marchar junto con él durante dos o tres jornadas, a las pocas horas de haberse separado del general Gómez, recibieron de éste un aviso de que en el lugar llamado Jobo Dulce se había encontrado con los coroneles Bello y Santiesteban, Varona, José del Carmen Castellanos y dos individuos más, todos los cuales procedían del campo enemigo, por lo cual los había reducido a prisión y esperaba órdenes. El presidente Estrada Palma dispuso que los presos fuesen llevados por Gómez al lugar donde él acampaba, los interrogó separadamente a todos, reunió el Gabinete para deliberar sobre el asunto y propuso que se les sometiese a consejo de guerra a todos para determinar la responsabilidad de cada uno. Terminada la sesión en horas de la noche, el presidente extendió autorización a favor del general Máximo Gómez, Secretario de la Guerra, para que nombrase los miembros del tribunal consultivo, acordado en el Gabinete, y después pusiese todos los detenidos a disposición del jefe de la División de Camagüey para que fuesen sometidos a consejo de guerra. Adoptadas estas disposiciones, el Presidente continuó su marcha a Oriente.

Juzgados los presuntos reos, el consejo de guerra verbal condenó a Bello a ser pasado por las armas, a ser ahorcados a Varona y a Castellanos; a Santiesteban a degradación, y a Rivero a suspensión de empleo. En la mañana del 8, fueron ejecutados Varona y Castellanos, mientras que el defensor de Bello, diputado Ramón Pérez Trujillo, planteó una cuestión legal contra el fallo, por lo cual el tribunal aplazó la ejecución de la sentencia hasta ser resuelto. Mientras tanto, Bello logró sobornar al oficial de guardia, que se fugó con él, presentados ambos al siguiente día a las autoridades españolas a Puerto Príncipe. La ejecución de Varona, produjo profunda impresión en Camagüey, donde tenía numerosos familiares y amigos, así como la fuga y presentación de Bello. Los más severos críticos de Estrada Palma, consideraron dicha ejecución y la del práctico Castellanos como un asesinato. Imputáronle también graves responsabilidades al general Gómez, aún cuando éste habíase limitado a cumplir las órdenes del presidente de la República. Los españoles, por su parte, establecieron en su propaganda un contraste entre la política humanitaria de pacificación que venían realizando ellos y la de crueldad y violencia del gobierno revolucionario.

Once días después del fusilamiento de Varona, el Presidente Estrada Palma tuvo la buena suerte de ser hecho prisionero en el lugar llamado Las Tasajeras, jurisdicción de Holguín, dispersa su escolta en su marcha rumbo a Bayamo, perseguida por guerrilleros de una columna española al mando del coronel Mozo Viejo, con base en Holguín. La buena suerte cabe decir, porque el Presidente Estrada Palma pudiera haber sido muerto por sus captores o tener que capitular pocos meses después como otros muchos patriotas, negociando con el enemigo sobre bases que no comprendían la independencia, delito por el cual ordenó la ejecución de Varona y de Castellanos.

CAPÍTULO IV

CRECIENTE AGOTAMIENTO EN EL CAMPO REVOLUCIONARIO. PACTO DEL ZANJON. PREDICCIÓN DEL GENERAL JOVELLAR

DESDE el combate de Naranjo, el 10 de febrero de 1874, hasta el 14 de noviembre de 1876, fecha en la que reconociéndose y declarándose derrotado el general Máximo Gómez recruzó una vez más La Trocha, pasó a Camagüey, y se dirigió a la sede del gobierno cubano, sucediéronse en Cuba cuatro capitanes generales en propiedad, y uno interino, durante corto tiempo éste.

Al frente de la Capitanía General estuvieron Joaquín Jovellar, que se hallaba al mando superior de la Isla en la fecha en que se libró la acción de El Naranjo; el general Concha; Conde de Valmaseda; y nuevamente, Jovellar, con Martínez Campos. El mando interino lo desempeñó el general Buenaventura Carbó. El frecuente cambio de Capitanes Generales debióse a que el Gobierno español sentíase altamente descontento e inquieto, a causa de la prolongación de la guerra, no obstante las seguridades de pacificación dadas siempre por los capitanes generales desde Cuba.

A fines de 1876, la situación había cambiado en España, en el sentido de una sustancial mejoría. El pronunciamiento del general Arsenio Martínez Campos, en Sagunto, había conducido a la restauración de la monarquía, con el joven rey Alfonso XII en el trono y Antonio Cánovas del Castillo en la presidencia del Consejo de Ministros. El propio general Martínez Campos había tenido la fortuna de contribuir decisivamente a la terminación de la guerra carlista. Para la consolidación de la monarquía, era una necesidad fundamental de la mayor urgencia, el terminar la insurrección en Cuba, porque la copiosa sangría a la juventud española y el espectáculo de regreso de miles de soldados heridos y enfermos en las condiciones más lastimosas, con la salud arruinada para siempre, era causa de profundo descontento del pueblo español y de irritadas quejas y protestas contra el Gobierno que no

ponía término a la guerra. Paralelamente, la carga financiera de ésta, hacía abrumadora para el Fisco en Cuba y la Hacienda española. Por último, los incidentes internacionales ocasionados por la guerra, ensombrecían las relaciones exteriores de España de un modo peligroso, frente a una opinión mundial con síntomas de inclinarse marcadamente contra España, por muy variados motivos, sobre todo en los Estados Unidos. Martínez Campos había realizado una labor de pacificación en España. Bien podía efectuarla también en Cuba, ya que desde el comienzo de la insurrección mientras operaba activamente contra los revolucionarios cubanos, había llegado a la conclusión de que una sublevación tan general, motivada por causas tan hondas como la de Cuba, dadas las condiciones de la clase de guerra a realizar para ponerle término, requería el simultanear la acción militar con una labor de pacificación moral, mediante la humanización de la guerra y la concesión de reformas razonables y justas en el régimen colonial, caminos por los cuales se llegaría a dividir a los insurrectos y a facilitar la derrota de éstos. El hombre de Sagunto podía ser enviado a Cuba de acuerdo con Jovellar, quien continuaría como Capitán General al frente de la administración. Por su parte, Martínez Campos asumiría la jefatura superior militar, con plenos poderes "de S. M. El Rey", para la pacificación de la Isla. Aceptado el arreglo por Jovellar, el general Martínez Campos arribó a la Habana el 3 de noviembre de 1876, once días antes de que el general Máximo Gómez derrotado por la fatalidad, tanto o más que por las evidentes manifestaciones de quebranto de la indisciplina en las filas del Ejército Libertador, abandonase Las Villas. Con Martínez Campos arribaron los últimos batallones de los 26,132 hombres de refuerzo enviados a Jovellar, de 20 de septiembre a 3 de noviembre, elevando el ejército español en Cuba a más de 96,000 soldados.

Dividida por el nuevo jefe militar superior las fuerzas españolas en seis comandancias —Cuba, Holguín, Camagüey, La Trocha, Remedios y Sancti-Spíritus— con brigadas y sub-brigadas, ordenó que cada batallón de los nuevos refuerzos ocupase inmediatamente el lugar de su destino, y designó jefe de su Estado Mayor al mariscal de campo Luis Prendergast.

Desde que el general Máximo Gómez inició la primera fase de su gran campaña de invasión de Occidente, las fuerzas españolas habíanse mantenido a la defensiva, tratando de eliminar la amenaza a Las Villas, Matanzas y La Habana, tanto en la primera fase de dicha campaña en 1874, como en la segunda, comenzada en 1875. El propósito de Martínez Campos era radicalmente distinto. Proponíase iniciar una ofensiva final para la terminación de la guerra, comenzando con acu-

mular grandes fuerzas al Occidente de La Trocha, en Matanzas y Las Villas, y una vez vencida la insurrección donde era más urgente la derrota de ésta, pasar a Camagüey y a Oriente, donde el Ejército español permanecería casi a la defensiva mientras tanto. Para llevar adelante la ofensiva puramente militar, dictó Martínez Campos, a base de su larga experiencia en la guerra de Cuba, minuciosas instrucciones a los jefes de las columnas, respecto a la manera de operar incesantemente, de evitar sorpresas, y de no dar momento de reposo al enemigo. A esta ofensiva, uniríase la de orden moral, destinada a quebrantar la moral revolucionaria, con instrucciones a todos los jefes españoles de respetar la vida a los prisioneros insurrectos, cambio radical en los procedimientos de guerra a muerte seguidos hasta entonces. Ordenó, asimismo, que se diese cuenta al general en jefe de los infidentes arrestados o capturados sin circunstancias agravantes, y que se protegiese a las familias que se presentasen y a las que fuesen capturadas en los campos. Estas disposiciones se aplicarían, sin distinción, a personas blancas y de color, tanto libres como esclavas.

Para el plan de ofensiva militar, despachó Martínez Campos un refuerzo de cinco batallones, de los nuevos refuerzos, a las jurisdicciones de Colón, Cárdenas y Cienfuegos, y a la Ciénaga de Zapata, donde operaban todavía fuerzas insurrectas al mando del coronel Cecilio González. Para el resto de Las Villas, destinó 17 batallones adicionales a los que ya operaban en tal territorio, donde después de la marcha de Gómez, continuaron luchando bajo el mando superior de Roloff, Francisco Carrillo, Serafín Sánchez, Francisco Vega, Marcos García, y algunos otros jefes. Seriamente quebrantados, los villareños, podían todavía efectuar concentraciones y ocasionar descalabros a las tropas españolas, como el de la derrota de la columna del coronel Ayuso, el 18 de noviembre, 1876, en Nuevas Jobosí, donde sufrió fuertes bajas de muertos y heridos y se vió obligado a cederle el campo a los cubanos.

Proseguidas las operaciones militares españolas sin descanso, personalmente activadas por Martínez Campos, el importante éxito de la captura del coronel Ricardo Céspedes, hijo del vice-presidente de la República, mayor general Francisco Javier de Céspedes, por el coronel español Mella, en Matanzas, permitió al general en jefe español, dar un paso en firme en su campaña de dividir y pacificar. El coronel Céspedes, tratado con respeto y cortesía, en lugar de ser fusilado como había sido la práctica hasta entonces, fué dejado en libertad, al objeto de poner de manifiesto la política "humanitaria" de Martínez Campos, e inclinar el ánimo de los insurrectos a ponerle término a la guerra, mediante un pacto con el jefe español en las más ventajosas condiciones

posibles, ya que no pudiese ser sobre la base de independencia. De inmediato, nada importante pareció producir el extraordinario cambio de la política de guerra española, pero pronto aparecieron evidencias de que la impresión había sido intensa en el campo insurrecto, y de que el Gobierno de Estrada Palma estimó la nueva práctica bélica española singularmente peligrosa, dadas las circunstancias del momento.

De noviembre, 1876, a fines de marzo, 1877, Martínez Campos concentró su ofensiva en Matanzas y Las Villas, de acuerdo con su plan estratégico general; pero ya en primero de abril, 1877, consideró suficientemente pacificada Matanzas y dominadas Las Villas, de modo que se dispuso a trasladar su campaña a Camagüey, aún en el período de las lluvias que ya comenzaba a hacerse sentir y a dificultar las operaciones. Con suficientes fuerzas a su disposición, el general en jefe español dejó el territorio villareño ocupado por diecisiete batallones, quince escuadrones, numerosas guerrillas y crecidas fuerzas de la Guardia Civil, a fin de completar la pacificación total. Con nueve batallones, diez piezas de artillería y las fuerzas de caballería correspondientes, inició el avance sobre el Departamento del Centro, en la ya citada fecha de 1º de abril, partiendo de La Trocha para Puerto Príncipe al frente de una fuerte columna, mientras otras tres, saliendo también de diversos lugares de la barrera separatoria de Camagüey y Las Villas, convergían coordinadamente sobre la capital principieña.

En los mismos días en que Martínez Campos se lanzaba sobre Camagüey, el mayor general Vicente García, decidido a no pasar a Las Villas, mantenía al Gobierno cubano totalmente falto de información sobre sus movimientos y sus planes respecto a la misión a él confiada, mientras que el general José Miguel Barreto, el coronel Modesto Fonseca y otros varios jefes y oficiales trabajaban activamente en el propio campamento del general García, que los dejaba hacer, en promover el movimiento sedicioso contra Estrada Palma, similar a las Lagunas de Varona contra Cisneros.

En elocuente carta fechada en 25 de mayo de 1877, dirigida a su amigo el coronel Modesto Fonseca, ayudante y consejero del general García, uno de los firmantes de las proclamas y alocuciones encabezadas por Barreto, el diputado Francisco La Rúa condenó el nuevo "movimiento político" en los más duros términos; lo juzgó funesto para la causa cubana, e imputó al mayor general Vicente García y a cuantos jefes y oficiales lo secundaban las más graves responsabilidades. Por su parte, el general Antonio Maceo, en carta de 5 de julio al general García, contestación a una de éste, de 3 de junio, invitándolo a sumarse a una protesta contra el Gobierno, rechazó enérgicamente la in-

(ms) +
vitación y censuró el proceder de García y de los sediciosos de Santa Rita, con la mayor rudeza y severidad. "Al mismo tiempo que indignación", escribió Maceo a García, "desprecio me produce su invitación al desorden y a la desobediencia a mi superior, rogándole se abstenga en lo sucesivo de proponerme asuntos tan degradantes, que sólo son de hombre que no comprenden los intereses patrios ni los personales. Al hacerme dicha manifestación, debió tener presente que ante todo soy militar. Para mí, nada implica la amenaza que hace a este distrito, porque siempre apoyaré al Gobierno legítimo, y no estaré donde no pueda existir orden y disciplina, pues vivir de esa manera sería llevar la vida del bandolerismo. Cumpla Ud. con el deber que le imponen su grado y la patria, y verá como ni las fuerzas se fraccionan ni se desorganizan, como Ud. dice, pudiendo siempre reclamar el derecho y la justicia. Siendo repetidos por Ud. los actos de desobediencia al Gobierno, a las leyes del país y a lo que pide la mayoría, resultará ahora como en el 75; y aún creo más, el pueblo, con el derecho que le asiste, se verá en el caso de exigir a Ud. estrecha responsabilidad de sus actos inconvenientes a los intereses de la patria. Después del terrible juez del pueblo, vendrá la Historia, que juzgará imparcial y sinceramente sus hechos pasados" (1). +

La Historia, como previniera Maceo a Vicente García, ha dado en el curso de los años su veredicto contra el caudillo tunero. No obstante, el historiador no puede dejar de considerar, sin el menor propósito de atenuar el reprochable proceder de éste, el estado anormal de cosas que facilitó e hizo realizable sin dificultad, el movimiento sedicioso de Santa Rita, en forma más funesta que el de Las Lagunas de Varona.

En efecto, en la fecha en que el general García fué designado para la jefatura superior de Las Villas, era un hecho bien conocido en todo el campo revolucionario la actitud de los villareños, firmemente opuestos a ser mandados por jefes camagüeyanos y orientales, contra los cuales tenían, en general, motivos de resentimiento. Los generales Antonio Maceo, primeramente, y con posterioridad Sanguily, Calvar y Manuel Suárez, fueron repudiados por los jefes de Las Villas. El primero, no llegó a tomar parte en la invasión; los tres últimos, después de haber servido en el territorio villareño a las órdenes de Gómez, fueron rechazados por los jefes de Las Villas y tuvieron que repasar la Trocha y volver a Camagüey. Por la misma causa de oposición villareña, el general Gómez vióse obligado a relevar de los mandos que les había confiado en Las Villas, a los coroneles, tenientes coroneles, y oficiales de su mayor confianza, y hacerlos salir para Camagüey y Oriente, reemplazados por villareños. Finalmente, el mismo general Gómez, no

obstante su excepcional reputación y su prestigio, había sido repudiado y obligado a salir en derrota de Las Villas. Forzarle a él, Vicente García, en esas circunstancias, a asumir con un escaso contingente de camagüeyanos y tuneros, el mando de Las Villas, en los momentos en que Martínez Campos acumulaba grandes fuerzas y libraba la más activa campaña contra los villareños, era echar sobre él una carga que estimó imposible de sobrellevar. Se había negado a aceptarla repetidamente, alegando toda clase de razones, sin lograr que el Gobierno lo relevase de ella. Tal persistencia de Estrada Palma en forzarlo a marchar a Las Villas, bien podía considerarla como determinada por un propósito de desacreditarlo y anularlo, o como una incomprensión de su situación personal, la cual podría acarrearle los mismos daños. Sentíase asistido, por tanto, del derecho de juzgar al Presidente Estrada Palma un adversario personal suyo, dispuesto a hacer uso de su autoridad para hacerle daño, sin guardarle respeto alguno.

Existían, además, otros factores que pesaban en el ánimo del general García, en cuanto a negarse a obedecer al Gobierno y asumir la jefatura villareña. Él, Vicente García, al igual que el mayor general García Iñiguez, nunca se había mostrado favorable al proyecto de invasión. No obstante, obligados los dos Garcías moralmente con Cisneros Betancourt, contribuyeron a la formación del contingente oriental, que según se ha expuesto en otras partes de esta obra, sufrió grandes pérdidas en El Naranjo y en Las Guásimas, para regresar meses más tarde los supervivientes a Tunas, Holguín, Cuba y Bayamo, altamente descontentos del resultado de la campaña. Con posterioridad, cuando Gómez invadió Las Villas en 1875, tardóse no menos de un año, a pesar de los grandes esfuerzos del Gobierno, en reunir el nuevo contingente, que cruzó la Trocha en los primeros meses de 1876, al mando del brigadier Suárez, una parte del mismo, y del coronel Francisco Berrero, la otra. El espíritu militar y la disciplina de este segundo contingente, eran muy inferiores a los del primero. A poco de hallarse en Las Villas, desertaron no menos de 100 hombres, más de la cuarta parte de todo el contingente, creándole enojosas dificultades a Gómez, quien, en catorce de noviembre de 1876, al salir de Las Villas derrotado, llevó consigo como parte de su impedimenta, numerosos enfermos y heridos, según hizo constar en su diario, restos del desecho contingente de orientales y camagüeyanos. Después de estas amargas experiencias, era obra de imposible realización, de hecho, el poder reunir, organizar y conducir a Las Villas, contra aplastantes fuerzas españolas, algunos pocos centenares de mal dispuestos veteranos de Oriente. La realidad era que la oportunidad de la invasión de Occidente había pasado, una vez

derrotado Gómez, reconocíeralo o nó así el Gobierno de Estrada Palma. Secundado por los jefes y oficiales a sus órdenes, respaldados a su vez por la tropa, el general Vicente García negábase a un sacrificio inútil, y él y sus fuerzas volvíanse contra el Gobierno que se empeñaba en imponérselos.

Que la situación, no ya en Oriente, sino en el mismo Camagüey, era la expresada en el párrafo precedente demuéstranlo evidencias históricas, que el Representante La Rúa, enérgico y severo crítico del general García, tenía ante su vista, sin que, cegado por su espíritu patriótico, se diese cuenta de ellas.

(m) En la carta dirigida el 25 de mayo de 1877 por La Rúa al coronel Fonseca, mencionada en páginas precedentes, expuso algunas de esas evidencias de manera irrefutable. Explicándole La Rúa a Fonseca los efectos desastrosos sobre las fuerzas camagüeyanas del "movimiento de Santa Rita", dióle cuenta de lo ocurrido en la primera brigada de la primera división del segundo cuerpo, o sea, el de Camagüey. "Los jefes respectivos de las diversas fuerzas integrantes de dicha brigada", escribía La Rúa, "a quienes nadie podía tildar de haber estado ociosos durante los ocho años de guerra, ni haber trabajado en contra del orden y la disciplina del Ejército, hallábanse ocupados, como era su deber, en adelantar y organizar sus fuerzas, de vuelta de la última concentración a que habían sido llamadas, y de contrarrestar en lo posible los primeros esfuerzos que un enemigo fuerte y alentado hacía palpables, en una campaña que podía ser la decisiva. No se ocupaban de política los jefes de la brigada, ni de la Constitución de una república democrática-social. Su única tarea consistía en burlar y desengañar al enemigo; su empeño exclusivo, el que la tropa cubana no fuese una horda de licenciados, sino una reunión de hombres consagrados a trabajar por Cuba y para que Cuba triunfase". En esta tarea, y concentrados en este empeño hallábanse todos, agregaba La Rúa, bien alimentados los soldados, a quienes se otorgaban gradualmente los permisos que las operaciones del enemigo permitían, para tratar de proveerse en las zonas de cultivo enemigas de lo que necesitaban con mayor urgencia, cuando sorprendió a los jefes de la brigada la desertión de unos pocos individuos. Más tarde, ocurrió la de otro número mayor, al tiempo que susurrábase en el campamento que el general García se preparaba a hacer un "movimiento político" y aguardaba la presencia de las fuerzas de la primera brigada para ponerlo en marcha. Poco después apareció en el cuartel de la brigada un oficial sospechoso de haber aceptado una misión poco digna, y al siguiente día de su marcha, descubrióse en el pabellón de un jefe, un paquete de las circulares enviadas por el coronel

Fonseca, un programa y otros documentos confirmativos de los mencionados rumores. La desertión, pese al esfuerzo de los jefes, hízose general. Quedaron en el campamento, sólo unos pocos hombres, a quienes el desfile de sus compañeros no pudo inducir a que incurriesen en la falta, una de las más graves en el orden militar, de desertar frente al enemigo, y con esos pocos hombres, los jefes y oficiales incapaces de manchar su reputación. "En un solo día", queja la más amarga de La Rúa, "quedó destruído el trabajo de ocho años largos de martirios y de afanes. A los verdaderos patriotas no les quedaba, ante la conducta de los sediciosos y los desertores, otro recurso que bajar la cabeza y pedir a la tierra que se abriese a sus plantas". La disposición viciada de los ánimos, y el quebranto de la disciplina y de la moral militar, de fuerzas que habían sido la creación y el orgullo de Agramonte, era lo que hacía posible el dejar deshecha una brigada entera, en los excepcionales momentos en que Martínez Campos lanzaba sus aguerridas y fuertes columnas a recorrer con miles de hombres, los campos de Camagüey. Simples rumores, y la distribución por un oficial ajeno a la brigada de algunas proclamas y circulares, habían bastado para disolverla, a pesar de la enérgica oposición de sus más responsables jefes.

En Tunas ocurría lo mismo que en Camagüey, y otro tanto, era evidente, en Holguín, Manzanillo y Bayamo. La tropa, en Tunas, negaba obediencia al brigadier Suárez, para pronunciarse, a favor de un movimiento político que no conocía. En Holguín, el Dr. Collado, al frente de importantes fuerzas de la jurisdicción, negaba obediencia al Gobierno, y se preparaba a constituir a gran parte de Holguín en una especie de cantón independiente, suspendidas, de hecho, las operaciones contra el enemigo casi por completo, a la par que el teniente coronel Limbano Sánchez acaudillaba la desertión de otras. En Manzanillo y Bayamo, el coronel Antonio Bello, con el apoyo del regimiento Luz de Yara, estimaba muy difícil la situación de las tropas cubanas, y entraba, por mediación de Esteban de Varona, en tratos con el brigadier español Dabán, pronto extendidos a los brigadieres Bonanza y Alfonso del Portillo. Sólo las fuerzas de Cuba y algunas pocas de Holguín al mando también de Antonio Maceo, secundado por el coronel Rius Rivera, manteníanse firmes en su respeto al orden y la disciplina, e iban más allá, dispuestas a imponerlos en todo Oriente por las armas, si llegaba a ser necesario, y así lo ordenaba el Gobierno de Estrada Palma.

El mayor general Vicente García no era un jefe popular, ni gozaba de ascendiente alguno en Camagüey, donde nunca se le había mirado con la menor simpatía, ni en Oriente, donde su influencia y su autoridad material y moral limitábase al territorio tunero. No podía en-

tenderse que era un taumaturgo, a la menor sugestión o indicación del cual se pronunciaban, arrastrados por una fuerza avasalladora, centenares, miles de hombres, en Camagüey y en la mayor parte de Oriente. Vicente García, además, a pesar de haberse promovido el "movimiento", en su campamento, aparentó seguir acatando al Gobierno cuya existencia amenazaban sus ayudantes y allegados. Era manifiesto, pues, que un estado general de quebranto de la organización minaba las fuerzas, la disciplina, y la moral militar de hombres fatigados y desesperanzados, en una lucha terrible y sin término, contra un enemigo más y más agresivo y con una superioridad más abrumadora de hombres y de material cada día, sin esperanza alguna ni otras perspectivas, que la de un sacrificio estéril, de ellos mismos y de sus desdichadas familias, víctimas de las más horrendas calamidades. La guerra de agotamiento, a largo plazo, perdíase por los cubanos, inexorablemente. Era ésta la realidad, aun cuando una no corta proporción de hombres resueltos a luchar hasta la muerte, se negase a reconocerlo.

La intensa ofensiva española impulsada por Martínez Campos y Jovellar, a partir de Matanzas y Las Villas, desde fines de 1876, extendida desde el primero de abril de 1877 a Camagüey; la supresión de los exterminadores y feroces métodos de guerra de Valmaseda y los voluntarios; la terrible devastación del territorio revolucionario; la falta total de auxilios del exterior, y la muerte de muchos de los más distinguidos jefes insurrectos cubanos y de muchos también de las más ilustres personalidades civiles del campo cubano, disminuían la autoridad, la fuerza y el prestigio del alto mando militar insurrecto y del Gobierno, aun cuando no lograban todavía que se diesen por vencidos.

Camagüey, el Departamento de menor población y de inferiores recursos a los de Las Villas y Oriente, con una topografía menos favorable para la defensa, hallábase ya casi exhausto. El territorio camagüeyano se encontraba, según Pirala (III, 411) arrasado de un extremo a otro. "El país estaba destruído casi en absoluto; los potreros cubiertos de espesa maleza y monte bajo; sin cercar las fincas; cerrados los caminos por la vegetación; extinguida la ganadería, abundantísima antes; empobrecidos los que fueron ricos propietarios. Ni alrededor de los fuertes, ni aun en la misma capital, había zona de cultivo para el mantenimiento de sus míseros habitantes y el de los en ella refugiados, extendiéndose la miseria a las clases trabajadoras, a los pequeños propietarios y a los más poderosos hacendados que habían consumido en nueve años de inacción y de guerra, sus recursos, sus alhajas y hasta su crédito. Los trabajos más penosos y el impetrar la caridad, eran medios buscados por los que antes disfrutaban de abundantes bienes de for-

tuna; y no bastaba la distribución de víveres y limosnas para impedir los horrores del hambre de aquellos infelices, en los que eran frecuentes ejemplos de dignidad y valerosa resignación, tanto más notables, cuanto mayor había sido la opulencia en que habían vivido.”

Juan Torres-Lasqueti, en su *Colección de Datos Históricos de Puerto del Príncipe*, publica una serie de datos comparativos para demostrar el estado de devastación y las pérdidas enormes sufridas por su región nativa durante la guerra, empezando por comparar los correspondientes a 1868 con los de 1799, en cuanto a población. En ese largo período, la jurisdicción aumentó 28,850 habitantes; y en 1879, comparado con 1868, el número de los pobladores de Puerto Príncipe habíase reducido de 62,527 a 55,459, con una pérdida neta de 7,068, o un 11%. Y la paralización de todo crecimiento en una década, la cual eleva la pérdida a más de 10,000 habitantes, cálculo bajo de un millar por año. Las reducciones del número de casas en la población, de fincas y poblados en los campos y de fincas rústicas, fueron proporcionales o mayores que las pérdidas en habitantes. De los 110 ingenios y 2,853 fincas en explotación en 1868, quedaban en 1879 sólo un ingenio y 2 potreros, y de las 350,000 cabezas de ganado existentes en 1868, en 1879 estimábanse existir unas 200, dispersas por los campos. Todas las restantes producciones agrícolas e industriales habían desaparecido totalmente. “Respecto al vecindario de la ciudad de Puerto Príncipe, baste saber”, consignó Torres-Lasqueti en la página 370 de su obra, “que sin embargo de haberse reconcentrado en la ciudad la mayor parte de las familias de la jurisdicción, al terminarse la contienda en 1878 había más de mil casas desocupadas. No existía un sólo carruaje particular, ni una carreta, ni un carretón del campo o del tráfico comercial, sustituidos con carretillas de mano cuando las había. A tal estado de decadencia y pauperismo quedó reducido el antes rico y floreciente Camagüey, en el momento histórico de haberse terminado la ruda campaña de los Diez Años, o sea al finalizar el año de 1879, que al visitarlo en ese período el ilustrado facultativo Don Federico Córdova, lo comparó con mucha propiedad, “a un cementerio en medio de un desierto”, palabras con que termina Torres-Lasqueti la primera parte del tercer período de su obra.

El ilustre coronel del Ejército Libertador en la guerra de los Diez Años, escritor e historiador de los más distinguidos de Cuba, Manuel Sanguily y Garritte, que vivió la Revolución junto a Ignacio Agramonte, al general Máximo Gómez y a otros altos jefes de la insurrección y a las más distinguidas personalidades de la Cámara y del Gobierno, no atribuye el quebranto del espíritu revolucionario a la in-

fluencia destructiva de una o más personalidades individuales. Discutiendo con espíritu filosófico sobre el asunto, mantiene la tesis de "que dejando a un lado el conflicto dinámico, el juego de las fuerzas contrarias, de la insurrección y de sus enemigos, su ascendencia respectivas y sus energías, en su seno se desarrollaron gérmenes de muerte, y que esos gérmenes allí los depositó alguien o en sí misma los traía". "La Revolución", agrega, "obedeció a leyes determinadas. Era un organismo. Nació de sus antecedentes, tuvo su razón suficiente, su lógica, esto es, su proceso. Componíase de elementos múltiples, llegó a adquirir una estructura especial, se desenvolvió, se acomodó a su *medio* y a sus componentes interiores. Se adaptó; se modificó; sufrió varios cambios; fué, por tanto, acomodándose sucesivamente a sus diferentes condiciones; hasta que, enfermándose y sanando algunas veces, llegó a decaer, no pudo reaccionar y desapareció. Fué un organismo dentro de otro, un organismo singular dentro de otro mayor y viviendo de él —una superfetación, un parásito y una perturbación. Esto en cuanto a la sociedad más general, que la engendró y la mantuvo. En sí misma la Revolución tenía elementos, medios y finalidad propia aunque subordinada." "Era la Revolución Cubana —agrega— una asociación algo amorfa y como difusa, una nebulosa en que algunos de sus materiales permanecieron en estado vaporoso, demasiado desprendidos y distantes; un grupo enorme de individuos desparramados por Europa y América, que constituyeron un núcleo en los campos de Cuba y buscaban un fin preconcebido, claro, perfectamente definido: ir de dentro a fuera, del centro a la superficie, desalojando a los españoles y asimilándose al resto de los habitantes de la Isla, hasta ocupar todo el territorio y dominarlo. El resultado fué adverso. El organismo inferior quedó destruido. Sus elementos se esparcieron por todo el mundo civilizado. La cantidad mayor de ellos volvió a entrar en el orden antiguo; con alteraciones profundas, volvió a sumirse en la corriente vital del organismo primordial la sociedad cubana" (2).

En noviembre y diciembre, 1877, proseguido el desarrollo de tal proceso, la persecución contra el Camagüey fué tenaz y de resultado para el perseguidor, especialmente en el territorio del Este, donde se había localizado la guerra. El regimiento de infantería *Jacinto*, única fuerza que se conservó en el orden, se vió diezmado, y el Gobierno y la Cámara, a los cuales custodiaba, tuvieron que fraccionarse después de varios percances. En las operaciones, desde agosto, en el Centro, los cubanos perdieron en la clase de jefes, al coronel Urioste, a los tenientes coroneles Duque Estrada, Agüero y Cossío, y a los comandantes A. Valdés y P. Díaz, prisioneros todos; al diputado Eduardo Machado,

al coronel G. Betancourt, al teniente coronel José María Sorí, al heroico comandante La Rúa, y a otros muchos heroicos patriotas de los más distinguidos hijos del Camagüey, muertos en combate, o por las guerrillas hasta en los más ocultos lugares. Finalmente, al Presidente de la República, Tomás Estrada Palma, prisionero en Las Tasajeras, pérdidas dolorosísimas e irreparables todas (3).

En medio de las dificultades de la ofensiva de Martínez Campos, comenzada el primero de abril en Camagüey; de la negativa o de la imposibilidad de Vicente García de pasar a Las Villas; y del inicio del movimiento político-militar en Santa Rita, en el mismo campamento del general García, a ciencia y paciencia de éste, ocurrió también un hecho singular, llamado a tener una importante repercusión pocos meses más adelante: la llegada a Cuba y la visita al campo insurrecto poco después, procedente de La Española, con salvo conducto concedido por Martínez Campos, de un Reverendo Mr. Pope, supuesto arzobispo electo de los Cayos, en la República de Haití, según se titulaba, que llegó a ser recibido por el Presidente Estrada Palma. El Reverendo Pope, americano, dependía de una diócesis de los Estados Unidos en cuanto a sus funciones religiosas, según declaración de él mismo. Su objeto, según consignó el coronel Fernando Figueredo Socarrás en su libro *La Revolución de Yara*, era hacer una visita al ejército cubano, con el carácter y aún el derecho de Pastor Evangélico y ofrecerle sus servicios como Ministro de Cristo. Nada había prescripto contra tales misiones, y a pesar de ser aceptado con gran desconfianza y la mayor reserva, se le franquearon todas las puertas para el mejor desempeño de su visita apostólica. El supuesto Mr. Pope entró en relaciones con el Presidente Estrada Palma y los miembros de la Cámara, en cuya compañía aparentaba gozar extraordinariamente. Se le espiaba de cerca, agrega Figueredo, esperando que incurriese en alguna indiscreción, que pudiera hacerlo responsable de contravenir nuestras leyes sobre emisarios del enemigo. Habló en general, de la suposición o caso en que ambos beligerantes viniesen a un convenio, y se encontró siempre con una respuesta elevada que le hizo confesar, en más de una ocasión, su respeto y admiración a los cubanos. Se le autorizó para que visitase los campamentos, y se maravillaba, al entrar en conversación con la tropa, de encontrar, a pesar de la mala situación que se atravesaba, la única inquebrantable voluntad del pueblo cubano de ser libre o perecer en la contienda. En conferencias íntimas con el Presidente Estrada, informa Figueredo, dió señales de la verdadera misión que allí lo llevaba, pretendiendo que si le aseguraban la Mitra de Santiago de Cuba a cambio de sus trabajos, laboraría por el triunfo de la República de Cuba por

medio de la asociación religiosa de que era importante miembro. Marchó a Santa Cruz, después de permanecer cuatro días en el campo cubano, de cuyo lugar había sido conducido por el coronel Urioste, que había sustituido al teniente coronel Duque de Estrada, prisionero del enemigo, en las confidencias de Santa Cruz del Sur.

Ni el Presidente Estrada Palma ni nadie en los campamentos por él visitados, supieron quien era el Reverendo Pope.

Cuando éste llegó a la Habana procedente del extranjero, se comunicó con Jovellar, quien lo envió a Martínez Campos. Los jefes españoles estaban dudosos, o aparentaban estarlo, respecto de quien era Mr. Pope y de la misión que lo traía a Cuba, pero Martínez Campos, en contra del parecer del brigadier Cassola y algunos de los otros jefes que lo rodeaban, accedió a la petición del Reverendo de que se le facilitase un salvo-conducto para pasar al campo cubano. Desde que Martínez Campos había sido designado para el mando en Cuba, había afirmado que entraba en sus planes el inducir a los insurrectos a entrar en negociaciones con él para restablecer la paz, bajo la bandera española mediante concesiones satisfactorias para aquellos, versión que se estimó confirmada con la política de humanización de la guerra por el general. Este manifestó a los que hacían objeciones al salvo-conducto, que todo lo que fuese hacer llegar al campo insurrecto mediadores con proposiciones de paz, parecíale altamente conveniente, porque contribuiría a quebrantar la moral de hombres fatigados por largos años de guerra, en las más difíciles circunstancias por el momento, y a crear divisiones entre ellos respecto a mantenerse o no inquebrantables en cuanto a no negociar sino a base de la independencia. Algunos jefes cubanos, con espíritu previsor, entendieron que el Presidente Estrada Palma había obrado con precipitación y de manera inconveniente, al recibir a Mr. Pope, a prestarle todo género de consideraciones y a permitir que se pensase en la posibilidad de negociaciones pacifistas. Más tarde, se llegó a la conclusión por los jefes que manifestaron tales recelos, de que la visita de Mr. Pope, facilitada por Martínez Campos, había afectado en forma desfavorable la moral de los elementos más débiles y desesperanzados de las fuerzas cubanas.

A mediados de agosto, 1877, la situación ensombreciase y hacíase más trágica por momentos, a juicio del coronel Fernando Figueredo, informante autorizado respecto de los acontecimientos que iban precipitándose, testigo y actor en muchos de ellos.

En las Villas, el general Roloff continuaba al frente de la jefatura del tercer Cuerpo de Ejército, tomada de manos del general Gómez, en octubre de 1876. Las dos Divisiones estaban mandadas, la primera,

por el brigadier Francisco Vega; la segunda, por el brigadier Angel Maestre, el único oriental aceptado por los villareños, que sustituyó a Calvar. El estado del Departamento "era muy doloroso", en acción constante las fuerzas españolas para impedir que se levantase nuevamente. Las desertiones al enemigo eran muchas y muy frecuentes, quebrantada la moral y la disciplina a causa de los golpes recibidos, sin poder hacer la menor resistencia efectiva, excepto en muy contados casos (4).

Camagüey, el Departamento del orden y la disciplina por excelencia, establecidos y mantenidos por Agramonte hasta su muerte, "había sucumbido a impulsos de la tempestad de la ofensiva española, desatada a partir del 11 de marzo de 1877. Su ejército estaba disperso y en desorden. Sólo gracias a la actitud de los diputados Cisneros Betancourt, Sánchez, Aguilera y Spotorno, existían algunos pocos grupos que pretendían ofrecer alguna resistencia al enemigo, en acción constante éste en el territorio bajo la acción de Martínez Campos (5).

En Oriente "el enemigo desplegaba gran lujo de soldados y mucha actividad por todas partes". En la vasta extensión del Departamento, sólo Antonio Maceo y Flor Crombet lograban mantener sus fuerzas en buen ánimo, disciplinadas y dispuestas al combate con decisión inquebrantable. Maceo tenía a sus órdenes en Guantánamo al coronel Prado, y en Cuba a su hermano José Maceo, veteranos ambos de un valor a toda prueba, y otros varios jefes, todos ellos con la confianza absoluta de sus subordinados. El coronel Pedro Martínez Freyre, jefe del regimiento de Guantánamo, número 9, era otro de los brillantes jefes bajo el mando de Antonio Maceo.

Crombet, jefe en propiedad del regimiento Guaninao número 7, que con el de Baire número 6, componían la Brigada de Cuba de la primera División, era jefe accidental de dicha brigada, a las órdenes del jefe del Cuerpo, mayor general Modesto Díaz. *Guaninao número 7* o *Cambute* estaba completo, pero el otro regimiento, *Baire*, en unión de *Jiguaní*, había sido lanzado al desorden por el Dr. Bravo Senties. En una de las excursiones de éste para conquistar partidarios para el "movimiento", incorporado a las fuerzas del brigadier José de Jesús Pérez, en un choque con el enemigo murió el brigadier atravesado por ocho balazos, al tratar de proteger al Dr. Bravo, término de la larga carrera de servicios a Cuba de un valeroso jefe, y sacrificio inútil, pues Bravo y Senties cayó prisionero en el mismo combate, en manos de la tropa española.

Holguín, Tunas, Jiguaní y Bayamo, lugar este último donde el brigadier Luis Figueredo acaudillaba el desorden, estaban sumidos en inacción total contra el enemigo, como Manzanillo. Para agravar la

hieron a Maceo

situación hasta el último extremo, el 7 de agosto, en los Mangos de Mejías, Barajagua, distrito de Mayarí, lugar en el que Máximo Gómez celebraba una entrevista con el general Maceo, una fuerte columna española al mando del mariscal de campo José Varela atacó a los cubanos en las primeras horas de la mañana. A poco de empezado el combate, en una posición desfavorable, lanzóse Maceo impetuosamente contra el enemigo, momento en que recibió cuatro heridas de bala que dieron la impresión de haberle causado la muerte. Gómez asumió accidentalmente el mando, mientras que los fieles veteranos de Maceo, advirtiéndole que daba señales de vida, transportáronlo, a toda prisa con el mayor cuidado fuera del alcance del enemigo, y efectuada la primera cura, a lugar seguro en la jurisdicción de Cuba, para atender a su curación y convalecencia, la cual habría de ser larga en extremo. Conocedor el enemigo de lo ocurrido, multiplicó sus actividades, con numerosas fuerzas, con el propósito de capturar al herido a toda costa, sin lograrlo por la heroica defensa de sus guardianes y el frecuente traslado de unos lugares a otros para esquivar la persecución. En consecuencia, las operaciones cubanas en la zona oriental suspendiéronse, de hecho, concentradas las fuerzas cubanas a la defensiva. Gómez, por su parte, estimó indispensable trasladarse a Camagüey a dar cuenta al Gobierno de la gravedad de la situación en Oriente, misión investigadora que le había sido confiada. El mando quedó a cargo del mayor general Modesto Díaz, leal y disciplinado siempre al servicio de Cuba.

La captura del Presidente Estrada Palma, el 19 de octubre, significó el planteamiento de nuevos, imprevistos y complicados problemas. En los dos meses subsiguientes, noviembre y diciembre, la persecución contra el Camagüey fué tenacísima y de resultados favorables para el perseguidor. El enemigo, concentradas grandes fuerzas contra el Centro, proseguía sin tregua su actividad sin disminuirla en otras partes.

En lo que a las Villas corresponde, en Sancti-Spíritus y Remedios sólo había escaramuzas; en Cienfuegos, Villa Clara y Sagua, de hecho, nada. El brigadier Angel Maestre, entraba en conferencias con el enemigo, según versiones de fuente española, razón por la cual unida a otras diversas causas, las armas de Maestre resonaban poco. El coronel Cecilio González encontrábase en la Ciénaga de Zapata, sin que lo supiesen el general Martínez Campos ni el gobierno cubano, porque no operaba; y en el Camagüey, donde residía el Gobierno a salto de mata, contábase por meses el tiempo que transcurría sin poder comunicarse con los demás Departamentos (6).

En el último tercio de diciembre, a solicitud del mayor general Francisco Javier de Céspedes, vicepresidente de la República que había

asumido la jefatura del Poder Ejecutivo al ser hecho prisionero el Presidente Estrada Palma, la Cámara de Representantes reunióse a toda prisa para efectuar la elección, que recayó en el mayor general Vicente García. Según versión del coronel Roa, el mismo día o dentro de las 24 horas subsiguientes, efectuóse una reunión de diputados, jefes y oficiales en el campamento del brigadier Benítez, para pulsar la situación y buscarle algún remedio. Juzgóse tan grave, que el Presidente de la Cámara, Cisneros Betancourt, versión de Roa, indicó al teniente coronel A. Estrada la necesidad de que viera al teniente coronel E. Duque Estrada, tío de aquél, para que, prisionero como se hallaba en Santa Cruz del Sur, indicara a Martínez Campos que hiciese proposiciones de paz. Campos, sin haberse dado pase preliminar alguno —versión también de Roa— suspendió las hostilidades en el este y el sur de Camagüey, y envió al campo insurrecto al mencionado Duque Estrada, al objeto de informar de tal determinación al brigadier Benítez, todavía en la jefatura superior de Camagüey. Intentó Benítez reducir a prisión al emisario, pero renunció a hacerlo al manifestarle varios diputados, entre ellos Cisneros Betancourt, y jefes y oficiales del Ejército, que tenía derecho a aceptar la suspensión de hostilidades si así lo estimaba, pues la Cámara, después de la ejecución de Varona, y antes de la salida del teniente coronel Estrada para Santa Cruz del Sur, había derogado el llamado decreto de Spotorno. Primer paso, disimulado todavía, para poner término a la lucha en Camagüey, las proposiciones podían iniciarse con la justificación de estar dirigidas a una suspensión temporal de las hostilidades para discutir cubanos y españoles el canje de prisioneros y la regulación de la guerra. Acordada ya por Martínez Campos unilateralmente, era válida hasta el 13 de enero de 1878.

Sobre el *Pacto del Zanjón*, las negociaciones para el cual iniciáronse en la forma expuesta, según la versión de Roa, o de otra manera similar, se ha escrito y se continúa escribiendo muy extensamente. Las obras más autorizadas, en el sentir general, de autores cubanos insurrectos, son las del teniente coronel Roa, el coronel Fernando Figueredo Socarrás, el general Enrique Collazo, el general Máximo Gómez y el coronel Manuel Sanguily y Garritte, testigos todos, excepto el coronel Sanguily, de los principales hechos, directa o indirectamente relacionados con el *Pacto*.

Acordes, en el fondo, todas esas obras, sobre sucesos y acontecimientos, difieren marcadamente en cuanto a la participación que se atribuye en el proceso de las negociaciones a diversas personalidades, y respecto a los juicios, y las opiniones sobre el *Pacto* mismo. Todas ellas, inclusive algunos de los trabajos del general Máximo Gómez, y las muy numerosas escritas por cubanos y españoles sobre asunto de tan marcado ca-

rácter polémico, escribiéronse algún tiempo después, transcurrido un período más o menos largo de concertado el *Pacto*. Por tal motivo, el autor de este estudio sobre la Guerra de los Diez Años, estima de especial interés seguir parte del proceso en significativas anotaciones, en su *Diario* de campaña, del general Máximo Gómez, más que en escritos posteriores de éste y de otros autores, testigos presenciales o no.

Tal como lo expuso él mismo en su citado *Diario* y se ha citado en páginas anteriores de esta obra, el general Gómez estimóse vencido, material y espiritualmente en las Villas, meses antes de entregar el mando al general Roloff y cruzar la Trocha, en marcha a Camagüey, el 14 de noviembre de 1876. Atestígualo una de las entradas de su *Diario*, en la que expresa que "debía buscar salida a su situación" (la del mando en las Villas). Estimaba, sin duda, que su campaña villareña, y con ésta la guerra, podían considerarse perdidas. Esta primera anotación respecto a cesar en el mando de Las Villas, consignéla Gómez en 31 de marzo de 1876. El jefe militar más destacado, por sus hechos y su categoría, de las fuerzas cubanas en aquellos momentos, reconocía su derrota. No la atribuía, sin embargo, a su verdadera causa, o sea al reconocimiento de la desproporción de hombres, material y todos los demás recursos y medios de haber la guerra entre las tropas de su mando, y los que tenían a su disposición los capitanes generales españoles y los jefes a las órdenes de éstos, que se enfrentaban con él en Las Villas. El descontento y la rebeldía de los villareños no se hubiesen producido, o hubieran podido ser dominados por Gómez, si éste hubiese dispuesto en Las Villas de mil o mil quinientos veteranos orientales y camagüeyanos bien armados y municionados, mandados por jefes de su confianza. En el camino de la victoria —temporal al menos— los villareños lo hubiesen seguido entusiasmados y orgullosos. Por otra parte, el decaimiento espiritual de Gómez, como el de Céspedes a mediados de 1873, debía, sin duda, a que no veía manera efectiva, derrotado su plan invasor, de vencer a los españoles, cada día en disponibilidad de mayores medios. No lo declaraba ni acaso se lo confesaba a él mismo, pero ésa era, en lo subconsciente, la causa de su depresión moral. No se explica, en un hombre de sus condiciones, de otra manera, el abatimiento de su ánimo. La realidad era que como militar, no era ciego, ni podía dejar de reconocer la fuerza incontrastable de los hechos. Aun así, prefería, no obstante, explicarse la derrota por cualquier causa, antes que atribuírsela a la fuerza española, testimonio éste de que el quebranto de su espíritu no era total. Ello explica su vuelta a Cuba en 1895, y la realización, al fin y al cabo, de su victoriosa invasión de Occidente, en lucha contra el mismo Martínez Cam-

pos de 1876 y 1877. Posteriormente, después de que en noviembre de 1876, cuando dejó el mando en manos del general Roloff, Gómez no volvió, en realidad, a recobrar la fe en el triunfo ni mandó nuevamente fuerzas cubanas, ni aun cuando se le designó general en jefe, cargo que no aceptó, aun cuando, haciéndose violencia a sí mismo, resignose a desempeñar la Secretaría de la Guerra. Ya en noviembre de 1877, en medio de la grave situación imperante en todo el campo revolucionario, lo embargaba, por sobre todas las cosas, el peligro en que se hallaban su esposa y sus hijos. En la entrada de 8 de noviembre, consigna que "está muy preocupado con la situación de su familia, porque teme por la vida de sus hijos, y desearía, ya que su destino estaba unido a la causa de Cuba y debía vivir o morir con ella, que al menos su esposa y sus hijos, aunque fuese por las líneas enemigas, pasaran a Jamaica". Unas seis semanas más tarde, durante los días 21 y 22 de diciembre, consignó textualmente las profundas emociones que embargaban su espíritu: "Diciembre 21. Día terrible para mí. Mi corazón se destroza de dolor, pues tengo que separame de mi esposa y mis hijos, haciendo que se presenten a los españoles para ver si logran embarcarse para Jamaica y allí reunirse con mis hermanas, mientras yo quedo aquí cumpliendo lo decretado por fatal destino...".

Con un ruego a Dios de que cuide de su esposa y sus hijos, anota que huye el mismo día de la zona en que se encontraba, "como queriendo huir de recuerdos que lleva en el alma". "Hay dolores", escribe textualmente el día 22, "que se sienten pero no se pueden explicar". El guerrero de férrea voluntad e indómito coraje, había cedido, es evidente, su lugar al atribulado esposo y padre de familia.

El 31 de diciembre, en Arroyo de Sebastopol, donde espera noticias del general Benítez, anota en su *Diario* el general Gómez: "Se concluye el año, uno de los más funestos para la revolución de Cuba —pues además de la terrible campaña que sostiene el general español Martínez Campos, con sus grandes recursos de hombres y dinero, los cubanos divididos y en desacuerdo han impreso un sello de debilidad y decadencia a la revolución, que será muy difícil encarrilarla por una vía segura a su triunfo—. Yo, por mi parte, debo creer que he concluido ya de representar mi papel en este sangriento drama, pues despreciado y zaherido, por decirlo así, por los cubanos, desde los acontecimientos de Las Villas y últimamente por los de Holguín, debo no aparecer temerario y ambicioso, y abandonar una causa que tantos desengaños y amarguras me ha traído; así pues, deber mío es salir del país, empleando los medios que no lastimen mi honor, para ir a buscar a otro rincón donde tranquilo pueda acabar mis días".

“Pero mientras esto pueda suceder”, agrega, “tengo que resignarme a ser víctima de los españoles. Esta es, pues, una de las situaciones difíciles porque atraviesan los hombres. Esperaré con valor. La situación es la más apurada y triste, pues la campaña que se sostiene con el poder de las armas españolas es cruda y terrible.”

“Es una persecución horrorosa —dice— y como los elementos de la revolución están en completo desconcierto, nadie le puede oponer resistencia a un enemigo tan poderoso —y es así que la revolución en general se encuentra en muy mal estado—. Por eso las familias, sobre todo, están sufriendo de una manera terrible y es muy difícil poder atender a su seguridad y subsistencia...”

Ya en 4 de enero de 1878, Gómez está impaciente por la dilación de Benítez, que le ha pedido lo espere, y al fin determina moverse a otra parte, pero deja un sargento con cuatro hombres para que aguarden a Benítez y le avisen a él, si llega el jefe de Camagüey.

El día 8, anota que Benítez le escribe con el sargento llamándole para que le ayude a salir de un asunto que se le presenta. Era ese asunto, consigna, que el teniente coronel Duque Estrada y los diputados Marcos García, José Aurelio Pérez, Antonio Aguilar, Miguel Betancourt, Luis Victoriano y Federico del mismo apellido, se han dirigido a Santa Cruz y trataron de que llegase a oídos de los españoles los deseos de paz que tiene una agrupación del Camagüey (el Comité del Centro, constituido al disolverse la Cámara) y con ese motivo habían autorizado a Duque Estrada para entender en ese asunto y saber lo que había de cierto sobre el particular, conviniendo al propio tiempo en que se suspendiesen las hostilidades en una zona demarcada, por un plazo que iba corriendo desde el 21 de diciembre al 13 de enero. Esta información, en la que parecen existir algunos errores de detalle, la completa los días 10 y 11 en los siguientes términos: “El 10 emprendo marcha precipitada para reunirme con Benítez, lo que verifico el 11 en la Mina. En este punto encuentro reunida a la Cámara y alguna gente de infantería, la que resta en Camagüey”.

“Ya encuentro, a mi juicio, mucho hecho en el sentido de la paz. Me he quedado espantado de cómo han variado estos hombres. Con el vencimiento del plazo de suspensión de hostilidades el 13, se me dice que acaban de salir Duque Estrada y el comandante Enrique Collazo, con un pliego del brigadier Gregorio Benítez, el mismo que me llamaba según entendía yo, para oponernos a todo esto. El pliego se lo dirige al jefe español Cassola, suplicándole prórroga del plazo indicado, así como ensanche de la zona neutral. Collazo al fin regresa de su comisión, que lo llevó hasta el Chorrillo, donde se quedó su compañero Es-

trada, en el cuartel general del jefe enemigo, el cual, dice, lo recibió muy bien, y contestó "que no le era posible prorrogar el plazo más que hasta el 20, y ni un palmo más de terreno neutral".

"En este estado las cosas y perdida la fe, sale una comisión con salvoconducto español, para evitar tropiezos, con un pliego llamando al Presidente de la República, Vicente García, cuyo pliego lo manda la Cámara ordenándole que pase a su residencia para tratar de estos asuntos."

"El 13, va llegando la gente al campamento y la idea de la paz ha cundido cual chispa eléctrica por todas partes. Creo imposible hacer a estas gentes desistir de esto. Mandan otra comisión al jefe enemigo en solicitud de la prórroga del plazo y el ensanche de la zona, pues se aproxima la fecha del vencimiento y el enemigo la va estrechando."

"Veinte días más tarde, en 5 de febrero, el general anota en su *Diario* que al fin ha llegado el general Vicente García, que se varía de campamento, y, que Vicente García ofrece una cita al general Martínez Campos para tener una conferencia. Esta celébrase el 7 entre ambos jefes y el resultado es "que el pueblo debe ser el que haga sus proposiciones". Con tal motivo, la Cámara se disuelve y eso que ellos llaman pueblo, nombra un Comité que se ocupa del asunto. Este Comité lo componen el brigadier Rafael Rodríguez, Ramón Pérez Trujillo y Juan Spotorno, exdiputados, brigadier Manuel Suárez, teniente coronel Ramón Roa, Dr. Emilio Luaces y coronel Enrique Mola. El Comité redacta las proposiciones de paz, que leídas y explicadas a todos los que se encuentran aquí presentes, dijeron estar conformes."

El 9 de febrero el general anota en su *Diario* que ve salir al teniente coronel Ramón Roa y al Dr. Emilio Luaces a presentar las proposiciones al general Martínez Campos. Regresan el 10, participando que todo está arreglado y aceptado por el jefe enemigo. El 12, salen en comisión para Las Villas el coronel Enrique Mola y el exdiputado Pérez Trujillo, a participar a los de aquel Departamento lo resuelto por los del Camagüey; y con igual fin, salen también para Oriente el brigadier Rafael Rodríguez y el comandante Enrique Collazo.

Finalmente, el general Gómez anota el 12 de febrero, que como ha dicho públicamente que no saldrá del país sin primero pasar a Oriente a verse con los generales de allá, sus primeros compañeros en la lucha que va a terminar de una manera tan triste, el Comité del Centro le suplica que acompañe a sus comisionados. Así lo hace, y salen el mismo día para Santa Cruz del Sur. Van por vía enemiga. En dicho punto se embarcan en el vapor Cienfuegos, que se hizo a la mar a las doce de la noche.

Ya el general Máximo Gómez era un ciudadano particular.

Los términos del *Pacto* tales como aparecen en la obra *Guerra de Independencia de Cuba, 1895-1898*, del comandante Miguel Varona Guerrero, volumen I, página 368, fueron los siguientes:

PRIMERO: Concesión a la Isla de Cuba de las mismas condiciones políticas, orgánicas y administrativas de que disfruta la Isla de Puerto Rico.

SEGUNDO: Olvido de lo pasado, respecto de los delitos políticos cometidos desde el año 1868 hasta el presente y la libertad de los encausados o que se hallen cumpliendo condena, dentro y fuera de la Isla. Indulto general de los desertores del Ejército Español, sin distinción de nacionalidad, haciendo extensiva esta cláusula a cuantos hubieren tomado parte directa o indirectamente en el movimiento revolucionario.

TERCERO: Libertad de los esclavos o colonos asiáticos que se hallen hoy en las filas insurrectas.

CUARTO: Ningún individuo que en virtud de esta capitulación reconozca y quede bajo la acción del gobierno español, podrá ser compelido a prestar servicio de guerra, mientras no se establezca la paz de todo el territorio.

QUINTO: Todo individuo que desee marchar fuera de la Isla queda facultado para hacerlo y se le proporcionarán, por el gobierno español, los medios de hacerlo sin tocar en poblaciones si así lo desea.

SEXTO: La capitulación de cada fuerza se hará en despoblado, donde con antelación se depositarán las armas y demás elementos de guerra.

SÉPTIMO: El general en jefe del Ejército Español, a fin de facilitar los medios de que puedan avenirse los demás Departamentos, franqueará todas las vías de mar y tierra de que pueda disponer.

OCTAVO: Considerar lo pactado con el Comité del Centro como general y sin restricciones particulares para todos los Departamentos de la Isla que acepten estas proposiciones.

Campamento de San Agustín, Febrero 10 de 1878.

Emilio Luaces

Presidente del Comité del Centro

Rafael Rodríguez

Secretario

Muchos juicios se han expresado respecto del Pacto del Zanjón. El del autor de esta parte del tomo V de la *Historia de la Nación Cubana*, fué expresado en una conferencia pública, el 10 de octubre de 1928, en la ciudad de la Habana. En el Zanjón, expuse entonces, no fué aniquilado el ideal de independencia; fué vencido el régimen absolutista establecido por las facultades omnímodas en 1825, ratificado por las Cortes españolas en 1837. La Revolución moribunda, tuvo poder bastante para imponerle a España, representada por Martínez Campos y Jovellar, la rectificación de la afrenta de las Cortes españolas, dominadas por Argüelles y Tacón, y el abandono del absolutismo imperante. España reconoció la personalidad de Cuba *al pactar* con el Comité del Centro. La beligerancia que en vano solicitamos de los Estados Unidos y de muchas de las repúblicas de la América durante la contienda, España se la reconoció a la Revolución cubana, si no en el terreno de las prácticas y los principios del derecho internacional, en la realidad de los hechos, el 10 de febrero de 1878, cuando pactó y se obligó con el pueblo de Cuba en armas. Aparte de este hecho indubitable, durante la guerra, como dijo en un arranque de elocuencia el coronel Manuel Sanguily, los cubanos "*fuimos*", y ya el pueblo de Cuba no se resignó a "*dejar de ser*".

X El Pacto comprendía dos clases de artículos. Unos, que afectaban solamente a las fuerzas revolucionarias; otros, concernientes a todo el pueblo cubano, sin exceptuar las provincias que no habían tomado una parte verdaderamente activa en el hecho material de la guerra. España comprometióse a variar inmediatamente el régimen político *de toda la Isla*, de acuerdo con la cláusula primera del Pacto. Si éste hubiera contenido artículos de la primera clase solamente, el alcance del Pacto habría estado limitado a las fuerzas revolucionarias nada más, sin producirse reconocimiento de la personalidad cubana; a lo sumo, el de la Revolución, al sólo efecto de que desapareciera. Pero desde el momento en que España aceptó cláusulas que eran aplicables al pueblo de Cuba en su totalidad, propuestas por los negociadores cubanos, reconoció de hecho y de derecho, sin que pueda negarse la evidencia histórica, que el Comité del Centro asumía en aquel momento la representación de Cuba y negociaba en nombre de ésta, para obtener concesiones que iban a crear derechos a favor *de todo el pueblo de Cuba* para el momento y para un futuro de duración indefinida. En sesión de las Cortes españolas, el Presidente del Consejo de Ministros, Antonio Cánovas del Castillo, reconoció la validez del Pacto y el elevado propósito del mismo, y de las obligaciones que determinaba para la nación española: "El Go-

bierno español, —declaró Cánovas en un debate en las Cortes contestando a un discurso de censura del general Manuel Salamanca, opuesto al Pacto—, el actual Gobierno de S. M., cree que los compromisos contraídos *con la Isla de Cuba* se cumplirán como lealmente deben cumplirse todos los compromisos y, si cabe, más que otro alguno, aquellos compromisos entre adversarios que se han batido valerosamente y como hermanos se han dado un abrazo de paz. No hay, pues, que pensar que el Gobierno, al aceptar la capitulación que han firmado los generales Martínez Campos y Jovellar, tenga la menor intención, el más remoto propósito de faltar a los compromisos contraídos: por el contrario, los hace suyos y los cumplirá”. Al cabo de 24 años de haber expresado las ideas arriba expuestas sobre el alcance y la significación del Pacto, el autor de este trabajo se ratifica ahora en las mismas, sin variación alguna.

Vencidos materialmente por una fuerza abrumadora, en proporción a aquella de que disponían las fuerzas insurrectas, los cubanos, sea cual fuere la medida de su depresión en el momento, no fueron vencidos espiritualmente. Este hecho fué plenamente reconocido por los dos más altos jefes del Ejército español en Cuba al firmarse el *Pacto*, negociado por ellos, los generales Joaquín Jovellar y Arsenio Martínez Campos. “Hablando Ramón Roa con el general Campos de los críticos momentos en que se estaban concertando entre él y el Comité del Centro los términos definitivos de la capitulación, le manifestó el general en jefe español al comisionado cubano, refiriéndose al campamento en que se encontraban los insurrectos, que estaba receloso y disgustado, *no fuera que se le ocurriese abí a cualquiera dar un grito de ¡Viva Cuba Libre!*, porque si así sucediese, *habría guerra para otros diez años*” (7). El general Martínez Campos era buen psicólogo, conocía bien a los cubanos y tenía una larga experiencia de la guerra de Cuba. Sabía que los insurrectos pactaban por necesidad material de hacerlo, forzados por las circunstancias, no sólo a virtud de la lucha en tierra, sino del bloqueo prácticamente mantenido por la Marina española de las costas de Cuba, que impedía a los cubanos recibir auxilios del extranjero; pero sabía, asimismo, que éstos, sea cual fuese su abatimiento circunstancial, no se sentían espiritualmente vencidos. En cuanto al general Jovellar, con no menor larga experiencia de la guerra de Cuba y de la manera de sentir en general del pueblo cubano, en comunicación oficial al Gobierno supremo en Madrid, hacíale la declaración y la predicción siguientes: “El país en su totalidad es insurrecto; no hay duda alguna. De las raíces de esta guerra saldrá otra...”.

Salió, en efecto, en 1895, y Gómez y Maceo, enfrentados con el propio Martínez Campos, realizaron la victoriosa invasión de Occidente, fracasada en Las Villas en 1876, llevando la guerra hasta Mantua. En esta segunda contienda, la capitulación fué de España, después de la derrota de sus escuadras en Manila y en Santiago de Cuba. Una segunda confirmación, en las guerras cubanas por la independencia, de la histórica tesis navalista del almirante Mahan, sobre el poder naval en la Historia.

CAPÍTULO V

CONTINUACION DE LAS HOSTILIDADES: PROTESTA DE BARAGUA Y REBELDIA DE BONACHEA

CONCLUÍDAS las negociaciones de paz, el Comité del Centro designó dos comisiones, una para Las Villas y otra para Oriente, con el propósito de dar a conocer a los hombres de uno y otro departamento lo acaecido en el territorio del Camagüey y las condiciones en que se había concertado la pacificación, que no obligaban —que no podían obligar— más que a aquellas fuerzas que las habían expresamente aceptado. Los comisionados recibieron además la orden, escribe uno de ellos, de no influir, de manera alguna, en el ánimo de los que combatían aún en aquellos territorios.

Componían la primera comisión, Ramón Pérez Trujillo, Enrique Mola y Marcos García; integraban la segunda, Rafael Rodríguez y Enrique Collazo, a quienes acompañaría, a guisa de invitado, el héroe prodigioso de *Palo Seco* y *Las Guásimas*, el general Máximo Gómez.

La entrevista entre los comisionados del Comité y el general Antonio Maceo tuvo lugar en el Asiento de Piloto Arriba, cerca de Pinar Redondo, en la mañana del día 18 de ese nefasto mes de febrero de 1878. (El general Máximo Gómez, dos días antes, desde el campamento español de la Curia, se había dirigido a Maceo participándole que “el Comité había nombrado de su seno una comisión . . . , para que pasando a Oriente por las líneas españolas fuese a dar cuenta del tratado y en vista de los sucesos decidieran los orientales lo que creyesen más conveniente; que él fué invitado para acompañar a la Comisión, y que esperaba le contestasen designando el punto en que debíamos encontrarnos para celebrar la entrevista”).

El general Antonio, su hermano José, su cuñado Manuel Romero, el Dr. Félix Figueredo, los soldados de la escolta y los asistentes de Maceo, dejaron el Tibisial, donde se hallaban, al amanecer del mismo día 18, a fin de, por el camino del Purialón y más tarde por el de Pinar Redondo, llegar a tiempo al sitio de la entrevista.

Poco después de las nueve de la mañana —un tanto retrasados ya— llegaron los comisionados al campamento de Maceo, y una vez cambiados los saludos de rigor, “aunque con tibieza, por las circunstancias especiales de la entrevista”, apunta el Dr. Félix Figueredo, se retiraron, en unión de los hermanos Maceo y del cuñado de éstos, al abrigo de las ramas de un mango, bajo cuya sombra tuvo efecto la anunciada conversación.

El general Gómez, en su prolijo escrito sobre el *Convenio del Zanjón, relato de los últimos sucesos de Cuba* (Kingston, 1878), nos dice que el general Maceo oyó a los comisionados “con la calma propia de su carácter”, contestando después que no se hallaba de acuerdo con lo pactado en el Camagüey, porque le parecían poco ventajosas las condiciones logradas, ya que excluían la posibilidad de la independencia; pero que, a pesar de su criterio, reuniría a sus subordinados y la voluntad de los más “resolvería el asunto”. Más tarde, Gómez habló privadamente con Maceo y le ratificó lo apuntado por los miembros de la Comisión. A preguntas de su compañero de armas, el gran batallador le dijo con entera franqueza que él —Máximo Gómez— “estaba porque se arreglase la cuestión”, no obstante que de todos modos tenía decidido salir del país. “El general Maceo, concluye el ilustre cronista, en cuya amistad tengo fe y confianza, pues es difícil que el que posea un valor poco común deje de tener otras virtudes que le hagan un hombre digno bajo todos conceptos, me contestó que no era posible lo dejase solo en el campo en que juntos habíamos combatido.” Al día siguiente, ambos caudillos decíanse adiós, profundamente conmovidos.

Uno de los comisionados, el comandante Enrique Collazo, nos ha dejado un breve, pero notable relato de la entrevista, que creemos prudente reproducir: “Después de tomar asiento bajo las ramas de los mangos, preguntó el general Maceo: —¿Con qué carácter vienen ustedes? —Con ninguno, respondimos. Venimos como compañeros a cumplir el último deber; a que sepan por nosotros lo sucedido y puedan resolver con conocimiento de causa. Las fuerzas del Camagüey han capitulado; entre esos papeles están las condiciones y copias de las comunicaciones que han mediado entre los generales Jovellar y Martínez Campos y el Comité; léanlos y habremos terminado”.

No hubo más palabras, añade Collazo. “Cuando nos pusimos de pie para retirarnos, el general Maceo nos invitó a que fuéramos al rancho donde tenía su familia, donde permanecimos hasta el día siguiente en que volvimos al campamento de Miranda, de regreso para el Camagüey.”

(El comandante Collazo había querido puntualizar así los detalles de la entrevista, porque el narrador de *La Protesta de Baraguá*, publicada en la *Revista Cubana*, el Dr. Félix Figueredo, puso en boca de los comisionados conceptos que el distinguido historiador y patriota cubano estimó erróneos, y el Dr. Figueredo, Collazo lo precisa bien, "aunque se hallaba en el mismo campamento no pudo oír lo que se hablaba por encontrarse en otro grupo". El propio puntilloso doctor consigna en su trabajo que había colgado su hamaca en una mata de mango distante unas cincuenta varas de aquella otra bajo la cual se había cobijado la Comisión.)

Mientras los delegados del Comité se hallaban en Piloto, llegaron al campamento los capitanes Luciano Moreno y Luis Deymier, comisionados por el general Vicente García para que Maceo condenara a la última pena, como reos de alta traición, a Máximo Gómez, Rafael Rodríguez y Enrique Collazo, según cuenta también el Dr. Félix Figueredo, a quien Collazo llama en esta ocasión "verídico narrador" de la Protesta de Baraguá.

El general García, apunta el comandante Collazo, había presenciado y autorizado, en su condición de Presidente de la República, todo lo acaecido en el Camagüey, sin que, con fuerzas suficientes, intentase nada para oponerse a las corrientes de paz, cual era su deber como cubano y como supremo magistrado de la República. Luciano Moreno, comenta Máximo Gómez, "me debe la vida"; Luis Deymier, "me debe la vida y el honor, por un asunto que muchos conocen". Pero el propio Figueredo que recibió a los enviados del general García, se encargó de darles la oportuna y sin duda áspera respuesta, que aprobó Maceo.

Una vez que los comisionados del Comité han abandonado el campamento, el general Maceo se dirige por escrito a los jefes de fuerzas que seguían obedeciendo sus órdenes, citándoles para que con la mayor rapidez posible acudiesen a la Sabana de San Juan, "distante del Cauto como dos kilómetros". Después, el recio peleador antes de partir en busca del coronel Arcadio Leyte Vidal, cuya apremiante solicitud de ayuda acaba de recibir, quiso dirigirse asimismo por escrito al general Martínez Campos, anunciándole que si bien no podía aceptar la suspensión de hostilidades dispuesta por él, y de la que sólo tenía conocimiento por los comisionados del Comité, se tomaba empero la libertad de escribirle para que, si lo creía conveniente, le "proporcionase el gusto de fijarle día para una entrevista, pues deseaba saber que había pasado con los que no dependían de su mando y los grados de compromiso que éstos habían contraído; y quienes aceptaron las bases del convenio,

sin que de lo expuesto fuese a deducir que le buscaba para dar su aprobación a lo hecho en el Camagüey”.

Contestada “en buen sentido y con formas correctas” por el general Martínez Campos, la carta de Maceo, que le transmitió el telégrafo —una pareja de la escolta la había puesto en manos del jefe español del campamento de Miranda—, convínose, en una carta posterior, el día y el lugar de la entrevista: el 15 de marzo, a las seis de la mañana, en la arboleda de mangos que se alzaba en la Sabana de Baraguá, allí donde estuvieron antes los corrales del antiguo hato.

Pero antes de celebrar esta famosísima entrevista, el general Maceo se dispuso a conversar con el general Vicente García, que había llegado a San Agustín del Cauto, en la jurisdicción de Cuba, y solicitaba verle con gran urgencia, aunque sin que por eso tratase de moverse del lugar en que se hallaba, a unas dos leguas escasas de la Sabana de San Juan, como apunta el Dr. Figueredo.

El día 14 de marzo, a la puesta del sol, llegaba Maceo a San Agustín, y en la tienda de campaña del general García tuvo lugar la curiosa conversación. El bravo pero tornadizo y voluntarioso *tunero* le manifestó a Maceo que había querido cumplir un deber de patriotismo marchando a su encuentro para informarle, como lo hacía, de las “causas y miserias” de las conferencias de paz anteriores, en las que la traición y el engaño habían conseguido la ruina de la República, lamentando que cuantos habían intervenido en las negociaciones no hubiesen puesto sus empeños en conseguir mayores ventajas. Rogó después a Maceo que no acudiese a la entrevista concertada con Martínez Campos, pues nada lograría, y que para salir del compromiso escribiese al general español excusándose de asistir a la cita por estimar que, celebrándola, perjudicaba a la causa de la independencia, y que, por último, se pusiese de acuerdo con él —con Vicente García— para llevar la guerra adelante, bien persuadido de que la revolución volvería entonces a cobrar su antigua pujanza, y que los dudosos, los libres de voluntad y aun los propios capitulados, a excepción hecha de los autores del Convenio y de los jefes que lo apoyaron, volverían a empuñar entusiasmados las armas. Maceo, decepcionado y receloso, insistió en que de todos modos acudiría a la entrevista que tenía concertada con el general en jefe español.

A las seis de la mañana del día 15 de marzo del año memorable de 1878, en el campamento cubano recién establecido en la antigua hacienda de crianza Baraguá, todos los rostros volvíanse, curiosos e im-

pacientes, hacia los confines orientales de aquella dilatada sabana, por donde muy pronto habrían de aparecer, envueltos en las densas capas de una neblina que los rayos del sol pugnaban por romper, el capitán general Arsenio Martínez Campos y un buen número de jefes y oficiales del ejército español.

El general Antonio Maceo y los otros caudillos orientales que desconociendo las capitulaciones de paz manteníanse en pie de guerra, se preparaban ahora a celebrar, bajo la amable techumbre de los mangos florecidos, unas conversaciones con el enemigo, de cuyo resultado, adverso o favorable, dependería la suerte de la Revolución y el prestigio asimismo del negociador afortunado del Zanjón.

—Ya vienen! —dijo alguien, que adivinó más que pudo ver las siluetas borrosas de unos jinetes moviéndose entre los cendales de niebla. Unos momentos después, el general Martínez Campos detenía su fogosa cabalgadura junto a las primeras filas de los oficiales cubanos y, desmontado y con la cabeza descubierta, preguntaba al teniente coronel Fernando Figueredo Socarrás:

—¿Cuál de ustedes es el señor Antonio Maceo?

El general español lucía en su levita de campaña los tres entorchados y ceñía su cintura la faja correspondiente a su alto cargo militar. Figueredo, cuyo magnífico relato de la entrevista es pauta obligada y referencia indispensable, nos dice además: "que una condecoración pendía de su lado izquierdo y de su cuello alguna otra, que suspendida por una cadena de oro finísima, ocultaba entre los pliegues de su chaleco". A Fernando Figueredo le retoza entre los labios irónicos este sabroso comentario: "Aquella era la entrevista entre el rico y vistoso entorchado y la humilde chamarreta".

El general Maceo recibió con marcada distinción y señaladas muestras de cortesía al general Martínez Campos. Cumplidos los saludos de rigor, se acomodaron ambos caudillos en las hamacas de campaña que en las primeras matas de la arboleda habíanse dispuesto para ellos. Los otros jefes, cubanos y españoles, distribuyéronse a su antojo por el campamento, y muy pronto el relato de sucesos conocidos o la explicación de incidentes comunes, animó las conversaciones y convirtió en amables y risueños interlocutores a los sañudos y tenaces adversarios de la víspera. Una vez, sin embargo, una referencia inoportuna, una velada insinuación de paz, encrespó los ánimos de los cubanos y llegaron a pronunciarse palabras inconvenientes y frases recriminatorias; pero la prudente intervención de uno de los jefes españoles, el brigadier Fuentes, que impuso silencio a sus conmlitones, cortó la discusión en

los inicios. Unos momentos después, la servil solicitud del brigadier Camilo Polavieja, de funesta recordación, "postrado, casi de rodillas, delante de su Jefe", ponía de nuevo la risa en los labios de todos, cubanos y españoles.

El general Martínez Campos, nos dice Figueredo, inició la difícil conversación, cordial y lisonjero, mostrándose sorprendido de que su bravo antagonista, a quien tanto admiraba, fuese tan joven. —Parece mentira —añadió— que habiéndonos codeado (tan a menudo) en esta campaña, sobre todo en 1871 y 72; no nos conociéramos, y debo significar que, aunque tarde, me enorgullezco en haber conocido personalmente a uno de los combatientes más afamados de las fuerzas cubanas.

Tuvo luego frases de admiración y de encomio para los duros y diestros, esforzados y batalladores soldados orientales; ofreció a Maceo sus excusas por no haber provocado para unos días antes la celebración de la entrevista, que tanto había deseado, pero que compromisos y exigencias inaplazables se lo habían impedido; habló de sus entendimientos con Vicente García, en Las Tunas, y con Modesto Díaz, en Yara... , hasta que, objetivo capital de la conversación, quiso aprovechar la feliz coyuntura de hallarse reunidos allí los jefes y oficiales más destacados de las fuerzas de Oriente, para darles a conocer que un nuevo organismo revolucionario (el Comité del Centro), disuelta ya la Cámara de Representantes, había discutido y a la postre aceptado las bases de un convenio de paz (el Pacto del Zanjón). —Los orientales —dijo— desconocen las cláusulas de ese convenio y yo he querido venir personalmente a dárselas a conocer.

—Basta de sacrificios y sangre —prosiguió— bastante han hecho ustedes asombrando al mundo con su tenacidad y decisión, aferrados a su idea; ha llegado el momento de que nuestras diferencias tengan su término y que unísonos, cubanos y españoles, propendamos a levantar este país de la postración en que diez años de cruda guerra lo han sumido. Ha llegado el momento de que Cuba, viniendo a la vida activa de los pueblos cultos, entre en el goce de todos sus derechos y, unida a España, marche por la senda del progreso y la civilización...

El general Maceo, impaciente y disgustado, le interrumpió para indicarle que no se empeñase en la defensa de semejantes puntos de vista, porque allí, en Oriente, no encontraría oídos dóciles dispuestos a escucharle.

Martínez Campos, visiblemente contrariado, insistió en dar a conocer las bases del decantado Pacto; pero Maceo, que no quería escuchar su lectura, le dijo con acritud y energía:

—¡Guarde usted ese documento; no queremos saber de él...!

Y es entonces que ambos caudillos sostienen el rápido y conocidísimo diálogo:

—Es decir, que no nos entendemos.

—¡No!, no nos entendemos.

—Entonces, ¿volverán a romperse las hostilidades?

—¡Volverán a romperse las hostilidades!

Martínez Campos, fatigado y decepcionado, ensayó un último intento de quebrantar la decisión admirable de Maceo y le insinuó la posibilidad de concertar una tregua de varias semanas antes de la reanudación de las hostilidades.

—No quiero abusar de la situación de ustedes —le dijo—; comprendo que aquí hay jefes de regiones apartadas que antes de principiar operaciones deben hallarse en sus respectivas zonas; en este caso, ¿qué tiempo cree usted que necesita para que vuelvan a romperse las hostilidades?

Maceo, que adivinó la trampa, enérgico y magnífico se apresuró a responder:

—Ocho días.

—¿Quiere decir —exclamó abatido el general Martínez Campos— que el 23 se rompen las hostilidades?

—El 23 se rompen las hostilidades —afirmó Maceo.

Y el capitán de Cambute, Fulgencio Duarte, acuñó para la posteridad esta frase criollísima:

—¡Muchachos! ¡El 23 se rompe el corajo!

El general Martínez Campos, perdida la batalla —que batalla fué la entrevista, que él se imaginó ganar— cubrió a galope tendido, muy lejos de su escolta, que pugnaba por darle alcance, la sabana interminable de Baraguá.

La noche de ese día, noche feliz que matizó de plata la luna en plenitud, reuniéronse de nuevo los patriotas bajo la presidencia del venerable coronel Silverio del Prado. Los generales Antonio Maceo, Vicente García —que se había sumado al fin a los heroicos protestantes— y Manuel Calvar, para no influir con su presencia en las determinaciones de la asamblea, se excusaron de asistir. Un vigoroso aliento de sacri-

ficio y de contagioso entusiasmo prendió los corazones de todos; fogosos oradores, transidos de patriotismo, clamaron por la continuación de la contienda, y el enardecido auditorio, en más de una ocasión, acalló sus voces elocuentes con los gritos atronadores de ¡a la guerra!, ¡a la guerra!

Después pensóse en la necesidad de redactar unas nuevas bases constitucionales y de elegir, por mayoría de sufragios, los miembros del gobierno que habría de establecerse.

Decidióse que la Revolución se regiría por un Gobierno Provisional, compuesto de cuatro individuos; que un general en jefe tuviese a su cargo la alta dirección de las operaciones militares, y que el Gobierno no podría hacer la paz con el enemigo sobre otras bases que no fueran las de independencia, sin el conocimiento y el consentimiento previos del pueblo. El Gobierno quedaba asimismo autorizado para poner en vigor todas las leyes de la República que no fueren incompatibles con la situación. El Poder Judicial conservaría su independencia y, conforme a las antiguas leyes de la Revolución, radicaría en Consejos de Guerra. (Los ciudadanos Félix Figueredo, Fernando Figueredo, Modesto Fonseca, Pedro Martínez Freire y Juan Ríos Rivera habían sido los redactores del proyecto de constitución.)

El día 16 de marzo, a las seis de la mañana, los miembros del nuevo organismo revolucionario prestaron el juramento de fidelidad, sobre el pabellón sagrado de la patria, ante el prefecto y notario de Palma Soriano, capitán Pedro Calmel.

La primera medida del Gobierno fué acordar su organización interior: Presidente, general Manuel Calvar; Secretario, teniente coronel Fernando Figueredo Socarrás; Vocales, sus otros dos miembros, coronel Leonardo del Mármol y teniente coronel Pablo Beola. El mayor general Vicente García fué designado general en jefe, pero además se le asignó el mando de un distrito militar que comprendería Las Tunas y la porción occidental de Holguín. El general Antonio Maceo, alma de la protesta, fué reconocido como jefe de Oriente. Como justa y debida recompensa a la noble y levantada actitud de las fuerzas orientales, se determinó ascender al grado inmediato a todos los jefes y oficiales que integraban sus aguerridos cuadros, y dirigir asimismo, a las clases y a los soldados, una cálida proclama en reconocimiento de su acendrado patriotismo y de sus gallardas muestras de valor.

Una semana después, el día 22, tuvo lugar, a instancias del propio general Martínez Campos, una nueva entrevista conciliatoria, en el campamento español de Miranda; pero en esta ocasión acudieron

únicamente, por los cubanos, los miembros del flamante Gobierno Provisional. El renovado intento también resultó fallido y el general *Titó Calvar* reafirmó la viril actitud de los patriotas diciéndole a Martínez Campos a guisa de despedida:

—¡Mañana se rompen las hostilidades!

Y llegó el día 23, tan esperado. Las guerrillas cubanas, vencida ya la tregua, iniciaron, con los primeros claros del día, sus acostumbrados ataques a las fuerzas españolas en marcha. Pero, caso singular, el enemigo no repelía nuestro fuego, sino que "como un eco de las descargas" repetía: —¡Viva Cuba!, ¡Viva la paz! Y en todas partes —en Santiago de Cuba, en Guantánamo, en Holguín— la táctica empleada era la misma. El general en jefe español, hábil e inteligente, ensayaba herir la cuerda más sensible del corazón de los cubanos.

Muy pronto, fruto de esa actuación que se dió en llamar "política de Martínez Campos", comenzaron a llegar a los campamentos cubanos noticias de patriotas que, vencidos y desalentados, aceptaban las bases del famoso convenio de paz. Hubo día, anota Figueredo, de cincuenta hombres armados y cien de familias.

Los prisioneros de guerra, víctimas antaño de espantosas sevicias, eran ahora devueltos a sus fuerzas, armados, bien provistos de ropas, de medicinas y hasta de dinero. Esta generosa conducta, que todos ensalzaban, tendía a sembrar la desmoralización y a propiciar las presentaciones. Y mientras, el general Martínez Campos, deseoso de terminar, estrechaba el cerco de sus columnas alrededor de los jefes cubanos que aún se mantenían fieles a su juramento.

En esas condiciones tan calamitosas, el Gobierno Provisional creyó prudente librar al general Maceo, símbolo de la resistencia, del sacrificio estéril de su vida, que a nada conduciría, o de la capitulación bochornosa y sin gloria a que se vería arrastrado a la postre, y acordó enviarlo en calidad de comisionado especial al extranjero, con el fin aparente de obtener los recursos que, según noticias, se preparaban en los Estados Unidos y en Jamaica.

El general en jefe español accedió gustoso, ¡cómo no!, a las pretensiones del Gobierno Provisional y facilitó al general Maceo y a sus bravos acompañantes —Ríos Rivera, Leyte Vidal, Lacret, Pacheco y Félix Figueredo— un buque de guerra para que los condujera a Jamaica.

Veinte días después, el teniente coronel Fernando Figueredo, a nombre del Gobierno, decía al general Martínez Campos, en el campamento español de Barigua:

—Venimos, señor, a manifestar a usted oficialmente que aceptamos las bases acordadas en el Zanjón en febrero pasado y deponemos las armas.

Era el día 28 de mayo de 1878. La épica contienda de los Diez Años, orgullo de Cuba y asombro del mundo, acababa de rendir su última jornada.

La gallarda actitud del prodigioso general Antonio Maceo negándose a aceptar en la sabana dos veces gloriosa de Baraguá las estipulaciones del pacto o convenio del Zanjón, es una de las páginas más conocidas y celebradas de nuestra historia patria. Pero muy pocos cubanos conocen que, trece meses justos después de la famosísima *Protesta*, otro ilustre combatiente del 68, el brigadier Ramón Leocadio Bonachea, suscribió, para asombro de propios y de extraños, una de las actas de capitulación más originales y extraordinarias que se hayan redactado en los fastos de las revoluciones hispano-americanas.

Bonachea, cubano irreductible, habíase negado a aceptar las condiciones del Pacto del Zanjón "por considerarlas perjudiciales para el país" y porque abrigaba también la esperanza de que la población cubana, exasperada por los inevitables excesos a que habrían de entregarse los peninsulares ensoberbecidos, pronto correría a agruparse en torno suyo y de otros caudillos prestigiosos, recobrando de ese modo la Revolución la pujanza y el brío de sus mejores tiempos.

Un historiador español de la guerra de Cuba, don Antonio Pírala, ganoso de restarle importancia y significación a la patriótica conducta de Bonachea, supone, sin señalar ni aportar las pruebas necesarias, que el gallardo jefe cubano procedía de esa manera ofendido por la desdeniosa negativa del teniente coronel Castellanos, renuente a satisfacer las "exigencias económicas" que el brigadier le había hecho para plegarse a las disposiciones del Zanjón y deponer las armas.

La paz sorprendió a Bonachea en los bosques inmediatos a la trocha de Morón. Poco después, decidido a continuar la lucha, cruzaba la línea de fortificaciones y se internaba en la zona de Sancti-Spíritus, donde permaneció "arrostrando todos los peligros y dificultades consiguientes al aislamiento a que había quedado reducido" hasta que los prudentes consejos y admoniciones de sus antiguos compañeros de armas y de otros cubanos de representación, le hicieron deponer su heroica pero estéril actitud, el día 15 de abril de 1879, en un lugar conocido por *Hornos de Cal*, en la vecindad del poblado del Jarao, en la jurisdicción de Sancti-Spíritus.

Ese día memorable, el brigadier Bonachea que se dispone a "abandonar la actitud hostil y retirarse de la Isla", hace antes que su secretario, el señor Emilio O. Tamayo, redacte para satisfacción de su conciencia de patriota que se ve forzado a claudicar, un acta original y gallardísima, recuento feliz de sus sacrificios y de sus aspiraciones y testimonio fehaciente también de que tan sólo el deseo de no perturbar la reconstrucción del país, desangrado, rendido, exhausto, sumido en la miseria, le había llevado a deponer las armas; pero, patriota irreducible, se apresura asimismo a hacer constar "que de ninguna manera ha capitulado con el gobierno español ni con sus autoridades ni agentes, ni se ha acogido al convenio celebrado en el Zanjón, ni con éste se haya conforme bajo ningún concepto".

El diligente secretario cuidó a su vez de consignar que el histórico documento lo suscribían Juan Bautista Spotorno, Serafín Sánchez y Juan Pablo Arias, a quienes se permite llamar "jefe capitulados", así como otros concurrentes y algunas personas que sin estar presentes en la reunión habían contribuido sin embargo a propiciar la determinación a que el propio escrito se contrae.

El acta que acabamos de glosar fué el epílogo glorioso de una larga y dignísima protesta, menos poderosa en recursos militares y más modesta sin duda en sus alcances que aquella otra que protagonizó Maceo, pero alentada y mantenida por el mismo ideal de redención cívica y por idéntica resolución patriótica.

NOTAS

CAPITULO II

- (1) MANUEL SANGUILY Y ARIZTI: *Loma de Sevilla*, págs. 70 a 76, a base de documentos del archivo del coronel Manuel Sanguily y Garritte.

CAPITULO III

- (1) *Diario*, pág. 71.
- (2) *Ibidem*, pág. 76.
- (3) FERNANDO FIGUEREDO SOCARRÁS: Obra citada, págs. 112-113.
- (4) *Ibidem*, pág. 171.
- (5) *Ibidem*, pág. 173.
- (6) *Ibidem*, pág. 186.

CAPITULO IV

- (1) ANTONIO PIRALA: Obra citada, pág. 436.
- (2) MANUEL SANGUILY Y GARRITTE: *Páginas para la Historia*, vol. II, págs. 76 y 77.
- (3) RAMÓN ROA: *Con la Pluma y el Macbete*, vol. II, pág. 168. (Publicaciones de la Academia de la Historia de Cuba.)
- (4) FERNANDO FIGUEREDO SOCARRÁS: Obra citada, pág. 211.
- (5) *Ibidem*, págs. 211-212.
- (6) RAMÓN ROA: Obra citada, vol. II, pág. 168.

FUENTES

(LIBROS PRIMERO Y SEGUNDO Y CAPITULOS I AL IV DEL TERCERO)

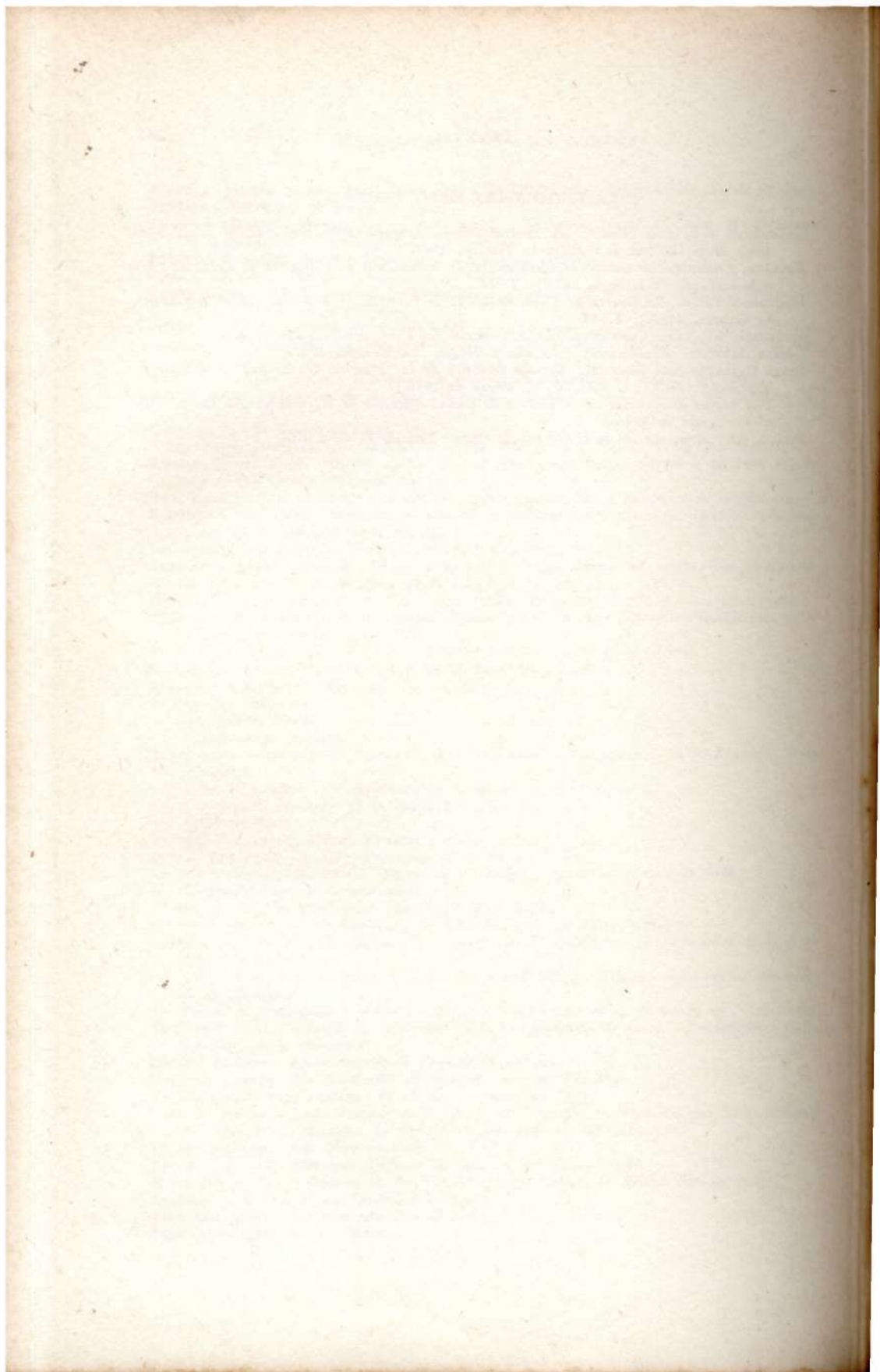
- AGUILERA ROJAS, ELADIO. *Francisco V. Aguilera y la Revolución de Cuba de 1868.*
 ALVAREZ PEDROSO, ANTONIO. *Miguel de Aldama.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
 ARCE, LUIS A. DE. *Emilio Núñez.*
 AZCÁRATE ROSELL, RAFAEL. *Nicolás Azcárate, el Reformista.*
 BACARDÍ MOREAU, EMILIO. *Crónicas de Santiago de Cuba.*
 — *Florencio Villanova y Pío Rosado.*
 BALMASEDA, FRANCISCO JAVIER. *Los confinados a Fernando Poo, e Impresiones de un viaje a Guinea.*
 BECKER Y GONZÁLEZ, JERÓNIMO. *Historia de las Relaciones Exteriores de España durante el siglo XIX.*
 BEMIS, SAMUEL FLAGG. *The American Secretaries of State and Their Diplomacy.*
 BETANCOURT AGRAMOTE, EUGENIO. *Ignacio Agramonte y la Revolución Cubana.*
 BRAVO Y SENTÍES, MIGUEL A. *Deportación a Fernando Poo.*
 BUSHNELL, ALBERT HALL. *The Monroe Doctrine. An Interpretation.*
 BUSTAMANTE, LUIS J. *Enciclopedia Popular Cubana.*
 CAMACHO, PÁNFILO D. *Eduardo Máchado, el legislador trasbumbante.*
 — *Estrada Palma.*
 CARBONELL Y RIVERO, NÉSTOR. *Los Protomártires de la Independencia de Cuba.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
 — *El general Ramón Leocadio Bonachea.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
 CASASÚS, JUAN E. *Calixto García.*
 CASTELLANOS G., GERARDO. *Panorama Histórico.*
 — *Raíces del 10 de octubre de 1868. Aguilera y Céspedes.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
 CÉSPEDES Y QUESADA, CARLOS MANUEL DE. *Carlos Manuel de Céspedes.*
 — *Las Banderas de Yara y Bayamo.*
 — *Manuel de Quesada y Loynaz.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
 CÉSPEDES Y QUESADA, GLORIA DE LOS DOLORES. *Céspedes visto por los ojos de su hija.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
 CISNEROS, FRANCISCO JAVIER. *Relación documentada de cinco expediciones.*
 — *La Verdad Histórica sobre los sucesos de Cuba.*
 COLLAZO, ENRIQUE. *Cuba Heroica.*
 — *Desde Yara hasta el Zanjón. Aportaciones históricas.*
 CÓRDOVA, FEDERICO. *Flor Crombet.*
 — *Luis Victoriano Betancourt.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
 — *Manuel Sanguily.*
 CORRESPONDENCE between the Department of State and the United States Minister at Madrid and the Consular Representative of the United States in the Island of Cuba, ... etc. Washington, Government Printing Office, 1870.
 COSTA, OCTAVIO R. *Antonio Macco, el Héroe.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
 DÍHIGO, JUAN M. *José Antonio Echeverría.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
 — *Pi y Margall y la Revolución Cubana.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
 EDO, ENRIQUE. *Historia de Cienfuegos.*
 ESTÉNGER, RAFAEL. *Céspedes, el precursor.*
 ETTINGER, G. A. *The Mission to Spain of Pierre Soulé.*

- FIGUEREDO SOCARRÁS, FERNANDO. *La Revolución de Yara.*
- GAY CALBÓ, ENRIQUE. *El Centenario de la Bandera.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- *La Bandera, el Estado y el Himno.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- GÓMEZ ALFONSO, JAVIER. *Cisneros.*
- GÓMEZ, MAXIMO. *Diario de Campaña.*
- GÓMEZ TORO, BERNARDO. *Revoluciones, Cuba y Hogar.*
- GONZÁLEZ, DIEGO. *Ignacio Agramonte, Paladín de la Democracia.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- GRINÁN PERALTA, LEONARDO. *El Carácter de Máximo Gómez.*
- GUERRA Y SÁNCHEZ, RAMIRO. *Guerra de los Diez Años.* Tomo I.
- *La expansión territorial de los Estados Unidos a expensas de España y de los países hispano-americanos.*
- *Manual de Historia de Cuba.*
- *Mudos Testigos.* Crónica del cafetal Jesús Nazareno.
- HAYES, CARLTON J. H. *A Political and Cultural History of Modern Europe.* Volume II. A Century of Predominantly Industrial Society.
- HORREGO Y ESTUCH, LEOPOLDO J. *Antonio Maceo.* Estudio Político y Patriótico. (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- *El sentido revolucionario del 68.*
- INFESTA, RAMÓN. *Máximo Gómez.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- IRAIZOY Y DEL VILLAR, ANTONIO. *La misión diplomática de Enrique Piñeyro.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- JÚTZIZ, TOMÁS DE. *Elogio del señor Néstor Cabonell.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- *Manuel Sanguily y Garritte.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- LA FUENTE, MODESTO. *Historia General de España. Desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII.*
- LATANÉ, JOHN HALLIDAY. *A History of American Foreign Policy.*
- LLAYERÍAS, JOAQUÍN. *El Consejo Administrativo de Bienes Embargados.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- *La Comisión Militar Ejecutiva y Permanente de la Isla de Cuba.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- LOYNÁZ DEL CASTILLO, ENRIQUE. *La Ruta de un Héroe: el mayor general José María Rodríguez.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- MAÑACH, JORGE. *La Nación y la Formación Histórica.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- MARÍN VILLAFUERTE, FRANCISCO. *Historia de Trinidad.*
- MARQUÉS DE LA HABANA. *Memoria sobre la Guerra de la Isla de Cuba.*
- MÁRQUEZ STERLING, CARLOS. *Ignacio Agramonte, el Bayardo de la Revolución Cubana.*
- MÁRQUEZ STERLING, MANUEL. *La diplomacia en nuestra historia.*
- MARQUINA, RAFAEL. *Antonio Maceo, Héroe Epónimo.*
- MARTÍ, JOSÉ. *Obras Completas.*
- MESA Y RODRÍGUEZ, MANUEL I. *Los Hombres de la Demajagua.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- MIRANDA, LUIS RODOLFO. *Calixto García, Estratega.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- MORALES COELLO, JULIO. *Influencia del poder naval —positivo y negativo— en el desarrollo y en la independencia de Cuba.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- MORALES, VIDAL. *Hombres del 68. Rafael Morales y González.*
- *Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana.*
- MORISON, S. E. *The Oxford History of the United States.*
- O'KELLY, JAMES J. *La Tierra del Mambí.*
- PÉREZ CABRERA, JOSÉ MANUEL. *Vida y martirio de Luis de Ayestarán y Moliner.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- *Los primeros esbozos biográficos de Céspedes.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- PÉREZ LANDA, RUFINO. *Bartolomé Masó y Márquez.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- PÉREZ, LUIS MARINO. *Biografía de Miguel Jerónimo Gutiérrez.*

- PEZUELA, JACOBO DE LA. *Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la Isla de Cuba.*
- PICHARDO, ESTEBAN. *Geografía de Cuba.*
- PIEDRA Y MARTELL, MANUEL. *Juan Rius Rivera y la Independencia de Cuba.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- PIÑEYRO, ENRIQUE. *Morales Lemus y la Revolución Cubana.*
- PIRALA, ANTONIO. *Anales de la Guerra de Cuba.*
- PONTE DOMÍNGUEZ, FRANCISCO J. *Historia de la Guerra de los Diez Años.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- PORTELL VILÁ, HERMINIO. *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España.*
- QUESADA, GONZALO DE. *La juventud de Martí.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- REBELLO, CARLOS. *Estados relativos a la producción azucarera de la Isla de Cuba.*
- REMOS, JUAN J. *Historia de la literatura cubana.* Tomo II. Especialmente los capítulos 22, 24, 27 y 28.
- REPARAZ, G. *La Guerra de Cuba.*
- RICHARDSON, JAMES D. *A Compilation of the Messages and Papers of the Presidents.*
- RHODES, JAMES FORD. *History of the United States from the Compromise of 1850 to the end of the Roosevelt Administration.*
- ROA, RAMÓN. *Con la pluma y el machete.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- RODRÍGUEZ DE ARMAS, RODOLFO. *Elogio del coronel Manuel Sanguily y Garritte.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Vida del Dr. José Manuel Mestre.*
- RODRÍGUEZ GARCÍA, JOSÉ A. *De la revolución y de las cubanas en la época revolucionaria.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- ROIG DE LEUCHSENRING, EMILIO. *Ideología Política de Maceo, Cartas y otros Documentos.*
- SALAZAR Y ROIG, SALVADOR. *La gestión diplomática de Morales Lemus.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- SÁNCHEZ VALDIVIA, SERAFÍN. *Héroes Humildes y Los Poetas de la Guerra.*
- SANGUILY Y ARIZTI, MANUEL. *Loma de Sevilla.*
- SANGUILY Y GARRITTE, MANUEL. *Nobles Memorias.*
- *Enrique Piñeyro.*
- *Oradores de Cuba.*
- *Páginas de la Historia.*
- SANTOVENIA Y ECHADE, EMETERIO S. *Bartolomé Masó.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- *John A. Rawlins.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- *Lincoln. El Precursor de la Buena Vecindad.*
- *Pinar del Río.*
- SEDANO, CARLOS DE. *Cuba. Estudios Políticos.*
- SMITH, THEODORE CLARKE. *Expansion after the Civil War.*
- SOUZA, BENIGNO. *Efemérides.* "Diario de la Marina", 22 de septiembre de 1946.
- *Máximo Gómez, el Generalísimo.*
- TANSIL, C. C. *The purchase of the Danish West Indies.*
- TORRES LASQUETI, JUAN. *Colección de datos históricos de Puerto Príncipe.*
- TORRIENTE Y PERAZA, COSME DE LA. *Calixto García, Estadista.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- *Carlos Manuel de Céspedes; el gran demócrata cubano.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- *Fin de la dominación española en Cuba.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- TRELLES Y GOVÍN, CARLOS M. *Matanzas en la Independencia de Cuba.* (Publicaciones de la Academia de la Historia.)
- UBIETA, ENRIQUE. *Efemérides de la Revolución Cubana.*
- URRUTIA, CARLOS. *Los Criminales de Cuba y don José Trujillo.*
- VALDÉS DOMÍNGUEZ, FERMÍN. *El 27 de noviembre de 1871.*
- VARONA, ENRIQUE JOSÉ. *Prólogo de la obra Rafael Morales y González, por Vidal Morales.*
- VARONA GUERRERO, MIGUEL. *La Guerra de Independencia de Cuba.*
- VITIER, MEDARDO. *Las Ideas en Cuba.*
- VIVANCO, JULIÁN. *Estampas Antiguas de San Antonio de los Baños.*
- WARD, SIR A. W., Y GOOCH, G. P. *The Cambridge History of British Foreign Policy.*
- ZAMBRANA, ANTONIO. *La República de Cuba.*
- ZARAGOZA, JUSTO. *Las Insurrecciones de Cuba.*
- ZARRAGOTIA LEDESMA, L. *Maceo.*

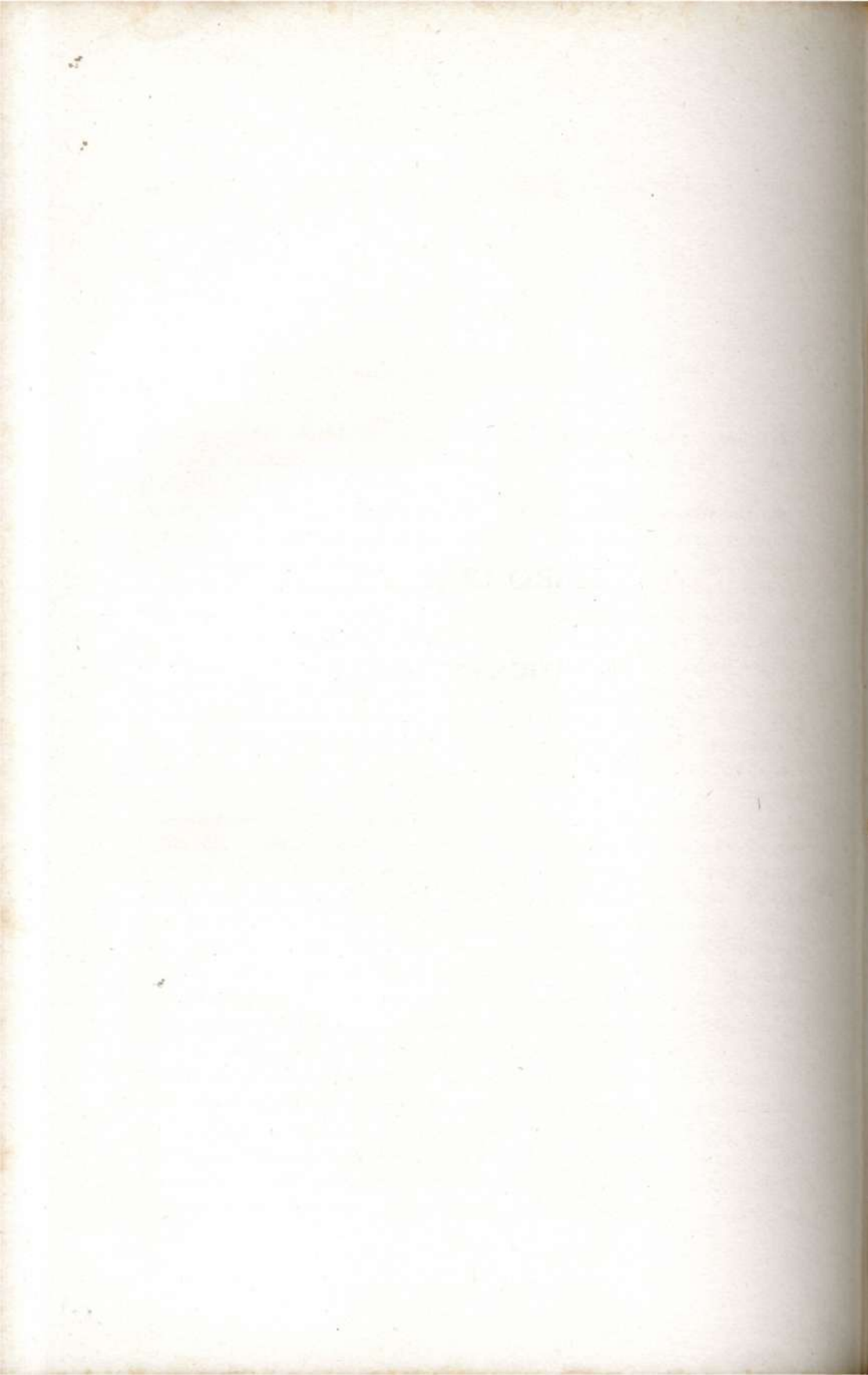
CAPITULO V DEL LIBRO TERCERO

- CARBONELL Y RIVERO, NÉSTOR. *El general Ramón Leocadio Bonachea* (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1947.
- COLLAZO, ENRIQUE. *La Guerra de Cuba en 1878: aclaraciones a la Protesta de Baraguá*. (Revista Cubana, La Habana, 1889.) T. IX.
- FIGUEREDO, FÉLIX. *La Guerra de Cuba en 1878: la Protesta de Baraguá*. (Revista Cubana, La Habana, 1899.) T. IX.
- FIGUEREDO SOCARRÁS, FERNANDO. *La Revolución de Yara*. La Habana, 1902.
- GÓMEZ, MÁXIMO. *Revoluciones... Cuba y Hogar*. La Habana, 1927.
- PÉREZ CABRERA, JOSÉ MANUEL. *Versión histórica de la "Protesta de Baraguá"*. (Revista de la Habana, año IV, t. VIII, n° 43, marzo de 1946.)
- *Una página desconocida de la historia de Cuba*. (Revista de la Habana, año IV, t. VIII, n° 48, agosto de 1946.)
- PIRALA, ANTONIO. *Anales de la Guerra de Cuba*. Madrid, 1898, t. III.



LIBRO CUARTO

POLITICA EXTERIOR



CAPÍTULO I

PROYECCIONES DE LOS LIBERTADORES

AL iniciar el movimiento bélico en pro de la independencia de Cuba, en 10 de octubre de 1868, Carlos Manuel de Céspedes pudo recordar que anteriores esfuerzos de parecida índole habían alcanzado dimensiones internacionales. No era fácilmente olvidable el hecho de que a mediados del siglo la Isla se había conmovido a consecuencia del alijo en sus costas de dos expediciones organizadas en el exterior. Ni había pasado inadvertida la iniciativa que, concebida por el argentino Rufino de Elizalde en funciones de ministro de Relaciones Exteriores de su país y reiterada en los Estados Unidos de América por el chileno Benjamín Vicuña Mackenna, tendiera a repeler la agresión de España a repúblicas hispanoamericanas atacándola en Cuba y Puerto Rico, que era donde más podía dolerle el golpe. Los nombres de las Antillas por España retenidas bajo su dominación, por esas y otras razones, circulaban como factores de conflictos y armonías internacionales.

La lucha armada encabezada por Carlos Manuel de Céspedes nació con la marca de lo internacional. El mismo 10 de octubre, inmediatamente después de enarbolar la bandera de la rebelión criolla, el nuevo caudillo firmó el manifiesto que había preparado para explicar al país y a las naciones las razones del grave paso que acababan de dar cubanos inconformes con el régimen colonial. El autor del documento, muy meditado y admirablemente redactado, logró en un pasaje emular lo más hermoso de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. El aludido pasaje estuvo dirigido a despertar el interés universal en torno a la ínsula que se alzaba contra el poder metropolitano.

A la manera de Thomas Jéfferson, Carlos Manuel de Céspedes advirtió que a un pueblo, en llegando al extremo de degradación y miseria a que había descendido el de Cuba, no era lícito reprobarle que echase mano a las armas para salir de un estado tan lleno de oprobio. El ejemplo de las grandes naciones autorizaba semejante recurso. Cuba no podía vivir privada de los derechos que gozaban otros países, ni

consentir que se dijese que sólo sabía sufrir. A los demás pueblos civilizados tocaba interponer su influencia para sacar de las garras de un bárbaro opresor a un pueblo inocente, ilustrado, sensible y generoso. A esos pueblos civilizados, a la par que a Dios, apelaban los cubanos que querían ser libres e iguales, como el Creador hizo a todos los hombres.

El manifiesto del 10 de octubre de 1868 dejó trazada una orientación a la Isla. Ésta no debía encerrarse en sí misma en su lucha contra el régimen colonial. Razones de sobra militaban en favor de su aspiración a la independencia. Y, siendo clara la sinonimia entre independencia y soberanía internacional, todo aconsejaba que los nuevos libertadores buscasen en el ámbito foráneo apoyo moral e influjo político en abono de la causa que armaba sus brazos.

Con el carácter de General en Jefe del Ejército Libertador de Cuba y en compañía de los miembros de la Junta Consultiva del Gobierno Provincial, en la última decena de octubre de 1868 Céspedes se dirigió a William H. Seward, Secretario de Estado de los Estados Unidos de América. Expuso el alcance de los acontecimientos políticos y revolucionarios que se habían producido en la Isla durante las dos últimas semanas, y demandó el empleo de la influencia de la Unión en favor de la emancipación de la rebelde colonia. O porque tal escrito estaba enderezado a un gobierno expirante, el presidido por Andrew Johnson, o por no ser acepta a Seward la revolución de Cuba, la apelación de los separatistas encabezados por Céspedes no produjo efecto alguno, salvo el de evidenciar que ellos deseaban promover el interés internacional acerca de lo que acá pasaba.

La revolución cubana contó con el favor de muchos de los hombres que desempeñaban funciones oficiales en los Estados Unidos. De las simpatías demostradas por el pueblo norteamericano con motivo de aquel suceso emanaron las adhesiones que se manifestaron en las esferas de la administración pública. El no haberse adoptado en Wáshington medidas ajustadas a la opinión nacional, al cabo, resultó beneficiosa para el efecto de conjunto a que aspiraban los patriotas cubanos. Durante la forzosa espera cobró mayor auge el excelente concepto formado sobre la justicia con que Cuba luchaba, a la par que por los españoles de la Isla se acentuaron sus violentas determinaciones y sus actos inconsultos, generadores de pésima opinión para su causa. Así y todo, hubo antes de que el presidente Ulyses S. Grant se instalase en la Casa Blanca iniciativas en pro de Cuba en el Congreso. Cuatro fueron conocidas por la Cámara de Representantes y el Senado de los Estados Unidos, a saber:

1. Proyecto de acuerdo o resolución, de 11 de enero de 1869, presentado por William E. Robinson, representante por Nueva York, en el que se proveía a la independencia de Cuba.

2. Proyecto de acuerdo, de 22 de febrero de 1869, presentado por William E. Robinson, representante por Nueva York, en que se ordenaba el reconocimiento de la independencia de Cuba.

3. Proyecto de acuerdo o resolución, de 26 de febrero de 1869, presentado por Shelby M. Cullom, representante por Illinois, en que se declaraba que el Congreso y el pueblo de los Estados Unidos de América no eran indiferentes a la lucha en que estaba empeñada Cuba para obtener su natural independencia, beneficio legítimo de que se le había por largo tiempo privado merced al influjo y poder de una nación monárquica europea y a la existencia en su seno de la esclavitud africana.

4. Proyecto de resolución, de 27 de febrero de 1869, presentado por John Sherman, senador por Ohio, en que se autorizaba al Presidente para reconocer la independencia de Cuba tan pronto como en concepto suyo existiera en la Isla un gobierno *de facto* establecido por los cubanos.

En diversas poblaciones de la Isla se acentuó el éxodo de los patriotas hacia el territorio de los Estados Unidos. A muchos de ellos no era fácil, por razones de índole varia, marchar al campo revolucionario. Pero no podían tampoco resignarse a soportar la persecución y los vejámenes de que resultaban víctimas por parte de los funcionarios coloniales. Y emprendieron la áspera senda del exilio. Los núcleos de revolucionarios cubanos crecían semana tras semana en la Unión, de manera señalada en Nueva York. La agitación producida por esa muchedumbre de emigrados, creando saludables estados de opinión, encontró consoladora resonancia en el pueblo angloamericano, que, por general asenso, se mostró propicio a coadyuvar moral y materialmente al auge de la sangrienta empresa propulsada por los separatistas de la Isla. Si despertaron siempre profunda simpatía en los Estados Unidos los empeños enderezados a la conquista de la libertad y el régimen republicano, los de Cuba por su emancipación tuvieron, además, el favorable precedente de haber sido tradicionalmente considerada esta Antilla con derecho a recibir la ayuda de la nación vecina.

Pocos días después de haber asumido la presidencia de la República tuvo Grant integrado su gabinete. Secretario de la Guerra fué designado John A. Rawlins el 11 de marzo de 1869. A la Secretaría de Estado se vió exaltado algo más adelante Hamilton Fish. El nombra-

miento de Fish resultaba obra de su condición de ciudadano del estado de Nueva York, del que había sido gobernador, y de su cualidad de adinerado, merced a la consideración guardada por Grant a los dueños de cuantiosas fortunas, como era la de Fish. La elección de Rawlins entrañó el mejor acierto del Presidente al iniciar su período.

El advenimiento del nuevo gobierno de los Estados Unidos entrañaba para los patriotas de la Isla interrogaciones plenas de ansiedad. Se estudiaban las propensiones del ilustre magistrado, el héroe que tanto contribuyera a salvar la existencia nacional. Pero también eran tenidas en cuenta las simpatías populares ya comenzadas a manifestarse por la regeneración de Cuba y las ideas de los hombres que como colaboradores de Grant entraban a participar en la dirección de los supremos destinos de la Unión.

Ante el estreno de la administración de Grant, observado desde Cuba con emoción, Céspedes no estuvo tardo ni remiso en hacerse representar cerca de la nueva situación por José Morales Lemus, a quien designó legado suyo en 18 de marzo de 1869. Con esta actitud previosa de Céspedes coincidió la de la Asamblea de Representantes del Centro —el organismo creado por los camagüeyanos cuando aún no habían logrado entenderse con los orientales— al dirigirse al presidente Grant en solicitud de que se apresurase a reconocer la independencia de Cuba.

Como corrientes por las que se deslizaron los anhelos dirigidos a tamaña finalidad, a los que no fué ajena la prensa periódica de la Unión, llegaron a la Cámara de Representantes, en Wáshington, documentos de alta significación en demanda del reconocimiento de la independencia de la Isla. El Congreso, por su lado, no permaneció indiferente. Obedecieron al sentir de poderosas fuerzas cívicas de la Nación la Cámara de Representantes y el Senado al dar cabida a las iniciativas encaminadas a determinar el apoyo oficial angloamericano a los cubanos. Existió excelente espíritu de comprensión por parte de crecido número de los legisladores de la Unión. Se veía que las aspiraciones que animaban la insurrección eran hijas de los mismos principios que mantenían pujante aquella democracia. Estaba en el conocimiento de los estadistas del Norte la hermosa verdad de que en las zonas revolucionarias los principales jefes, dueños de esclavos, habían decretado la libertad de la raza africana en la Isla. En ambas ramas del Congreso se produjeron iniciativas de entidad acerca de la situación de Cuba:

1. Proyecto de resolución, de 12 de marzo de 1869, presentado en la Cámara de Representantes por Nathaniel P. Banks, de Massachusetts, autorizando el reconocimiento de la independencia de Cuba.

2. Proyecto de resolución, de 16 de marzo de 1869, presentado en el Senado por John Sherman, de Ohio, autorizando el reconocimiento de la independencia de Cuba.

3. Informe, de 25 de marzo de 1869, emitido por la Comisión de Negocios Extranjeros de la Cámara de Representantes, a propuesta de su presidente, Nathaniel P. Banks, en forma de resolución expresiva de las simpatías del Congreso por el pueblo de Cuba en su lucha contra el gobierno de España.

Mientras en los campos de Cuba el sacrificio humano llegaba al ápice, y era sacrificio ofrendado en las aras patrias, en el exterior se producían sucesos significativos y edificantes. Los libertadores de la Isla atraían hacia ésta la atención universal. Los antillanos rebeldes, luchando contra una metrópoli cuyos recursos equivalían a ciento por uno en relación con los de la ensangrentada colonia, creaban motivos emocionales y sentimientos fraternales.

De manera inusitada favoreció el interés cubano la tirantez de las relaciones entre España y varias de las repúblicas hispanoamericanas. La antigua metrópoli no había logrado —ni siquiera se lo había propuesto— ganarse la buena voluntad de las naciones organizadas en territorios que fueran suyos. Para mayor agravante, había reincidido en la torpeza de alentar planes reconquistadores a expensas de la América de habla castellana. De México se había retirado, por una feliz decisión de Juan Prim no consultada con los ministros de Isabel II, después de comprometer su amistad con el pueblo presidido por Benito Juárez. A Santo Domingo había regresado en un eclipse del régimen republicano, y de allí había salido en términos lesivos para su prestigio. Las agresiones perpetradas en la costa del Pacífico por la armada hispánica habían provocado manifestaciones de indignación casi unánimes en el extinguido imperio ultramarino contra lo que representaba la desacreditada monarquía borbónica. Y la revolución derrocadora de Isabel II nada hacía para sanar heridas que sangraban en las tierras descubiertas por Colón y sus sucesores.

La circunstancia internacional contribuyó a acelerar la presencia moral de Cuba en la comunidad de pueblos libres de la América hispana. Tal presencia moral estuvo acompañada de determinaciones políticas y de ventajas económicas, bien que éstas no alcanzaban tanta importancia como aquéllas. Pero lo fundamental se abrió paso. Y lo fundamental consistía en que la Cuba republicana, en lucha cruentísima con la Cuba colonial, conquistase sólidas posiciones y altos conceptos en la conciencia de países que constituían un sistema político

del que la Isla debía formar parte, aun en medio de tanteos y reveses graves, para su bien y prosperidad.

Desde los primeros meses de 1869 empezaron a manifestarse en la parte hispánica del vecino continente resoluciones y acuerdos oficiales que hablaban de fraternidad americana. Los libertadores de la Isla conocieron alentadoras asistencias internacionales. Estas se originaron de modo diverso, ya por actos unipersonales de hombres de alto oficio, ya por determinaciones colectivas, a saber:

1. El gobierno de Benito Juárez dispuso que se admitiese en los puertos de México la bandera de los independientes de Cuba. Y la Cámara de Diputados de la República autorizó al ejecutivo federal para que reconociese a los cubanos como beligerantes.

2. Chile asumió la iniciativa, por medio de su órgano ejecutivo, de solicitar de Bolivia, Perú y Ecuador manifestaciones favorables a la emancipación de Cuba y procuró que los Estados Unidos de América aprovecharan sus buenas relaciones con España para conseguir la regulación de la guerra hispanocubana en términos humanos. Y el gobierno de Santiago otorgó a los cubanos que lidiaban por obtener la independencia de la Isla los derechos de beligerancia.

3. El gobierno de Venezuela reconoció la beligerancia de los patriotas de la Isla.

4. Mariano Melgarejo, Presidente Provisorio de Bolivia, decretó el reconocimiento de los separatistas cubanos como beligerantes, proclamó la legitimidad de los poderes públicos por ellos organizados y expresó la cordial simpatía de su patria a Céspedes y sus seguidores como primer homenaje a su espíritu americano.

Sucesos de extraordinaria importancia, como fueron la reunión de la Asamblea Constituyente, la proclamación de la República y la adopción de su código fundamental, en 10 de abril de 1869, en Guáimaro, con la consiguiente elección de Presidente de la República, trajeron consigo dos novedades de la mayor importancia: la unidad de todos los separatistas cubanos y la afirmación de su legítima representación diplomática en los Estados Unidos, recaída en Morales Lemus.

Por las fechas en que la República era organizada y el presidente Céspedes hacía a Morales Lemus plenipotenciario de ella en los Estados Unidos ya en éstos había adelantado el propósito de darlos por enterados oficialmente, y para bien de los combatientes de la Isla, de lo que en la misma ocurría. Las gestiones formales que traducían el deseo cubano de obtener de los Estados Unidos el reconocimiento de la independencia proclamada en la Isla cobraron fuerza y prestigio con los

actos históricos consumados en Guáimaro. Ya existía un gobierno de Cuba por los cubanos. La proyección internacional de la República presidida por Céspedes, sobre hallarse favorecida por recientes antecedentes de entidad, era una justa y previsora ambición de los fundadores que trabajaban en la mayor de las Antillas.

Los libertadores cubanos no limitaron sus aspiraciones en el orden internacional a lograr la cooperación de los Estados Unidos. Pero no ofreció dudas su propósito de recabar con ahinco una actitud favorable de la Unión. Razones geográficas, históricas y políticas explicaban esta prelación en sus cálculos y afanes. La cercanía de las costas de Cuba a las meridionales de los Estados Unidos resultaba un factor material en extremo apreciable en una revolución que necesitaba importar pertrechos de guerra y, para ello, obtener recursos y organizar expediciones en un país vecino. La abolición del trabajo servil en la Unión pesaba en el curso de los acontecimientos cubanos y ya tenía total correspondencia en el artículo de la constitución firmada en Guáimaro que declaraba que todos los habitantes de la Isla eran enteramente libres. La influencia política de una gran potencia democrática y republicana estaba llamada a redundar en directo y decisivo beneficio para quienes en Cuba combatían a sangre y fuego, con inmensos sacrificios de vidas y haciendas, por ideales semejantes a los triunfantes en la patria de Wáshington y Lincoln.

En 30 de abril de 1869 informó el representante de los revolucionarios de la Isla en la Unión, José Morales Lemus, al presidente de la república de Cuba libre, Carlos Manuel de Céspedes, de impresiones satisfactorias por él recogidas. Al referir Morales Lemus a altos personajes las atrocidades cometidas en la Isla por los servidores del régimen colonial y hacer presente que la humanidad exigía que se les pusiera coto, se le significó que no estaba lejos el día en que por esa razón o con ese pretexto el Gobierno intervendría de un modo decisivo a favor de la insurrección. Por otra parte, el mismo Morales Lemus recibió indicaciones sobre la posibilidad de arreglos que permitieran a Cuba: a) adquirir buques, armas y municiones, de que el Gobierno no necesitaba, a reducido costo; b) aprovechar los servicios de oficiales del Ejército y de la Marina, sin que éstos incurrieran en la reprobación del Gobierno; c) obtener la adhesión de buenos ingenieros para fortificar algunos de los puertos de la Isla y convertirlos en invulnerables por las fuerzas españolas de mar y tierra; d) utilizar el mejor sistema de torpedos conocidos para defender tales puertos y volar los buques enemigos que se obstinasen en bloquearlos.

Los destinos de Cuba eran en la Unión discutidos y propugnados hacia una solución feliz para los patriotas. El efecto de debates y discursos de angloamericanos y las gestiones de cubanos, especialmente de Morales Lemus, con los caracteres diversos de presidente de la Junta Central Republicana de Cuba y Puerto Rico, agente de la revolución, apoderado general del gobierno insurrecto y enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la República de Cuba en los Estados Unidos, estimulaban la participación del Poder Ejecutivo en el conflicto de la Isla. Desde que Grant tomó posesión de la Presidencia pareció que las cosas de Cuba habían entrado en franco proceso de mejoramiento. Morales Lemus fué introducido a la amistad de Rawlins, el secretario de Guerra, por la mediación del médico de éste, el doctor D. W. Bliss. Así fué dado al representante de Cuba llegar directamente hasta el Presidente. Pocos días después de hallarse instalado en la Casa Blanca, recibió Grant, por gestión de Rawlins, a Morales Lemus, quien le expuso la situación de la Isla, la justicia de su empeño guerrero, sus recursos y las esperanzas que tenía cifradas en los Estados Unidos. Escuchó Grant las palabras de Morales Lemus con suma atención, asintió a muchos de sus conceptos con movimientos de cabeza, serio y taciturno, como solía mostrarse, y, al extenderle la mano en señal de despedida y terminar la conferencia, le encareció la ventaja de que los revolucionarios se sostuvieran por corto período más, seguros de que obtendrían aún más de lo esperaban.

Un cubano de mucha distinción, Domingo Ruiz, se encargó de establecer relaciones de conocimiento y trato entre Hamilton Fish y Morales Lemus. A fines de junio de 1869 Fish hizo saber a Morales Lemus que lo recibiría en su casa particular, en Wáshington. La visita tuvo lugar la noche del 25 de junio. El representante de los cubanos inició el relato de las causas que aconsejaban y demandaban el reconocimiento de la beligerancia de los revolucionarios antillanos. El Secretario lo interrumpió para significarle que, por encargo del Presidente, iba a dirigirse al gobierno de Madrid a objeto de obtener por medio de un convenio pacífico la terminación de la guerra y la independencia de la Isla. Era de parecer, por consiguiente, que anticipar el reconocimiento solicitado resultaría acto extemporáneo, mirado como de hostilidad en el momento de proponer la paz. A Morales Lemus no entusiasmaron las noticias e impresiones de Fish. Pero éste le habló con vehemencia de las conversaciones habidas en Madrid entre el comerciante norteamericano Paul S. Forbes, amigo de Grant y de otros personajes, según las cuales no repugnaba al nuevo gobierno existente en España desprenderse de Cuba mediante una indemnización pecuniaria seriamente garantizada.

Forbes había recogido en España el sentir de Prim propicio a considerar con criterio liberal la grave cuestión suscitada en la Isla. Este famoso general conocía los antecedentes que ligaban ciertos intereses de los Estados Unidos a los de Cuba, y sopesaba la trascendencia de la intervención, aunque no fuese sino moral, del pueblo de la Unión en el conflicto antillano. A su retorno de México, en 1862, había apreciado de cerca, en el teatro mismo de la horrenda lucha secesionista, los colosales progresos de que hablara en España para negar la creencia de que los Estados Unidos constituían "una nación de comerciantes, cuidándose poco de cosas de guerra sin espíritu militar, sin efectos militares y, por lo tanto, sin posibilidades de hacer la guerra ni aun en su propio país", y advertir que la potencia más poderosa de Europa sería inferior a la Unión para lidiar en el Hemisferio Occidental. Forbes se había trasladado a los Estados Unidos y había transmitido al gabinete de Wáshington la impresión, lograda en conversaciones con Prim, de que España aceptaría una oferta de mediación por parte de la Unión para solucionar el problema de Cuba. Con instrucciones acerca de los propósitos de la administración del presidente Grant, como agente especial y confidencial, Forbes había regresado "a Madrid a fin de arreglar los detalles de las bases que debían acordarse entre los dos gobiernos" para "asegurar la terminación de las hostilidades y la independencia de la Isla". En estos preliminares se hallaba detenida su gestión, acaso por la naturaleza informal de su mandato. Morales Lemus insistió en sus puntos de vista, reforzados por el conocimiento que poseía respecto de las actitudes hispánicas en relación con el estado político de sus posesiones ultramarinas. Pero Fish ahogó los argumentos de su visitante con los que empleó al explicar el alcance de la mediación de los Estados Unidos en el conflicto hispanocubano. Y presentó al plenipotenciario un pliego expresivo de que, para poner fin a la contienda bélica que asolaba la principal de las Antillas, era intención del gobierno de la Unión ofrecer sus buenos oficios al gabinete de Madrid con arreglo a las siguientes bases:

1. España reconocería la independencia de Cuba.
2. Cuba pagaría a España, en la forma y en los plazos que se acordasen, una suma equivalente al completo y definitivo abandono por parte de la segunda de sus derechos sobre la Isla, inclusive propiedades públicas de toda especie. De no ser posible a Cuba pagar tal cantidad al contado, la parte aplazada y sus intereses se asegurarían con los productos de las aduanas de la Isla.
3. La esclavitud de las razas de color sería abolida en Cuba.

4. La tramitación de las negociaciones sería acompañada de un armisticio.

Inmediatamente después de mostrar a Morales Lemus las bases que se proponía someter al gobierno de Madrid, Fish invitó a su interlocutor a que firmase, con el título de agente autorizado del partido revolucionario de Cuba, otro papel, en el que se fijaba el máximo de cien millones de pesos a la cantidad que debía Cuba pagar a España. Luego se extendió en consideraciones enderezadas a robustecer su tesis de que la mejor solución para el problema de la Isla era la que él dejaba trazada. A la observación de Morales Lemus acerca de posibles circunloquios diplomáticos por parte de España, respondió que sabía demasiado, para tal evento, que hablaba en nombre de la nación más poderosa del Mundo y que no permitiría que nadie se burlase de ella. Las instrucciones destinadas a la legación en Madrid comprendían puntos trascendentales. La Secretaría de Estado, al referirse allí a la guerra civil que asolaba la Isla, se inspiraba en el deseo de significar la realidad de una situación que impedía retardar por mucho tiempo la concesión del derecho de beligerantes a los revolucionarios. En caso de larga demora en las negociaciones que iban a iniciarse o de probable negativa de España, el inmediato reconocimiento de la beligerancia había de ser la consecuencia lógica acatada por los Estados Unidos.

En el día siguiente al de la entrevista entre Fish y Morales Lemus recibió éste una carta de aquél y copias de los documentos contentivos de las bases de la mediación que sería ofrecida a España y de las instrucciones preparadas para el diplomático de la Unión que en Madrid llevaría a cabo la misión sobre Cuba. Tales papeles llegaron a manos de Morales Lemus en sobre y con sello del Departamento de Estado, y esto y el tratamiento de "agente autorizado del partido revolucionario de la isla de Cuba" que le daba Fish inspiraron en el legado de Céspedes la esperanza de que sus gestiones iban encaminadas hacia el logro de una solución favorable a los intereses de los libertadores.

Para conducir en el campo diplomático la negociación planeada en Washington alrededor de la independencia de Cuba, fué designado Daniel E. Sickles, con el carácter de plenipotenciario cerca del gobierno de Madrid. Sickles era hombre de amplia inteligencia y raras cualidades. Había sido secretario de la legación de su país en Londres, miembro del Congreso, mayor general en la guerra secesionista y enviado especial de Lincoln en los Estados Unidos de Colombia. La pérdida de una de sus piernas, destrozada por bala de cañón en la batalla de Gettysburg, obligándolo a andar siempre con muletas, lejos de menoscabar su apostura, le deparaba condición mayestática y venerable. Por

reconocer en él la concurrencia de prendas singulares, lo eligió Grant para el desempeño de tan delicada misión. Las instrucciones pertinentes fueron comunicadas en 29 de junio de 1869 por el Departamento de Estado a Sickles.

En sólo unos meses los libertadores cubanos tenían logrados grandes progresos en la órbita internacional. Las previsiones de Céspedes y sus seguidores en el suelo patrio y los esfuerzos de Morales Lemus y sus auxiliares en tierras extrañas desembocaban en proyecciones muy promisorias. Por vías directas e indirectas la Antilla en guerra hacía sentir a España las potencias materiales y espirituales de la causa emancipadora. Y entre lo mejor se hallaba la política exterior de la república proclamada en Guáimaro.

CAPÍTULO II

MISION DE SICKLES

Las bases comunicadas en 29 de junio de 1869 por Fish a Sickles entrañaban el mismo plan que Forbes tenía encargo de exponer a Prim. Pero a Sickles tocó hacer todo. Los poderes de Forbes no eran sino de carácter consultivo. Además, al conocer confidencialmente el alcance de las proposiciones del secretario de Estado de la Unión, Prim no les había dispensado favor absoluto. Con esta noticia, a su llegada a Madrid, Sickles recibió de Forbes la impresión de que España no negociaría sobre los puntos señalados por Wáshington, los que serían rechazados y sembrarían de obstáculos el camino para tratos futuros. Ante síntomas tan alarmantes en relación con el principal de los asuntos anejos a su plenipotencia, se vió Sickles precisado a extremar la prudencia y revestirse de mesura al suscitar las conversaciones formales respecto del ofrecimiento de los buenos oficios del gobierno de los Estados Unidos al de España para el arreglo de la cuestión hispanocubana, a diario agravada por la exacerbación de la lucha desarrollada en la Isla.

Con Manuel Silvela, ministro de Estado, empezó Sickles el 31 de julio de 1869, apenas presentadas sus credenciales al regente Francisco Serrano, a estudiar la cuestión de Cuba. Silvela la contemplaba como hábil abogado y parlamentario, se abroquelaba con el texto del artículo 108 de la constitución española acabada de adoptar y se inclinaba a una "solución puramente legal y legislativa". A la par de las impresiones cruzadas entre el plenipotenciario de la Unión y el Ministro de Estado debía intervenir en la negociación Prim, presidente del Consejo de Ministros. Innegables discrepancias separaban el criterio de Prim y el de Silvela acerca de la situación de Cuba. Grande era la distancia que existía entre las opiniones del Presidente del Consejo y las del Ministro de Estado respecto de los asuntos insulares. El último se confinaba absolutamente en las manifestaciones sobre las cuales el Consejo lo instruía, mientras que Prim se adelantaba a sus colegas, contando con que, al cabo, no le faltaría la cooperación de ellos. La reserva del



JOSÉ MORALES LEMUS

JOSÉ MORALES LEMUS. La historia de la vida de este insigne patriota, ha escrito Enrique Piñeyro, "se asemeja en su desarrollo y caracteres generales a la historia política de la isla de Cuba en el mismo período... sesenta años de relativa oscuridad y de esfuerzos laboriosos [Morales Lemus nace en 1808 y viene a morir en 1870], y al cabo de ellos una iluminación". Abogado de rica y respetuosa clientela, conocido y admirado por la rectitud de sus principios y la sinceridad de su patriotismo, Morales Lemus toma una parte principalísima en la fundación y en el sostenimiento del periódico *El Siglo*, de feliz memoria. En las sesiones de la Junta de Información, a las que acude, el gran jurisconsulto aparece por primera vez de manera pública y ostensible, "como jefe y moderador del partido liberal cubano". Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la Revolución de 1868 en los Estados Unidos, después de unos comienzos prometedores y lisonjeros en el desempeño de su delicada misión, Morales Lemus ve a la postre frustradas sus más caras esperanzas y derruidos sus más hermosos sueños. Hallábase entregado, en cuerpo y alma, a la tarea más oscura y sin duda alguna más lenta de acopiar armas y municiones con destino a los soldados cubanos, cuando murió "sin la satisfacción de ver cercano el objeto de su vida y de todos sus esfuerzos".

Retrato perteneciente a la Colección Figarola-Caneda del Archivo de la Academia de la Historia de Cuba.

Ministro de Estado y la franqueza del Presidente del Consejo —observó pronto Sickles— se hallaban en evidente contraste. La explicación de esto podía encontrarse en el empeño del Ministro de Estado de mantenerse en una posición fácilmente defendible en las Cortes, si las negociaciones no tuviesen buen éxito, y en la posición privilegiada del Presidente del Consejo. Prim trataba los problemas como jefe revolucionario triunfante, que irradiaba destellos de un poder casi absoluto. Silvela se conducía como jurista y como parlamentario. La táctica de Silvela era de circunloquios, digresiones e inatigencias. La de Prim obedecía a convicciones profundas, aunque contrarrestadas por quienes con él compartían responsabilidades públicas.

Era Prim en los momentos de iniciarse la negociación de Sickles la personalidad que mayor influjo ejercía en los destinos de España. Su situación resultaba la más alta y la más envidiable a que podía aspirar un patriota de su envergadura. Gustaba nutrir iniciativas osadas. A la cuestión de Cuba consagró actividad inusitada. Enfocó su solución en términos radicales y atrevidos para el punto de vista español. Consideró presente la hora en que la Metrópoli debía reconocer el derecho de la Colonia a manejarse por sí sola. Aspiró a propiciar la transformación demandada por los revolucionarios de la Isla. Su previsión chocó con fuertes estados de conciencia. El destino lo colocó en medio de un pueblo que se resistía a domeñar su carácter e incrementaba con sus exaltaciones el instinto de conservación contra el orden de ideas y conmociones fluyentes en lo mejor de los restos de sus vastos dominios americanos. Prim necesitó sobrellevar afligente conflicto de propósitos e intereses, puestos en pugna por el apego a procederes caídos en descrédito y propensos a esterilidad.

Sickles ofreció los buenos oficios del presidente Grant para el restablecimiento de la paz en Cuba en conferencia celebrada con Silvela el 31 de julio de 1869. El 1º de agosto se puso al habla con Prim acerca del objeto fundamental de su misión diplomática. La entrevista del Plenipotenciario con el Ministro de Estado no había trascendido los límites de un canje de impresiones. En cambio, la conversación con el Presidente del Consejo llegó al fondo del asunto. "He comunicado a Prim informalmente —telegrafió Sickles a Fish el 1º de agosto de 1869— las bases de la convención. Me invitó a decirle cuánto darían Cuba y Puerto Rico. Dije que no tenía instrucciones y sugerí ciento veinticinco millones como una probabilidad. Prim dijo que podría arreglar los preliminares con los Estados Unidos y conceder la autonomía de Cuba y Puerto Rico por un equivalente suficiente tan pronto

como cesasen las hostilidades. Prometió llevar el asunto al Consejo esta noche." La suma señalada por Sickles debió de referirse sólo a Cuba, porque desde el 29 de julio se hallaba prevenido por Fish de que no mezclase a Puerto Rico en la negociación, que era en extremo importante tramitar con rapidez.

La conferencia del 1º de agosto entre Prim y Sickles, en el Ministerio de la Guerra, residencia de aquél, tocó los aspectos esenciales del problema de Cuba. En el día anterior, conversando en tono cordial con Silvela, Sickles escuchó palabras de lisonja para su nación, advirtió el deseo de su colutor de no ir demasiado lejos en el tratamiento de la cuestión antillana y tomó nota de la manifestación de que había sido intención de los liberales de la Península que planearan y ejecutaran los movimientos revolucionarios culminantes en la nueva vida política de España proveer cuanto antes a la concesión a Cuba de gobierno propio. Pero la insurrección estalló en la Isla precisamente en el mismo momento en que empezaba a ser posible conceder a Cuba todos los derechos que anhelaba. Tal opinión, a nombre de la revolución triunfante en la Península, contra la iniciada en Cuba, a despecho de su índole paradójica, estaba llamada a ser eje de la resistencia del gabinete de Madrid a una inmediata avenencia. Prim, el primero en la obligación de mantener cierta disciplina en las determinaciones del ministerio que presidía, no escapó a la influencia de la idea de que precisaba el desarme previo de los insurrectos para arribar a una solución satisfactoria.

Apenas enunciado por Sickles el objeto de su visita, le preguntó Prim si lo que tenía que exponer era en substancia lo mismo que Forbes había insinuado. Sickles contestó afirmativamente la interrogación. Prim discurrió con mucha animación y hasta con calor. Subrayó que España no pensaba aceptar ninguna indicación de armisticio con los insurrectos ni consideraría la cuestión de la independencia de Cuba mientras los revolucionarios estuviesen alzados contra la Metrópoli. España concedería completa amnistía tan pronto como los insurrectos depusiesen las armas. Hecho esto, el asunto podría tratarse. El Presidente del Consejo se hallaba dispuesto a arrostrar el problema de manera franca y práctica. Quizá sus ideas fuesen más avanzadas que las de sus colegas, pero estaba seguro de que ellos unánimemente esperaban que el influjo de los Estados Unidos se ejerciese con éxito feliz para despejar la situación de las dificultades que la circundaban. Prefería dejar a los propios cubanos la determinación sobre el cambio de soberanía. A la indicación de Sickles relativa a la posibilidad de celebrar en Wáshington una conferencia en que estuviesen representadas Es-

paña, la Unión y Cuba, objetó Prim que la Isla sólo podía ser oída en Madrid por medio de sus diputados a las Cortes y que a España era lícito negociar con la Unión, pero no con Cuba. A las reflexiones en que se explayó el Plenipotenciario para encarecer pronta decisión en ahorro de mayores sacrificios, el Presidente del Consejo repuso que éste se ocuparía con el particular en la noche próxima y que confiaba en que no pasaría mucho tiempo sin que el Ministro de Estado o él le comunicasen las bases sobre las cuales España estaría dispuesta a discutir. Al poner punto a la entrevista, Prim expresó a Sickles su deseo de que la misma se tuviese por extraoficial y enteramente confidencial.

Desde el 1º hasta el 10 de agosto permaneció en suspenso la comunicación entre Sickles y el gabinete de Madrid, a causa de enfermedad padecida por Silvela. Con éste habló el día 10 el ministro angloamericano. La opinión del Consejo no era otra que la recogida por Sickles en sus conversaciones iniciales con miembros del Gobierno. Silvela encerraba el tratamiento de la cuestión en la órbita legal, obstinado en desconocer todo factor que escapase al precepto de la Constitución según el cual estaba reservada a las Cortes la facultad de reformar el sistema de gobierno de las provincias de Ultramar cuando hubiese en España diputados de Cuba o Puerto Rico. Menester era a Sickles buscar más amplios horizontes en Prim, con quien estaba persuadido de poder entenderse mejor. En 12 de agosto ambos tornaron a reunirse.

Prim y Sickles sostuvieron larga y libre conversación acerca de Cuba. Prim confesó la verdad de que sus colegas se encontraban menos inclinados que él a considerar las proposiciones del gobierno de Grant y no apreciaban como él la dificultad de continuar una guerra en América. Sus colaboradores estaban mayormente influídos por el sentimiento popular dominante en España, que no aquilataba sacrificios de vidas ni de dinero cuando creía que el honor nacional estaba afectado. De concernir sólo a su voluntad la solución del conflicto, ya hubiese dicho a los cubanos que, en deseándolo, saliesen de la dominación hispánica, que reconocieran el tesoro que a España habían costado y que dejasen llevar a la Península el ejército y la flota de la Isla y consolidar las libertades y los recursos de España.

Señaló Sickles la novedad de que Europa vislumbraba algún arreglo mediante el cual España concediese la emancipación a Cuba y de que periódicos continentales e ingleses, discutiendo la cuestión, encontraban en otras naciones amplios precedentes para tal otorgamiento por parte de los poderes organizados en Madrid. La gran dificultad que se presentaba consistía, a juicio de Prim, en la desconfianza existente en-

tre los insurrectos respecto de las promesas hispánicas y en el error en que incidían los Estados Unidos al proponer un armisticio y propulsar la negociación de las bases de la independencia en tanto los cubanos se mantenían sobre las armas. Prim estaba seguro de que no había poder humano capaz de obtener del pueblo español la más insignificante concesión mientras la rebelión subsistiese. Sickles insistió en sus puntos de mira. Protestó no intentar acto alguno lesivo al honor de España. Se refirió al antecedente de que la Gran Bretaña había reconocido la liberación de los Estados Unidos coetáneamente a la suspensión de las hostilidades. Adujo que, si, como se le aseguraba, las futuras relaciones de Cuba con España admitían un concierto fundado en la independencia de la Isla, no veía inconveniente en optar por un procedimiento que, sin ofensa para la Metrópoli, permitiese una tregua durante las negociaciones con la Unión.

Sickles, apremiado por Fish, pidió inmediata contestación respecto de la proposición de su país. Prim dió forma a las bases que juzgaba posibles. Por la tarde del mismo 12 de agosto, no mucho después de haberse separado, Prim pasó a Sickles una nota en solicitud de que no enviase a Wáshington aviso sobre lo tratado hasta que el primero no viese al segundo a las once horas del día siguiente. En la nueva entrevista, que fué breve, Prim significó que, habiendo informado al Consejo de las manifestaciones hechas por él a Sickles, aquél veía una extralimitación de las facultades del Poder Ejecutivo en lo concerniente a la concesión de la independencia, por lo que adicionaba el cuarto punto dejando su cumplimiento sujeto a la sanción de las Cortes. Con todos esos pormenores, y luego de mostrar su texto a Prim, Sickles dirigió a Fish el 13 de agosto de 1869 un telegrama expresivo de que el Presidente del Consejo lo autorizaba a decir que los buenos oficios de los Estados Unidos quedaban aceptados. Prim sugería extraoficialmente, para información de Fish, cuatro proposiciones cardinales, que serían aceptables en siendo presentadas por los Estados Unidos como bases para una convención, cuyos pormenores serían determinados tan pronto como fuese factible:

1. Los insurrectos deberían deponer las armas.
2. España concedería simultáneamente una completa amnistía.
3. El pueblo de Cuba votaría por sufragio universal acerca de su independencia.
4. De decidirse la mayoría por la independencia, España la concedería con el consentimiento de las Cortes, pagando Cuba un equivalente satisfactorio, garantizado por los Estados Unidos.

Tan pronto como los preliminares fuesen fijados se daría salvo-conducto por las autoridades españolas para que los cubanos pudieran comunicarse. Prim recomendaba estricto secreto con referencia a esta y a cualesquiera otras comunicaciones.

Las contraproposiciones concebidas por Prim resultaban ineficaces para resolver la cuestión de Cuba. Fish transmitió a Sickles el juicio adverso del gobierno de Wáshington. El desarme previo de los revolucionarios de la Isla y el sometimiento del problema al voto popular, en instantes en que los separatistas, indefensos, se hallarían a merced de los sostenedores acérrimos del régimen colonial, eran condiciones inadmisibles.

En 16 de agosto de 1869 Fish pidió a Sickles que apremiase la aceptación de las bases propuestas por los Estados Unidos. La primera proposición por parte de España para que los insurrectos depusiesen sus armas era ineficaz como preliminar. La tercera, tendiente a evidenciar la voluntad de los cubanos por medio del voto, era impracticable, a causa de la desorganización del país, del terrorismo que prevalecía y de la violencia e insubordinación de los voluntarios. No había duda acerca de la voluntad de la mayoría: había sido ya reconocida y admitida. Debería acordarse inmediatamente un armisticio para contener la matanza y la destrucción de la propiedad, dar oportunidad a la comunicación con los insurgentes y determinar la emancipación de los esclavos.

La réplica de Fish a la fórmula indicada por Prim produjo nuevo intercambio de ideas entre el Presidente del Consejo de Ministros y el Plenipotenciario. Conferenciaron extensamente el 20 de agosto. Sickles comunicó a Prim las apreciaciones consignadas por Fish en el despacho del día 16, y volvió a la carga sin perder de vista las instrucciones recibidas en Wáshington de manos del Secretario de Estado. Prim afirmó que el desarme de los revolucionarios no era condición previa para tratar con los Estados Unidos. Él se hallaba preparado para ponerse de acuerdo con Sickles sobre la "base de un convenio que contemplase la independencia de Cuba, pero no podía dar al arreglo las sanciones de un tratado, ni someter las proposiciones a las Cortes para su ratificación, mientras los insurrectos estuviesen sobre las armas". No dudaba que, "cualquiera que fuese el resultado del conflicto, Cuba sería al cabo libre". Reconocía sin vacilación el curso de los sucesos en América y "el fin inevitable de todas las posesiones coloniales en la autonomía tan pronto como estuviesen preparadas para la independencia, pero ninguna emergencia ni ninguna consideración harían pensar a España en tal

concesión hasta que las hostilidades no cesasen". Arguyó Sickles que Austria había transferido Venecia a Francia, consintiendo en su cesión inmediata a Italia, antes de que se firmase la paz, y que, en llegando a un acuerdo con la Unión, España no trataría con los insurrectos, sino con una nación amiga que ofrecía su mediación a un antiguo aliado. A esta y otras razones contestó Prim que los Estados Unidos podían estar seguros de la buena fe y la buena disposición de España y especialmente de la franqueza y la sinceridad con las cuales el Presidente del Consejo había prometido tratar con el gabinete de Wáshington sobre la base de la independencia de Cuba tan pronto como fuese posible hacerlo en armonía con la dignidad y el honor de España. A pesar de lo formidable que pudiese llegar a ser la insurrección en Cuba, todavía no había alcanzado las dimensiones de aquellos conflictos en los cuales los gobiernos se vieran obligados a negociar durante las hostilidades. Los insurrectos cubanos no poseían ninguna ciudad ni fortaleza. Ellos no tenían puertos, ni barcos, ni ejército capaz de ofrecer o aceptar batalla. Ante la llegada del período de operaciones activas, cuando España había de enviar los grandes refuerzos ya preparados, era necesario que los cubanos aceptasen el aval de los Estados Unidos, dado sobre la buena fe de España, para que ellos pudiesen obtener su independencia, deponiendo sus armas, eligiendo sus diputados y declarando por medio del voto popular su anhelo de libertad. Se empeñaba Sickles en sondear las intenciones de Prim. Se confesó persuadido de que el Presidente del Consejo deseaba llegar a un entendimiento con los Estados Unidos acerca de Cuba y que la independencia de la Isla no representaba un serio obstáculo para las negociaciones. El Plenipotenciario seguía sopesando los factores que favorecían o enervaban su misión.

De las disquisiciones políticas a la realidad pura pasó Prim en la conversación con Sickles el 20 de agosto. Prim trazó el programa que juzgaba cumplidero por España. Anhelaba que los Estados Unidos y España llegasen a una inteligencia precursora de un acuerdo. Luego la Unión se hallaría en la oportunidad de ejercer su influencia cerca de los cubanos para inducirlos a aceptar un arreglo que comprendiese:

1. Cesación de las hostilidades.
2. Amnistía.
3. Elección de diputados.
4. Proyecto de ley, que sería sometido por el Gobierno a las Cortes, para fijar el futuro de la Isla.

Era imposible actuar oficialmente en el asunto mientras la insurrección permaneciera activa. Sin embargo, en opinión de Prim, el arreglo o convenio al cual los dos gobiernos estaban procurando llegar

entrañaba un nexo tan serio y positivo como si tuviese forma y alcance de un tratado.

Preguntó Sickles cuál sería el resultado si los Estados Unidos aceptasen el plan apuntado y los cubanos rehusaran deponer las armas, elegir diputados a las Cortes y votar respecto de su independencia. Prim respondió que, en ese caso, no habría otra solución que la de continuar la guerra a todo trance. Pero añadió que no se forjaba ilusiones acerca de la retención de la Isla por España. Consideraba que los tiempos de la autonomía colonial habían llegado. Cualquiera que fuese el fin del conflicto hispanocubano, ya la debelación de la insurrección, ya un convenio amistoso con la ayuda de los Estados Unidos, era claro para él que se hallaba presente el momento para Cuba de gobernarse por sí misma. Si España lograra aplastar la insurrección, Prim consideraría la cuestión bajo la misma luz: que el adolescente había arribado a la mayoría de edad y que debía permitírsele dirigir sus propios negocios. Él quería que España se desprendiese de Cuba. Pero esto debía hacerse de manera digna y honorable.

Sickles y Prim proseguían en el empeño de producir luz alrededor de los puntos debatidos. Sickles señalaba el ejemplo de las naciones salidas en el continente americano de la dominación hispánica. Prim negaba semejanza entre tales precedentes y el conflicto vigente en Cuba. Con error aducía la inexistencia de órganos de gobierno en el seno de la revolución de la Isla, cuando lo cierto era que la república proclamada en Guáimaro el 10 de abril de aquel año se hallaba regida por los poderes que creara la constitución allí adoptada. Para los españoles, según Prim, era imposible tratar entonces con los cubanos, pero los Estados Unidos, una vez convencidos de las buenas intenciones y de la buena fe del gobierno de España, podrían asegurar a los cubanos que, siguiendo el programa indicado, alcanzarían su libertad sin disparar un tiro más. Las fases sucesivas de ese programa, a juicio de Prim, habían de ser las siguientes:

1. Convenio mediante el cual el gobierno de los Estados Unidos quedase asegurado de las buenas intenciones y buena fe del gobierno de España.
2. Consejo de los Estados Unidos a los cubanos para que aceptasen este convenio.
3. Cesación de las hostilidades y amnistía.
4. Elección de diputados.
5. Acción de las Cortes.
6. Plebiscito e independencia.

En siendo convenido de antemano entre los dos gobiernos el programa expuesto por Prim, porque los Estados Unidos se asegurasen de su sinceridad y persuadieran a los cubanos para aceptarlas, la finalidad perseguida por Wáshington y Madrid podría lograrse. Indudablemente, habría dificultades en la ejecución del plan. Pero serían vencidas.

Al trasladar Sickles a Fish el programa de Prim, advirtió que el tono conciliador empleado por el gabinete de Madrid lo compelia a abstenerse de expresar conminación alguna con referencia a la futura conducta de Wáshington, no obstante las insinuaciones contenidas en las instrucciones dadas a él por el Secretario de Estado en 29 de junio. El Plenipotenciario columbraba fuertes conmociones políticas en España con motivo de la provisión del Trono. La opinión pública, por medio de la prensa periódica, iba internándose en el estudio del conflicto hispanocubano. De acontecimientos presumibles podían derivarse novedades trascendentes en el pleito en que el gobierno de Wáshington intervenía a título de mediador.

En Wáshington se juzgaron incompatibles con cualquier solución las contraposiciones formuladas por Prim en 20 de agosto. Así lo dijo Fish a Sickles el 24 en telegrama comprensivo de apreciaciones fundamentales. El Secretario de Estado estimaba que la presencia de los representantes del gobierno insurrecto era necesaria en las negociaciones. Precisaba también facilitar libre comunicación a través de las líneas españolas. Los Estados Unidos —observó Fish— no podían pedir a los cubanos que depusieran sus armas a menos que los voluntarios fuesen simultánea y realmente desarmados y disueltos. Estas palabras encerraban extraordinaria importancia. Planteaban al gabinete de Madrid innegable cuestión de equidad. Prim lo comprendió claramente.

El conocimiento del estado de la negociación conducida por Sickles exacerbó los ánimos en Wáshington. Fish, aunque consideraba inaceptables las bases procedentes del gabinete de Madrid, conservaba esperanzas, aferrado a sus ilusiones de lograr un arreglo mediante los buenos oficios de la Unión. Pero Rawlins, hombre sin doblez, ardiente partidario de una política activa en favor de Cuba, juzgaba depresivo acomodarse a una tramitación condenada a la esterilidad. En reunión del Consejo de Secretarios, a fines de agosto de 1869, adoptó la postura que estimaba congruente con las circunstancias. Habló con gran fuerza y sostuvo que España se burlaba de los Estados Unidos. A despecho de la credulidad de Fish, arrastró la opinión del Presidente y de la mayoría de sus colegas e hizo fijar un término perentorio para que España definitivamente aceptase o rechazara lo que se le proponía. De

la opinión dominante en el gabinete de Grant por el imperio de los razonamientos de Rawlins salió el cablegrama que en 1º de septiembre transmitió Fish a Sickles para que, si las ofertas de Wáshington no eran en Madrid aceptadas antes del 1º de octubre, las retirase. Otra solución harto efectiva quedó trazada: por indicación vehemente de Rawlins, Grant optó por preparar una proclama de reconocimiento de la beligerancia de los cubanos, se señaló el 30 de septiembre para expedirla y estuvo redactada por orden reiterada del Presidente.

Rawlins mantenía en las sesiones del Consejo de Secretarios su criterio de llevar a la práctica lo que predicaba. Se situaba al lado del derecho contra la injusticia y al lado de la libertad contra la opresión. Se sentía seducido por la idea de ser custodio de los pueblos débiles y desdichados y animador del progreso. Desenvolvía al servicio de Cuba energías superiores a su fortaleza física, minada por mortal dolencia. Correspondía a la creencia de quienes aguardaban de su indomable voluntad, su raro intelecto y la firmeza de sus convicciones saludable influencia sobre sus colaboradores en los arduos problemas que sostenían intranquila la conciencia nacional. En el turbión de pugnas y conmociones de su época, fué la cuestión de Cuba motivo de la exacerbación de sus males precursora del desenlace fatal. En la acalorada reunión del Consejo de Secretarios celebrada a fines de agosto de 1869 Rawlins consumó tan extremo empeño por encauzar el apoyo de la Unión a los patriotas de la Isla —resuelto a no permitir la inmolación del país que batallaba por nacer a la vida de las nacionalidades— que su organismo no pudo resistir más y cayó en el lecho de la muerte.

A las manifestaciones de Fish del 24 de agosto siguió la conminación contenida en telegrama transmitido a Sickles el 1º de septiembre. El gabinete de Grant acababa de adoptar enérgica actitud. Los Estados Unidos estaban dispuestos a mediar entre Cuba y España en los términos siguientes:

1. Armisticio inmediato.
2. Indemnización por Cuba a España por las propiedades públicas que la segunda dejaría a la primera, indemnización que los Estados Unidos no garantizarían sino con aprobación del Congreso.
3. Protección a las personas y propiedades de los españoles que quedasen en la Isla.

La Unión demandaba pronta resolución a fin de cortar el derramamiento de sangre y la devastación que en Cuba ocurrían. Estos ofrecimientos serían retirados en no siendo aceptados antes del 1º de octubre. Las relaciones entre España y los Estados Unidos en torno de Cuba ingresaron en zona peligrosa desde el momento del 4 de sep-

tiembre de 1869 en que Sickles trasladó al Ministro de Ultramar e interino de Estado, Manuel Becerra, en nota fechada el 3, el despacho de Fish del día 1º. La negociación propulsada por el plenipotenciario de Wáshington se aproximaba al punto decisivo.

A principios de septiembre estaba Prim ausente de Madrid. Se hallaba en Vichy. Desde allí escribió el 3 a Sickles para significarle el pesar que experimentaba por haberle impedido su súbita partida de Madrid despedirse del Plenipotenciario y para anunciarle que, en regresando, lo que esperaba ocurriese alrededor del 20, reanudarían sus conferencias. Aprovechó Sickles la coyuntura de corresponder a la carta de Prim para informarle de la última fase de la mediación ofrecida por Wáshington y de la conminación que la acompañaba. Estas novedades abonaban la advertencia hecha por Fish en 24 de agosto acerca de la imposibilidad de pedir a los insurrectos que se apartasen de la lucha si los voluntarios no eran simultánea y realmente desarmados y disueltos. Prim meditó sobre puntos tan esenciales. Reconoció la perentoriedad de desbandar a quienes, so color de servir los intereses de España en Cuba, los agravaban y lesionaban con actos de incivilidad e intransigencia sumas. Determinó enderezar al capitán general de la Isla, Antonio Caballero de Rodas, la epístola fechada en Vichy el 9 de septiembre de 1869 en demanda de que, juntando las tropas necesarias del ejército regular, desarmase a los voluntarios de La Habana. Mostró ansiedad por llegar a un entendimiento en el problema de Cuba. Por aceptar el criterio de los que creían que era inviable pedir a los revolucionarios de Cuba que retornasen a la paz sin más ni más, le pareció que con la extinción de los batallones de voluntarios de la Isla se estimulaba el sometimiento de los insurrectos y se emprendía el camino del arreglo con tanto ahinco perseguido. No esperaba Prim que la repulsa de Caballero de Rodas a su requerimiento descartase la solución que él procuraba en armonía con la insinuación proveniente de Wáshington.

En tanto los asuntos de Cuba rivalizaban con la obra de encontrar un rey para España en las inquietudes que en Vichy colmaban la mente de Prim, el hombre más influyente a la sazón en la península ibérica, agonizaba Rawlins. Los momentos finales de Rawlins fueron conmovedores. Formuló exhortaciones cardinales. Recordó al Director General de Correos, A. J. Cresswell, su amor a Grant, su férvido deseo de que el Presidente procediese con acierto y su buena amistad a los miembros del gabinete federal. Mostró inquietud por la suerte que, siendo él pobre en cuanto a bienes terrenales, aguardaba a su familia, inquietud cal-

mada por las tiernas seguridades que escuchó de Cresswell y del general John E. Smith. Entonces le preguntó Cresswell si tenía algo más que decir. Rawlins abrió los ojos, que brillaron con extraordinario esplendor, y se expresó así:

—Sí, tengo algo más que decir. Ahí está Cuba, la desgraciada Cuba, hoy combatiendo. Deseo que le prestéis vuestro apoyo. Cuba debe ser libre. Su tiránico enemigo debe ser aniquilado, y no sólo Cuba, sino todas las demás islas sus hermanas, deben ser libres. Esta república es responsable de ello. Yo desapareceré prontamente, pero vosotros debéis ocuparos de ello. Juntos hemos trabajado. Ahora corresponde a vosotros velar por ello.

A las dieciséis horas y doce minutos del 6 de septiembre de 1869, en Wáshington, murió quieta y serenamente Rawlins, guiador de su pueblo en momentos de afligentes zozobras, sostenedor de la Unión, movilizador de buenas pasiones y vocero de la democracia republicana. Sus conciudadanos, penetrados de la enseñanza deparada por sus raras y viriles cualidades, las exaltaron en cálidos homenajes póstumos. Sus funerales revistieron inusitada pompa. De distintos lugares del territorio nacional, donde la estación los tenía repartidos, acudieron el Presidente y sus secretarios para asistir al entierro, efectuado en el cementerio del Congreso, en Wáshington, el 9 de septiembre. Por delegación de Morales Lemus, representando a Cuba, figuró en el cortejo Enrique Piñeyro.

Sickles se hubiese holgado de aguardar la vuelta de Prim para seguir negociando. Pero a esta dilación se oponían los apremios de Wáshington. Becerra se afanó en ligar la cuestión de la independencia de la Isla con la reclamación originada por el embargo de los cañoneros que en Nueva York adquiriera España con destino a las costas de las Antillas. Su propósito era desviar el interés inmediato del Plenipotenciario. Por otra parte, pronto comenzaron a correr extraordinarios rumores sobre la nota de Sickles a Becerra concerniente a los términos de la mediación que los Estados Unidos ofrecían. Becerra facilitó informes referentes a lo que se discutía e indicó que la Unión, si su intervención amistosa no era aceptada incontinenti, reconocería a los cubanos como beligerantes. A esto sucedió grande excitación. La baja imprevista de los valores españoles se atribuyó a la actitud hostil de la opinión pública, que diarios importantes aguijaban. También en Wáshington la situación tomaba oscuros matices. Circulaba la versión de que España se preparaba a enviar tropas adicionales a Cuba, lo que evidenciaba falta de confianza en la consecución del arreglo intentado

y podía compeler al gabinete de Grant a la retirada del ofrecimiento de sus buenos oficios.

Sickles, en telegrama de 14 de septiembre, informó ampliamente a Fish. Se había dispuesto que tropas adicionales entrasen en campaña en Cuba. El posible reconocimiento de la beligerancia de los insurrectos causaba grande excitación y mal humor. La prensa de todos los partidos hacía presión sobre el Gobierno para que enviase inmediatamente importantes refuerzos de hombres y barcos a la Isla. Un batallón había sido ya embarcado. Indudablemente se tomaban prontas y activas medidas por temor a un súbito reconocimiento. Se insinuaba que España había comunicado la nota angloamericana de 3 de septiembre a los gabinetes europeos, pidiéndoles consejo y ayuda.

El mismo día 14 Sickles conferenció con Becerra. Éste negó que el gobierno español estuviese en contacto con otras naciones por efecto de la nota angloamericana del 3 de septiembre. Pero expuso, en relación con lo que venía debatiéndose, que el de Cuba era un problema doméstico y que la intervención en él de cualquier potencia "era incompatible con el honor de España". Y pidió a Sickles que retirase la mentada nota. Sickles subrayó que la Unión aspiraba, no a ensanchar su territorio, sino a poner término a las calamidades de la Isla, y que, si las bases propuestas eran insuficientes para alcanzar tamaña finalidad, no abrigaba dudas acerca de que se le autorizaría para retirar la oferta formulada.

En nueva conversación de Becerra con Sickles quedó fijada la posición de España. El gabinete de Madrid agradecía los buenos oficios del de Wáshington, pero demandaba la retirada de la nota del 3. España deseaba hacer a la Isla sin apariencia de presión las concesiones ofrecidas y concluir la guerra mediante la aceptación, si era menester, del armisticio. No sostenía negociaciones con ninguna otra potencia respecto de los asuntos de Cuba. Y por encima de estos anhelos y asertos se hallaba la grave declaración de que la Comisión Permanente de las Cortes, entonces reunida y representando a todos los partidos, por unanimidad aseguraba al Gobierno todos los medios de que disponía para reprimir la rebelión. La Comisión Permanente se oponía a que España tratase con otra potencia acerca de Cuba, pero sin objetar a un amistoso entendimiento con los Estados Unidos, cuyos buenos oficios podían ser de ayuda para terminar la lucha en la Isla. Contra la solución del conflicto hispanocubano se alzaba ya el concierto de los políticos españoles, porque reaccionarios y liberales, monárquicos y republicanos, dando de lado a las diferencias de sus respectivos programas, esgrimían frente a posibles transacciones el arma de la honra nacional.

Sickles no disimuló esta verdad. Por otra parte, observando que menguaban los apremios de Fish, empezaba a conformarse con la posibilidad de que la ingerencia de la Unión sólo sirviese para aliviar el carácter cruel de la contienda, promover saludables franquicias y propiciar un armisticio. Lo fundamental de su misión, la independencia de Cuba, sería eliminado.

A tiempo de que en la Península se desarrollaban novedades de varia significación, con cambios como el operado entre el tono enérgico y conminatorio de la nota de Sickles de 3 de septiembre y la declinación que dos semanas después experimentaba el empeño propulsor de la liberación de Cuba, acaecía en Wáshington la transformación del criterio del gabinete de Grant emanada de la muerte de Rawlins, el consejero más influyente e íntimo del Presidente. A la enérgica persistencia de Rawlins se había debido el telegrama de Fish a Sickles de 1º de septiembre y hasta la preparación de la proclama por la cual Grant iba a reconocer la beligerancia de los cubanos en el caso de que España rechazase la mediación de los Estados Unidos en los términos propuestos en el citado despacho. La desaparición de Rawlins torció el rumbo de los acontecimientos. Grant, sin la presión moral de Rawlins, dejó a Fish —éste era contrario a la realización de acto alguno capaz de envolver a la Unión en un conflicto bélico— la dirección exclusiva de la política exterior, y Fish se apresuró a cambiar de táctica y a pasar de un extremo a otro en el procedimiento. El 23 de septiembre expresó Fish a Sickles, luego de manifestar que los buenos oficios de los Estados Unidos habían sido ofrecidos en interés de la Humanidad, de España, de Cuba y de la Unión, que, si la oferta no era aceptable para España, podía el Legado retirarla y decir que estos buenos oficios se renovarían cuando se zanjase la desgraciada lucha que devastaba a Cuba y dañaba el comercio internacional. No hacía falta más. El 28 de septiembre Sickles pasó a Silvela, de regreso ya en Madrid, la nota en que, de conformidad con las instrucciones del gobierno del presidente Grant, retiró el ofrecimiento de mediación hecho al del regente Serrano para el arreglo de la cuestión de Cuba.

En 23 de septiembre de 1869, en momento en que ya Sickles estaba autorizado para retirar la oferta de los buenos oficios de los Estados Unidos en el conflicto hispanocubano, se reunió el Plenipotenciario con el Presidente del Consejo de Ministros, que había vuelto de Francia a Madrid el 21. Durante más de una hora conversaron Sickles y Prim. Comenzó éste por referirse a la cabida otorgada en los periódicos, en las semanas de su ausencia de la Península, a la discusión

vehemente de los negocios cubanos. Le producía contento la serenidad con que la opinión pública se inclinaba a ver el problema de la Grande Antilla. Seis meses atrás —declaró Prim— la cuestión no habría podido discutirse en España, y ya era un tema de conversación general. Al principio parecía existir sólo una parte. A la sazón evidentemente había dos. Un sentimiento decidido en favor de la emancipación de Cuba estaba creciendo. Prim deseaba que se dejase a los españoles salvar el honor nacional. Luego no habría dificultad en alcanzar la liberación de la Isla. El caudillo seguía aferrado a la idea de que la pacificación de Cuba debía preceder al entendimiento a que deseaba llegar con los revolucionarios. Del arribo de nuevos batallones a la Colonia se prometía consecuencias dichas, precursoras de reformas políticas. Creía que el desarme de los voluntarios coincidiría con la cesación de las hostilidades. Esperaba fructuosos resultados de las órdenes a tal efecto comunicadas al capitán general de Cuba. Confiaba en que no se repetirían en La Habana las escenas escandalosas del último mando de Dulce. Cuanto a la ingerencia amistosa de los Estados Unidos en el pleito hispanocubano, expresó que llegaría un tiempo en que los buenos oficios de la Unión serían indispensables para la transacción final entre España y Cuba.

El fracaso de la misión de Sickles estaba previsto por Morales Lemus. El legado de la República de Cuba en los Estados Unidos había expresado al secretario de Estado de la Unión una presunción nacida del conocimiento de la política colonial de España. En cambio, Fish no dió señal de mantener el propósito, expuesto a Morales Lemus, de hacer sentir a la nación hispánica las consecuencias de una actitud que el gobierno de Grant pudiese considerar lesiva para su prestigio. Los libertadores de la Isla vieron con dolor el eclipse de esperanzas nutridas por gobernantes angloamericanos. Pero de la responsabilidad de este revés se hallaban lejos los fundadores de la República y su representación diplomática.

CAPÍTULO III

ACCION DIRECTA

EL Congreso de los Estados Unidos fué más sensible que el Poder Ejecutivo a los clamores y sacrificios de los libertadores de Cuba. En el Senado y en la Cámara de Representantes continuaron circulando iniciativas enderezadas a precipitar los sucesos de Cuba en términos propicios a la independencia nacional. Pero, frente a la conducta de la Casa Blanca en una época en que el presidente Grant gozaba de enorme influencia en la Nación y se abstenía de usarla contra los intereses coloniales de España en América, la acción del Congreso se transmudó en omisión.

En medio de las vicisitudes afrontadas en los Estados Unidos por los afanes en pro de la independencia de Cuba porciones muy respetables de la población de la Unión mostraron su adhesión a las mejores ansias de la Isla. El pueblo, en forma varia, desde el acopio de recursos económicos hasta la exhibición de simpatías en resonantes actos públicos, demostró que sus miras distaban de ser análogas a las de sus gobernantes, colocados de espaldas a la necesidad de ensanchar en Cuba el área de la democracia republicana.

Dimensiones históricas alcanzaron las actitudes de los poderes públicos y del pueblo de los Estados Unidos en relación con la revolución cubana. Por millaradas pudieron contarse las fojas manuscritas e impresas dedicadas a tratar de la situación políticosocial de la Isla, de sus urgentes necesidades y de sus posibles soluciones. De la proyección internacional de la República, noble hechura de gente de armas, iban quedando manifestaciones imborrables.

En el mensaje enviado por Grant al Congreso en 6 de diciembre de 1869 quedó clara expresión de la fuerza moral que, a juicio de los extraños, militaba en favor de los patriotas de la Isla. El Presidente recordó la simpatía del pueblo de la Unión hacia todos los países batalladores por su libertad e independencia. Por una y otra llevaba más de un año luchando una valiosa provincia de España, por añadidura situada en la vecindad de los Estados Unidos. Por ese territorio ame-

ricano la generalidad de los habitantes de los Estados Unidos no podían menos de alimentar un profundo interés. Por el pueblo de Cuba experimentaban los Estados Unidos sentimientos tan sinceros y ardientes como los que durante las guerras entre España y sus antiguas colonias del Continente manifestaran en favor de éstas. Los Estados Unidos, para poner término al derramamiento de sangre en Cuba y velar por el bienestar de la Isla, habían brindado su mediación. España no la había aceptado sobre las bases propuestas por el gobierno de Washington, que la había retirado. Grant esperaba que sus buenos oficios pudiesen todavía servir para solucionar la infortunada contienda.

Tras el fracaso de la misión de Sickles —nada menos que un revés del Ejecutivo, por éste confesado paladinamente— recobró bríos el Congreso de los Estados Unidos en relación con el conflicto hispano-cubano. La acción de los legisladores había sido enervada durante varios meses de 1869 por la mediación que el gobierno de Grant ofreciera al de España. En la órbita parlamentaria de la Unión tornaron a manifestarse opiniones y anhelos de la mayor importancia. El Senado y la Cámara de Representantes rivalizaron en afanes enderezados a auxiliar a Cuba en su lucha por la independencia:

1. Proyecto de resolución, de 8 de diciembre de 1869, presentado en el Senado por Simón Cameron, de Pensilvania, pidiendo al presidente de los Estados Unidos que informase al Senado sobre los progresos de la revolución de Cuba y el estado social y político de la Isla.

2. Proyecto de resolución, de 13 de diciembre de 1869, presentado en la Cámara de Representantes por Fernando Wood, de Nueva York, para que se comunicase a la Cámara la correspondencia relativa a Cuba que hubiese mediado entre el Departamento de Estado y el ministro norteamericano en Madrid.

3. Discusión de los asuntos de Cuba, en 16 de diciembre de 1869, en la Cámara de Representantes, pronunciándose enérgicos discursos.

4. Proyecto de resolución, de 31 de enero de 1870, presentado en la Cámara de Representantes por Thomas Fitch, de Nevada, autorizando al Presidente para conceder a la República de Cuba los derechos de beligerancia.

5. Proyecto de resolución, de 2 de febrero de 1870, presentado en la Cámara de Representantes por John A. Logan, de Illinois, inquiriendo del Presidente las razones que hubiese para no reconocer a la República de Cuba los derechos de beligerante.

6. Proyecto de resolución, de 7 de febrero de 1870, presentado en la Cámara de Representantes por Godlove S. Orth, de Indiana, a

fin de que se comunicase a la Cámara la correspondencia que hubiese mediado respecto de Cuba entre el gobierno de los Estados Unidos y su ministro en Madrid.

7. Proyecto de resolución, de 7 de febrero de 1870, presentado en la Cámara de Representantes por Nathaniel P. Banks, de Massachusetts, pidiendo informes sobre los ultrajes perpetrados en Cuba contra ciudadanos de los Estados Unidos.

8. Proyecto de resolución, de 11 de febrero de 1870, presentado en el Senado por John Sherman, de Ohio, para que se reconociese la existencia de un estado de guerra entre España y Cuba.

9. Proyecto de resolución, de 16 de febrero de 1870, presentado en la Cámara de Representantes por Nathaniel P. Banks, de Massachusetts, para que se ordenase al Presidente declarar y hacer efectiva una perfecta neutralidad en la contienda entre el pueblo de Cuba y el gobierno de España y se tomaran otras medidas relativas al mismo asunto.

10. Proyecto de resolución, de 9 de marzo de 1870, presentado en el Senado por Samuel C. Pomeroy, de Kansas, a fin de condenar la conducta del gobierno de España respecto de los insurgentes hechos prisioneros.

11. Proyecto de resolución, de 18 de marzo de 1870, presentado en la Cámara de Representantes por Nathaniel P. Banks, de Massachusetts, a fin de que se imprimiesen los informes relativos a los asuntos de Cuba.

12. Proyecto de resolución, de 6 de junio de 1870, presentado en la Cámara de Representantes por William F. Prosser, de Tennessee, autorizando al Presidente para someter proposiciones al gobierno de España para el arreglo de las dificultades pendientes en la isla de Cuba por medio del arbitraje o en alguna otra manera.

13. Proyecto de resolución, de 6 de junio de 1870, presentado en la Cámara de Representantes por Nathaniel P. Banks, de Massachusetts, fijando un día para tratar de los asuntos de Cuba y dar cuenta de los informes preparados por la Comisión de Negocios Extranjeros.

14. Proyecto de resolución, de 14 de junio de 1870, presentado en el Senado por Eugene Casserly, de California, pidiendo informes respecto de los asuntos cubanos.

15. Proyecto de resolución, de 14 de junio de 1870, presentado en la Cámara de Representantes por Nathaniel P. Banks, de Massachusetts y presidente de la Comisión de Negocios Extranjeros, en nombre de la misma Comisión y como resultado de los estudios de la cuestión de Cuba.

16. Proyecto de resolución, de 20 de junio de 1870, presentado en la Cámara de Representantes por James S. Negley, de Pensilvania, creando una comisión especial para ocuparse con los asuntos de Cuba.

17. Proyecto de resolución, de 8 de julio de 1870, presentado en el Senado por Henry B. Anthony, de Rhode Island, pidiendo informes respecto de la emancipación de la esclavitud en la isla de Cuba.

El pueblo y los legisladores de los Estados Unidos propicios a la libertad de Cuba coincidieron con gobiernos y hombres de la América hispana. La política iniciada por Juárez ganaba terreno en los países de habla española del Nuevo Mundo. En ellos el entusiasmo por la causa cubana era creciente:

1. Por resolución del Presidente de la Nación, José Balta, en 13 de agosto de 1869, el Perú reconoció la independencia de Cuba y, con ella, al gobierno republicano establecido en la Isla. A esta determinación añadió Lima la de contribuir con ochenta mil pesos a un fondo destinado a auxiliar a los libertadores de Cuba.

2. Santos Gutiérrez, presidente de los Estados Unidos de Colombia, sancionó en 17 de marzo de 1870 la ley por la cual esta república reconoció a los patriotas de Cuba, en la contienda bélica que mantenían para asegurar su independencia, todos los derechos de beligerancia sancionados por leyes internacionales en guerra legítima. El Senado de Plenipotenciarios y la Cámara de Representantes que votaron la expresada ley colombiana se hallaban presididos, respectivamente, por los grandes americanos Justo y Pablo Arosemena. Secretario de la Cámara era Jorge Isaacs.

3. El Congreso Nacional Constituyente de El Salvador, por decreto sancionado en 13 de septiembre de 1871, reconoció como beligerante a Cuba en la guerra que sostenía contra España.

Los progresos alcanzados por la causa de Cuba libre en la América continental de habla castellana pusieron de manifiesto los de la solidaridad hemisférica. La simpatía y adhesión declaradas hacia los combatientes antillanos dilataban la proyección internacional de la república presidida por Céspedes. Y tan importantes como los acuerdos y resoluciones enumerados eran las opiniones emitidas alrededor de todo aquello por hombres de acción y de pensamiento de distintos países hispano-americanos.

Un prócer de la independencia de la América del Sur, José Antonio Páez, en letras dirigidas a Carlos Manuel de Céspedes, recordó su vieja disposición en pro de la emancipación de la Isla y alentó a los nuevos luchadores. Tomás Moncayo encomió ideas y hechos de los libertadores

de la Isla. El director de *La República*, periódico de Buenos Aires, sopesando lo que ocurría en la Antilla mayor, se preguntó cuál era el deber de la América republicana y se respondió que ésta tenía la doble y sagrada obligación, trazada por nobles consideraciones y supremos intereses, de ayudar a quienes en Cuba peleaban por ensanchar el área de la libertad. En Colombia, por iniciativa parlamentaria que prohió el diputado Carlos Holguín, se aspiró a dar dimensiones interamericanas al esfuerzo encaminado a precipitar la emancipación de Cuba y Puerto Rico.

La representación diplomática de la República de Cuba sufrió radical transformación. A Morales Lemus, muerto en medio de las amarguras que volcó en su ánimo el sesgo de las negociaciones entre los gobiernos de Wáshington y Madrid en torno de la emancipación de la Isla, sustituyó otro patriota ilustre, José Manuel Mestre, en las funciones de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario en la Unión. Luego, en 18 de noviembre de 1870, quedó suprimido este cargo y fué encomendada la labor a él aneja al propio Mestre y a José Antonio Echeverría, a quienes se dió el título de comisionados.

A despecho de los insólitos refuerzos militares por España enviados a Cuba en el decurso del año de 1869 y parte del de 1870, a mediados de éste la revolución continuaba vigorosa. Era la apuntada, por sí sola, razón potísima para considerar que resultaba improba la empresa de restablecer la paz en la Isla mediante el empleo de las armas. Prim pesó y midió tamaña realidad con anhelo de conjurar agudos infortunios. En su cerebro subsistía el plan de resolver la ardua cuestión merced al reconocimiento de la emancipación del país rebelde. Y buscó la sociedad de algunos de los hombres que con él compartían las responsabilidades del Poder, a fin de convertirlos en agentes de la paz entre España y Cuba. La negociación promovida por Sickles, en 1869, le tenía deparada triste experiencia. Al intentar de nuevo, en 1870, el arreglo del conflicto hispanocubano, estudiando la disposición de quienes lo rodeaban, pensó que Nicolás María Rivero y Segismundo Moret, ministros de la Gobernación y Ultramar, respectivamente, podían ser útiles aliados suyos en la obra de resolver el problema antillano.

Rivero había ocupado el Ministerio de la Gobernación descendiendo de la presidencia de las Cortes Constituyentes, y resultaba, después de Prim, el hombre más popular en España. No obstante las discrepancias que solían interponerse entre Prim y Rivero, debieron de coordinar sus apreciaciones respecto de los asuntos ultramarinos. Conocidas eran las propensiones de Prim en aspecto tan esencial de la

política española. Las de Rivero respondían a sus antecedentes de conspicuo demócrata. En noviembre de 1869, en banquete por él ofrecido, en su casa, a Sickles, hizo pública profesión de sus ideas ante el diplomático angloamericano y a presencia de Cristino Martos, Manuel Becerra, Manuel Silvela y otros personajes respecto de la conducta que debía España seguir en Cuba. Opinaba que "la cuestión cubana se solucionaríase sobre una base de gobierno autónomo y reciprocidad comercial tan pronto como se concluyese la guerra". El estrecho y público afecto que unía a Rivero y Sickles causó entonces alarma y aviesos comentarios, reflejados en los periódicos de La Habana.

Moret no poseía los prestigios de viejo agitador que atesoraba Rivero. Pero su pensamiento iba tan lejos como el del Ministro de la Gobernación. En el momento de suceder a Becerra en la cartera de Ultramar pareció llamado a variar los rumbos de los intereses coloniales de España. El antecedente de redactor del periódico *La Voz del Siglo*, en época no lejana, lo señalaba como partidario decidido de la introducción de radicales reformas en el régimen político de las Antillas. De esas aficiones suyas, de su poca edad y de las facultades imaginativas que le permitieron descollar dentro de la fracción en que militaba, intransigentes compatriotas suyos "temieron ligerezas peligrosísimas y trascendentes que comprometiesen la existencia española" en las posesiones ultramarinas. Tales observaciones pronto advirtieron, según Justo Zaragoza, la presencia de esos riesgos en los recursos por Moret empleados para conseguir la paz en Cuba y en el hecho de valerse, en calidad de mediadores, "de antiguos disidentes y aun de los irreconciliables enemigos de España que habían contribuido a encender la guerra". Su compenetración con Prim daba mayor vuelo a su postura frente a la suspicacia de los enemigos de toda transformación.

Dos misiones se dispusieron en 1870 en la Península en busca de un arreglo con los cubanos. La primera fué confiada a Nicolás Azcárate, hijo de la Isla, alentador de principios liberales y propulsor de reformas coloniales, y no de la emancipación de la Antilla mayor, porque había visto siempre en la unión a España el único porvenir venturoso para Cuba. "Bajo la influencia de estas ideas y fascinado quizá también por su amigo Moret, ministro de Ultramar, y por el general Prim", aceptó el encargo de mediador y se presentó en Nueva York en el segundo semestre de 1870 para agenciar la aceptación por los revolucionarios de arreglos que terminarían por parte de España con el otorgamiento de una "constitución política autonómica, según los deseos y las conveniencias de la isla de Cuba". Así lo informó José Manuel Mestre, comisionado en los Estados Unidos, al secretario de

Relaciones Exteriores de la República de Cuba. Al cabo, la labor de Azcárate, lejos de producir resultados saludables, reencendió las pasiones en los emigrados revolucionarios. La otra misión quedó cometida en Miguel Jorro, "valenciano de nacimiento y conocido en Madrid por sus artículos liberales en favor de Cuba, publicados en *El Sufragio Universal*". La raíz y el alcance de la gestión de Jorro la revistieron de importancia excepcional.

No pudo causar extrañeza la designación de Jorro en quienes se hallaban pendientes del conflicto hispanocubano y ansiaban su solución. Varios eran los periódicos, casi todos republicanos, que en la Península prestaban atención y calor a los anhelos de liberación de Cuba: *El Universal*, *El Sufragio Universal*, *La Discusión*, *La Igualdad*, *La República Ibérica*, *La Propaganda* y *La Lucha* en Madrid, *La Cuestión Cubana* y *La Libertad* en Sevilla y *La Soberanía Nacional* en Cádiz. A la cabeza de todos se halló *El Sufragio Universal*. Por la campaña que en las columnas de éste desarrolló, propagando en Europa y principalmente en España el derecho de Cuba a su emancipación, Jorro se había destacado a los ojos de liberales y reaccionarios y conquistado el aprecio de los hombres de principios avanzados.

En 9 de agosto de 1870, desde París, Carlos de Varona, agente de la revolución cubana en Francia, dirigió a José Manuel Mestre, representante de la insurrección en los Estados Unidos, un telegrama expresivo de que España le hacía saber su disposición a entrar en negociaciones con los separatistas de la Isla. La Metrópoli principiaba ofreciendo autonomía a la Colonia. Madrid exigía inmediata respuesta. Agregó Varona, tras recomendar reserva absoluta, que él había comunicado inmediatamente que se hallaba presto a tratar con parte autorizada sin aceptar autonomía. Aquel telegrama de Varona a Mestre fué confirmado y explicado por carta en la que el primero informó al segundo que una persona de su conocimiento, diciéndose autorizada por Prim y por Moret, le había dirigido un importante despacho, contestado por él en los términos que estimó más convenientes. El mediador aludido era Miguel Jorro. En vista de ello, y no obstante hallarse ya Nicolás Azcárate en Nueva York y estar con él entendiéndose Mestre, envió éste a Varona las instrucciones que debían servir de guía para el arreglo a que se invitaba. Entre ellas descollaban la relativa a que España había de reconocer la República de Cuba como nación independiente por medio de un tratado solemne de paz y amistad y la promesa de que, en compensación de las propiedades públicas que España cedería a Cuba al reconocer su emancipación, la República abo-

naría a España una cantidad que no pasaría de setenta millones de pesos. Mestre explanó con claridad las aspiraciones cubanas, ganoso de adelantar conceptos, evitar torcidas interpretaciones y fijar con precisión los puntos esenciales del problema cuya solución se procuraba.

Varona proseguía, en el entretanto, las gestiones a que se le incitara desde España. Fué llamado a Bayona, en el mismo mes de agosto de 1870, para conferenciar sobre la cuestión de Cuba, por Jorro. Éste manifestó que, con autorización bastante, le aseguraba que, si los cubanos estaban dispuestos a tratar, el gobierno español no tendría inconveniente en ir más lejos de lo que pudiesen pedirle, porque ni aun la independencia lo detendría, con tal que a ella pudiera llegarse salvando la honra y el decoro de España. Varona quiso conocer la extensión de lo que España estaba dispuesta a reconocer a Cuba. Jorro delineó la siguiente fórmula:

1. Los voluntarios serían desarmados antes de cerrar la negociación y desterrados los jefes que exigiesen los cubanos.
2. Los embargos se cancelarían completamente, con indemnización, hasta donde fuese practicable, de los perjuicios sufridos.
3. La abolición de la esclavitud sería inmediata o gradual, a voluntad de los cubanos, y sin intervención de España.
4. El gobierno civil sería organizado y constituido por los cubanos sin intervención de España.
5. El Ejército y la Marina se organizarían en la forma que los cubanos pidiesen para su protección, pagándolos la Isla.
6. El jefe militar sería nombrado por España, pero sin mando o representación civil de ninguna especie.
7. Los impuestos se votarían por el parlamento insular, el que, a la vez, les daría inversión, todo sin intervención de España.
8. Las leyes votadas por el parlamento cubano no estarían sujetas a veto de España ni de sus representantes.

Cuando, en 23 de agosto de 1870, Varona transmitió a Mestre las bases expuestas por Jorro para el arreglo de la situación de Cuba, anunció el propósito del mediador de pasar a Nueva York. Mestre estimó la noticia precursora de provecho para la revolución. El 6 de septiembre, en pliego despachado al secretario de Relaciones Exteriores de la República de Cuba, trasladó el representante de ésta en los Estados Unidos al gobierno organizado en los campos de la Isla los antecedentes recibidos del agente en Francia. Tocaba al Presidente, a sus secretarios, a la Cámara de Representantes, a los jefes y personajes preeminentes de la insurrección, al pueblo de Cuba, en fin, por medio de sus órganos autorizados, decidir acerca de las proposiciones de España. Una

sola observación hizo Mestre: la de que no podía avanzarse en ningún arreglo, cualesquiera que fuesen las circunstancias, sin exigir como condición fundamental la abolición de la esclavitud y plenas garantías de su realización. "Nosotros —añadió Mestre— por ningún motivo debemos renunciar al honor que nos corresponde en la Historia por haber proclamado espontáneamente justicia para todos, sin tener en cuenta el mezquino interés del momento. No debemos por otro lado perder de vista que, si, por gran desgracia, no nos fuere dado obtener nuestra completa emancipación después de los grandes sacrificios que hemos hecho y estamos haciendo, abolida de una vez la esclavitud en nuestro suelo, tendremos infaliblemente puesta la base de nuestra libertad para un día no lejano, porque Cuba sin esclavos no tardaría en ser insoponible para España." Terminó Mestre su informe con la recomendación de que se guardase prudente reserva respecto de los particulares contenidos en su escrito: "Toda discreción es poca en asuntos de tanta transcendencia, y es menester, además, probar prácticamente que no hay razón cuando nos tachan, como a menudo sucede, de ligeros, informales y excesivamente comunicativos en los negocios más serios y reservados." Así entró en el conocimiento del presidente Carlos Manuel de Céspedes la misión de Jorro.

En el mes de agosto de 1870 debió de quedar resuelto el viaje de Jorro a los Estados Unidos. El 23 del mentado mes ya se había celebrado en Bayona la conferencia entre él y Carlos de Varona. Tres días después de aquella fecha, el 26 de agosto, José Agramonte lo proveía, en Madrid, de cordial carta de presentación y recomendación para Hilario Cisneros, cubano residente en los Estados Unidos. Los graves sucesos que poco más adelante comenzaron a conmover a Europa entorpecieron la tramitación del encargo con que venía ocupándose Jorro. La comunicación de Varona con los representantes de la República de Cuba en Nueva York quedó interrumpida en 20 de septiembre. El sitio de París, donde residía Varona, suspendió el curso de los preliminares del arreglo suscitado por quien obraba a nombre de España cerca del agente de la revolución cubana en Francia.

No fueron las acabadas de señalar las únicas novedades que la guerra francoprusiana y la caída del imperio de Napoleón III forjaron en relación con el problema de Cuba. Un legado del gobierno de la Defensa Nacional, Emilio Kératry, burló el sitio de París, saliendo de la plaza en un globo el 14 de octubre de 1870. Corrió a España. Se dirigió a Madrid. Se avistó el día 19 con Prim. Le ofreció, hablando por el directorio republicano español y por el gobierno francés, la pre-

sidencia de una república asentada sobre la unidad ibérica —uno de los sueños del General— y pingüe subsidio a cambio de ochenta mil españoles que habrían de entrar en campaña al otro lado de los Pirineos. Por último hizo esta promesa:

—Os garantizaremos la posesión de Cuba por nuestros buenos oficios y por nuestras escuadras, si algún agresor trata de apoderarse de aquella isla.

Prim rechazó todas las sugerencias de Kératry. La República Francesa, al renacer entre metralla y escombros, no tenía empacho, so pretexto de oponerse a la codicia de alguna otra potencia, en brindar su ayuda para retardar la transformación política de Cuba, en cuyas campañas pugnaban por triunfar los mismos principios de libertad, igualdad y fraternidad que ella inscribiera en su frontispicio.

Nada influyó en la voluntad de Prim la promesa de Kératry contraria a la emancipación de Cuba. El General no apartaba su atención del áspero andar de la guerra antillana, asunto tan esencial como el de la provisión del trono español. Lejos de descaecer su anhelo de eliminar el conflicto hispanocubano, cobró mayor amplitud en cuanto a los medios justos de que era necesario valerse. En la entrevista de Bayona, en agosto de 1870, Jorro no expuso a Varona sino un programa de reformas dentro del régimen colonial. Dos meses después Prim lo autorizó para algo más radical y transcendente. En vísperas de plantear ante las Cortes la elección de Amadeo de Saboya para rey de España, el 28 de octubre de 1870, en Madrid, Prim firmó, con Nicolás María Rivero y Segismundo Moret, la carta escrita en papel de la presidencia del Consejo de Ministros, dirigida a Jorro y contentiva de estas manifestaciones:

“Si la situación que hoy atraviesa la isla de Cuba se prolongara largo tiempo, el resultado sería fatal para los grandes intereses españoles existentes en aquella Antilla. Preciso es que se adopte una solución radical, siempre que la honra del país no sufra desdoro alguno, y se logre armonizar los lazos que hoy unen a Cuba con España.

”Los gobiernos libres no pueden aceptar los errores del despotismo, y nosotros, que nos preciamos de haber combatido la tiranía, no queremos para Cuba lo que en España hemos anatematizado.

”Firmes en este propósito, confiados en su pericia y talento, y conociendo las íntimas relaciones que le unen a la emigración cubana, le autorizamos para que se traslade a Wáshington y convenga con los representantes de la insurrección las bases para un arreglo definitivo tomando por principio la independencia de Cuba.”

De la amplitud de criterio que presidía la misión a Jorro confiada habló el propio documento que de credencial había de servir al mediador. En quedando a salvo la honra de España, Prim aceptaría la solución, por muy extrema que pareciese, encaminada a armonizar las aspiraciones cubanas con los intereses hispánicos. El principio de la independencia de la Isla debía ser lo fundamental en el arreglo definitivo de la contienda entre la Colonia y la Metrópoli. Imposible resultaba para un gobierno libre, como el nacido de la revolución de septiembre de 1868 en la Península, aceptar los errores del despotismo, y quienes se preciaban de haber combatido la tiranía no deseaban para Cuba lo que anatematizaban en España.

El resto del año de 1870 se deslizó antes de que Jorro entrase en funciones en tierras del Nuevo Mundo. Pero en los dos meses postreros de 1870 se produjeron acaecimientos notables, alguno en extremo grave, de influencia en la cuestión de Cuba. El paso de Moret, uno de los aliados de Prim en el plan confiado a Jorro, del Ministerio de Ultramar al de Hacienda, a principios de diciembre de 1870, lejos de crear complicaciones, robustecía la substanciación del procedimiento ideado, porque, si a Moret se atribuían grandes proyectos para sacar de sus ahogos al Erario, la fontana prometedora no estaba sino en la justa indemnización que Cuba pagaría a España por el traspaso de las propiedades públicas de la Isla. En el seno de la emigración cubana en los Estados Unidos, vislumbrada la probabilidad de un entendimiento con España, las pasiones se exacerbaron con carácter semejante al de la actitud de los españoles intransigentes. En tanto los segundos acusaban a Prim de gestionar la cesión de la mayor de las Antillas a los Estados Unidos, cuando lo que procuraba era franquear la organización de una república libre, los primeros acusaban a prestigiosos representantes de la insurrección de haberla vendido por el solo hecho de admitir promesas de España. Pero lo peor, lo nefasto, lo que sin duda constituiría quebranto irreparable para el empeño encomendado a Jorro, surgió en la hora del 27 de diciembre de 1870 en que horrendo atentado perpetrado en Madrid ponía a Prim al borde de la tumba.

Jorro arribó a Nueva York el 20 de enero de 1871. Lo acompañaban, sobre el atroz revés de la muerte de Prim, las consecuencias de haber sufrido en la navegación la fractura de una pierna. Esto lo obligaba a permanecer inactivo. No fué sino casi un mes después, el 16 de febrero de 1871, cuando *La Revolución*, el periódico que los cubanos publicaban en Nueva York, se refirió a la presencia de Jorro en la populosa ciudad. *La Revolución* dijo entonces que Jorro no había negado la razón a los libertadores de la Isla por ser él español y ellos cubanos:

había sabido hacerles justicia en *El Sufragio Universal* con decisión y energía que honraban la prensa española. Cuanto a la misión de Jorro, *La Revolución* declaró que él no estaba allí para proponer inaceptables arreglos —de lo que el papel se alegraba, para que no se repitiese la reciente historia de Nicolás Azcárate—, sino para defender los principios republicanos y la libertad de Cuba. Pronto las relaciones de Jorro y *La Revolución* llegaron al extremo de que *El Cronista*, órgano hispano que se imprimía en Nueva York, atribuyó, erróneamente, a aquél la redacción del vehemente artículo *Si España triunfara* inserto en *La Revolución* misma. A las actividades de Jorro en Nueva York se refirió al conde de Valmaseda, capitán general de Cuba, en despacho dirigido al Ministro de Ultramar. El Conde llamó a Jorro agente del partido laborante de la Península.

Los separatistas cubanos, así los que guerreaban en la Isla como los que defendían su soberanía internacional por las vías diplomáticas que se iban franqueando, comprendían que lo más y lo mejor que podían esperar sólo de sus esfuerzos dependía. La disposición de los liberales de España a negociar con la república organizada en Guáimaro sobre la base de su reconocimiento se producía por efecto de la heroica lucha mantenida en las Antillas. Las actitudes adoptadas por el gobierno de los Estados Unidos giraban en torno a la suerte de las armas de Cuba.

A Grant y a sus principales consejeros, que públicamente habían proclamado la justicia de la causa cubana y declarado sus simpatías por ella, llegó a parecer intolerable que en suelo de la Unión se trabajase por acopiar elementos de guerra con destino a los libertadores de la Isla. En una proclama el Presidente amenazó con rigurosa persecución a quienes infringiesen las leyes de los Estados Unidos mediante la preparación de expediciones militares contra territorios o dominios pertenecientes a potencias con las cuales la Unión se hallaba en paz. Grant señaló las maneras en que los aludidos delincuentes políticos desafiaban la autoridad de su gobierno: organizando cuerpos que pretendían tener potestad sobre alguna parte de las referidas posesiones coloniales, o entrando a servir en tales cuerpos, o levantando fondos con el fin de llevar a cabo dichas empresas, o alistando soldados y disciplinando fuerzas armadas con destino a las agresiones concebidas contra potencias amigas de los Estados Unidos, o equipando buques para el transporte de las citadas fuerzas al lugar de las hostilidades. Naturalmente, todo esto iba referido a las actividades de los cubanos refugiados en la Unión, que poco, si algo, les quedaba por aguardar de la benignidad de Grant y de aquellos de quienes, con Hamilton Fish a la cabeza, el Presidente

recibía inspiraciones de la naturaleza de la que sirvió de fundamento a la proclama enderezada a imposibilitar la libre acción de los separatistas de la Isla en la patria de Lincoln.

A raíz de circular la proclama de Grant contra las actividades de los libertadores cubanos en los Estados Unidos se regodeaba Fish con la presunción de que aquella medida había puesto en estado de disolución a la junta de patriotas de la Isla que trabajaba en Nueva York. La verdad era que las discordias entre los principales emigrados malograban las buenas esperanzas de la masa de ellos y de los que en suelo de la Patria sangraban y morían por el ideal de la independencia. Y esto era más grave que cualesquiera amenazas lanzadas por el gobierno de Grant.

A los campos de la insurrección llegó la noticia de la actitud oficial de los Estados Unidos reflejada en la amenazadora proclama de Grant. Los patriotas sufrieron contrariedad y tristeza, pero no descaecimiento. Uno de ellos, ilustrado y valientísimo, Ignario Mora, emitió pareceres suyos que pudieron ser tenidos por los de cuantos peleaban por la emancipación nacional. Mora escribió que la heroica Cuba proseguía la obra de su regeneración y de su independencia, mientras era olvidada por el resto de América y calumniada por el primer magistrado de los Estados Unidos, y había sabido alcanzar su poderío y conservar el terreno conquistado con valor y abnegación.

Los comisionados de Cuba en los Estados Unidos, José Manuel Mestre y José Antonio Echeverría, llevaban adelante triple tarea: a) la de encarar las incesantes dificultades suscitadas entre los emigrados revolucionarios; b) la de evadir la persecución con que a éstos tenía amenazados el gobierno de Grant; c) la de conducir las gestiones y negociaciones diplomáticas de su incumbencia. Estas no consistían exclusivamente en las concernientes a los Estados Unidos. En la órbita de sus atribuciones también entraba el tratamiento de asuntos públicos como el que planteaba la presencia de Miguel Jorro en Nueva York con concretas instrucciones y amplios poderes provenientes de Madrid para negociar la paz entre España y Cuba.

Novedad tan grave como la trágica desaparición de Prim tuvo que entorpecer la gestión de Jorro en Nueva York. Todavía el 9 de marzo de 1871 no tenía presentadas sus credenciales ni comunicadas sus proposiciones a los comisionados de la República de Cuba en la Unión, a quienes hizo saber, por conducto de persona amiga, haber recibido instrucciones de Madrid para que se abstuviese de continuar en su comisión, de concierto con la línea de conducta adoptada por el ministerio

del nuevo rey. Mestre y Echeverría comunicaron esta noticia, en 9 de marzo de 1871, al secretario de Relaciones Exteriores de la República de Cuba.

Moret formaba parte del Ministerio. En cambio, Rivero había quedado excluido del Gobierno. Rivero, muerto Prim, era el estadista capaz de sostener, aunque con menos ímpetu que el privativo del extinto, el programa radical concebido para resolver la cuestión de Cuba. El diario madrileño *La Prensa* acusó a Rivero de acalorar, amparar, proteger y ayudar las aspiraciones que mantenían la guerra de las Antillas. La imputación no carecía de fundamento, porque al cabo Jorro entró a discutir con Mestre y Echeverría los asuntos de Cuba gracias al apoyo que a la proyectada solución prestaba Rivero, dispuesto a ingresar en el Gabinete para realizar el pensamiento de poner término al conflicto hispanocubano mediante el reconocimiento de la independencia de la Isla.

Las conferencias entre Jorro, por España, y Mestre y Echeverría, por Cuba, se celebraron en Nueva York. Se desarrollaron con el amplio criterio inspirador de la carta acreditativa de la misión de Jorro. Los negociadores fijaron concretamente los puntos del arreglo llamado a extinguir la sangrienta querella que asolaba la Isla. El resultado de aquellos trabajos fué llevado al documento que así quedó redactado y firmado:

"Bases para un arreglo definitivo entre España y la República de Cuba.

"Los infrascritos:

"Dn. Miguel Jorro, Agente confidencial del Gobierno de España, por autorización de los Exmos. Sres. Dn. Juan Prim, Presidente del Consejo de Gobierno, Dn. Nicolás M^a Rivero, Ministro de la Gobernación, y Dn. Segismundo Moret y Prendergast, Ministro de Ultramar, fechada en Madrid a 28 de octubre de 1870, por una parte:

"Y por otra José Manuel Mestre y José Antonio Echeverría, Comisionados representantes de la República de Cuba en el extranjero, según sus nombramientos;

"Habiéndose exhibido mutuamente sus credenciales, y después de varias y detenidas conferencias con el objeto de poner término a la guerra fratricida que hace más de dos años está devastando la isla de Cuba, han convenido en sentar las siguientes bases, sujetas a la ratificación de sus respectivos Gobiernos:

"Primera. España reconocerá la independencia de la isla de Cuba.

"Segunda. Cuba pagará a España, en la forma y plazos que se acuerden, una suma equivalente al completo y definitivo abandono,

por parte de la segunda en favor de la primera, de todas las propiedades públicas de cualquier género que sean: entendiéndose comprendida en dicha suma la necesaria para garantizar el pago de la deuda que el Gobierno de España tenga contraída con el Banco de la Habana al ratificarse las presentes bases, así como también el importe total de las cantidades embargadas o confiscadas por el mismo Gobierno, y que deben devolverse a sus legítimos dueños.

"Tercera. La República de Cuba no reconocerá ninguna otra deuda de España, cualquiera que sea su denominación u origen, fuera de las dos mencionadas en la base precedente.

"Cuarta. Aceptadas y ratificadas estas bases, se suspenderán inmediatamente todas las hostilidades por una y otra parte, y todas las medidas adoptadas con motivo de la guerra, contra las personas o contra las propiedades.

"Quinta. Se celebrará un tratado de comercio entre España y Cuba, concediéndose mutuamente facilidades y franquicias; cuyo tratado deberá ponerse en ejecución dentro de los seis primeros meses después de proclamada la independencia de Cuba.

"Y sexta. La República de Cuba se compromete a proteger las personas y las propiedades de los españoles que residan en la Isla, en cuanto las últimas no estén en oposición con las leyes fundamentales de la misma República.

"Dn. Miguel Jorro comunicará a los Comisionados cubanos dentro de un breve plazo la aceptación de estas bases por el Gobierno de España. Al mismo tiempo el referido Gobierno proporcionará a los Comisionados cubanos los medios convenientes para entenderse sin dificultad con el Gobierno de la República de Cuba al través del bloqueo y de las líneas españolas, cuando fuere necesario.

"El plazo para la ratificación de las bases por ambas partes contratantes, será el de un mes, empezando a contar desde el día en que llegue a conocimiento de los Comisionados cubanos la aceptación de España, en los términos que expresa el párrafo anterior.

"Simultáneamente a la ratificación de las bases, nombrarán ambas partes contratantes Comisionados con plenos poderes para celebrar los tratados a que las mismas bases se refieren, así como también para acordar, determinar y firmar los pormenores con que deben ponerse en ejecución, y cualesquiera otros convenios que, dado el reconocimiento de la independencia de Cuba, se consideren provechosos para consolidar la paz y las buenas relaciones entre ambos países.

"Las conferencias para llegar a ese resultado se celebrarán en territorio neutral; y la ratificación de los tratados en que convengan los

plenipotenciarios, deberá efectuarse dentro de los dos primeros meses después de firmados por ellos."

El documento copiado fué suscrito por Miguel Jorro, José Manuel Mestre y José Antonio Echeverría, en Nueva York, en 21 de abril de 1871. Los comisionados Mestre y Echeverría transmitieron en 9 de mayo del citado año al ministro de Relaciones Exteriores de la República de Cuba la noticia de lo convenido con Jorro. Lo sometían a la aprobación del gobierno del presidente Céspedes. Estimaron pertinente, además, explicar las dos razones por las cuales habían admitido la representación de Jorro, a despecho de no proceder del gabinete que entonces regía los destinos de España. La primera descansaba en la presunción de que Nicolás María Rivero, en formando parte del Ministerio, propulsaría la aceptación del proyectado arreglo. La segunda tenía su origen en la creencia de que era importante conservar tamaña prueba de la iniciativa tomada por España para reconocer la independencia de Cuba, según terminantemente se expresaba en la autorización del emisario de Prim, Rivero y Moret.

La muerte de Prim segó las posibilidades de una solución inmediata en la cuestión de Cuba. Impotentes resultaron los empeños de Rivero en pos de la pervivencia de aquellos de Prim acerca de la Isla que pudieron tenerse por disposición de última voluntad de la ilustre víctima del crimen de la calle del Turco. El documento en Nueva York firmado el 21 de abril de 1871 por Jorro, Mestre y Echeverría quedó sin más transcendencia que la de un antecedente histórico notable.

El infecundo final de la misión de Jorro no pudo ser imputado a los conductores de la política exterior de Cuba. Ellos hicieron su parte en aquella negociación diplomática sin olvidar en momento alguno los intereses fundamentales de la República. No había duda de que la acción directa de los patriotas de la Isla en función de gobernantes ganaba para su causa prestigios, si no provechos, no alcanzados cuando la defensa de sus intereses era asumida por mediadores, aunque éstos pareciesen omnipotentes.

CAPÍTULO IV

EUROPA Y AMERICA

Los separatistas cubanos casi saltaron de gozo al recibir las primeras noticias relativas a la proclamación de la República en Francia.

El 4 de septiembre de 1870 fué saludado por los hijos de la Isla emigrados en los Estados Unidos de América como señal cierta de acontecimientos felices para quienes batallaban por sacar adelante en la Antilla mayor principios políticos y sociales cuya excelencia en gran parte conocían por la historia gala. *La Revolución*, el periódico que los defensores de la independencia de Cuba publicaban en Nueva York, se preguntó si Francia, la Francia republicana, se olvidaría de la hermana casi desconocida que tenía en el suelo de la Isla. El Club de la Liga Cubana, en mensaje redactado por Enrique Piñeyro, se dirigió a Julio Favre, ciudadano de la República Francesa y su ministro de Relaciones Extranjeras, para expresar el regocijo que luchadores de América experimentaban por el advenimiento del régimen acabado de instaurar en la nación gala y exponer el alcance de las aspiraciones de quienes en la constitución votada en Guáimaro tenían establecido que todos los habitantes de la Isla eran enteramente libres.

La República de Cuba tenía agentes en Francia desde antes de la caída del Segundo Imperio. Los mantuvo luego, naturalmente con mayores motivos. Aunque menudearon las discrepancias entre tales personeros, todos, ora en una forma, ora en otra, se esforzaron por inclinar los poderes públicos galos hacia el reconocimiento de la personalidad internacional de los libertadores de la Isla. Al cabo, les resultó imposible eliminar las dificultades con que tropezaban en la Francia oficial.

En los Estados Unidos de América creó Hamilton Fish una escuela adversa a los intereses republicanos de Cuba. Los defensores oficiales de estos intereses por parte de la Isla en la Unión hicieron hasta lo indecible por enderezar la política del gobierno de Grant en lo que a la independencia de Cuba se refería. José Morales Lemus había adelantado esfuerzos denodados. Sus colaboradores e inmediatos sucesores,

José Manuel Mestre y José Antonio Echeverría, siguieron la línea de conducta y de trabajo trazada por el primer plenipotenciario de Cuba en la Unión. Con Mestre y Echeverría compartió tareas y responsabilidades Miguel Aldama, quien tenía la función de agente del gobierno de los libertadores. Cuando las rencillas y hostilidades entre los emigrados comprometieron el buen éxito de las gestiones de estos patriotas, a la vez que la severidad de Grant y Fish mostraba su rostro feroz a los revolucionarios refugiados en los Estados Unidos, de la Isla pasaron al Norte los eminentes ciudadanos Francisco Vicente Aguilera, vicepresidente de la República, y Ramón Céspedes, secretario de Relaciones Exteriores de la misma. A principios de 1872, tras la reorganización de la agencia establecida en Nueva York, Aldama, Mestre y Echeverría, que habían presentado y reiterado sus renunciaciones, fueron sustituidos por Aguilera y Céspedes, quienes tropezaron con los mismos obstáculos que tantas y tan agrias desazones produjeran a sus predecesores.

Los representantes diplomáticos de la República de Cuba en los Estados Unidos no cejaban en el afán de trabajar la conciencia de los gobernantes angloamericanos para que adoptasen actitudes y resoluciones acordes con la historia y las instituciones de su propio país. Pero eso fué baldío. También lo fué el hecho de que hasta diez naciones de la América latina —México, Chile, Venezuela, Perú, Bolivia, Brasil, Colombia, Honduras, El Salvador y Guatemala— reconociesen la beligerancia de los revolucionarios cubanos. La escuela de Fish levantaba siempre como un valladar infranqueable entre la legítima aspiración de Cuba y el lógico deber de los Estados Unidos. Y el pueblo de la Unión, inclinado a ver con simpatía y favor la abnegada lucha de los libertadores de la vecina ínsula, era impotente para variar los criterios dominantes en las esferas federales.

Las vicisitudes de la política exterior de la república nacida en Guáimaro iban dejando enseñanzas de diversa índole. Lo adverso provenía de la negativa actitud de los Estados Unidos, ya que de los mismos pudo salir, y no salió, una decisiva ayuda a los libertadores de la Isla. En las naciones situadas al sur del Río Grande las oscilaciones dependieron principalmente de las variantes de sus respectivas relaciones con España, puesto que la inclinación hacia la causa de la independencia de Cuba aumentaba o disminuía en la medida en que se aflojaban o estrechaban los nexos entre la extinta metrópoli y las repúblicas salidas de posesiones ultramarinas suyas. De haber subsistido el viejo criterio de Simón Bolívar o el reciente de Benjamín Vicuña Mackenna que sujetaban la ayuda bélica del Continente a Cuba al solo hecho de



CALIXTO GARCÍA

CALIXTO GARCÍA. "Táctico hábil, consumado estratégico", según la afortunada expresión de Manuel Sanguily; animador y caudillo de una de nuestras tres guerras de independencia (la Guerra Chiquita), que por su intrepidez, sus condiciones de mando, sus grandes hazañas, llegó a alzarse a las más altas dignidades y a los más ambicionados puestos de la Revolución. Discípulo predilecto del prodigioso general Máximo Gómez en las campañas iniciales del 68, el héroe de *Báguanos* y de *Santa María*, suicida frustrado en San Antonio del Baja, obtiene nuevos e inmarcesibles laureles en la tercera y decisiva de nuestras contiendas emancipadoras: *Loma de Hierro*, *Gudi-maro*, *Victoria de las Tunas*... El Consejo de Gobierno de la República, a propuesta del Secretario de la Guerra, designa al mayor general Calixto García, en 31 de octubre de 1897, Lugarteniente General del Ejército Libertador. Cuatro meses después de firmado el protocolo de la paz, una terrible neumonía que el héroe contrae en la ciudad de Washington —el General preside la comisión cubana encargada de tratar con el gobierno norteamericano acerca del licenciamiento del glorioso Ejército Libertador—, abate rápida, definitivamente su recia constitución, y el día 11 de diciembre de 1898, caía —subía a la inmortalidad— la figura colosal del gran caudillo cubano, orgullo, esperanza y sostén de la patria atribulada.

Retrato perteneciente al Archivo histórico del Dr. Emeterio S. Santovenia y Echaide.

que en ésta se manifestase un movimiento armado capaz de sostener un gobierno más o menos fuerte, la Antilla mayor habría logrado la cooperación militar indispensable para acelerar la emancipación total del Nuevo Mundo. Pero en la época que corría las ideas enunciadas por Bolívar y el peligro de la reconquista española para los países continentales se hallaban lejos, y la cooperación hemisférica no había cuajado lo bastante como para determinar la extinción de la soberanía de España en el Caribe.

En 13 de febrero de 1872, con motivo de referirse a la cuestión cubana un mensaje del presidente de la República, Samuel S. Cox defendió en la Cámara de Representantes los derechos de la Isla. Pidió que fuese concedida la beligerancia a los revolucionarios. Puesto que temía que en la Comisión de Relaciones Exteriores permaneciera sepultada su iniciativa, se expresó con ardor acerca de la situación anormal persistente en Cuba. Estaba seguro de que los corazones angloamericanos abrigaban amor probado hacia la Isla. Conocía las vicisitudes de su historia. Experimentaba indignación contra los crímenes de que eran víctimas ciudadanos de la Unión y estudiantes cubanos. Y juzgaba de urgencia suma practicar una política conforme con los sentimientos de su pueblo, mayormente cuando, de manera implícita, España, al declarar la existencia de un estado de guerra en Cuba y la pérdida de más de treinta mil hombres de sus filas, tenía aceptada la procedencia de que el gobierno de Wáshington decretase el reconocimiento de la beligerancia que él demandaba.

En Colombia los intereses republicanos de Cuba en el curso de la guerra comenzada en 1868 encontraron amplia y reiterada acogida. Allí se dió al caso de Cuba toda la importancia que merecía como vital asunto de América. Bogotá alimentó abundantemente los propósitos suscitados por la lucha que mantenía en llamas a la Isla.

En 1872 el gobierno de Colombia asumió la iniciativa de promover un concierto de las repúblicas americanas con la finalidad de precipitar la cesación de la guerra en Cuba. ¿Cómo podía llegarse a la paz? Según Jil Colunje, secretario de lo Interior y Relaciones Exteriores de Colombia, firmante de la nota fechada en 26 de septiembre del citado año y circulada por el Continente, el restablecimiento de la paz en Cuba debía lograrse mediante una decorosa mediación de las repúblicas americanas en atendiendo a las consideraciones y sugerencias así expresadas:

1. Hacía cuatro años que el pueblo de Cuba, después de proclamar ante el Mundo su resolución de ser independiente y libre, se en-

contraba empeñado en lucha mortal con su Metrópoli para llevar a término la obra de emancipación emprendida.

2. Hasta entonces no se vislumbraba siquiera cuándo tendría fin tan encarnizado batallar. Se veía sólo que la contienda se hacía cada día más sangrienta y costosa, y que sus horrores se multiplicaban a medida que el tiempo avanzaba, y que el hermoso suelo de la Isla, antes tan exuberantemente rico, no era ya más que un campo de ruina y desolación sin la vitalidad de las fuerzas productoras que encerraba en su seno.

3. De prolongarse semejante guerra, en la cual entraban en acción todos los elementos de exterminio, desde la bala hasta el incendio y desde la confiscación hasta el cadalso, lo que entonces podía no ser sino la aprensión de un sentimiento fraternal sería luego una realidad espantosa.

4. Ninguno de los dos combatientes daba señales de querer depone las armas. España se esfozaba en conservar a todo trance la posesión de la Colonia, ya reparando cuando podía las bajas que su ejército pacificador experimentaba día por día, ya agotando sus caudales en el mantenimiento indefinido de él. Y Cuba no contaba ni medía los sacrificios a cuya costa se prometía obtener su completa liberación.

5. En presencia de una situación como la descrita, testigos de tan desesperada lucha, no era dable que permanecieran impassibles los pueblos que en este continente habían vivido, como Cuba seguía viviendo, la vida colonial y que antes que ella hicieran sacrificios idénticos por conquistarse, como se habían conquistado, puestos entre las naciones. La igualdad de causa, la comunidad de origen y cuanto más podía establecer entre un pueblo y otro los vínculos más estrechos y despertar en ellos las más ardientes simpatías por su mutua suerte concurrían a despertar en los pueblos del continente americano un inmenso interés por la causa de la hermosa Antilla. Estos pueblos no habían escaseado sus demostraciones en favor de ella, bien que manteniéndose dentro de los límites de las conveniencias internacionales.

6. Los gobiernos mismos, tan circunspectos en debatiéndose por medio de las armas cuestiones como la que ventilaban España y Cuba, no se habían mostrado extraños o indiferentes a lo que entre ellas pasaba. El Mundo no ignoraba cuán ahincadamente habían procurado los Estados Unidos de América que la Metrópoli pusiese término a la contienda mediante el reconocimiento de la autonomía de la Colonia. Un año había transcurrido apenas desde el pronunciamiento de Yara cuando el guerrero ilustre que era cabeza visible de la Unión había

expresado en mensaje al Congreso de la misma esperanzas para los libertadores de la Isla. Ni las palabras ni los hechos del jefe del gabinete de Wáshington podían reputarse inusitados. En el estado a que habían llegado las ideas en el mundo político no cabía negar a pueblo alguno que se sintiera con capacidad bastante para constituir una nación, y que probase tenerla, el derecho de serlo. Y Cuba había probado que la tenía. La tenacidad de sus esfuerzos, la persistencia de sus propósitos y los poderosos recursos que había desplegado en la gigantesca lucha abonaban esa capacidad. El Mundo le debía no sólo simpatías por su causa, sino respeto y acatamiento a lo que ella había declarado ser su voluntad incontrastable.

7. A tan fuertes y elevadas consideraciones para no desconocer los derechos autonómicos de Cuba venía a unirse una consideración más elevada todavía, así por el objeto que le servía de blanco como por los intereses generales que envolvía. Cuba alzada al rango de nación no significaba únicamente la inscripción de un pueblo más en la lista de las naciones: significaba también la desaparición definitiva y absoluta, en este continente, del estigma, afrentoso para la Humanidad, que se llamaba esclavitud, causa, al propio tiempo que de vergüenza y oprobio para el mundo civilizado, de perturbación en las condiciones del trabajo libre en estos países y en las del precio de algunos de los artículos cuya elaboración constituía la fuente principal de su riqueza.

8. El gobierno de Colombia se creía completamente justificado para proponer, como proponía, la aceptación de este pensamiento: que todos los gobiernos hispanoamericanos, de acuerdo con el de Wáshington, entablasen una acción común para recabar del de España el reconocimiento de la autonomía de Cuba. Al efecto, los que tenían agentes diplomáticos acreditados cerca de la Unión deberían enviarles instrucciones en tal sentido y los que no los tenían deberían acreditarlos con ellas.

9. Podría ser un obstáculo para el allanamiento de España a las miras de los gobiernos mediadores el enorme quebranto causado a su erario por la misma contienda a que se anhelaba poner fin. De ser así, fácil sería remover tal obstáculo, suministrando los mismos gobiernos, a prorrata, la suma necesaria para una adecuada indemnización. Este paso no significaría otra cosa que el deseo de llegar al resultado que se pretendía alcanzar, puesto que, admitiéndose, como se admitía, el perfecto derecho de Cuba a constituirse en nación, todo precio puesto a su rescate carecía de razón y de justicia.

10. Propia tenían que considerar todos los pueblos de América la causa para la cual Colombia solicitaba el patrocinio de sus gobiernos.

El auxilio indicado, que no era, ciertamente, el mayor que podían prestar, no era sino un auxilio de hermanos, el cual desde luego no exigiría reembolso. Con todo, si de éste hubiera necesidad, Cuba, que era aún suficientemente rica, podría responder, en época no lejana, de la deuda que de tal modo contrajese para con los gobiernos mediadores.

11. Si el pensamiento de la mediación era acogido, como lo esperaba Colombia, indicado estaba que el primer paso de ella debía encaminarse a obtener la inmediata regularización de la guerra por el no empleo de la confiscación y del cadalso, ni de medio alguno ilegítimo de hostilidad, pues, pudiendo retardarse más o menos cualquiera negociación sobre la terminación de la lucha, no poco se haría en el entretanto logrando humanizarla.

Tales eran las inspiraciones bajo las cuales deseaba obrar el gobierno de Bogotá en la cuestión de Cuba. Por sentirse dominado por ellas, se lisonjeaba con la creencia de que encontrarían decidido apoyo en el ánimo de aquellos a quienes se dirigía, pues no era propio de pueblos hermanos y cristianos continuar contemplando impasibles una empresa de represión, excesivamente cruel y devastadora en sus procedimientos.

Lo expuesto por Jil Colunje a sus colegas de América pareció enderezado a recabar de España el otorgamiento de autonomía a Cuba. De autonomía habló la nota colombiana. Pero lo cierto fué que la solución madurada en Bogotá, según el contexto del documento suscripto por Colunje, se llevó adelante con la mira de obtener que Cuba ascendiese a la condición de nación soberana. Para esto, en siendo necesario satisfacer a España una indemnización por su retirada de la Isla, las repúblicas americanas debían reunir, a prorrata, la suma que se estipulase.

El proyecto colombiano para la liberación de Cuba, el que nacionalmente contaba con antecedentes muy instructivos, fué recibido de modo vario por los demás países libres del Nuevo Mundo. La respuesta de la Argentina, bajo la presidencia del ilustre Domingo F. Sarmiento, amigo de Cuba y de cubanos de nota, quedó como demostración de las actitudes propicias a la ejecución del plan expuesto por Jil Colunje. El ministro de Relaciones Exteriores, Carlos Tejedor, suscribió en 2 de diciembre de 1872 la contestación de la República Argentina a Colombia. El gobierno de la mayor de las naciones del Río de la Plata simpatizaba con el noble propósito prohiado por Bogotá. No veía inconveniente en ofrecer su adhesión, teniendo por seguro que la acción común no revestiría otra forma que la del ofrecimiento de una mediación y que a ésta concurriría el gobierno de Wáshington como

primer mediador. Cuanto al pago del resarcimiento previsto por Colombia, la Argentina entendía que el acuerdo habría de consistir en que la Isla contrajese la obligación principal, con la garantía a prorrata de los poderes mediadores. A más no pudo llegarse a lo largo y a lo ancho del Continente. En definitiva, la generosa idea de la patria de Santander naufragó en un mar de reservas y abstenciones, bien que dejando en alto respecto de Bogotá el espíritu de cooperación americana nutrido allí en servicio directo de la independencia de Cuba.

Los defensores de la independencia de Cuba no desatendieron la conveniencia de recabar de Europa la aceptación de su personalidad. Un antiguo revolucionario, Cirilo Villaverde, lanzó la idea de que el reconocimiento de la beligerancia de los libertadores de la Isla por los Estados Unidos debía obtenerse a través de la Gran Bretaña. Fuera de la importancia que podía tener el hecho de que en Londres se tomase en cuenta la legitimidad de la lucha que ensangrentaba a Cuba, por esta vía seguramente los políticos de Wáshington, celosos de los británicos, sus rivales, se ablandarían y concederían por la astucia lo que resultaba imposible arrancarles con el ruego y los halagos. El pensamiento de Villaverde, atrevido y originalísimo, no enraizó en los directores de la política exterior de la República de Cuba. En cambio, ellos prestaron atención a la necesidad de conseguir la buena disposición de algunas naciones europeas.

Uno de los pueblos del Orbe Antiguo solicitados por los independientes de Cuba fué el inglés. La República procuró obtener de la Gran Bretaña una actitud a ella favorable, siquiera fuese como mediadora en el sangriento conflicto de que era teatro el país antillano. La Gran Bretaña, a despecho del espíritu liberal que se le suponía, se halló muy lejos de tomar una decisión capaz de enfriar sus relaciones con España. A lo sumo, según se declaró en la Cámara de los Comunes, los ministros británicos sólo realizarían gestiones encaminadas a mitigar los horrores de la lucha existente en Cuba.

Entre los esfuerzos cubanos desarrollados en pos de una disposición favorable de la Gran Bretaña sobresalió el administrado en Londres por Juan Manuel Macías, antiguo compañero de Narciso López en empeños revolucionarios y siempre tenaz agitador de la aspiración emancipadora de su patria, ya en América, ya en Europa, lo mismo en Nueva York que en Buenos Aires, con no menos intensidad navegando por grandes ríos de los Estados Unidos que peleando en la ciudad de Cárdenas. Macías consiguió en Londres despertar interés por la causa de Cuba libre. Merced a sus afanes, los periódicos *The London Times*,

The Anglo-American Times y *The Foreign Times* mostraron simpatías hacia los insurgentes cubanos y hacia lo que los mismos defendían heroicamente. Pero de ahí no pasó lo mejor.

Ni la presencia en Inglaterra de un hombre de los enormes prestigios de Francisco Vicente Aguilera, prestando su aval a la actividad de Macías, pudo mover la sensibilidad británica, enfocada por los propulsores de la independencia de Cuba que creían en la solidaridad de las ideas liberales en el ámbito universal. La política exterior de Londres no coincidía con la presunción de los combatientes cubanos. La insistencia de los revolucionarios antillanos en torno al gobierno de la Gran Bretaña constituyó una evidencia más de la dilatada proyección internacional a que aspiraba el régimen republicano organizado en Guáimaro.

Tenaz y abnegadamente laboró Aguilera en pos de la cooperación de Francia. Los resultados a que llegó no modificaron la posición de la República. Franceses de nota, algunos de notoria influencia en la órbita oficial, se mostraron propicios a la idea de ayudar a los combatientes antillanos. Pero los poderes públicos organizados en París permanecieron inmotos cada vez que a ellos apelaron las conciencias conmovidas por la tragedia en que vivían envueltos los hombres entregados a levantar en Cuba instituciones políticas semejantes a las restauradas en la Francia de León Gambetta y Víctor Hugo.

La insensibilidad de la Gran Bretaña y Francia ante los requerimientos de los cubanos que trabajaban por el triunfo de la libertad en su patria tradujo el estado general de la política europea acerca de ese negocio público. La Gran Bretaña y Francia, derrocado ya el Segundo Imperio, eran capitales donde el liberalismo tenía cómodos asientos. Sin embargo, ambas potencias se manifestaban reacias a dar acceso a la idea de reconocer la legitimidad de los derechos de los independientes de Cuba. ¿Qué podían éstos esperar de las demás naciones del Viejo Mundo?

Por supuesto, una cosa era la política oficial de los países europeos y otra cosa era la opinión de algunos de los grandes hombres de esos pueblos. Ilustres varones levantaron sus voces en apoyo de los que en Cuba luchaban por la libertad. Cuatro de ellos hablaron con claridad absoluta: Víctor Hugo, Giuseppe Garibaldi, Giusuppe Mazzini y Paul Leroy-Beaulieu.

Víctor Hugo se interesó por lo de Cuba desde el principio de la guerra iniciada el 10 de octubre de 1868. Numerosas fueron las ocasiones en que opinó sobre lo que en la Isla pasaba. Siempre lo hizo en

defensa de los independientes que sangraban y morían. Habló a mujeres y hombres. A todos expresó con fervor su adhesión a la causa de quienes daban todo por un santo ideal. Y cuando él así se producía su autoridad moral, con mucho de autoridad política, era tan grande como la autoridad legal de una república fiel a sus esencias.

Garibaldi gozaba ya de la fama de héroe de dos mundos. Había batallado por el triunfo de la libertad en Europa y en América. Emilia Casanova requirió de él un juicio acerca de lo que en Cuba ocurría. Y él tuvo palabras de respeto y aliento para los que en Cuba combatían por consolidar la democracia republicana.

Mazzini era apóstol de la unidad italiana y propulsor del régimen republicano en su patria. Sus profundas inquietudes lo llevaban a mirar las cuestiones foráneas con interés análogo al que ponía en la consideración de las de su país. Él observó la situación de la Isla. Apreció el alcance de los anhelos de sus mejores hijos. Vió que en Cuba se estaba representando el último acto del gran drama americano. Tuvo por cierto que la insurrección cubana era consecuencia directa de la guerra de emancipación de los Estados Unidos. Y, a su entender, no era lógico, ni bueno, ni digno, que los Estados Unidos levantasen una bandera y después abandonaran a la muerte, con indiferencia, a los que seguían su ejemplo. Si algo hubiese en el Mundo capaz de rendir su espíritu, el espíritu de todo un creador, sería la actitud inerte y negativa de los Estados Unidos en presencia de la lucha de Cuba por su emancipación.

Leroy-Beaulieu estudió la situación creada en Cuba por la revolución de 1868. Clavó sus ojos en lo que pasaba y vislumbró lo que pasaría. Admitió la posibilidad de que España conservase todavía durante algún tiempo una autoridad nominal sobre la Reina de las Antillas, pero los días de su dominación estaban contados. El sabio francés profetizó que no pasaría el fin del siglo XIX sin que Cuba hubiese conquistado su independencia.

Las voces de eminentes europeos, servidores de la libertad y precursores de un mundo mejor, tuvieron inusitada significación para la propia Europa y para la martirizada Cuba. Para Europa, porque hasta cierto punto la salvaron de la reputación de insensible e indiferente ante los clamores salidos de la Isla. Para Cuba, porque depararon consolaciones y alientos a los que por su independencia gemían y padecían. En suma, los grandes hombres que emitieron palabras de compenetración con los mantenedores de la insurrección antillana respondieron a la política exterior trazada por el gobierno republicano de la Antilla en guerra.

En 1873 sobrevinieron sucesos que justificaron la postura de los ciudadanos de la Unión que simpatizaban con la causa de Cuba. En la Casa Blanca se había hablado de sofrenar los desafueros de los servidores de España en la Isla. La captura en aguas de Jamaica y la conducción a la bahía de Santiago de Cuba del vapor *Virginus*, portador de una expedición insurrecta y tripulado por ciudadanos de los Estados Unidos, fueron sucesos agravados con la carnicería humana a que se entregó el gobernador de la plaza. Aquello evidenció que el estado moral de que se valía España para permanecer en Cuba era insostenible a los ojos de la civilización. Grave motivo surgió entonces para la ruptura de las relaciones diplomáticas entre Washington y Madrid. Pero la nación europea, presidida a la sazón por el eminente tribuno Emilio Castelar, cedió a las exigencias de la cancillería anglo-americana, y no estalló la guerra entre ambas potencias, tan abonada por la matanza a que en Santiago de Cuba puso coto Sir Labton Lorraine, comandante de la fragata británica *Niobe*, como por las injurias, provocaciones y amenazas dirigidas en Madrid al ministro Sickles.

Momentos hubo en el año de 1874 en que pudo creerse que estaba próximo el día en que iba Cuba a recibir la justicia que con ahinco solicitaba de los Estados Unidos. En el Congreso de la Unión volvió a ser motivo de atención el problema de la Isla. Los revolucionarios, aunque enfrascados en discordias en sus emigraciones, ganaban en prestigio por la vitalidad con que sostenían la guerra y la magnitud de los sacrificios que consumaban al servicio de su causa. El senador M. H. Carpenter tomó sobre sí el pensamiento de reverdecer las pasadas explosiones de la competración de su país con tamaños esfuerzos. En 16 de abril de 1874 sometió a la consideración del Senado un proyecto de resolución basado en sólidas apreciaciones. Recordó el derecho incontrovertible de toda colonia americana a romper los lazos que le unían a su Metrópoli y convertirse por sí misma en nación independiente. Señaló la verdad de que el pueblo de Cuba se había declarado libre y soberano, con establecimiento de un gobierno propio y abolición de la esclavitud de los negros. Propuso que por el Senado y la Cámara de Representantes, reunidos en Congreso, se declarase que era deber de los Estados Unidos reconocer a Cuba como nación independiente y observar estricta neutralidad entre las partes contendientes. El empeño de Carpenter inquietó hondamente a los defensores del régimen colonial, apasionó a la prensa de la Unión y comunicó optimismo a los cubanos. Pero tal iniciativa, enervada por las esperanzas de que de España partiera la solicitud de la interposición de los buenos oficios

del gobierno de Wáshington, no pasó de ser una empresa más condenada a la infecundidad.

A despecho de su distanciamiento de los separatistas cubanos, Hamilton Fish no abandonó los sueños que presidieron las negociaciones tramitadas en Madrid en 1869 por Sickles. Este fué reemplazado en la legación de Madrid por Caleb Cushing. El nuevo plenipotenciario recibió instrucciones satisfactorias para los patriotas de la Isla. Según Fish, Cuba debía formar parte de la gran familia de las repúblicas latinas, con instituciones políticas propias y sin estar ligada a Europa sino por los lazos de la amistad internacional y las relaciones comerciales y sociales. La aspiración a la independencia por parte de los cubanos era legítima y natural. A la vez que esa independencia constituía una necesidad manifiesta de los intereses políticos de la mayor de las Antillas, lo era también del resto de América. Preciso resultaba tener presente que los Estados Unidos, en cuanto podían influir en la solución de tales problemas, no llevaban miras egoístas de ninguna especie. El presidente Grant —afirmó Fish— no pretendía sino la creación en Cuba de un estado independiente, de hombres libres, armonizado con la Unión y con las demás repúblicas de América. Cushing no pudo lograr adelanto alguno en Madrid. Con dificultades invencibles tropezaron allí sus gestiones. El gobierno de Wáshington envió en 5 de noviembre de 1875 a Cushing una nota acerca de la conveniencia de dar término a la guerra de Cuba. Y un ministro de la Corona incidió en la falsedad de consignar en un memorándum que la insurrección no estaba sostenida por los naturales del país, sino por aventureros extranjeros.

Los defensores de la soberanía internacional de Cuba no apartaban la atención de las palabras oficiales emitidas en los Estados Unidos. En unas del presidente Grant vió José Antonio Echeverría un reconocimiento directo de la existencia política de la república fundada en Guáimaro. Grant le concedía la misma importancia que a España, extendiendo igual oferta de mediación a ambas partes contendoras. Echeverría advirtió que Cuba deseaba la paz y estaba dispuesta a negociarla en condiciones honrosas, mas, para el pueblo de Cuba, que se había impuesto sangrientos sacrificios por su libertad, no podía haber paz honrosa que no tuviese por base su independencia. Y Tomás Estrada Palma, secretario de Relaciones Exteriores, participó de las opiniones de Echeverría. Grant creía que a los Estados Unidos asistía el derecho de intervenir o promediar en el conflicto hispanocubano. Estrada Palma juzgó que Echeverría había sido en esa ocasión intérprete fiel de la resolución heroica del país en armas y había procedido

con inusitado acierto renovando la expresión de que era indeclinable la aspiración emancipadora. Al cabo, las ideas de Grant se hallaban sujetas a las desviaciones a que tan aficionado era Fish. Una vez más los propósitos y las promesas del gobierno de la Unión acerca de la cuestión de Cuba quedaban a la merced de manejos diplomáticos que no podían desembocar sino en el fracaso.

En el Perú hubo permanente representación de la República de Cuba. El primer legado fué Ambrosio Valiente. Luego asumió la plenipotencia Manuel Márquez Sterling. Estos ciudadanos, verdaderos cofundadores de la diplomacia cubana, supieron responder con elevada dignidad a la consideración a su patria guardada en la república del Pacífico que ayudó a la naciente en el Caribe con expresiones fervorosas, con dinero, con algunos de sus hijos heroicos y con actitudes ejemplares.

Los cubanos que seguían apreciando la grande importancia de que su república se proyectase internacionalmente vieron la conveniencia de que legados especiales visitasen algunas de las naciones del Continente. Las misiones de distinta naturaleza conducidas por Manuel de Quesada, Antonio Zambrana y Enrique Piñeyro se ajustaron al criterio apuntado. Y en estados hispanoamericanos del Pacífico se dejó sentir en forma amable, y en más de un caso memorable, la acción inteligente de patriotas empeñados en exponer y exaltar las razones que militaban en favor de la transformación políticosocial de Cuba.

En medio de los desengaños y reveses que salían al paso de los esfuerzos cubanos en pos del reconocimiento de sus derechos a la independencia en la esfera internacional, mientras en la Isla hombres y mujeres y ancianos y niños sufrían en sus carnes y en sus honras los desafueros del régimen colonial, la República del Perú se mantuvo fiel a su propia razón de ser, conservándose leal a la amistad que brindó a los nuevos ciudadanos del Hemisferio. El Perú, sobre ayudar a Cuba moral, política y pecuniariamente y darle héroes de la altísima calidad de Leoncio Prado, se afanó en contribuir a que los patriotas de la más occidental de las Antillas participasen en labores interamericanas con personalidad propia.

En 17 de octubre de 1876 el ministro de Relaciones Exteriores del Perú se dirigió al de Cuba, al de Cuba libre, a fin de hacer a ésta extensiva la invitación enderezada por su gobierno a los demás Estados de América para la reunión del Congreso de Jurisconsultos que debía instalarse en Lima con el objeto de uniformar en lo posible las legislaciones de los países de este medio globo. Los fundamentos exhibidos

en la citada nota diplomática en favor de Cuba por igual honraron a la patria del firmante y a la del destinatario. El gobierno de Lima recordó que él tenía reconocida desde hacía largo tiempo la independencia de Cuba, a la que consideraba incluída en el concierto de los Estados soberanos. No obstante las circunstancias en que se hallaba colocada la nueva nación, por efecto de la heroica lucha que aún sostenía, el Perú creía de su deber convocarla a tomar parte en la formación del Congreso de Jurisconsultos, llamado a hacer más estricta y provechosa la unión de los Estados del mundo de Colón, y esperaba que el gobierno de los independientes de la Isla se apresuraría a designar el plenipotenciario que había de representarla en la conferencia ya aceptada por la mayoría de sus hermanas las repúblicas americanas.

Cuba agradeció y aceptó la invitación del Perú para la constitución del Congreso Americano de Jurisconsultos. Y designó plenipotenciario suyo a Francisco de Paula Bravo, prestigioso hombre de leyes y eximio procurador de la causa de la independencia patria.

Las gestiones y los trámites previos a la reunión del Congreso Americano de Jurisconsultos culminaron en el protocolo de su sesión preparatoria, celebrada en Lima el 6 de diciembre de 1877. A este acto, presidido por el ministro de Relaciones Exteriores del Perú, asistieron plenipotenciarios de Bolivia, Argentina, Perú, Chile, Cuba y Ecuador. El de la República Argentina, José E. Uriburu, objetó la presencia del de Cuba, según dijo, con dolor, pero cediendo a exigencias imperiosas de su posición en el caso a la sazón presente. La principal entre las reservas establecidas por Uriburu tuvo por fundamento de hecho el que Buenos Aires no había reconocido la beligerancia de los cubanos que luchaban por la emancipación nacional, hecho que lo compelia a advertir que la admisión de Bravo no implicaba en cuanto a la Argentina el reconocimiento, ni aun virtual, de la existencia del gobierno de Cuba libre. Bravo expresó su pena por la actitud de la nación rioplatense respecto de Cuba, actitud que obligaba a su representante a consignar reservas sin duda legítimas, dadas las formas rigurosas de las tradiciones diplomáticas, pero contrarias, en esencia, al objeto mismo del Congreso, que, al querer crear un derecho común para el Hemisferio Occidental, enderezaba sus esfuerzos, por encima de cualquier consideración externa, a estrechar la comunidad de aspiraciones políticas y sociales de la gran familia americana. El ministro de Relaciones Exteriores y el plenipotenciario del Perú adujeron que su gobierno había reconocido la beligerancia y la independencia de Cuba, organizada políticamente como república, y los representantes de Chile, Bolivia y Ecuador expusieron que, si bien sus respectivos gobiernos no tenían

reconocida la soberanía internacional de la Isla, ellos aceptaban los plenos poderes de Bravo por conveniencia americana. Y Francisco de Paula Bravo pudo tomar asiento legítimamente al lado de otros ilustres enviados de naciones americanas en una asamblea internacional ideada con la mira de mejorar la convivencia de los pueblos libres del Hemisferio.

La plenipotencia de Bravo sobrevivió a la república nacida en Guáimaro. Hasta mucho después de la disolución de la Cámara de Representantes y de la extinción del gobierno creado en Baraguá, cuando ya no se oía el tronar de las armas empuñadas para defender la independencia de la Isla, Bravo continuó laborando en el seno del Congreso Americano de Jurisconsultos, siempre a nombre de Cuba.

La presencia oficial de Francisco de Paula Bravo en el Congreso Americano de Jurisconsultos, en representación de Cuba, aun después de eclipsarse los poderes del Estado creado en Guáimaro, tuvo el valor de homenaje póstumo a la heroica república mantenida desde 1869 hasta 1878 en los campos de la Isla. Esta república estaba sepultada, pero sólo sepultada, bajo los escombros de una lucha titánica. De su tumba, más aparente que real, saldría como expresión de la voluntad de los patriotas a quienes Carlos Manuel de Céspedes había mostrado el camino del deber y de la redención. Así, por lo menos, pensaban aquellos que habían rendido sus armas, bajo circunstancias inexorables, con la esperanza de reanudar la pelea en día no lejano.

Si alguna duda pudo haber respecto de la dilatada proyección internacional de la república mantenida durante casi una década a despecho de hostigamientos interiores e incomprensiones foráneas, el Congreso Americano de Jurisconsultos disipó tal hesitación. Este Congreso significó mucho más que la benévola o afectiva actitud de tal cual gobierno. En un esfuerzo por elevar las condiciones jurídicas de los pueblos de las Américas, el de Cuba, tenido ya por libre, fué llamado a colaborar, y colaboró con amor y sabiduría que hablaron de la capacidad de sus hijos para la vida propia.

Notable y prometedor fué, en el recuento de méritos y virtudes de la república nacida en Guáimaro, la exhibición de aptitudes que permitieron a los cubanos expandir por la redondez de la Tierra el nombre de la Patria y la legitimidad de sus aspiraciones a la soberanía internacional. La tarea resultó ímproba, a veces superior a las posibilidades de un pueblo diezmado y aniquilado. Pero los resultados de tanto sacrificio aseguraron la continuidad de empeños creadores.

FUENTES

CAPITULO I

- CARBONELL, NÉSTOR, Y SANTOVENIA, EMETERIO S. *Guáimaro*. La Habana, 1919.
- CONGRESSIONAL GLOBE. Washington, D. C., 1869-1870.
- CORRESPONDENCE BETWEEN THE DEPARTMENT OF STATE AND THE UNITED STATES MINISTER AT MADRID [...] Washington, D. C., 1870.
- [IZAGUIRRE, JOSÉ MARÍA.] *Asuntos Cubanos. Colección de artículos y poesías*. New York, 1896.
- MÁRQUEZ STERLING, M. *La diplomacia en nuestra historia*. Valencia, [s. a.].
- PIÑEYRO, ENRIQUE. *Morales Lemus y la Revolución Cubana*. La Habana, 1939.
- PORTELL VILÁ, HERMINIO. *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*. La Habana, 1939, t. II.
- RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América*. La Habana, 1900.

CAPITULO II

- CORRESPONDENCE BETWEEN THE DEPARTMENT OF STATE AND THE UNITED STATES MINISTER AT MADRID [...] Washington, D. C., 1870.
- PIÑEYRO, ENRIQUE. *Morales Lemus y la Revolución Cubana*. La Habana, 1939.
- SANTOVENIA, EMETERIO S. *John A. Rawlins*. La Habana, 1931.
- WILSON, JAMES HARRISON. *Life of John A. Rawlins*. New York, 1916.

CAPITULO III

- ARCHIVO DE FRANCISCO DE PAULA CORONADO. La Habana: Documentos relativos a la guerra hispanocubana de 1868-1878.
- CONGRESSIONAL GLOBE. Washington, D. C., 1869-1870.
- ESTEVÁNEZ, NICOLÁS. *Fragments de mis memorias*. Madrid, 1903.
- [IZAGUIRRE, JOSÉ MARÍA.] *Asuntos Cubanos. Colección de artículos y poesías*. New York, 1896.
- MULLER, JULIUS W. *Presidential Messages and State Papers*. New York, 1917, [vol.] VII.
- ORELLANA, FRANCISCO J. *Historia del General Prim*. Barcelona, [s. a.], t. III.
- PIRALA, ANTONIO. *Anales de la Guerra de Cuba*. Madrid, 1896, t. II.
- REVOLUCIÓN, LA. Nueva York, 1870.
- RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Vida del Doctor José Manuel Mestre*. La Habana, 1909.
- ZARAGOZA, JUSTO. *Las Insurrecciones en Cuba*. Madrid, 1873, t. II.

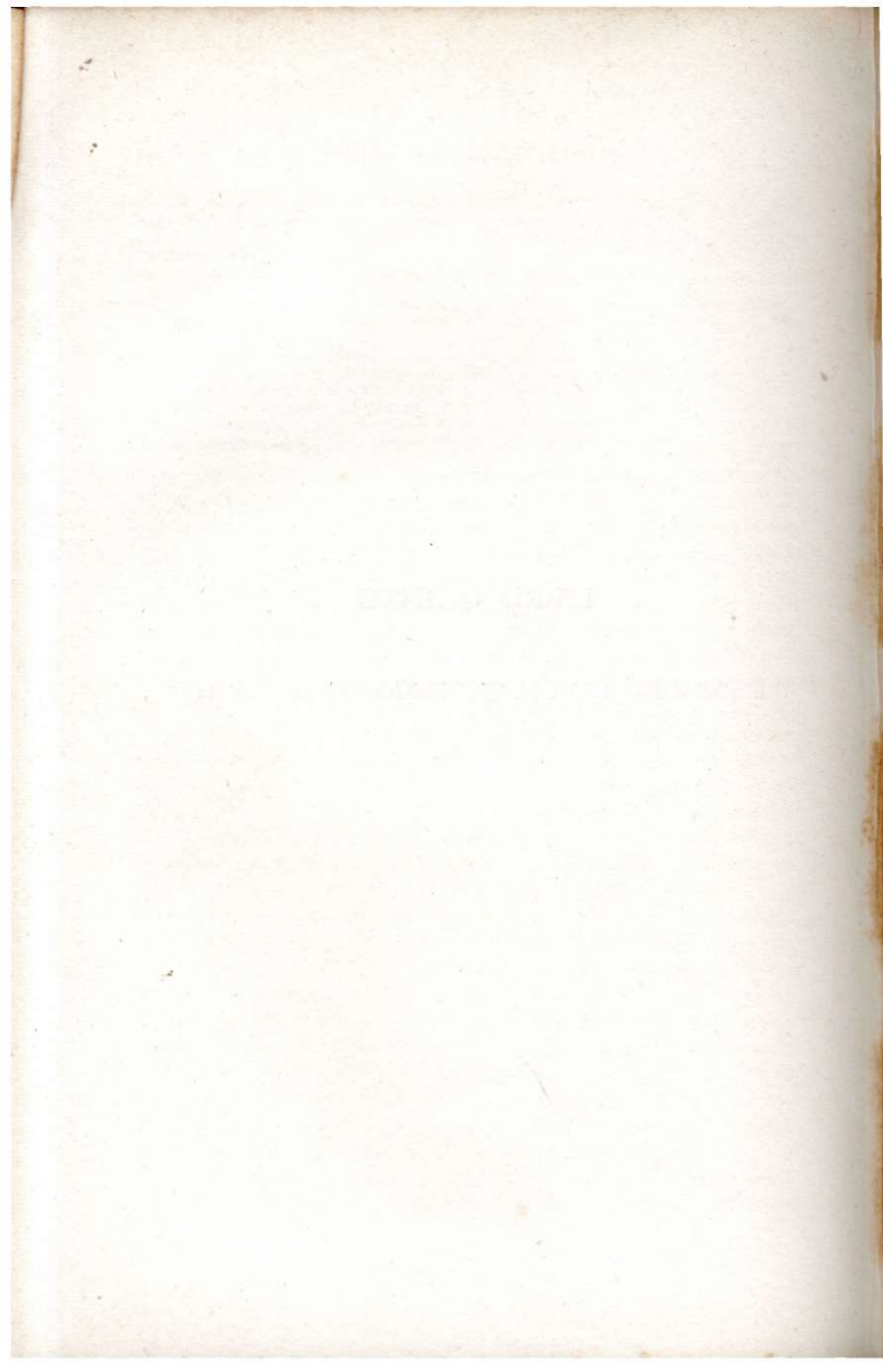
CAPITULO IV

- AGUILERA ROJAS, ELADIO. *Francisco V. Aguilera y la Revolución de Cuba de 1868*. La Habana, 1909, 2 ts.
- ARCHIVO DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES. Buenos Aires: Notas entre los gobiernos de Colombia y de la Argentina acerca de un proyecto de mediación diplomática en favor de la independencia de Cuba, año de 1872.
- CALLAHAN, JAMES MORTON. *Cuba and International Relations*. Baltimore, 1899.
- CONGRESSIONAL GLOBE. Washington, D. C., 1872-1875.
- MÁRQUEZ STERLING, M. *La diplomacia en nuestra historia*. Valencia, [s. a.].

- MULLER, JULIUS W. *Presidential Messages and State Papers*. New York, 1917, [vol. VII].
- PIRALA, ANTONIO. *Anales de la Guerra de Cuba*. Madrid, 1896, t. II.
- PORTELL VILÁ, HERMINIO. *Historia de Cuba en sus relaciones con los Estados Unidos y España*. La Habana, 1939, t. II.
- QUESADA, GONZALO DE. *Ignacio Mora*. New York, 1894.
- REVOLUCIÓN, LA. Nueva York, 1870.
- RODRÍGUEZ, JOSÉ IGNACIO. *Estudio histórico sobre el origen, desenvolvimiento y manifestaciones prácticas de la idea de la anexión de la Isla de Cuba a los Estados Unidos de América*. La Habana, 1900.
- *Vida del Doctor José Manuel Mestre*. La Habana, 1909.
- SANTOVENIA, EMETERIO S. *Dos Creadores*. Mazzini y Martí. La Habana, 1936.
- *El espíritu francés y la nación cubana*. La Habana, 1937.
- *Victor Hugo y Cuba*. La Habana, 1933.
- ULLOA, ALBERTO. *Congresos Americanos de Lima*. Lima, 1938, 2 ts.
- VARONA, ENRIQUE JOSÉ. *De la Colonia a la República*. La Habana, 1919.

LIBRO QUINTO

EL PERIODO REVOLUCIONARIO DE 1878 A 1892



CAPÍTULO I

LA GUERRA CHIQUITA: LA CONSPIRACION

EL Convenio del Zanjón —desconsolador y amargo desenlace de diez años de esfuerzos y sacrificios ingentes— dió lugar a numerosas y encendidas manifestaciones de protesta, dentro y fuera del territorio de Cuba. Los propios *capitulados*, ha escrito el general Eusebio Hernández, se mostraron muy pronto disgustados, mal avenidos, protestantes. Para muchos, el funesto Convenio no era —no podía ser— otra cosa más que una *tregua*, una indispensable e ineludible suspensión de hostilidades, a la sombra de la cual podría conseguirse quizás la abolición total de la esclavitud y emprender asimismo una propaganda encubierta de las ideas revolucionarias, propósitos que habrían de traer, como forzoso corolario, la fundación del Partido Liberal (el agente de propaganda legal, que apuntó el doctor Hernández), y la constitución de comités y clubes revolucionarios (los agentes continuadores de la labor separatista, que impidieran o por lo menos dificultaran la “paz completa” en la Isla).

En las colonias de emigrados, a su vez, levantáronse vibrantes actas de acusación contra los firmantes del Convenio; ninguna reputación, por alta y encumbrada que estuviera, quedó exenta de censuras y de imputaciones, y el odioso epíteto de traidor alcanzó hasta los más famosos y admirados caudillos de la víspera. Un propósito firme y decidido de continuar la guerra a todo trance, animó y presidió las asambleas tumultuosas de las emigraciones. En Kingston, la acogedora capital jamaicana, la noticia de las primeras presentaciones produjo tal descontento e indignación que algunos emigrados, los más impresionables, anota el cónsul de España, “pretendieron ir a Cuba en ayuda de sus correligionarios”, aunque a la postre decidieran, con mejor y más prudente criterio, esperar la confirmación de aquellas tristes noticias. Un poco más tarde, después del arribo de Goyo Benítez y de Máximo Gómez, celebróse una nueva asamblea en la que los asistentes acordaron protestar contra los “hechos realizados por aquellos jefes que han

depuesto las armas, no por falta de elementos con que sostenerse sino cegados por el oro que en pago de tan villana acción han percibido". "El apasionamiento de aquellos pasivos revolucionarios, escribe el historiador español don Antonio Pirala, le hacía ver traidores en todas partes."

En la ciudad de Nueva York, una convención popular que tuvo por escenario el Masonic Hall de la calle 13, números 114 y 116, propúsose estudiar la "situación por que atravesaba nuestra adorada Cuba y protestar y ver la actitud que como hombres dignos debía asumir la emigración" (3 de marzo de 1878). Uno de los oradores de la asamblea, el coronel Manuel Anastasio Aguilera y Vargas Machuca, deudo cercano del eminente patricio bayamés Francisco Vicente Aguilera, puso empeño en demostrar que los sucesos que afligían a la patria eran de muy pobre, escasa significación, si se les comparaba con la dura, inolvidable prueba que sufrió la revolución libertadora el año crítico de 1871, y que, a mayor abundamiento, frente a la pusilanimidad de unos pocos de sus hijos, flojos o pesimistas, en Las Villas y en Oriente aun ondeaba triunfante y majestuoso el gallardo emblema de nuestra redención política y social. De esa asamblea y de la que, una semana después, reunió en el mismo lugar, salió a la postre el acuerdo de "reasumir los emigrados los poderes que nos corresponden como cubanos y hombres libres y que por actos anteriores hayamos podido delegar y como medida puramente revolucionaria...". Y a propuesta del heroico Leoncio Prado, nombróse un comité de quince miembros, votado a viva voz (Leandro Rodríguez, Ramón Martínez Hernández, Francisco Lamadriz, Fernando López de Queralta, Fidel G. Pierra, Manuel Anastasio Aguilera, Antonio del Pino, Próspero Martínez, Ricardo Céspedes, Manuel de la Cruz Beraza, Juan Arnao, Julio Sanguily, Juan Luis Pacheco, Federico Gálvez y el propio Leoncio Prado), comisión que tuviese, entre otras facultades, la de designar de su seno al *Comité Revolucionario de la Emigración Cubana*. El tercer domingo (día 17) de ese memorable mes de marzo, una nueva convención popular ponía los empeños de los emigrados en las manos entusiastas y patrióticas de José Francisco Lamadriz, Fidel G. Pierra, Leandro Rodríguez, Ramón Martínez y Leoncio Prado, el batallador *Comité* o *Grupo de los Cinco*, como se le llamó muy pronto.

El flamante Comité se preocupó por dirigir en seguida a los protestantes magníficos de Baraguá, una cálida felicitación llena de fervido entusiasmo y del noble orgullo que le inspiraban sus eminentes virtudes, con las que, en brillante alarde, apuntaba, habían derrocado

los inicuos planes de aquellos que, cobardes y traidores, creyeron herir de muerte la santa causa de la libertad e independencia de la patria. Pobres eran los emigrados, porque en el destierro no se hace fortuna sino que se consume; pero del pan que ganaran para alimentar a sus hijos habrían de arrancar un pedazo para enviarlo a Cuba convertido en armas y pertrechos, promesa que pronto se haría efectiva, confiaban ellos, gracias a la intrepidez del héroe esclarecido del *Moctezuma*, Leoncio Prado.

La ingente tarea de las emigraciones, que auspiciaba el Comité —arbitrar recursos económicos y de guerra para mantener encendida la llama de la insurrección y alerta el espíritu de rebeldía—, vióse sostenida y fortificada, unos meses más tarde, por la presencia del mayor general Calixto García Iñiguez, recién llegado de Europa.

La paz del Zanjón y asimismo la intervención oficiosa del general Martínez Campos, el afortunado pacificador, le abren la puerta de la "cruel ergástula" de Pamplona, donde ha permanecido un poco más de dos años, al glorioso vencedor de *Báguanos* y de *Santa María*, suicida frustrado en San Antonio del Baja. Calixto García libre, corre a Madrid, donde le aguarda su abnegada y tenacísima madre, émula de las más austeras espartanas, la sin par doña Lucía Iñiguez. Tras una breve estancia en la capital española, toma el camino de París, donde se entrevista con el doctor Betances, a quien se apresura a mostrar su inconformidad con la terminación de la guerra y su firme propósito de reanudar las hostilidades. De París, luchador infatigable, pasa a Londres y de allí a Nueva York.

En Nueva York, paréntesis emocional, el general García trata de reconstruir su frustrada vida hogareña y en un piso interior de la calle 45 esquina a la Novena Avenida, se instala modestamente en unión de su numerosa familia. En el hogar rehecho, escribe José Martí, que le conoció y trató por entonces, "había como la frescura de la renovación después de una prolongada ausencia, y eso hacía más conmovedor el sacrificio de un hombre dispuesto a abandonar por el servicio de su patria, entonces indiferente, o por lo menos lastimada y temerosa, la familia que le sonreía, con todos los encantos de una boda, después de diez años de destierro, de atentado heroico contra su vida, de prisión".

Allí, en la gran ciudad norteamericana, reúne muy pronto alrededor del ilustre adalid oriental un núcleo respetable de emigrados cubanos, patriotas entusiastas, que arde en deseos de ver encendida otra vez en los campos de Cuba la guerra emancipadora. El *Grupo de los*

Cinco, con encomiable desinterés, cede al general García, cuyos talentos militares y altísimas virtudes cívicas reconoce y admira, la orientación y el manejo de las labores revolucionarias. Bajo esa nueva jefatura, que tanto aumenta su prestigio, el esforzado Comité ostentará un nombre nuevo también: *Comité Revolucionario Cubano*, y emprenderá, sin tregua ni descanso, la tarea extraordinaria de poner en pie de guerra, a los pocos meses de concluida una larga y agotadora lucha de diez años, a un grupo numeroso y animoso de patriotas para quienes el Pacto del Zanjón significaba la ruina de sus más caras esperanzas y de sus más arraigados empeños.

El *Comité Revolucionario Cubano* da muy pronto a la publicidad, en el mes de octubre de ese mismo año de 1878, décimo aniversario del comienzo de la revolución que acaba de fenecer, un vibrante *manifiesto*, seguido de unas *bases constituyentes*, donde se arroga el honor de "invitar a las distintas agrupaciones cubanas que aun están organizadas y a las que se organicen en lo adelante, a que contribuyan de consuno a la realización de la empresa que nos proponemos acometer por medio de una organización general cuyo lazo de unión será la redención de Cuba, procediendo sin demora a los trabajos...". (El *manifiesto* hacía referencia también, en sus primeros párrafos, a la infame traición de unos pocos que, combinada con los falsos halagos e insidiosas promesas del enemigo, ha sumergido a la patria en un espantoso abismo de miseria y de degradación, y señalaba también como tarea digna de los verdaderos hijos de Cuba impedir que se consumase tan nefanda obra, y con la fe puesta en el derecho que les asistía y la confianza en Dios, levantar a Cuba de su postración y contribuir a colocarla en el destacado lugar que estaba llamada a ocupar en el concierto de las repúblicas independientes del mundo de Colón.)

Las *bases*, en número de nueve, ordenan la formación de clubes revolucionarios en todos los pueblos de la isla y del extranjero donde existan partidarios de la independencia de Cuba, para, por medio de ellos, arbitrar recursos pecuniarios y elementos de guerra, hacer campaña de proselitismo y animar y unificar la opinión y las simpatías populares. Con sólo cinco individuos que se dispongan a luchar por el ideal independentista, podría constituirse un club revolucionario. El Comité de Nueva York, que es el centro de la organización, cuidará de expedirle a cada club un diploma, a modo de credencial, y de otorgarle un número de orden, por el cual será conocido. Las bases advierten asimismo que los trabajos de los clubes habrán de conservarse en secreto y sólo serían conocidos por el Comité de Nueva York, a quien deberán rendir a ese efecto cuenta quincenal de sus actividades.

Todos los asociados usarán un seudónimo, para la mejor y mayor garantía de los empeños revolucionarios.

El manifiesto del Comité, que lleva la firma del general García, que lo preside, despierta de nuevo el entusiasmo de las emigraciones. Los cubanos de Jacksonville, en La Florida, que se jactan de permanecer tan firmes en sus puestos "como en el memorable octubre del año de 1868", se apresuran a escribir (14 de noviembre de 1878): "Los cubanos de esta ciudad desde la inicua traición del Zanjón estamos sumergidos en un profundo abatimiento, al ver que el grandioso monumento levantado en el histórico pueblo de Yara el día 10 de octubre de 1868 y sellado después con la sangre de muchos miles de nuestros hermanos, lo hayan derribado unos cuantos apóstatas con criminal egoísmo, atando de nuevo a la adorada Patria al degradante carro de la tiranía española. Pero en medio de tanta aflicción y abatimiento nuestros corazones decían *fe en el porvenir* y en efecto, distinguido general, el Manifiesto de ese Comité presidido por el héroe y mártir ha venido a echar un manto de consuelo en nuestros corazones, probándonos una vez más que si hubo traidores que olvidaran el martirologio cubano, aun quedan distinguidos patriotas que llevarán a feliz término nuestra redención que es la obra de la Justicia Divina".

La emigración de Puerto Plata, en la República Dominicana, jura de nuevo independencia o muerte, pero cuida de agregar, no la del ex-presidente Spotorno, sino la que creemos exige el mayor general Calixto García (6 de abril de 1879).

Con Calixto García, es decir, con el Comité, estaban en tratos, y se comunicaban con frecuencia, Flor Crombet, Pedro Martínez Freire y *Mayía* Rodríguez, jefes reconocidos y acatados, con José Maceo, Guillermo Moncada y Quintín Bandera, de Santiago, Manzanillo, Holguín y Baracoa. Santos Pérez y don Silverio del Prado conspiraban en Guantánamo; Mariano Torres, en Manzanillo; Angel Maestre, Esteban Arias, Francisco Carrillo y Cecilio González, en Las Villas y en Colón. En la ciudad de La Habana, José Martí y Juan Gualberto Gómez dirigían y animaban clubes revolucionarios. (En la platería de Betancourt, calzada del Monte número 142; en el bufete de Viondi y hasta en su modesto hogar, donde recibe solicitudes y frecuentes visitas de los más responsables afiliados a los clubes revolucionarios habaneros, José Martí se entrega a una extensa e intensa labor revolucionaria, que acaba por despertar las sospechas de las autoridades españolas, que le vigilan estrechamente y le siguen los pasos, alarmadas por sus magníficos arranques oratorios y el prestigio y la popularidad que ha ganado en pocos días.)

El coronel Martínez Freire, "hombre culto, arrogante, de una belleza varonil poco común, y de una sinceridad desconocida en estos tiempos que corremos", escribe Eusebio Hernández, tomó a su cuidado mantener las relaciones entre Oriente y Occidente.

La conspiración hizo progresos muy rápidos, y Flor Crombet, recién llegado a la ciudad de Santiago, pudo informar al Comité que los distritos de El Caney, El Cobre, Hongolosongo, Palma, el propio Santiago..., estaban dispuestos a secundar, cuanto antes, los planes revolucionarios; que sólo aguardaban, impacientes, la oportunidad de probar con hechos su patriótica determinación.

La correspondencia que recibe el Comité refleja el hondo apasionamiento de aquellos días memorables. Intemperancias de lenguaje, acusaciones de dilapidación y de malversaciones, impacencias de los unos, que no se resignan a permanecer inactivos; suspicacias de los más, que desconfían de todos y de todo..., matizan las páginas de las comunicaciones de los clubes y hasta las de los simples particulares. Las cartas de Flor Crombet, que firma *Odoniel Melena*, vibran de pasión. A Serafín Sánchez, desconociendo su historial, se le acusa de haber sido el agente interesado que propició la capitulación del brigadier Bonachea, el último rebelde, y se habla, en todos los tonos, de su mala fe y de su traición. El propio Serafín Sánchez, ignorante de estas imputaciones, pero desesperado e indignado de la conducta de sus conterráneos, que se muestran flojos y resignados con su suerte, escribe esta frase llena de amargura (3 de mayo de 1879): "Yo que he sido bueno, digno y resuelto como patriota, estas denuncias constantes por los mismos cubanos [a las autoridades españolas] me han llenado de desesperación y he dicho para mí que este pueblo miserable e ingrato no merece ser libre". Pero el patriota integérrimo que late en Serafín Sánchez, añade esta postdata vibrante: "Conste y haga Ud. constar que yo estoy dispuesto a todo, como lo he estado siempre". Y a fines de ese propio mes de mayo, en carta a Carlos Roloff, se queja de que ambos, su ilustre conmlitón y él, que ostentan "con gloria una hoja de servicios prestados a la independencia de Cuba", se vean ahora juguetes de cualquier quídam; del compatriota cobarde que nunca quiso combatir; del traficante a costa de la vida de los que morían en los campos; del seudo patriota que limitó su ayuda a la propagación y quizás a la mera invención de falsas noticias halagüeñas; del comunicante que, oculto tras un nombre supuesto, no guarda la más remota consideración para los sacrificios y las muestras de patriotismo que debiera venerar de rodillas... Mucho le duele a Serafín Sánchez reconocer estas tristes ver-

dades; pero no le queda otro remedio que confesar, allá en el sagrario de su conciencia, su gran temor de que el día que fuésemos independientes los cubanos poco tuviéramos que envidiar a otros pueblos infortunados de América que, en sus pugnas civiles, a falta de mejores razones, acuden a menudo a la pólvora. Y sin embargo, de nuevo el gran cubano que vibra en él, entre esa *anarquía positiva* que vislumbra y la recia *dominación española* que confronta, no vacila un momento en tomar partido y definir su conducta. "No desconfíe Ud. de mí, escribe con angustia; recuerde mi nombre, mi patriotismo, mis sacrificios, mis sufrimientos, mi abnegación, mis torturas, mis sonrisas en mitad de espantosa miseria... Por honor siquiera de nosotros mismos, cierre Ud. los oídos y desprecie cual [se] merecen a esos falsos apóstoles..., que profanan el templo santo de nuestro inmortal patriotismo. Desprécíelos, hermano mío."

Los partidos políticos, recién surgidos en Cuba, apunta Serafín Sánchez, juzgan con evidente equivocación y acaso mala fe la conducta de los conspiradores. Para el Partido Unión Constitucional, que "integran los españoles sin condiciones y los negreros cubanos", los nuevos revolucionarios "son unos miserables sin conciencia y sin dignidad"; para el Partido Liberal, donde milita la mayoría de los cubanos de fortuna y de talento, los conspiradores no merecen otra cosa que "el desprecio de los verdaderos patriotas".

Pío Rosado, a su vez, enjuicia con severidad y acritud la conducta del protestante magnífico de Baraguá, rayo de la guerra, el mayor general Antonio Maceo. Emilio Núñez, que está siempre dispuesto a cumplir con su deber, se revuelve indignado contra tanta miseria para afirmar que no quiere pelear más que con los españoles, y no con los cubanos. José María Aguirre, cubano irreductible, coronel de la Guerra Grande, habla de pasar al Perú para brindarle sus servicios a la patria de Leoncio Prado en la contienda que acaba de emprender contra Chile.

Un mes justo después de la publicación del manifiesto y de las bases constituyentes del Comité Revolucionario Cubano, tuvo efecto en esta ciudad de La Habana, por iniciativa y bajo la presidencia del brigadier Angel Maestre, una reunión de varios patriotas, entre ellos algunos jefes y oficiales de la Guerra de los Diez Años, con el propósito de establecer un *club central* que, puesto en relación directa con el Comité neoyorquino, pudiera sin embargo "irradiándose en la isla, secundar aquí sus superiores acuerdos, en el sentido de independizar a Cuba por medio de la revolución armada". Los ciudadanos Lic. Ignacio L. Zarragoitia,

que tomó el seudónimo de *Cromwell*; José Joaquín Govantes (*Régulo*), y Dr. Juan Valdés Valenzuela (*Chiquitín*), fueron designados presidente, tesorero y secretario provisionales, respectivamente, de la nueva organización. Como garantía de la bondad de intenciones de los funcionarios electos y de la veracidad de todo cuanto exponían en el acta que se levantara, el brigadier Angel Maestre, que se encontraba en estrechas relaciones oficiales con el Comité, puso también su firma a continuación de los anteriores acuerdos. Los nuevos directivos cuidaron de hacer constar que con posterioridad a aquel acto, nunca antes, habían tenido conocimiento del manifiesto de 10 de octubre de 1878, por lo que, entre otros motivos, no se habían organizado en la forma que disponían las bases constituyentes, y respetuosamente sometían a la consideración del Comité, para el mejor y más eficaz servicio de la patria, la creación y los nombramientos provisionales que acababan de realizar.

El Comité neoyorquino no juzgó prudente aprobar aquella centralización insular de los trabajos revolucionarios, "por los infinitos peligros a que éstos se verían sujetos y por muchas otras razones de consideración que ante el claro criterio de ustedes no pueden pasar desapercibidas". Pero el Comité, que no quería herir susceptibilidades, tomó también el acuerdo, confiado en "el patriotismo que tan altamente distingue a los tres honorables miembros que componen la directiva de aquel Club", de adaptar dicha agrupación a las bases constituyentes varias veces mencionadas y, en consecuencia, de conformidad con los artículos 1º y 5º de las mismas, dar al nuevo centro el nombre de Club Revolucionario Cubano de La Habana Nº 22, y, a fin de abreviar trámites dilatorios, tuvo a bien expedir la credencial de dicho Club y los nombramientos para sus tres socios fundadores.

La prudente conducta del Comité no satisfizo sin embargo a algunos conspiradores y Salvador Rosado Lorié (*Augusto Rott*), no vaciló en reclamar, una y otra ocasión, la conveniencia de que existiera, en La Habana, un "centro principal, a quien todos los demás centros (cubanos) estén subordinados..."; pero no faltaron otros que dieran su entera aprobación a la justa negativa de los jefes emigrados, "pues hay entre nosotros, opinaba uno de ellos, muchos traidores y esa gente de La Habana poco práctica en las asechanzas del gobierno español... , aceptaría la cooperación... de individuos que han sido siempre nuestros enemigos y que no tienen ningún título para estar al corriente de nuestros trabajos".

Los concurrentes a la reunión del 10 de noviembre no se dieron fácilmente por vencidos y, unos meses después, acordaron convocar

para el 20 de febrero de 1879 una junta general extraordinaria de conspiradores, en la que estuvieren representados todos o la mayor parte de los departamentos de la isla por medio de sus respectivos clubes y de sus antiguos jefes y oficiales, a fin de solicitar del Comité neoyorquino la aprobación de los siguientes particulares: "*Primero*. Que es urgentemente necesario la traslación de ese Comité Central o Gobierno de la República al territorio de Cuba, o bien que, caso de no ser esto posible, por razones que en parte se alcanzan y desde luego respetamos, constituya en La Habana un Centro, cualquiera que sea su denominación, que subordinado por consiguiente a ese Centro Superior, tenga sin embargo facultades bastantes para la adopción en casos normales de las medidas convenientes, y omnímodas en circunstancias urgentes y extraordinarias, dándose siempre cuenta para vuestra aprobación, y cuyos miembros componentes sean elegidos por ese Gobierno, o en su defecto, si por cualquier motivo no quisiere hacerlo, que autorice a este Club n° 22 para la convocatoria de otra junta general bajo idéntica forma que la presente con el solo objeto de que tenga lugar aquella elección. *Segundo*. Que a pesar de cuanto a ese Centro se haya informado, y como consecuencia de lo que queda expuesto, la falta de la suficiente preparación en todos los Departamentos, por más que alguno lo esté en parte y lo bastante para secundar, pero nunca para iniciar un movimiento, si éste ha de ser general, uniforme y potente, necesario se hace también un aplazamiento indefinido de ese movimiento mientras aquellas condiciones no se hayan llenado, a no ser que circunstancias urgentes y posibles, violentas y previstas lo hagan indispensable, aun cuando sólo sea parcialmente, y no más que como medio de garantía personal, y hasta tanto que definitivamente por ese Gobierno se resuelva".

Los acuerdos de los conspiradores habaneros fueron dados a conocer a los clubes de Las Villas, Camagüey y Oriente, y el día 18 de marzo de 1879, por convocatoria especial del "activo organizador del Departamento de Oriente", coronel Pedro Martínez Freire, se reunieron de nuevo en La Habana, "en el punto de ellos conocido" (¿el pueblo de Regla?), varios jefes y oficiales del Ejército Libertador, presidentes de clubes, meros afiliados y hasta simples particulares, para considerar el triste estado de la organización de los trabajos revolucionarios fuera del departamento oriental, motivado, se dijo, por la falta de unidad de acción y por la completa carencia de un centro director que, en el teatro mismo de los acontecimientos, imprimiese una marcha regular y ordenada a los mismos, aunando voluntades, resumiendo aspiraciones

y empleando todos los elementos dispersos en beneficio común. Martínez Freire y la Junta hicieron repetidas protestas de respeto, obediencia y reconocimiento al Comité de Nueva York, pero se empeñaron asimismo en declarar que la larga distancia a que se hallaba de la patria lo hacía impotente en muchas ocasiones e inoportuno e ineficaz en otras para el acertado desempeño de su elevada misión. Y con la aprobación unánime de todos los presentes quedó acordada la constitución, en esta ciudad, de un *Club Central Revolucionario Cubano*, con las facultades y atribuciones que se habían discutido y considerado, elevándose copia certificada del acta de su instalación al Comité Central Revolucionario de Nueva York, a quien se le encargaba además la conveniencia de que comunicase directamente a todos y cada uno de los clubes existentes en la isla, que desde esa fecha quedasen bajo la subordinación del nuevo centro. Procedióse, después, a la designación de la mesa directiva del flamante organismo, que quedó constituida de este modo: Presidente, Ldo. Ignacio Zarragoitia (*Cromwell*); Vicepresidente, José Martí (*Anáhuac*); Secretario, Ignacio Pujol (*Scévola*); Vicesecretario, José Piedrahita (*Almendares*); y Tesorero, José Leopoldo Castillo (*Mosimelo*). Martí, que ha tomado parte en los debates y que acepta también su designación, firma, empero, con esta reserva: "En cuanto se crea este Centro para auxiliar activamente la Revolución, sin entrar a discutir las bases y relaciones de Gobierno que fija".

El Lic. Zarragoitia creyó oportuno añadir, al pie de la explicación de Martí, esta curiosa declaración: "Conforme en todas sus partes con la presente acta puesto que desde su constitución he reconocido y aceptado al Comité Central de Nueva York como el único Gobierno de la República de Cuba".

Tres días después, los dirigentes del Club Revolucionario Cubano N° 22 (Zarragoitia, Govantes y Valdés Valenzuela), rogaban al general Calixto García que les aceptara la renuncia de sus respectivos cargos y diera también por disuelto, a lo menos por entonces, el club que dirigían.

Uno de los más activos y eficaces conspiradores, E. Rovira, que solía firmar *Carmen Ruiz* sus comunicaciones, hacía llegar muy pronto a Carlos Roloff, en Nueva York, la noticia de la creación del Club Central Revolucionario Cubano: "En ésta hubo una reunión presidida por el Sr. Martínez Freire en la cual se reunieron muchos de los individuos que forman los clubes en ésta; en ella se extendió un acta por la cual se determinaba que en ésta existiese un Centro que pudiese dictar órdenes y con las mismas atribuciones que el que existe en ésa...".

Los conspiradores que habían propiciado la creación de un centro superior cubano, frente a los criterios y a las determinaciones del Comité de Nueva York, confiaron a poco al ciudadano José Piedrahita (*Almendares*) la defensa de su causa. El Comisionado del *Club Central Provisional*, que así se le llamó también, partió en seguida rumbo a la ciudad de Nueva York, a mantener, en presencia del Comité, una pretensión de antemano condenada al fracaso. (El Ldo. Zarragoitia, prudente, había suplicado al general Calixto García que le relevara del cargo penoso y difícil a la par que comprometido en demasía con que había sido, a su modo de ver, honrado de manera inmerecida.)

El día 13 de abril tuvo lugar la entrevista entre el Comisionado de los clubes revolucionarios de la Isla y el Comité en pleno de Nueva York, citado a sesión extraordinaria. El ciudadano Piedrahita hizo entrega al Comité de los documentos de que era portador y se empeñó a continuación en la defensa de los puntos de vista mantenidos por sus tenaces representados. Los miembros del Comité, a su turno (Calixto García, Leandro Rodríguez, Pío Rosado, Carlos Roloff; Leoncio Prado se hallaba ausente), expresaron su más decidida oposición a la existencia de un centro supremo en Cuba, que no sería otra cosa, apuntó el general Calixto García, que poner los empeños revolucionarios al alcance del enemigo, pues en el caso de que fueren denunciados los individuos que lo compusieran, quedarían desorganizados los trabajos y perdido por algún tiempo el fruto de tantos esfuerzos. El ciudadano *Piedrahita, fiel a sus instrucciones, hizo constar que, a pesar de la negativa del Comité, los clubes disidentes constituirían definitivamente el Centro, pues contaban, o creían contar, con los jefes buenos que había en Cuba y con la mayor parte de los que se hallaban en el extranjero.*

(El general García, lo consigna también el acta de la entrevista, mostró su extrañeza por el título que sin el consentimiento del Comité y de los demás jefes del Departamento, se había arrogado el coronel Martínez Freire: Jefe del Movimiento en Oriente.)

El Comité, bien a su pesar, se vió al cabo en la triste necesidad de separar de sus trabajos a los clubes disidentes, en cuya obstinada conducta creía ver el germen de futuras y peligrosas disensiones. Por fortuna, la enérgica pero justa decisión del Comité produjo sus efectos, y, unas semanas más tarde, los clubes y los conspiradores disidentes acababan por reconocer, unos tras otros, y casi todos, la autoridad suprema del Comité neoyorquino, que, ganada la partida y mantenidos los principios, creyó oportuno, a mediados de año, rehabilitar a aquellos clubes que voluntariamente se colocaron de nuevo bajo su obediencia.

El mejor argumento en contra de la constitución de un organismo central en Cuba vino a proporcionarlo, cuatro días escasos después de la celebración de la junta de 18 de marzo, la prisión del coronel Pedro Martínez Freire, el mismo que había auspiciado y convocado la reunión.

En el pueblo de Bemba (hoy día Jovellanos), informó al Comité un activo y celoso agente revolucionario (Manuel Suárez), el *pollero* Trujillo había detenido a Martínez Freire cuando, en viaje de regreso a Oriente, simulaba dirigirse a Cárdenas, "a ver a un hermano". La aprehensión del impaciente conspirador y la ocupación sin duda de los importantes documentos que llevaba consigo, provocaron honda alarma e inquietud entre los revolucionarios, que no vacilaron en relacionar ese triste suceso con las prisiones verificadas por entonces en Santiago de Cuba y con los registros practicados por la policía en la propia ciudad de La Habana.

Martínez Freire fué encerrado a la postre en uno de los calabozos del Morro de Santiago, donde ya le aguardaban, asegura el general Eusebio Hernández, el brigadier Flor Crombet, preso en su lecho de enfermo; y los coroneles *Mayía* Rodríguez y Pablo Beola, reducidos a prisión el mismo día. Poco después, los cuatro notables conspiradores, veteranos del 68, eran deportados a España.

Con esas prisiones, comenta Eusebio Hernández, quedó frustrado el vasto plan de Martínez Freire, aprobado por Calixto, de nombrar jefe del movimiento en Oriente, hasta la llegada de Antonio Maceo, a Urbano Sánchez Hechavarría, prestigioso abogado de Santiago, Presidente del Partido Autonomista, y jefes de cuerpo y de brigada a los generales Santos Pérez, Flor Crombet y Guillermo Moncada, y a los coroneles, José Maceo, Quintín Bandera, don Silverio del Prado, Bartolomé Masó, Francisco Carrillo, Angel Maestre y otros más, en Holguín, Manzanillo, Bayamo, Baracoa, Las Villas y Colón. El susodicho plan lo conocían en toda su integridad y magnitud Flor Crombet y José Maceo, y sólo en sus partes indispensables Sánchez Hechavarría y Santos Pérez. De modo que la prisión de Martínez Freire y de sus compañeros y el retraimiento simultáneo de Urbano Sánchez y de Santos Pérez dejaron sin guías responsables ni instrucciones precisas a los demás jefes comprometidos, y frustraron por el momento toda acción revolucionaria.

(El general Hernández considera a Martínez Freire como el *jefe moral* de aquel gran movimiento, que, por otra parte, añade, Calixto conocía y aprobaba. Pero las afirmaciones del héroe de *Báguanos* a José Piedrahita (*Almendares*), que hemos anotado y glosado más arriba, sobre el título que sin el consentimiento del Comité y aceptación de

los demás jefes orientales se había arrogado el impaciente conspirador, pugnan evidentemente con las apreciaciones del Dr. Hernández y acaso sean el inicio de posteriores y más graves desacuerdos sobre la jefatura de la revolución en el departamento oriental.)

Los revolucionarios deportados tuvieron la fortuna de encontrar en Madrid al joven doctor en medicina Eusebio Hernández que, advertido a tiempo por el general García, hizo con éxito las gestiones necesarias para aliviarles un tanto su triste situación. El Dr. Hernández era hombre de ideas francamente separatistas y requerido por los conspiradores no vaciló en ponerse a sus órdenes y salir, en la primera oportunidad, rumbo a Santiago de Cuba, llevando entre las telas de un puño de camisa un documento redactado por Martínez Freire y firmado también por *Mayía*, Flor y Beola, dando instrucciones precisas y concretas a los jefes orientales. En la ciudad santiaguera y en la botica de Tomás Padró Griñán conoció el joven comisionado a los coroneles José Maceo y Quintín Bandera, al capitán Néstor Prado y al popular y querido *Guillermón*. Un día después de esas entrevistas, Hernández recibió también la visita de Urbano Sánchez Hechavarría, con quien, siguiendo instrucciones de sus comitentes, fué muy cauto y reservado, pues se temía, y con razón, que el ilustre y prestigioso autonomista, temeroso de la difícil situación que se había creado y hasta predispuesto contra el movimiento, negase su valioso concurso y se pronunciara al cabo contra el mismo. En semejante negativa actitud hallábase también Santos Pérez, según pudo percatarse muy pronto el comisionado.

Por esos mismos días, afirma Eusebio Hernández, habían llegado a Santiago de Cuba las instrucciones del general Antonio Maceo para los jefes y oficiales de Oriente, Las Villas y Occidente, comprometidos a prestar a la revolución su esfuerzo personal y el de sus amigos. Maceo, puntualiza Hernández, había dado esas órdenes fiado en las promesas de Calixto de que él, como jefe natural de Oriente, sería asimismo jefe de la vanguardia de la revolución.

José Maceo y Quintín Bandera, enardecidos, le pidieron al comisionado que partiera al día siguiente para La Habana, portador de las instrucciones de Maceo, escritas en finísimo papel de China, donde se hacían figurar los nombres, apellidos y grados de los jefes con que se contaba y la fecha y el lugar de la inminente sublevación. El ilustre médico, con muy buen juicio, pidió que se borrasen los nombres de los comprometidos, a fin de evitar, en caso de prisión, nuevas y perjudiciales detenciones. —Si Ud. tiene miedo —le arguyó José Maceo, bravo entre los bravos—, no faltará quien las lleve en la forma que han

sido recibidas. —En ese caso —replicó el joven comisionado— yo me presto a llevarlas y si me cogen, trataré, por todos los medios, de destruir los nombres de los comprometidos. Y ocultas entre los pliegues de unos pañuelos, que la bondadosa dama doña Doloritas Rodríguez Mena, madre amantísima del general *Mayía* Rodríguez, le proporcionara gustosa, Eusebio Hernández trajo a esta ciudad y puso en manos de José Antonio Aguilera y de José Martí, delegado y subdelegado, respectivamente, del Comité neoyorquino, las órdenes de Maceo.

(Con fecha primero de junio, el Comité había comunicado a todos los clubes de su obediencia la designación de un Delegado con poderes extraordinarios "para resolver [sobre el terreno] todos los asuntos que pudieran presentarse". Medida hábil que satisfacía, en cierto modo, los vivos deseos de los clubes disidentes, sin los peligros e inconvenientes indudables de un organismo central, más o menos numeroso y sin duda mucho menos discreto.)

Días después de estas ocurrencias, las autoridades españolas se veían obligadas a reconocer, en notas más o menos veladas, la existencia de un nuevo y poderoso movimiento revolucionario surgido en varias de las jurisdicciones del bravo Departamento Oriental, cuna de la rebelión cubana.

CAPÍTULO II

LA GUERRA CHIQUITA: LA INSURRECCION

LA estrecha vigilancia y la implacable persecución de las autoridades españolas —en la provincia de Oriente el áspero general Camilo Polavieja había ordenado la prisión de numerosos conspiradores— dieron lugar a que, en la última semana de agosto de ese año crítico de 1879, algunos jefes comprometidos se vieran obligados a iniciar, acaso prematuramente, la acción revolucionaria.

En la noche del 24 al 25 se pronunciaban, entre Gibara y Holguín, varios grupos armados a las órdenes del brigadier Belisario Grave de Peralta, y unas horas después, a las siete de la tarde del día 26, Guillermo Moncada (*Guillermón*), "sacado de su casa enfermo y sin entusiasmo", José Maceo y Quintín Bandera daban el grito de rebeldía en las propias calles de la ciudad de Santiago de Cuba y, tras de cambiar disparos con la guardia civil, salían de la alarmada población rumbo a los montes inmediatos. Santos Pérez, que había rehusado participar en el movimiento, no tan sólo no se alzó, sino que redujo a prisión a don Silverio del Prado, proceder habilísimo que ponía a los dos, al antiguo jefe de guerrillas y al venerable protestante de Baraguá, a cubierto de las sospechas que uno y otro inspiraban al gobierno. (El alzamiento santiaguero se debió, apresurémonos a consignarlo, al propósito de evitar, a todo trance, la prisión de José Maceo, que muchos tenían por inminente.) Pero la ausencia de Martínez Freire, de Flor Crombet y de *Mayía* Rodríguez, presos y deportados a España como ya dijimos, impidió que el ambicioso plan que ellos habían concebido y propugnado se llevara a término feliz: atacar, de noche y por sorpresa, los cuarteles, la comandancia militar y la cárcel, y una vez provistos los insurrectos de armas y de municiones, aprehendidas las autoridades y organizados, con los presos comunes, batallones disciplinarios, tomar en las casas de comercio los efectos y vituallas necesarios para, a la postre, unas horas después, lanzarse impetuosos a los campos y poner en pie de guerra a todos los pueblos de la jurisdicción y hasta del

departamento. Claro está, comenta un cronista destacado de aquellos sucesos, que al día siguiente hubieran convergido sobre Santiago, de todos los lugares y por todas las vías disponibles, fuertes contingentes de tropas españolas, y es lógico pensar también que los patriotas se hubiesen encontrado a poco en la necesidad de abandonar la capital; pero el efecto y la resonancia que la toma de la ciudad hubieran producido dentro y fuera del país, podrían considerarse como enormes y de gran utilidad y trascendencia para la naciente revolución. Mas, añade el propio escritor, no se hizo así, y los insurrectos dejaron la población, la noche de ese mismo día, sin molestar a nadie, ni apoderarse de un fusil ni de una simple canana, por temor, según parece, a la responsabilidad que pudiera derivarse de la propaganda antirrevolucionaria que se hacía en la prensa. Las autoridades españolas y algunos periódicos integristas habían puesto énfasis en asegurar que el movimiento que se avecinaba, y que muchos temían, no abrigaba más que propósitos racistas, que conducirían ineludiblemente a la constitución de una república negra en las pintorescas tierras orientales, y los corifeos del alzamiento santiaguero eran hombres de color.

Los jefes pronunciados tuvieron muy pronto a su alrededor fuertes núcleos de fogueados mambises de las campañas del 68, y la nueva guerra surgió con un brío y una pujanza que han permitido calificarla, y con razón, como la más grande y prometedora, en sus inicios, de las revoluciones cubanas.

Por aquellos mismos días, en la ciudad de La Habana, José Antonio Aguilera, José Martí y Eusebio Hernández se reunían con suma frecuencia, en lugares siempre diferentes y a distintas horas, con el fin de ocuparse del despacho de las armas y municiones que era preciso enviar a Las Villas y a Matanzas. En cierta ocasión, merced a los buenos oficios del hacendado Tirso Mesa, cuñado de Hernández, fué posible enviar unas armas al pueblo de Manguito, de donde serían trasladadas en seguida al vecino ingenio *La Vega*. Pero la vigilancia de un espía o acaso el soplo de un traidor puso sobre la pista a las autoridades, y la guerrilla de Colón, advertida, se presentó en el ingenio y dió muerte a machetazos a los hermanos Betancourt, veteranos de la Guerra Grande, capitulados del Zanjón, a cuyo cargo corría el alijo y la custodia del cargamento.

Esta desdichada ocurrencia, que fué muy comentada, hizo que los tres destacados conspiradores se pusieran en espera de alguna posible, casi segura persecución, y, en efecto, antes de que transcurriera mucho



EMILIO NÚÑEZ

EMILIO NÚÑEZ. Veterano de las tres guerras por la independencia de Cuba, libradas para asombro de América y del Mundo en el lapso singularmente reducido de tres décadas; último de los rebeldes que deponen las armas en la Guerra Chiquita —“el último de los vencidos, le dijo entonces José Martí, será Ud. el primero entre los honrados”—; Jefe, capaz y afortunado, del Departamento de Expediciones durante la Guerra del 95; Gobernador Civil de La Habana en los días de la Ocupación militar estadounidense y en los días más cercanos de la patria redimida; Vicepresidente de la República en el segundo período de gobierno del Presidente Mario G. Menocal, el general Emilio Núñez y Rodríguez mereció —altísima distinción— que el prodigioso general Máximo Gómez pusiera en él los ojos, en momentos bien difíciles y azarosos de nuestra vida nacional, para ofrecerlo al voto de sus conciudadanos como candidato a la más alta magistratura del país.

El retrato que se publica forma parte de la Colección Figarola-Caneda del Archivo de la Academia de la Historia de Cuba.

tiempo, José Martí, que desempeñaba con celo y eficacia singulares la subdelegación del Comité neoyorquino, era reducido a prisión, en esta propia ciudad, el día 17 de septiembre.

(La justa y atinada designación de Martí había encontrado un opositor gratuito y apasionado en el comandante Julio Funes y Díez (*Fer*), veterano del 68. Un día después de los sucesos de Santiago, el 27 de agosto, el fanfarrón e impaciente comandante le escribe al Comité Central de Nueva York que "Martí tiene un nombramiento que ese Centro le ha dado por su linda cara y para que interrumpa, porque es de los que se oponen con más fuerza al movimiento. Acordémonos del Zanjón maldito y desterremos de una vez el favoritismo". Pero Funes fué a poco motejado de traidor y tachado más tarde de denunciante de Martí, y el propio general García, en una enérgica carta, no vaciló en señalar a un deudo muy cercano del infortunado maldiciente, cuál era el único camino que le quedaba a éste para reivindicar su reputación puesta en entredicho: "En los campos de Cuba se lucha, y él no está en ellos, allá es donde está la prueba. Su permanencia en La Habana da fundamento a las acusaciones que se le hacen".)

Juan Gualberto Gómez, conspirador tenaz y figura principalísima de estos sucesos, nos ha dejado un relato minucioso de la prisión de Martí y de las causas que, a su juicio, la habían producido.

Martí, apunta el gran escritor y patriota cubano, vivía por entonces en una casita modesta, pero limpia y alegre, en la calle de Amistad, N° 42, entre Neptuno y Concordia. Un día —la mañana del 17 de septiembre de 1879— en que, abrumados de trabajo los dos conspiradores debían continuar ocupándose por la tarde de los problemas pendientes —algunos asuntos de señalado interés para Las Villas— el activo subdelegado llevó a su buen amigo y eficaz colaborador a almorzar a su casa. Aun se hallaban sentados a la mesa, cuando alguien —un celador de policía— hizo sonar la aldaba de la puerta. La esposa de Martí, que había compartido con ellos el almuerzo, se levantó y franqueó la entrada al visitante. A poco, el joven conspirador requerido por su cónyuge, se puso de pie y con la servilleta en la mano pasó, breves momentos, a la sencilla salita de recibo. Después, volvió al comedor y con pleno dominio de sí mismo, sin alterarse, dijo: —Que me traigan en seguida el café, pues tengo que salir inmediatamente—, y, sin detenerse, siguió para su cuarto. Una vez servido el café, volvió Martí a la mesa, apuró la taza y después de dirigir unas palabras a su amigo, tomó el sombrero y se dispuso a partir en compañía de su vi-

sitante. Tan pronto como el aplaudido orador salió de la casa, su esposa, presa de una gran congoja, sollozante, le dijo a Juan Gualberto: —Se llevan a Pepe. Ese hombre es un celador de policía. Yo lo ignoraba. Pepe me encarga que le diga a Ud. que corra y haga lo posible por ver a donde lo llevan y le avise a don Nicolás Azcárate.

Gómez, que ha comprendido la gravedad y la urgencia de la situación, echó a andar con toda la rapidez que le fué posible y al volver la esquina de la calle Neptuno pudo distinguir a Martí que, en la plazoleta que se abre frente a la calle Consulado, tomaba un carruaje. El fiel amigo, presuroso, toma otro coche y minutos más tarde presencia como el ilustre conspirador y su acompañante penetraban en el edificio de la Jefatura de Policía, sita a la sazón en Empedrado y Monserrate.

Juan Gualberto Gómez, seguro ya del destino de su compañero, corrió en busca de Azcárate, y éste, que disfrutaba del respeto y de la consideración del gobierno, pudo ver sin dificultades a Martí. El infortunado conspirador le ruega a don Nicolás que haga entrega a Gómez de unas llaves que le confía y le pida además, en su nombre, que vaya sin dilación al bufete de Viondi, recoja una pequeña maleta que allí habrá de encontrar y se apresure a ponerla en manos de José Antonio Aguilera, Delegado, como ya dijimos, del Comité Revolucionario de Nueva York.

Ahora bien, ¿qué causas, directas o indirectas, habían producido, a juicio de Juan Gualberto Gómez, la prisión de José Martí?

Para ayudar a los alzados en armas y también para provocar nuevos alzamientos, los clubes habaneros, apunta Gómez, habían creído conveniente y hasta necesario unificar la acción revolucionaria. A ese fin, en la vecina población de Regla se celebró una junta de presidentes y de secretarios de las referidas organizaciones, y en esa reunión se había adoptado el acuerdo de crear un comité central, cuya presidencia asumió de inmediato José Martí.

La creación del Comité produjo, en un principio, magníficos, excelentes resultados: galvanizó el entusiasmo de los conspiradores y provocó también un aumento considerable de las recaudaciones, situación que permitía acariciar el proyecto de producir un nuevo alzamiento, esta vez en la misma provincia de La Habana. Pero a la postre la decantada creación resultó funesta. Mientras los clubes trabajaban aisladamente y por su cuenta, al gobierno le fué muy difícil descubrir la existencia de todos y sopesar la importancia de la labor de cada uno. Desde la noche de la reunión de Regla, el espionaje de las autoridades se volvió más intenso y eficaz, por la sencilla razón de que a la junta

habían asistido dos o tres pseudoconspiradores que eran en realidad espías o confidentes del gobierno. A las pocas semanas de estar actuando como presidente del Comité Central, concluye Gómez, fué detenido José Martí.

En la versión de Juan Gualberto Gómez, que acabamos de ofrecer, se advierten fácilmente algunos anacronismos y equivocaciones que, a nuestro juicio, la invalidan por completo.

La organización del centro superior cubano tuvo efecto (véase lo que hemos referido minuciosamente en el capítulo anterior), el día 18 de marzo de ese año de 1879, es decir, más de cinco meses antes del inicio de la revolución, y, por ende, no pudo haberse creado, como sostiene Gómez, para ayudar a los alzados en armas y provocar también nuevos levantamientos. Por otra parte, Martí no fué designado presidente, sino vicepresidente del susodicho Centro, y su detención no vino a ocurrir tampoco unas semanas, sino seis meses después de la infortunada asamblea de presidentes y secretarios de clubes revolucionarios, que tuvo lugar en la población de Regla.

Preso Martí, en seguida los clubes y los informantes particulares se apresuran a poner en conocimiento del Comité de Nueva York la infausta noticia.

"Anteanoche han preso al Lic. Martí, Subdelegado en la Isla, para enviarlo a la Península en el vapor del 25. Se supone haya sido delatado por algún espía, pues el espionaje está a la orden del día", escribe el Club número 27, de esta ciudad, unas horas después de la ocurrencia. "Hoy sale para España Martí", apunta el día 25 de ese mismo mes (septiembre) la entusiasta cubana Catalina del Río (*La Llave*). "Cuando salió Martí para España hubo que recogerle entre todos los clubes algún dinero", informa el brigadier Manuel Suárez (*Cuba*). Y un fogoso conspirador, J. Patricio Sirgado (*Guásima*, que con anterioridad se hacía llamar *Júpiter*), compone el día 2 de octubre este magnífico y vibrante elogio de Martí: "Yo creo —le dice al Comité— que sabrán Uds. la prisión y destierro del gran hombre, del dignísimo patriota José Martí. Sin previa formación de causa y sólo con la presunción de que conspiraba a favor de la independencia de Cuba, se ha despojado a una familia digna y virtuosa de un ser que amado por un pueblo era idolatrado por los suyos. El Gobierno español representado aquí por el más anticubano peninsular Gral. Blanco, autocráticamente, con un "yo lo mando" ha dejado sin amparo a un tierno niño y a una fiel esposa, ha dejado a unos padres sin hijo, a unas hermanas sin

apoyo y sin hermano. Ha hecho derramar amarguísimas lágrimas, ¡sólo por presunción! Pintar lo que nos ha hecho sufrir ese destierro, esa medida arbitraria sería imposible. Aquel gigante en su prisión nos dejó un modelo de lo que debemos hacer en análogos casos. ¡Cuánta grandeza unida a tanta dignidad! ¡Cuánto valor unido a tanto sufrimiento! Sin que se taladre de dolor nuestra alma no podemos recordar aquella noble despedida de su esposa, ¡heroica mujer!, aquel adiós a su único y primer hijo, aquella separación de sus padres y hermanas y por fin los múltiples abrazos de sus amigos que le acompañaron hasta la salida del vapor que lo condujera. ¿Queréis conocerlo, queréis saber lo que es dignidad? ¡Martí no ha llorado! Ovación más completa jamás la ha recibido aquí ningún desterrado. Más de 300 amigos le fueron a saludar a su prisión. Más de 50 le acompañaron a bordo ...”.

Y el día 25 de septiembre, y no el 20, como parece señalar Juan Gualberto Gómez, “salía el vapor correo para España, llevándose a Martí para la Metrópoli, pues tanto por los consejos de Azcárate, como por su propia inclinación a los procedimientos suaves, el general Blanco, Capitán General de la Isla, prefirió deportarlo, a intentarle un proceso”.

Unos días después de la prisión de Martí, fué aprehendido también José Antonio Aguilera. “Lo más singular del caso, anota Gómez, es que éste, la víspera de su prisión, vino a encontrarme, en una noche lluviosa, abrigado por un gran capote, y trayendo debajo de éste el famoso maletín que yo había recogido en el bufete de Viondi y que le había entregado a virtud del encargo que recibiera por conducto de Azcárate. —Tengo informes fidedignos —me dijo Aguilera— de que de un momento a otro me han de prender. No sé como ha podido ser, puesto que me he estado moviendo con mucha cautela. Pero es lo cierto que no sólo se sabe mucho de lo que hago, sino que la policía está enterada de que en esta maletica poseo documentos de importancia, que pertenecieron a Martí. Pocos lo saben, y de esos pocos, no me cabe sospechar. Se la traigo, pues, para que busque un lugar seguro en que ocultarla. Tome la llave. Si me prenden, ábrala, entérese de los documentos que contiene. Además, si me prenden, hay que mandar a Santa Clara, con emisario seguro, estos otros documentos que le dejo.”

Gómez, sin vacilar, aceptó el peligrosísimo encargo, y puso en breve en las manos leales de uno de sus amigos, hombre de muy modesta posición y acaso por esa circunstancia libre de las sospechas y de la vigilancia de las autoridades, el llevado y traído maletín.

Preso Aguilera, Juan Gualberto Gómez, siguiendo sus instrucciones, abre la consabida maleta y se encuentra con una nota de encargos que, patriota siempre, en seguida se apresura a cumplir. Pero, a los pocos días, era a su vez detenido y enviado a la fortaleza del Morro, de donde saldría más tarde para Ceuta.

La víspera de su partida, Gómez supo al fin los motivos del maleficio que parecía pesar sobre los poseedores de la maletica. Uno de los miembros más importantes de los clubes revolucionarios, teniente coronel de la Guerra Grande, se había consagrado a última hora, por deseos de vengar lo que consideró como un *desaire* de sus conterráneos, al triste papel de confidente del gobierno y de los agentes policíacos españoles. De él, que era uno de los más comprometidos y responsables, no se ocultaban, no podían ocultarse los conspiradores, y bien sabía el dedichado felón que con arreglo a los documentos e instrucciones que contenía la maleta se manejaban y orientaban los trabajos revolucionarios.

La transparente alusión de Juan Gualberto Gómez nos permite identificar la persona del infortunado denunciante: el teniente coronel Julio Funes y Diez (*Fer*), el áspero inconforme con la designación de Martí como Subdelegado del Comité de Nueva York, nombramiento que se había permitido tachar de acto de favoritismo (sin duda Funes aspiraba a esa posición), y que lastimado por ese "*desaire*", empañó su hoja de servicios patrióticos con su triste proceder de confidente.

(Aguilera fué preso el 3 de octubre, a las tres de la tarde; pero ese mismo día, cumpliendo precisas instrucciones suyas, quedó hecho cargo de la Delegación —no así de la maleta, lo que explica que no fuera detenido de inmediato— "un abogado muy pobre pero muy patriota", como le llamó el brigadier Suárez; el entusiasta conspirador Cirilo Pouble que, en los días amargos del Zanjón "se fué a la manigua y estuvo a las órdenes de Vicente [García] hasta que éste capituló".)

A pesar de la prisión de Martí, de Aguilera, de Juan Gualberto Gómez; de la valerosa patriota Ana S. Pando y de otros muchos conspiradores más, y de la fuga, bajo nombre supuesto, del doctor Eusebio Hernández, los trabajos revolucionarios siguieron su curso, y el día nueve de noviembre —la fecha señalada— y en algunos días posteriores, se alzaban Las Villas: Francisco Carrillo y Angel Maestre, en la zona de Remedios; Serafín Sánchez, en Sancti-Spíritus; Francisco Jiménez, en Arroyo Blanco; Emilio Núñez, en Sagua... Cecilio González, decidido, se levantaba, a su vez, en la Ciénaga de Zapata.

Martí, que se ha escapado de España —“su decisión le lleva a pensar en salir rápidamente de Europa, donde ninguna posibilidad de vida puede hallar”, ha escrito Félix Lizaso—, llega a Nueva York, rebelde empeinado, el 3 de enero de 1880. Unos días después, el Comité Revolucionario compláciale en designarle, por unanimidad, Vocal de ese centro organizador y coordinador del movimiento insurreccional que todavía se debate con bríos y entusiasmo singulares en los campos heroicos de Cuba. La designación tuvo lugar en la sesión ordinaria del día 9, y a Martí le fué concedida, por sus altos merecimientos, la vocalía vacante por ausencia de José Francisco Lamadriz, que se ha visto precisado a trasladarse a *Cayo Hueso*.

Dos semanas más tarde, el sábado 24, a las ocho de la noche, en Steck Hall, calle 14, Este, número 11, cerca de University Place, la emigración de Nueva York acude animosa a escuchar el discurso que el “distinguido orador cubano señor José Martí” habrá de leer sobre la *Situación actual de Cuba y la actitud presente y probable de la política española*. La entrada al salón y el derecho al asiento —a beneficio de los fondos revolucionarios— valían cincuenta centavos. (Gregorio Delgado y Fernández, investigador acucioso y sagaz, ha dado a conocer asimismo otro discurso de Martí, escrito por esos mismos días, que encontró unido al anuncio impreso de la *lectura* de Steck Hall, entre los papeles de Leandro Rodríguez, y que reprodujo íntegramente *Archivo José Martí*, entrega V, La Habana, 1943; que, opina el diligente erudito, no llegó a pronunciarse nunca.)

El trabajo de Martí —su vibrante disertación de Steck Hall— produjo una honda impresión a sus oyentes, y el Comité, oportuno, dispuso su impresión y difusión inmediatas, como una nueva forma de contribuir a la causa de la guerra. Y desde las más remotas colonias de emigrados cubanos en los Estados Unidos, arribaron al Comité voces de felicitación y demanda de ejemplares del discurso, que se vendía a diez centavos, y cuya frase inicial: “El deber debe cumplirse sencilla y naturalmente”, ya repetían muchos de memoria.

El 22 de febrero, el Comité autoriza a Martí y al Secretario del propio organismo para que abran nuevas comunicaciones con La Habana, acaso por la prisión o la fuga obligada de los corresponsales anteriores.

Desde el inicio de las hostilidades, habíase esperado con impaciencia, dentro y fuera de Cuba, el arribo, a las costas de la patria, de los generales Calixto García, el gran animador y jefe supremo del movi-

miento y Antonio Maceo, jefe natural e indiscutido del departamento oriental.

En vísperas del alzamiento, ambos gloriosos caudillos, reunidos en la hospitalaria capital de Jamaica, se habían puesto de acuerdo sin dificultad sobre varios "asuntos importantes". (La entrevista, que fué muy larga, tuvo lugar el 5 de agosto de 1879, dos días después de la llegada a Kingston del héroe de *Báguanos* y de *Santa María*.) El general Maceo, informa Calixto al Comité de Nueva York, ha realizado en Oriente trabajos muy buenos y valiosos que, "unidos a los nuestros, harán un gran resultado". "He convenido con él, continúa, el plan de operaciones que debe seguirse" y, para darle feliz cumplimiento, "enviaremos comisiones a Santiago y Camagüey". Calixto asegura además a sus compañeros que el nuevo proyecto lejos de debilitar al anterior —el acordado en la gran ciudad norteamericana— tendía por el contrario a ensancharlo y robustecerlo, y que no entorpecería tampoco en los más mínimo el "momento de dar principio a la lucha".

Maceo, prodigio de valor, mandaría —ya lo dijimos— la vanguardia de las fuerzas libertadoras y sería reconocido también como segundo jefe de la insurrección. Fiado en esa promesa, el magnífico protestante de Baraguá había circulado ya sus órdenes e instrucciones, y a los pocos días de ocurrido el levantamiento (el 5 de septiembre), y desde la propia ciudad de Kingston, se dirigió a sus compatriotas en una vibrante proclama que encabezaba el mágico grito de ¡Viva Cuba independiente!... "Nuestro glorioso pabellón, decía, ondea en los campos de batalla y a su alrededor debemos todos de agruparnos para conquistar y defender nuestra independencia." Y a los habitantes de Cuba —jóvenes, pueblo en general, españoles, cubanos de fortuna, esclavos, compañeros de la pasada guerra—, y también a los cubanos emigrados, pide que "con el corazón lleno de fe y de valor" se dispongan a rescatar de manos de sus opresores la patria bienquerida.

Pero, en los momentos precisos, el general García cambió de parecer y confía el mando de la expedición a la pericia y al denuedo del brigadier Gregorio Benítez, "hombre de gran valor, pero desconocido en Oriente, y sin suficientes prestigios en Camagüey, de donde era nativo, y en donde había asumido la jefatura en los días tristes del Zanjón". Cambio desacertado e imprudente, se ha dicho y repetido varias veces, que produjo hondo disgusto entre los sublevados orientales, y medida responsable también, en buena parte, del peligroso desaliento que se apodera a poco del ánimo de los jefes más decididos y entusiastas.

Eusebio Hernández, profundo conocedor de los más íntimos secretos de aquellos días azarosos, atribuye la infortunada sustitución a la

influencia y a los consejos interesados de Pío Rosado, hombre de la confianza del jefe superior, que no podía perdonarle a Maceo el brillante y decisivo triunfo que éste había obtenido con unos pocos soldados allí donde él acababa de fracasar con fuerzas muy superiores.

Otros biógrafos e investigadores, como Leonardo Griñán Peralta, buscan la razón del cambio en la popularidad, cada día mayor, de que gozaba el general Maceo. Pero, como ha observado el doctor Casasús, la envidia, desahogo de los espíritus mezquinos, "no anidó nunca en el alma generosa y superior de Calixto García, y su amor por Cuba, a la que ofendió su vida, era tan grande, que no debe suponerse arriesgara el éxito de una campaña y la gloria de coronar con la independencia sus esfuerzos por un motivo tan despreciable, aparte de que él ostentaba el cargo de jefe del movimiento". "Tal vez la causa se halle, concluye Casasús, en la antipatía existente entre ambos próceres, que múltiples documentos acreditan." Pero sin desconocer la realidad y hasta la importancia de esa enojosa situación, la verdadera causa de la postergación de Maceo es preciso buscarla, a nuestro juicio, en el explicable temor de García a dar pábulo a las infames imputaciones de la prensa española, creídas y propaladas por muchos, que se afanaba en atribuir a la revolución señalados propósitos racistas. Calixto García, "con mucha pena", apunta Zarragoitia, se lo dirá francamente a Maceo: "Compañero, yo he dispuesto la salida de Benítez antes que la de usted, porque como los españoles han dado en decir que la guerra es de raza y aquí los cubanos blancos tienen sus temores, no he creído conveniente que usted vaya primero porque se acreditaría lo supuesto, aunque usted sabe que yo, que le conozco, no soy capaz de creer tal cosa".

Calixto García, a su vez, consciente de su alta responsabilidad, busca afanoso la manera de partir en seguida para Cuba. Pero una muralla de dificultades, algunas infranqueables, parece levantarse en el camino del impaciente general. La falta de recursos económicos —en vano recorre suplicante los distintos núcleos de emigrados cubanos residentes en los Estados Unidos—; las noticias desalentadoras recibidas a poco del teatro mismo de los operaciones; los consejos de viejos y probados patriotas, que temían un nuevo desastroso desenlace para el caudillo..., todo eso que a otro espíritu menos templado hubiera hecho desistir de sus propósitos, fué sin embargo, para él, a modo de tenaz acicate que le empujaba a partir cuanto antes. "Sobre mí pesa una inmensa responsabilidad, pues los que están en el campo salieron obedeciendo órdenes mías", escribe decidido.

Por fin, el día 26 de marzo de 1880, a las diez de la noche, abandona la costa americana de New Jersey, a bordo de la goleta *Hattie-Haskel*, que ha puesto proa hacia las playas cubanas. En el álbum de la señora Leonor García Vélez, hija amantísima del General, escribe José Martí estos versos:

Leonor: ¿lo ves? Los pies ensangrentados,
Rota la frente, el alma en cruz pasea.
Rugen sus pensamientos agitados
Como la mar que contra el barco olea,
Y con alas de sangre, el aire corta,
Pura, sombría, absorta,
Rumbo al cielo ¡oh dolor! la gran idea...

(Para mayor sigilo, apunta Cirilo Pouble, el prudente general había dividido en dos grupos a los expedicionarios, y solamente el jefe de cada grupo era conocedor de la hora y del lugar de la partida. Por una mala interpretación, una equivocación de trenes, uno de ellos (Carlos Roloff), no condujo a sus hombres a tiempo al punto señalado, y la expedición partió sin ese importante refuerzo. José María Aguirre y Eusebio Hernández formaban parte del grupo que no pudo marchar. La desesperación de Aguirre fué tan trágica, escribe Pouble, que "sólo a viva fuerza pudimos arrancarle el revólver, pues estaba resuelto a suicidarse. Al fin Martí logró tranquilizarlo prometiéndole embarcarlo inmediatamente para Jamaica, donde quizás podría alcanzar al general García o que, en caso contrario, iría con D. Silverio del Prado, el cual, con sus hijos, Guevara y otros jefes acababa de fugarse de España, para tomar parte en la guerra.")

El día 4 de abril, ya a punto de desembarcar el general García, una luz cercana que los expedicionarios confundieron con las señales de un crucero español, les hace desistir del empeño y escapar a todo trapo hacia Jamaica. Veinte días después, un nuevo intento fracasa también por la rotura del mástil de la embarcación, un mediano bote que a duras penas pudieron conseguir. Reparada la avería, el 4 de mayo emprenden otra vez la ruta y, al fin, tres días más tarde, logran poner la planta en la tierra anhelada de la patria, en un lugar situado entre Aserradero y Cojímar, en la vertiente sur de la Sierra Maestra.

(Los gastos de la expedición del general García —unos doce o catorce mil pesos— fueron sufragados, señala Enrique Trujillo, con las contribuciones de los emigrados de Jamaica, con "cierta cantidad" que el general Francisco Carrillo había puesto a la disposición del Comité

y con el aporte generoso del señor Miguel Cantos y Silva, cubano de fortuna y de vivos sentimientos patrióticos.)

En Nueva York, el Comité Revolucionario, que preside interinamente Martí, se dirige animoso a los cubanos: "Un suceso de extraordinaria trascendencia acaba de realizarse. Muchos argumentos han venido con él a tierra; muchos disimulos carecerán desde hoy de pretexto; muchas estudiadas deconfianzas perecerán por falta de razón. Lo imposible ha sido posible: el general Calixto García está en Cuba".

En esta proclama entusiasta, Martí, hábil psicólogo, quiso brindar a las emigraciones una relación, sin duda alguna exagerada de exprofeso, de los heroicos compañeros del general García, que contiene ochenta y dos nombres. Enrique Trujillo, que consultó el *Diario* del jefe de la expedición, se encargará más tarde de apuntarnos que "sólo salieron 27 y desembarcaron 20". He aquí sus nombres: brigadieres Pío Rosado, José Medina y Modesto Fonseca; coroneles David Johnson y Miguel Barnet; teniente coronel Federico Urbina; comandante Ramón Gutiérrez; capitán Juan Espinosa; teniente Nicanor Santisteban y ciudadanos Natalio Argenta, Enrique Varona, Francisco Marrero, N. Machado, Eugenio Caslota, Miguel Cantos, Juan Soto, Carlos Pegudo, Francisco Moncayo, Gerardo Polo, Angel García, Pedro Cesteros, Alberto Hernández, Ramón Torres, Manuel Cortés, Domingo Mesa y N. Sigler.

El General, a su vez, distribuye en Cuba las proclamas que, a instancias suyas, ha redactado Martí en Nueva York.

"Al volver a mi patria, esclava aun, con la mano puesta en la misma espada que empuñé hace doce años, traigo a la santa guerra el mismo espíritu y la misma energía con que la comencé... ¡No ha de decir la historia que cuando pudisteis ser libres, injuriasteis a vuestros héroes, ensalzasteis a vuestros matadores, y permanecisteis voluntariamente infames!", dice una de ellas dirigida al pueblo cubano.

A los valerosos defensores de la independencia de Cuba, al glorioso ejército libertador, anuncia virilmente que: "¡No envainaremos los aceros; ni daremos descanso a los fusiles sino en el umbral de los palacios donde los enemigos forjan nuestros hierros! La vida esclava es un infame peso: ¡a batallar soldados!".

El General, en compañía de un reducido pero animoso grupo de valientes, inicia el fatigoso ascenso de la Sierra y trata de encaminarse hacia el antiguo escenario de sus grandes victorias y de su gloriosa caída. Pero ahora, anota Casasús, "no puede retar a batalla campal al enemigo, pues los vivaques insurrectos están vacíos". Mariano Torres, desalentado, había partido ya para Jamaica. Goyo Benítez, que trató inútilmente de encender la revolución en la zona de Bayamo, habíase después

corrido al Camaüey, su provincia natal, donde también, dolorosa decepción, encontró el más espantoso vacío. Vuelto a la jurisdicción de Bayamo, había caído a poco prisionero y pereció, mártir de la patria, sin haber tenido la gloria de medir sus bien templadas armas con las de sus implacables adversarios. El día primero de junio, José Maceo, *Guillermón* y Quintín Bandera, que desconocían el arribo de Calixto, capitulaban con cerca de 200 hombres. Dos funcionarios extranjeros —los agentes consulares de Francia e Inglaterra— habían ofrecido sus buenos oficios a los jefes insurrectos para que depusieran las armas, con la promesa de que el gobierno español dejaría en completa libertad a todos sus hombres y de que ellos, los jefes, serían conducidos al lugar que escogieron en los países vecinos. “Así había salido Antonio Maceo después de Baraguá, con sus ayudantes, y así quiso salir José Maceo con sus hermanos y demás jefes y oficiales.” Pero el general Polavieja, de funesta memoria, se negó a cumplir las condiciones pactadas y, ya en alta mar, fueron todos trasladados a un cañonero español que, en calidad de prisioneros de guerra, los condujo a los presidios españoles de Africa.

La tenaz persecución de los soldados enemigos —las fuerzas del brigadier Valera se componían en una buena parte de guerrilleros cubanos muy prácticos en aquellas localidades—; la falta angustiosa de municiones; el hambre, que ya se hacía sentir; la pérdida de sus escasos acompañantes —Medina y Johnson, caídos en la Sierra; Pío Rosado y el italiano Argenta, hechos prisioneros y fusilados en Bayamo; Ramón Gutiérrez ejecutado asimismo en Manzanillo—; el desaliento, la amargura del fracaso... , mueven al fin al general García a entregarse en manos de sus tenaces adversarios. Y el día 3 de agosto de 1880 hace su entrada en Bayamo, prisionero de guerra de los españoles.

En Las Villas, Francisco Carrillo y Emilio Núñez (Serafín Sánchez se ha marchado ya), sostienen empero la rebeldía; Carrillo hasta el día 17 de septiembre de 1880, en que depone las armas; Núñez, el último y empecinado rebelde, hasta que Martí, desde Nueva York, le da órdenes expresas de cesar las hostilidades: “... *Deponga usted las armas*. No las depone Ud. ante España, sino ante la fortuna. No se rinde Ud. al gobierno enemigo, sino a la suerte enemiga. No deja Ud. de ser honrado: el último de los vencidos, será Ud. el primero entre los honrados”. Y en diciembre de 1880, la Guerra Chiquita, que se inició con tantos bríos y que tantas risueñas esperanzas hizo concebir, concluía, caso único en la historia de las revoluciones americanas, como señala Gonzalo de Reparaz, vencida por la fuerza de las armas de la Metrópoli.

(En el mes de septiembre de 1880, afirma Trujillo, cesó de publicarse *La Independencia*, periódico político-republicano que dirigía, en Nueva York, Juan Bellido de Luna, que había contribuido en la medida de sus fuerzas, no muy sobradas, a mantener encendido el espíritu de rebelión y el entusiasmo de las emigraciones.)

El gobierno español, resume Carlos M. Trelles, empleó en sofocar la revolución muy cerca de 25,000 hombres. Habían participado en la misma unos 6,000 cubanos, y, al cesar la guerra, las autoridades coloniales enviaron a los presidios de Africa un crecido número de patriotas de la provincia de Oriente, donde, por otra parte, la represión había sido despiadada y alevosa: el general Polavieja, faltando a su palabra, había deportado a 265 cubanos a Fernando Poo. Las bajas cubanas se aproximaron a la crecida cifra de 2,000.

La razón del fracaso de la Guerra Chiquita se ha buscado en la notable ayuda que el Partido Autonomista prestó a la causa de España —el Partido, acaso fuera mejor decir sus dirigentes, había enviado emisarios a los jefes rebeldes a fin de persuadirlos de que el movimiento no lograría otra cosa que retardar la consecución de aquellas libertades que ellos, los autonomistas, podrían alcanzar por medios pacíficos y evolutivos—; auxilio que, a juicio del propio general Blanco, Gobernador de Cuba, había sido más eficaz que veinte batallones reunidos; en la ausencia del ilustre protestante de Baraguá, rayo de la guerra, que, sin duda alguna, restó a la revolución el concurso de sus fieles partidarios, y desalentó a muchos otros; en la falta de la propaganda necesaria, a que se refirió Eusebio Hernández; en la infame imputación de la prensa reaccionaria de aquellos días, que tachó de racista el movimiento, y también en la excesiva demora que se vió obligado a sufrir, por los motivos que hemos apuntado, el jefe militar del movimiento. Pero, además de esas concausas, cuya contribución sería ocioso discutir, es preciso destacar, por encima de todas, la falta de emoción popular, tan indispensable; “la patria indiferente o, por lo menos, lastimada y temerosa”, de que habló Martí, que no se dispuso a facilitar a sus valientes, esforzados paladines la ayuda que se requería.

CAPÍTULO III

OTRAS ACTIVIDADES Y TENTATIVAS REVOLUCIONARIAS

EL fracaso de la Guerra de los Diez Años y del movimiento revolucionario posterior que se llamó la Guerra Chiquita, dejó a Cuba desangrada, rendida, exhausta. El espíritu de rebeldía, que animó y dispuso las voluntades de los cubanos para la lucha, parecía haber muerto por entonces, y acaso para siempre. "Las poblaciones, cansadas de esgrimir las armas de la guerra, se afanaban por emplear los instrumentos de la paz", ha escrito Enrique José Varona. "El lema era reconstrucción. Reconstruir ¿qué? Primero lo material, la casa en que abrigarse, la industria de que mantenerse; después, si había tiempo, se pensaría en las necesidades del espíritu, en las exigencias de la dignidad cívica, en las reclamaciones del derecho. Cada cual honraba y lloraba a sus muertos; pero era difícil saber si alguien creía posible que resucitara la gran idea por la que habían sacrificado sus vidas. Si acaso, otras generaciones en lo venidero se encargarían de la ardua empresa. La actual había cumplido su deber y tenía entre las manos su labor." El guajiro cubano, que supo decidir con el filo de su machete tantas acciones gloriosas, se disponía a guiar con mano firme la manceras de su arado. El Partido Liberal, constituido pocos meses después del Convenio del Zanjón, y que perseguía "la mayor descentralización posible dentro de la unidad nacional", llegó a reunir bajo sus banderas a una parte importante de la población cubana nativa, y hasta en determinados instantes de fatiga o desaliento de la opinión separatista, logró contar, como ha dicho Juan Gualberto Gómez, "con los mejores deseos y los fervientes anhelos de todos los hijos de Cuba". Fuera del país, en las colonias de emigrados establecidas en los Estados Unidos, en Santo Domingo, en Jamaica, en México, en la América Central... los graves fracasos sufridos produjeron también, como era natural que ocurriese, un decaimiento del espíritu separatista. El Comité de Nueva York acabó por disolverse y la única voz revolucionaria que se mantuvo firme y sin claudicaciones durante esa época angustiosa fué la del

periódico *El Yara*, de Cayo Hueso, que dirigía y sostenía a costa de grandes sacrificios el benemérito patriota José Dolores Poyo. Pero, a poco, en esos núcleos de población cubana, último refugio y vigoroso baluarte del ideal separatista, se comenzó a laborar de nuevo en pro de la emancipación política de la patria esclavizada e infeliz. En Cayo Hueso, ha escrito Vidal Morales, surgió un comité revolucionario que, fusionado con el antiguo *Club Patriótico*, "progresaba en marcha activa y poderosa"; un comité y cuatro clubes se habían constituido en Veracruz; una organización política apareció en Filadelfia; una emigración bien preparada y dispuesta daba señales de vida en Santo Domingo; un club, *Independencia No. 1*, se hacía notar en Nueva York. . . En esta última ciudad, el día 20 de noviembre de 1882, organizábase el *Comité Patriótico de la Emigración*, cuyos trabajos habrían de orientar: Salvador Cisneros Betancourt, marqués de Santa Lucía, como presidente; Juan Arnao, como vocal; y Manuel de la C. Beraza, como secretario. Pero ese Comité, anota Enrique Trujillo, "no pudo realizar nada que merezca especial mención", y el 15 de julio de 1883 citaba a la emigración para resignar en ella sus poderes. Seis días después, un nuevo organismo, el *Comité Revolucionario Cubano*, revestido de más amplias facultades, asumía la dirección de los empeños patrióticos de los emigrados. Juan Arnao pasó a ocupar la presidencia del flamante comité; Leandro Rodríguez tomó a su cargo la tesorería; Cirilo Pouble fué designado secretario; Juan Bellido de Luna y Martín Morúa Delgado figuraban como vocales. El irreductible Arnao fundó también una nueva sociedad revolucionaria, el club *Ignacio Agramonte*. En Kingston, constituíase, ese mismo año, el *Centro Republicano Cubano*, con Ernesto Bavastro, presidente; Juan M. Espín, tesorero; y Pedro A. Pomier, secretario.

En ese movido mes de julio de 1883, llegó a Nueva York, en viaje de propaganda patriótica, el general Ramón Leocadio Bonachea, que gustaba de presentarse como Jefe de la Vanguardia de la Revolución.

Después del fracaso de la Guerra Chiquita —en la que no pudo tomar parte activa a pesar de las promesas de Calixto García y de sus vehementes deseos de combatir—, Bonachea, rebelde empecinado, había emprendido, por tierras de América, una angustiosa y desalentadora peregrinación. En solicitud de recursos que le permitieran marchar a Cuba a la cabeza de una fuerte expedición, visitó México, los Estados Unidos, Colombia; pero en todos los lugares, ha escrito su biógrafo, Néstor Carbonell Rivero, "encontró, cuando no puertas cerradas, bolsillos vacíos, rostros huraños y almas escépticas". Hasta concibió el

imprudente proyecto, que no tuvo éxito alguno, de partir para Cuba "por la vía española", es decir, con el conocimiento y la autorización del gobierno colonial.

En junio de 1883, peregrino tenaz, Bonachea arriba a Cayo Hueso, donde, apunta Vidal Morales, promueve grandes reuniones patrióticas, *mass meetings* y una espléndida procesión cívica. Unos días después, sigue a Nueva York, y el 15 de julio, en la morada acogedora de Manuel de la C. Beraza, tiene efecto, a instancias suyas, una importante reunión patriótica. Concurrieron a la misma, el general Francisco Carrillo, el coronel Emilio Núñez, los señores Cirilo Villaverde, Enrique Trujillo y algunos cubanos más, interesados todos en oír de labios del propio impaciente adalid la exposición de sus propósitos y planes revolucionarios. Pero a pesar del indudable prestigio y de la temeraria decisión del bravo general, los cubanos de Nueva York le prestaron a la postre una débil, insignificante ayuda. Hubo, eso sí, algunas asambleas políticas en *Clarendon Hall*, y un semanario, *El Separatista*, redactado por los señores José M. Prellezo, Manuel de la C. Beraza y Cirilo Pouble, e impreso en el taller de Ramón Rubiera, dió la bienvenida al General y puso énfasis en referirse a su heroica determinación; pero las contribuciones económicas, que era lo esencial, fueron muy escasas.

Desde Santo Domingo, donde pasa después, Bonachea pide al Comité de Nueva York, cuya alta dirección reconoce, la autorización necesaria para en su nombre y ostentando su representación dirigirse en solicitud de apoyo a los entusiastas emigrados cubanos allí residentes. Y una vez que ha conseguido alguna ayuda, la indispensable para comprar unas armas y contratar los servicios de una embarcación —unos siete mil pesos—, dispónese a partir en seguida para Cuba, a pesar de que con sus escasos recursos y la indiferencia o el desgano del país, que muchos le advierten, su empresa resultara de una evidente, manifiesta temeridad. El día 28 de noviembre de 1884, desde Jamaica, donde ha completado sus preparativos, pone al fin proa hacia Cuba en la goleta *Roncador*, al frente de un reducido aunque animoso grupo de fieles partidarios: coronel Plutarco Estrada Varona, capitán Pedro Cesteros Lázaro, teniente Cornelio José Oropesa y los ciudadanos José Rufino Chávez, Manuel Estrada Castellanos, Pedro Peralta Revery, Armando Dauguillecourt Ponnier, Miguel Suárez Herrera y Pedro Mariño. El práctico Bernardo Torres y cuatro marineros griegos completaban la expedición.

El 3 de diciembre, con los primeros claros del día, llegaron los patriotas a un lugar de las costas de Cuba, en la vecindad del puerto de

Manzanillo. Pero denunciados por unos pescadores a cuyo modesto rancho habían acudido en busca de noticias para orientarse, fueron muy pronto perseguidos y al cabo apresados por la lancha de guerra *Caridad*, que vigilaba las costas de Cabo Cruz. Conducidos a Manzanillo, la jurisdicción de Marina, que había hecho el apresamiento, inició en seguida la correspondiente averiguación sumaria. Los días 10 y 11 de febrero de ese año nefasto de 1885, a bordo del crucero español *Jorge Juan*, surto a la sazón en la bahía de Santiago de Cuba, donde han sido conducidos los expedicionarios, tuvo efecto el consejo de guerra. Bonachea, Estrada, Cesteros, Torres y Oropesa fueron condenados a muerte; Peralta y Dauguillecourt a cadena perpetua; los demás expedicionarios y los marineros griegos a diversas penas de presidio. Y el día 6 de marzo, en las primeras horas de la mañana, Ramón Leocadio Bonachea y sus bravos, esforzados compañeros caían —subían a la inmortalidad— por la heroica determinación, frustrada en sus inicios, de libertar a sus hermanos.

Dos meses después de la ejecución de Bonachea, otra tentativa armada —la expedición de Limbano Sánchez y *Panchín* Varona— trataba de provocar en Cuba —en la región oriental, por lo menos— un nuevo movimiento revolucionario.

El Club *Independencia* de Nueva York, movido por *Panchín* Varona Tornet, joven animoso y entusiasta, fugitivo de España, a donde fué deportado por el general Blanco cuando los sucesos de 1879, había prestado gustoso su concurso a los proyectos del aguerrido general Limbano Sánchez, que, escapado también de la Península, se proponía llevar de nuevo a Cuba la guerra libertadora.

Con las aportaciones de los emigrados —unos seis mil pesos— los dos ardientes patriotas (Sánchez y Varona), se dieron de lleno a la tarea de organizar cuanto antes una expedición revolucionaria. En Colón, de Panamá, donde se dirigen a poco, son descubiertos y denunciados, “ya casi listos”, y se ven en la dura necesidad de marcharse a toda prisa. Más tarde, en Santo Domingo, donde han buscado refugio, pasan escaseces y privaciones sin número, hasta que, merced a la eficaz intervención de Rafael Lanza, pueden al fin darse a la mar, rumbo a las costas vecinas de Cuba, al frente de un reducido pero resuelto grupo de expedicionarios. El día 16 de mayo de 1885, arriban a la punta de Caletas, no lejos de la desembocadura del río Jauco, en la costa sur de la porción oriental de la isla. Un soldado de la guarnición de un fortín cercano avista a los expedicionarios y corre a dar la noticia. Faltos de apoyo —nadie se les une— uno a uno van cayendo

los desventurados patriotas. Juan Soto, Salcedo, Pedro Duque Estrada y Angel Rodríguez son capturados y fusilados a poco; a uno de ellos, el gallego Rodríguez, fué preciso conducirlo en brazos al lugar de la ejecución, pues se hallaba el infeliz casi moribundo; Donato Verges es asesinado después de hecho prisionero; Limbano Sánchez y Ramón González, que se han encaminado a Mayarí, son vilmente asesinados también —los había vendido un compadre de Limbano—, y sus cuerpos, casi putrefactos, pasto de las aves de rapiña, aparecieron abandonados en una encrucijada. . . . A *Panchín* Varona, Galán, Romaguera y Román, menos infortunados, les fué conmutada la pena de muerte por la de cadena perpetua.

Reprimida sin piedad la intentona, el asustadizo teniente general D. Ramón Fajardo e Izquierdo, que gobernaba a Cuba, levantó el estado de sitio en que, desde el día 22 de mayo —seis días después del arribo de la expedición— había creído oportuno colocar todo el extenso territorio que abarcaba la entonces provincia de Santiago de Cuba.

Por aquellos mismos días en que Limbano Sánchez y *Panchín* Varona se dirigían a Panamá, procedentes de Nueva York, Flor Crombet y el doctor Eusebio Hernández iniciaban el viaje desde el Istmo hasta la gran ciudad norteamericana, a modo de avanzada o vanguardia de los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo.

Las emigraciones cubanas, cada día más enardecidas, y muy principalmente el animoso Club *Independencia* de Nueva York, se habían dirigido en múltiples ocasiones —en el transcurso y sobre todo a fines del año 1883— al general Máximo Gómez, residente a la sazón en Honduras, y en él desde luego a un grupo valiosísimo de veteranos que le respetaban y le seguían, para que el invicto guerrero viniese a Nueva York a asumir sin demoras la dirección de un nuevo movimiento revolucionario.

El general Gómez, convaleciente aun de una grave neumonía que le curó el doctor Hernández, citó a su vivienda de San Pedro Sula al general Antonio Maceo para, con el consejo del ilustre médico y connotado conspirador, considerar y discutir los ruegos apremiantes de los emigrados y los ofrecimientos del ricacho cubano don Félix Govín, que se decía dispuesto a contribuir con la suma de cien mil pesos, y hasta buscar a dos amigos más que hicieran igual cuantiosa aportación, si los generales Gómez y Maceo se ponían al frente del nuevo movimiento. Acordóse aceptar, anota Hernández, y el desarrollo y las peripecias de lo que se ha dado en llamar el plan o los proyectos Gómez-Maceo duraron sin interrupción desde los primeros días de junio de

1884, poco más o menos, hasta fines de 1886. (Por conducto de Manuel Anastasio Aguilera, asegura Enrique Trujillo, se le remitió al general Gómez la suma de doscientos pesos, cantidad insignificante que el glorioso caudillo y sus bravos conmlitones se vieron obligados a reforzar con aportaciones de sus propios bolsillos, no muy sobrados de recursos.)

Por medio de Hernández, el general Gómez solicitó el concurso de Flor Crombet, y este insigne patriota, sin vacilar, hizo renuncia inmediata del cargo que desempeñaba —Comandante general del Departamento de La Paz—; aunque a ruegos insistentes del Presidente Bográn accedió a permanecer unos días más en el desempeño de su delicada posición, donde había prestado servicios muy útiles, hasta que recibiera del diligente comisionado del general Gómez la noticia de que debía reunírsele en el puerto de Amapala, para de allí pasar a Panamá y más tarde a Nueva York. (El doctor Hernández logró que el general Bográn se comprometiese a entregar a Máximo Gómez la suma de tres mil pesos para los primeros gastos, lamentando no poder proporcionarle una cantidad mayor por la difícil situación en que se hallaba la hacienda pública hondureña.)

Hernández, cumpliendo instrucciones de Gómez, pasó más tarde a Guatemala y tuvo una interesante entrevista con el Presidente Justo Rufino Barrios, que acogió con interés y simpatía indudables el mensaje de los caudillos cubanos, ofreciendo, para después de la realización de su soñado ideal de Unión Centroamericana, una ayuda económica importante y el apoyo efectivo de su espada. De Guatemala, sigue rumbo a El Salvador, pero la ausencia del Presidente Zaldívar, para quien era portador de otro mensaje, le obliga a volver al puerto hondureño de Amapala, en donde se le reúne Flor y juntos ambos emprenden el camino de Panamá y más tarde toman la ruta de Nueva York, donde se les aguarda ya con impaciencia.

Los generales Gómez y Maceo, a su vez, desde las playas acogedoras de Honduras se dirigen primero a Nueva Orleans, más tarde a Cayo Hueso y por último a Nueva York. En el hotel de Mme. Griffou, donde se hospedan, anota Eusebio Hernández, “comenzamos a trazar el plan que debíamos seguir en la preparación de expediciones, y a estudiar los lugares adecuados en que cada uno de los jefes debía embarcar”.

Gómez y Maceo, llenos de esperanza, se apresuran a comunicar a Félix Govín su reciente y feliz arribo a la gran urbe norteamericana, fiados, entre otras plausibles razones, en su promesa de contribuir con

una fuerte suma a la organización del nuevo movimiento revolucionario; pero Govín, que en aquellos momentos tiene pendiente una importante reclamación ante el gobierno de España, que no quiere ver entorpecida, se excusa con el general Gómez de no poder cumplir su ofrecimiento. Por fortuna, ambos gloriosos caudillos han logrado allegar a su paso por Cayo Hueso la cantidad de cinco mil pesos que, añadida al generoso aporte de Bográn y a sus propios modestísimos recursos, sirve para cubrir las primeras necesidades.

Para viabilizar el desarrollo de los planes revolucionarios, determinase que varias personas de discreción y de confianza salgan en seguida para Ciudad México, París, Santo Domingo, Kingston y Cayo Hueso. El general Gómez quiere que José Martí —comisionado valiosísimo— vaya a México, y el gran alterador, asegura Eusebio Hernández, muestra gusto en aceptar la difícil encomienda, y poseído de su papel comienza a decirle a Gómez lo que hará inmediatamente después de su llegada; pero el héroe de *Palo Seco*, inconforme con sus puntos de vista, le interrumpe bruscamente diciéndole: "Lo que usted haya de hacer allá lo acordaremos con calma, ahora prepárese para salir lo más pronto posible...". Martí, continúa Hernández, se despide del General visiblemente contrariado y a poco —dos días después— le dirige una extensa carta "anunciándole en términos excesivamente duros que se separaba del movimiento". Pero esta explicación de la ruptura de José Martí con Máximo Gómez, escribe Félix Lizaso, biógrafo acucioso y enterado del gran Apóstol de Cuba, es "realmente incomprensible".

Enrique Trujillo, que vivió aquellos días, señala que "no había duda [de] que los planes de Gómez envolvían una dictadura militar, con su cohorte de jefes", y que el doctor Hernández "estaba identificado con los procedimientos". "El caso fué, añade, que Martí rompió relaciones con el general Gómez, y le envió una carta de protesta por la dictadura que ejercía."

La carta de Martí, que lleva fecha 20 de octubre de 1884, expresa el firme propósito del ilustre revolucionario "de no contribuir en un ápice, por amor ciego a una idea en que me está yendo la vida, a traer a mi tierra un régimen de despotismo personal, que sería más vergonzoso y funesto que el despotismo político que ahora soporta, y más grave y difícil de desarraigar, porque vendría excusado por algunas virtudes, establecido por la idea encarnada en él, y legitimado por el triunfo. Un pueblo no se funda, General, como se manda un campamento... Domine Ud. esta pena, como dominé yo el sábado el asombro y disgusto con que oí un importuno arranque de Ud. y una cu-

riosa conversación que provocó a propósito de él el general Maceo, en la que quiso —¡locura mayor!— darme a entender que debíamos considerar la guerra de Cuba como una propiedad exclusiva de Ud., en la que nadie puede poner pensamiento ni obra sin cometer profanación, y la cual ha de dejarse, si se la quiere ayudar, servil y ciegamente en sus manos. No: no, por Dios! —pretender sofocar el pensamiento, aun antes de verse, como se verán Uds. mañana, al frente de un pueblo entusiasmado y agradecido, con todos los arreos de la victoria? La patria no es de nadie; y si es de alguien, será, y esto sólo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia”.

Por razón de esta ruptura, concluye Hernández, “en todo ese largo período [1884-1886] se notará la ausencia de Martí, no obstante los esfuerzos personales que hice para atraerlo”.

A la postre, se decide que el propio Maceo parta para México, mientras Flor Crombet y Eusebio Hernández se dirijan a París; Francisco Carrillo vaya a Santo Domingo; José Maceo y Agustín Cebreco a Kingston; y Rafael Rodríguez a Cayo Hueso. El general Gómez, en su oportunidad, saldría para tierras dominicanas, a fin de venir después al frente de una poderosa expedición, acompañado de los generales Serafín Sánchez, Carrillo y *Paquito* Borrero; los coroneles *Mayía* y Barnet y varios otros jefes y oficiales prestigiosos. Roloff, enfermo en Honduras, esperaría instrucciones de Máximo Gómez. Emilio Núñez, que se ganaba la vida en Filadelfia, debía preparar su expedición en esa ciudad y en la propia Nueva York. Pero, como observa un sagaz cronista de estas ocurrencias, sin la ayuda económica de Govín y de sus acaudalados amigos, el movimiento revolucionario quedaba en muy precarias circunstancias, y para organizar las expediciones sería preciso acudir una y otra vez al patriotismo de los emigrados, gente pobre en su inmensa mayoría, porque los hombres de posición y de fortuna, “no dan más que para las causas que tienen asegurado el triunfo sin su concurso; o en otros términos más sencillos, sólo están dispuestos por lo regular a tomar asiento en el banquete de la victoria, que se empeñan, con todos sus entusiasmos, en abonar”.

El general Gómez llega a verse reducido a poco a la más triste y enojosa situación —no dispone de los recursos necesarios para pagar su modesto hospedaje—, y es entonces que, suprema apelación, Eusebio Hernández y Alejandro González (*Gonzalito*), secretario del General, se dirigen a Cayo Hueso en solicitud de las sumas indispensables para satisfacer las deudas más apremiantes del caudillo —unos seiscientos pesos— y el importe de las expediciones, que es fijado en un *mínimum* de cuarenta y cinco mil.

La gestión de Hernández, comisionado diligente y afortunado, se ve muy pronto coronada por el más lisonjero de los éxitos, pues salvo los viciosos, los jugadores de oficio y la gente de mal vivir, hasta los obreros que alientan ideales cosmopolitas quieren desprenderse de cuanto poseen y alistarse como expedicionarios. Pero, muy pronto, los gastos de transporte de las personas enroladas, el sostenimiento de las mismas y la compra de útiles y avíos, consumen una buena parte de los fondos allegados entre los entusiastas patriotas de Cayo Hueso, y, lógica consecuencia, el general Gómez se ve precisado a modificar, una vez más, el primitivo y bien preparado plan de invasión.

A fines de 1885, Gómez y Maceo, que se reúnen en Kingston para examinar y encarar la difícil situación en que se encuentran, coinciden en considerarse obligados, más que nunca, a duplicar sus esfuerzos para corresponder a la generosa disposición y al notable espíritu de sacrificio de las emigraciones.

La expedición de Maceo, cuyos preparativos se dispone a acelerar el gran batallador, se acuerda que parta la primera de todas "con la esperanza muy fundada de que —tan pronto como pisara tierra cubana— levantaría en armas a los bravos orientales y multiplicaría el entusiasmo de los emigrados, que no tendrían ningún inconveniente en facilitar la salida inmediata de las otras expediciones". Pero a pesar de los nuevos sacrificios de la probada emigración de Cayo Hueso —más de nueve mil pesos aportados a Maceo y Hernández en el curso de una entusiasta "semana patriótica"— los ingentes esfuerzos del ilustre protestante de Baraguá fracasan una y otra ocasión, y las armas allegadas caen en manos de un gobierno antaño simpatizante, pero que ahora, deseoso de conservar la amistad interesada de la nación española, se apodera de ellas y, como señalado favor a la causa de Cuba, las reembarca para el puerto de su procedencia, con la consiguiente terrible e insubsanable pérdida de tiempo, de dinero y hasta de expedicionarios.

Infortunio mayor, más desastroso, le ocurre al general Gómez, que ve perderse en manos desleales los pertrechos de su expedición, y que, aprehendido en Santo Domingo por órdenes del ambicioso *Llís*, que ha derrocado al Presidente Billini, pariente de Gómez, permanece ocho tristes meses en prisión. Libre Gómez al fin, los infatigables revolucionarios reúnen de nuevo en Kingston y acuerdan, por mayoría de opiniones, continuar los preparativos de la ardua empresa, aunque fuera preciso afrontar los más graves y duros sacrificios; pero la valiosa, decisiva opinión de los emigrados de Cayo Hueso, que juiciosamente le piden al general Gómez que desista por el momento de todo propó-

sito de marchar a Cuba, en espera de una oportunidad mejor en que, con elementos suficientes, tuviera mayores seguridades de éxito, mueven a la postre a dar por terminado el movimiento, que ha agitado y entusiasmado a las emigraciones durante más de dos años.

Enrique Trujillo, en sus utilísimos *Apuntes históricos*, asegura que las cantidades recolectadas por los revolucionarios no excedieron en total de la suma de ochenta mil pesos; que nadie, absolutamente nadie se atrevió a poner en tela de juicio la conducta de los que con pulcritud y limpieza de propósitos manejaron y emplearon dichos fondos; que durante la época de la propaganda de la gran empresa revolucionaria —coincidencia infortunada y perjudicial— agitábase en Cuba el proyecto de tratado comercial con los Estados Unidos (el plan Foster-Albacete), y que una parte considerable del pueblo cubano cifró sus esperanzas de mejoramiento en el decantado convenio y prestó por ello oídos sordos a la cita urgente de sus antiguos y denodados caudillos.

Para poner en evidencia la honradez y la conducta generosa del general Gómez, Trujillo concluye la dilatada exposición de sus proyectos reproduciendo íntegramente la circular en que el héroe prodigioso del *Naranjo* y de *Palo Seco* explica franca y sinceramente las causas de su fracaso —del fracaso de todos— y solicita la designación de un comité o junta liquidadora “compuesta de hombres respetables ante la cual deberemos presentarnos a rendir cuentas y a informar al mismo tiempo de detalles de otro orden de cosas que no carecen de importancia para el presente y porvenir de Cuba”.

El fracaso del plan Gómez-Maceo produjo un hondo desaliento en las emigraciones y, como antaño tras la triste frustración de la Guerra Chiquita, un solo vocero revolucionario, *El Yara*, de José Dolores Poyo, siguió manteniendo tenaz e infatigable los ideales y los propósitos separatistas. Pero unos meses después, José Martí, que sordo “a los halagos que la patria ofrece, aun en su desdicha”, dispónese a conmemorar el gran día de Cuba —un aniversario más del 10 de Octubre de 1868—, recibe desde Cayo Hueso una patriótica carta del brigadier Juan Fernández de Ruz, de 1º de octubre de 1887, en la que el entusiasta veterano le pide al magnífico orador su consejo “sobre el modo práctico de poner en acción nuestras esperanzas de ver a Cuba libre y redimida”. Martí, gratamente sorprendido, demora unos días su respuesta a Ruz, para reforzar su criterio, le dice, con los resultados de la reunión del día 10 y con las noticias que espera recibir sobre el estado de ánimo de las poblaciones en las diversas comarcas de la Isla.

La conmemoración del grito de *La Demajagua* sólo es importante, con-
signa, "porque revela la actual tendencia de la mayoría de esta emi-
gración, cansada ya de servir a valientes mal aconsejados o ambiciosos
culpables, pero no incapaz, a lo que parece, de entender y ayudar en
la hora oportuna un movimiento digno por su alcance de la adhesión
y respeto de los mismos a quienes lanza al destierro o la muerte". Las
noticias de Cuba, cada día de mayor gravedad, tienen para nosotros,
puntualiza, un interés extremo, ya que por ignorarlas, apreciarlas mal
o agigantarlas con el deseo, podrían malograrse vidas generosas, debili-
tarse o quebrarse elementos apreciables y alejarse, quizás hasta cuando,
la misma solución que se propugna. El saber esperar, que es en política
el mayor de los talentos, ha venido a dar la razón a aquellos que pa-
recía que no la tenían. Ya el campo está inquieto; pero, se pregunta
caviloso Martí, ¿están ya allegados todos los elementos necesarios para
emprender la acción? Desde hace cuatro años, el gran patriota viene
preparando y buscando la ocasión, que hace dos estuvo a punto de
cuajar, y que, duelese, alejamos con nuestros errores y con nuestras
torpezas. La hora, la hora de la acción, está acercándose cada día más;
pero, aclara, no parece urgirnos y convocarnos todavía. ¿Por qué Ruz,
patriota animoso, no venía a Nueva York y le daba a Martí la opor-
tunidad de tratar con detalles de todos esos asuntos que tenía tan bien
meditados, en lugar de obligarlo a escribírselos de manera sin duda al-
guna atropellada y precipitada? Hablando con él, Martí le apuntaría
embarazos y dificultades que Ruz, llevado de su generosa disposición,
no había advertido o previsto, dificultades en las que, por otra parte,
la menor equivocación podría ser mortal. Hacer posible la lucha, valía
más que comprometerla. El ilustre escritor presiente que están pró-
ximos a llegar los días grandes y, convencido de esta verdad, no hace
más que vigilar y estremecerse. Es preciso elevarse a la altura de los
tiempos, y contar con ellos.

¿Merecía Ruz, se pregunta Carlos Márquez Sterling, una carta tan
elocuente? Aparte de que Martí, político habilísimo, jamás desperdi-
ciaría un contacto, por modesto que éste fuere; la carta de Ruz le
brindaba la oportunidad de enunciar una vez más, para ratificarse en
ellas, sus ideas de cuatro años antes, y para asegurar también, gozoso
con su triunfo —el tiempo ha venido a darle la razón— que la hora de
la inactividad ha pasado ya, que la hora de la guerra está acercándose,
pero, prudente aclaración, no parece convidarnos todavía.

El brigadier Fernández de Ruz accede al fin a los prudentes re-
querimientos de Martí y emprende viaje a Nueva York. El gran orador
separatista, que no quiere "que en aquello que a todos interesa, y es

propiedad de todos, deba intentar prevalecer... la opinión de un solo hombre", decide que un grupo de cubanos residentes en la gran ciudad nortea que se han distinguido por su constante amor a la independencia, y son, entre los emigrados, "aunque sin fórmulas de elección, como sus representantes naturales", estén presentes en la entrevista —reunión donde todas las ideas se cambien y completen— que se propone celebrar con el animoso veterano. Y la noche del viernes 11 de noviembre de ese año de 1887, en la vivienda acogedora de Enrique Trujillo, tiene lugar la importante conversación. Además de Fernández de Ruz, Martí y el dueño de la casa, acudieron a la cita los señores Félix Fuentes, Beraza, Francisco Sellén, Miguel Barnet, Leandro Rodríguez y algunos emigrados más, hasta el número de veinte.

Después de serias y dilatadas discusiones sobre la oportunidad de promover de nuevo una contienda armada, acordóse, escribe Enrique Trujillo, levantar un acta "que sirviera como de estímulo a los propósitos de Ruz". Pero en una segunda reunión, y en otras varias que se suceden —a las que no asiste el Brigadier—, se designa una Comisión Ejecutiva, que preside Martí, y que toma a su cargo, "bajo la inspección constante de todos los cubanos prominentes de New York, por sus servicios a la causa revolucionaria... , hacer lo que hoy nadie hace, y es un delito dejar de hacer, —a organizar, por fin, dentro y fuera de la Isla la guerra que la Isla ya desea, a poner de acuerdo en todo lo posible las emigraciones que han de ayudarla, y tal vez iniciarla, y el que ha de seguirla..." A ese fin, después de amplia y provechosa discusión, acuerdase iniciar los trabajos revolucionarios, pero sujetos, al cumplimiento de *estos cinco fines*: 1. "Acreditar en el país, disipando temores y procediendo en virtud de un fin democrático conocido, la solución revolucionaria." 2. "Proceder sin demora a organizar, con la unión de los jefes afuera —y trabajos de extensión, y no de mera opinión, adentro— la parte militar de la revolución." 3. "Unir con espíritu democrático, y en relaciones de igualdad, todas las emigraciones." 4. "Impedir que las simpatías revolucionarias en Cuba se tuerzan y esclavicen por ningún interés de grupo, para la preponderancia de una clase social, o la autoridad desmedida de una agrupación militar o civil, ni de una comarca determinada, ni de una raza sobre otra." 5. "Impedir que con la propaganda de las ideas anexionistas se debilite la fuerza que vaya adquiriendo la solución revolucionaria."

Martí, "por encargo de los cubanos de Nueva York excitados y acompañados por los de Cayo Hueso y Filadelfia", se dirige al general Máximo Gómez (16 de diciembre de 1887), "para tomar su parecer, y exponerle el de los cubanos de esta Ciudad, sobre el modo más rá-

pido y certero de organizar por fin, dentro y fuera de Cuba, con la cordialidad digna de las grandes causas, la guerra que ya mira el país con menos miedo, y en que parece estar hoy su esperanza única". Firman la carta, junto con Martí, que la encabeza, Félix Fuentes y Rafael de C. Palomino, sus compañeros de la Comisión Ejecutiva; el Dr. J. M. Párraga y un nutrido Cuerpo Asesor.

El general Gómez, patriota ejemplar, responde a la Comisión, sin aludir a Martí, que está pronto a ocupar su puesto de combate por la independencia de Cuba, sin otra aspiración que obligar "a los cubanos que amen a los míos, y me recuerden mañana con cariño". Pero la valiosísima adhesión del general Máximo Gómez disgusta al brigadier Ruz, que ha soñado —que sueña aún— con ser el jefe superior de la guerra. Martí, prudente, decide entonces que Flor Crombet se traslade a Cayo Hueso, con instrucciones reservadas de la Comisión.

Fernández de Ruz, cada vez más descontento, escribe a la postre un manifiesto, que Enrique Trujillo califica de inconveniente y perjudicial para su prestigio de patriota, y que fué muy bien acogido por la prensa integrista. "Tan pronto como la imprenta lo permita, contesta Martí desde las páginas de *El Avisador Cubano*, el semanario político, literario, de noticias y anuncios, que dirige y redacta en Nueva York Enrique Trujillo, se publicarán los documentos que explican la relación incidental de la única reunión celebrada con Ruz, y la obra que, independientemente de él y de cuanto no sea patriotismo purísimo, [se] trató de realizar, y acaso [se] ha realizado."

Unos meses antes de la defección de Ruz —el inconforme brigadier se había retirado al fin para las márgenes más apacibles del Llobregat—, se funda en la población de Brooklyn un nuevo club revolucionario, *Los Independientes*, por iniciativa feliz de los señores Angel y Juan M. García y Raimundo Ramírez. Un cubano patriota y generoso, Juan Fraga, es designado presidente de la agrupación. Raimundo Ramírez, Rafael Serra y Angel García son elegidos para los cargos de vicepresidente, secretario y tesorero, respectivamente. Las vocalías pasan a ocuparlas, Juan M. García, Manuel Izquierdo y Juan García. Objetivo del Club: arbitrar recursos para promover y ayudar la revolución por la independencia de Cuba.

Un mes después, el 15 de julio, en una reunión pública celebrada en Pithagoras Hall, por acuerdo y a invitación de la flamante sociedad, tiene lugar un sensible y comentado incidente —algunas frases desagradables— entre el brigadier Flor Crombet, recién llegado de Cayo

Hueso, y José Martí. Por fortuna, los dos ilustres patriotas saben muy pronto olvidar, en aras de la concordia, "los pequeños detalles que los hacían aparecer como divididos".

En 1890, el general Antonio Maceo aparece como la figura central de una nueva y vigorosa tentativa revolucionaria en el propio suelo de Cuba. Con el pretexto de "realizar en Cuba la venta de los intereses" de su anciana madre, el magnífico guerrero ha logrado que el general Manuel Salamanca, Gobernador de la Isla, le conceda la oportuna autorización para poder regresar a su país después de doce años de ausencia.

Maceo llega a La Habana, desde Port-au-Prince, el día 5 de febrero de 1890, pero el vapor que le conduce ha tocado antes, sin que Maceo baje a tierra, en Santiago de Cuba, Baracoa, Gibara y Nuevitas. Un día después de su arribo, fallecía en esta ciudad el general Salamanca, víctima de una súbita dolencia.

La presencia del heroico protestante de Baraguá despierta la curiosidad de todos —amigos y adversarios— y el bravo general se ve abrumado por las constantes visitas de viejos y nuevos vehementes admiradores, entre los que sobresalen los entusiastas jóvenes de la Acera del Louvre, muchachos distinguidos y de coraje, que solían medir a menudo sus bien templadas armas con los jefes y oficiales del ejército español, y a cuyo frente figura —"jefe, ídolo y mentor"— el general Julio Sanguily, glorioso mutilado del 68.

Maceo, animado por las generales muestras de simpatía y de adhesión que ha venido recibiendo, autoriza a varias personas de significación y de relieve en las distintas regiones del Occidente y del Centro de la Isla, para organizar y en su día encabezar un movimiento revolucionario. Después, cada vez más ilusionado, Maceo se traslada a Santiago de Cuba, donde, lo mismo que en La Habana, halla numerosos contreráneos dispuestos a secundarle. Prestigiosos veteranos de la Guerra Grande y de la Guerra Chiquita, con Guillermo Moncada y Flor Crombet entre los más decididos, le brindan el valioso concurso de su brazo y el de sus numerosos amigos. Jóvenes de las familias más distinguidas de Oriente vienen asimismo a hacer patente su adhesión a las ideas emancipadoras del caudillo. Pero adelantados ya los trabajos de la conspiración —el grito se daría el 8 de septiembre, festividad de la cubanísima Virgen de la Caridad—, un nuevo Gobernador, el general Camilo Polavieja, de triste memoria, toma posesión del mando de la Isla. El irascible gobernador, prevenido y alarmado, dispone por telégrafo que el general Maceo abandone en seguida el país —al día siguiente

de recibida la orden— aprovechando la salida de un vapor norteamericano que zarparía rumbo a Nueva York. (Polavieja había llegado a La Habana el día 24 de agosto; menos de una semana después, el día 30, el general Maceo se veía obligado a marcharse del país.)

La salida —expulsión mejor— del gran guerrero cubano frustró el vasto plan que se había combinado y sobrevino de nuevo la paz, paz aparente que, por certera alusión a los dueños de minas de manganeso que se habían mostrado muy interesados en que no se alterara el orden y tranquilidad públicos, se dió en llamar, y se llama aún, la Paz del Manganeso.

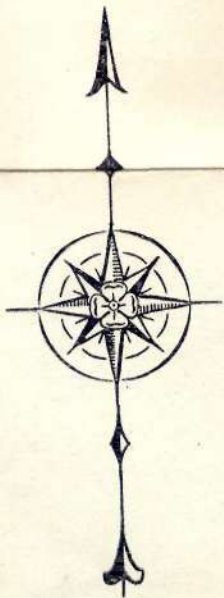
FUENTES

- ACADEMIA DE LA HISTORIA DE CUBA. *Papeles de Maceo*. La Habana, 1948.
- ARCHIVO NACIONAL DE CUBA, PUBLICACIONES DEL. *Documentos para servir a la historia de la Guerra Chiquita*. (Archivo Leandro Rodríguez.) Prefacio del Dr. José Manuel Pérez Cabrera, de la Academia de la Historia de Cuba. La Habana, 1949-1950, 3 ts.
- CAMPAÑA DE CUBA. Recopilación de documentos y órdenes dictadas con motivo del movimiento insurreccional que tuvo lugar la noche del 26 de agosto de 1879, en la ciudad de Santiago de Cuba, siendo Comandante general de la Provincia el Excmo. Sr. D. Camilo Polavieja y Castillo. Cuba, 1880.
- CARBONELL Y RIVERO, NÉSTOR. *El general Ramón Leocadio Bonachea* (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1947.
- CASASÚS, JUAN J. E. *Calixto García (El Estratega)*. La Habana, 1942.
- CASTELLANOS G., GERARDO. *Panorama histórico*. Ensayo de cronología cubana. La Habana, 1935.
- CURÍ FRANCIS, OLGA, Y SOTO NÚÑEZ, RUBÉN. *Calixto García (El Conspirador)*. Güines, 1943, t. I.
- DELGADO FERNÁNDEZ, GREGORIO. *Martí y la "Guerra Chiquita"*. (Archivo José Martí.) V. La Habana, 1943.
- FRANCO, JOSÉ L. *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*. La Habana, 1951, t. I.
- GÓMEZ, JUAN GUALBERTO. *Preliminares de la Revolución de 1895*, discursos pronunciados en el Ateneo y Círculo de la Habana los días 6 y 13 de abril de 1913. Versión taquigráfica inédita existente en el Archivo de Juan Gualberto Gómez, hoy día en el Archivo Nacional.
- *Su labor patriótica y sociológica*. La Habana, 1934, t. I.
- GRANDA, MANUEL J. DE. *La Paz del Manganeso* (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1939.
- HERNÁNDEZ Y PÉREZ, EUSEBIO. *El periodo revolucionario de 1879 a 1895* (en *Dos conferencias históricas*, La Habana, [s. a.]).
- LEYVA Y AGUILERA, HERMINIO C. *El movimiento insurreccional de 1879 en la Provincia de Santiago de Cuba (La Guerra Chiquita)*. La Habana, 1893.
- LIZASO, FÉLIX. *Martí, místico del deber*. Buenos Aires, 1940.
- MÁRQUEZ STERLING, CARLOS. *Martí, maestro y apóstol*. La Habana, 1942.
- MARTÍ, JOSÉ. *Epistolario*. Arreglado cronológicamente con introducción y notas por Félix Lizaso. La Habana, 1930, t. I.
- *Cuba política y revolución*. 1. (Obras completas de Martí.) La Habana, 1936, t. 1.
- *Cuba, discursos revolucionarios*. (Obras completas de Martí.) La Habana, 1937, t. 9.
- *Cuba hombres*. 2. (Obras completas de Martí.) La Habana, 1938, t. 11.
- *Epistolario*. 1. (Obras completas de Martí.) La Habana, 1946, t. 65.
- MARTÍ, PAPELES DE. (Archivo de Gonzalo de Quesada.) I. *Epistolario de José Martí y Máximo Gómez*. Recopilación, introducción, notas y apéndice por Gonzalo de Quesada y Miranda. (Publicaciones de la Academia de la Historia de Cuba.) La Habana, 1933.
- MORALES, VIDAL. *Iniciadores y Primeros Mártires de la Revolución Cubana*. La Habana, 1901.
- PÉREZ CABRERA, JOSÉ MANUEL. *Calixto García* (edición de la Academia de la Historia de Cuba). La Habana, 1942.
- *Una página desconocida de la historia de Cuba*. (Revista de la Habana, año IV, t. VIII, nº 48, agosto de 1946.)
- PIRALA, ANTONIO. *Anales de la Guerra de Cuba*. Madrid, 1898, t. III.

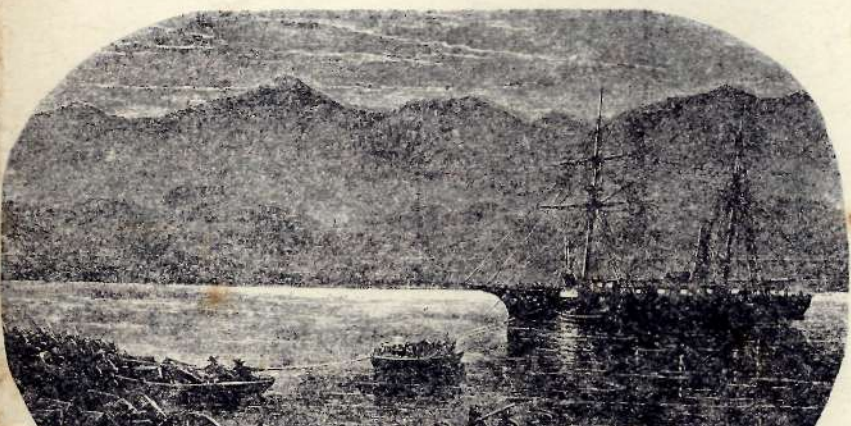
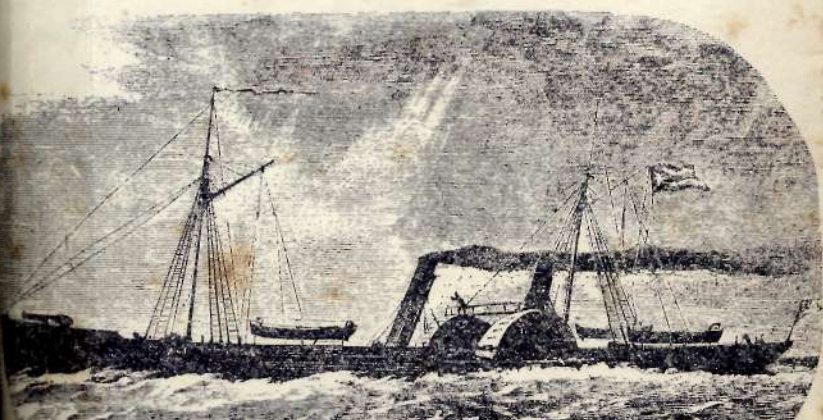
- QUESADA Y MIRANDA, GONZALO DE. *Martí, hombre*. La Habana, 1940.
- SOCIEDAD CUBANA DE ESTUDIOS HISTÓRICOS E INTERNACIONALES. *Antonio Maceo*. Ideología política, cartas y otros documentos. La Habana, 1950, t. I.
- TRELLES, CARLOS M. *Biblioteca histórica cubana*. Matanzas, 1922, t. I.
- TRUJILLO, E. *Apuntes históricos*. Propaganda y movimientos revolucionarios cubanos en los Estados Unidos desde enero de 1880 hasta febrero de 1895. Nueva York, 1896.
- VARONA, ENRIQUE JOSÉ. *De la Colonia a la República*. La Habana, 1919.
- ZARRAGOITIA LEDESMA, L. *Maceo*. La Habana, 1945.



NO CIRCULANTE



Golfo de Ana Maria







MAPA PREPARADO ESPECIALMENTE PARA LA OBRA DEL DR. RAMIRO GUERRA Y SANCHEZ "GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS" POR GERARDO CANET.
(COLABORACION DE REBECA ROBES Y BEATRIZ COLAS)

OPERACIONES DE GOMEZ DE JULIO 1 A DIC 2 DE 1873
PRIMERA FASE DE LA INVASION A LAS VILLAS DE FEBRERO 1
A MARZO 19 DE 1874 -----
INVASION DE LAS VILLAS COMENZADA EN ENERO 6 DE 1875 =====
BATALLAS ----- (X) ----- EXPEDICIONES ----- (S)

ESCALA 10 0 10 20 30 40 50 60 70 80 90 100 KM.



